

METRÓPOLIS DESBORDADAS

PODER, CULTURAS Y MEMORIA EN EL ESPACIO URBANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO
Av. División del Norte núm. 906,
Col. Narvarte Poniente, Delegación Benito Juárez,
C. P. 03020, México, DF

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
Av. División del Norte núm. 906, 8vo piso
Col. Narvarte Poniente, Delegación Benito Juárez,
C. P. 03020, México, DF
Tel: 1107 0280 ext. 16811

Metrópolis desbordadas

Poder, culturas y memoria en el espacio urbano

Alejandro Cerda García
Anne Huffschmid
Iván Azuara Monter
Stefan Rinke
(editores)

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLECCIÓN: LA CIUDAD

Primera edición, 2010

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Centro de Estudios sobre la Ciudad
Av. División del Norte núm. 906,
Col. Narvarte Poniente, Delegación Benito Juárez,
C. P. 03020, México, DF

Freie Universität Berlin
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Rüdesheimer Str. 54-56, 14197 Berlin

Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG)
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), México.
Con el apoyo financiero del Center for International Cooperation
(Freie Universität Berlin).

Publicaciones: Eduardo Mosches
Cuidado de la edición: Felipe Vázquez
Diagramación: Logos Editores
Imagen de portada: Euriel Hernández Peña,
fotocomposición con base en fotos tomadas de Google Earth
y del portal www.imagenesaereasdemexico.com
Corrección de los textos en inglés: Stefan Rinke

ISBN: 978-607-7798-41-5

Hecho e impreso en México / *Printed in Mexico*
Correo electrónico: editorial_uacm@yahoo.com.mx

ÍNDICE

Introducción. Ciudades líquidas: el hacer ciudad y el poder en el desbordamiento metropolitano <i>Iván Azuara Monter,</i> <i>Anne Huffschmid y Alejandro Cerda García</i>	11

MULTICULTURALIDAD Y MIGRACIÓN

Berlin as an Immigration City: occidental – multicultural – cosmopolitan? <i>Stephan Lanz</i>	75

Multiculturalidad y derechos humanos de indígenas y migrantes. Ciudades y fronteras como espacios de ciudadanía diferenciada e incluyente <i>Alejandro Cerda García</i>	103

Pueblos originarios: ¿Una nueva categoría antropológica? Reflexiones desde la historia y desde la actualidad de los Andes <i>Karoline Noack</i>	143

La comunidad transfronteriza: la subcultura del reciclaje y la reconfiguración social de la mujer en el norte de México <i>Roxana Rodríguez Ortiz</i>	165

Municipio, comunidades y colectividades: los intersticios del poder en Tecámac, un pueblo originario en la cuenca de México <i>Hernán Correa Ortiz</i>	199

El espacio urbano y su relación con la formación de identidades en el contexto de la ciudad multicultural: el caso de las “trabajadoras del servicio doméstico” en la Ciudad de México <i>Ivo Nájera</i>	247

MEMORIA, ESPACIO PÚBLICO, PRODUCCIÓN DE SENTIDO

Constructing Successful Images of Failure: Urban Imagineering in Berlin After 1989 <i>Alexa Färber</i>	303

La ciudad y la casa propia <i>Ma. Teresa McKelligan y Ana Helena Treviño</i>	343

La memoria en el nuevo discurso histórico <i>Stefan Rinke</i>	381

Memorias incómodas, espacios extrañados. Trauma, movilización y género en la Ciudad de México y en Buenos Aires <i>Anne Huffschnid</i>	403
Formas de habitar en los pueblos del Ajusco. Leves lecturas semióticas de imágenes fotográficas <i>Teresa Carbó</i>	449
Participación ciudadana en la Ciudad de México: ¿regeneración de esfera pública? <i>José Javier de la Rosa Rodríguez</i>	491

GLOBALIDAD Y DINÁMICAS SOCIO-ESPACIALES

Juventud(es), identidad(es) y ciudad(es): reflexiones a propósito de las subjetividades juveniles y los contextos espacio temporales que se cruzan en la Ciudad de México <i>Maricela Portillo</i>	531
Hip-Hop culture. Perceiving and changing the city <i>Susanne Stemmler</i>	555
Barcelona-Berlín-México. Un tránsito por el movimiento okupa, la autonomía y las redes de activistas <i>Guiomar Rovira Sancho</i>	577

Dinámicas socio-espaciales y umbrales ambientales de la metrópoli mexicana <i>Iván Azuara Monter</i>	619
Las ciudades de México y Berlín. Lugares estratégicos para la globalización: los complejos urbano arquitectónicos globales Potsdamer Platz y Santa Fe como experiencia urbana <i>Rocío Navarrete</i>	665
Sobre las autoras y los autores	703
Sinopsis	721
Siglas y abreviaturas	725

INTRODUCCIÓN

CIUDADES LÍQUIDAS:
EL HACER CIUDAD Y EL PODER
EN EL DESBORDAMIENTO METROPOLITANO

IVÁN AZUARA MONTER
ANNE HUFFSCHMID
ALEJANDRO CERDA GARCÍA

LAS CIUDADES NO SON LÍQUIDAS, por supuesto. Son de piedra y cemento, arraigadas en el suelo y en sus raíces históricas, inamovibles, hambrientas, expansivas por definición, destructoras de entornos y sentidos, atravesadas por fronteras y conflictos. A la vez, efectivamente son objeto de vida y deseo, en constante desbordamiento, una red de flujos, movimientos y transgresiones. Y también la comprensión del fenómeno urbano, tan agobiante como complejo, desborda sus propias fronteras y definiciones, como una especie de “liquidez” que demanda constantemente un contenedor mayor, tanto en lo físico y lo simbólico, como en lo teórico conceptual.¹

En este libro nos interesa enfrentar esta cruzada entre materialidad de flujos y fronteras, que no se agota en la apariencia física, lo planeado y construido, de la ciudad,

sino que abarca también —e incluso, diríamos, en primer lugar— sus materialidades expresadas en el hacer y en el poder. Es decir, la ciudad se re-produce en sentido físico-material, en función de una determinada maquinaria económica-urbanística, traducida en planeación territorial, construcción, arquitectura y procesos de expansión, pero también y simultáneamente se articula en procesos de dominación y despojo, resistencias sociales y culturales, defensa de espacios comunes y territorios comunales.

Esta maquinaria es generadora de sentido y de relaciones de poder que se materializan en los espacios de la ciudad. De ahí que creemos necesario conectar la dimensión del espacio con las relaciones sociales —un ejemplo son “los efectos de lugar”, de los que hablaba Pierre Bourdieu—, la semiosis urbana con la subjetividad y los sistemas simbólicos, la urbanidad con la diversidad de culturas que la constituyen. Todo ello nos plantea la necesidad de asumir una perspectiva socio-espacial, socio-semiótica y socio-cultural, e incluso socio-política, que además trasciende el ámbito de lo nacional y no limita la percepción de lo urbano a una cuestión de localidades, sino que comprende *la ciudad* como expresión de conflictos y contradicciones gestadas en procesos cada vez más globalizados, aunque no necesariamente novedosos en su lógica e instrumentación.

Las dicotomías, la gran tentativa en tiempos complicados, simplifican, no sirven. No podemos entender las grandes ciudades a principios del siglo XXI en términos de flujos (globales) *versus* lugares (locales); entre otras cosas, porque tendremos que considerar los complejos

procesos de la acumulación y concentración de capital —que son producto de mecanismos económicos supranacionales que ocurren en ámbitos locales— así como el impacto ambiental acumulativo que generan especialmente las actividades extractivas destinadas a la urbanización, y que también implican la deslocalización de procesos y de impactos. Tampoco podemos entender las grandes ciudades en términos de orden (reglamentación, regularización, predictibilidad) *versus* desorden (caos, conflictividad, alteración), ya que en el fondo el llamado “caos urbano” es, por un lado, producto de una suerte de negociación constante,² y por el otro es producto de un pretendido “orden mundial” que se ha impuesto con la fuerza de las armas, definiendo fronteras a través de tratados, y que se sigue imponiendo con las armas del mercado, así como por medio de la pretendida homogenización hegemónica de un determinado modelo urbano.

Podemos distinguir distintas líneas y enfoques de pensamiento que analizan la articulación de los procesos globales y su vínculo con los procesos locales de conformación y reconfiguración urbana. Quienes enfatizan las relaciones económicas internacionales para analizar dicho vínculo, proponen entenderlo ya sea como un ámbito de jerarquización de una red mundial de ciudades³ (Taylor, 2004) ubicado en la sociedad de la información (Castells, 1998); o bien desde el materialismo histórico geográfico (Harvey, 2010) que caracteriza los procesos de la “ciudad neoliberal” y los ciclos de acumulación-transformación del capital. Desde otra perspectiva, se propone comprender el vínculo entre lo

global y lo local a partir de la crítica a la progresión y linealidad de los modos de producción del marxismo (Bartra, 2010) y al eurocentrismo y la diferenciación de procesos y modelos urbanos de acuerdo al contexto histórico y su ubicación en el orden político internacional. Finalmente, como un tercer énfasis, se han generado perspectivas que tienen como punto de partida los estudios culturales que enfatizan la heterogeneidad, las polarizaciones y las segmentaciones *al interior* de cada una de las ciudades, suponiendo que cada una tiene su propio Norte y Sur.

Estos tres enfoques están de algún modo presentes en este tomo, no sin generar ciertas tensiones entre sí, que son, sin embargo, tan irresolubles como indispensables. Se trata de perspectivas complementarias a partir de su potencial explicativo del cambio en la relación social, ya sea por una compactación del espacio-tiempo; una progresiva y lineal producción social del espacio asociada a la acumulación de grandes capitales; o por la coexistencia y heterogeneidad de constelaciones culturales y de poder que producen la experiencia, la memoria y el sentido de la ciudad.

Las ciudades no son el escenario ni de un *clash of cultures*, de la guerra entre las culturas, pero tampoco de la armónica convivencia multicultural de diferentes. Sin caer en una noción arbitraria de “complejidad”, como si ésta explicara todo (o hiciera obsoleta cualquier explicación), quisiéramos proponer —y desarrollar aquí— una concepción multidimensional de *ciudad* como escenario y objeto de negociación y disputa; como la expresión de un fenómeno de concentración poblacional y de consu-

mo acelerado de diversos recursos, que han impactado y deteriorado los entornos ambientales regionales.

Nos resulta central, entonces, renunciar a cualquier tentativa esencialista, no sólo por razones epistemológicas: entender la cultura o las identidades (urbanas, sociales, culturales) como una esencia ontológica conllevaría inevitablemente la pretensión de preservar o rescatar los supuestos “rasgos profundos”, fijados genésicamente de antemano y para siempre. Esta pretensión ontológica no es otra cosa que el conservadurismo en acción, en términos tanto intelectuales como políticos.

Por el contrario, proponemos concebir las formaciones e identidades culturales como construcción histórica y social, como recurso y estrategia, perspectiva que hoy en día es compartida por gran parte de las ciencias sociales y culturales. A partir de esta convicción, proponemos revisar y discutir críticamente aquellas nociones que parecen haber formado nuevos consensos, como son los conceptos de *diversidad*, *heterogeneidad* o *interculturalidad*. Si bien estos conceptos facilitan enfocar las complejidades urbanas, más allá de procedimientos binarios, estos también tienden a provocar cierta ceguera en cuanto a las asimetrías de recursos y poderes, como si todos estuviéramos inscritos arbitrariamente en una misma red de flujos y sentidos. Y no es así, ya que estamos tratando con una serie de asimetrías sociales, económicas y geopolíticas, a partir de una geografía y una historia de las metrópolis que narra o calla, visibiliza o invisibiliza lo que al poder en el trono de lo fáctico le ha convenido.

Para abarcar esta “complejidad” que obviamente no es resultado del azar, sino que conlleva sus propias lógi-

cas e intencionalidades, necesitamos categorías que nos permitan visualizar el fenómeno urbano en diferentes situaciones y desde distintos ángulos y ubicado en coordenadas precisas de tiempo y espacio. A continuación se presentan algunas de las anclas teóricas que para ello nos parecen indispensables.

ANCLAJES TEÓRICOS Y CONCEPTUALES: MIRADAS HACIA LO URBANO

Los acuerdos teóricos sobre fenómenos complejos en el mundo contemporáneo distan de ser sencillos y requieren diálogos académicos de largo aliento. La reflexión siempre demanda tiempo, comunicación clara y por supuesto datos certeros. Las categorías analíticas transversales que nos parecen útiles e indispensables para abordar el análisis de *la ciudad* en su conjunto y desarrollar una reflexión colectiva desde múltiples miradas son, por un lado, el espacio, el territorio y la globalidad, y por el otro, la dimensión de la diversidad, la memoria y la conflictividad de las culturas.

Espacio, territorio y globalidad

Espacio, territorio y región son categorías que la geografía y las diversas ciencias tanto naturales y exactas, como sociales y políticas han utilizado para sus análisis, ya sea como límites de espacio-tiempo que contienen o explican procesos, o bien concibiendo estas categorías como

una construcción social, lo que conlleva una perspectiva de relaciones de poder en tensión y una temporalidad en sus límites y fronteras (Gottman, 1960).

A propósito de la observación global del espacio terrestre, que inició con la Guerra Fría, gracias al desarrollo tecnológico de la percepción remota y a la generación de series de tiempo de imágenes de satélites durante más de 40 años, podemos observar unas *arañas gigantes*, o polígonos irregulares, que devoran lo que les rodea, transformando su entorno natural, cuyas patas engorran, se alargan y absorben los polígonos más pequeños que le rodean. Este desbordante fenómeno se llama conurbación y guarda un correlato con las tendencias demográficas que, por un lado, triplicaron la población humana en menos de cien años, mientras que, por otro, han provocado que la población residente en zonas urbanas se sitúe para 2008 en 3 300 millones de personas (FPNU, 2008), es decir, más de la mitad de la población mundial.⁴

Otro tipo de sensores, a bordo de satélites, nos permiten observar, a la hora del crepúsculo en la línea que divide la luz de las sombras, cómo se encienden enormes superficies terrestres que van visiblemente de los 20 km² a más de 80 km² de extensión, a lo largo y ancho de las masas continentales. Millones de luces alineadas geométricamente casi en línea recta, como tramas descendiendo desde el Norte, por ejemplo, desde la costa Este del continente Americano, digamos Nueva York, hasta la costa del Golfo de México, Tampico, Veracruz, Coatzacoalcos, a lo largo de fronteras políticas, que dividen artificialmente la superficie luminosa, como Tigua-

na y San Diego, o Ciudad Juárez y El Paso. Luces que se interrumpen por fronteras naturales, bifurcándose y ramificándose en redes hacia las ciudades del centro de Estados Unidos, hacia la Ciudad de México, hacia la frontera sur, hacia Centro y Sudamérica. Del otro lado del mundo, las sobresaturadas redes luminosas inundan la noche de la Unión Europea, documentando la densidad urbana del Viejo Mundo.

Percibir esto nos remite a los efectos destructores de los poderosos procesos de urbanización, que llevan a la acelerada transformación y pérdida de ecosistemas. Ejemplo de ello es el consumo de energías no renovables de las plantas termoeléctricas, que demanda esa constelación de ciudades nocturnas, para iluminarse al menos ocho horas cada noche o, en el caso extremo, Las Vegas, durante las 24 horas del día. O bien, los millones de litros de gasolina que se consumen en sus saturadas superficies de rodamiento, como bulevares, avenidas, circuitos, anillos periféricos y libramientos, y que contribuyen a elevar sensiblemente la temperatura del planeta. Otra víctima de la forzada urbanización y de las políticas desarrollistas es la desaparición de las selvas tropicales, matorrales y los bosques, esas superficies oscuras, no iluminadas, que subsisten en la trama de caminos y ciudades.

La urbanización de la población mundial que caracteriza el inicio del siglo XXI, se acompaña de un creciente fenómeno de empobrecimiento urbano y paralelamente una alta concentración de capital en las principales ciudades de la red mundial (Davis, 2006; Taylor, 2004 y 2009). El resultado es un fenómeno marcado de polari-

zación, exclusión y segregación socio-espacial. Además de que la mitad de la población mundial vive en las ciudades, gran parte de las zonas de crecimiento están habitadas por una población de bajos ingresos que enfrenta el hacinamiento en la vivienda y la carencia de infraestructura y servicios básicos (FPNU, 2008).

Existe un conjunto de indicadores que contradicen la insistencia discursiva (Ramírez, 2003 y 2010) de que las megaciudades y metrópolis del mundo ya viven un periodo postindustrial, dominado por el sector de los servicios, esto es, la llamada “era de la globalización”. Indicadores que cuestionan el planteamiento de que el dominio industrial y fabril, que detonó el origen de las grandes ciudades a partir del crecimiento del sector secundario, pertenece a los pasados siglos XIX y XX.

Un primer indicador es que la calidad del aire que se respira en las grandes ciudades del mundo se sigue deteriorando significativamente en algunas de ellas (particularmente por su topografía), a pesar del dominio del sector terciario urbano, y las redes informáticas, es decir el sector de los servicios y las finanzas en la sociedad de la información (Sassen, 1991; Castells, 1998). Lo que prevalece en las megaciudades, particularmente en las de América Latina, es justamente la actividad generada por la industria de la construcción y el sector inmobiliario (Ramírez, 2010), situación que señala que los indicadores de activación económica (centrados en el sector secundario) tienen que ver con los procesos de expansión urbana. Por otro lado, existe un constante crecimiento del parque vehicular para la movilidad de los trabajadores de los diferentes sectores económi-

cos, situación que se articula con la expansión y mantenimiento permanente de vialidades. De esta forma, la movilidad dentro y entre las ciudades sostiene las ganancias de las industrias transnacionales en los ámbitos automotriz y petrolero a costa de la calidad del aire local y sus efectos atmosféricos globales. Así, el discurso de la globalización más bien oculta los procesos de sobreacumulación de capital del neoliberalismo, todavía concentrado en industrias del sector secundario inmobiliario y obra pública, automotriz y petrolera (Harvey, 2010; Ramírez, 2010).

El espacio físico y material, tanto de las ciudades, como de sus territorios y regiones, tal como ha sido planteado desde distintas disciplinas como la geografía, la historia o otras ciencias sociales, es un ámbito de relaciones de poder (Harvey, 2010; Lefebvre, 1991; Wallerstein, 1974; Castells, 1974). La visión de Wallerstein (1974) articula la conformación de las ciudades a los procesos de dominación, y al tránsito de un modo de producción a otro, del feudalismo al capitalismo. Con esta perspectiva, la conformación de las monarquías imperiales y el tránsito al Estado-nación han construido un sistema mundial o sistema mundo, con sedes conspicuas: las ciudades donde cada uno de los imperios ha asentado sus poderes en turno.

Contrasta con esta visión el planteamiento de Erich Wolff (1987), quien señala que esta concepción no considera suficientemente los procesos previos de organización social y urbanización en América, y que, al adoptar una perspectiva eurocéntrica, se despoja a esa población de su propia historia, aunque ésta sea producto de los

procesos de dominación. No hay que perder de vista que ya existían sistemas de ciudades y acrópolis entre los mexicas, purépechas, olmecas, toltecas, zoques, mayas e incas, por mencionar algunas de las principales civilizaciones americanas. Es revelador que la entrada principal del Palacio Real en Madrid, sede del poderoso imperio español de los reyes católicos, está flanqueada también por los reyes de las primeras naciones: Atahualpa y Moctezuma. A pesar de los etnocidios cometidos durante la conquista, no dejó de existir un reconocimiento por parte de la monarquía europea de que se trataba de imponer su poderío a formas sociales bien estructuradas.

Lo que podríamos denominar como territorio nacional es un espacio soberano y público, aunque las concepciones de soberanía difieran entre las ciudades monárquicas y las ciudades coloniales emancipadas, re-fundadas sobre reinterpretaciones de sus narrativas fundadoras e históricas. El territorio es consecuentemente tanto un espacio físico y natural, como social, político y cultural. Su construcción está determinada por, primero, la base de sus recursos naturales; segundo, el establecimiento de las primeras culturas y sus formas de organización social; y tercero, por las dinámicas socio-territoriales que el ejercicio del poder y la acumulación de capital detonan. Estas se manifiestan en la tensión social que produce la configuración de hegemonías mundiales en diferentes tiempos y espacios, así como la organización interna del ejercicio del poder dentro de las fronteras de cada país, y en la dinámica que adoptan sus ciudades, ya sea caracterizada por el centralismo o el policentrismo. Y finalmente el territorio está determinado también por los

procesos culturales que operan en el plano de lo simbólico, y que determinan las relaciones de dominación, resistencia y liberación.

En medio de la tensión por instaurar órdenes en el espacio y en los procesos de liberación de espacios, tanto físicos como simbólicos, subyace el ejercicio de la libertad. “El orden da lugar a la libertad” era uno de los eslóganes de Le Corbusier, quien señalaba enfáticamente que la autonomía y la libertad de las metrópolis contemporáneas dependía, de manera crucial, de un orden racional. Estas ideas formaban parte del influyente movimiento racionalista de la Bauhaus, como lo reseña Harvey:

El positivismo lógico era entonces, tan compatible con la arquitectura modernista, como lo era con el avance de todas las formas científicas en tanto avatares del dominio técnico. Las casas y ciudades fueron concebidas en esos años como máquinas de habitar, cuando el poderoso Congress of International Modern Architects adoptó su Carta de Atenas de 1933, que definiría las líneas fundamentales de la arquitectura modernista. (Harvey, 2010: 48-49)

En contrapartida conceptual de esta noción de orden, autonomía y libertad urbana, Castells propone entender este “caos urbano” a partir de reconocer que “el desorden” urbano en realidad no es tal, sino que representa la organización espacial suscitada por el mercado. La racionalidad técnica y la tasa de ganancia conducen a borrar toda diferencia esencial inter-ciudades y a fundir los ti-

pos culturales en el tipo generalizado de la “civilización industrial capitalista” (Castells, 1974: 22).

La idea que sugiere Castells, en esta etapa temprana, es la de un modelo urbano generalizado de la etapa industrial capitalista. A fin de cuentas su obra posterior se centra en los procesos postindustriales (tercerización de la economía) y en convencernos, junto con Sassen (1991), de que los flujos y redes globales determinan una relación social diferente en la era de la información, ya que acortan el tiempo y el espacio incrementando la inter-conectividad y la concentración de flujos en unas cuantas ciudades en la red global. No obstante, “el desorden” no se confina al espacio material producido en los conglomerados urbanos, sino que el modo de producción deja huellas en el paisaje regional, en ocasiones irreversibles. Las ciudades centrales y sus regiones se articulan a un entramado mayor de sistemas de ciudades que ha producido el capitalismo en su fase neoliberal (Harvey, 2010).

El espacio, al igual que el tiempo, es a fin de cuentas una construcción social (Harvey, 1990; Wallerstein, 1974). Como bien lo ha señalado Castells (1998), en esta etapa global, los poderes del capital transnacional subordinan a los gobiernos. Pero también los gobiernos pactan lo que les resulta conveniente en su ejercicio y mantenimiento de poder. Las historias represivas de finales del siglo pasado, la cultura y la idiosincrasia de los habitantes de las ciudades que recorremos en este libro, muestran efectos diferentes del poder sobre la vivencia, la producción de sentido y las memorias de la ciudad. Reconocemos así que la producción del espacio físico y

simbólico en el sentido de Lefebvre (1991) es, inevitablemente, un ejercicio de poder.

En contrapartida de cualquier tipo de determinismo geográfico, existen espacios físicos más estratégicos que otros, y eso está definido por la diversidad de sus recursos naturales, que imprimen dinámicas a los procesos de intervención, colonización y producción de espacio. La lógica original del establecimiento de la población, en función de la disponibilidad de recursos naturales, fue sustituida con el tiempo por la lógica de la acumulación de capital y las dinámicas socio-territoriales que la organización del poder detonó en la construcción de territorios, regiones y conglomerados urbanos, así como en la conformación de un asimétrico sistema mundial.

A partir de la destrucción del muro de Berlín en 1989, el arreglo de la economía a través de redes jerarquizadas por los flujos de capital mayormente concentrados en ciudades como Nueva York, Londres y Tokio (Sassen, 1991), ha venido a reforzar su preponderancia sobre el orden mundial. En esta perspectiva, la globalización es un discurso que conviene a sectores sociales específicos (como el sector financiero y el sector inmobiliario), y que debiera entenderse como una construcción social en proceso y una categoría a interrogar. La combinación de dispersión espacial e integración global ha creado un nuevo rol para las grandes ciudades, esto es, la globalización no simplemente arrasa las estructuras socioeconómicas y las configuraciones territoriales del pasado, sino que se vale de ellas para adecuarlas a los requerimientos de la economía global.

Esta perspectiva conceptual implica que los Estados pierden control sobre el movimiento de capitales, fortale-

ciendo los poderes de las corporaciones transnacionales. Sin embargo, conservan importantes instrumentos de regulación sobre otros Estados a través de acuerdos y tratados de libre comercio y asociación, o bien con organismos financieros internacionales, que favorecen corporaciones específicas, que a su vez aseguran espacios de representación política para garantizar sus intereses. Las ciudades globales son nuevos centros de concentración económica y de control, no obstante, esta condición no involucra necesariamente a las bases sociales que las constituyen, pero sí produce segregaciones y exclusiones socio-espaciales en su interior.

La expansión de diversas áreas en la periferia conurbada de la zona metropolitana de la Ciudad de México, por ejemplo, ha sido el resultado tanto de los procesos de reestructuración económica que ha vivido el país, como de la localización de los hitos productivos vinculados a los flujos globales de capital, conformándose así una desigual repartición de satisfactores básicos para la población, y a su vez una distribución desigual de la sociedad en el espacio, acompañada de procesos de privatización de los espacios públicos, como señala Pérez Negrete (2010). Desde el punto de vista del materialismo histórico geográfico, Harvey (2010), en su planteamiento sobre las “ciudades neoliberales” como Nueva York, argumenta que los procesos de urbanización representan una solución temporal al proceso de sobre-acumulación de capital, señalando el papel de la reconfiguración urbana, que a fin de cuentas desahogaría la crisis de sobreacumulación de capital y el problema del desempleo, como primer vehículo de estabilización social. Ese mismo pro-

ceso conduce simultáneamente a diseñar y poner a prueba instrumentos financieros que permiten, por un lado, la ejecución de grandes proyectos, y por el otro el despojo patrimonial de sectores urbanos (Harvey, 2010), así como la especulación financiera conformando un nuevo tipo de criminalidad urbana. Justamente, el problema de la especulación inmobiliaria y financiera ha conducido a partir de 2008 a una crisis económica mundial sin precedentes. Según las últimas reflexiones de este autor, los territorios y sectores no capitalistas que demanda el sistema para su expansión están tocando su límite. No obstante y a pesar de ello, según este y otros analistas, los grandes capitales saldrán fortalecidos de esta cíclica crisis.

Finalmente, sin hacer caso omiso de cuestiones centrales de habitabilidad y de vivienda, partimos del reconocimiento de que la ciudad es y se hace primordialmente en sus espacios públicos (Delgado, 1999 y 2007; Tamayo y López, en prensa): es el escenario privilegiado de encuentro e interacción entre desconocidos, la posibilidad y experiencia de copresencia, dispersión y diversidad, de “excedente de socialidad” (Joseph, 2002: 18). Sin embargo, a partir de los años noventa, los discursos generalizados empiezan a declarar la paulatina agonía del espacio público (Habermas, 1989), en procesos de fortificación y segregación urbana, donde ciertas secciones de lo público se tienden a convertir en escenario de exclusión y desigualdad, se registra un traspaso de exteriores a interiores, de lo tridimensional a lo mediático y virtual (ver, por ejemplo, García Canclini, 1998). Ya hace algún tiempo el espacio urbano habría dejado de ser el

objeto del *flâneur*, de por sí imaginado por los teóricos de la modernidad urbana como una figura minoritaria, blanca, pequeño-burguesa y masculina (Huffschmid, 2008). Hoy en día tampoco ya parece ser el escenario donde ocurre la interculturalidad, el encuentro con el diferente. Se suele constatar su conversión en zona de riesgo y miedos ante las diversas irrupciones, la delincuencia pero también el descontento incontrolable, la transgresión física pero también la apropiación por seres ubicados al margen de la sociedad. Los espacios se empuen a cerrar y a defender, parecen ser cada vez más las fronteras (los umbrales, los límites) que los flujos que definen lo público-urbano.⁵

Poder, memoria, cultura

La comprensión de las ciudades como un espacio de diversidad cultural permanentemente atravesado por la conflictividad social, nos lleva a ubicar ángulos de tensión desde los cuales pueden ser enfocadas. Con todo, no hay que perder de vista que estamos tratando con ciudades desiguales tanto en su interior como al compararlas entre sí. Las ciudades y lo urbano tendrían que ser comprendidas a partir de considerar la posición de dominancia o subordinación que hoy en día ocupan, cada una de ellas, en la geopolítica del globo, como espacios de expresión de la conflictividad social emergida de sus propios contextos históricos y también como parte de los cambiantes procesos internacionales. Concebimos a las ciudades como espacio y escenario de actores e intereses

diversos, no como entidades homogéneas actuantes, ya que las ciudades no son “actores” en sí.

Desde inicios de la posguerra, se ha intentado, a través de las políticas de “desarrollo regional”, responder inútilmente a los desequilibrios regionales y la necesidad de re-distribución de la riqueza que los procesos modernizadores socioeconómicos capitalistas o socialistas generaron. Se destinaron múltiples recursos, justificados en posiciones teóricas, para terminar con la desigualdad social y las diferencias entre regiones. Sin embargo, después de más de medio siglo, en la época de la globalización, la posmodernidad y la sociedad de la información, las desigualdades sociales y territoriales no sólo persisten sino que se agudizan vertiginosamente a pesar de los adelantos científicos y tecnológicos. Los estudios comparativos y el intercambio de perspectivas entre diversas ciudades y experiencias urbanas al inicio del siglo XXI, han de tener como punto de partida el reconocimiento de las profundas desigualdades y asimetrías *entre* las urbes, dependiendo de su historia y ubicación en los órdenes geopolíticos y poscoloniales.

Las ciudades que, por su posición geopolítica y sus capitales culturales, ejercen un papel protagónico a través de actores clave en la definición de la retórica y los paradigmas de lo urbano y la modernidad, contrastan con las que se sitúan más bien en un papel subordinado en el ámbito geopolítico y económico. No obstante, éstas últimas reproducen los esquemas hegemónicos de desarrollo sin contar con los recursos financieros y culturales, para enfrentar sus propias problemáticas urbanas. Lo que se percibe en el ámbito internacional es una brecha

cada vez más grande entre los países que concentran el saber-hacer de la ciencia y la tecnología, y los que dependen de ella para lograr su transformación; trayectoria evolutiva que es, por supuesto, determinada de manera unilineal, direccional y progresiva por el engranaje científico-tecnológico y por las formaciones culturales dominantes. En este sentido, los modelos de urbanización,⁶ desde una lógica geopolítica, construyen imaginarios de ciudad que marcan el ritmo de lo moderno, al tiempo que amplían la brecha de la desigualdad.

Pero las asimetrías de poder no se refieren, por supuesto, sólo a la relación entre distintas ciudades, como las que se reúnen en este libro, sino también a las *distintas ciudades* que coexisten dentro de un mismo espacio urbano. La relación entre ellas se articula en la capilaridad urbana, es decir, en la microfísica del funcionamiento cotidiano de las relaciones entre los habitantes de las urbes (Foucault, 1979). Son conglomerados que muestran a los gobiernos y a los distintos actores sociales ejerciendo un poder flexible y cambiante a través de la coerción física y simbólica. De esta forma, se hace posible la reproducción social al tiempo que se generan posiciones y estrategias de resistencia en una amplia gama que va desde el rechazo de las versiones oficiales de las historias de los países, hasta la contienda por el uso de los territorios urbanos por parte de distintos estratos sociales y la abierta oposición a la realización de obras en el espacio público ya sea por iniciativa gubernamental o privada, por citar algunos ejemplos.

La urbe de nuestros días es, así, un espacio cuestionado, apropiado, significado, respondido e impugnado

de manera continua por habitantes y actores sociales que quedan excluidos de los beneficios que la gran ciudad proporciona de manera diferenciada, por quienes desean y proyectan que ésta sea distinta. Al igual que sus calles y edificios la ciudad tiene grietas que muestran su incesante movimiento y sus posibilidades, aunque lentas y contradictorias, de transformación (Sznol, 2007; Reguillo, 1992).

Mirar las ciudades desde la perspectiva de los procesos de significación implica considerarlas desde la disputa entre las distintas lógicas propuestas para comprenderlas, así como desde las hipótesis de cambio que cada una de estas racionalidades plantea (Cerdeña, Chapela y Jarillo, 2009). Implica descentrar los discursos de poder para reconstruir el lugar y la forma en que estos representan intereses de actores y estratos sociales (Laclau y Mouffe, 2004). Desde la perspectiva de los estudios poscoloniales, se hace necesario historizar y cuestionar el lugar que ocupan estos discursos en el orden internacional vigente (Castro y Mendieta, 1998; Dube, 1999; Suárez y Hernández, 2008), así como *ubicar geopolíticamente* —en el sentido del *conocimiento situado* (Haraway, 1998)— nuestros procesos de generación de conocimiento y los enfoques que utilizamos para aproximarnos a la comprensión de procesos sociales. El análisis se vuelve una actitud autorreflexiva, atenta y crítica hacia los poderes de las construcciones discursivas.

Otro de los ámbitos de producción discursiva de sentido es la “memoria”, ya que los modos de hacer y practicar la memoria también producen “ciudad” y “urbanidad”. De hecho, la cuestión urbana no se concibe sin sus modos de escenificar, exponer —o borrar— huellas

o marcas del “pasado”, tanto el pasado mítico reconstruido (la llamada “monumentalización”) como también las inscripciones de hechos de violencia y represión. Los recuerdos de experiencias “traumáticas”, de violencia extrema y no procesada constituyen una “memoria social”, que se distingue de las memorias individuales pero también de la re-construcción histórica y comprobable de los hechos del pasado. La “memoria social” o “colectiva” (Halbwachs, 1985 [1939]), equivale más bien a un relato construido por un grupo o una comunidad social, donde se cruzan facticidad, subjetividades y significación. Cuando la construcción interactiva de este relato pasa a otros modos de procesamiento, ya desconectados de los actores directamente involucrados o afectados, como es el caso de las rutinas, los rituales y las políticas de conmemoración, puede ser entendida como “memoria cultural” (Assmann, 1992 y 1999).

Aunque desde las instancias oficiales se aspira a una suerte de canonización simbólica del pasado, con afanes identitarios y homogenizantes, la memoria cultural dista de ser una megarrelato homogéneo, está constituido inevitablemente por tensiones y conflictos. Según la socióloga argentina Elizabeth Jelin, quien se ocupa de las memorias de la represión en América Latina (Jelin, 2002) y sus inscripciones en el territorio (Jelin y Langland, 2003) “los trabajos de la memoria” no consisten simplemente en revelar los hechos reprimidos, oponiéndolos genéricamente al olvido, sino de constituirlos como tales a través de la voluntad por recordar *ciertas* cosas de *cierto* modo. Memoria equivale entonces a un campo en conflicto, donde *todos* (víctimas, represores,

testigos, actores) recuerdan, olvidan y reprimen según sus posibilidades e intereses en el presente.

Para el entorno de la ciudad, podemos concebir a la memoria en un doble sentido: como práctica (discursiva, arquitectónica, espacial) y como territorio, construido y atravesado por una diversidad de experiencias y relatos. La memoria urbana se articula entonces en marcaciones arquitectónicas (memoriales, monumentos, museos) y espaciales (marchas, protestas, intervenciones) de lo que “ya no está” pero sigue asignando sentido a lo que “sí está”: la ciudad se concibe como una suerte de *archivo cultural* cuyos usos, lecturas y puntos neurálgicos determinan cómo se visualiza e identifica a sí misma.

Autores como Andreas Huyssen (2003) —para México, Octavio Paz (1994), Guillermo Tovar de Teresa (2004) o Braham (s. f.)— han planteado la figura del *palimpsesto* como metáfora de simultaneidad, coexistencia y disputa de sentido en el espacio urbano. Éste nos permite pensar precisamente la conflictividad y rivalidad de las distintas capas significantes que se sobre-escriben y se cubren constantemente, se visibilizan y se invisibilizan. Palimpsesto que no describe una verdad cultural sino una construcción imaginaria (discursiva, literaria o urbana) que tiende a crear lazos de sentido, revisar, borrar y reconectar los hechos entre los hechos del pasado y las texturas del presente.

Esta mirada de las ciudades, a través de las tensiones propias de la producción de significados, se encuentra con un campo problemático cuando se intenta la comprensión de viejas y nuevas identidades, así como de la característica e ineludible diversidad cultural urbana. A los

cuestionamientos sobre los esencialismos en la concepciones sociales e históricas, a los que nos hemos referido antes, es necesario añadir la crítica a las identidades entendidas como anclaje en el pasado, para comprenderlas más bien a partir de procesos de hibridación y de intercambios recíprocos (García Canclini, 2006; Appadurai, 1996), así como de la permanente re-significación y re-invenición de tradiciones (Hobsbawm y Ranger, 1983). Si bien existe una perspectiva dominante que pretende explicar las culturas y las identidades a partir de su anclaje o de la conservación inamovible de elementos o resabios del pasado que les son consustanciales, es decir, de sus rasgos de origen o sus elementos típicos que es necesario conservar perpetuamente o proteger de nuevas influencias, proponemos aquí una mirada distinta.

Las identidades urbanas, la diversidad cultural y las políticas públicas afines han de ser entendidas como una construcción social generada en contextos y procesos históricos particulares. Esto implica problematizar *lo cultural* yendo más allá de las definiciones que lo fijan a los rasgos esenciales o primordiales, puesto que es precisamente este cuestionamiento de las identidades folclorizadas y esencializadas lo que nos permite develar los usos políticos de las diferencias culturales, tanto desde posturas hegemónicas como las contra-hegemónicas; descubrir el imprescindible vínculo entre lo cultural y los procesos económicos y políticos que nos permiten trascender la justamente criticada postura culturalista.⁷

Concebir lo cultural y las identidades como procesos de construcción social e histórica implica pensar de manera distinta la relación entre culturas y la forma como

se asume públicamente la diversidad cultural. Nos adscribimos a una concepción de la diversidad cultural que trasciende el deber ser de una relación centrada en el hipotético diálogo entre iguales y diferentes, para ubicarla como una relación asimétrica, marcada por construcciones históricas de determinadas culturas que han sido colocadas como nacionales, autorizadas, oficiales, dominantes. Éstas no terminan de ser completamente impuestas en tanto son impugnadas desde el cuestionamiento sobre quién y cómo se ha definido su condición de centralidad (Cerde, 2007). De esta forma, puede entenderse también el uso de lo cultural por parte de diversos actores sociales en coyunturas específicas, como recurso y estrategia de autoadscripción, movilización y legitimación de sus demandas (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001).

Así, la relación entre lo global y lo local, los procesos de producción de significado, las formas de hacer y practicar la memoria colectiva y la diversidad cultural urbana pueden ser considerados como campos conflictivos que permiten complejizar una mirada de las ciudades como la que se propone en esta obra.

Ejes conceptuales para la exploración de lo urbano

Estos anclajes se traducen en una serie de premisas metodológicas que forman el territorio compartido de este libro. Como ejes transversales identificamos, en el apartado anterior, espacio y territorio (en su dimensión material, incluso ambiental, y social) y cultura y sentido (memoria, diversidad cultural). Desde el doble cruza-

miento, tanto de realidades nacionales como de perspectivas disciplinarias, el desafío compartido de los autores y estudios aquí recopilados es cómo “hacer hablar” la multiplicidad urbana, sin con ello caer en un relativismo constructivista que no (re)conoce estructuras ni constelaciones de poder que inciden en la producción de ciudad. No nos referimos a sistemas necesariamente binarios entre oprimidos y opresores, sino a todo aquello que se traduce y articula en complejos mecanismos de inclusión y exclusión, polarización y segregación socioespacial, en prácticas y políticas urbanas, de protesta, participación y resistencia.

Como decíamos, el terreno compartido de este libro pasa también por un abordaje metodológico que concibe y analiza lo cultural y las identidades a partir de los procesos sociales e históricos, en contra de las concepciones esencialistas y basado en una comprensión de lo cultural como un proceso de hibridación, re-significación y transculturación, inspirado también en una crítica poscolonial del poder (Hall, 1996). En este mismo sentido, el abordaje aquí planteado hace hincapié en la comprensión e influencia de la dimensión discursiva-ideológica como factor determinante para la creación y recreación de lo urbano. Reconoce la necesidad de considerar las matrices de pensamiento y expresión que regulan *a priori* —como parte de un “sentido común” incuestionable e incuestionado, una formación discursiva arraigada en el inconsciente de una sociedad— la relación entre lo decible, lo dicho y lo no dicho, lo visible y lo no visible, lo imaginable y lo no imaginable, pero también los cambios producidos en estas constelaciones (Zizek, 2003). Es decir,

aquí se comparte —de modos muy diversos, más o menos explícitamente— un énfasis metodológico en el análisis de las prácticas discursivas y la manera como devienen dominantes, subalternas y contrahegemónicas.

Concebimos la ciudad como experiencia social donde se articula la cultura urbana y podemos reconocer la *urbanidad* como categoría cultural consistente en la paradoja de una “sociabilidad poco sociable”, no como *melting pot*, sino la ciudad fragmentada en “una pluralidad de nichos” (Joseph, 2002: 24). De ahí vemos la necesidad de incorporar tanto las prácticas como los imaginarios en cuanto instancias que generan experiencia y subjetividad urbana, por ejemplo el imaginario de “la casa propia” o del “carro propio” de las clases medias que inciden directamente en la configuración de la misma ciudad. Esta *subjetividad* no se refiere, por supuesto, a una sensorialidad individual sino más bien a imaginarios sociales imperantes como pueden ser, por ejemplo, bienestar, inseguridad o movilidad.

Asimismo resulta importante relacionar la dimensión socio-espacial de la ciudad, en su configuración física y social, con la dimensión de lo socio-cultural, es decir las prácticas culturales, el comportamiento y “habitus urbano” (Duhau y Giglia, 2008: 28) como dispositivos que ponen en marcha las dinámicas y disputas de la significación. Para ello, consideramos importante incorporar la dimensión estética, por ejemplo los lenguajes y articulaciones artísticas de las culturas juveniles o transfronterizas. La manera como en los espacios urbanos se generan procesos de subjetivación y acciones colectivas que forman parte de la heterogeneidad y de las relaciones de

poder que atraviesan las metrópolis, y que se expresan en producciones literarias como las de Gloria Anzaldúa (1999) o Ariel Dorfman (2010), en creaciones musicales emanadas de culturas urbanas como el *hip-hop*⁸ o en producciones documentales,⁹ por citar algunos ejemplos.

La composición de este libro refleja nuestra convicción de que la investigación urbana a escala global, donde la antropología urbana mexicana ocupa ciertamente un lugar privilegiado (véase García Canclini, 2005), equivale a un campo atravesado por diversas perspectivas disciplinarias y metodológicas: están aquí presentes las ciencias políticas y sociales que suelen enfocar las políticas públicas e imaginarios sociales, las perspectivas antropológicas y etnográficas explorando los microcosmos de lo urbano en sus contextos locales y globales, las ciencias culturales con su enfoque en la dimensión semiótica, una perspectiva histórica y también un enfoque socio-espacial que abarca la dimensión ambiental de las urbes. Todas las contribuciones comparten entre sí un acercamiento multimetodológico entre enfoques *micro* y *macro*, el ir y venir entre las necesarias abstracciones macro-urbanas (la economía, la ecología, las estructuras y culturas políticas o formaciones discursivas) con los hallazgos de la investigación micro, de corte más bien etnográfico, recurriendo a metodologías cualitativas como la observación, la entrevista y la encuesta, la cartografía, el relato y el testimonio, el análisis de la imagen y el empleo de la fotografía.

Estas premisas sintetizan una serie de tensiones conceptuales que de algún modo estructuran el conjunto de “temas urbanos” aquí abordados: primero, la discusión

por *identidad* y *no-identidad*, que se inscribe en nuestra visión crítica hacia todo tipo de esencialismo pero también hacia una concepción meramente (multi)culturalista; luego, el cuestionamiento de las cada vez menos nítidas fronteras entre *lo público* y *lo no-público*; y tercero, el estrecho entrelazamiento entre la supuesta oposición entre *lo global* y *lo local*.

De acuerdo con estas tensiones, el libro se organiza en tres ejes temáticos. En el *primer eje*, preguntamos por las texturas y movimientos “culturales” de las urbes, como efecto de los movimientos (trans)migratorios. ¿Cómo se construye la diversidad cultural o multiculturalidad discursivamente, y cómo se organiza y se inscribe en la vida urbana? ¿Cómo se articulan inclusiones y exclusiones, estrategias identitarias y prácticas (inter)culturales? En el *segundo eje*, se pregunta por la configuración y significación de “lo público” en las urbes, desde los capitales culturales y los imaginarios urbanos, la memoria política, las políticas públicas y prácticas ciudadanas, pero también desde los “modos de habitar” la ciudad. En el *tercer eje* se enfoca la incidencia de las dinámicas transnacionales en distintos ámbitos de la materialidad y localidad urbana. ¿Cómo se apropian los jóvenes de los espacios urbanos, a qué repertorios “globalizados” recurren y cuáles son sus estrategias ante la estigmatización? ¿Cómo se materializan los megarelatos globales de la planeación urbana en los lugares concretos, y cómo inciden las lógicas transnacionales en las distintas escalas de la ciudad pensada como región socio-ambiental?

MATERIALIDADES URBANAS:
BOCETOS DE LAS CIUDADES

Este es un libro de diseño transcultural, multimetropolitano diríamos, porque se propone el diálogo, la mediación y la traducción entre distintas realidades urbanas. Un cruce de miradas empezando por las ciudades de Berlín y México, que, parafraseando a la escritora Carmen Boullosa, en sus afinidades y contrastes resultan “in-perseguibles con el ojo”, destruidas, devastadas, hasta cierto punto, invisibles, “incompletas, mancadas de lo que fueron, tronchadas de sí” (Boullosa, 1997: 14). La primera idea del libro nace de la alusión de este texto a la extraña cercanía entre estas ciudades reconstruidas sobre sus ruinas, a la terca permanencia de culturas y experiencias pasadas que subyacen a través de la destrucción, la guerra, la dominación, el exterminio y la emancipación, siempre incompleta.

A manera de bocetos delineamos las ciudades objeto de este libro con trazos de algún modo arbitrarios referidos a las formas de relación social, inspiradas en antiguos y actuales imperios, con sus respectivos procesos de resistencia y liberación; o bien, a su concentración poblacional heterogénea y diversa, así como a la persistencia de la memoria traumática de hechos relevantes que han influido en su conformación.

Punto de partida y referente para la mayoría de los contribuyentes de este libro, es la CIUDAD DE MÉXICO, que consideramos como una suerte de “paradigma” de (mega)urbanidad. Es una megaciudad-capital constantemente configurada y reconfigurada por las dinámicas lo-

cales, nacionales y cada vez más “globales”: los quiebres del pasado que se inscriben en la “memoria histórica” del espacio urbano, sus funciones de la representación nacional, las prácticas urbanas del comercio ambulante que apropian parte del espacio público, los flujos migratorios que sustentan la diversidad o heterogeneidad cultural de la urbe. Migración, memoria urbana y lógicas de la economía globalizada son algunos de los “flujos” que definen, determinan y polarizan los espacios de la capital mexicana, igual que a la mayoría de las grandes metrópolis u otras megaciudades.

Así que consideramos que la capital mexicana representa un ámbito complejo privilegiado para los estudios y la comprensión de los fenómenos urbanos. Su población es de 8.6 millones de habitantes si se considera el Distrito Federal, o de 18 millones si se alude a los 59 municipios que conforman la zona metropolitana del Valle de México. La historia reciente de la Ciudad de México está enmarcada por movilizaciones sociales, grandes manifestaciones, disputas por los espacios de representación política y una reforma política inconclusa. Hasta 1997 la población capitalina (ese enorme “capital político” para las no tan distintas fuerzas políticas) no tenía derecho a elegir a su gobernante, ni a los 16 gobernantes de las demarcaciones territoriales que conforman la capital; a partir de esa fecha y hasta hoy la población elige a su gobierno libremente.

El espacio urbano de la gran ciudad, que alguna vez fuera el centro de poder de Mesoamérica, es producto de una sobreposición de múltiples capas históricas persistentes que forman parte de la organización social y cultural reflejada en su traza urbana. Esta se ha conformado

en una sucesión de ocupaciones espaciales que va desde los pueblos prehispánicos originarios (Medina, 2006), los barrios y formas de organización colonial, la majestuosa obra urbana de la dictadura porfiriana inspirada en el urbanista francés Haussmann como el Paseo de la Reforma; las grandes obras públicas e instalaciones emanadas del periodo posrevolucionario; la construcción de las grandes unidades habitacionales como los multifamiliares Juárez, Miguel Alemán, la Unidad Independencia, las múltiples instalaciones hospitalarias de Instituto Mexicano del Seguro Social y del ISSSTE erigidas entre 1940 y 1965 que manifiestan el papel del Estado inversionista e interventor; que paulatinamente va otorgando preponderancia a los fraccionamientos, colonias y clubes campestres durante las décadas de los 70 y 80 y a la inversión privada. El Estado se va convirtiendo en un facilitador de estos procesos, cediendo tanto la inversión como las ganancias a la iniciativa privada nacional e internacional, hasta llegar finalmente, durante la década de los 90, a la fase neoliberal que cede amplios territorios del poniente de la ciudad para la inserción de enclaves globales de consorcios trasnacionales.

Ciudad también de memorias traumáticas recientes, como la represión de movilizaciones de médicos, ferroviarios y la matanza estudiantil de 1968, en la víspera de los Juegos Olímpicos, y la prolongada “guerra sucia” durante la década subsecuente. Estos actos represivos se fundaron paradójicamente en la persistencia constitucional del delito de disolución social, que había sido promulgado durante la Segunda Guerra Mundial por el general Lázaro Cárdenas para salvaguardar la segu-

ridad nacional. A diferencia de la historia represiva en otros países de América Latina, México jamás deslindó a su ejército y a los funcionarios públicos involucrados en hechos represivos, razón por la cual la amenaza latente persiste. En 1985 la población vivió un devastador terremoto que puso a prueba, y de hecho reprobó la capacidad de respuesta gubernamental, involucrando masivamente a la ciudadanía en las labores de rescate a través de una movilización civil que detonó una secuencia de gestas sociales que culminarían años más tarde en la citada reforma política.

Durante la Segunda Guerra Mundial, gran parte del centro de la ciudad de BERLÍN quedaría destruida por los bombardeos ingleses y estadounidenses. Tras la derrota del régimen nazi en 1945, sería dividida a partir de 1961 por un muro que cayó en noviembre de 1989 al aceptar la República Democrática Alemana la libre circulación de los ciudadanos entre las dos partes de la ciudad y del país. Hoy en día este muro, que rodeaba y “encerraba” la parte occidental de la ciudad ubicada en el Este del país, se ha convertido en un sendero de 160 kilómetros transitables en bicicleta. En los años noventa, la apertura urbana y espacial de la “nueva Berlín” se acompañó de una grave crisis económica y financiera, debido a la desindustrialización del Este de Alemania, que se manifiesta en índices de desempleo y de pobreza infantil mayor al promedio alemán y de la Unión Europea. Desde el gobierno local, de centro-izquierda, esta pobreza económica ha tratado de ser revertida a través de la promoción de los atractivos culturales de la ciudad y de una activa política cultural. Hoy en día Berlín cuenta con una población

de 3.4 millones de habitantes, de los cuales 470 mil son ciudadanos provenientes de otros países, sobre todo de Turquía y del Este de Europa, y otros 400 mil son descendientes en segunda o tercera generación de aquellas familias migrantes. En total, más de la cuarta parte de los berlineses tienen lo que la burocracia alemana llama “un cuadro familiar migratorio” (*Migrationshintergrund*), para los niños de entre seis y 15 años son incluso más que el 40 por ciento. A esta textura “multicultural”, y una fuerte polarización social de Berlín, se suman las capas de sus múltiples “traumas”. En primer lugar, e incomparable con ningún otro, los 160 mil judíos berlineses que fueron deportados y asesinados u obligados al exilio; después de la guerra sólo unos 1 200 judíos habían sobrevivido a la barbarie nazi en la ciudad. Luego, la guerra dejó en ruinas el centro de la capital alemana, cientos de miles de muertos, cien mil mujeres violadas. Finalmente, el costo humano de la brutal división de la ciudad, con miles de familias separadas, y alrededor de 135 asesinados por las tropas fronterizas de la RDA.

La industria de la guerra y la dominación suelen producir enormes concentraciones de capital. Lamentablemente la urbanización resuelve este problema de esa sobreacumulación. Para el caso de PARÍS, otra de las ciudades tratadas en este tomo, constata David Harvey:

Consideremos el caso del Segundo Imperio de París. En 1848 se registró, sin duda, una de las primeras crisis de sobre-acumulación de capital y se expandió por toda Europa. Golpeó duramente a París y, al haber capital inactivo, se gestó una

frustrada revolución organizada por los trabajadores y algunos utópicos que vieron en la república social un antídoto a la avaricia del capital y la desigualdad. Pero la burguesía, una vez que golpeó violentamente a los revolucionarios, no fue capaz de resolver la crisis y el resultado fue el ascenso de Napoleón Bonaparte, quien se proclamó emperador en 1852. Para sobrevivir políticamente, el emperador sabía que tenía que enfrentar el problema de sobre-acumulación de capital y lo hizo anunciando un vasto programa de inversión en infraestructura tanto nacional como fuera de sus fronteras. Externamente, significaba la construcción de líneas férreas por toda Europa hacia el Oriente así como apoyo para grandes obras como el Canal de Suez. Internamente, significó consolidar la red de ferrocarril y la construcción de puertos. Pero sobre todo, esto significó la re-configuración de la infraestructura urbana de París. Fue él quien, en 1853, llevó a Haussmann a París para que se hiciera cargo de la obra pública en esa ciudad. La reconstrucción de París absorbió enormes cantidades de fuerza de trabajo y de capital para los estándares de aquella época, y, junto con la supresión autoritaria de las aspiraciones de la fuerza de trabajo parisina, se constituyó en un instrumento central para lograr la estabilidad social. (Harvey, 2010: 74)

Con una población de dos millones de habitantes y un área metropolitana de más de doce, la capital francesa

persiste como uno de los principales centros económicos de Europa. Dentro de su historia traumática reciente destaca el “mayo francés” de 1968. Tras la represión del movimiento estudiantil, el 13 de mayo tiene lugar una marcha de más de 200 mil personas, que desencadenaría sucesivas huelgas de los trabajadores de la industria automotriz, controladores aéreos, profesores y agricultores, entre otros. Las protestas darían lugar a una serie de reformas sociales implementadas por el general De Gaulle.

El caso de la Ciudad de NUEVA YORK, según Harvey, no es muy diferente al caso del Segundo Imperio de París:

Vayamos rápidamente hasta 1942 en Estados Unidos. El problema de la sobre-acumulación de capital, tan persistente durante el decenio de 1930, y el desempleo que lo acompañó, se resolvió temporalmente con la inmensa movilización que implicó la guerra. Sin embargo, todo mundo temía lo que sucedería una vez terminada la guerra; políticamente la situación era peligrosa. El gobierno federal estaba, en efecto, administrando una economía nacionalizada y estaba aliado con la comunista Unión Soviética. Todos sabemos la historia subsiguiente de la política del macartismo (cuyas señales abundaban ya desde 1942). Pero ¿qué fue del problema de sobre-acumulación de capital del que hay que deshacerse? Ese año, en una publicación periódica sobre arquitectura, apareció una evaluación extensa del esfuerzo de Haussmann. Documentaba a detalle lo que resultó tan seductor de su trabajo y tam-

bién elaboró un crítica de sus errores. El artículo lo escribió ni más ni menos que Robert Moses, quien después de la Segunda Guerra Mundial intervino en toda la región metropolitana de Nueva York de la misma manera en que Haussmann lo hiciera en París. Esto es, Moses cambió la escala del pensamiento respecto del proceso de urbanización y mediante el sistema de autopistas y transformaciones de infraestructura (ambas financiadas con deuda), mediante suburbanización y la total re-ingeniería de la región metropolitana, utilizó el proceso de urbanización como una forma de resolver el problema de absorción del excedente de capital [...] La economía se mantuvo saludable, por un tiempo, pero las ciudades centrales no. Como resultado, se desencadenó una “crisis urbana” muy específica durante el decenio de 1960 justo cuando se vivía el auge de la “era dorada” de la posguerra. Intranquilidad social, brotes de violencia y movimientos urbanos revolucionarios fueron señales clave del caos urbano que se vivía, y que culminaron con disturbios en las zonas marginales (*inner-city*) durante 1968, como antesala al asesinato de Martin Luther King. (Harvey, 2010: 82)

Hasta 1975 un ciclo similar de reconstrucción de la ciudad estabiliza su economía. La isla de Manhattan se ha convertido en una comunidad cerrada para los ultra ricos. Nueva York es hoy la ciudad más poblada de Estados Unidos de Norteamérica con 8.2 millones de habitantes.

Ciudad emblemática que alberga los iconos del *american way of life*: la estatua de La Libertad, Wall Street y el Empire State; tiene hablantes de casi 170 idiomas y 36% de su población nació fuera de Estados Unidos. La también llamada “Gran Manzana” tiene una presencia significativa de puertorriqueños, italianos, dominicanos y chinos y se considera el lugar de nacimiento del *hip hop*, movimiento artístico y cultural surgido a finales de la década de 1970 en las comunidades afroamericanas de barrios pobres neoyorquinos como Bronx, Queens y Brooklyn. El mayor trauma de la ciudad fue sin duda el de los atentados del 11 de septiembre de 2001 a las torres gemelas del World Trade Center, situación que ha dejado huella tanto en su topografía como en la subjetividad y el sentir de quienes la habitan. El caso de Nueva York evidencia que no necesariamente lo más relevante, que trastoca la vida de una nación, ocurre en las ciudades capitales.

La metrópolis catalana, BARCELONA, con una población que asciende a más de un millón de habitantes y casi cinco si se considera su área metropolitana, disputó a Madrid hasta mediados del siglo XX el papel de capital económica de España. Sufrió bombardeos en varias ocasiones, cuando fue alcanzada por las tropas franquistas en 1939 en el desenlace de la Guerra Civil. A la barbarie de tres años por intentar defender la República con las armas, se sumaron más de cuarenta años de régimen fascista —prolongándose hasta la muerte del general Franco en 1975—, de una feroz represión y terror institucionalizados y caracterizados por la tortura y desaparición de sus disidentes. Barcelona inicia el siglo XXI con la carga un pasado que no acaba de pasar, sobre todo

a través de una generación, cercana a desaparecer, que ha sido protagonista de la Segunda República, la Guerra Civil y del primer franquismo. No fue sino hasta 2002 cuando empezó a haber una suerte de política pública de memoria de la violencia franquista: la condena oficial al golpe de Estado de 1936 por parte de una comisión parlamentaria, la instalación de una Comisión Intermministerial para estudiar las eventuales reparaciones de las víctimas y el retiro de la estatua ecuestre de Franco.

Volviendo nuevamente al continente Americano, en este conjunto de trazos histórico-geográficos, BUENOS AIRES y su zona conurbada alberga a más de 13 millones de habitantes, con tres y medio tan sólo en la Capital Federal, que a partir de las reformas constitucionales de 1994 —tres años antes que en la ciudad de México— cuenta con un jefe de gobierno electo y un Poder Ejecutivo local. Es una ciudad profundamente marcada por la última dictadura militar (1976-1983), durante la cual llegaron a funcionar más de 500 centros clandestinos de detención en todo el país, alrededor de 40 de ellos en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Entre ellos destaca, como centro simbólico de las nuevas topografías de la conmemoración, impulsadas por primera vez con respaldo del Estado, la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA). Por la ESMA pasaron acerca de cinco mil secuestrados por el régimen. Su sede fue declarada en 2004, en un acto insólito por el entonces presidente Néstor Kirchner, en “Espacio para la Memoria”. A la vez, la metrópolis porteña vive la gran paradoja de ser una ciudad fundada prácticamente por la migración —el 90 por ciento de sus habitantes descende de los migrantes

europeos— pero hoy ignora y condena a la invisibilidad a las nuevas inmigraciones de los países vecinos como Bolivia, Perú y Paraguay, y también a la inmigración proveniente del interior del país.

La ciudad de TIJUANA, con alrededor de 1.2 millones de habitantes, es una de las 14 ciudades ubicadas en la frontera norte del territorio nacional mexicano. Reviste una particular importancia no sólo por ser sede de la garita San Isidro, el cruce fronterizo tal vez más transitado del mundo, con más de 50 millones de personas cruzando de un lado a otro al año (legalmente), sino porque forma parte de un área metropolitana transfronteriza que se conforma por las ciudades mexicanas de Rosarito y Tecate y, por el lado estadounidense, por San Diego, Chula Vista y Nacional City. Tijuana ha tenido un crecimiento demográfico acelerado debido al flujo de migrantes mexicanos y centroamericanos intentando llegar a Estados Unidos de Norteamérica, y también por el atractivo de mano de obra barata que representa para empresas que, aprovechando las ventajas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, llevan sus productos de vuelta a Estados Unidos. A esta problemática migratoria y laboral se suma la creciente presencia del narcotráfico en la zona, que genera no sólo una topografía de muerte e inseguridad sino que ha impregnado fuertemente la cultura popular dando origen incluso a la utilización del prefijo “narco” para designar la música, la religión, la economía o los delitos asociados al tráfico de drogas. Desde antes de la más reciente escalada de la llamada narco-violencia, Tijuana se sitúa en el tercer lugar a nivel nacional en cuanto al

“feminicidio”, la masacre continua de mujeres, y la trata de personas, como parte de un listado que encabeza la conocida Ciudad Juárez, con la que comparte su ubicación en la frontera norte de México.

Independientemente de la escala, origen y ubicación de la urbanización de la que se trate, queda claro que la articulación entre la sobre-acumulación de dinero y la violencia estructural representan formas de la fenomenología social de lo “urbano”.

MAPA TEMÁTICO

Los tres ejes que esbozamos arriba y que consideramos útiles para estructurar el debate en torno de las nuevas urbanidades se traducen directamente en las tres secciones temáticas del libro. Como sus títulos lo indican, el primero abarca aspectos multiculturales e interculturales, diversidad y conflictividad cultural; el segundo se ocupa de la producción de sentido, las inscripciones de memoria en el espacio urbano y de espacio público; el tercero, las dinámicas socio-espaciales, el juego entre localidades y globalidades.

En el *primer bloque* se abre el vasto campo del análisis de la cada vez mayor diversidad y heterogeneidad cultural de las grandes ciudades, producto de múltiples flujos y movimientos de migración. La multiculturalidad es siempre, primero que nada, una construcción discursiva, como demuestra STEPHAN LANZ en su ensayo crítico sobre la auto-representación de Berlín como metrópoli multicultural y ciudad de inmigrantes. Reconstruye la

transformación de la capital alemana que en el siglo XX pasó de una fría recepción de los “trabajadores huésped” (*Gastarbeiter*) a partir de los años 50 hasta la actual “carnavalización” de las culturas (*Karneval de Kulturen*). El discurso gubernamental promovió una idea de multiculturalismo que viene a reflejarse en un paternalismo estatal hacia los inmigrantes, al mismo tiempo que en la idea de un país homogéneo y una cultura oficial (*Leitkultur*) a partir de la cual se define a los “otros”. Esta ambivalencia viene a reflejarse en una política diferenciadora hacia los inmigrantes. El autor propone distinguir entre una estrategia que, por un lado, declara la alteridad cultural como un recurso y capital cultural (“los buenos extranjeros”), y por el otro estigmatiza y excluye a aquellos extranjeros pertenecientes a otras religiones, como los musulmanes, como potencial amenaza (*radical others*). Se constata entonces la coexistencia de un discurso y anhelo teórico de la hibridación con el evidente fortalecimiento de las fronteras (etnización, segregación).

ALEJANDRO CERDA comparte la crítica hacia un discurso dominante que tiende a etnizar a la otredad cultural. El autor aboga por una conceptualización (y estrategia) de interculturalidad que se asume no sólo como diálogo entre iguales pero diferentes, sino como campo de conflicto, impregnado por las asimetrías de poder. A partir de la observación de los procesos y estrategias de algunas organizaciones migrantes en la Ciudad de México, se plantea la noción de “ciudadanía diferenciada e incluyente”, que abarca el reconocimiento de derechos diferenciados, étnicos o también de género. En este proceso, la ciudad juega un doble papel: es un polo indudable de

atracción para los migrantes —que hoy la habitan ya en segunda generación— y crea una presencia social novedosa, la de los indígenas urbanos, pero a la vez sigue produciendo exclusión y estereotipización. Cerda muestra la complejidad, aun para un gobierno local de corte “progresista”, de revertir las políticas victimizantes hacia los grupos indígenas, como también la manera en que los propios grupos empiezan a utilizar estas opciones legales como “espacios de participación”.

En su contribución, KAROLINE NOACK plantea una revisión crítica del término “pueblos originarios” a partir de su uso en instrumentos jurídicos internacionales, como en la Declaración Universal de Derechos de los Pueblos Indígenas, en el Convenio 169 de la OIT, para el caso de algunos países andinos. Argumenta que estos términos no han sido definidos de manera específica y por lo tanto resultan problemáticos, provocando una serie de ambigüedades y contradicciones. Aunque no trate específicamente del ámbito urbano, consideramos de suma utilidad este cuestionamiento de las nociones culturalistas y esencialistas de “pueblo” y la noción de “originario”. A partir de sus estudios y experiencias en torno a las formaciones discursivas internacionales (el llamado vocabulario “étnico”) y la antropología andina, Noack señala la arbitrariedad de estas asignaciones que conllevan un fuerte sesgo de radicalización y etnización: perciben lo “indígena” como algo estático y lo contraponen, por ejemplo, a “lo afroperuano”, definido como algo diaspórico, sin arraigos culturales. En cambio, Noack propone vincular la noción de pueblo (en su triple connotación de pueblo-nación, pueblo-etnia

y pueblo-localidad) con una noción de espacialidad, definida primordial aunque no exclusivamente por lo territorial.

En su acercamiento etnográfico a las comunidades arraigadas en el centro o la periferia de la Ciudad de México, HERNÁN CORREA propone enfocar el análisis de las micro-estructuras en mecanismos y relaciones de poder en territorios de disputa, como puede ser un cementerio comunitario o un pozo de agua. El autor cuestiona la perspectiva que concibe a los pueblos como sociedades tradicionales, culturas atrasadas, espacios de fanatismo religioso, territorios de excepción (tierra sin ley) o localidades caracterizadas políticamente por prácticas heredadas de las sociedades campesinas poscoloniales. A diferencia de Noack, el autor considera pertinente asumir el concepto de “pueblos originarios” para referirse a un determinado objeto de estudio (el municipio de Tecámac) y expone una visión panorámica y general de la estructura geopolítica y del poder regional al norte de la zona metropolitana del Valle de México.

En vez de insistir en esencias culturales es preferible partir de estrategias y negociación identitaria, como se da por ejemplo en el escenario transfronterizo analizado por ROXANA RODRÍGUEZ, donde los actores marginados, que no pertenecen *ni aquí ni allá*, desarrollan una “sub-cultura de reciclaje” y donde la evidente “desnacionalización” nos obliga a rechazar cualquier conceptualización esencialista de lo cultural; aquí lo transfronterizo se articula en una nueva lógica económica, liberada tanto de derechos como de nacionalidades, que alimenta una noción de “ciudadanía desechable”. La autora plantea

que la construcción identitaria de los sujetos que habitan la frontera es parte de un proceso gradual que se ha gestado, de manera intercultural, entre dos sociedades liminales (la mexicana y la estadounidense) que se confrontan a diario. Se propone analizar la conformación de la comunidad transfronteriza a partir de la urbanización de la frontera norte de México, con la intención de mostrar los complejos procesos a los que se exponen los migrantes (vulnerabilidad social, discriminación étnica y subalternidad cultural); así como los nuevos patrones de participación social que han desarrollado las mujeres para adecuarse a la realidad fronteriza, enmarcada por la explotación, la ilegalidad y la violencia.

IVO NÁJERA presenta una interpretación sobre los procesos de formación de identidad y su relación con el espacio urbano a partir de la experiencia urbana de las trabajadoras domésticas en la Ciudad de México. Una ciudad multicultural supone la existencia de muchos grupos sociales con referentes culturales distintos, que se forman por medio de procesos de identificación y de diferenciación, tal como sucede con las trabajadoras domésticas que son mayoritariamente migrantes. La migración a la ciudad, en tanto encuentro entre *otredades*, es un proceso de transformación de identidades tanto para las trabajadoras domésticas que la practican, como para los habitantes de la ciudad, cuya convivencia cotidiana tiende a homogeneizar la diversidad cultural al tiempo que genera nuevas síntesis y da lugar a procesos de reconstrucción identitaria.

El *segundo bloque* se ocupa de la configuración y significación de “lo público” en las urbes, de los imagina-

rios y prácticas que le asignan sentido a la vida urbana. Al mirar las contribuciones en su conjunto, queda en evidencia que la estricta separación entre lo público y lo no-público (lo privado, lo íntimo, lo subjetivo) ya se ha vuelto obsoleto, que no son pensables como dimensiones y espacialidades estrictamente divididas entre sí. Más bien se observa una constante transgresión de éstos, generando nuevos espacios públicos, temporales y permanentes, la mayoría de ellos en disputa (material, simbólica). Al mismo tiempo se revisa la estrecha y compleja relación entre las dos nociones de lo público, la materialidad del *espacio* (físico, tangible) y la discursividad de la esfera pública.

En su análisis de los imaginarios urbanos de Berlín, ALEXA FÄRBER se ocupa de la productividad (publicitaria, económica) de los capitales culturales de una ciudad para la que se conoce como *city branding*, promover la imagen de una ciudad como si fuera una marca. En el caso de la capital alemana, con su particular sello de “post-ciudad” (que habrá pasado por una serie de condiciones particulares: régimen nazi, guerra mundial, división, condición isla, unificación), se cristaliza como una suerte de *leitmotiv* el *topos* del fracaso (*failure*) como imagen guía para un imaginario funcional (*imageneering*, según la autora) para la promoción de la “marca” Berlín. Esta idea se articula en la caracterización de sus habitantes como “pobres pero sexis”, de boca de su propio alcalde. De ahí, se formula el desafío: transformar la pobreza (el relativo “fracaso” económico) en un atractivo y recurso, la llamada “creatividad”. Färber expone que este discurso de la creatividad (*creative city*) se funde con una condición de

precariedad (social, laboral) y presupone a fin de cuentas una creciente mentalidad empresarial de los habitantes, de riesgos individualizados.

La dimensión imaginaria está también en el centro del artículo de TERESA MCKELLIGAN y ANA HELENA TREVIÑO, aunque en otro sentido. Las autoras sugieren entender y estudiar a la ciudad (de México, en este caso) conjuntamente desde la noción de *lugar* (una suerte de anclaje, pero en movimiento), el *espacio de vida* (las prácticas e interacciones sociales) y finalmente, el *espacio vivido*, que corresponde a la esfera de la representación y percepción. Señalan la grieta que se abre entre la representación y el deseo —el ideal y “la promesa” de la vida urbana— la frustración de ellas en las experiencias de inseguridad, caos vehicular y desastre ambiental, pero también las estrategias de las clases medias para crear (y situarse adentro de) una fantasía específica de estatus y hábito urbano, a través del consumo y el imaginario de “la casa propia”, que a su vez inciden la traza urbana (movilidad), lo que equivaldría al “carro propio”.

Desde otro ángulo, TERESA CARBÓ se sumerge en el universo de las “casas propias”, no como deseo (e) imaginario, sino como evidencia de “modos de habitar”, que es objeto de una minuciosa mirada-lectura de una secuencia de imágenes fotográficas sobre los pueblos en una zona periférica: el Ajusco. Su texto ofrece a los lectores un doble recorrido: un planteamiento de “lectura semiótica”, de cómo leer y escuchar la evidencias y señales visuales, y a la vez un micro-acercamiento a la forma en que algunos sectores de la población se apropian de un

pedazo específico del territorio urbano, el Ajusco en este caso, y lo habitan, usan y (re)significan.

Si el ensayo de Carbo indaga sobre la semiótica de la vivienda, la aportación de ANNE HUFFSCHMID se ocupa de algunos procesos semióticos en la vía explícitamente pública de la ciudad. Su hipótesis es que los modos de hacer y practicar la memoria también producen “ciudad” y “urbanidad”. De hecho, ésta no se concibe sin sus modos de escenificar, exponer —o borrar— las huellas o marcas del “pasado”, tanto el pasado mítico-fundacional (la llamada monumentalización) como también —lo que es el tema de su contribución— los hechos de violencia y de represión. Se propone la exploración comparativa de ciertas topografías de la memoria en dos casos contrastantes de mega-urbanidad latinoamericana, la Ciudad de México y Buenos Aires, en el contexto de sus respectivas configuraciones de memoria histórica. Explora los usos y las prácticas emergentes desde dos plazas emblemáticas. Con ello, la autora demuestra que la memoria urbana dista de ser un proceso unívoco y se caracteriza por disputas semióticas (por ejemplo, la maternidad y la figura de lo femenino) y por depender de contextos sociales más amplios, como las prácticas jurídicas.

Esta misma conceptualización de la memoria como paradigma nuevo y fructífero también para la historiografía, es esbozada en el artículo de STEFAN RINKE. Es un concepto inspirado en las ciencias culturales que se orienta hacia la subjetividad, las experiencias culturales y la negociación del sentido (que ya no corresponde a un significado único de la historia), y que abarcan las formas ritualizadas de la memoria cultural, como pue-

den ser fiestas, monumentos o lugares como puntos de cristalización de procesos sociales y culturales. Desde esa noción de memoria, se abre la posibilidad de narrar la ciudad y sus lugares-espacios a través de sus marcas del pasado.

JAVIER DE LA ROSA se acerca a la configuración de lo público urbano desde otra perspectiva, el análisis de la participación ciudadana como instrumento de las políticas institucionales, y su incidencia en los espacios públicos. Éstos se conciben, por un lado, como infraestructura material de la urbe (de uso recreacional, que de hecho es uno de los objetos primordiales que se someten a consulta ciudadana), pero sobre todo como “esfera de deliberación”, donde se ejerce y se experimenta la democracia comunicativa y participativa. Pero hay una diferencia fundamental, según argumenta el autor, entre una oferta participativa “desde arriba” (pensada como una suerte de correctivo de las decisiones de gobierno) y una participación “desde abajo” que se concibe como *fundamento* de los actos de gobernar. En una primera evaluación del ejercicio de estos mecanismos participativos en la Ciudad de México, donde éstos se instalaron desde hace más de una década en el primer gobierno democrático local, se constata aún una serie de deficiencias, entre las cuales destaca la poca asistencia y participación de parte de los mismos ciudadanos.

En el *tercer bloque* se revisa una serie de dinámicas socio-espaciales y a la vez transnacionales y su incidencia en los escenarios locales, las texturas culturales, urbanísticas y ecológicas de la ciudad en concreto. Con ello, proponemos pensar la globalización como un proceso complejo,

moldeado “desde arriba” o “desde afuera” pero también “desde abajo” o “desde el margen” que se articula en procesos de informalidad comercial, de transformaciones topográficas o de planeación urbana, o en las subculturas juveniles. Estos últimos son tratados por dos autoras que analizan, en distintos ámbitos, las apropiaciones urbanas de determinados grupos juveniles cuyas estrategias identitarias se sitúan más allá de las esferas nacionales.

SUSANNE STEMMLER se ocupa de los flujos y las interconexiones transnacionales en expresiones urbanas como el *hip hop*, concebible no sólo como una cuestión de estética y estilo, sino también como complejo dispositivo de traducción y apropiación cultural. La autora concibe el *hip hop*, situado en Nueva York —la cuna de esta cultura juvenil—, París y Berlín, como articulación de conflictos urbanos locales, producto de las ciudades postindustriales de Europa y América del Norte, y a la vez como una forma de participar en el espacio público, sobre todo desde la posición social de “minorías étnicas”.

Por su parte, MARICELA PORTILLO en su aproximación a las subjetividades juveniles enfatiza la estigmatización y criminalización de las que son objeto una serie de expresiones contraculturales en el espacio urbano. Problematisa las subjetividades juveniles a partir de contextos espacio-temporales que definen las múltiples maneras en que se experimenta la juventud a inicios de siglo XXI en la Ciudad de México. Los sujetos —jóvenes— definen sus identidades a partir de su tránsito y apropiación de espacios físicos y virtuales, al tiempo que el paisaje urbano va siendo modificado por los sujetos que por él transitan. Partiendo del hecho de que la ciudad se construye

a partir de los sujetos que la viven, se la apropian, se la inventan, reinventan y se la imaginan, la autora nos propone pensar la relación jóvenes-ciudad dialécticamente: los sujetos conforman sus identidades en relación con la ciudad que habitan y, a su vez, la ciudad es ese constructo que ocurre como resultado de las formas de apropiación que estos sujetos hacen del espacio, el territorio y los lugares en que transitan.

Fuera del ámbito de la cultura propiamente juvenil, pero dentro del espectro de la cultura urbana politizada y subcultural, se ubican aquellas “comunidades de convicción” que generan, a través de prácticas concretas de habitar y protestar, nuevos espacios de urbanidad inscritas en redes transnacionalizadas. Estas redes, analizadas por GUIOMAR ROVIRA, se alimentan de estilos contraculturales como el punk, inspiraciones libertarias como la autonomía y estrategias urbanas como los movimientos *okupa*. La autora propone mirar estos actores desde una óptica “desterritorializada” para trazar mapas de sentido, siguiendo su propia ruta biográfica, en distintos lugares de Europa y América Latina. Al relacionar apropiaciones urbanas en algunas ciudades europeas con la experiencia posterior en la Ciudad de México, la autora da cuenta de la complicada relación entre prácticas socio-espaciales —como la ocupación de un terreno o edificio baldío— y su configuración cultural.

Si enfocamos la mirada ya no sobre una determinada zona de la ciudad sino más bien sobre la topología en su conjunto —desde una visión aérea, en sentido literal y figurado— obtenemos una imagen de la configuración física-ambiental de la Cuenca que nos lleva a pensar la

ciudad como *región*, como un *más allá* de la propia ciudad. Esta es la perspectiva de la contribución de IVÁN AZUARA, quien argumenta que los procesos económicos mundiales producen grandes transformaciones espaciales que se expresan en la re-configuración y expansión urbana, y en la pérdida irreversible de extensiones importantes de ecosistemas naturales, con impactos ambientales de magnitud y permanencia en el tiempo. El autor propone considerar el *espacio metropolitano* como el resultado de la tensión entre procesos económicos de largo plazo a gran escala, que se gestan a nivel global, y las dinámicas sociales locales de urbanización que se traducen en las contingentes y siempre cambiantes estrategias de apropiación y defensa del territorio. Azuara argumenta que los fenómenos globales no son nuevos y las diferentes colonizaciones y arreglos geopolíticos mundiales impactan ambiental y culturalmente los territorios, lo que va cambiando es el discurso civilizatorio que justifica el dominio y la transformación de cada territorio

Desde una concepción comparativa, ROCÍO NAVARRETE incursiona en el análisis de “lo global” en el nuevo diseño urbano, explorando el Potsdamer Platz en Berlín y Santa Fe en la Ciudad de México. Analiza los entornos urbanos que rodean a estos complejos, las condiciones previas a su desarrollo, así como las intenciones sociales y urbano-arquitectónicas; en el caso de Berlín, por ejemplo, la ubicación de la plaza justo sobre la raya de la anterior división; en el caso de Santa Fe, las transformaciones del espacio de un basurero público a un centro neurálgico de negocios y zonas habitacionales exclusi-

vas, flanqueado por un intenso proceso de polarización, fragmentación y segregación socio-espacial. Para Nava-
rrete, la ciudad construida socialmente es la ciudad re-
corrida calle a calle, plaza a plaza, es la ciudad usada
de función a función y respirada rincón a rincón, es la
ciudad vivida e imaginada en cada mapa mental de los
habitantes y usuarios. A la vez, se identifican diferentes
formas de poder y control, muchas veces en el espacio
público y una tendencia a una uniformidad arquitectó-
nica dominante y excluyente.

Aproximarse a la comprensión de las metrópolis al
inicio del siglo XXI que se ofrece en esta obra, lejos de
tener una conclusión, constituye un punto de partida
en varios sentidos. La ciudad y lo urbano representan
problemáticas, temáticas y desafíos que necesitan ser
investigados de manera multidimensional entre las que
vienen a destacar, por mencionar algunos ejemplos, la
informalidad en sus distintas facetas (tenencia de la tie-
rra, instalación de servicios, comercio, política electo-
ral, entre otros); la creciente inseguridad y las distintas
alternativas para enfrentarla tanto en el ámbito público
como desde lo privado; y las crecientes y diversificadas
violencias que urgen a una mejor comprensión tanto de
sus novedosas expresiones como de las formas en que se
resiste a ellas desde la cotidianidad.

Estas caras particulares de las metrópolis, muchas
veces abigarradas y no siempre compresibles, plantean
a su vez desafíos en los enfoques o miradas que es nece-
sario construir para aproximarnos a ellas. Por un lado,
se requiere ponderar las potencialidades explicativas las
distintas formas de enfocar el vínculo entre lo global, lo

urbano y lo local, ya sea desde el énfasis en las relaciones económicas internacionales, a partir de las relaciones de dominación/resistencia en el ámbito internacional, o bien, de la heterogeneidad e inequidad al interior de las mismas metrópolis, tal como hemos esbozado a lo largo de este texto.

De igual forma, a partir de las problemáticas y reflexiones generadas en los distintos capítulos, se hace patente la necesidad de considerar e incorporar con mayor intensidad como uno de los ejes centrales de nuestros análisis la dimensión histórica y las particularidades de las génesis de las distintas metrópolis, elemento que permitiría una mejor comprensión de las problemáticas actuales. Finalmente, los trabajos aquí presentados, apuntan a la necesidad de profundizar y afinar la documentación y conceptualización de las lógicas y relaciones de poder presentes en la ciudad y lo urbano. Renunciando, obviamente, a la pretensión de congelar la liquidez de las implacables metrópolis, invitamos al lector a internarse en este campo de continuos desbordamientos.

NOTAS

¹ Nuestra propuesta de conceptualizar el fenómeno urbano como “liquidez” que se desborda permanentemente y que requiere de mayores contenedores tanto físicos como simbólicos, difiere del uso de este término como metáfora de la posmodernidad, tal como fue introducida por Zygmunt Bauman.

² Ver los análisis de Duhau y Giglia en su libro *La reglas del desorden* (2008).

³ A partir de la noción de “ciudades globales”, Sassen (1991) ha propuesto considerarlas como puntos de comando altamente concentrados desde donde se organiza la economía mundial y como localizaciones clave de las actividades financieras y los servicios para la producción; esta dinámica trastoca el sistema urbano y no siempre contribuye a la resolución de problemáticas nacionales, sino que genera procesos urbanos de polarización en la distribución del ingreso y altos índices de desocupación.

⁴ Al respecto hay tipologías que clasifican a las ciudades en función de su tamaño y del proceso de conurbación en el cual están inmersas. De acuerdo con Davis (2006), entre ocho y diez millones de habitantes y una densidad demográfica mínima de 2 000 habitantes/km², se clasifican como megaciudades. Entre las doce megaciudades más grandes del mundo se encuentran las ciudades de México, Nueva York y Buenos Aires, las cuales se abordan en este libro. Sin embargo, estas concepciones son rebasadas cuando en lugar de metrópolis, se comienza a estudiar a las regiones en una escala de “ordenación territorial”, que habla de magalópolis, y que considera la dinámica expansiva de diferentes metrópolis (por ejemplo, en México, la misma Ciudad de México, Puebla, Toluca, Cuernavaca), que son definidas como corona de ciudades en un esquema centro-periferia (POZMVM, 1999).

⁵ En torno a la configuración de lo público-urbano entre *espacio* y *esfera*, en las Ciudades de México y Berlín, quisiéramos dejar constancia del fructífero debate que se dio entre Ángela Giglia y Max Welch Guerra, en el marco del Coloquio Internacional “Espacio público y conflicto urbano”, organizado por dos de los editores de este tomo (Azuara y Hufschmid), del 12 al 13 de noviembre de 2009 en las instalaciones de la UACM. Entre otras cosas, el debate —de final abierto, necesariamente— giraba en torno a si los (des)órdenes urbanos se debían más a una normatividad o regulación (faltante) o a un tipo de negociación (informal). Véase al respecto Duhau y Giglia (2008) y el tomo editado por Braig y Hufschmid (2009), con

una contribución del propio Welch Guerra sobre las disputas por las políticas privatizadoras en Buenos Aires.

⁶ Los modelos de espacios arquitectónicos modernos que se reproducen como *enclaves globales* en diferentes ciudades, albergando un conjunto de consorcios transnacionales, son promovidos por organismos financieros internacionales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional, a través de la renegociación de deuda externa con los gobiernos de los diferentes países, de tal suerte que se va conformando una *industria inmobiliaria internacional* que reproduce prototipos arquitectónicos y espacios urbanos similares.

⁷ Esta crítica ha sido formulada en distintos trabajos como los de Castells (1974), los de Díaz Cruz (2006) en torno a la obra de Renato Rosaldo, y el libro de Suárez y Hernández (2006). Esta crítica al culturalismo es compartida y explicada también en los textos de Lanz y de Cerda que están incluidos en este volumen.

⁸ Véase al respecto el trabajo de Susanne Stemmler en este mismo volumen.

⁹ Véase por ejemplo el documental realizado en la ciudad de Nueva York sobre *The Young Lord's Party* por Iris Morales (1996).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANZALDÚA, Gloria (1999), *Borderlans / La Frontera: The New Mestiza*. Estados Unidos: Aunt Lute Books.
- APPADURAI, Arjun (1996), *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ASSMANN, Aleida (1999), *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnis*. München: C. H. Beck.

- ASSMANN, Jan (1992), *Das kulturelle Gedächtnis: Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München: C. H. Beck.
- BARTRA, Armando (2010), *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*. México: Itaca / UAM / UACM.
- BINDER, Beate y Peter NIEDERMÜLLER (2006), "The 'New Berlin': Reconstructing the Past and Envisioning the Future", en Günter Lenz, Friedrich Ulfers, Antje Dallmann (eds.), *Toward a New Metropolitanism: Reconstituting Public Culture, Urban Citizenship, and the Multicultural Imaginary in New York City and Berlin*. Heidelberg: Universitätsverlag Winter, pp. 217-233.
- BONNIOL, Jean Luc (2006), "Comment transmettre le souvenir de l'esclavage? Excès de mémoire, exigence d'histoire...", en *Revue Cité*, núm. 25. Paris: PUF.
- BOULLOSA, Carmen (1997), "México-Berlín, Berlín-México", en *Lo propio en lo ajeno, lo ajeno en lo propio*, catálogo de los fotógrafos Adrian Bodek y Ulrich Wüst. México: Instituto Goethe / Centro de la Imagen.
- BOYER, Christine (1994), *The City of Collective Memory*. Cambridge (MA): MIT Press.
- BRAHAM, Persephone (s. f.), "El corazón sangrento and *Crónica de las destrucciones*: Olivier Debrouse's critique of the mythic palimpsest", disponible en: <www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/braham.html>.
- BRAIG, Marianne y Anne HUFFSCHMID (2009), *Los poderes de lo público. Debates, conceptos y actores en América Latina*. Frankfurt a. M. / Madrid: Vervuert.
- CASTELLS, Manuel (1971), *Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo XXI.
- _____ (1998), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. I. México: Siglo XXI.

- _____ (1974), *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago y Eduardo MENDIETA (coords.) (1998), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: University of San Francisco / Miguel Ángel Porrúa.
- CERDA, Alejandro (2007), “Multiculturalidad y educación intercultural: entre el neoindigenismo y la autonomía”, en *Andamios. Revista de Investigación Social*, núm. 6, pp. 97-135.
- CERDA, Alejandro, Ma. Consuelo CHAPELA y Edgar JARILLO (2009), “Acontecimiento, sentido y referencia: claves para comprender la experiencia de los sujetos en procesos globales”, en *Argumentos. Escritos Críticos de la Sociedad*, núm. 52, diciembre.
- DAVIS, Mike (2006), *Planeta de ciudades miseria*. España: Akal-Cuestiones de Antagonismo.
- DELGADO, Manuel (1999), *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2007), *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ CRUZ, Rodrigo (ed.) (2006), *Renato Rosaldo: ensayos en antropología crítica*. México: Juan Pablos / Fundación Rockefeller / UAM-I.
- DORFMAN, Ariel (2010), *Americanos. Los pasos de Murieta*. México: Seix Barral.
- DUBE, Saurabh (coord.), *Pasados poscoloniales*. México: El Colegio de México, 1999.
- DUFOIX, Stéphane (2005), “La reconnaissance au présent: les dimensions temporelles de l’histoire et de la mémoire”, en *Revue Alterdémocratie et Alteréconomie*, núm. 26, Canadá.
- DUHAU, Emilio y Angela GIGLIA (eds.) (2008), *Las reglas del desorden. Habitar la metrópolis*. México: UAM-A / Siglo XXI.

- FOUCAULT, M. (1979), *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- FPNU (2007), *Informe Estado de la Población Mundial 2007. Liberar el potencial del crecimiento urbano*. Estados Unidos: Fondo de Población de Naciones Unidas.
- FUENTES ROMERO, D. e I. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ (2008), “Muertes por violencia en las mujeres de Tijuana, Baja California, 1999-2005”, en *Papeles de Población*, núm. 56. México: UAEM, abril-junio.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2006), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- _____ (ed.) (2005), *La antropología urbana en México*. México: FCE.
- _____ (ed.) (1998), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*. México: UAM-I / Grijalbo.
- GILROY, Paul (2004), *After Empire. Melancholia or Convivial Culture*. London / New York: Routledge.
- GOTTMAN, Jean, *Megalopolis. The Urbanized Northeastern Seaboard of the United States*. EUA, 1960.
- HABERMAS, Jürgen (1989), *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Cambridge: Polity. (Original: *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, first published in 1962).
- HALBWACHS, Maurice (1985 [1939]), *Das Gedächtnis und seine sozialen Bedingungen*. Berlin: Suhrkamp.
- HALL, Stuart (1996), “Introduction: Who Needs ‘Identity?’”, en Stuart Hall y Paul du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*. London: Sage, pp. 1-17.
- HARAWAY, Donna, “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, en *Feminist Studies* 14, núm. 3, 1998, pp. 575-599.

- HARVEY, David (1990), *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge: Blackwell.
- _____ (2010), *El enigma del capital y la crisis del capitalismo*. EU: Profile Books.
- HOBBSBAWM, Eric y Terence RANGER (1983), *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUFFSCHMID, Anne (2008), “Paradoxien des Weiblichen im öffentlichen Raum: Überbelichtung, Unsichtbarkeit, Transgressionen. Szenen und Notizen aus Mexiko-Stadt”, en Anne Becker, Olga Burkert, Anne Doose, Alexander Jachnow y Marianna Poppitz (eds.), *Verhandlungssache Mexiko Stadt: Umkämpfte Räume, Stadtaneignungen, imaginarios urbanos*. Berlin: b_books, pp. 247-258.
- _____ (ed.) (2007), *La crisis como laboratorio: memoria y movilización en Buenos Aires y Berlín*. Buenos Aires: La Tribu.
- HRW (2009), *The 19th Annual World Report 2009*. New York: Human Rights Watch.
- HUYSEN, Andreas (2003), *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford: Stanford University Press.
- JELIN, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- JELIN, Elizabeth y Victoria LANGLAND (eds.) (2003), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- JOSEPH, Isaac (2002 [1984]), *El transuente y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- KASCHUBA, Wolfgang (2006), “Nowherelands and Residences: Recodifying Public Space in Berlin”, en Günter Lenz, Friedrich Ulfers, Antje Dallmann (eds.), *Toward a New Metropolitanism. Reconstituting Public Culture, Urban Citizenship and the Multicultural Imaginary in New York and*

- Berlin. Heidelberg: Universitätsverlag Winter, pp. 235-242.
- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. FCE: Buenos Aires.
- LEFEBVRE, Henri (1991), *The Production of Space*. Oxford: Basil Blackwell. (Originally published 1974).
- ____ (1996), *Writings on Cities*. Oxford: Basil Blackwell.
- LEFF, Enrique (2004), *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI.
- ____ (2001), “Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental”, en *Nueva Sociedad* 175, pp. 28-42.
- MCADAM, Doug, Sidney TARROW y Charles TILLY (2001), *Dynamics of contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MEDINA, Andrés (coord.) (2006), *La memoria negada de la ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: IIA-UNAM / CEC-UACM.
- MONTANER, J. M. (2002), *Las formas del siglo xx*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MORALES, Iris (1996), *¡Palante, siempre, Palante! The Young Lords*. New York: Third Word Newsreel.
- NORA, Pierre (1990), *Zwischen Geschichte und Gedächtnis*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- PAZ, Octavio (1994), *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*. México: FCE.
- PÉREZ NEGRETE, Margarita (2010), *Santa Fe, ciudad, espacio y globalización. Lupus Inquisitor*. México: UIA.
- POZMVM (1999), “Programa de Ordenamiento de la Zona Metropolitana del Valle de México”, en *Diario Oficial de la Federación* (DOF), México, 1 marzo.

- RAMÍREZ, B. (2009), "De la ciudad global a la ciudad neoliberal", en *Sistema mundial y nuevas geografías*. México: UACM / UAM / UIA.
- REGUILLO, Rossana (1992), "Las bandas: entre el mito y el estereotipo. ¿Emergencia de nuevas formas de comunicación?", en *Diálogos de la Comunicación*, núm. 34, pp. 80-95.
- SASSEN, Saskia (1991), *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*. Buenos Aires: Eudeba.
- SUÁREZ NAVA, Liliana y Rosalva Aída HERNÁNDEZ (eds.) (2008), *Descolonizando el feminismo*. Madrid: Cátedra / Universitat de Valencia.
- SZOL, Florinda E. (2007), "Geografía de la resistencia. Protesta social, formas de apropiación y transformación del espacio urbano en la Argentina (1996-2006)", en *Theomai*, primer semestre, núm. 15. Argentina: Red Internacional de Investigadores Theomai sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo, pp. 21-34.
- TAMAYO, Sergio y Nicolasa LÓPEZ (eds.) (en prensa), *Apropiación política del espacio público: Una etnografía multidimensional de las campañas electorales en la ciudad de México*. México: UAM (en prensa).
- TAYLOR, Peter (2004), *World City Network. A Global Urban Analysis*. London / N. Y.: Routledge.
- _____ (2009), *Modernities. A Geohistorical Interpretation*. EU: University of Minnesota Press.
- TOURAINÉ, Alain (1995), *Producción de la sociedad*. México: UNAM / IFAL.
- TOVAR Y DE TERESA, Guillermo (2004), *La ciudad: un palimpsesto*. México: Ediciones Sin Nombre / Conaculta.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1974), *The Modern World-System: Capitalist, Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York.

- WASHINGTON VALDÉZ, Diana (2005), *Cosecha de mujeres. El safari mexicano*. México: Océano.
- WELCH GUERRA, Max (2009), "Transformaciones espaciales en Buenos Aires", en Marianne Braig y Anne Huffschild (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*. Madrid /Frankfurt: Vervuert.
- WOLF, Eric (1987), *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.
- ZIZEK, Slavoj (comp.) (2003), *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: FCE.

MULTICULTURALIDAD Y MIGRACIÓN

BERLIN AS AN IMMIGRATION CITY: OCCIDENTAL – MULTICULTURAL – COSMOPOLITAN?

STEPHAN LANZ

AFTER THE WEST GERMAN GOVERNMENT had signed the first treaty on the official recruitment of migrant labour in 1955, several millions of so-called guest workers immigrated to West Germany. These treaties provided for a rotation system by restricting their residence permits to a maximum of one year. In 1971, Berlin as the first German state, formulated an integration model which should enable a “harmonious integration of foreign employees and their families” (Der Regierende Bürgermeister, 1972: 2). It was motivated by the goal to regulate immigration in accordance to the German interests “economic growth” and “maintenance of law and order”. Some adjustable migrant families were seen as capable of melting with “German culture”, whereas the rest of them was supposed to return to their home countries. A political model to foster non-transient immigration was rejected, with the argument that this would facilitate “foreign infiltration” and “thus pose a threat to Germany’s democracy and to

public security and order” (Der Regierende Bürgermeister, 1972: 2). The majority of immigrants was required to conform to German society, while at the same time was asked to prepare for the return home after the end of the employment contract.

This model of integration was a first example of an immigration policy which for decades tried to profit from the recruitment of migrant labour, while shying away from dealing with the political and financial consequences of a multi-ethnic population structure. Cultural plurality as a potential model was not even discussed: Human beings were seen as irrevocable parts of a homogeneous nation (*Volk*), “cultural exchange and change were interpreted in purely negative terms” (Schönwälder, 2001: 525).

In the late 1970s, an official “report on the situation of foreigners in Berlin” found out that most of them had settled permanently in Berlin and had build up a dense infrastructure of self-organizations. In the district of Kreuzberg alone, the report counted more than 200 businesses which were led by immigrants. In that time, the term “ghetto” advanced to a central metaphor, branding foreigners as dangerous elements. Many politicians held immigrants responsible for the spread of urban “ghettos”, identifying their assumed desire to physically separate themselves from Germans as the main problem. Kreuzberg developed to a nationwide symbol for ideological battles around the immigration complex. Eventually, the local government enacted various ordinances (*Zuzugssperren*) prohibiting the moving of new immigrants into Kreuzberg and two other districts. Until

1989 they could be expelled if they offended against the ordinance.

FROM A HOMOGENEOUS SOCIETY TO MULTICULTURALISM

Until the end of the 1970s, the dominant public discourse perceived migrants as a homogeneous category of “guest workers” and distinguished them from ethnic Germans. The belonging to a nation was conceived as a natural community of common descent. Foreign nationals were defined as temporary “guests”. During the 1970s, especially in urban areas with a growing number of migrants, the contradiction of this ideological consensus to the reality of immigration became evident. In that time the first conceptions of a multicultural society emerged.

All concepts of multiculturalism start out from the premise that immigrants are ethnically distinct and should have the right to a certain cultural autonomy. However, in Canada, or Britain, the concept of multiculturalism was linked with political demands for equal treatment and measures of anti-discrimination by representatives of ethnic minorities. The German discourse in contrast has been almost completely left to the majority. It highlighted cultural differences and legitimized hereby social disparities. Cultural diversity was defined as a culinary enrichment of the own culture. This implied a political naivety which ignored the challenges associated with bargaining processes around claims of cultural recognition. Conflicts associated with immigration

which are caused by power relations and social inequalities were treated as pedagogical questions (Kürşat-Ahlers, 2002: 329). Initially most popular in alternative circles, a pedagogical conception of multiculturalism became the mainstream of the social work of welfare organizations. Although its arguments were rather moralistic it, in practice, presented a social technology for the management of ethnic minorities, corresponding with the traditional German paternalism towards immigrants which already had emerged during the era of colonialism.

However, it is important to stress that in those years any concept of multiculturalism in Germany was grounded in an extremely problematic, unhistorical and essentialist concept of culture, based on the assumption that the identity of any ethnic group is defined by a stable system of cultural homogeneity and a clearly separateable set of practices and values. This concept of multiculturalism is the result of the traditional notion of German nationality, based on ethnic-cultural conceptions. It was grounded in an unhistorical and essentialistic concept of culture, based on the assumption that the identity of any ethnic group is defined by a stable system of cultural homogeneity and a clearly separateable set of practices and values. It implies that there is a natural and unchangeable link between culture and ethnicity and that ethnic groups are self-contained communities of common descent. Therefore, all members of these communities share one culture', which determines customs and interpretation patterns of individuals and guides their actions (Bommers y Scherr, 1991). By connecting diversity with ethnic or national origin this type

of multiculturalism defines ethnicity as an anthropological factor (Radtke, 1991: 91). Thus, it remains “on the track of nationalism, even if it changes direction” (Radtke, 1996: 13). Arguing that culture is a second nature of an individual barely differs from biological racist theories. Slavoj Žižek (1997: 44) called this form of multiculturalism, “a ‘racism with a distance’ – it ‘respects’ the other’s identity, conceiving the other as a self-enclosed ‘authentic’ community, towards which he, the multiculturalist, maintains a distance rendered possible by his privileged universal position”. Thus, Žižek emphasizes the issue of power relations. This raises the question of who defines ‘culture’ and who uses this term. In German debates, characterized by paternalistic positions, advocates of multiculturalism usually belong to the majority. Therefore, the majority and powerful groups provide for the framing, which minorities have to accept as the main reference point.

Arguing against this, cultures can not be explained as essential unities but rather as brief products of dynamic construction processes. Cultures are discursive fields (Schiffauer, 1997) or representations (Sökefeld, 2004) grounded in specific interests and represented by different claims to power. “Therefore, the drawing of lines between different groups that are called ethnic is not based on traditions, but on positions which constantly have to be newly negotiated between self-definitions and definitions from outside” (Welz, 1996: 114). Ethnic groups are socially constructed within a process of ethnification, which is driven at least initially by the majority: “In this process, immigrants become objects of

classification and analysis by administrative, legal, scientific and everyday discourses, which separate them from the national population and emphasize their cultural difference” (Ronneberger, 1997: 225). At the same time, especially the second and third generation took over the cultural attributions from the majority and adopted the culturalistic perspective of their opponents. They demanded more tolerance for their “cultural group” or defined their selforganizations in ethno-cultural ways. The ethnic-cultural identity of migrants is thus “less a problem *before* migration but a *result* of migration” (Nassehi, 1997: 192).

THE “REAL EXISTING” MULTICULTURALISM IN WEST BERLIN IN THE 1980S

Back to West Berlin: In 1981 the conservative party (CDU) came to power. The position towards the regulation of immigration of the new senate corresponded with changes in urban and social policies: They all had in common that they dismissed modernistic conceptions of a comprehensive planning system by the state and favoured instead small-scale entities and identities as well as a growing involvement of the business community and civil society. Immigration policy which until then had been understood as a problem of governmental planning was now organized around a system of “representatives and commissions” (Schwarz, 1992). As the first German state, Berlin introduced the position of a “foreigner’s representative” (*Ausländerbeauftragte*) whose

main task was to develop and co-ordinate local immigration policies.

The type of multiculturalism, implemented by this foreigner's representative, added to the traditionally repressive elements of conservative immigration policy new aspects of a socio-cultural identity policy: I quote: "People with different national backgrounds should live together free of tensions [and] feel comfortable with each other and at home" (Der Senator für Gesundheit, 1982: 6). "Foreigners" were called on to take over "basic points of view and customs" of the locals. Social rights were not even mentioned. Integration efforts of the majority were reduced to the willingness "to accept the other in his otherness" (Der Senator für Gesundheit, 1982: 6). For the first time though, it was officially acknowledged that "the coexistence of various customs and cultures... can be also experienced as an enrichment through more diversity". The senate set up integration programmes which should "leave enough space for the cultural autonomy of foreigners" (Der Senator für Gesundheit, 1982: 6). The governing mayor Eberhard Diepgen stressed in 1985: "A metropolis like Berlin profits from its diverseness, heterogeneity and from its immigrants" (Presse- und Informationsamt, 1985: 30). On the one hand, Diepgen praised the decline of the number of migrants of Turkish descent as a positive result of conservative policies. On the other hand, other immigrants got lauded for their contribution to a culturally diverse and lively metropolis. This discourse is representative of broader transformations in the perception of large cities at that time: from the social-democratic conception that focused on a standardized culture and so-

cial equality, to the postmodern model of a “metropolis”. As urban lifestyles and social environments became more and more pluralized, social and cultural contrasts which were formerly regarded as undesirable were increasingly portrayed as quasi natural components of a metropolitan culture.

Social and cultural work gradually converged: This policy was launched as being tolerant and close to people’s way of life (Homuth, 1987: 101f): It assisted ethnic communities and folkloric groups. Special advertising campaigns promoted more acceptance of foreign workers. New conceptions of urban renewal should be more open to grass-roots interests. The foreigner’s representative played a crucial role within this “ideological penetration of the informal sector” (Homuth, 1985: 84). Until then, governmental aid to migrants had been limited to social services provided by established German welfare associations. Policies which were concerned with “barriers towards the integration” especially of Turks, had either ignored their selforganizations or had defined them as ghetto supporting phenomenon. Now the foreigner’s representative actively began to involve associations of migrants into her policy. By 1987, almost fifty groups were financially supported by the local government.

This “policy of notabilities” followed conservative traditions (Schwarz, 2001), while it perceived immigrants for the first time as independent subjects, and no longer as destitute victims. Increasingly, it addressed social problems as the insufficient education of adolescents or the growing unemployment rate of immigrants which went along with processes of de-industrialization. Since

the local government increasingly instrumentalized the social commitment of nonprofit organisations, focusing more and more on self-help, the number of such groups grew considerably. One reason for the encouragement of their activities was to compensate for the exclusion of immigrants from the political system. Thus, the organizational structure within the minority communities changed. Organisations which had started out as political initiatives now founded neighborhood centers or projects for young people in order to fulfill the funding guidelines and receive money from the local state.

*After the era Kohl: political
reforms of the red-green government*

German Unification in 1990 generated an instrumental “self-ethnification of the Germans”, combined with widely discriminative policies and attitudes towards immigrants (Bommers y Scherr, 1991: 331). Thus, the concept of multiculturalism disappeared from the main political agenda. 1998 was another important turning point. The Social Democrats and the Green party formed a governing coalition on the national level. They introduced a major reform of German citizenship law, which broke with the ethno-national principle after which one could not become a German but had to be one by origin and birth (Bade y Oltmer, 2004: 129). For the first time in German history, it was declared officially that “Germany had become an immigration country” (cited in: Meier-Braun, 2002: 98). At the same time Chancellor

Schröder introduced a new idea to the German discourse which tied immigration issues to economic competitiveness: The so called “Green Card”. But shortly after that, 9/11 had a major impact on public opinion. Once again, traditional discourses on inner security prevailed, and Muslim immigrants were suspected of representing a potential risk: In 2005, a new immigration law came into force, which set up new restrictions which apparently implicate a supposed clash of cultures between the West and Islam.

GOOD CULTURES, BAD CULTURES:
BERLIN AS A MULTICULTURAL METROPOLIS

With reference to Berlin, two trends of opposite direction can be observed in the last years: on the one hand, a revival and a modernization of concepts of multiculturalism that had emerged in the 1980s, on the other side, a relapse to ideological concepts of a national German “defining culture” (Leitkultur) to which immigrants have to assimilate.

During the whole 1990s, the reunited Berlin was run by a grand coalition. This pursued a radical growth policy which main goal was to make Berlin a “Global City”. Because the senate ignored the economic and social reality, Berlin soon faced a crisis of huge dimensions. The city lost two-thirds of all its manufacturing jobs. By the end of the 90s, unemployment had almost reached 20 percent. The unemployment rate of the mostly low skilled immigrants leveled off around 40 percent.

The economic decline of Berlin was contrasted by an increasing international attention for the dynamics of its urban cultures. In the period shortly after the fall of the wall, the availability of derelict land in the center of East Berlin provided for ideal conditions for the spread of various subcultures. In the space of a decade, they developed to one of the few economic potentials of the city. In addition to the music and the media industry, tourism was regarded as a further hope for economic growth. By the end of the 90s, the establishment of the crisis-ridden Berlin began to lay claim to urban (sub)cultures as one of the few marketing opportunities for the city. Multicultural facets of the urban landscape of cultures were an important part of this strategy. Efforts to stylize Berlin as a cosmopolitan metropolis and the growing festivalization of urban policy now incorporated specific elements of immigrant cultures. The public discourse, hence, increasingly distinguished “good” —that is utilizable cultures— and “bad”, that is potentially disturbing cultures.

In particular, the “Carnival of Cultures” evolved to a symbol for the potentials of the multicultural metropolis: For the first time, this street parade took place in Kreuzberg in 1996. Since then it has developed to an annual mega festival, ranking as an international tourist attraction in the meanwhile. An amazingly broad coalition of actors welcomes and uses the carnival as a metaphor for a peaceful multiculturalism. Initially, the carnival was started by the so-called “workshop of cultures”, set up by the foreigner’s representative (John, 2005: 9). The multicultural idea that is embodied by the carnival is still grounded in the German tradition of a clear

distinction of different and coexisting cultures. Ethnologist Michi Knecht (2005: 27) discovers in the “Carnival of Cultures” the “ubiquity of a pedagogical concept of multiculturalism”. The latent selectivity distinguishing between desired and suspect cultures becomes obvious when looking at the composition of the actors and participants and the public perception of the carnival. Body conscious, colourful and exotic dance groups, specifically inasmuch as they associate “Samba, Rio de Janeiro and half-naked women” (Frei, 2003: 165), are clearly over-represented. At the same time, the rather little participation of “Turks” or “Arabs” —that is Muslims— receives critical attention. These are not perceived as musicians but rather as representatives of their religion or their nation, being too traditionalistic and not of the happy-go-lucky nature needed for a carnival (Früh y Schmidt, 2005). Since only the exotic seems to appeal to the public, the carnival serves and reproduces cultural clichés, even if it pretends to strengthen intercultural potentials.

On the same time, the Carnival belongs to the category of urban events which on a global scale represent the city as an attractive cosmopolitan consumption zone. This not only serves the interests of the growth coalition in symbolic economies —culture, media, tourism— which in the meanwhile encompass all relevant political and economic forces of the city. It also suits multicultural milieus who believe that such festivals foster a climate more tolerant of immigrants. A closer look at the carnival shows that its policy of culturalization leads to classifications of cultural diversity and makes certain practices either visible or invisible. It contains an instrumental-

ization of culture for the political objective of integration: Culture is on the same time politically charged with “nearly utopian expectations of salvation” (Greve, 2003: 404) and, by using it as a means for socio-cultural integration, symbolically degraded to a second-rate status.

THE “WEST AND THE REST”: THE RACIFICATION OF MUSLIMS AS THE INCOMPATIBLE “OTHER”

Parallel to the success story of the “Carnival of Cultures” one could witness, regarding Muslims, the emergence of a political relapse into earlier decades, as a result of increasing social problems of numerous immigrant milieus, on the one hand, and the discursive consequences of 9/11, on the other hand. State-sponsored studies had revealed that more and more minority groups which lived in the immigrant quarters of the inner city became impoverished. Muslim groups seemed to be particularly affected by processes of social exclusion. As a result, the “integration” of these groups was increasingly perceived as a failure.

Because the discourse of “failed integration” mainly blamed the “culture” and behaviour of the affected groups for this failure, such groups were constructed as dangerous classes. Muslim youngsters in particular were accused of deliberately separating themselves from the majority. After the 9/11 attacks, a Western-Islamic conflict scenario began to increasingly dominate debates on immigration and integration. At that time, the concept of a “parallel society” evolved to a fashionable coun-

terconcept to the “multicultural society” (Butterwegge, 2005: 200). It caused a nationwide debate, which found its concrete object of discussion in the Berlin district of Neukölln. Neukölln is associated with social problems, multinational immigration and the current retreat of large parts of the middle classes more often than any other district of Berlin or any other city in Germany. The social democratic mayor of Neukölln heavily contributed to this discussion by accusing Arabian and Turkish minorities of not being willing and trying to integrate. He claimed the existence of a parallel society with its “own binding behavioural norms” and declared “multiculturalism” to have failed (*Tagesspiegel*, 13.11.04).

The discourse of a “parallel society” is the result of a concept that separates the ethnocultural self from its other by defining both categories with the help of cultural attributes as different unities. The “self” that defines social normality and thus the binding values either embraces only groups which identify with a German ethnoculture, or integrates in a broader sense all subjects which identify themselves as members of a Western community. Immigrants are thus split in two: in groups with countries of origin, which are assigned to the West—and thus are not targeted by the integration discourse. And in groups defined as “others” that have to be normalized. To speak with Stuart Hall (1994), the latter corresponds to the “rest” beyond the “West” and is today characterized primarily by its affiliation to Islam. An integral part of this manner of thought is a discourse of cultural assimilation, which imagines society as a *salad bowl* in which various “cultures” have to conform to an

order of shared values which are dictated by the majority. Because it addresses immigrants as members of essentially different ethnocultures, it stands in the tradition of German multiculturalism and must, to cite Slavoj Žižek, be considered as “racism with a distance”.

“THE HYPE ABOUT HYBRIDITY”:
DIVERSIVE MULTICULTURALISM

However, off the beaten track of the debates on a Western-Islamic *clash of cultures* a different concept of multiculturalism have emerged, which in Germany can be considered as new on the political stage. It is based on the thesis of social normality build on a dynamic cultural diversity. In particular the “integration programme” (*Integrationskonzept*) of Berlin which passed in the local parliament under the slogan “promote plurality – strengthen cohesion” in August 2005, embodies this diversity model of multiculturalism. This official document builds the foundation for the integration policy of the Berlin government which since 2001 is constituted by a socialdemocratic-socialist coalition under the governing mayor Klaus Wowereit (SPD). It no longer reduces plurality and diversity to the dimensions of “ethnic groups” and “culture”. Rather, “pluralization is [regarded as] an irreversible process of modern societies” and interpreted as “social wealth” (Abgeordnetenhaus, Dr. 15/4208: 6). The senate pursues an approach of diversity which aims for a “neutral” public sphere and seizes measures to counter cultural forms of dis-

crimination. In the meanwhile, an anti-discrimination office was created.

Hence, this new concept of a pro diversity multiculturalism in Berlin dismisses the historically hegemonic German immigration discourse. It defines culture as a dynamic set of everyday practices and discourses that neither determine the identities of individuals nor can be applied as an overall explanatory category for social conflicts. The emphasis on religion in the actual debate makes clear how much these diversive positions differ from the assimilative ones: Assimilative positions define problematic phenomena such as the suppression of women within patriarchal family relations as typical for Islam. By doing so, they put Muslims generally under suspicion and stigmatize them. In contrast, pro diversity positions address such problems within the concrete context of each case and do not interpret religious groups as cultural collectives. This view is not concerned with potential collisions between cultures, because society is not understood as a given community with a common destiny and all embracing norms and values. Instead, society is seen as functionally, socially and culturally diverse, held together by the quality of its institutions. In this way, this position counts on dynamic processes of cultural hybridization, often also following economic considerations.

The integration programme, for instance, establishes a connection between the topic of 'cultural plurality' and the economic competitiveness of Berlin, disclosing besides the progressive also the utilitarian character of its intentions. I quote: "the positive handling of plural-

ity promotes intercultural competence, a certain vitality and... leads to advantages in the international competition of cities" (Abgeordnetenhaus, Dr. 15/4208: 71). The postulate plurality is a strength is presented as a major "principle of modern business philosophies" (Abgeordnetenhaus, Dr. 15/4208: 5), that could also hold true for Berlin. I quote: "Migrants contribute to this strength": Their traditions and cultures mix with "cultural and traditional aspects of the receiving society... [and] foster the emergence of new hybrid cultures which have become symptoms of modern urban societies" (Abgeordnetenhaus, Dr. 15/4208: 5).

This text reveals a phenomenon which the political scientist Kien Ha (2005) calls the "hype about hybridity": Today, cultural penetration processes are reinterpreted in a positive way. The concept of hybridity seems to be very compatible with the cultural dominant logic of postmodern capitalism (Harvey, 1989). Insofar as the global economy increasingly culturalizes, the differentness of the "other" less and less applies as a menacing hotbed of marginality. It is rather offered as a resource of productivity and as a "consumption model in the market of possibilities" (Ha, 2005: 59). The classical German concept of multiculturalism which wanted to preserve absolute differences is at least in Berlin beginning to be replaced by a model of society, which puts hybridity and transculturality in its center. Thus, the former governing mayor of Berlin understood immigrants as an important resource that should develop within one or two generations into a "new elite" (Der Regierende Bürgermeister, 2000: 68). Here, another shift can be observed. Tradi-

tional concepts of multiculturalism accepted the “differentness” of other cultures as long as it offered some form of exoticism that appealed to the majority. This is a mechanism that can still be found in festivals such as the “Carnival of Cultures”, where exoticism is celebrated as an enrichment of society. However, today the incentive of multiculturalism is primarily the economic potentials of cultural diversity, which is perceived as a competitive advantage of a location in a globalized economy.

BETWEEN FRONTIER FORTIFICATION AND HYBRIDITY

The overview on the contemporary formation of multiculturalism in Berlin has illustrated the existence of the two main positions, that of a cultural “frontier fortification and of hybridity” (Terkessidis, 2000: 202). On the one hand, the political focus narrows down to the assumed cultural fundamentalism of Muslim immigrants that are constructed as radical “others” and are increasingly excluded from an imagined community of the “self”. On the other hand, a positive reference to cultural plurality and hybridity has evolved. Minorities not only appear as a further consumption difference, but, particularly in Berlin, are also valued as a relevant social resource for the future. In some instances, minorities are even represented as an economic and social avantgarde that facilitates the shift towards a neoliberal society. At the same time, the pedagogical multiculturalism which had characterized a great deal of the integration policy since the 1980s seems to have become obsolete.

REFERENCES

- ABGEORDNETENHAUS (2003), *Berlin sagt Nein zum Kopftuch im öffentlichen Dienst*-Antrag von: CDU.
- _____ (2004), *Antidiskriminierungs- und Integrationsfördermaßnahmen für Berlin, Einrichtung einer Senatsleitstelle gegen Diskriminierung aus Gründen der ethnischen Herkunft, der Weltanschauung und der Religion*. Antrag von: SPD, PDS.
- _____ (2005), *Ein Integrationskonzept für Berlin* - Antrag vom SPD, PDS (Drucksache 15/3929) - Mitteilung zur Kenntnisnahme (Folgedokument) vom (Drucksache 15/4208).
- ANGEMENDT, Steffen, Imke KRUSE (2003), "Der schwierige Wandel. Die Gestaltung der deutschen und europäischen Migrationspolitik an der Wende vom 20. zum 21. Jahrhundert", in Jochen Oltmer (ed.), *Migration steuern und verwalten. Deutschland vom späten 19. Jahrhundert bis zur Gegenwart*. Osnabrück: IBIS, pp. 481-498.
- BADE, KLAUS J., Jochen OLTMER (2004), *Normalfall Migration*. Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung.
- BALIBAR, Etienne (1993), *Die Grenzen der Demokratie*. Hamburg: Argument.
- BOMMES, Michael, Albert SCHERR (1991), *Der Gebrauchswert von Selbst- und Fremdethnisierung in Strukturen sozialer Ungleichheit*, in *Prokla*, H. 83, 21. Jg., pp. 291-316.
- BUKOW, Wolf-Dietrich (1993), *Leben in der multikulturellen Gesellschaft. Die Entstehung kleiner Unternehmer und der Umgang mit ethnischen Minderheiten*. Opladen: Budrich & Leske.
- BUNDESMINISTERIUM FÜR FAMILIEN, SENIOREN, FRAUEN UND JUGEND (2000) *Sechster Familienbericht. Berlin: Familien ausländischer Herkunft in Deutschland. Leistungen – Belastungen – Herausforderungen*.

- BUTTERWEGGE, Christoph (2006), "Migrationsberichterstattung, Medienpädagogik und politische Bildung", in ders. / Gudrun Hentges (eds.): *Massenmedien. Wiesbaden: Migration und Integration*. Opladen: VS Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 185-234
- COHN-BENDIT, Daniel, Thomas SCHMID (1993), *Heimat Babylon. Das Wagnis der multikulturellen Demokratie*. Hamburg: Hoffmann und Campe.
- DER BEAUFTRAGTE FÜR INTEGRATION UND MIGRATION DES SENATS VON BERLIN (2005), *Senatsbeschluss zur Einrichtung einer Senatsleitstelle gegen Diskriminierung vom 25. Februar*.
- DER REGIERENDE BÜRGERMEISTER VON BERLIN (ed.) (1972), *Eingliederung der ausländischen Arbeitnehmer und ihrer Familien*. Berlin: Abschlußbericht.
- DER REGIERENDE BÜRGERMEISTER VON BERLIN (ed.) (2000), *Die BerlinStudie. Strategien für die Stadt*. Berlin.
- DIEDERICHSEN, Diedrich (1995), "Wie aus Bewegungen Kulturen und aus Kulturen Communities werden", in G. Fuchs/ B. Moltmann/ W. Prigge (eds.): *Mythos Metropole*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 126-142.
- DIETRICH, Helmut (2005), "Ausländerpolitik in der Bundesrepublik Deutschland", in Kölnischer Kunstverein u.a. (eds.), *Projekt Migration*. Köln: Dumont Buchverlag, pp. 290-297.
- DITTRICH, Eckhard J., Frank Olaf RADTKE (1990), "Der Beitrag der Wissenschaften zur Konstruktion ethnischer Minderheiten", in dies. (eds.): *Ethnizität. Wissenschaft und Minderheiten*. Opladen: VS Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 11-40
- DOHSE, Knuth (1981), *Ausländische Arbeiter und bürgerlicher Staat. Genese und Funktion von staatlicher Ausländerpolitik*

- und Ausländerrecht. Vom Kaiserreich bis zur Bundesrepublik Deutschland. Königsstein/Ts.: Anton Hain Edition.
- EMNID-INSTITUT (1983), *Türken in Berlin. Lebensbedingungen, Kommunikationsverhalten und Integrationstendenzen*. Berlin: Im Auftrag des Senats für Gesundheit, Soziales und Familie.
- EREL, Umut (2004), "Paradigmen kultureller Differenz und Hybridität", in Martin Sökefeld (ed.), *Jenseits des Paradigmas kultureller Differenz. Neue Perspektiven auf Einwanderer aus der Türkei*. Bielefeld: transcript, pp. 35-52.
- ETTE, Andreas (2003), "Politische Ideen und Policy-Wandel: die 'Green Card' und ihre Bedeutung für die deutsche Einwanderungspolitik", in Uwe Hunger/Holger Kolb (eds.), *Die deutsche "Green Card". Migration von Hochqualifizierten in theoretischer und empirischer Perspektive*. Osnabrück: IBIS, pp. 39-50.
- FANIZADEH, Andreas (1992), "Die multikulturellen Freunde und ihre Gesellschaft", in Redaktion diskus (ed.), *Die freundliche Zivilgesellschaft. Rassismus und Nationalismus in Deutschland*. Berlin, Berlin: ID-Archiv, pp. 13-24.
- FÄRBER, Alexa (2005), *Vom Kommen, Bleiben und Gehen: Anforderungen und Möglichkeiten im Unternehmen Stadt. Eine Einleitung*, in dies. (ed.), *Hotel Berlin. Formen urbaner Mobilität und Verortung*. Berliner Blätter, H. 37, pp. 7-21.
- FREI, Kerstin (2003), *Wer sich maskiert, wird integriert. Der Karneval der Kulturen in Berlin*. Berlin: Verlag Hans Schiller.
- FRÜH, Anja, Meike SCHMIDT (2005) "...Kreuzberg, Europa, die Welt. Ein Stadtteil und sein Fest", in Michi Knecht/Levent Soysal (eds.), *Plausible Vielfalt. Wie der Karneval der Kulturen denkt, lernt und Kultur schafft*. Berlin: Panama-Verlag, pp. 53-72.

- GESETZ- UND VERORDNUNGSBLATT FÜR BERLIN (2005), *Gesetz zur Schaffung eines Gesetzes zu Artikel 29 der Verfassung von Berlin und zur Änderung des Kindertagesbetreuungsgesetzes* - Vom 27. Januar 2005. 61. Jg., Nr. 4.
- GOMOLLA, Mechthild, Frank-Olaf RADTKE (2002), *Institutionelle Diskriminierung. Die Herstellung ethnischer Differenz in der Schule*. Opladen: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- GLINDEMANN, Birgit (2005), "Aneignungsprozesse oder: Wem gehört der Karneval? Vom soziokulturellen Abenteuer zur Institutionalisierung", in Michi Knecht/Levent Soysal (Eds.), *Plausible Vielfalt. Wie der Karneval der Kulturen denkt, lernt und Kultur schafft*. Berlin: Panama-Verlag, pp. 32-52.
- GRENZ, Wolfgang (2000), "Die Ausländer- und Asylpolitik der rot-grünen Bundesregierung", in Christoph Butterwegge/Gudrun Hentges (eds.), *Zuwanderung im Zeichen der Globalisierung. Migrations-, Integrations- und Minderheitenpolitik*. Opladen: VS Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 105-119.
- GREVE, Martin (2003), *Die Musik der imaginären Türkei. Musik und Musikleben im Kontext der Migration aus der Türkei in Deutschland*. Stuttgart/Weimar: Metzler.
- GROTTIAN, Peter, Friedrich KROTZ, Günter LÜTKE, Michael WOLF (1985), "Die Entzauberung der Berliner Sozialpolitik", in *Ästhetik und Kommunikation*, 16. Jg., H. 59: Politik der Städte, p. 45-53.
- HA, Kien Nghi (2003), "Die kolonialen Muster deutscher Arbeitsmigrationspolitik", in Hito Steyerl/Encarnación Gutiérrez Rodríguez (eds.), *Spricht die Subalterne deutsch? Migration und postkoloniale Kritik*. Münster: Unrast, p. 56-107.

- _____ (2005), *Hype um Hybridität. Kultureller Differenzkonsum und postmoderne Verwertungstechniken im Spätkapitalismus*. Bielefeld: transcript.
- HAILBRONNER, Kay (2001), "Reform des Zuwanderungsrechts. Konsens und Dissens in der Ausländerpolitik", in *Aus Politik und Zeitgeschichte, Beilage zur Wochenzeitung das Parlament*, B 43, pp. 7-19.
- HALL, Stuart (1994), *Rassismus und kulturelle Identität*. Ausgewählte Schriften 2. Hamburg: Argument.
- HAN, Petrus (2005), *Soziologie der Migration. Erklärungsmodelle, Fakten, Politische Konsequenzen, Perspektiven*. Stuttgart: UTB.
- HARVEY, David (1989), *Conditions of Postmodernity*. Oxford: Wiley Blackwell.
- HERBERT, Ulrich (2001), *Geschichte der Ausländerpolitik in Deutschland. Saisonarbeiter, Zwangsarbeiter, Gastarbeiter, Flüchtlinge*. München: C. H. Beck.
- HOMUTH, Karl (1985), "Pädagogisierung des Stadtteils. Über die Bedeutung von 'behutsamer Stadterneuerung' als präventive Sozialpolitik", in *Ästhetik und Kommunikation*, 16. Jg., H. 59: Politik der Städte, pp. 78-86.
- _____ (1987), "Identität und soziale Ordnung. Zum Verhältnis städtischer Kultur und gesellschaftlicher Hegemonie", in: *Prokla* 68, 17. Jg., H. 3, pp. 90-112.
- JOHN, Barbara (2005), "Vorwort: Noch eine Berliner Pflanze. Der Karneval der Kulturen", in Michi Knecht/Levent Soysal (Eds.), *Plausible Vielfalt. Wie der Karneval der Kulturen denkt, lernt und Kultur schafft*. Berlin: Panama-Verlag, pp. 7-12.
- KLAUSNER, Martina (2005), "Im Dialog mit dem Fremden. Zur (Re-)Produktion kultureller Differenz", in Michi Knecht/

- Levent Soysal (eds.), *Plausible Vielfalt. Wie der Karneval der Kulturen denkt, lernt und Kultur schafft*. Berlin: Panama-Verlag, pp. 176-192.
- KLEFF, Hans-Günter (2004), "Täuschung, Selbsttäuschung, Enttäuschung und Lernen. Anmerkungen zum Fordstreik im Jahre 1973", in: Jan Motte/Rainer Ohliger (ed.), *Geschichte und Gedächtnis in der Einwanderergesellschaft. Migration zwischen historischer Rekonstruktion und Erinnerungspolitik*. Essen, pp. 251-258.
- KNECHT, Michi (2005), "Einleitung", in: dies./Levent Soysal (Eds.), *Plausible Vielfalt. Wie der Karneval der Kulturen denkt, lernt und Kultur schafft*. Berlin: Panama-Verlag, pp. 13-29.
- KÜRŞAT-AHLERS, Elcin (2002), "Aktuelle Wandlungen der Grenzziehung zwischen 'Wir' und 'Sie'", in Hartmut M. Griese/Elcin Kürşat-Ahlers/ Rainer Schulte/Massoud Vahedi (eds.), *Was ist eigentlich das Problem am "Ausländerproblem"? Über die soziale Durchschlagskraft ideologischer Konstrukturen*. Berlin: IKO-Verlag, pp. 323-334.
- LANZ, Stephan (1996), *Demokratische Stadtplanung in der Postmoderne*. Oldenburg: bis-Verlag.
- _____ (2007), *Berlin aufgemischt: abendländisch – multikulturell – kosmopolitisch. Die politische Konstruktion einer Einwanderungsstadt*. Bielefeld: transcript.
- LEGGEWIE, Claus (1993), *Multi kulti. Spielregeln für die Vielvölkerrepublik*. Berlin: Rotbuch Verlag.
- LUCKE, Albrecht von (2005), "Diskursiver Dammbbruch", in *Blätter für deutsche und internationale Politik* 1, pp. 9-11.
- MEIER-BRAUN, Karl-Heinz (1988), *Integration oder Rückkehr? Zur Ausländerpolitik des Bundes und der Länder, insbesondere Baden-Württembergs*. Mainz/München: Matthias Grunewald Verlag/Christian Kaiser Verlag.

- _____ (2002), *Deutschland, Einwanderungsland*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- _____ (2005), "Einwanderungspolitik. Von einer Geschichte, die nicht zu Ende gehen wollte", in Wilhelm Heitmeyer (ed.), *Deutsche Zustände*. Folge 3. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 240-249.
- MECHERIL, Paul (2004), *Einführung in die Migrationspädagogik*. Weinheim/ Basel: Beltz.
- MORGENSTERN, Christine, *Rassismus – Konturen einer Ideologie. Einwanderung im politischen Diskurs der Bundesrepublik Deutschland*. Argument: Hamburg.
- NASSEHI, Armin (1997), "Das stahlharte Gehäuse der Zugehörigkeit. Unschärfen im Diskurs um die multikulturelle Gesellschaft", in ders. (ed.), *Nation, Ethnie, Minderheit. Beiträge zur Aktualität ethnischer Konflikte*. Köln/Weimar/Wien: Böhlau, pp. 177-208.
- NEUBERT, Stefan, Hans-Joachim ROTH, Erol YILDIZ (2002), "Multikulturalismus – ein umstrittenes Konzept", in dies. (eds.), *Multikulturalität in der Diskussion. Neuere Beiträge zu einem umstrittenen Konzept*. Reihe: *Interkulturelle Studien Band 12*. Opladen: VS Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 9-32.
- ÖZCAN, Ertekin (1993), "Selbstorganisation der türkischen Einwandererminderheit", in Berliner Geschichtswerkstatt e. V. (ed.), *"...da sind wir keine Ausländer mehr". Eingewanderte ArbeiterInnen in Berlin 1961-1993*. Berlin, pp. 66-74.
- PRESSE- UND INFORMATIONSAMT DES LANDES BERLIN (ed.) (1980), *Leitlinien und neue Maßnahmen zur Ausländerintegration in Berlin und deren Durchführung*. Landespresse-dienst, Aktuelles der Woche: Berlin, 22, Mai.
- RADTKE, Frank-Olaf (1991), "Lob der Gleichgültigkeit. Zur Konstruktion des Fremden im Diskurs des Multikultura-

- lismus", in Uli Bielefeld (ed.), *Das Eigene und das Fremde: neuer Rassismus in der Alten Welt?* Hamburg: Hamburger Edition, pp. 79-96.
- _____ (1996), "Fremde und Allzufremde. Zur Ausbreitung des ethnologischen Blicks in der Einwanderungsgesellschaft", in Hans-Rudolf Wicker u. a. (eds.), *Das Fremde in der Gesellschaft: Migration, Ethnizität und Staat*. Zürich: Seismo, pp. 333-352.
- ROMMELSPACHER, Birgit (2002), *Anerkennung und Ausgrenzung. Deutschland als multikulturelle Gesellschaft*. Frankfurt, New York: Campus.
- RONNEBERGER, Klaus (1997), "Die Dienstleistungsgesellschaft zwischen Multikulturalismus und Ethnisierung", in Barbara Danckwortt/Claudia Lepp (eds.), *Von Grenzen und Ausgrenzung. Interdisziplinäre Beiträge zu den Themen Migration, Minderheiten und Fremdenfeindlichkeit*. Marburg: Schüren, pp. 219-234.
- SCHIFFAUER, Werner (1997), *Fremde in der Stadt*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- SCHÖNWÄLDER, Karen (2001), *Einwanderung und ethnische Pluralität. Politische Entscheidungen und öffentliche Debatten in Großbritannien und der Bundesrepublik von den 1950er bis zu den 1970er Jahren*. Essen: Klartext.
- SCHWARZ, Thomas (1992), *Zuwanderer im Netz des Wohlfahrtsstaates. Türkische Jugendliche und die Berliner Kommunalpolitik*. Berlin: Edition Parabolis.
- _____ (2001), "Integrationspolitik als Beauftragtenpolitik: Die Ausländerbeauftragte des Berliner Senats", in Frank Gesemann (ed.), *Migration und Integration in Berlin. Wissenschaftliche Analysen und politische Perspektiven*. Opladen: VS-Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 127-144

- SENATOR FÜR GESUNDHEIT, SOZIALES UND FAMILIE/AUSLÄNDER-
BEAUFTRAGTER (1982), *Miteinander leben. Ausländerpolitik
in Berlin*. Berlin.
- SÖKEFELD, Martin (Hg.) (2004), *Jenseits des Paradigmas kultu-
reller Differenz. Neue Perspektiven auf Einwanderer aus der
Türkei*. Bielefeld: transcript.
- SPD BERLIN (1981), *Zusammenleben mit ausländischen Mitbür-
gern*. Berlin: SPD-Fraktion des Abgeordnetenhauses in Zu-
sammenarbeit mit dem Landesverband Berlin.
- TERKESSIDIS, Mark (2000), "Wir selbst sind die Anderen –
Globalisierung, multikulturelle Gesellschaft und Neo-
rassismus", in Christoph Butterwege/Gudrun Hentges
(eds.), *Zuwanderung im Zeichen der Globalisierung. Migra-
tions-, Integrations- und Minderheitenpolitik*. Wiesbaden: VS
Verlag für Sozialwissenschaften, pp. 188-209.
- _____ (2004), *Die Banalität des Rassismus. Migranten zweiter
Generation entwickeln eine neue Perspektive*. Bielefeld: tran-
script.
- TREIBEL, Annette (1990), *Migrationen in modernen Gesellschaf-
ten. Soziale Folgen von Einwanderung und Gastarbeit*. Wein-
heim und München: Juventa Verlag.
- UNABHÄNGIGE KOMMISSION "ZUWANDERUNG" (2001), *Zuwan-
derung gestalten – Integration fördern. Bericht der Unabhängi-
gen Kommission "Zuwanderung"*. Berlin.
- WELZ, Gisela (1996), *Inszenierungen kultureller Vielfalt. Frank-
furt am Main und New York City*. Berlin: Akademie-Verlag.
- ŽIŽEK, Slavoj (1997), "Multiculturalism, Or, the Cultural Lo-
gic of Multinational Capital", in *New Left Review*, Sept/Oct
1997, pp. 28-51.

MULTICULTURALIDAD Y DERECHOS HUMANOS DE INDÍGENAS Y MIGRANTES

CIUDADES Y FRONTERAS COMO ESPACIOS DE CIUDADANÍA DIFERENCIADA E INCLUYENTE

ALEJANDRO CERDA GARCÍA

LA RETÓRICA SOBRE LA LIBRE CIRCULACIÓN de capitales y mercancías, así como el aumento de la población que habita en ámbitos urbanos como características del inicio del siglo XXI, avanzan de manera paralela con una perspectiva liberal de la multiculturalidad caracterizada por el exotismo, la reducción de las diferencias culturales al ámbito privado y el desentendimiento de los derechos humanos de los migrantes. Dichas vejaciones se relacionan con las formas en cómo se concibe y da tratamiento a la diversidad cultural en el espacio público y en las políticas gubernamentales.

La ciudad como espacio social sitúa y produce discursivamente el lugar de exclusión de los sujetos portadores de las diferencias culturales, proceso en el que las políticas gubernamentales ocupan un lugar prioritario. En la Ciudad de México los cambios legales, a pesar de ser insuficientes y no representar más que mínimos

avances en el reconocimiento del derecho a la diversidad, están siendo aprovechados como espacios de participación y disputa por definir qué es la ciudad y quiénes son sus habitantes. Mujeres y hombres indígenas, procedentes en su mayoría del ámbito rural, penetran lo urbano a través de la conformación de espacios organizativos pluriétnicos que, no exentos de contradicción y de reproducción de concepciones dominantes en la sociedad que ellos mismos cuestionan, desarrollan estrategias de defensa de sus derechos humanos.

Encarando esta problemática de las metrópolis contemporáneas podemos preguntarnos: ¿De qué forma se cuestiona la perspectiva liberal dominante de la multiculturalidad y su aplicación en el ámbito público? ¿Hasta qué punto el paradigma de la interculturalidad como diálogo horizontal entre culturas puede ser una alternativa? ¿De qué forma las organizaciones indígenas y migrantes plantean resolver la contradicción entre derechos universales y derechos sustentados en la diversidad cultural?

MULTICULTURALIDAD Y MULTICULTURALISMOS

Una de las problemáticas de las metrópolis contemporáneas que viene a dar relevancia al debate sobre la multiculturalidad es precisamente la adopción de formas particulares de concebir la manera como ésta debe ser asumida en el ámbito público, a partir de lo cual se desarrollan políticas específicas e, incluso, se ha intentado justificar violaciones a los derechos humanos. Existe

hoy una pugna de significados entre distintas visiones sobre la multiculturalidad entre las cuales domina una posición liberal y frente a la cual se contraponen otras visiones gestadas desde movimientos que luchan por el reconocimiento de la diversidad cultural, tal como pretendiendo explicar a continuación.

Desde una perspectiva liberal dominante de concebir la multiculturalidad en el ámbito público, si bien se reconoce que en la sociedad existen diferencias derivadas de las condiciones culturales de los sujetos que la conforman tales como género, etnicidad, orientación religiosa, éstas se reservan al espacio privado. La posibilidad de que dichas especificidades culturales se expresen en el espacio público, implica que puedan dejarse de lado para obtener criterios de justicia definidos desde la imparcialidad, de la definición de reglas que confieran a todos los miembros de una sociedad determinada, los mismos derechos y obligaciones (Rawls, 1979).

Sin renunciar a esta perspectiva pero haciendo algunas concesiones en torno a los derechos que pueden otorgarse a las “minorías” encontramos lo que puede llamarse una perspectiva “liberal pluralista”, cuyo caso emblemático es el modelo canadiense. Desde la perspectiva de Taylor (1992), muy similar a los posteriores planteamientos de Kymlicka (1995), los derechos que pueden otorgarse a la población con pertenencia étnica es participar en la estructura federal a partir de que existan como mayoría en un municipio o estado, a expresar algunos de los rasgos más vistosos o sobresalientes de su cultura y a contar con ciertas cuotas garantizadas de par-

ticipación en órganos de representación popular, tales como los poderes con facultades legislativas.

En contraste, organizaciones de migrantes y otras organizaciones sociales vienen planteando la necesidad de entender de manera distinta la multiculturalidad a través de la formulación, entre otras, de las siguientes dos críticas. Un cuestionamiento central a la perspectiva liberal de la multiculturalidad proviene del reclamo de la autonomía indígena que viene siendo planteado, entre otros, por el movimiento zapatista en México (Cerde, 2010), así como a través de la autodeterminación del pueblo mapuche frente a los países de Chile y Argentina, entre otros (Marimán y Alwin, 2008). Esta lucha por la autonomía argumenta que, al tratarse de poblaciones que históricamente han habitado un territorio en el que de manera posterior se establecieron los Estados nacionales, así como para estar en mejores condiciones de ejercer la justicia social, su pertenencia étnica es precisamente el fundamento para que les sean reconocidos derechos diferenciados. Distintas organizaciones indígenas en México, por ejemplo, han planteado que el reconocimiento de su autonomía incluye el derecho al autogobierno, a la gestión territorial, al reconocimiento de su jurisdicción, de sus competencias para la impartición de justicia y a la decisión sobre los recursos naturales que ahí se encuentren. Estas demandas de autonomía indígena apuntan a formas distintas de concebir la multiculturalidad al vincularla con la justicia distributiva, y son, por tanto, completamente distintas a las demandas de autonomía planteadas por regiones de poder económico frente a Estados nacionales como los casos de los departamentos de

Santa Cruz en Bolivia y de Guayaquil en Ecuador (Regalsky y Quisbert, 2008).

Los procesos organizativos que presenciamos en América Latina apuntan también una segunda perspectiva crítica que señala que lo que presenciamos en América Latina es más bien un “multiculturalismo neoliberal” (Hale, 2002; Fisk, 2005). Esto significa que, tal como detallaremos posteriormente, de una condición de cuestionamiento a la ausencia de reconocimiento de la pluralidad por parte de los Estados nacionales latinoamericanos se ha pasado a un multiculturalismo funcional al sistema que enaltece ciertos rasgos folklóricos de lo indígena que en nada cambian el orden establecido y que esencializa la condición de “indio permitido” (Hale, 2004). Esta perspectiva también ha sido planteada, en el caso mexicano, como un “neoindigenismo” surgido a partir del mandato del presidente Vicente Fox que iniciara en el año 2000 (Hernández, Sierra y Paz, 2005).

De esta forma, la discusión sobre la multiculturalidad va mucho más allá de concepciones que la reducen a la “yuxtaposición de culturas”, para ubicarse su discusión en el marco de la relación entre etnias y Estados nacionales en el ámbito de las relaciones internacionales, de ahí su ineludible aporte. Pensar la multiculturalidad implica, no sólo, analizar la manera en que históricamente ha sido asumida en el ámbito público y en las políticas públicas, y como está podría o debiera ser modificada, sino, sobre todo, develar la forma en que una perspectiva liberal de concebirla se propone como un falaz argumento para justificar violaciones a los derechos humanos; y dar cuenta de la manera en cómo los procesos organizativos

que presenciamos en América Latina están contribuyendo a generar perspectivas incluyentes y de reconocimiento de la diversidad cultural.

INTERCULTURALIDAD: UNA LECTURA DESDE LO IDEOLÓGICO

A los mencionados cuestionamientos de la noción liberal de la multiculturalidad, se articula el debate en torno al uso ideológico de la noción de interculturalidad. En el marco de la anterior discusión sobre cómo concebir y asumir la multiculturalidad en el ámbito público, han tomado relevancia las políticas públicas y programas gubernamentales que se proponen o autodefinen como partidarios de la “interculturalidad”. Quienes se adhieren a este enfoque señalan la pertinencia de este concepto en tanto favorece o permite el diálogo, la interacción entre distintas culturas, la confrontación y enriquecimiento de perspectivas y marcos valorativos. Desde este ángulo se descalifica, aunque de manera inexacta, dada la discusión a la que ya nos hemos referido, la utilización de la noción de multiculturalidad al asociarla con una mirada estática que alude a la yuxtaposición o mosaico de culturas que no interactúan entre sí.¹

Si bien esta noción de interculturalidad es sugerente y de hecho ha propiciado avances, por ejemplo, en programas gubernamentales, proyectos educativos y espacios de comunicación al cuestionar visiones etnocéntricas o basadas en una homogeneidad no cuestionada, resulta evidente que conlleva, al menos, dos graves omi-

siones: la perspectiva sociohistórica y la dimensión de las relaciones de poder.

La interculturalidad pensada, sin más, como espacio de diálogo horizontal entre culturas difícilmente puede ser sostenida, por ejemplo, si reconocemos los antecedentes del indigenismo mexicano, especialmente a partir de los inicios del siglo xx. Tal como se analiza en un inciso posterior de este trabajo, las políticas, programas, discursos y recursos públicos que se ocuparon secuencialmente para eliminar a los indígenas mexicanos como emblema de retraso y lastre para avanzar en la modernidad, así como las posteriores estrategias para su *asimilación* e *integración*, muestran claramente que una versión de la interculturalidad que no reconozca sus antecedentes políticos e históricos, no cuenta con condiciones estructurales para ponerse en práctica y se convierte en una pantalla de buenos deseos que enmascara la continuidad de mecanismos estructurales de exclusión.

Esta perspectiva de interculturalidad que no reflexiona sobre las relaciones de poder impide, asimismo, cuestionar quién decide cuáles son los contenidos que dialogan, qué posibilidades tiene cada uno de los sujetos que dialogan para hacer valer o imponer sus puntos de vista. Se trata más bien de un modelo explicativo de la realidad como definición de aquello que sería bueno lograr, pero que no resiste el análisis social e histórico específico. A diferencia de esto, la interculturalidad como surgida y enraizada en movimientos reivindicativos de derechos indígenas en América Latina, si bien requiere establecer nuevos referentes ante la permanente estrategia gubernamental de vaciamiento y cooptación de los

conceptos orientadores de sus luchas, también es concebida como un proyecto político a realizar.

Pensando la interculturalidad con mayor profundidad y evaluando sus distintas implicaciones, es necesario concebirla a través de los procesos de hibridación y de conflicto (García Canclini, 2004), así como de la permanente e inevitable interacción y conexión entre marcos epistemológicos propios de las distintas culturas que interactúan (Walsh, Schiwy y Castro Gómez, 2002). Cuando se analiza con profundidad la perspectiva de la multiculturalidad y la interculturalidad —tal como hemos venido planteando— no encontramos que éstas sean necesariamente excluyentes. En otras palabras, una concepción de la multiculturalidad que cuestiona el discurso liberal dominante con el que generalmente se le aborda para situarla en el marco de la relación histórica entre las etnias y los Estados nacionales, bien puede ser complementada con una perspectiva de la interculturalidad que se enfoca en los procesos de conflicto, hibridación, préstamos recíprocos, interacción de marcos epistemológicos y, sobre todo, como proyecto político de inclusión de los estratos subalternos (Cerde, 2006).

Ahora bien, para avanzar en esta argumentación es necesario explicitar en primer término cómo entender *lo ideológico* a fin de exponer de qué forma esta dimensión está presente o influye en la manera como se produce y utiliza el discurso dominante sobre la interculturalidad. Nos referirnos aquí a *lo ideológico* como una matriz generativa de realidad, como una perspectiva específica que define lo que es posible y lo que no lo es, cuya posibilidad de funcionamiento se basa precisamente en su

invisibilidad, pero que tiene tanto causas como consecuencias concretas y visibles (Zizek, 2003). El análisis de las formaciones ideológicas en juego es, como señala Haider (1998), una de las dimensiones centrales del análisis del discurso, junto con la identificación de su *corpus*, sus condiciones de producción y de funcionamiento.

En primer término, lo ideológico puede ser considerado como una doctrina, un conjunto de ideas, creencias, conceptos destinados a convencernos de su verdad, y sin embargo, al servicio de algún interés de poder inconfeso. Desde este lugar, importa la lectura de síntomas, rupturas, espacios en blanco, deslices que nos permiten descubrir la tendencia no confesada del texto oficial. En palabras de Habermas,² la ideología como comunicación distorsionada sistemáticamente: un texto cuyo significado público oficial, bajo la influencia de intereses sociales no explícitos, a través de la tensión entre el contenido del texto explícitamente enunciado y sus presuposiciones pragmáticas. En contraposición, desde el análisis del discurso se enfatiza que la noción misma de que puede existir un acceso a la realidad sin el sesgo de dispositivos discursivos o conjunciones con el poder, es ideológica. El “grado cero” de la ideología consiste en percibir (erróneamente) una formación discursiva como un hecho extradiscursivo.

La noción de ideología es también entendida como naturalización del orden simbólico, percepción que reifica los resultados de los procedimientos discursivos en propiedades de la “cosa en sí” (Barthes, 1980). Lo ideológico nos remite al uso de los *topoi* o “lugares comunes” que operan como naturalizados únicamente en la

medida en que los aplicamos de un modo automático, “inconsciente”, en tanto que una argumentación exitosa presupone la invisibilidad de los mecanismos que regulan su eficacia. La crítica de la ideología implica el cuestionamiento a las certezas manifiestas, a la idea de que los hechos *hablan por sí mismos*, cuando sabemos que sólo una red de dispositivos discursivos los puede hacer hablar; implica evidenciar desde qué lugar se habla, puesto que toda percepción de una falta o un exceso supone siempre un universo simbólico. Comprender, como ha planteado Laclau (1978), que la hegemonía discursiva puede hacerse realidad a partir de la articulación de significantes flotantes que toman sentidos a través de formaciones que devienen dominantes. A las dimensiones de la crítica de la ideología que hemos apuntado, se agrega el componente ideológico de los rituales e instituciones, así como una elusiva red de actitudes y presupuestos implícitos, cuasi espontáneos, que constituyen un momento irreductible de la reproducción de las prácticas que se presentan como “no ideológicas”.

Ahora bien, la manera como se hace alusión a la interculturalidad como orientación de políticas públicas o programas educativos en situaciones emblemáticas, nos conduce, primeramente, a lo que aquí expresamos como su uso ideológico en alusión directa a la forma como determinados discursos o concepciones de la interculturalidad llegan a construir consenso, y por ende, a devenir dominantes. Conviene recordar, como plantean Jameson y Žižek (1998), que las ideas dominantes no son sólo, o exactamente, las ideas de la clase dominante. Se trata más bien de formaciones discursivas que hacen la fun-

ción de “sutura” (Laclau y Mouffe, 2004) de intereses legítimos, compartidos por la colectividad, que difícilmente podrían ser cuestionados (por ejemplo, la solidaridad, el bien común, el bienestar del pueblo, en nuestro caso, el diálogo entre culturas) a los cuales se le imprime un sesgo, se le define de tal manera que permite dar continuidad y reforzar perspectivas e intereses de un grupo dominante y que, de esa forma, consiguen presentarse como la alternativa más conveniente para la sociedad en su conjunto.

Este uso ideológico de la noción de interculturalidad ejemplifica cómo, a partir del estandarte de la idea incuestionable de la necesidad de diálogo entre culturas, se crea una serie de discursos, instituciones, estudios, etcétera, que conllevan una versión sesgada, que permite la continuidad del *status quo*. Analizadas en profundidad, estas concepciones parciales que devienen dominantes, transitan en sentido opuesto a la orientación que les da origen, a pesar de lo cual logran tener una eficacia simbólica y discursiva en tanto permite nombrar los procesos y las intenciones; permiten articular significantes flotantes y encontrar respuestas fácilmente asimilables al sentido común.

Este diálogo entre culturas implica una *matriz generativa de realidad* (Zizek, 2003) que la concibe a través de dos polos, de visiones dicotómicas, por ejemplo, el antagonismo entre cultura occidental versus cultura latinoamericana, cultura nacional versus cultura indígena, medicina tradicional versus medicina alópata, entre otros. Este movimiento sólo se hace posible a través de la reificación, de la cosificación, el esencialismo en la

concepción de las identidades. Sólo pueden oponerse construcciones discursivo-ideológicas que ahistorizan y definen ontológicamente aquellos polos en relación a los cuales podemos aproximarnos o de los cuales podemos tomar distancia; oposiciones bipolares que generan lecturas mecánicas y apriorísticas de la realidad y desde las cuales es posible ubicar o interpretar toda nueva problemática o situación contingente. Esta lectura ideológica de los procesos sociales se muestra de manera más clara cuando se habla de “lo típico”, es decir, del “tipo” o contenido particular que representa a la totalidad de elementos que pertenecen al conjunto que se pretende oponer o contrastar, para lo cual se hace necesaria también la homogeneización de las perspectivas diferenciadas de los sujetos que forman parte de una colectividad específica y se eliminan las distintas posiciones de sujeto (Laclau y Mouffe, 2004). Se presenta entonces una noción de interculturalidad que promueve el diálogo entre culturas o entre diferentes pero que borra del mapa el conflicto —sin el cual no podría comprenderse dicho diálogo—, sin caer en la cuenta de que la idea de inexistencia de conflicto en las relaciones sociales es precisamente uno de los giros ideológicos por excelencia (Zizek, 2003).

CIUDADANÍA INCLUYENTE COMO CRÍTICA A LA CONCEPCIÓN LIBERAL

Las mencionadas críticas a la noción liberal de ciudadanía desde el ejercicio de los derechos humanos y del uso ideológico de la noción de interculturalidad nos

conducen al planteamiento de una ciudadanía diferenciada e incluyente que no está exenta de tensiones, algunas de las cuales son abordadas a continuación. Desde una perspectiva liberal, la ciudadanía se refiere (o se restringe) a la posibilidad de contar con iguales derechos y obligaciones para todos los ciudadanos, enfatizando las garantías individuales como parte de los derechos civiles y políticos. Sin embargo, desde las reivindicaciones de movimientos sociales que demandan el reconocimiento de la diversidad cultural, se ponen en evidencia, entre otros, dos elementos de tensión en una definición de este tipo.

La primera tensión de la noción de ciudadanía se refiere a una perspectiva liberal que la refiere a la imparcialidad y la igualdad de derechos, en contraposición a aquellas perspectivas que consideran válido el reconocimiento de derechos sustentados en la condición de diversidad cultural, por ejemplo, derechos étnicos y derechos de género. Frente a la contradicción que en un primer momento se genera al constatar la dificultad que entraña el reconocimiento de la diversidad cultural en aspectos controversiales como pueden ser las violaciones a los derechos humanos, las prácticas de mutilación genital o el comercio de mujeres con fines matrimoniales, tanto la reflexión académica como los mismos movimientos reivindicativos han enfatizado la necesidad de historizar los procesos identitarios y trascender los esencialismos yendo más allá de concepciones homogéneas y estáticas. A diferencia de ello, se proponen concepciones de la diversidad cultural que reconocen la existencia de movimientos contraculturales, así como de actores y

discursos autocríticos y contrahegemónicos como parte de las mismas sociedades cuyas prácticas se critican. Esta postura implica situarse críticamente, por un lado, frente a etnocentrismos que se autoadscriben como verdaderos y únicos jueces de otras culturas y sociedades, mientras que por otro también cuestiona los argumentos del relativismo cultural a partir de los cuales habría que aceptar prácticas opresivas, muchas veces en contra de las mujeres o de países llamados subdesarrollados o etiquetados como terroristas, por tratarse de prácticas culturales que no es posible cuestionar. Se trata, como mostraremos más adelante, de una falsa disyuntiva que parte precisamente del olvido de que dentro de las mismas colectividades culturalmente diferenciadas existen distintas posiciones autocríticas y tensiones entre fuerzas conservadoras e innovadoras.

La otra tensión puede ubicarse entre la ciudadanía entendida como espacio reivindicatorio que, paralelamente, puede también fungir como mecanismo de exclusión tanto en el ámbito nacional como internacional. A pesar de que la misma noción de ciudadanía surge como un ideal de reconocimiento de derechos en igualdad de condiciones para los ciudadanos que forman parte de una colectividad, la manera en como se define su contenido y alcances, muchas veces ha funcionado más bien, bajo el discurso de la imparcialidad, como forma de exclusión de los miembros de una sociedad que representan la diversidad cultural. La situación de los migrantes internacionales, el otorgamiento o no de una ciudadanía, así como de seguridad social en el país al que se llega, el reconocimiento o no de derechos laborales

—que en el caso mexicano está ampliamente ejemplificado con los migrantes hacia Estados Unidos de Norteamérica, tal como explicamos a continuación— ponen de manifiesto distintas modalidades en las que la ciudadanía funciona también como un argumento para la negación de derechos.

En contraposición a las visiones restringidas o contrarias al reconocimiento de derechos que se han descrito, movimientos reivindicatorios de la diversidad cultural han enfatizado la necesidad de considerar la ciudadanía como un proceso de disputa histórica, como una relación de horizontalidad entre ciudadanos y de éstos con los Estados que si bien remite a una noción universal, adquiere distintos significados y es experimentada de manera diferenciada en distintos contextos. Se propone entonces una ciudadanía incluyente (Kabeer, 2007), que retoma el punto de vista de los actores. Asimismo, al situarse en una perspectiva de equidad de género, se propone una ciudadanía diferenciada (Hernández Castillo, 2003) que reconoce la diversidad como realidad existente y la igualdad como principio para dar tratamiento público a dicha condición de diversidad (Rubio, 2007).

Estos procesos de construcción simbólica y discursiva de nuevos referentes para redefinir la noción de ciudadanía, en los que juegan un papel central los movimientos de reivindicación de la diversidad cultural, pueden ser pensados como procesos inacabados de construcción de contrahegemonía. Su contingencia y su posibilidad de devenir dominantes se vinculan tanto con los efectos de resistencia y la generación de contradicciones incontenibles que son generados por

las perspectivas dominantes en un momento histórico específico, como con la capacidad de formaciones discursivas alternativas capaces de articular elementos significantes y factores de contradicción social cuyo contenido se disputa con las pretensiones hegemónicas de los distintos actores que conforman una sociedad (Jameson y Zizek, 1998).

INDÍGENAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO: ENTRE EL LASTRE INDIGENISTA Y LOS NUEVOS DERECHOS

Al igual que la mayoría de las ciudades en el mundo, México enfrenta hoy en día una diversidad cultural que salta a la vista en todo momento y en cada rincón. Su condición de multiculturalidad se considera como algo dado, una situación de hecho que se ejemplifica ya sea desde la coexistencia de distintos credos religiosos, la migración internacional, la presencia de diversos grupos indígenas, e incluso desde las expresiones de diversidad sexual.

La acción gubernamental en relación con los indígenas que habitan la Ciudad de México ha sido influida, al igual que en la mayoría de los países de este continente, por una herencia de un siglo de políticas indigenistas. A partir de la conformación de los Estados nacionales independientes en América Latina, la relación de éstos con los pueblos indígenas materializó una modalidad caracterizada por la intención de eliminar la presencia indígena que ha sido caracterizada por los más benévoloos como “incorporativista” y por los más críticos como de

aniquilamiento o liquidacionista. Se trataba de una perspectiva que se sumaba a los postulados del positivismo y el evolucionismo, corrientes que tomaron una posición dominante logrando relegar en un principio al historicismo romántico alemán. Desde esta lógica evolucionista, las sociedades indígenas eran consideradas como primitivas, salvajes, bárbaras y se oponían a la civilización capitalista, misma que se ubicaba como el punto máximo de desarrollo, como el patrón deseable (Díaz Polanco, 1991: 88).

Como continuidad a este planteamiento liquidacionista se argumentó posteriormente la necesidad de incluir a los indígenas en la vida nacional pero excluyendo el mantenimiento de sus particularidades culturales, poniendo en práctica una perspectiva que continúa permeando ciertas posiciones opositoras al reconocimiento de derechos indígenas y que consiste en reconocer la existencia de ciudadanos, no de indios (Díaz Polanco, 1996). Como señala Hale (1987), desde esta perspectiva de orientación liberal se pretendía borrar todas las distinciones legales en la sociedad, y elevar teóricamente al indio a la categoría universal de “ciudadano”.

A partir de la realización del Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en México (Pátzcuaro, Michoacán) puede ubicarse una nueva etapa del indigenismo caracterizada por su afán de “integrar” a los pueblos indígenas a la nación que encontró el fundamento de su crítica a la etapa anterior y el sustento de su nueva perspectiva en el relativismo o culturalismo que en su discurso pugnaba por el respeto de los valores de las distintas culturas, al tiempo que se desarrollaban estrategias

para que los indígenas se integraran a la vida nacional, planteamiento que pronto comenzó a mostrar sus contradicciones intrínsecas. Este integracionismo pretendió dar una solución a la indeseable heterogeneidad étnica a través de un discurso y una respuesta pragmática que alimentó el relativismo cultural al tiempo que no renunciaba a su perspectiva evolucionista y retomaba elementos del estructural-funcionalismo (Díaz Polanco, 1991).

El discurso integracionista, al influjo de la crítica en torno a su velada imposición de la cultura nacional, derivó en un indigenismo caracterizado por una posición etnicista que continúa siendo uno de los componentes fundamentales de las acciones gubernamentales frente a los pueblos indígenas. A partir de su énfasis en el reconocimiento de las identidades diferenciadas, el etnicismo se plantea como una propuesta que nada tiene que ver con cualquier iniciativa nacional de carácter contrahegemónico, extraviando así su dimensión nacional.

Esta perspectiva etnicista reproduce una serie de presupuestos que pueden describirse en los siguientes términos que por su simplicidad resulta fuertemente atractivo y que vale la pena recordar ahora en virtud de su vigencia: la oposición “mundo occidental-mundo indígena”. El occidental se rechaza, se concibe como homogéneo e indiferenciado, se asimila a la cultura nacional impuesta, mientras que el mundo indígena se concibe como superior, como las culturas auténticas, cuya esencia étnica inmutable es necesario defender. La principal contradicción que es necesario solucionar se encuentra entre la civilización india y la occidental. Dado que en la nación occidental no se encuentra mayor alternativa histórica

para la civilización india, la solución se ubica como un “proyecto político indio” fuera de lo nacional/occidental.

Esta perspectiva etnicista, no exenta de contradicciones con las estrategias explícitas o implícitas de liquidacionismo e integracionismo, ha venido a dar lugar durante los últimos años a lo que algunos autores han caracterizado como “neo-indigenismo” (Hernández, Sierra y Paz, 2004), planteamiento que exalta ciertos rasgos folclóricos de las culturas indígenas pero que no reconoce a cabalidad sus derechos y que ha sido calificado también como multiculturalismo neoliberal (Hale, 2004; Fisk, 2005). Esta dimensión multicultural del México de inicios del siglo XXI ha sido también enfocada, desde la perspectiva posmoderna, por trabajos que enfatizan el hipertexto como espacio privilegiado de expresión y comprensión de la diversidad cultural en este país (Coronado y Hodge, 2004).

Aunque —como es de suponerse— una noción de “novedad” respecto a lo previamente existente resulta problemática, distintos autores coinciden en afirmar que el proceso de alternancia de partido en el poder, que de ninguna forma puede asociarse mecánicamente con un proceso de transición democrática, ha dado nuevas características a la acción gubernamental frente a los pueblos indígenas. Los nuevos matices de esta relación han sido caracterizados como neoindigenismo, esto es, una pretensión de renovar el discurso oficial al mismo tiempo que se promueve la continuidad de las instituciones indigenistas. Se crean “nuevos espacios de viejas prácticas” tal como sucedió con la transformación del Instituto Nacional Indigenista (INI), al ser transformado en la Co-

misión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) (Nahmad, 2004: 86).

El sentido de continuidad y de viejas prácticas en nuevos espacios se ejemplifica, además del balance poco alentador de la participación de profesionales indígenas en el manejo operativo del INI “y que han quedado como funcionarios bajo control de las estructuras burocráticas sin ninguna autodeterminación” (Nahmad, 2004: 86), en el carácter vertical y asistencialista de la CDI. Esta nueva instancia fue rechazada ya que no tuvo como base una reforma constitucional que reconociera los Acuerdos de San Andrés, haciendo caso omiso de la demanda de autonomía indígena (Hernández, Sierra y Paz, 2004).

Este antecedente indigenista ha dejado huella en la manera en que las autoridades de la ciudad dan tratamiento a esta cuestión a partir de las ampliamente cuestionadas ideas de que los indígenas mexicanos sólo habitan en las zonas rurales, el reclamo de autonomía indígena sólo es válido en dichas zonas o que al estar en la ciudad se han integrado al desarrollo y se han olvidado de su pertenencia étnica. A pesar de que la presencia indígena en la Ciudad de México no es de ninguna manera reciente, las instituciones gubernamentales enfocadas a ellos tienen una historia muy corta. A partir de 1997, fecha en la que se instituye la posibilidad de que los habitantes de la ciudad capital voten a su jefe de gobierno como titular del poder ejecutivo local, éste puesto ha estado ocupado por una izquierda partidaria que si bien ha enfrentado a fuerzas reaccionarias y grupos conservadores en temáticas como la ampliación de las causales legales de aborto, el acceso a la píldora para

la anticoncepción de emergencia o el reconocimiento de sociedades de convivencia de personas del mismo sexo, no ha mostrado una posición progresista en relación al reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas en la ciudad.

En forma genérica, pueden ubicarse tres binomios paradójicos que caracterizan las políticas del gobierno de la Ciudad de México frente a los pueblos indígenas que la habitan. El primero de ellos corresponde a una constante ambigüedad entre el folclorismo y la invisibilización. Mientras que por un lado se considera a la ciudad como una herencia de la cultura “mexica” y se recurre a símbolos y vestimentas que aluden al origen prehispánico de este asentamiento urbano, por otro lado se invisibiliza la diferencia cultural de los indígenas en la ciudad al considerarlos solamente como beneficiarios de programas sociales o, a lo sumo, con presencia en ciertas zonas de la ciudad que dan nombre a algunos barrios o que se concentran en las delegaciones con mayor porcentaje de áreas rurales como Milpa Alta o Tlalpan.

Una segunda paradoja la constituye la relación de exclusión y corporativismo que se establece con la población indígena en la ciudad. Los indígenas en la ciudad se ven forzados a establecerse o permanecer en las delegaciones más empobrecidas y con menor acceso a servicios públicos tales como el abasto de agua y el transporte, ubicándose así en un nivel de vida menor en relación al resto de la población capitalina. En otros casos, se establecen en zonas céntricas con el fin de facilitar sus labores de comercio ambulante o prestación de servicios domésticos o de limpieza, sometándose a condiciones de haci-

namiento, insalubridad e inseguridad que nuevamente los colocan en condición de desventaja. Sin embargo, esta condición de exclusión se combina con una estrategia de establecimiento de una relación de intercambio de recursos y programas a cambio de apoyo político que es propiciada por las autoridades de la ciudad. Si bien muchas organizaciones indígenas en la ciudad mantienen una relación de autonomía frente a las autoridades gubernamentales, su independencia se pone frecuentemente en riesgo debido a los limitados recursos de que disponen y las adversidades que les representa el contexto urbano.

Una tercera contradicción se juega entre la conformación de nuevas instancias u oficinas gubernamentales dedicadas a la cuestión indígena en la ciudad que en la práctica los colocan en una condición de victimización que los infravalora al omitir su capacidad de agencia y autonomía. En este tenor fue creada en 2006 la Dirección General para la Atención de Comunidades Rurales e Indígenas, a partir de ello se opta por “atender” sin reconocer derechos a los indígenas y se les encasilla como “comunidades” y a mantener su condición primordial de “ruralidad”. Esta forma de desvalorizar la capacidad de acción e intencionalidad propia de organizaciones y pueblos indígenas en la ciudad al reducirlos a población excluida o marginada, también forma parte de un discurso de organizaciones de la sociedad civil y de instancias académicas cuya pertinencia es necesario cuestionar.

El reconocimiento constitucional de México como nación pluricultural en 1992 ha generado una serie de cambios en el ámbito legal e institucional. En el caso

de la Ciudad de México se han generado, entre 2001 y 2002, modificaciones al Código Penal y al Código de Procedimientos Penales del Distrito Federal que confieren a las personas que se autoidentifiquen como indígenas, el derecho de contar con traductores e intérpretes en sus propias lenguas, así como recurrir a la generación de un peritaje cultural como parte del proceso de su defensa. Durante 2007, tras una fuerte polémica en torno a la conveniencia o no de dar prioridad a la atención de los pueblos indígenas en la ciudad, se creó la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades, instancia que a su vez dio origen a la Dirección General de Equidad para los Pueblos Indígenas y Comunidades Étnicas. Durante ese mismo año, se creó, como parte del Ministerio Público capitalino, la Agencia Especializada en Atención a Indígenas.³

Si bien la posibilidad de contar con traductores, intérpretes y peritajes culturales,⁴ así como el establecimiento de una Agencia Especializada y de una Dirección General enfocada a los pueblos indígenas en la Ciudad representan un avance respecto de la etapa previa en la que estos mecanismos eran simplemente inexistentes, no representan avances sustantivos si son valorados en el marco de las principales demandas que las organizaciones indígenas del país vienen planteando desde principios de la década de 1990 y que se centran en el reconocimiento de autonomía, autogobierno y territorio indígena.

La ciudad, como espacio social, sitúa y produce discursivamente el lugar de exclusión y subordinación de sus habitantes culturalmente diferenciados. Si bien es

imposible negar la multiculturalidad que *de hecho* se vive en la ciudad, también es un hecho que los indígenas y los migrantes son sometidos a múltiples límites sociales que les indican los lugares de la ciudad a los que pueden acceder, en los que pueden consumir, participar, influir, relacionarse o recrearse. Los indígenas y los migrantes tienen un lugar señalado, producido discursivamente como lugar subordinado, exótico, salvaje, retrasado, o al menos, inadaptado en relación a lo que se considera la cultura urbana dominante.

Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, estos cambios legales e institucionales están siendo aprovechados como espacios de participación y disputa de visiones dominantes sobre quiénes habitan actualmente la ciudad y cuáles son los derechos que les deben ser reconocidos. De esta forma, los indígenas migrantes, en su mayoría provenientes de zonas rurales del país, penetran y marcan la ciudad. Establecen espacios organizativos, la mayoría de las veces pluriétnicos o que en su interior son ya muestra de la diversidad cultural, a través de los cuales desarrollan estrategias para combatir las políticas gubernamentales discriminatorias y para apropiarse del marco legal como instrumento de reivindicación de sus derechos. Sin embargo, esos espacios que impugnan el orden establecido, que cuestionan el *status quo* de los mecanismos invisibles de exclusión en la ciudad, no están exentos de contradicción. En sus formas organizativas internas tienden a reproducir precisamente aquellos discursos y mecanismos de exclusión e inequidad que pretenden cuestionar. La participación de las mujeres en las organizaciones de migrantes indígenas, como suce-

de, por ejemplo, en el caso de la Organización de Traductores, Intérpretes y Gestores en Lenguas Indígenas (OTIGLI), constituye un espacio especialmente problemático. Si bien, por un lado, estos procesos organizativos están abriendo nuevos espacios de participación en los que las mujeres desempeñan labores de traducción e interpretación, asisten a los juzgados o formulan dictámenes culturales, también es cierto que, en su mayoría, las decisiones fundamentales del rumbo de la organización continúan siendo tomadas por los varones quienes, incluso, llegan a imponer sus puntos de vista en asuntos polémicos imprescindiblemente cruzados por la condición de género tales como los casos de “rapto de la novia” y “violación sexual”.

Los casos de mujeres indígenas encarceladas con el antecedente de haberse dedicado a prestar servicios de trabajo doméstico que son acusadas por sus patronas como una estrategia para deshacerse de adeudos pendientes y evitar compromisos laborales son alta y preocupantemente frecuentes. Este tipo de acusaciones y de uso del sistema penal y penitenciario apuntan a la necesidad de entender la situación de los migrantes indígenas, y la ciudad en su conjunto, como producto de la conflictividad de intereses de distintos estratos sociales. No es casual esta desproporción entre la gran cantidad de mujeres indígenas recluidas en las cárceles de la ciudad y la casi nula posibilidad de penalidad que pudieran recibir los empleadores que estuviesen violando los derechos laborales de dichas trabajadoras. Más allá de contar con una cultura homogénea urbana, la ciudad puede ser reconocida como espacio y producto de la conflictividad social.

DE LA CIUDAD A LAS FRONTERAS: MIGRACIÓN,
MULTICULTURALIDAD Y DERECHOS HUMANOS

Las ciudades representan, tal vez, el más fuerte polo de atracción para los migrantes. Para migrar se hace necesario llegar a establecerse en una ciudad, o pasar por ella, ya sean las ciudades de la frontera sur de México o aquellas a las que llega el ferrocarril u otros medios de transporte; las ciudades mexicanas de la frontera norte en las que los migrantes se establecen tras el fallido intento de cruzar la línea internacional o después de ser deportados; o bien, las ciudades del sur de Estados Unidos.

La Ciudad de México, por ejemplo, ha tenido un enorme crecimiento derivado de procesos migratorios durante el periodo 1950-1970, mismo que se ha venido reduciendo durante las últimas décadas. Actualmente, la población migrante en el Distrito Federal representa 2.4% de su población. Sin embargo, 50% de los indígenas residentes en la ciudad no son ni migrantes ni campesinos, sino que son indígenas que nacieron en el Distrito Federal y actualmente se dedican a las múltiples actividades laborales (CDHDF, 2008: 672). Los espacios de exclusión contruidos y normalizados como parte de la vida cotidiana de las ciudades constituyen el itinerario de viaje de los migrantes, y muchas veces el espacio vital de los descendientes. Se migra por los márgenes, saltando entre uno y otro de esos espacios urbanos de contorno. Los migrantes pobres llegan a establecerse en las ciudades sin contar con la posibilidad de participar activamente en ellas, se ven forzados a instalarse en una ciudad cuyas condiciones estructurales restringen sus

derechos y que los confina a lugares periféricos o a zonas de exclusión.

Volviendo la mirada a la República Mexicana, no es difícil constatar que sin ser un fenómeno reciente, la migración internacional ha ido en aumento y ha tomado características particulares a partir de las dos o tres últimas décadas, en tanto se asocia a la crisis económica mexicana, así como a la subordinación que ha adoptado nuestro país frente a Estados Unidos. En el transcurso de los últimos 12 años, se calcula que más de cuatro mil migrantes han muerto en su intento de atravesar el “muro” que separa México de Estados Unidos, es decir, 15 veces más que el número de personas muertas atravesando el Muro de Berlín en sus 28 años de existencia (FIDH, 2008: 7).

Por su ubicación al sur de Estados Unidos y al norte de países centroamericanos con altos índices de pobreza como Guatemala, El Salvador y Nicaragua, México ha sido caracterizado como un “tapón” para la migración centroamericana. A partir de los atentados del 11 de septiembre, esta situación se ha exacerbado debido a que México se ha sumado de manera sumisa a la preocupación y medidas del gobierno estadounidense haciendo para éste la tarea sucia de aprehender y reprimir a los migrantes centroamericanos que intentan cumplir el “sueño americano”. México expone una profunda contradicción: por un lado realiza múltiples acciones de racismo y maltrato de los migrantes centroamericanos que se ven obligados a ingresar a Estados Unidos por la ruta terrestre, que es la más económica, mientras que por otro lado cuenta con un importante contingente de tra-

bajadores mexicanos en territorio estadounidense cuyos derechos son sistemáticamente vulnerados. México se ha convertido a la vez en víctima y victimario al centrar su actuación en la “seguridad nacional” de Estados Unidos (FIDH, 2008: 14-15).

A manera de espejo, las fronteras norte y sur de México se han vuelto espacios de violación de derechos humanos sustentados en concepciones racistas y xenofóbicas e incluso de violencia de género. Los migrantes son identificados por rasgos físicos como la piel morena, la vestimenta austera, los hábitos alimenticios, su preferencia por ciertos tipos o espacios de recreación y, obviamente, su lenguaje. De manera permanente y sistemática se les aborda en la vía pública y se les interroga, existiendo una menor insistencia en los migrantes que, a pesar de ser de una misma familia, son blancos de piel y ojos claros (FIDH, 2008: 32). En su intercepción y procesamiento, se les da un trato diferenciado, al igual que al interior de las Estaciones Migratorias, ejerciéndose un trato discriminatorio hacia las mujeres dependiendo su país de procedencia y dando preferencia a aquellas cuya imagen corporal coincide con los estereotipos de belleza de los agentes policiacos y de los funcionarios migratorios, en su mayoría varones.⁵ La detención no se basa en una decisión judicial sino administrativa, y puede ser indefinida (FIDH, 2008: 52-53).

Cruzando la mirada con la situación de los migrantes en la Unión Europea, encontramos que ésta ha sido cuestionada por la complicidad de sus Estados miembros en las “entregas extraordinarias” de personas sospechosas de terrorismo. Estas “entregas” implicaron la

colusión entre Estados de la Unión Europea y Estados Unidos para secuestrar a personas, recluirlas clandestinamente y trasladarlas ilegalmente a países donde fueron sometidas a tortura y otros malos tratos. Asimismo, se ha solicitado a la Unión Europea que aplique a sus propios miembros los mismos parámetros en materia de derechos humanos que fija para terceros. Resulta incongruente que la Unión Europea exija a países con mucho menos recursos que mantengan sus fronteras abiertas, mientras que sus propios Estados coartan derechos de personas refugiadas y solicitantes de asilo. Se predica tolerancia pero se discrimina a romaníes, musulmanes y otras poblaciones minoritarias dentro de sus fronteras. Ejemplo de lo anterior es la adopción durante 2007 por parte de Bélgica, Francia y Suiza, de leyes que imponen más restricciones sobre los derechos de solicitantes de asilo y migrantes, así como la recientemente adoptada “Directiva de retorno” —también calificada como “Directiva de vergüenza”— que permitirá que ocho millones de migrantes sean deportados (AI, 2008).

La falta de reconocimiento a la diversidad cultural en Estados de la Unión Europea que se manifiesta mediante el racismo y la discriminación se refleja, por ejemplo, en la discriminación a la comunidad romaní, para la cual se establecen programas de estudios reducidos y contra la que continúan cometiéndose “crímenes de odio”, junto a judíos y musulmanes. Esta intolerancia se muestra también contra comunidades de lesbianas, gays, bisexuales y personas transgénero en países como Lituania, Moldavia, Polonia y la Federación Rusa, en las que continúan

asumiéndose posturas y ejerciéndose políticas públicas de orientación homofóbica.

Las mujeres migrantes, que generalmente se integran a medios laborales no regulados como el servicio doméstico, la agricultura o la manufactura, son especialmente víctimas de la discriminación y la violencia ya sea en los ordenamientos legales, en los trámites institucionales, en el acceso a la seguridad social, e incluso, al ser tratadas como delincuentes o ilegales que no tienen derecho a la legítima defensa, a la reparación del daño o a la posibilidad de entablar un juicio para definir su deportación. Las medidas de hostigamiento, amenaza, procesamiento injustos y ataques violentos han alcanzado también a abogados, periodistas y defensores de derechos humanos (AI, 2008).

En este marco, el Estado alemán ha sido denunciado por no abordar las violaciones a los derechos humanos cometidas en el contexto de la llamada “Guerra contra el terror” encabezada por Estados Unidos, incluida su propia participación en las “entregas extraordinarias” (traslado ilegal de sospechosos entre países). Casos como los del ciudadano turco nacido en Alemania, Murat Kurnaz, del ciudadano alemán Muhammad Zammar y del ciudadano alemán de origen libanés Khaled el Masri, han sido motivo de denuncia de malos tratos y tortura por parte del Estado alemán (AI, 2008).

Sintetizando, podemos señalar que los procesos migratorios se encuentran caracterizados de manera importante por múltiples elementos culturales que, vinculados a sus dimensiones políticas y económicas, potencian la violación de derechos humanos de los migrantes, situa-

ción que señala la necesidad de comprender las relaciones sociales en el ámbito urbano como pieza clave para aproximarnos a estos procesos.

CONCLUSIÓN

El argumento ordenador de este texto gira en torno a la presencia de un proceso de demanda y fortalecimiento de una ciudadanía diferenciada e incluyente que surge, por un lado, a partir de la crítica a la comprensión liberal de ciudadanía que se utiliza para justificar violaciones a los derechos humanos (especialmente de los migrantes), así como a partir de la crítica al uso ideológico de la noción de interculturalidad, aspectos desarrollados en los tres primeros incisos. Por otro lado, en forma confluyente, esta perspectiva incluyente y diferenciada de concebir la ciudadanía se sustenta en la valoración crítica de las políticas indigenistas que han caracterizado el contexto latinoamericano, en cuyo marco se ubica, por supuesto, la Ciudad de México y las propuestas reivindicativas de organizaciones de migrantes, como la OTIGLI. Enfatizando las repercusiones en los derechos humanos de los migrantes indígenas en la Ciudad de México, hemos establecido algunas contrastaciones con algunas situaciones de derechos humanos vinculadas a las fronteras mexicanas y europeas.

Organizaciones de migrantes en las metrópolis —con significativas similitudes con lo que sucede en torno a las fronteras internacionales— proponen enfocar el debate sobre la multiculturalidad desde la perspectiva de la rela-

ción entre las etnias y los Estados nacionales, visión que se complementa con una concepción de la interculturalidad que reconoce el conflicto, las relaciones de poder, la hibridez y los préstamos recíprocos como elementos imprescindibles para entender la diversidad cultural. Esta perspectiva de las organizaciones de migrantes da sustento a concepciones de *ciudadanía diferenciada e incluyente* como alternativa para el reconocimiento de derechos diferenciados sustentados en la multiculturalidad.

El cuestionamiento al mito de la cultura urbana (Castells, 1974), bien puede ser aplicado a la noción de ciudades globales, misma que parece tomar relevancia durante las últimas décadas. Hablar indistintamente de las ciudades que caen en esta categoría que, aparentemente son todas las que existen en los actuales procesos de globalización pero que en la práctica suelen asimilarse a las capitales de los países más poderosos en la escena mundial, produce una retórica que no permite reflexionar sobre las diferencias entre ciudades del primer mundo y ciudades del tercer mundo, entre los distintos procesos históricos que les confieren características particulares a cada una de ellas, en las situaciones actuales y antecedentes históricos de los países a los que pertenece cada ciudad y, más aún, a las repercusiones que tiene en la conformación de cada ciudad la situación que cada país ocupa en las relaciones de subordinación o neocolonialismo que caracterizan las relaciones internacionales.

Profundizando la mirada de la ciudad desde la perspectiva de la conflictividad social podemos reflexionar precisamente sobre la dimensión ideológica del conflicto. Si aceptamos la idea de que la ideología se constitu-

ye como una matriz generativa que establece los límites entre lo visible y lo invisible, entre lo imaginable y lo inimaginable (Zizek, 2003) podemos pronto descubrir que el primer giro ideológico sobre el conflicto es precisamente la afirmación que en una determinada situación simplemente “no hay conflicto”. Avanzando en este sentido, una lectura de la multiculturalidad desde su dimensión ideológica tiene, al menos, las siguientes dos implicaciones.

En primer término, la necesidad de comprender que en toda forma de diálogo o esquema bipolar, es decir, culturas o concepciones que se oponen entre sí —tal como se establece en la retórica dominante sobre la interculturalidad— está implícito un tercer lugar, aparentemente neutral, que muestra el ámbito en que dichos opuestos son complementarios o se requieren entre sí para ser explicados. La reflexión sobre lo ideológico implica develar que ese “tercer lugar”, ese “punto de vista” desde el que se ve el problema —y al mismo tiempo se dejan de ver otros elementos o dimensiones— no es neutral, sino arbitrario y conlleva implicaciones que no por implícitas devienen inexistentes. Un ejemplo de lo anterior es la reflexión en torno a la manera en que el debate sobre multiculturalidad o interculturalidad se centra y se agota en las distintas formas de concebir la diversidad cultural, sin caer en la cuenta, por ejemplo, en que no deja de ubicarse en el ámbito cultural, esto es, ver el problema desde una perspectiva culturalista que, a través del silencio, niega las implicaciones económicas que sustentan el conflicto entre grupos culturalmente diferenciados.

Por otro lado, la reflexión desde lo ideológico del conflicto entre culturas nos lleva a reflexionar sobre las limitaciones de considerarlo como un enfrentamiento entre personas o grupos que son culturalmente distintos y que en un momento dado pueden adoptar actitudes ya sea de discriminación o bien de aceptación y tolerancia. Esta concepción del conflicto entre culturas, a su vez, elimina por la vía del silencio la posibilidad de considerar que el conflicto intercultural sólo puede ser entendido a través de su inserción en el conjunto de los distintos espacios de conflictividad social, lo cual desde luego trasciende el ámbito de lo cultural. Desde este punto de vista, el conflicto entre culturas debe ser explicado a partir de entender la conflictividad social como malestar, como grieta irresoluble que muestra la condición inacabada de nuestra sociedad, la impotencia para dar cuenta de la totalidad social como algo acabado o completamente comprendido.

Pero además de leer la ciudad desde la conflictividad social, también es necesario pensar la diversidad cultural como espacio de hibridación, de préstamos e intercambios recíprocos entre distintas culturas a partir de los cuales los sujetos generan síntesis provisionales que, retomando elementos de distintos sistemas culturales, les permiten dar respuesta a situaciones cotidianas. Ejemplo de ello son las combinatorias de elementos del derecho oficial y del derecho indígena que son adoptadas para argumentar la resolución de una acusación penal en un determinado sentido, misma que se plasma en los llamados “peritajes culturales”. Así, puede reconocerse que dentro de un mismo grupo étnico existen distintas posturas que

son adoptadas por diferentes subgrupos y que muestran la forma dinámica en que se lleva a cabo la pugna sobre el significado y necesidad de permanencia o transformación de determinados elementos culturales. La participación de mujeres indígenas en organizaciones urbanas de migrantes muestran su interés por vincular el reconocimiento de sus derechos étnicos con las reivindicaciones de equidad de género tanto en la sociedad a la que pertenecen como al interior de las organizaciones en las que participan.

Así, la posibilidad de poner en práctica una noción de ciudadanía diferenciada e incluyente como orientación para las políticas públicas en las metrópolis contemporáneas sigue siendo una cuestión pendiente; una arena en el que las organizaciones indígenas y de migrantes fungirán, sin duda, como palanca fundamental de los cambios que hoy se vislumbran necesarios.

NOTAS

¹ Una discusión en torno a la manera en que el discurso reduccionista de la interculturalidad ha sido asumido como bandera del proyecto educativo del gobierno mexicano durante el sexenio del presidente Fox, puede revisarse un texto de Cerda (2007).

² Esta posición habermasiana puede revisarse en Benhabib (2003).

³ Véase <www.sederec.df.gob.mx> (Consulta: 10 de diciembre, 2008).

⁴ En este campo se ubica el principal aporte de la Organización de Traductores, Intérpretes y Gestores en Lenguas Indígenas. Para

una revisión de la trayectoria y formas de trabajo de la organización puede consultarse el trabajo de Durán (2007).

⁵ Mujeres cubanas, panameñas y hondureñas, generalmente más jóvenes, son tratadas con preferencia en relación a migrantes guatemaltecas, generalmente indígenas, por el personal de las Estaciones Migratorias cercanas a la frontera sur. Ponencia presentada en el Foro sobre Migraciones, San Cristóbal de las Casas, octubre 2007.

BIBLIOGRAFÍA

- AI (2008), *El estado de los derechos humanos en el mundo*. Amnistía Internacional. Informe 2008. Consulta en línea: <<http://thereport.amnesty.org/esl/regions/americas/mexico>>
- APPADURAI, Arjun (1986), *Modernity at Large: Cultural dimensions of globalization*. Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- BARTHES, Roland (1980), *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- BENHABIB, Seyla (2003), “La crítica de la razón instrumental”, en Slavoj Žizek, *Ideología: un mapa de la cuestión*. México: FCE.
- CASTELLS CASTELLS, Manuel (1974), *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- CERDA GARCÍA, Alejandro (2007), “Multiculturalidad y educación intercultural: Entre el neoindigenismo y la autonomía”, en *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 3, núm. 6. México: UACM, pp. 97-135.
- CERDA, Alejandro (2010), *Imaginando zapatismo. Multiculturalidad y autonomía indígena desde un municipio autónomo*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-Xochimilco.

- CDHDF (2008), *Informe sobre los Derechos Humanos en el Distrito Federal 2008*. México: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. Consulta en línea: <www.cd hdf.org.mx>
- CORONADO, G. y B. HODGE (2004), *El hipertexto multicultural en México posmoderno. Paradojas e incertidumbres*. México: CIESAS / Miguel Ángel Porrúa.
- DÍAZ POLANCO, Héctor (1997), *La rebelión zapatista y la autonomía*. México: Siglo XXI.
- _____ (1992), *Autonomía regional. La autodeterminación de los pueblos indios*. México: Siglo XXI.
- DURÁN DE ALBA, María del Rocío (2007), *Identidad política y organizaciones pluriétnicas en la ciudad de México*. México: UNAM.
- FIDH (2008), *Estados Unidos–México. Muros, abusos y muertos en las fronteras. Violaciones flagrantes de los derechos de los migrantes indocumentados en camino a Estados Unidos*. Francia: Federación Internacional de Derechos Humanos. En línea: <www.fidh.org/IMG/pdf/USAMexiquemigran488esp.pdf>
- FISK, Milton (2005), “Multiculturalism and Neoliberalism”, en *Praxis Filosófica*, nueva serie, núm. 21, julio-diciembre, pp. 21-28.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa, pp. 13-26.
- GDF (2008), Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades. México: Gobierno del Distrito Federal. En línea: <www.sederec.df.gob.mx> (consulta: 10 diciembre, 2008).
- HAIDAR, Julieta (1998), “Análisis del discurso”, en J. Galindo Cáceres, *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Pearson.

- HALE, Charles (2004), "Rethinking indigenous politics in the era of 'indio permitido'", en *NACLA Report on the Americas*, vol. 38, núm. 2, septiembre-octubre.
- _____ (2002), "Does multiculturalism menace? Governance, Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 34, part. 3, august., pp. 485-524.
- _____ (1987), *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*. México: Siglo XXI.
- HARAWAY, Donna (1998), "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privelege of Partial Perspectiva", en *Feminist Studies* 14, núm. 3, pp. 575-599.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, Rosalva Aída, María Teresa SIERRA y Sarela PAZ (eds.) (2004), *El Estado y los indígenas en los tiempos del PAN: indigenismo, legalidad e identidad*. México: CIESAS-Porrúa.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, Rosalva Aída (2003), "Repensar el multiculturalismo desde el género. Las luchas por el reconocimiento cultural y los feminismos de la diversidad", en *Revista Feminista La Ventana*. México: Universidad de Guadalajara, pp. 7-39.
- JAMESON, Fredric y Slavoj ZIZEK (1998), *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*. Barcelona: Paidós, pp. 137-188.
- KABEER, Naila (ed.) (2007), *Ciudadanía incluyente: significados y expresiones*. México: UNAM-PUEG.
- KYMLICKA, Will (1995), *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- LACLAU, Ernesto (1978), *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.

- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- LEYVA, Xóchitl, Araceli BURGUETE y Shannon SPEED (coord.) (2008), *Gobernar en la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. México: CIESAS / Flacso.
- MARIMÁN, Pablo y José ALWIN (2006), “Las identidades territoriales mapuche y el Estado chileno: conflicto interétnico en un contexto de globalización”, en Xóchitl Leyva, Araceli Burguete y Shannon Speed, *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia una investigación de co-labor*. México: CIESAS / Flacso.
- NAHMAD, Salomón (2004), “Los acuerdos y los compromisos rotos y no cumplidos con los pueblos indígenas de México”, en Rosalva Aída HERNÁNDEZ CASTILLO, María Teresa SIERRA y Sarela PAZ (eds.), *El Estado y los indígenas en los tiempos del PAN: indigenismo, legalidad e identidad*. México: CIESAS-Porrúa.
- NAVIA, Patricio y Marc ZIMMERMAN (coord.) (2006), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo (des)orden mundial*. México: Siglo XXI.
- RAWLS, John (1979), *Teoría de la justicia*. México: FCE.
- REGALSKY, Pablo y Francisco QUISBERT (2008) “Bolivia indígena: de gobiernos comunitarios en busca de autonomía a la lucha por la hegemonía” En: Leyva, Xóchitl, Araceli Burguete y Shannon Speed. *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia una investigación de co-labor*. México: CIESAS.
- RUBIO, Ana (2007), *Feminismo y ciudadanía*. México: UNAM.

- SCOTT, Joan W. (1999), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*. México: FCE, pp. 37-75.
- SUÁREZ NAVA, Liliana y Rosalva Aída HERNÁNDEZ (eds.) (2008), *Descolonizando el feminismo*. Madrid: Cátedra.
- TAYLOR, Charles (1992), *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*. México: FCE.
- WALSH, Catherine, Freya SCHIWY y Santiago CASTRO-GÓMEZ (2002), *Indisciplinar las ciencias sociales: geopolítica del conocimiento y colonialidad del poder, perspectivas desde lo andino*. Quito, Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala.
- ZIMMERMAN, Marc (2002), “Fronteras latinoamericanas y las ciudades globalizadas en el nuevo (des)orden mundial”, en Catherine Walsh, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez, *Indisciplinar las ciencias sociales: geopolítica del conocimiento y colonialidad del poder, perspectivas desde lo andino*. Quito, Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala.
- ZIZEK, Slavoj (2003), *Ideología: un mapa de la cuestión*. México: FCE.

PUEBLOS ORIGINARIOS:
¿UNA NUEVA CATEGORÍA ANTROPOLÓGICA?

REFLEXIONES DESDE LA HISTORIA
Y DESDE LA ACTUALIDAD DE LOS ANDES

KAROLINE NOACK

INTRODUCCIÓN

LA APROBACIÓN DE LA DECLARACIÓN Universal de Derechos de los Pueblos Indígenas de la ONU el 13 de septiembre de 2007 constituye un logro muy importante de diversos actores nacionales y globales.¹ Como escribió entonces el diario *La Jornada* de México, en la declaración “se reconocen las garantías de ese sector de la sociedad mundial a nivel de colectividades, ya no de personas o individuos” (Olivares Alonso, 2007: 3). A partir del llamado “viraje étnico” (Kummels, 2008: 182), las luchas y debates acerca de los problemas en los ámbitos de derechos humanos, cultura, medio ambiente, desarrollo, educación y salud de los “pueblos indígenas” habían desarrollado una fuerte dinámica, inédita hasta entonces. El “viraje étnico” comenzó con las protestas en torno a los festejos de conmemoración de los 500 años del “descu-

brimiento” de América por Cristóbal Colón y luego con la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el primero de enero de 1994. Los movimientos sociales y las movilizaciones indígenas a nivel panamericano (pan-indígena) y global que empezaron a tomar forma durante la Década de los Pueblos Indígenas promovida por la ONU (1995-2004) encontraron así una forma de representación. Sin embargo, la adopción de la Declaración se logró recién tres años más tarde. Desde entonces, estos movimientos indígenas llegaron a ser una fuerza política imprescindible en el panorama político de numerosos Estados nacionales y organizaciones internacionales. La Declaración es en gran parte resultado del éxito de las movilizaciones indígenas a nivel panamericano y global. Indudablemente, una estrategia muy efectiva de estos movimientos consistió en vincular el “viraje étnico” con términos de gran alcance político, legal y cultural. Así surgieron términos como “pueblos originarios”, “pueblos indígenas” o “pueblos autóctonos”, capaces de impulsar con más vigor los reclamos de derechos humanos de los grupos indígenas como parte de discursos políticos. Sin embargo, estos términos no se limitaron al ámbito político. Como nueva “categoría analítica” cuya definición aún se encuentra en debate, el término “pueblos originarios” ya ha ingresado a la antropología y en México también a la antropología urbana.²

En este artículo se revisarán estos términos en los discursos políticos a partir de los casos de Ecuador, Bolivia y Perú. Se planteará la pregunta de cómo se definen los pueblos originarios a partir de los censos, de la constitución y de los programas políticos de los tres Estados

tomados como ejemplo, y de la forma en que estos términos despliegan su eficacia en los distintos discursos. Se abordará también el entrelazamiento de los discursos políticos y las investigaciones académicas acerca de las identidades étnicas y culturales. Partiendo de las exploraciones antropológicas, por último se analizará el significado del término pueblo en los discursos políticos y sus conexiones con los conceptos de “raza”, cultura e identidad étnica.

LOS TÉRMINOS Y SU CONTEXTO

Un mes después de la adopción de la Declaración, en la ONU Rodolfo Stavenhagen, relator especial de la ONU sobre la situación de los derechos humanos y las libertades fundamentales de los “pueblos indígenas”, señaló ante el congreso de la Unión de los Estados Unidos Mexicanos que “el Congreso puede levantar ahora esta declaración e incluir los derechos en el proceso de reforma para rehacer, redefinir y remodelar las relaciones entre los pueblos indígenas, la sociedad mexicana en su conjunto y el Estado, de manera no violenta, pacífica, negociada, democrática y participativa”. Anunció también que eso llevaría a una “reforma de la nación mexicana” (Stavenhagen citado por Olivares Alonso, 2007: 3).

Lo que llama la atención aquí es que la declaración sobre la cual a nivel global se pusieron de acuerdo actores nacionales e internacionales, incluido el Banco Mundial, se trasladó inmediatamente después al nivel del Estado nacional para precisar lo que, desde los albores

de la independencia de las repúblicas latinoamericanas, había estado siempre en las agendas de los actores políticos. Desde finales del siglo XVIII se han propuesto diversos proyectos nacionales, entre los cuales el indigenismo panamericano (a fines del siglo XIX y sobre todo a partir de los inicios del siglo XX) abogó por la *nación mestiza* como modelo de una *comunidad imaginada* (Benedict Anderson).³ Este proyecto de *nación mestiza* llegó a ser la imagen oficial de muchas repúblicas latinoamericanas, sobre todo en México, pero nunca fue concretado. Desde los años 90 del siglo XX, cuando los movimientos sociales indígenas comenzaron a autodeterminarse como “pueblos originarios”, estos nuevos actores convinieron en la necesidad de una negociación distinta entre los sectores que conforman los Estados nacionales en cuanto a un nuevo proyecto de *nación* así como en las organizaciones internacionales. Con ello, volvieron a poner sobre el tapete la cuestión pre-republicana acerca de la composición de la nueva nación incipiente, esta vez en el marco de un nuevo contexto, en igual medida local y global.

El punto de conexión entre la Declaración de 2007 y el nuevo proyecto fue el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre los “pueblos indígenas y tribales”, aprobado en su reunión del 7 de junio de 1989 y predecesor del código de la nueva Declaración Universal de Derechos de los Pueblos Indígenas. El Convenio 169 constituye hasta ahora el principal instrumento del derecho internacional para la defensa de los “pueblos indígenas” y de sus territorios en todo el mundo. La receta del éxito del Convenio fue que los autores desistieron de establecer una definición del término “pueblos indíge-

nas y tribales”. Del mismo modo, términos nuevos como “pueblos originarios”, “pueblos indígenas” y “pueblos autóctonos” tampoco están definidos en la nueva Declaración de la ONU. Se renunció a una definición a fin de que el código sea firmado por la mayoría de los Estados. De esa manera, en la votación de la ONU se alcanzó una mayoría inédita: 143 Estados adoptaron la declaratoria y once se abstuvieron. Estados Unidos de América, Canadá, Australia y Nueva Zelanda se opusieron a la declaración a raíz de sus disposiciones sobre los territorios y los recursos.⁴ La no definición de los “pueblos originarios”, al mismo tiempo, deja un gran margen de libertad para la autodeterminación de los actores (Canessa, 2006: 242).

Estos nuevos términos comenzaron a operar al interior de ese ancho margen. “Pueblos originarios”, “pueblos indígenas” o “pueblos autóctonos” se usan como aparentes sinónimos y aluden a un periodo histórico remoto que por definición, como se verá en la propuesta de la constitución de Bolivia, precede a la llegada de los conquistadores europeos a partir del siglo xv. A nivel político global, no definir los términos representó una estrategia destinada a poder alcanzar un acuerdo.

La no definición de estos términos, sin embargo, también se prolonga en las recientes publicaciones y discusiones de carácter investigativo y académico-político (por ejemplo Rocca Torres, 2007; Barié, 2003). De esa manera, se determina que los “pueblos originarios” del Perú son por ejemplo “de raíces andinas y amazónicas” (Rocca Torres, 2007). Barié señala por su parte que “el concepto ‘indígena’ tiene una definición concreta en los estudios sociológicos y el derecho internacional”,⁵ sus-

tentándolo con números: el autor supone que en América Latina hay 650 pueblos indígenas que incluyen cerca de 43 millones de personas, el 10% de la población total. Por otro lado, en México se vincula la referencia a un pasado remoto con la *comunalidad*, “noción [que] pretende ofrecer una delimitación analítica que caracterice a los pueblos originarios desde el proceso de construcción de su identidad” (Romero, 2008: 2). Allí se recalca que “los pueblos originarios mantienen una base cultural común fundamentada en la cosmovisión mesoamericana” (Romero, 2008: 11). Términos que remiten a una raigambre espacial y temporal de los grupos humanos, o sea en el territorio y los tiempos remotos, están siempre vinculados con la cultura, la identidad étnica y/o la “raza”, como se desarrollará más adelante.

LOS CENSOS DE ECUADOR (1950 Y 2001)

Contrariamente a los datos aportados por Barié, el “Informe alternativo sobre el cumplimiento del Convenio 169 de la OIT” presentado por la Flacso (Ecuador) en 2007 destaca en primer lugar que en Ecuador no existen cifras oficiales sobre la población indígena (García y Sandoval, 2007: 9). Además, subraya que las variables utilizadas para la medición de la pertenencia (lengua vernácula, lengua de los padres, autoidentificación, etcétera) no son suficientes para obtener cifras confiables y validadas. El censo de 2001 en este país, al preguntar sobre la autoidentificación y la lengua hablada, halló que 6.8% del total de la población es indígena. Un análisis

posterior de las preguntas planteadas en este censo, presentado en el “Informe alternativo”, revela que se mezclaron los criterios de pertenencia con criterios de “raza” (García y Sandoval, 2007: 12-13).

Con el término “raza” ingresa al debate una idea que, relacionándose con la “cultura” y con la “etnicidad” forma, como advierte Eric Wolf (1993), un conjunto de “ideas peligrosas”. Tanto los estudios antropológicos como los históricos que se ocupan del término “raza” arriban a la conclusión de que “raza” fue y es un fenómeno *construido* social y políticamente en un proceso de larga duración (Cadena, 2007: 15). En el caso del primer censo de Ecuador de 1950, eso significa

que los encuestadores [...] tenían que ser entrenados para que pudieran distinguir “blancos” de “mestizos”, y a éstos de los “indios”, con las pautas del cuestionario. La definición censal coincidía sólo parcialmente con la del encuestador, y la de éste también con la del encuestado. (Clark, 2007: 153)

La investigación etnohistórica confirma que las supuestas categorías étnicas de los censos son en verdad suposiciones predefinidas de los censores (Graubart, 2004; Noack, 2007).

De manera muy parecida, el “Informe alternativo” de la Flacso destaca que el método de levantar el censo sesgó la información, que “no pudo ser corregida con preguntas de control dentro de la boleta” (García y Sandoval, 2007: 13). Allí se explica que la población indígena forma par-

te de un conjunto poblacional mayoritariamente mestizo, con presencia de minorías indígenas, negras y blancas. Sostiene también que actualmente Ecuador no cuenta con la información oportuna, confiable y culturalmente pertinente sobre las nacionalidades y pueblos indígenas que existen en su territorio (García y Sandoval, 2007: 9). De esta forma, también entra al debate el concepto de cultura.

EL CENSO DE BOLIVIA Y LOS “PUEBLOS ORIGINARIOS” EN LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Según el último censo boliviano de 2001, 63% de la población declara una identidad indígena (Instituto Nacional de Estadísticas de Bolivia / UMPA, 2003: 157, citado por Canessa, 2006: 256).⁶ Un dato llamativo es que la mitad de la población que se autoidentifica como indígena vive en la ciudad. Esto indica un cambio en la autoidentificación de los pobladores urbanos. Un gran número de ellos se identifica como indígena sin residir en una comunidad indígena ni hablar una lengua indígena (Canessa, 2006: 256). Si se compara este resultado con la nueva propuesta de constitución presentada por el presidente Evo Morales (desde 2005), se encuentra una imagen diferente. En Bolivia, la realización de los derechos de los grupos indígenas es parte de la agenda del Estado. Bolivia es el único caso en América donde se puede observar la realización inmediata de la Declaración de la ONU. Para definir quiénes son los grupos indígenas, la nueva constitución adoptó la definición provisoria de la ONU de 1982, aunque en el contexto

internacional ésta siempre fue entendida como *work in progress*. Con base en esta definición el grupo indígena es entendido de la siguiente manera: “es nación y pueblo indígena originario campesino toda la colectividad humana que comparta identidad cultural, idioma, tradición histórica, instituciones, territorialidad y cosmovisión, cuya existencia es anterior a la invasión colonial española” (Nueva Constitución de Bolivia, primera parte, título II, capítulo cuarto, artículo 30).⁷ Esto tiene como consecuencia una nueva definición de la “nación boliviana” toda, lo que había sido reclamado también por Rodolfo Stavenhagen ante el gobierno mexicano. En el caso boliviano, la *nación* se fusiona con el *pueblo*: “El pueblo boliviano está conformado por la totalidad de las bolivianas y los bolivianos pertenecientes a las áreas urbanas de diferentes clases sociales, a las naciones y pueblos indígenas originarios campesinos, y a las comunidades interculturales y afrobolivianas” (Nueva Constitución de Bolivia, primera parte, título I, capítulo primero, artículo 3). Se destaca que el *pueblo boliviano* abarca por definición la ciudad y el campo, pero las clases sociales se ubican en el espacio urbano y los *pueblos originarios* en el campo. Además, se percibe una diferenciación entre *pueblo* y *comunidad*. En este contexto, con la cultura, entra al debate un término —la *comunidad intercultural*— no desarrollado en la constitución. Sólo las “naciones y pueblos indígenas originarios campesinos” tienen en el documento capítulos propios que se relacionan con los intereses primordiales del Estado, como el traslado de terrenos a estos grupos y su legitimación. Ante este trasfondo, no sorprende que sean sólo los grupos así defi-

nidos los que se ubican en el campo. De esta forma se construye la imagen de una sociedad dual entre el espacio urbano y el espacio rural, el segundo habitado por los grupos que tienen el derecho al territorio “ancestral”, mientras que un sector de esta sociedad se encuentra en un espacio intermedio. El término *pueblo* parece reservado sólo a los grupos ubicados en el campo y, en un nivel superior, sustituye a la *nación*; “lo indígena” es crecientemente visto como icónicamente nacional, en lo cual ha reemplazado al *mestizo* (Canessa, 2006: 243-244).

EL PROGRAMA PERUANO

En Perú, el gobierno del presidente Alejandro Toledo (2001 a 2006) destacó la multiculturalidad como nuevo plan nacional en el escenario político del Estado centralizado.⁸ Varios antropólogos venían propugnando la realización de una política multicultural desde los años 60 del siglo xx. La práctica multicultural se ha concebido sobre todo como una *autonomía* de los quechua, aymara y de la Amazonia (Montoya, 2001-2002: 32; 2002: 26).⁹ La nueva política multicultural del presidente Toledo¹⁰ enlazó a los grupos andino y amazónico con el término *pueblo* y añadió el *pueblo* de los afroperuanos. De esa manera, el Estado ha institucionalizado el término *pueblo*, aplicándolo a estos tres grupos que a su vez están incluidos en la organización gubernamental INDEPA (Instituto Nacional de Desarrollo de los Pueblos Andinos, Amazónicos, y Afroperuano)¹¹ (Greene, 2007). El INDEPA fue fundado en abril de 2005. Los dos primeros *pueblos*,

andino (quechua y aymara) y amazónico se contraponen al *pueblo* afroperuano que aparece en singular. Sin embargo, en el discurso de los activistas que representan los diversos *pueblos* no existe ningún *pueblo* de afroperuanos sino, como en la propuesta de la nueva constitución boliviana, una *comunidad afroperuana* (Greene, 2007: 450). Según los activistas, el uso del término *comunidad* fue producto del consenso de que los *afroperuanos* no pueden ser considerados un *pueblo* por la evidente ausencia de un territorio (ancestral) propio y de una lengua específica (Greene, 2007: 450).¹² Aquí se presenta la misma dualidad que en el caso boliviano. Por haber sido esclavos (frecuentemente urbanos), los *afroperuanos* están relacionados con la ciudad, con la consecuencia de que no tienen acceso a la tierra ni lengua propia. Los pueblos andinos y amazónicos, por su parte, están vinculados al campo y tienen una relación “natural” con la tierra.¹³

Es bastante obvio que en vez de reflejar una realidad social se trata más bien de un discurso multicultural. Si se toma en cuenta la realidad social de la “gran Lima” actual, debe reconocerse que la población migrante “andina” en la ciudad, personas que hablan quechua y aymara, forma el 79% de la población capitalina total.¹⁴ Eso significa que los desplazamientos sociales provocados sólo por la migración interna en el Perú no forman parte del programa multicultural y del plan de una nueva “cultura nacional” gubernamentales, ni son considerados por los mismos activistas de los *pueblos*, por no mencionar el caso de la migración de los ciudadanos que se van del país.

La importancia actual de la “raza” como concepto político se pone de relieve en el debate reciente sobre

derechos de la tierra en Perú (julio de 2008). El actual presidente peruano, Alan García, presentó el nuevo decreto que, en el contexto del Tratado de Libre Comercio (TLC) deberá facilitar los permisos para llevar a cabo trabajos de exploración a las empresas de minería. En su discurso, Alan García presentó el decreto como una medida contra el “racismo selectivo”, como lo llama él, aludiendo a un racismo implícito que observa en una supuesta garantía de los derechos indígenas. De esa manera, el presidente se presentó muy preocupado porque las comunidades de la sierra y de la Amazonía reciban las mismas oportunidades de inversiones que reciben los habitantes de la costa no organizados en comunidades. En la costa, los políticos locales pueden decidir con mayoría simple si se habilitarán tierras para inversiones o no.¹⁵ De esta manera, a pesar de emplear en ese contexto el término “comunidad”, el presidente peruano utiliza el mismo concepto de “pueblos indígenas” subyacente y lo vuelve en contra de los derechos humanos en forma de derechos indígenas y en contra de la misma constitución peruana que garantiza el derecho a la propiedad de tierras.

LOS TÉRMINOS SUPERPUESTOS

Tanto en el análisis de la Flacso como en el concepto de la nueva constitución boliviana junto al término *pueblo* (originario, indígena, autóctono) entran en juego otros conceptos, a menudo utilizados como indicadores de la identidad, que son “cultura” y “raza”. En Ecuador, como se ha podido ver, “raza” y “cultura” entran en el proceso

de las “traducciones” que circulan entre los encuestadores de los censos, la oficina organizadora del cuestionario y el cuestionario mismo (Clark, 2007: 153-166). En Bolivia, “raza” está implícitamente incluido en los términos *naciones y pueblos indígenas originarios campesinos* que poseen características y derechos particulares que las ligan insolublemente con el territorio del *pueblo*.¹⁶ Sin embargo, el concepto de la constitución de Bolivia muestra también que la diferencia cultural ya ha sustituido los discursos que ponen en su centro a la “raza”.

En Perú, sólo una parte de la sociedad es tomada en consideración, hasta el momento apenas representada y entendida como *pueblos* y *comunidad*.¹⁷ En estas concepciones operan implícitamente de diversas formas la “raza”, la “cultura” y la “etnicidad” (en Perú no se habla de indígenas),¹⁸ que en las imaginaciones colectivas están vinculadas con el *pueblo andino*, el “sucesor de los Incas”, y por lo tanto relacionadas con el territorio y una lengua propia (Greene, 2007: 447). El presidente vincula el concepto de “raza” con la forma legal de la organización de los *pueblos* —las *comunidades* en los Andes y en la Amazonia—. Los amazónicos están representados como *pueblo*, ya que entraron al escenario político global con fuerza gracias a la ayuda de organizaciones no gubernamentales y a través del tema ecológico, que actualiza la cuestión de la protección de los recursos selváticos (Greene, 2007: 462).

Los tres ejemplos tienen en común el hecho de que la “raza” como categorización fenotípica ha sido reemplazada por la cultura (al interior de la categoría “identidad cultural”). En los discursos académicos este fenómeno se caracteriza como racismo cultural (Charles R. Hale) o

como racismo sin raza (Paul Gilroy). Con el traslado de la “raza” hacia las diferencias culturales, desde los años 60 se la ha vinculado al concepto de etnicidad (Wolf, 1993: 343-344). La etnicidad queda mayormente fuera de los discursos políticos, pero con frecuencia “traduce” sus conceptos de “raza” al análisis académico y al mismo tiempo los oculta en ese nuevo contexto. Wolf llama la atención sobre la relación entre el discurso científico y el público en cuanto a “raza”, cultura y etnicidad, como parte de un contexto más general en el que participan tanto la antropología como otras formas de consenso público. La antropología, por su parte, surgió dentro de un espacio político e histórico y es producto de esa misma situación, por lo tanto la crítica de sus ideas peligrosas, entrelazadas a su vez con las condiciones sociales, es su responsabilidad permanente y prioritaria (Wolf, 1993: 332). En los conflictos actuales de América Latina, la “raza” sigue siendo el instrumento central que hasta la actualidad acompaña a la historia en la construcción de jerarquías locales y globales con base en las representaciones históricas de la cultura. De esta forma, la relación con el territorio de “las naciones y pueblos indígenas originarios campesinos” es legitimada cultural, histórica y, en última instancia, racialmente.

CONCLUSIÓN: CULTURA, “RAZA” Y ETNICIDAD: LA MIRADA DESDE LA ANTROPOLOGÍA

A partir de los tres ejemplos expuestos se puede ver que “la raza responde a geo-políticas conceptuales locales,

nacionales e internacionales” (Cadena, 2007: 13). Junto a la “raza”, y a veces reemplazándola, opera la “cultura” en diferentes manifestaciones: como multiculturalidad, interculturalidad y también como etnicidad (identidad cultural, indígena o étnica). Todos estos criterios forman parte de la definición de los “pueblos originarios”, “pueblos indígenas” y “pueblos autóctonos”, de tal modo que se produce una identidad “originaria”, sustentada por la “raza”, la “cultura” y la “eticidad”. En el contexto de las identidades desterritorializadas y fragmentadas que producen los procesos de globalización, se crea así una identidad auténtica, arraigada y permanente (Canessa, 2006: 252).

Walter Mignolo plantea una de las propuestas más radicales para superar la mera crítica antropológica propuesta por Wolf: Mignolo sugiere evitar completamente el término cultura, puesto que es un término clave del discurso colonial. Su centralidad está presente en los sistemas de signos (como el lenguaje, la alimentación, la indumentaria, la religión, etcétera) y en la etnicidad. La etnicidad, según Mignolo, se define por el color de la piel y la localización geográfica de las personas, características traducidas en criterios culturales (Mignolo, 2000: 15). De esa manera, la cultura conlleva el peso de la sangre, lo que comparte con su derivado, la transculturalidad (Mignolo, 2000: 14). La transculturalidad, aplicada por primera vez por Fernando Ortiz, está vinculada a la mezcla biológica y cultural y se mantiene por lo tanto a la sombra del mestizaje. Con su propuesta, Mignolo suprime la idea de que existe una diferenciación temporal entre la “raza cultural” y la posterior “raza biológica”.

La función de la “raza” es la mezcla de la cultura con la naturaleza, explica Marisol de la Cadena (2007: 16), lo cual confirma Mignolo señalando que el término cultura, desde el siglo XVIII hasta la mitad del siglo XX se encontró en un espacio intermedio entre la “naturaleza” y la “civilización” (Mignolo, 2000: 15). Sin embargo, Mignolo también destaca que la obra de Ortiz abarca un segundo aspecto, menos observado por los antropólogos, que permite entender el fenómeno de transculturalidad *sin* mestizaje. Este aspecto acentúa las interacciones entre las personas en el encuentro e intercambio de los productos exóticos de todas partes del mundo en un nuevo *setting* social (Mignolo, 2000: 16). En este nuevo *setting* se crean identidades que en su forma son altamente dependientes de las situaciones y contextos específicos (véanse los estudios históricos por ejemplo de Burns, 2007; Graubart, 2007; Noack, 2007 y 2008). Recientes estudios antropológicos confirman estos hallazgos, como se pudo ver a partir del censo boliviano de 2001 (Cadena, 2007; Canessa, 2006: 244). Andrew Canessa muestra que el riesgo de aplicar cualquier tipo de identidad “originaria” a un grupo social consiste en que le atribuimos un concepto de lo indígena que posiblemente esté lejos de coincidir con las autodefiniciones de los pobladores mismos. Canessa concluye que la alocución de los líderes indígenas está muy influida por las ONG y agencias internacionales. Eso se observa en el fuerte contraste entre éstas y las identidades expresadas por la gente rural, que no necesariamente se identifica con los movimientos indígenas locales o globales (Canessa, 2006: 242).

El análisis muestra que los discursos políticos, en cuyo centro se encuentran los “pueblos originarios”, y los discursos académicos acerca de las identidades étnicas y culturales en que se sustentan los “pueblos originarios” se contraponen. Mientras que los discursos políticos incluyen explícita o implícitamente conceptos como “raza”, cultura e identidad, la “antropología responsable” (Wolf) deconstruye estos conceptos para desplegar las relaciones globales y locales de poder en la historia y en la actualidad.

NOTAS

¹ Ver el texto de la declaración en: <www.un.org/esa/socdev/unpfii/es/drip.html> (Consulta: 17 de febrero, 2009).

² La categoría fue formulada de esa forma en una mesa redonda del Centro de Estudios de la Ciudad (CEC) de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), México, DF, 1° de octubre de 2007. Véase por ejemplo, para México, Mora Vázquez (2007), y para Argentina, Frank (2008).

³ A pesar de que se desarrolló un indigenismo panamericano, en los distintos Estados latinoamericanos éste fue realizado de maneras muy diferentes. Por ejemplo, en Perú el discurso del mestizaje nunca tuvo la fuerza que adquirió en México.

⁴ Véase <www.jornada.unam.mx/2007/09/14/index.php?section=mundo&article=031n1mun> (Consulta: 13 de noviembre, 2008).

⁵ Cletus Gregor Barié, politólogo y consultor internacional de la *Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit* (GTZ, Cooperación Técnica Alemana).

⁶ Lamentablemente no existen datos comparables de censos anteriores pero se presume que durante décadas la identidad indí-

gena fue vinculada por los encuestadores con el uso de la lengua. El uso de lenguas indígenas fue caracterizado en decadencia (Canessa, 2006: 256).

⁷ Esta definición es muy cercana a la de Martínez Cobo, relator de la subcomisión de la ONU dedicada a la prevención de la discriminación de minorías. Él define a los pueblos indígenas de la siguiente manera: “Indigenous communities, peoples and nations are those which, having a historical continuity with pre-invasion and pre-colonial societies that developed on their territories, consider themselves distinct from other sectors of the societies now prevailing in those territories, or parts of them” (Canessa, 2008: 2).

⁸ El nuevo programa de multiculturalidad se relaciona con un programa de regionalización administrativa del país y, al mismo tiempo, con una nueva definición de la “cultura nacional” (Roel Mendizábal, 2000). Una meta principal de la regionalización es neutralizar las ventajas económicas estructurales de las regiones costeras en relación a las regiones serranas, del altiplano y amazónicas que se basan en relaciones de poder entre la costa, la sierra y la selva.

⁹ La propuesta de cambiar el nombre del departamento de Puno en el altiplano peruano por el de *Región Federal Autónoma Quechua Aimara*, presentado por un representante de una provincia de Puno el 17 de enero de 2009 fue rechazada tanto por la Asamblea Nacional de Gobiernos Regionales como por diversos sectores de la población del Altiplano. Véase <www.elcomercio.com.pe/edicionimpresa/Html/2009-01-17/el-rechazo-al-cambio-nombre-puno-total.html> (Consulta: 6 de febrero, 2009).

¹⁰ Nominalmente la constitución de Alberto Fujimori (presidente del Perú de 1990 a 2000), aprobada en 1993, ya había sido diseñada en términos multiculturales, pero no todavía en términos de *pueblo*.

¹¹ La organización predecesora fue la Comisión Nacional de Pueblos Andinos, Amazónicos y Afroperuanos (Conapa) que fue dirigida por Eliane Karp, de 2001 a 2006, la primera dama de Perú.

¹² En octubre de 2008, en Cusco, el viceministro de justicia presentó por primera vez en la historia la Carta Magna del Perú en quechua. El fin declarado es promover la integración de los “dife-

rentes pueblos de la nación”. Además, se publicará una versión digital del texto de la Carta Magna. <www.staepa-cajamarca.de/ticker.php?id=13589> (Consulta: 6 de febrero, 2009).

¹³ Esta diferenciación se refleja en las prácticas de los activistas. En el Encuentro Internacional de Pueblos Indígenas en Perú, en junio de 2006, se concertó la “Declaración de Lima de los Pueblos Indígenas, Afrodescendientes y Organizaciones Fraternas de América Latina”, “documento que formula pedidos y exhortaciones a los órganos de gobierno, a los organismos internacionales, a los medios de comunicación [...] buscando la apertura cultural, social, política y económica hacia dichos pueblos, para que sus derechos sean respetados y se conviertan en activos partícipes en la toma de decisiones de sus países, en la gestión de sus recursos, de sus territorios y demás intereses que los afecten” (Asociación Paz y Esperanza, 2006: s/p). En este encuentro en Lima no estuvo presente ningún representante afrodescendiente del país anfitrión. El único representante afrodescendiente fue un miembro de la organización Afro Pacífico de Colombia.

¹⁴ Comunicación personal J. Golte (15 de julio, 2008).

¹⁵ Véase <www.ipsenespanol.net/nota.asp?idnews=88552> (Consulta: 6 de febrero, 2009).

¹⁶ Sobre la superposición de *raza* y *nación*, véase Thomson (2007: 61).

¹⁷ Los “sinodescendientes” que arribaron al Perú en gran número a partir de la segunda mitad del siglo XIX, no se consideran minorías étnicas ellos mismos y no están considerados como tales. Los japoneses en Perú tienen relaciones con las prefecturas en Japón, mientras que los chinos han establecido relaciones tipo “mafia”. Ellos son actores globales que no comparten ninguna identidad nacional. Comunicación personal J. Golte (15 de julio, 2008).

¹⁸ En cuanto a la determinación “indígena”, Perú tiene una historia muy particular en comparación con Bolivia e Ecuador. En algunos documentos ya se habla de indígenas, lo que hay que calificar como un ajuste a los discursos políticos a partir del “viraje étnico”.

BIBLIOGRAFÍA

- ASOCIACIÓN PAZ Y ESPERANZA (2006), *Agendas públicas en una visión intercultural: exclusión e inclusión de los pueblos indígenas en América Latina; encuentro internacional de pueblos indígenas*, Lima, Perú, del 21 al 24 de junio de 2006; memoria. Lima: Aspazes.
- BARIÉ, Cletus Gregor (2003), *Pueblos indígenas y derechos constitucionales en América Latina: un panorama*. La Paz: Génesis.
- BURNS, Kathryn (2007), “Desestabilizando la raza”, en Marisol de la Cadena (ed.), *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán: Envion, pp. 37-56.
- CADENA, Marisol de la (ed.) (2007), *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán, Cauca, Colombia: Envión.
- CANESSA, Andrew (2006), “Todos somos indígenas: Towards a New Language of National Political Identity”, en *Bulletin of Latin American Research* 25(2): 241-263.
- ____ (2008), “We were here before you: exploring indigenous histories in Bolivia”. Ms. University of Essex, 34 pp.
- CLARK, Kim (2007), “Raza, ‘cultura’ y mestizaje en el primer censo de Ecuador”, en Marisol de la Cadena (ed.), *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán, Cauca, Colombia: Envión, pp. 153-176.
- FRANK, Susana (2008), *Pueblos originarios de América: introducción*. Buenos Aires: Ed. del Sol.
- GARCÍA, Fernando y Mares SANDOVAL (2007), *Los pueblos indígenas del Ecuador: derechos y bienestar; informe alternati-*

- vo sobre el cumplimiento del Convenio 169 de la OIT. Quito: Flacso Ecuador.
- GRAUBART, Karen (2004), "Hybrid Thinking. Bringing Postcolonial Theory to Colonial Latin American Economic History", en Eiman O. Zein-Elabdin y S. Charusheela (eds.), *Postcolonialism Meets Economics*. London, New York: Routledge, pp. 215-234.
- _____ (2007), *With our Labor and Sweat. Indigenous Women and the Formation of Colonial Society in Peru, 1550-1700*. Stanford, California: Stanford California Press.
- GREENE, Shane (2007), "Entre lo indio, lo negro, lo incaico: The Spatial Hierarchies of Difference in Multicultural Peru", en *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 12(2): 441-474.
- KUMMELS, Ingrid (2008), "Von Zuania bis Abya Yala: indigene Amerika-Bilder und -projekte", en Ursula Lehmkuhl y Stefan Rinke (eds.), *Amerika - Amerikas: Zur Geschichte eines Namens von 1507 bis zur Gegenwart*. Stuttgart: Heinz, pp. 174-192.
- MIGNOLO, Walter D. (2000), *Local histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- MONTOYA ROJAS, Rodrigo (2001-2002), "Cultura y poder", en *Múltiple. Cultura Peruana*, 1: 30-35.
- _____ (2002), "Cultura y poder. Qué hacer?", en *Múltiple. Cultura Peruana*, 2: 25-29.
- MORA VÁZQUEZ, Teresa (ed.) (2007), *Los pueblos originarios de la Ciudad de México: Atlas etnográfico*. México: INAH.
- NOACK, Karoline (2007), "Geschlecht, ethnische Zuschreibung und soziale Position. Erfahrungen von Frauen in Trujillo (Peru) im 16. und 17. Jahrhundert", en Stephanie Schütze y Martha Zapata Galindo (eds.), *Transkulturalität*

und Geschlechterverhältnisse. Neue Perspektiven auf kulturelle Dynamiken in den Amerikas. Berlin: tranvía, pp. 44-63.

____ (2008), “El cabello, la nariz y la Iglesia. Coordenadas de negociación de derechos, ciudadanía y género en el Perú del siglo XVI”, en Stefanie Kron y Karoline Noack (eds.), *¿Qué género tiene el derecho? Ciudadanía, historia y globalización*. Berlin: tranvía.

OLIVARES ALONSO, Emir (2007), “Rango constitucional a declaratoria sobre derechos indígenas, pide ONU”, en *La Jornada*, 13 de octubre.

ROCCA TORRES, Luis (2007), “Dimensiones de la interculturalidad afroandina”, en Sonia Arteaga Muñoz y Luis Rocca Torres (eds.), *Africanos y pueblos originarios. Relaciones interculturales en el área andina*. Chiclayo: Museo Afroperuano.

ROEL MENDIZÁBAL, Pedro (2000), “De folklore a cultura híbridas: rescatando raíces, redefiniendo fronteras entre nosotros”, en Carlos Iván Degregori (ed.), *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Lima: PUCP / Universidad del Pacífico / IEP, pp. 74-122.

ROMERO TOVAR, Teresa María (2008), “La población originaria, otra cara de la diversidad cultural en la Ciudad de México del siglo XXI”. Ms., México, 16 pp.

THOMSON, Sinclair (2007), “¿Hubo raza en Latinoamérica colonial? Percepciones indígenas de la identidad colectiva en los Andes insurgentes”, en Marisol de la Cadena (ed.), *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán, Cauca, Colombia: Envión, pp. 57-83.

WOLF, Eric R. (1993), “Gefährliche Ideen. Rasse, Kultur, Ethnizität”, en *Historische Anthropologie. Kultur, Gesellschaft, Alltag*, 1(3): 331-346.

LA COMUNIDAD TRANSFRONTERIZA:
LA SUBCULTURA DEL RECICLAJE
Y LA RECONFIGURACIÓN SOCIAL
DE LA MUJER EN EL NORTE DE MÉXICO

ROXANA RODRÍGUEZ ORTIZ

Mujeres trabajadoras
pasto de maquiladoras,
cumplidoras eficientes,
mano de obra sin igual,
lo que exportan las empresas,
no lo checa el aduanal.

PAULINO VARGAS

LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA de los sujetos que habitan la frontera (ya sean transfronterizos o mexicoamericanos) es parte de un proceso gradual que se ha gestado, de manera intercultural, entre dos sociedades liminales (la mexicana y la estadounidense) que se confrontan a diario para hacerse presentes o para diferenciarse entre sí.¹ Por ello, esta investigación consiste en analizar la conformación de la comunidad transfronteriza, a partir de la urbanización de la frontera norte de México, con la intención de exponer los complejos procesos de inte-

gración social a los que se exponen los migrantes (vulnerabilidad social, discriminación étnica y subalternidad cultural); así como los nuevos patrones de participación social que han desarrollado las mujeres para adecuarse a la realidad fronteriza, enmarcada por la explotación, la ilegalidad y la violencia.

He dividido el presente trabajo en tres apartados que consisten en: 1) Exponer el proceso de urbanización de la frontera norte de México con la intención de contextualizar el espacio geográfico donde se desarrolla la investigación (cuyo territorio asciende a más de tres mil kilómetros, aproximadamente). 2) Exponer cómo se configura la identidad de los migrantes, especialmente de los sujetos transfronterizos. 3) Presentar dos efectos específicos del proceso de urbanización que se generan en los estados fronterizos del norte de México: la conformación de la subcultura del reciclaje y la reconfiguración social de la mujer.

Antes de continuar es importante establecer por qué escojo los estudios interculturales y no los multiculturales para realizar dicha investigación, para lo cual es pertinente definir los conceptos multiculturalidad, pluriculturalidad e interculturalidad. Según Catherine Walsh, la diferencia entre multiculturalidad, pluriculturalidad e interculturalidad radica en que la multiculturalidad encuentra sus fundamentos conceptuales “en las bases del Estado liberal, en la noción del derecho individual y la supuesta igualdad”. La pluriculturalidad parte de “una convivencia histórica entre pueblos indígenas y pueblos afros, con blancos y mestizos. Se basa en el reconocimiento de la diversidad existente pero desde una óptica céntrica de la cultura dominante y “nacional”. Finalmente, la interculturalidad:

se refiere a complejas relaciones, negociaciones e intercambios culturales de múltiple vía. Busca desarrollar una interrelación equitativa entre pueblos, personas, conocimientos y prácticas culturales diferentes, una interacción que parte del conflicto inherente en las asimetrías sociales, económicas, políticas y del poder. (Walsh, 2004)²

En este sentido, la multiculturalidad existe entre iguales, mientras que la interculturalidad fomenta las relaciones de intercambio entre dispares, como sucede entre México y Estados Unidos. De tal forma, la gran mayoría de los teóricos europeos y estadounidenses aluden a la multiculturalidad para referirse a lo intracultural, tomando en cuenta la integración monocultural del sistema occidental, haciendo a un lado las diferencias históricas y culturales que existen entre países de primer y tercer mundo, incluso entre países orientales y occidentales; mientras que los teóricos latinoamericanistas aluden a la comprensión de situaciones desiguales en la integración de los migrantes a la cultura dominante, como se puede observar en la conformación de los sujetos transfronterizos.

URBANIZACIÓN DE LA FRONTERA NORTE DE MÉXICO

Para los fines de esta investigación he tomado como punto de referencia histórica la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848),³ porque a partir de este mo-

mento se establecen nuevas formas de socialización entre México y Estados Unidos, resultantes de la política colonizadora que el gobierno estadounidense emprendió con el inicio de la guerra de invasión de 1846, cuyos objetivos consistían en que Texas se independizara del gobierno mexicano y que se estableciera el Río Bravo como delimitación geográfica entre ambos países. Con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo se acordó que México vendería más de un millón y medio de kilómetros cuadrados a Estados Unidos, que incluían los estados de Arizona, California, Nuevo México, Utah, Nevada y parte de Colorado: tierra rica en petróleo, minerales y propicia para la agricultura y la ganadería, a cambio de terminar con la guerra. Estados Unidos, por su parte, se comprometió a respetar las propiedades de los mexicanos establecidos en esos estados y a reconocerlos como ciudadanos estadounidenses; así como a pagar “15 millones de pesos a cuenta de los territorios apropiados” (Valenzuela, 2003: 18). No obstante, los asentamientos demográficos existentes entre México y Estados Unidos se empiezan a regular hasta 1889, cuando se constituye la Comisión Internacional de Límites.⁴ Esta situación provocó que los mexicanos que habitaban los territorios cedidos dejaran de ser ciudadanos independientes para convertirse en ciudadanos neo-colonizados por la cultura estadounidense.

Una vez demarcada la frontera entre México y Estados Unidos, y asentadas las nuevas poblaciones, se empiezan a generar diversos enfrentamientos entre los pobladores debido a la inconformidad que existía entre las comunidades colonizadas que se vieron en situación

de extranjeros dentro de su propia tierra; sobre todo las comunidades indígenas de la región: los kiliwas, paipais, cucapás, yaquis, mayos, guarijíos, apaches, navajos, entre otros, porque eran consideradas “tribus salvajes”.⁵ Estos enfrentamientos tuvieron dos facetas, la primera consistió en enfrentamientos violentos que no solucionaron los problemas raciales, e incluso los agravaron; la segunda, en aplicar la resistencia pacífica, situación que trajo como consecuencia la reinvención de las fronteras territoriales y de las étnico-culturales. La reinvención de la frontera entre México y Estados Unidos como entidad transfronteriza implicó un cambio en las estructuras culturales de los mexicanos que habitaban el nuevo país y en la configuración de los estados fronterizos del norte de México, resultado, entre otros factores, de una viciada relación de dependencia económica entre ambos países, donde México ha sido el principal proveedor de mano de obra barata de Estados Unidos.

En este sentido, el proceso de urbanización de la frontera inicia a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando se produce un crecimiento demográfico en la frontera debido a dos factores principales: “la articulación temprana con el dinamismo de la economía capitalista del suroeste americano; y, por otro, la virtual ausencia de un patrón de poblamiento previo, sustentado en bases agrorurales y tradicionales” (Canales, 2003: 84). Dicha articulación se logró gracias a diferentes factores socio-económicos que se relacionan directamente con el establecimiento de “zonas libres” en los estados fronterizos de ambos países que facilitaban el comercio de maquinaria e insumos desde 1885 hasta 1940, aproximada-

mente, situación que “permitía abastecer rápidamente a los estados del sur de la Unión Americana, así como a los del Norte de México” (Quintero y De la O Martínez, 2003: 206). Esto trae como consecuencia que los empresarios de ambos países empiezan a invertir en negocios con menos riesgo como la importación, el comercio y, posteriormente, la maquila, desplazando a la agricultura y la minería. En este sentido, cuando los migrantes dejan de ser agricultores o mineros para convertirse en maquiladores, productores u ofertantes de servicios, su ingreso se incrementa y dejan de vivir en los márgenes de las zonas con menos infraestructura para radicar en las ciudades donde demandan sus servicios.⁶

Las principales ciudades fronterizas del norte de México son Tijuana, Ciudad Juárez, Ensenada, San Luis, Río Colorado, Nogales, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Río Bravo, Reynosa y Matamoros, ciudades que presentan mayor densidad demográfica, así como mayor actividad económica.⁷ Muchas de ellas se formaron a principios del siglo XX, marcadas por el ritmo de la frontera y la constante migración del sur y centro de la República Mexicana, auspiciada, en gran medida, por políticas migratorias y fiscales que facilitaron el libre tránsito entre un país y otro:

El poblamiento moderno y urbano de la región no tuvo que enfrentar las trabas y contradicciones propias de una sociedad tradicional y pre-capitalista que, en el resto del país, limitaban y obstaculizaban el surgimiento de la modernidad urbano-industrial, con sus actores sociales, políticos y urbanos. (Canales, 2003: 101)

El desarrollo de la región fronteriza difiere considerablemente del resto del país debido a la articulación que existe con la economía norteamericana, y a la consolidación de dicho sistema, basado en el consumo y el desarrollo del mercado interno.⁸ Sin embargo, la dinámica urbana de la frontera mexicana reproduce los mismos conflictos de los países latinoamericanos al momento de urbanizar las ciudades, puesto que “diversas condiciones estructurales que actúan primero como potenciadoras del crecimiento urbano y del desarrollo metropolitano, al cabo de un tiempo se transforman en las limitantes para convertir dicho potencial de crecimiento en una propuesta real de desarrollo social” (Canales, 2003: 126). Dichas condiciones son el crecimiento explosivo de la población en las últimas décadas, la falta de planeación urbana y arquitectónica, el desempleo, la explotación de la mano de obra, la desigualdad social, la inseguridad y la violencia.

Otro factor que evidencia este desarrollo inusitado de la frontera es el salto de la modernidad a la posmodernidad que han sufrido casi todos los países de América Latina, impulsado, en gran medida, por la mundialización de capitales. Este brinco entre modernidad y posmodernidad ha sido estudiado por teóricos de diversas disciplinas y es particularmente significativo porque constata la conformación de comunidades que dejaron de ser periféricas para convertirse en un ente central conformado por varias comunidades y no como un ente periférico que se divide en norte y sur. Néstor García Canclini es uno de los teóricos que respalda dicha postura en su libro *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*:

La segunda imagen [de la teoría social] es la que opone centro y periferia, también “expresión abstracta de un sistema imperial idealizado”, en el que las gradaciones de poder y riqueza estarían distribuidas concéntricamente: lo mayor en el centro y una disminución creciente a medida que nos movemos hacia zonas circundantes. El mundo funciona cada vez menos de este modo, dice Rouse; necesitamos “una cartografía alternativa del espacio social” basada más bien sobre las nociones de “cicuito” y “frontera”. (García Canclini, 1989: 292)

Abordar la frontera desde esta perspectiva permite una mejor aproximación de la cultura posmoderna, donde el espacio se define como “un lugar practicado”, “un cruce de elementos en movimiento” en el que es posible “leer en parte o en su totalidad la identidad de los que lo ocupan, las relaciones que mantienen y la historia que comparten” (Augé, 1999). En este sentido, el espacio urbano se funda como un “territorio retórico”: “un espacio en donde cada uno se reconoce en el idioma del otro, y hasta en los silencios” (Augé, 1999); por lo que la performatividad del espacio urbano ejemplifica el tránsito de sus habitantes entre lo inalterable y lo efímero de la alteridad porque los sujetos transfronterizos viven, por lo menos una parte de su tiempo, fuera de su territorio, y las definiciones de lo “empírico y lo abstracto” dependen, en gran medida, de la “lógica del exceso” (o la sobremodernidad), que, según Marc Augé, está constituida por “el exceso de información, el exceso de imágenes y

el exceso de individualismo”, y presenta diferentes repercusiones en el comportamiento individual y grupal de una sociedad debido a que los medios y la tecnología juegan un papel predominante al momento de abordar las identidades culturales y los movimientos artísticos contemporáneos, pues estimulan el proceso de superación, de ruptura y de novedad.

Gracias a la lógica del exceso, las ciudades fronterizas se vuelven más complejas e impersonales, por lo que el reto ético para las sociedades de información consiste en evitar que los individuos informados actúen de manera indiferente o que se conviertan en individuos instruidos pero crueles; así como en evitar la apatía y el adormecimiento de nuestros sentidos: evitar que nos convirtamos en autómatas insensibles ante las necesidades de las sociedades actuales.

CONFORMACIÓN DE LA CULTURA FRONTERIZA E IDENTIDAD MIGRATORIA

La conformación actual de los países es, en gran medida, resultado de dos tipos de migraciones pasadas: 1) Migración circular (común entre los recolectores y los pastores nómadas que cambiaban de residencia según la estacionalidad). 2) Migración definitiva (emigración), que consiste en abandonar el lugar de origen y establecerse en otro país, ya sea por cuestiones de desarrollo personal y profesional, como por cuestiones políticas (exilio). En la actualidad, la migración circular reconfigura la percepción de los migrantes, sólo se les percibe

como trabajadores (*guestworkers*), y no como personas, que permanecen determinadas temporadas del año en otro país, sin abandonar su lugar de origen. Ciertamente habrá algunos que después de un tiempo decidan cambiar de residencia definitivamente. Este tipo de migración circular es frecuente entre los mexicanos e incluso entre los habitantes de los países de Europa del Este, quienes viajan a otros lados de su continente para trabajar, principalmente en el campo (pisca de algodón, uva o jitomate). Por su parte, la migración definitiva ha provocado el abandono del campo y la sobrepoblación de las ciudades (incluso el establecimiento de ciudades perdidas dentro de las megaciudades); así como la conducta beligerante de los países receptores que ven con malos ojos la migración.⁹

La población del norte de México está conformada, en su mayoría, por campesinos y obreros del sur y del centro de la República Mexicana, principalmente de los estados de Oaxaca, Guerrero, Veracruz, Michoacán, Zacatecas, entre otros, que dejan sus tierras para buscar mejores oportunidades de desarrollo en diferentes partes del país, como el Distrito Federal, y, sobre todo, en Estados Unidos; no obstante, al no poder cruzar la frontera, se establecen en las ciudades fronterizas. También están presentes los trabajadores temporales que fueron contratados por las maquiladoras asentadas en ciudades como Tijuana, Ciudad Juárez o Matamoros; obviamente, muchos de estos trabajadores se establecen en la frontera al término del contrato temporal, donde muy fácilmente encuentran otro trabajo temporal, ya sea en la pesca o en la manufactura y, en su defecto, en la industria turística.

Culturalmente hablando, la migración conforma un nuevo imaginario basado en una circulación transnacional de estilos de vida, costumbres y tradiciones, que permite un mayor conocimiento de sí mismo a través del otro: el migrante se refleja en el otro para construir una identidad propia que difiere de la establecida. Sin embargo, en este juego de espejos, muchas de estas identidades son efímeras porque se construyen con base en la cultura del consumo que promueve la mundialización de las economías y el libre tránsito de productos reciclables, que, incluso, nos aleja “de la época en que las identidades se definían por esencias ahistóricas: ahora se configuran más bien en el consumo, dependen de lo que uno posee o es capaz de llegar a apropiarse” (García Canlini, 1995: 30).

Hablar de identidades nos remite obligatoriamente a hablar de alteridades en las comunidades fronterizas; sin embargo, la alteridad no es sinónimo de diferente, más bien implica verse a través de la mirada del otro para entender y conciliar las diferencias existentes entre las identidades, expresadas en ámbitos diversos que pueden ser compatibles o incompatibles. En el caso de los migrantes mexicanos las compatibilidades se han establecido gracias a una funcionalidad social y en relación con un desarrollo personal —obtener un trabajo bien remunerado, mejores condiciones laborales, mejor calidad de vida, entre otros—, donde la alteridad limita su margen de acción, mas no su constitución como grupo minoritario.

El migrante mexicano se ha enfrentado a una indefensión social generada por el despojo territorial, la

vulnerabilidad social, la discriminación étnica y la subalternidad cultural, que se hace tangible en la necesidad de recrear su cultura al momento de cambiar de lenguaje y de renombrar su entorno.¹⁰ En este proceso de cambio, el migrante enfrenta una crisis de identidad que lo orilla a construir una identidad defensiva —como resultado del racismo y la subordinación a la que se enfrenta cotidianamente—, que le permite identificarse con los suyos y diferenciarse del grupo mayoritario, preservando, indirectamente, sus costumbres y tradiciones.

En el proceso de integración del individuo a la comunidad transfronteriza se generan transformaciones psicológicas que favorecen la construcción de la identidad, las cuales se refieren principalmente a las “lealtades y adscripciones por las que los grupos sociales se identifican y son reconocidos”, como pueden ser la familia, el barrio, el ámbito laboral, la percepción de la calidad de vida a la que aspiran, entre muchas otras. En este sentido, “las identidades sólo existen en la medida en que se construyen diferenciaciones subjetivas con otros grupos o individuos, de las cuales se deriva la importancia de las otredades o alteridades como referentes para la identificación” (Valenzuela, 1998: 32). Estas diferenciaciones subjetivas se refieren a los sentimientos, pensamientos y prácticas culturales comunes, que le dan coherencia a las acciones y constituyen las identidades culturales mediante “procesos globales de hibridismo, o sincretismo cultural en los que perviven identidades profundas o persistentes” (Valenzuela, 1998: 34).

En el proceso de construcción de identidades culturales existe un límite entre la adscripción a su comuni-

dad y la diferenciación con la comunidad dominante, delimitado por los elementos objetivos y subjetivos que intervienen en dicho proceso. Los elementos objetivos se refieren al idioma, los mitos y las tradiciones, mientras que los elementos subjetivos son aquellas “construcciones semánticas con las cuales el grupo establece los límites de adscripción”. Estos elementos “comunes” que el grupo comparte conforman el imaginario social, por lo que “se pueden construir con base en la memoria novelada que contiene los elementos significativos para el grupo, que a su vez sirven como base para establecer el límite étnico, o límite de adscripción”, como sucede principalmente con la comunidad mexicoamericana (Valenzuela, 1998: 35).

Los grupos étnicos que reconfiguran sus lugares de vida desde finales del siglo XIX en la frontera sur de Estados Unidos, establecen nuevos referentes identitarios relacionados principalmente con el imaginario social impulsado desde la nación que los vio partir, en este caso desde el estado mexicano. De ahí que los migrantes se identifiquen con el proyecto de nación que no pudieron cimentar en su propio país, pero que sí pueden impulsar desde la frontera.

La actitud emocional de pertenencia a un Estado-nación tiene una connotación paradójica en el migrante mexicano, puesto que se siente orgulloso de ser mexicano cuando está fuera de México —incluso es un ser melancólico que constantemente añora su tierra—, pero ya no comparte la forma de vida de sus familiares —ni estos entienden su comportamiento— cuando está de visita en sus lugares de origen. En este sentido, se puede afir-

mar que las identidades son cambiantes y están conformadas por procesos sociohistóricos particulares en los que participa una identificación colectiva de referentes concretos (ropa, objetos, estilo de vida) determinada por el sentido simbólico que el grupo les otorga —como se puede observar en los cholos que habitan ciertos sectores de la zona fronteriza en ambos países.

Otros factores que confluyen en la construcción de identidad consisten en relaciones de poder que implican un proceso de asimilación, recreación, innovación y resistencia cultural. La resistencia es el principal factor de supervivencia en situación de migración puesto que, mediante el proceso de adscripción y diferenciación, los migrantes pueden, de manera objetiva, distinguir entre aquello que les conviene y aquello que no, lo que permite preservar las tradiciones originales e incluso anteponerlas a las de la sociedad dominante. En este sentido, “la resistencia y el rechazo a la división del sujeto cultural piden que hagamos de nuestras comunidades un lugar público y que rompamos con el vínculo conceptual entre el espacio público y los intereses monoculturales exclusivamente anglos” (Lugones, 1999: 253).

En la formación cultural del migrante mexicano también intervienen otros factores externos como la mejora en las vías de comunicación entre México y Estados Unidos, los medios de comunicación y la tecnología: el transporte facilita el tránsito de un lado al otro de la frontera que fortalece los lazos entre connacionales y el intercambio de productos entre países; mientras que los medios de comunicación permiten formas “inéditas de interacción imaginaria”, puesto que el cine y las series

de televisión, “han participado en la confrontación de discursos e imágenes que son puente entre la experiencia cotidiana y los ámbitos genéricos donde se crean y recrean las identidades culturales” (Valenzuela, 1998: 31).

Los medios y la tecnología juegan un papel predominante al momento de abordar las identidades culturales y los movimientos artísticos contemporáneos, puesto que estimulan el proceso de superación, de ruptura y de novedad. Los dos se han vuelto imprescindibles en este mundo globalizado pues ambos contribuyen a recrear las manifestaciones del imaginario popular —inventan y reinventan la historia—. Según Gianni Vattimo, durante la época contemporánea, gracias al perfeccionamiento de los instrumentos que permiten reunir y transmitir la información, es posible realizar una historia universal. Sin embargo, en la actualidad, la historia universal está elaborada por los que ostentan el poder mediático, pues son quienes centralizan la información y, por consiguiente, la historia.

Es así como cada centro de historia genera una identidad propia y un estilo de vida por copiar. Cada centro erige nuevas fronteras, resquebraja las anteriores y segmenta las poblaciones. La frontera México-Estados Unidos, en este sentido, se erige como una cultura conformada por diferentes fenómenos sociales y culturales producidos por el intercambio transfronterizo que el sujeto recrea constantemente a través de manifestaciones artísticas. No obstante, estos fenómenos se deben estudiar por separado, pues la inserción social de los migrantes asentados en Estados Unidos es mucho más compleja que la de los migrantes que habitan el norte de México

por diferentes razones de aproximación teórica que no es posible abordar en esta investigación.

LA SUBCULTURA DEL RECICLAJE Y LA RECONFIGURACIÓN SOCIAL DE LA MUJER

Los habitantes de la frontera norte de México son seres liminales que están “lejos del centro y cerca de la frontera”.¹¹ Los sujetos transfronterizos viven en la periferia y se enfrentan diariamente a la diferencia y a la otredad. Son sujetos que interactúan entre dos países: en uno viven, mientras que en el otro trabajan o estudian; transitan “libremente” entre comunidades que comparten una frontera, y logran trascender más allá de ésta. Son sujetos que transgreden el límite y lo convierten en espacio de actuación desde el que construyen una identidad periférica, pues la frontera, según Shuddabrata Sengupta, “es un espectáculo, una actuación que se ha perfeccionado durante décadas de maduración de las hostilidades” (Sengupta, 2004: 13).

Los sujetos transfronterizos juegan con las fronteras, las desestabilizan y rompen con lo instituido, lo cual se aprecia en la conformación urbana de los estados fronterizos y en su dinámica cotidiana, regida, en la mayoría de los casos, por la industria maquiladora y de servicios, pues el auge de estos sectores ha coadyuvado e impulsado la reconfiguración de la sociedad fronteriza. Este proceso de reconfiguración social se hace evidente en dos aspectos: la subcultura del reciclaje y la participación social de la mujer, provocada por la subcultura de

la maquila, donde la mujer deja de ser la encargada de preservar la educación y el bienestar de los hijos, para convertirse en un sujeto económicamente activo que se encarga de mantener la estabilidad económica de la zona fronteriza.¹²

La subcultura del reciclaje se ha instituido gracias a la apropiación y al rechazo de símbolos (elementos subjetivos de la configuración identitaria), cuyos significantes juegan con la nacionalidad, la tradición y el lenguaje de los diferentes sujetos transfronterizos. Dicho “intercambio simbólico de valores” es consecuencia de una “economía nómada” que deriva “de la implementación de estrategias de sobrevivencia surgidas de una economía informal” (Arriola, 2004: 37). También es una práctica ilegal que promueve prácticas inequitativas y violentas de producción, promovidas por diferentes factores: la dependencia económica que existe entre ambos países; el constante intercambio de productos (elementos objetivos) y de valores (elementos subjetivos) que emanan de la mercadotecnia y los medios de comunicación; así como por la falta de políticas públicas y de un estado de derecho que norme las relaciones laborales y mercantiles en los estados fronterizos.

La economía nómada fronteriza se funda gracias a “la doble moral estadounidense” que ha permitido el intercambio de productos y servicios ilegales entre México y Estados Unidos, como sucedió de 1919 a 1933 cuando el gobierno estadounidense implementó la Ley Volstead, mejor conocida como “ley seca”, que prohibía “la producción y venta de bebidas alcohólicas en Estados Unidos, lo que provocó un traslado masivo hacia la frontera

en busca de servicios e industrias vinculados con este consumo” (Quintero Ramírez, 2007: 206). Esta situación ha estimulado el crecimiento exponencial de la industria de servicios en los estados del norte de México, principalmente en ciudades como Tijuana y Juárez. Ciudades que además de ser zonas industriales, también cobijan una gran cantidad de bares y prostíbulos que abren sus puertas a los adolescentes estadounidenses que, por su edad, no pueden ingerir bebidas alcohólicas en su país, entre otros productos o servicios prohibidos en Estados Unidos, tal como lo menciona Sam Quinones, periodista estadounidense:

Años atrás, Juárez floreció porque entendió que detrás de la retórica puritana estadounidense siempre hay lugar para hacer algo de dinero. Durante la prohibición, Juárez producía whisky y cerveza y lo pasaba al otro lado de la frontera. Aparecieron varios bares sobre la avenida principal de la ciudad, que conduce al puente que cruza El Paso, los cuales todavía están ahí. Los “aviones de divorcio” llevaban a parejas estadounidenses para que terminaran su matrimonio rápidamente. Para las mujeres que buscaban trabajo, Juárez ofrecía la prostitución. Hasta mediados de los años sesenta Juárez fue una ciudad reverberante de pecado. (Quinones, 2002: 167)

La consecuencia principal que me interesa resaltar del establecimiento de la subcultura del reciclaje en la frontera norte de México consiste en que configura “ciudadanos

desechables” que pierden su identidad y sus derechos a nivel local al momento de que las maquiladoras contratan y subcontratan mano de obra barata; es decir, *trabajadores*, no personas, lo que facilita la explotación de la gente. Un ejemplo de esta situación se observa con “la feminización del trabajo —devaluado y separado de cualquier concepto de poder laboral”, debido a que produce “nuevos modelos y espacios para la generación de ingresos, a través de la apropiación de los cuerpos de las mujeres pobres y la erosión de su ciudadanía” (Schmidt, 2007: 29), como resultado de la falta de políticas claras, tanto de migración, como laborales, y la ausencia del estado de derecho. Otros ejemplos más tangibles y con los que estamos más familiarizados son la prostitución y los asesinatos de mujeres en Juárez.

El caso particular de los feminicidios en Juárez demuestra que ciertos hechos violentos se convierten en hechos comunes, debido al deterioro de la ciudadanía y, por supuesto, de las políticas de control social:

Las transformaciones visibles en el gobierno fronterizo sugieren que, así como la globalización le otorga representatividad política a una nueva clase de elites posnacionales, también propicia la conversión de gente marginalizada en “ciudadanos desechables”, cuyo valor para el sistema internacional proviene precisamente de su falta de derechos sustantivos. (Schmidt, 2007: 24)

Estos hechos violentos perpetrados a las mujeres inhiben sus garantías individuales y las convierten en “sujetos de

segunda” que son explotados por las transnacionales para comercializar con su cuerpo, ya sea en la industria maquiladora o en la turística. Situación que evidencia problemas de alto contenido social que ninguno de los dos países está resuelto a solucionar por las ganancias que se obtienen gracias a la “erotización de la mujer” tanto en la economía formal como en la informal (narco-tráfico, pornografía, contrabando humano), como afirma Alicia Schmidt:

Crímenes de género a esta escala no aparecen de repente como fenómenos aberrantes, con una patología social única, sino como síntoma político de la reconstrucción deliberada y concertada de los derechos humanos en el espacio desnacionalizado de la frontera y la migración. El feminicidio es la sombra suplementaria de un proyecto binacional de crear un grupo humano feminizado, sin derechos, fácilmente apropiado para su trabajo y servicio en mercados laborales lícitos e ilícitos. (Schmidt, 2007: 40)

Por su parte, la subcultura de la maquila surge como consecuencia del auge de la industria maquiladora en las ciudades fronterizas más importantes: Juárez, Matamoros y Tijuana. El establecimiento de dicha industria ha sido paulatino, según menciona María Eugenia de la O, y se puede dividir en tres etapas: 1) “Feminización del mercado laboral” provocado por la inserción de las mujeres a la industria maquiladora como parte del proceso de internacionalización de la economía entre los años se-

senta y ochenta. 2) “Desfeminización” del mercado debido a la reorganización de los procesos productivos en las transnacionales; así como a los cambios en la economía nacional durante la década de los ochenta que afectaron el empleo de los hombres; por lo que en las maquiladoras se contrataba indistintamente trabajadores de ambos sexos. 3) “Refeminización de la maquila” a partir de los noventa, “especialmente en los espacios maquiladores nuevos del centro y sur del país”. A partir de 2000 se experimenta “un último periodo de desfeminización” generado por “el cierre y reajuste de plantas, cuando la mayor parte de despidos fueron de mujeres” (Quintero Ramírez, 2007: 196). Algunos analistas mencionan que estos despidos se deben a la falta de capacitación de las mujeres para incorporarse a procesos productivos más complejos y tecnologizados; mientras otros afirman que existe una sobreoferta laboral en las ciudades fronterizas que afecta igualmente a hombres y a mujeres.

Como se puede observar, a partir de los años sesenta las maquiladoras contratan principalmente mujeres, muchas de las cuales emigran de sus pueblos natales en busca de un trabajo mejor remunerado, aunque las condiciones laborales sean precarias, inestables y flexibles, debido al “pragmatismo” de la industria maquiladora que se caracteriza “por la creación de un tipo ideal de trabajadora altamente explotable y susceptible de ser utilizada para precarizar condiciones laborales”.¹³ Además, como las mujeres presentan mayor habilidad para “manipular componentes pequeños” que los hombres, se han convertido en “trabajadoras ideales para la producción de algunas ramas industriales como la electrónica y

la textil” (Quintero Ramírez, 2007: 197). En este sentido, cuando la mujer decide ingresar al mercado laboral se enfrenta a situaciones que la hacen vulnerable, como las agotadoras jornadas laborales y la constante explotación por parte de sus empleadores.

También se enfrenta a un mundo desconocido y, a la vez, placentero, donde ya no dependen económicamente de sus esposos ni de sus familiares: “la incursión de la mujer en el mercado laboral favorece a su liberación en el sistema capitalista” (Quintero Ramírez, 2007: 203), lo que les permite obtener su propio dinero, y darles cierto margen de acción para realizar actividades lúdicas que antes desconocían, como asistir a bares o salones de baile. Sin embargo, muchas de ellas afirman que trabajan en la maquila por necesidad económica, más que por emancipación, puesto que el trabajo que realizan en la industria maquiladora no permite el desarrollo profesional, como menciona Quintero:

Contrario a lo que algunos autores y autoras mencionan en torno a que la participación laboral puede ayudar a la liberación femenina del dominio patriarcal, e incluso posibilitar su mayor calificación, conduciendo con ello a una situación más igualitaria, la experiencia maquiladora muestra que en casi cuatro décadas de laborar en la maquiladora los avances que han tenido las mujeres en esta industria son mínimos. Antes bien, este trabajo se distingue por ser segregacionista y discriminatorio. (Quintero Ramírez, 2007: 201)

Otra consecuencia que me interesa destacar de la reconfiguración social de la mujer consiste en “la dificultad para entablar relaciones de pareja” debido a que cuando empiezan a llevar más dinero a sus hogares, sus maridos se sienten desplazados del rol de proveedor. Esto provoca “que cada vez más las mujeres de la maquila se conviertan en cabezas de familia y fuente principal de ingreso en sus hogares” en las ciudades fronterizas de México.¹⁴ Sin embargo, al convertirse en madres solteras, muchas de ellas abandonan ciertas actividades, como la educación y el cuidado de los hijos, lo que acarrea graves consecuencias sociales que repercuten en la conformación de la comunidad fronteriza, como la prostitución, el narcotráfico, la violencia, entre otras. Esta situación se relaciona con lo que Francesca Gargallo comenta sobre si verdaderamente esta liberación femenina es en beneficio de las relaciones de género o simplemente incentiva los mecanismos de explotación:

El doble movimiento de maquilización (concentración de la población en zonas organizadas para el ensamblaje) y de migración parece integrar a las mujeres en el mundo de la economía como reproductoras de la relación capitalista de trabajo y como productoras de bienes manufacturados para el uso de los sectores que concentran la riqueza. Desaparecen así sus diferencias positivas, sus redes de solidaridad y el papel específico que jugaban en la vida social y espiritual de sus pueblos. En el movimiento feminista, que es internacional e internacionalista, estos procesos

abren una crisis cuyo desenlace decidirá si el feminismo sigue siendo un proyecto de liberación de las mujeres, o si ha sido reciclado por el capitalismo como un instrumento para la racionalización de la política global, útil para consolidar, sobre la base de nuevas diferencias económicas y políticas, los mecanismos de la explotación y pauperización femenina. (Gargallo, 2005)

Es evidente que hasta ahora, tanto la subcultura del reciclaje, como la subcultura de la maquila, sólo han exponenciado la explotación femenina a lo largo de la frontera norte de México. Afortunadamente, a pesar de dicha situación, las mujeres empiezan a establecer redes de convivencia y de interacción social que les permitirán conformarse como un grupo ciudadano diferenciado del resto de los actores sociales, en lugar de conformar redes de resistencia, gracias a la participación socioeconómica en la implementación de los procesos productivos de la zona. Sin embargo, cabe destacar que esta situación logrará consolidarse siempre y cuando exista voluntad política para realizar los cambios pertinentes en la implantación de las leyes laborales y mercantiles, para lo cual es necesario que las relaciones interculturales de la frontera se fortalezcan mediante la construcción sistemática de lugares de convivencia, que no se limiten a los bares, donde las mujeres institucionalicen las redes de solidaridad tanto a nivel nacional como internacional.

De tal suerte, el estudio de la cultura fronteriza, específicamente de la configuración de los sujetos transfronterizos y de su integración a los procesos globales

de producción (entre otros temas que se desprenden de éstos, como la ausencia de un estado de derecho, la comercialización del cuerpo femenino, la explotación y la violencia perpetrada contra las mujeres, el narcotráfico, la pornografía o la riqueza exponencial de unos cuantos), abren el debate a nuevas formas de interacción social que deben fundamentarse con base en una mejor redistribución de la riqueza y en una mayor participación ciudadana en la toma de decisiones que incentiven una comunidad política “que pueda enfrentarse a las fuerzas globales que incitan a la violencia de género” (Schmidt, 2007: 41); así como, a los mecanismos de explotación que prevalecen a lo largo y ancho de la frontera. Finalmente, lo que sucede en la frontera México-Estados Unidos es una proyección del camino que tomarán los países que han decidido formar parte de las economías emergentes y sería un error no hacer caso de estas señales de “desnacionalización” que se observan en la frontera y que repercuten en la configuración identitaria de los sujetos, así como en la reestructuración de las ciudades globales. Ciudades que deberían estar encaminadas a mejorar la calidad de vida de sus habitantes, en vez de reducirlos a ciudadanos desechables.

NOTAS

¹ Para esta investigación defino a los sujetos transfronterizos como aquellos sujetos que tienen un origen determinado, aunque pro-

vengan de distintos estados de México; es decir, son sujetos que se han adecuado a la realidad de la globalización: se manejan bajo sus propios intereses y por la necesidad de sobrevivir, más que por el deseo de resistir o de ser aceptado por el otro. Los sujetos transfronterizos asimilan una o varias culturas ajena y construyen una cultura propia que enfatiza un cambio en su identidad comunitaria, en los procesos productivos, en las relaciones sociales y en las expresiones artísticas. Elaboro un análisis más exhaustivo sobre este punto en mi tesis doctoral titulada: *Alegoría de la frontera México-Estados Unidos. Análisis comparativo de dos escrituras colindantes*.

² Evidentemente son muchos los teóricos que trabajan la multiculturalidad, interculturalidad y pluriculturalidad; sin embargo, desde la filosofía de la cultura, las definiciones de Walsh se ciñen a la postura de los sujetos transfronterizos debido a que prevalece un interés real por deconstruir los discursos eurocentristas y conformar discursos regionales que privilegien la transformación intercultural de la filosofía misma. En este sentido, la corriente de los teóricos anglosajones que apelan al libre intercambio de las culturas, desde la perspectiva globalizadora, desmerece la labor de otros teóricos latinoamericanos como Walsh y Raúl Fornet-Betancourt quien, también desde la filosofía, afirma que la interculturalidad supone diversidad y diferencia, diálogo y contraste que supone a su vez procesos de apertura, de indefinición e incluso de contradicción. Pero éste es precisamente el horizonte que oculta la cultura de las (supuestas) evidencias. En sentido estricto allí donde reina la evidencia no se da siquiera la necesidad del discurso o la argumentación (Fornet-Betancourt, 2006: 21-43).

³ El nombre completo es: Tratado de paz, límites y arreglo definitivo entre la República Mexicana y Estados Unidos de América, firmado en Guadalupe Hidalgo el día 2 de febrero de 1848.

⁴ Existen otros factores económicos, políticos y sociales que determinaron el posterior poblamiento de la región: La Independencia Mexicana generó una situación de debilidad estatal que repercutió en una crisis política y económica a partir de la cual se gestó la independencia de Texas en 1836; la firma del Tratado de la Mesilla

en 1853, donde México vende el territorio que lleva ese nombre situado al norte del estado de Chihuahua; y el establecimiento de la Comisión Internacional de Límites en 1889, cuando la separación entre las dos naciones toma mayor relevancia.

⁵ El fenómeno de la migración ha provocado que grupos étnicos de otras partes del sur y centro de la República Mexicana, como los mixtecos, zapotecos, tarascos y nahuas, se trasladen a la zona fronteriza entre México y Estados Unidos, superando, en varias regiones, a los grupos nativos, los cuales son nómadas por naturaleza, mientras que los migrantes son sedentarios y con tasas de natalidad superiores. En este sentido, el total de la población indígena no ha variado considerablemente desde 1848, cuando existían 160 mil indígenas, contra los 119 143 que actualmente cohabitan en la franja fronteriza, de los cuales 39 382 son mayos que viven en los estados de Sonora y Sinaloa (Garduño, 2003: 152).

⁶ Para tener una visión más clara de cómo se llevó a cabo el desarrollo industrial de la zona se puede consultar Quintero y De la O Martínez (2003: 201-245).

⁷ Los estados fronterizos de Estados Unidos con mayor población mexicana son California, Texas, Arizona y Nuevo México. Los Ángeles es la segunda ciudad con mayor concentración de personas de origen mexicano, después de la Ciudad de México.

⁸ El desarrollo económico y social no es igual en todos los estados fronterizos: Baja California es la entidad de mayor crecimiento, seguida por Nuevo León, situación que conforma un espacio demográfico diferenciado en el que se identifican zonas de alto dinamismo demográfico y concentración urbana, junto a zonas de bajo crecimiento poblacional y desarrollo económico. Estudiar este comportamiento demográfico es fundamental para entender la configuración de las identidades flexibles de los sujetos que habitan dichas ciudades, así como las complejas relaciones culturales que existen entre México y Estados Unidos.

⁹ Es evidente que a nivel mundial no se ha logrado controlar la emigración (a pesar de los intentos por conformar bloques económicos que privilegien la libre circulación, como sucede con la Comunidad Europea, que excluye a los migrantes del Este euro-

peo, así como a los africanos y asiáticos). En los últimos años esta emigración ha generado desacuerdos binacionales e internacionales en diversas latitudes del mundo, como en el caso México-Estados Unidos, España-Marruecos, por mencionar sólo algunos. Estos desacuerdos se hacen latentes en la conducta antiinmigrante de la ciudadanía, que se manifiesta a través de conflictos étnicos e identitarios (como en el caso de los chicanos).

¹⁰ Tanto los migrantes que se quedan en la frontera mexicana, como los que logran pasar al “otro lado” (Estados Unidos) deben aprender a representarse frente al otro para poder convivir en comunidad. Este acto de simulación casi mimético e incluso teatral denominado *performance* consiste en que los migrantes se personifiquen como sujetos mediante una imagen construida en el imaginario colectivo liminal.

¹¹ Según el *Diccionario de/para los comuneros digitales*, de la Raqs Media Collective, liminal significa: “Intersticial, vestibular y periférico. Lejos del centro y cerca de la frontera. Una zona situada entre grandes estructuras que, a su vez, carece de ellas. Ser liminal es estar cerca —y al mismo tiempo fuera— del lugar en el que están las fronteras de cualquier sistema estable de signos, donde el significado se va deshilachando a fuerza de los tanteos de sus márgenes” (Sengupta, 2004: 13).

¹² Empleo el término subcultura de la interpretación del análisis que Fornet-Betancourt elabora de la historia de la cultura según lo cual ésta se debe reconstruir no sólo de la historia cultural, sino también de la historia social, “es decir, de los conflictos para definir el rumbo de la cultura”. De tal suerte, Fornet-Betancourt afirma que “las culturas son pluritradicionales, que no hay una cultura con una tradición, o mejor dicho que hay muchas tradiciones en una cultura”, por lo que “la lucha por y entre las costumbres” está simbolizada por aquéllos que se salen de lo “normal”. En este sentido, cuando los sujetos transfronterizos, específicamente las mujeres, empiezan a modificar sus comportamientos sociales a partir de los mecanismos de producción y explotación propios de la globalización, entonces podemos hablar de subculturas como la de la maquila y del reciclaje (Ahuja Sánchez, 2004: 31-32).

¹³ Para los fines prácticos de las maquiladoras, se entiende por “altamente explotable” a aquella mujer joven, soltera, migrante responsable, trabajadora, sumisa y dócil (características que fortalecen el estereotipo de la mujer mexicana) (Quintero Ramírez, 2007: 193).

¹⁴ Quintero Ramírez (2007: 204). Específicamente en el caso de Baja California, Chihuahua y Tamaulipas, los hogares con jefa de familia han aumentado entre 2000 y 2005, según datos del INEGI:

Entidad federativa	2000			2005		
	Hogares	Jefe	Jefa	Hogares	Jefe	Jefa
Baja California	568 090	78.6	21.4	697 250	75.8	24.2
Chihuahua	744 159	79.4	20.6	822 586	76.9	23.1
Tamaulipas	689 844	79.2	20.8	779 846	77.3	22.7

Fuente: <www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/rutinas/ept.asp?t=mhog05&s=est&c=9495>.

BIBLIOGRAFÍA

Teoría general de la frontera

ARRIOLA, Magali (2004), “Replicante”, en Sally Yard (editora), *Conversaciones Insite_05*. San Diego: Fundación Bancomer, pp. 35-41.

CANALES, Alejandro (2003), “Culturas demográficas y poblamientos modernos. Perspectivas desde la frontera México-Estados Unidos”, en José Manuel Valenzuela (editor), *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: FCE, pp. 88-128.

- GARCÍA-CANCLINI, Néstor (1997), “Arte desurbanizado, desinstalaciones fronterizas”, en Sally Yard (editora), *Tiempo privado en espacio público*. China: Palace Press International, pp. 38-49.
- _____ (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- _____ (1989), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- GARDUÑO, Everardo (2003), “Los indígenas del norte de México: icono de una era trasnacional”, en José Manuel Valenzuela (editor), *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: FCE.
- GARGALLO, Francesca (2005), “Mujeres migrantes en la actualidad. Pobreza real, discriminación de género, aportes comunitarios y prejuicios de los funcionarios de los países receptores de los estudiosos del tema”. Texto presentado en un congreso, Zacatecas, Zacatecas, 12 de marzo.
- LUGONES, María (1999), “Pureza, impureza y separación” en Meri Torras (editora), *Feminismos literarios*. Madrid: Arco Libros.
- MACIEL, David (2003), “México y lo mexicano de la frontera. Los orígenes de la cultura mexicana en los Estados Unidos, 1900-1940”, en José Manuel Valenzuela (editor), *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: FCE, pp. 305-326.
- QUINONES, Sam (2002), *Historias verdaderas del otro México. Crónicas insólitas sobre narcosantos y el cantante fronterizo Chalino Sánchez, mojados y paleteros de Michoacán, sectas, basquetbolistas oaxaqueños y linchamientos, muertas en Juárez...* México: Planeta.

- QUINTERO RAMÍREZ, Cirila (2007), “Trabajo femenino en las maquiladoras: ¿explotación o liberación?”, en Socorro Tabuenca (editora), *Bordenado la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*. México: Colef / Porrúa, pp. 191-218.
- y Ma. Eugenia DE LA O MARTÍNEZ (2003), “Historia y cultura de los trabajadores en la frontera México-Estados Unidos”, en José Manuel Valenzuela (editor), *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: FCE, pp. 201-245.
- SCHMIDT CAMACHO, Alicia (2007), “La ciudadana X. Reglamentando los derechos de las mujeres en la frontera México-Estados Unidos”, en Socorro Tabuenca (editora), *Bordenado la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*. México: Colef / Porrúa, pp. 19-48.
- SENGUPTA, Shuddhabrata (2004), “Nada que declarar”, en Sally Yard (editora), *Conversaciones Insite_05*. San Diego: Fundación Bancomer, pp. 13-24.
- VALENZUELA, José Manuel (2004), *Paso del Nortec. This is Tijuana*. México: Trilce / Conaculta / Cecut / El Colegio de la Frontera Norte / UNAM.
- (1997), “La construcción sociocultural de los espacios públicos”, en Sally Yard (editora), *Tiempo privado en espacio público*. China: Palace Press International, pp. 164-169.
- (1998), *El color de las sombras. Chicanos, identidad y racismo*. México: Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés.
- (2003), *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: FCE.
- YARD, Sally (ed.) (2004), *Conversaciones Insite_05*. San Diego: Fundación Bancomer.

- (ed.) (2002), *Fugitive Sites. New Contemporary Art Projects for San Diego-Tijuana*. México: inSite 2000-2001.
- (ed.) (1997), *Private Time in Public Space / Tiempo privado en espacio público*. China: inSite97 / Palace Press International.

Teoría y crítica general

- AHUJA SÁNCHEZ, Raquel (2004), *Reflexiones de Raúl Fornet-Betancourt sobre el concepto de interculturalidad*. México: Coordinación General de Educación Intercultural Bilingüe.
- FORNET-BETANCOURT, Raúl (2006), “Interculturalidad o barbarie: 11 tesis provisionales para el mejoramiento de las teorías y prácticas de la interculturalidad como alternativa de otra humanidad”, en *La interculturalidad a prueba*. Aachen: Mainz (Concordia: Reihe Monographien, 43), pp. 21-43.
- JAMESON, Frederic (1984), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- WALSH, Catherine (2004), “Interculturalidad, conocimientos y (de)colonialidad”. Ponencia presentada en el II Encuentro Multidisciplinario de Educación Intercultural CEFIA-UIC-CGEIB: “Política e Interculturalidad en la Educación”, México, 27 de octubre.

Teoría general del espacio

- AUGÉ, Marc (2006), *Los no lugares. Espacio del anonimato, una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

——— (1999), “Sobremodernidad, del mundo de hoy al mundo de mañana”, en *Revista Mensual de Política y Cultura*, noviembre. En línea: <<http://memoria.com.mx/129/auge.htm>> (Consulta: 22 de agosto, 2007).

Internet

INEGI (2000 y 2005), “Hogares y su distribución porcentual según sexo del jefe para cada entidad federativa”. En línea: <www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/rutinas/ept.asp?t=mhog05&s=est&c=9495>

MUNICIPIO, COMUNIDADES Y COLECTIVIDADES:
LOS INTERSTICIOS DEL PODER
EN TECÁMAC, UN PUEBLO ORIGINARIO
EN LA CUENCA DE MÉXICO¹

Art. 17.- Son originarios, las personas
nacidas en el territorio municipal.
Bando municipal de Tecámac

HERNÁN CORREA ORTIZ

SI VAMOS A MIRAR LA CIUDAD DE MÉXICO en toda su extensión, podemos detenernos en el hecho de que es una ciudad de pueblos. Y no me refiero a todas las identidades étnicas reunidas por decenas de miles en la capital, sino a pueblos-lugares, territorio y sociedad, configurados como tales dentro de la ciudad. Según nuestro cálculo, en la delimitación conocida como Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), en la cual se agregan 40 municipios del Estado de México, las 16 delegaciones del Distrito Federal y un municipio de Hidalgo, se reconocen, política y administrativamente, 358 pueblos (sin contar los barrios, entidades socio-territoriales rela-

tivamente autónomas, que conforman a algunos de estos pueblos).²

Esta cifra puede parecer pequeña, comparada con la cantidad de colonias, fraccionamientos, unidades habitacionales, u otras formas de constituir el territorio urbano en la ciudad de México, que se cuentan por miles; o enorme, comparada con los pueblos en el entorno urbano de cualquier otra ciudad, por ejemplo Bogotá, donde hay 32 pueblos. Pero no se trata solamente de un asunto de cantidades o de proporciones. Los pueblos son, a la vez, territorios y poblaciones minoritarias en esta conurbación de 19 millones de habitantes (casi la población de Australia) y de 7 815 kilómetros cuadrados (casi la extensión de la isla de Puerto Rico).

Lo que hace a la Ciudad de México una ciudad de pueblos es su particularidad histórica, hecha a partir de una franca oposición, a veces, pero también de una permanente asociación entre los pueblos y la ciudad; esto desde la Colonia, cuando la política de los Habsburgo dividió la sociedad en dos repúblicas, españolas e indígenas, la cual quedó como marca de dominación inscrita en la historia, y de alguna manera permanece hasta nuestros días, a través de cierto segregacionismo cultural.

La antropología moderna prestó atención al estudio de los pueblos en el presente: recordemos el trabajo de Manuel Gamio sobre la población del valle de Teotihuacan, de 1921, obra básica del indigenismo. A partir de entonces y durante casi todo el siglo xx el interés recayó en las manifestaciones culturales y en los rasgos distintivos de esa sociedad en oposición a la sociedad moderna-urbana, y en los desafíos de su asimilación o integración.

Sin embargo, y sobre todo a partir del levantamiento zapatista de 1994, la imagen antropológica de los pueblos tuvo que empezar a ser construida como instrumento de la acción política reivindicativa de los pueblos. Por poner el caso más relevante: en los pueblos del sur del Distrito Federal, en las delegaciones con más actividad agrícola, en cuyo núcleo se encuentran Xochimilco, Milpa Alta, Tlalpan y Tláhuac, aunque también en los pueblos de la sierra de las Cruces, al poniente del DF, regiones de fuerte raigambre zapatista durante la fase armada de la Revolución. Dichos pueblos encontraron entonces que tal reivindicación atravesaba por enunciar una determinada identificación étnica. Esta fue la de “pueblos originarios”, concepto que hace alusión a sus raíces pero que marca cierta distancia con otros pueblos indígenas, en el caso mexicano, visiblemente diferenciados de la sociedad nacional en términos lingüístico-culturales, económicos y sociopolíticos.

Tal idea de “pueblo originario”, en su doble acepción, tanto como producto de una construcción histórica de larga duración, como instrumento en un contexto político, se sustenta en la introducción del libro de Andrés Medina (2007), *La memoria negada de la ciudad de México: sus pueblos originarios*.

En medio de este panorama inicial, cabe decir que la perspectiva de investigación desarrollada desde 2000 en el seminario permanente “Etnografía de la cuenca de México” (iniciado en la Universidad Nacional Autónoma de México, pero trasplantado a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México desde 2004) tiene como uno de sus propósitos ir un poco más allá de la cultura de los

pueblos, para abordar también las implicaciones políticas que se desarrollan en la vida de éstos, a partir de sus complejos institucionales y organizacionales. Nosotros tuvimos que partir del reconocimiento cultural de dichos pueblos en tanto culturas comunitarias, con fuertes raíces territoriales, antes de poder establecer algún tipo de diálogo dentro de ellos.

Desde afuera los pueblos son percibidos como sociedades tradicionales, culturas atrasadas, espacios de fanatismo religioso o de depredación; lugares peligrosos, territorios de excepción (tierra sin ley), o localidades caracterizadas políticamente por prácticas caciquiles, heredadas del ejercicio del poder en las sociedades campesinas poscoloniales.

Nosotros, desde una reflexión histórico-antropológica, entendemos el concepto de “pueblo” necesariamente en la medida de su utilización como instrumento de diferenciación etno-política. De manera particular, en este artículo trataré de ubicar en un contexto más amplio un conflicto local. Algo que podemos seguir en este conflicto por el sistema de agua potable de Tecámac son las diferencias y paralelismos fenomenológicos con los pueblos del sur y el poniente del Distrito Federal (donde se acuñó el uso de “pueblos originarios” en el discurso etno-político de la década de los noventa).

Este ensayo está conformado por tres partes, todas con diferentes propósitos. En la primera analizaremos el concepto de “pueblos originarios”; haremos referencia a la crítica que toma como matriz conceptual un término que ha sido utilizado en el contexto de la discusión etno-política en la Ciudad de México. Asumimos que el

vínculo entre política y cultura en los pueblos de la ciudad abre una ventana metodológica (etnográfica) para el estudio de las relaciones de poder entre pueblos y gobiernos; y comentaremos cómo entendemos al Estado, no como una institución sino como el conjunto de relaciones, conflictos y recreaciones que le dan significado.

La segunda parte es una visión panorámica y general acerca de la estructura demográfica, política-electoral y el poder regional al norte de la zona metropolitana. Quisimos reunir en una perspectiva el creciente desarrollo urbano, la situación de los pueblos y el comportamiento de las elecciones en un municipio del Estado de México. Lo hicimos a sabiendas de que es una parte esencialmente descriptiva, donde se señalan coordenadas específicas sobre Santa Cruz Tecámac. Tal es el nombre del pueblo cabecera del municipio que cuenta con el segundo mayor índice de crecimiento de la ZMVM en la última década. Contaremos cómo ha sido este crecimiento urbano, y cuestionaremos la falta de una planificación regional coherente, que se compagine con la transformación real, que de por sí se está llevando a cabo en los ámbitos ecológico, demográfico y económico de la región.

En la tercera parte nos enfocaremos en el desarrollo del conflicto por el sistema de agua del pueblo de Tecámac siguiendo la metodología antes señalada. Este conflicto se detonó en febrero de 2005, cuando el municipio quiso tomar el control de determinados servicios públicos controlados por la comunidad (en concreto, el sistema de agua potable, aunque poco después ocurrió lo mismo con el panteón), generando una confrontación entre gobierno municipal y la agrupación de diferentes

colectividades del pueblo, antes dispersas. Documentamos tres fases del movimiento: una de represión, otra de resistencia, y otra, aún vigente, de reacomodos político-electorales.

He trabajado en este pueblo desde 2004; pero aquí quiero destacar las opiniones vertidas por personas involucradas en dicho movimiento. Para algunos, las elecciones locales de 2006 marcaron la desmovilización del pueblo, para otros sólo un reacomodo provisional de las instituciones comunitarias y una nueva relación de fuerzas.

PUEBLOS ORIGINARIOS, CULTURA Y POLÍTICA EN LA CIUDAD

Recientemente la literatura sobre antropología política mexicana se ha venido ocupando del tema de las relaciones de poder y las prácticas políticas cotidianas a nivel de sociedades locales, particularmente en la comunidad campesina y su relación con el Estado (Gledhill, 2000; Nuijten, 2003; Pansters, 1997, Wolf, 2001). Todo esto proviene de una conceptualización en la cual el Estado no se reduce a los niveles organizativos del gobierno, que comprende que estos son los espacios donde se dirime buena parte del poder —sobre todo del poder político—; sino que el Estado son todas estas instituciones y mucho más; un fenómeno que encarna una forma más diversificada del poder, la autoridad y el control; que se constituye en un espacio de alta tensión, donde se define lo político, en ocasiones, en tensión entre sociedad y gobierno.

No obstante, nosotros no estudiamos una comunidad indígena campesina, sino un espacio que, como los pueblos de la Ciudad de México, es indicativo de la cultura política urbana.

Al conjugar estos dos términos (cultura y poder), retomo la terminología analítica de Eric Wolf (2001), acerca de pensar “cómo el poder y las ideas se mezclan entre sí” y cómo “dicho análisis sigue siendo tema de debate”. Para dicho autor, el término “ideas” busca abarcar “la gama completa de las construcciones mentales que se manifiestan en las representaciones públicas”, a diferencia de “ideología”, que sugiere “esquemas unificados que se desarrollan para ratificar o manifestar el poder” (Wolf, 2001: 15-19). Nosotros buscamos en particular las ideas sobre el agua y lo público, el lugar a donde van los muertos, la unidad comunitaria y la fragmentación de la comunidad, el escenario de los intereses político-electorales en los pueblos. Como dijimos, el concepto de poder lo entendemos como un aspecto de todas las relaciones entre personas. La finalidad, siguiendo la propuesta analítica del prolífico antropólogo de origen austriaco, es entender “cómo se entretajan los patrones, culturalmente distintivos de la formación de las ideas, con los procesos materiales y de organización” (Wolf, 2001: 91).

Así, en nuestra perspectiva los pueblos originarios se construyen como una comunidad compuesta de diversas comunidades. Estas comunidades no son una cosa que existe en relación con un Estado, afuera de ellas, sino que albergan diversas expresiones: religiosas, políticas, socioeconómicas... Es en este sentido de comunidad

político-cultural diversa que comprendemos el significado de la tensión unidad-fragmentos en los pueblos originarios.

El concepto “pueblos originarios” ha sido criticado en cuanto a su valor teórico. En este espacio no podemos abarcar todas las implicaciones de este importante debate, pero sería importante marcar algunas críticas puntuales que se han formulado. Por una parte, se nos ha cuestionado que el uso teórico del término “originario” evoca mecánicamente una configuración social y política que ha dejado de existir, antigua, algo así como una idea esencialista, que no se sostiene en la realidad urbana. También se ha dudado de que se pueda construir teóricamente a partir de una categoría emanada de una coyuntura histórico-política local. Por último, se ha discutido la afirmación de que la cuenca de México está constituida por una red de pueblos, pero que justamente aparecen a nivel político de forma muy fragmentada, reaccionando sólo en coyunturas adversas, que la red, en todo caso, no es visible.

Nosotros, al sumergirnos en la fenomenología político-cultural de las comunidades, hemos podido captar vívidamente aquella fuerte cultura de raíces comunitarias, que se encuentra en diferentes tipos de relaciones cotidianas, al interior de una comunidad, en relación constante, y que constituyen una base de “lo político” entre los pueblos.

“Pueblos originarios”, ciertamente, no describe unidades sociales compuestas por un territorio y una población homogéneas. De acuerdo con su proceso histórico observamos que los pueblos existen gracias a que son

organismos flexibles, gracias a su capacidad de interacción con las fuerzas del Estado. Desde las políticas coloniales de reconversión de los pueblos de indios (a principios del siglo XVII), ocurre una recreación original, lo cual por paradójico que suene, es una capacidad de transformación que se constituye como un proceso de larga duración. Para poner un ejemplo, entre la aplicación de la reforma agraria en estas comunidades y la fase expansiva de la mancha urbana, transcurren cuarenta años durante los cuales funcionó un sistema político de tipo corporativo y campesino. En el siguiente apartado veremos cómo empezó a valer cada vez menos la cosecha, cómo se valorizaron las tierras y cómo se están empezando a sembrar con casas.

Los pueblos de la cuenca de México siempre tuvieron que adaptar su economía a diferentes modos de producción. Por lo tanto, no podemos hablar de pueblos originarios si pensamos en “economías étnicas autárquicas”, o en “comunidades corporativas cerradas”. Aún durante esta época de fraccionamiento de la comunidad, producto de la masificación urbana y la industrialización, como durante los largos siglos del capitalismo de hacienda de la etapa mercantil colonial y poscolonial, encontramos evidencias de la existencia de un pueblo-conjunto, donde convergen diversos sectores de la comunidad (colectividades articuladas por filiaciones de parentesco o por relaciones productivas). A través de la etnografía tenemos noticias de primera mano sobre cómo funciona la quiebra y la reconstrucción de sentido en las colectividades multiétnicas en uno de estos pueblos, en la periferia urbana.

El enunciado “pueblo” es “significante”, y conlleva silenciosamente al entramado social-político-cultural de la cuenca de México. Lo que nosotros entendemos como “formación de Estado” es ese proceso de definición de significado en medio de las relaciones entre sociedad y gobierno, y lo que aquí evaluamos son los efectos políticos del enunciado “pueblo” al ser utilizado en un conflicto por el poder llevado a través del control de recursos comunitarios.

El proceso histórico por el cual se dio una transformación de las unidades socio-políticas antiguas, llámense *altépetl*, *calpulli* o *taxilacalli*, para convertirse en repúblicas de indios, luego pueblos o barrios, es largo y muy complejo. No hay un solo cambio, ni es en un determinado momento, sino que hay un permanente proceso de significación que ocupó todo el teatro colonial, como nos lo enseña James Lockhart en su obra sobre las transformaciones de sentido en las sociedades nahuas del centro de México (1992). La interpretación indígena de las instituciones del Estado colonial, y todo el proceso de transformación no terminó en un nudo ciego después de la Independencia, ni con las reformas liberales, mucho menos con la reforma agraria: ahora se agregan las complejidades de la industrialización, la urbanización y la globalización en el seno de una cultura comunitaria.

En nuestros tiempos, cuando la relevancia en las cuestiones étnicas está marcada por el tema de los derechos colectivos, el significante “pueblos originarios” remite en la ciudad a otras consideraciones, a otras demandas, a otros conflictos que no son los mismos de

los pueblos de Chiapas, Oaxaca o Sonora. La expresión “pueblos originarios” hace alusión a un momento de alzamiento, a una coyuntura conflictiva específica, a cierto nombramiento de un sujeto social que en su larga duración viene existiendo como una paradoja. El uso del concepto de “pueblos originarios” en la Ciudad de México es, ciertamente, el producto de una construcción etno-política muy reciente, que se sitúa en el marco de la lucha por el reconocimiento de derechos y cultura indígenas, desde finales del siglo xx.

No creo que sea posible determinar en qué fecha exacta, pero surge como un término clave en el proceso de auto-denominación de los pueblos del sur y del poniente del Distrito Federal, que intentaban agruparse en torno a demandas agrarias y de inclusión política. En la Ciudad de México, el concepto aparece en el contexto político de la contrarreforma agraria, a mediados de la década de los noventa, aunque cuenta con antecedentes significativos desde los setenta, que ahora no vienen a cuenta.

En 2003, se organizó una respuesta institucional, a través de una instancia del Gobierno del Distrito Federal (el Programa de Apoyo a Pueblos Originarios, adscrito en un principio a la Secretaría de Desarrollo Social y Equidad, y desde 2007 a la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades), dedicada a la destinación de recursos a las comunidades en materia de proyectos específicos. Ello provocó, por una parte, un auge en la producción cultural y bibliográfica de los pueblos, y por otra, que las demandas de los pueblos se ajustaran a los lineamientos del programa. En 2007, el gobierno

central creó un Consejo de los Pueblos y Barrios Originarios del Distrito Federal, pensado como una instancia de consulta para generar políticas públicas incluyentes, discusión que por lo pronto todavía se encuentra en un estado de gestación.

Lo anterior es válido en cuanto al Distrito Federal. Pero el panorama político de los pueblos en el Estado de México contrasta con el anterior. Aquí los pueblos siguieron teniendo un reconocimiento como corporaciones dentro del poder municipal, a diferencia de los pueblos del DF que se vieron afectados por la reforma de 1928, consistente en la des-municipalización y la centralización de todos los niveles del poder. Del otro lado, después de los años treinta se llevó a cabo una verdadera colonización de la estructura corporativa política, por parte del partido de Estado, de gran eficacia. Los liderazgos políticos, en lo que se refiere a Tecámac, emanaron de las elites comerciales y artesanales locales, pero también hubo casos de campesinos con un talento natural de liderazgo político. En todos y cada uno de los doce pueblos que hay en el municipio de Tecámac, existen múltiples ejemplos de este tipo de trayectorias políticas.

En el extremo final de este proceso, el legislativo del Estado de México promulgó en 2002 una ley indígena que no ofrece cabida a aquellos pueblos caracterizados por tener una historia político-cultural comunitaria, en tanto que se dirige sólo a los “pueblos indígenas” como aquellos que hablan una de las lenguas del catálogo lingüístico nacional. Es cierto que existe la opción de “utilizar” la “autoidentificación” de una comunidad como

indígena. Pero para los pueblos del Estado de México el adjetivo “indígena” no cabe, y la significación del término “originario” construida durante los últimos 80 años alude a cualquier persona nacida en la entidad. Por lo tanto, el sentido de lo “originario” se ha mezclado de diferentes compuestos respecto de los pueblos del sur y del poniente de la cuenca, en la medida en que aquí se articularon, en diferentes proporciones, nuevos pobladores, actividades industriales, colonias populares, y los efectos de la proletarización urbana a partir de la década de los setenta.

Esto nos obliga a conocer tales procesos. Saber cómo ocurrieron. Una hipótesis sería que los pueblos originarios se constituyen no sólo a partir de una auto-identificación, en busca de reconocimiento de derechos colectivos, sino que existen como aquella sociedad-territorio en donde repercute toda tensión o fricción por el poder hacia sus miembros incorporados. A lo largo del curso de la historia colonial y moderna, los pueblos se han comportado como colectividades públicas, que se enfrentan a gobiernos municipales, estatales, virreinales, federales, centrales..., y que conservan espacios de reproducción muy propios, pero que también se ven afectados, transformados y forzosamente re-articulados por todo aquello que los afecta desde arriba.

De ninguna manera se puede decir que los pueblos originarios son aquellos lugares que han mantenido sus creencias, costumbres e instituciones de manera inmutable durante siglos. Dichos pueblos originarios, en realidad, no existen; la reconstrucción de ese “origen” alude siempre a un proyecto histórico y cultural. Mu-

chos trabajos antropológicos realizados en los pueblos originarios de la ciudad toman como punto de partida la memoria histórica o las fiestas religiosas, para no mencionar a los cronistas locales dedicados a recopilar las costumbres, reminiscencias y antigüedades.

Pero las implicaciones políticas se han mantenido en un segundo plano. El movimiento de “emergencia de los pueblos originarios” es un fenómeno reciente y, como lo ha apuntado el antropólogo Andrés Medina (2007), obedece a la presión de las inmobiliarias sobre la tierra, “que golpeó a las comunidades inmersas en el crecimiento urbano”; a otros factores de orden político y económico, como “las reformas legales promovidas por el gobierno mexicano para ajustarse a los requerimientos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), fundamentalmente la del artículo 27 constitucional”; al impacto de la “emergencia de un movimiento continental panindio” (que se ha venido forjando desde la década de los setenta); y a la reforma política “impulsada por los partidos y diversos movimientos sociales de oposición al régimen autoritario y paternalista del gobierno mexicano y el partido oficial”.

Medina señala que las comunidades han reaccionado frente a coyunturas especialmente adversas. También argumenta que las mayordomías (o sea, aquellas estructuras encargadas de organizar las fiestas) se han transformado, de entrada porque no tienen reconocimiento en términos legales, pero que se sostienen entre las instituciones que expresan esta cultura comunitaria. En lugar de hablar de una fragmentación del sistema de cargos urbano habla de nuevas configuraciones de asociaciones

civiles, corporativas o simplemente de nuevas estrategias para congregar o excluir grupos representativos de la comunidad. Reitera la idea de la enorme flexibilidad de las organizaciones comunitarias. Sugiere, finalmente, que la reconfiguración del “espacio político” de la ciudad, depende en cierta medida de estos pueblos y de su capacidad de reproducción de principios colectivos.

TECÁMAC, EN EL NORTE DE LA CUENCA DE MÉXICO

El municipio de Tecámac de Felipe Villanueva está situado al norte de la Ciudad de México, en la orilla oriental de la cuenca que conforman los lagos de Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal. Por su ubicación, forma una encrucijada histórica, entre Teotihuacan, al este, y Zumpango, al oeste, en medio de un eje que comunica a Tlaxcala con el Bajío; y entre Ecatepec, al sur, y Tizayuca, al norte, en medio de la principal salida desde México hacia las minas de Pachuca y la frontera de Laredo (ver Mapa 1).

Casi toda la superficie del municipio es plana al occidente. Esta parte, antes anegable, está compuesta por depósitos lacustres y suelos alcalinos. Hasta hace poco en el pueblo de Tecámac, en la parte conocida como “la laguna”, se dedicaban a la extracción de tierra para producir adobe blanco, aún visible en la arquitectura del lugar. Limita al occidente con la base aérea de Santa Lucía y los municipios de Zumpango, Nextlalpan, Tonanitla y Ecatepec.

MAPA 1



Al sur, en límites con Ecatepec, se conecta con uno de los tentáculos del conglomerado urbano, que avanza hacia el norte entre las carreteras federal y autopista a Pachuca. Toda esta franja es una zona ondulada, y con suelos de depósitos aluviales, limos y arcillas, que a pesar de que son algo salinos, son las tierras más propicias para la agricultura en el municipio. Esta franja apenas es interrumpida al nordeste por el cerro de Paula (2 640 metros) y al sureste por el cerro de Chiconauhtla (2 600 metros), donde hay suelos más rocosos e inclinados. Estos conos volcánicos marcan las fronteras al oriente con los vecinos municipios de Temascalapa, Teotihuacan y Acolman.

Según el bando municipal vigente, Tecámac está conformado por 12 pueblos: Santa Cruz Tecámac, que es la cabecera municipal (en el centro), San Francisco Cuauhtliquixca, Santa María Ozumbilla, San Pedro Atzompa, San Pablo Tecalco (al sur), y San Jerónimo Xonacahuacán, San Pedro Pozohuacán, Santa María Ajoloapan, Santo Domingo Ajoloapan, Reyes Acozac, San Lucas Xolox y San Juan Pueblo Nuevo (al norte). Además, existen algunos barrios pertenecientes a los pueblos de Reyes, Tecámac y Ozumbilla, 45 colonias, tres fraccionamientos, siete conjuntos urbanos y seis ranchos.

Tecámac alcanzó en 2008 una población de 300 mil habitantes y una de las tasas de crecimiento más altas en la cuenca de México. Su extensión es de 152 kilómetros cuadrados, siendo el noveno más grande entre los 40 municipios del Estado de México que forman parte del “área urbana continua” de la ZMVM. Esta es una delimitación territorial cuyo fin es servir como marco rector de

la planeación urbana. Su delimitación se establece por declaratoria conjunta entre el Distrito Federal y el Estado de México. Es importante subrayar que dicha delimitación ha sido elaborada, a lo largo de la historia, bajo diversos criterios y parámetros. La más reciente declaratoria, publicada en 2006, establece que (además de las 16 delegaciones del DF, y de Tizayuca, en el estado de Hidalgo) 59 municipios del Estado de México que componen. Sin embargo, 19 de los cuales no están conurbados físicamente, aunque se incluyen en la zona porque están relacionados directamente con la urbe en términos de interdependencia social y regional.

Desde 1980 Tecámac fue incluido como parte de la zona metropolitana. Esto debido a la conformación en la década de los setenta de dos nuevos asentamientos urbanos: el fraccionamiento Ojo de Agua (construido en el territorio de la ex hacienda del mismo nombre), y las colonias 5 de Mayo y San Martín Azcatepec (creadas a partir de dos propiedades privadas: la hacienda Sierra Hermosa y el rancho San Martín). Actualmente, Tecámac forma parte de lo que Peter Ward (2004) llama el “área urbana continua”, o sea el área conurbada. Esto ha sido producto de un fenómeno de expulsión del primer contorno de la ciudad a un segundo contorno, en el que está Tecámac, proceso marcado de manera dramática por el sismo de 1985, pero originado durante la crisis de los ochenta, determinada por el descenso de los ingresos petroleros posterior a 1982 y la reorientación de la política económica mexicana.

Tecámac también es uno de los municipios que forma parte de la Región Valle Cuautitlán-Texcoco, de-

clarada por el Gobierno del Estado en 2005, la cual, por su ubicación e importancia estratégica económica y demográfica, se consideran el núcleo central del crecimiento urbano metropolitano de la ZMVM. Según este instrumento de planeación, el eje Ecatepec-Tecámac-Reyes Acozac se considera como un lugar hacia donde se debe “orientar, confinar y apoyar el desarrollo urbano y la densificación de las áreas (urbanas)”, a lo largo de lo que ellos llaman “corredores”, y donde se debe “consolidar la función (de) estructuradores metropolitanos”, aludiendo al fortalecimiento de los núcleos administrativos, en este caso, la cabecera municipal. Es importante decir que la prospectiva del crecimiento urbano, en dicho instrumento de planeación, está muy por debajo de la realidad: ellos estiman que la población del municipio crecerá entre 2005 y 2010 en 20 mil habitantes, cuando con un simple sondeo en los alrededores de la cabecera uno puede constatar que actualmente se están construyendo 15 mil nuevas viviendas de interés social.

Si bien la urbanización en el municipio se inició hace cuatro décadas, en las dos últimas el crecimiento poblacional se volvió dramático. De seguir una proyección fundada en datos reales, dada la cantidad de unidades habitacionales que se construyen actualmente en el municipio, la población municipal se habrá triplicado en este lapso: de 123 mil habitantes que había en 1990, a cerca de 360 mil en 2010. Entre 2000 y 2005 Tecámac se convirtió en el segundo municipio en crecimiento total de población de toda la cuenca, sólo después del municipio de Ixtapaluca.

El libro citado, *México: una megaciudad*, intenta poner de relieve el factor político en las diferencias del desarrollo metropolitano. Pero también trata de tomar en cuenta la otra cara de la “megaciudad”, es decir, enfatiza el hecho de que la forma de hacer política en el Estado de México posee características especiales en la cuestión metropolitana de esta ciudad. Nos explica que esto es así desde la década de los sesenta, y hasta el presente, porque quienes han dominado la política estatal han sido dirigentes del PRI que han tenido su origen en Toluca (y Atlacomulco), y no en esta cuenca (donde germinó buena parte de la oposición), con lo que la política estatal priísta ha tenido un “importante componente territorial” (Ward, 2004: 471).

De esta manera, no resulta extraño que el PRI haya caído, desde finales de los ochenta, pero drásticamente en la década de los noventa, en las preferencias electorales. Hasta 1980 el PRI era el amo absoluto de las votaciones para ayuntamientos municipales en el estado, incluso logrando sistemáticamente votaciones superiores al noventa por ciento. La primera vez que perdió la mayoría en este espacio electoral fue en 1996, cuando obtuvo el 37.2 por ciento de la votación. En contraste, las cifras de las elecciones municipales frente a las votaciones para gobernador y las presidenciales demuestran que el cambio que se ha vivido en este sentido ha estado acentuado en la región urbana de la cuenca de México.

Así, Tecámac es un ejemplo representativo de dichos procesos demográficos y político-electorales. En las elecciones de 1996, por primera vez en su historia, el PRI perdió el poder en este municipio. Ese mismo año el en-

tonces partido oficial ganó sólo 13 ayuntamientos de los 39 de la ZMVM; mientras que hasta el periodo anterior había ganado 32 presidencias municipales. En el caso de Tecámac, el PRI perdió frente al PAN. Desde entonces, y hasta el presente, el *blanquiazul* ha mantenido una hegemonía importante en el municipio. Si tomamos como referencia esta coyuntura, desde entonces se desenvuelve una serie de acontecimientos y de factores que han ido desprendiéndose del aumento de población, así como una mayor complejidad en la configuración de las relaciones de poder en el municipio.

Cabe analizar la figura del representante que ganó aquellas elecciones, Aarón Urbina Bedolla, miembro de una familia de comerciantes, originario de Tecámac, que se hizo candidato en 1996, después de haber surgido de las filas del partido de gobierno, como tesorero del PRI municipal. Antes de llegar a ser el indiscutido cacique local, Urbina lideró el sector de comerciantes establecidos de la calle 5 de Mayo, el principal andador comercial del municipio. En 1996 dejó las filas del PRI porque no obtuvo la candidatura oficial, se afilió al PAN y ganó las elecciones. El estilo de su primera administración “se basó en el más ordinario clientelismo”, dice el cronista y activista del PRI, el profesor José Ovando:

[Urbina] se convirtió en un Santaclós de Tecámac, un hombre que te da para tus lentes, tu operación, tu silla de ruedas, tus 15 años, tu fiesta de la secundaria, tu dolor de muelas. El ayuntamiento le autoriza repartir un millón de pesos mensuales, cuando sabemos que los recursos deben

ser para obras públicas. Claro, logra prestigio en Tecámac y nace el “aaronismo”, compuesto por gente a la que le da prebendas.

La cuestión era, ¿de dónde salían todos estos recursos? En aquella administración Urbina concedió permisos para la construcción de desarrollos habitacionales (“conjuntos urbanos”, según el bando municipal), origen del desmedido crecimiento demográfico municipal al que ya hemos aludido. De un momento para otro tres inmobiliarias (Urbi, GEO y Sadasi) obtuvieron la autorización para construir 27 631 viviendas de interés social. La insuficiente planeación urbana con que estos nuevos asentamientos se construyeron conllevó a las problemáticas de abasto de agua potable y de dotación de infraestructura. Cuando Urbina terminó su primer mandato y era diputado local electo, auspiciado por el priísta Isidro Pastor Medrano, encabezó una escisión de los diputados del PAN que lo dejó sin 13 de los 29 diputados, ahora “independientes”, pero que en realidad respaldaban al gobernador Arturo Montiel, obteniendo así la mayoría en el congreso local. En pocas palabras, lo que en 1996 aparecía como una transición política se evidenciaba al poco tiempo como lo que era: más del consabido “camaleonismo” político.

Las prácticas políticas habían cambiado radicalmente, aunque esto no fuese en aras de una verdadera democratización. Hasta la década de los ochenta, cuando principiaba el crecimiento poblacional en Tecámac, la política local estuvo dominada por personas emanadas de los pueblos. La primera vez que el presidente mu-

nicipal no fue originario de los pueblos de Tecámac fue en 1994, cuando el elegido fue Eduardo Bernal, un activista del fraccionamiento Ojo de Agua. Notemos que en 1980, el municipio apenas superaba los 20 mil habitantes. Y que antes de 1970 el entorno social en Tecámac no podía llamarse de ninguna manera “urbano”, pues su población, su jurisdicción y el ámbito público se limitaban a los doce pueblos que lo integraban.

Como habíamos señalado, los cuadros políticos antes de 1970 provenían de familias de agricultores, comerciantes o artesanos, eran personas que se habían destacado en algún cargo de representación en su comunidad, y que gracias a su vocación pública se hacían acreedores al privilegio de ser los candidatos oficiales en aquellas elecciones sin competencia. Todos los presidentes antes de Eduardo Bernal (1994-1996) habían salido de los comités de padres de las escuelas, pro-agua potable y pro-electrificación, que se implementaron en las décadas de los cuarenta a los sesenta. De allí habían pasado a integrar las Juntas de Mejoramiento Cívico, Moral y Material (precursores de los actuales Consejos de Participación Ciudadana), y en algunos casos habían ocupado el cargo de Delegados o de comisarios ejidales en sus pueblos. Otros habían alcanzado a ser regidores o habían ocupado algún otro cargo importante en la administración municipal. La política local, derivada de la dinámica de organización social de esta docena de pueblos, ha estado de esta manera anclada en los usos y costumbres.

ESPACIOS ESTRATÉGICOS DE LA ACCIÓN COLECTIVA:
EL AGUA Y LOS PANTEONES

Las dinámicas organizativas, políticas y socio-religiosas, en un medio de creciente urbanización, están, como todo el conjunto de la población suburbana, en una triple crisis: ambiental, política y de fragmentación social. Ante la creciente urbanización, surge la pregunta: ¿cómo se ha producido el menoscabo de la integridad comunitaria? Existe un tema fundamental que atraviesa estos debates: es la lógica de las cúpulas de poder económico y político, en busca de tener mayor control sobre el territorio y la sociedad, que ha logrado desencadenar un proceso por medio del cual los diferentes niveles de gobierno buscan centralizar el manejo de recursos clave en el escenario de la expansión urbana: tierra, agua, recursos públicos, para facilitar el libre mercado del crecimiento urbano.

El pueblo de Tecámac es, como hemos podido observar, un ejemplo de cómo se ha ido fragmentando una comunidad campesina, como consecuencia de varios factores sociales e históricos a lo largo de los tiempos. Actualmente es un polo comercial y político-administrativo de carácter micro-regional, debido a su propio crecimiento demográfico, y al crecimiento de la población en toda la demarcación, fruto a su vez de la presión inmobiliaria sobre las tierras de cultivo, que pasó a desarticular la producción agropecuaria tanto en los ejidos como en las haciendas y ranchos particulares que quedaban. Tecámac vive un irrefrenable proceso de secularización, de modernización, según algunos, o de descomposición y desarraigo comunitario, según otros.

Sin embargo, otros hechos nos indican que esta transición no es lineal, ni continua, y mucho menos inevitable. Nosotros hemos visto un proceso de reconstitución de colectividades de base comunitaria, surgidos a raíz de un conflicto específico, y en los cuales los diferentes actores sociales se unieron “para luchar por el pueblo”. El conflicto que analizaremos se inició tras el intento de una administración —la segunda elección del mencionado Aarón Urbina (2003-2006)— por “municipalizar” dos servicios públicos que eran y son manejados por estructuras colectivas de la comunidad: el sistema de distribución de agua potable de Tecámac y el panteón comunitario.

En este apartado contaremos la historia de dicha coyuntura (en tres momentos: la tesis del despojo municipal; la síntesis de un movimiento popular; y la antítesis del reacomodo electoral). Reflexionaremos sobre la lógica organizativa de dicha expresión pública de la comunidad originaria y vecinos de Tecámac. Destacaremos cuáles fueron las tensiones generadas, el remezón y el reacomodo de las colectividades que produjo (y sigue produciendo) esta coyuntura. De alguna manera, este ejercicio intenta ofrecer una lectura de la historia reciente de Tecámac, siguiendo la pista a su sistema de agua y sus panteones, a través de las palabras de los implicados.

La tesis del despojo municipal

El origen de este tipo de organización colectiva a los que hacemos alusión se remonta al periodo pos-revoluciona-

rio, particularmente, a mediados del siglo xx. El primero es el caso del panteón, trasladado a su lugar actual en 1949. Antes había estado en el atrio de la iglesia, pero a partir de entonces pasó al control de las autoridades cívicas del pueblo, por aquel entonces llamados “comisarios municipales”. Nótese la distancia de casi un siglo entre la promulgación de las Leyes de Reforma, que secularizaron los cementerios, y la edificación del nuevo panteón. El nuevo campo santo quedó a las afueras de Tecámac, al oriente, y fue bautizado Panteón de Guadalupe.

Ese mismo año se empieza a prestar interés a la introducción de agua potable por medio de pozos profundos. Pero no sería sino hasta 1953 cuando se instituye la primera “junta de agua”. Por aquel entonces la gente de Tecámac, así como en todos los pueblos de esta región, se abastecía con el agua que se represaba en jagüeyes. Es bastante común encontrar personas que guardan la memoria de la época de los jagüeyes: había uno para las bestias, se cuenta, donde actualmente está la plaza de toros, y otro para consumo humano, donde hoy está el auditorio municipal, junto a la presidencia.

El primer pozo profundo, operado mediante energía eléctrica, se ubica en el parque central y fue entregado a la comunidad en 1957: tenía 60 metros de profundidad. Este pozo fue pionero en el municipio y la región. Los “tecamenses” contaban para entonces con tres hidrantes y un tanque de almacenamiento. La red de distribución de agua fue creciendo durante la década siguiente, todo gracias a los esfuerzos y la cooperación de los propios vecinos. Este pozo abasteció al pueblo durante 15 años, pues en 1972 se echó a andar el pozo número dos, a

una profundidad de 118 metros, y una descarga igual al anterior: cuatro pulgadas. En ambas ocasiones el costo de la obra de excavación fue cubierto por la Secretaría de Salubridad Pública del Estado.

En 1974 se eligió una nueva junta directiva, encabezaba por los señores Roberto Mendoza Rodríguez (presidente), ya fallecido, y Antonio Alcántara Concha (secretario), quien actualmente ocupa el mismo cargo. Éste último cuenta que a principios de los años ochenta ya los dos pozos eran insuficientes y en determinado momento se agotó el agua. Hubo una primera gran crisis por el abasto de agua en el pueblo. Ante ello, se estableció un convenio con el gobierno federal, el gobierno del estado y el sistema de agua para excavar un tercer pozo. “El Estado en esta ocasión no aportó ni un solo peso —asegura Alcántara Concha—, el gobierno federal apoyó con la perforación del pozo, pero la obra se demoraba y la administración municipal pretendió usurparnos, por primera vez, la administración del sistema de agua”. Continúa:

[Para impedirlo] dimos [entre todos] una aportación de dinero. Se llevó a cabo una gran asamblea y se solicitó una cooperación de cinco mil pesos... ¡En ese tiempo! En esa asamblea mucha gente dio la cooperación, sin recibo y sin nada, [fue] una asamblea como no se ha visto otra igual, todo porque el municipio quería quitarnos la administración del agua potable. El ayuntamiento en turno nos dio dos meses para terminar la obra. Nosotros, con pura cooperación volunta-

ria, la pudimos hacer en un mes: compramos la bomba, trajimos la tubería, la columna, el transformador, los postes, todo, y pusimos a andar el pozo. Invitamos al presidente municipal, que en ese tiempo era Rogelio Alarcón, para que inaugurara, pero no asistió. Se hizo una gran fiesta del pueblo: todos aportaron desde las tortillas, el mole, las carnitas, las botellas, todo espontáneamente... A mí me gana la emoción recordar esto...

Este pozo de seis pulgadas, localizado en la colonia Nopalera, tiene una profundidad de 150 metros. Pero lo más importante, recalca Alcántara, fue que “la organización se fortaleció, porque el pueblo la tomó como lo suyo, y a partir de entonces se pudo hacer un abasto suficiente a todo el pueblo de Tecámac”.

En 1988 se inauguró el pozo cuatro (155 metros de profundidad y seis pulgadas de descarga), mientras que en 1994 se terminó de construir el pozo cinco (152 metros, seis pulgadas). Pero en 1993 murió el gestor de esta fase de crecimiento del sistema, Roberto Mendoza. En síntesis, para este año había un total de 2 534 tomas domiciliarias registradas, un sistema de bombeo totalmente computarizado y ajustado a las normas de explotación de acuíferos, y un abasto ininterrumpido todo el año. Esto significó el reconocimiento de la Comisión de Aguas del Estado de México (CAEM) para el sistema de Tecámac, por lograr los más altos índices de calidad en la entidad.

Paralelamente, entre 1975 y 1995, podemos ubicar una primera fase de crecimiento demográfico en el mu-

nicipio. Dicho estirón se manifiesta de dos formas: por un lado se da la formación de los primeros asentamientos masivos en terrenos de ex haciendas (las colonias 5 de Mayo y San Martín Azcatepec y el fraccionamiento Ojo de Agua), pero por otro lado se da un crecimiento hormiga alrededor de ciertos pueblos, por ejemplo en Tecámac, en donde se forma una serie de colonias en su aureola: la Nopalera, Nueva Santa María, Electricistas, Vista Hermosa, Isidro Fabela, La Palma, Educación.

Más tarde, a partir del último lustro del siglo xx, ocurre un nuevo ciclo la historia de Tecámac (desde 1995). Este es el momento cuando se alcanza un punto crítico en el crecimiento de la aureola de ciertos pueblos y las nuevas colonias, pero además empieza un crecimiento mucho más intenso: el de las unidades habitacionales. Por esta época se empieza a sentir una fuerte ola de transformación urbana en los pueblos de este municipio. En Tecámac la comunidad tuvo que juntarse nuevamente para cooperar y comprar un terreno para edificar un panteón alterno, ya que el panteón de Guadalupe llegó a saturarse. Mientras que el sistema de agua potable de Tecámac se constituyó en Asociación Civil, ante la necesidad de tener personería jurídica y enfrentar así los pleitos legales que surgían, crecientemente, por falta de pagos.

Pero los problemas más serios aparecieron cuando ya promediaba la primera década del siglo xxi. Entonces ya podemos observar la reconversión que causa el modelo de desarrollo urbanístico y demográfico en Tecámac. A partir de 2005 empiezan a construirse unidades habitacionales alrededor del pueblo, y no solamente en terrenos alejados, al sur del municipio.

Entonces aparece de manifiesto el plan por parte del ayuntamiento en turno (segundo de Aarón Urbina) de municipalizar los servicios públicos que estaban en manos de instituciones colectivas surgidos en el seno de la comunidad a mediados del siglo XX. Este plan, empero, empezó a ser ejecutado con escaso tacto político, o sea, “a las malas”. Para obtener el control del sistema de agua, Urbina echó a andar una campaña de desprestigio en contra de los integrantes de la junta directiva del sistema de agua, quienes llevaban casi 30 años en funciones, y luego, el 28 de febrero de 2005, tomó por la fuerza las oficinas del sistema, ubicadas en la presidencia. Para ilustrar mejor este episodio, transcribo las palabras de quien por entonces era presidente de la Asociación Civil, Antonio Alcántara:

Por orquestamiento del presidente municipal en turno, los delegados, algunos ejidatarios, su policía y su subdirector de gobernación, nos sacaron de aquí. Totalmente a la mala, haciendo uso de fuerza y violencia, discursos y amenazas, nos sacaron a todos los que estábamos trabajando en ese momento. No nos dejaron sacar un lapicito, dinero, nada. El presidente argumentaba que yo tenía mucho tiempo y que no rendía informes, y esto y lo otro... Pero lo cierto es que sí se le daba un reporte mensual, de ingresos y egresos, de todo movimiento. Decía que aquí tenía a toda mi familia, y que era un negocio personal. Afortunadamente una buena parte del pueblo me conoce y no pudieron hacer gran cosa

con esa propaganda, a pesar de que me difamaron al máximo. Y aunque escudriñaron todo, no encontraron malos manejos del dinero. Argumentaban que los pozos estaban mal, por decir, que no habíamos barrido, cosas insignificantes. ¿Cómo van a estar mal los pozos si hasta la fecha hay agua? Digan lo que digan siempre ha habido agua en Tecámac. El usuario paga una tarifa de risa cada dos meses. Si hubiera malos manejos no tendríamos agua.

Para aquel entonces ya existían dos nuevos pozos: el pozo seis, inaugurado en 2000, y el nuevo pozo dos, más profundo que el anterior, mismo que estaban probando el día del asalto a las oficinas del sistema en la presidencia municipal. Las causas del asalto no son fáciles de explicar. No sólo se trata de una política de municipalización, que ha venido auspiciando el gobierno estatal desde la década de los noventa. Tampoco es sólo el hecho de que Aarón Urbina, como presidente municipal y como diputado local, haya adquirido fuertes compromisos con las empresas constructoras de los nuevos desarrollos. Eulalio Maruri, subdelegado de Tecámac en el periodo 2006-2009, lo expresa así:

[Desde] antes habían encontrado a Aarón Urbina robándose el agua para sus plazas [comerciales]. Lo descubren, le cobran, lo demandan, se enoja y promete tumbarlos. Imagínese: si cuando fue panista prometió tumbarlos, ahora que regresaba como priísta, con más razón.

La síntesis de un movimiento comunitario

Como habíamos dicho, el sistema se constituyó como Asociación Civil en 1997, para afrontar pleitos con personería jurídica propia. En ese mismo año se nombró un consejo directivo (cuya presidencia estaba en interinato desde 1993, tras la muerte del señor Roberto Mendoza). Cinco años después fue ratificado, pero en la asamblea general de 2002 se conformó, además, un consejo consultivo, con representantes de las colonias y las calles del pueblo. Uno de los personajes que figuran en el Consultivo será una de las figuras que lideraron el movimiento del agua, “el doctor” Mateo Martínez Urbina:

Poco antes de que se tomaran el sistema de agua, Aarón había llamado a los miembros del [Consejo] Directivo para preguntarles cuánto querían por el sistema, y transar. Ellos no se entregaron. Pero nosotros sabíamos que allí no se detendría.

La primera acción de la presidencia, más allá de las pintas en las paredes de Tecámac que increpaban a los miembros del Directivo, fue conformar y registrar ante notario público un Organismo Prestador de los Servicios de Agua Potable, Drenaje y Tratamiento de Aguas Residuales del Sector Social del Pueblo de Tecámac. Con la creación de este organismo se pretendía llevar a cabo por las vías de hecho la municipalización del sistema. Sin embargo, el presidente no contó con que vendría una fuerte reacción de la comunidad.

Días después del asalto [relata Eulalio Maruri, actual subdelegado], Aarón citó a una reunión informativa sobre el Sistema de Agua. Pero nada más invitó a 17 personas que son supuestamente las de calidad moral, representativas en el pueblo. Llegamos, y ¡cuál representativas! Aquí no nos manejamos por 17 personas. Aquí estamos por pueblo. Aquí estamos como un aproximado de dos mil, tres mil, allí en la plaza. Y él estaba en su reunión con su consuegra, su cuñada, contaditos... Entonces, inclusive logramos abrir la puerta, nos metimos, les rompimos vidrios... ¡No! ¡Qué tanto les hicimos! Pero porque no nos tomaron en cuenta... [A partir de entonces] ya fue el problema. Empezamos las movilizaciones, a cerrar las carreteras, la autopista, las marchas. Se formó un verdadero movimiento del agua, y nuestra denuncia llegó a instancias del Tribunal de lo Contencioso Administrativo.

La primera sentencia de este Tribunal invalidaba las acciones del cabildo, pero por un juicio de amparo se reconoció al Organismo Prestador de Servicios de Agua Potable y Drenaje de Tecámac, creado por la presidencia. Vino la segunda sentencia, en la cual el Tribunal ordenó la devolución de los pozos; pero volvieron a apelar. Sin embargo, no todas las acciones tomadas fueron jurídicas. También hubo una intensa movilización que comprendió desde plantones y marchas, hasta la reflexión pública sobre las problemáticas ecológica, política y social derivadas del proceso de privatización del agua.

Decidimos hacer un plantón permanente allí en la presidencia [complementa Eulalio Maruri]. Para entonces no había diferencias. El único objetivo era la defensa del sistema. El propio Mateo era en ese momento una especie de héroe, que le abrió los ojos a mucha gente. Les dijo: no seas pendejo, vamos a romperle su madre a este cabrón, porque nos está haciendo esto y esto y esto... Entonces, la gente tomaba conciencia y dijo: “pues vamos”.

En el movimiento participaron personas de diversos sectores: mujeres, jóvenes, adultos, personas de otros pueblos. Lo que los aglutinaba era la idea de que lo que sucede en Tecámac es referente de lo que puede llegar a suceder en los otros pueblos. Sandra Jiménez, joven de Tecámac, se refiere de esta manera a lo que implicó la toma de partido durante las manifestaciones del pueblo:

Algunas familias se dividieron y otras se unieron por el problema del agua. En la familia de mi papá nos separamos, porque mi papá apoyaba el sistema, de hecho él es consejero del sistema; y los hermanos de mi papá habían estado trabajando en la presidencia: no tienen puestos importantes pero están allí, y avalaban la creación del organismo. Y así como nosotros hay muchas familias que se separaron por el pleito del agua. Pero también muchas otras se unieron, porque se reunían en los plantones, entonces empeza-

ban a contar cosas, las personas que más sabían, que más habían vivido.

Esmirna González es una persona mayor, también de Tecámac, y apoyó en los plantones y las marchas; ella destaca el hecho de que durante las movilizaciones hubo varios actos represivos en contra de la población:

El 24 de agosto [de 2005] fue la golpiza donde casi muere un muchacho. Al principio apoyaba gente de todo el municipio, venía gente de Ojo de Agua, de Reyes, de Ozumbilla, de San Jerónimo. Ese día marchamos en la carretera, cuando de pronto llegó la policía [municipal], pero vestidos de granaderos, entonces nos arrinconaron en la secundaria, se nos vinieron encima, y quisieron agarrar a los que venían encabezando la marcha. En eso yo corrí con mi hija, y pasó corriendo un chico junto a mí, pero los policías lo agarraron y lo estaban golpeando con saña, entonces yo quise cubrir al muchacho con mi cuerpo, y también me golpearon a mí. Yo agarré a mi hija para que no le pegaran. Ese día encarcelaron a varios. También a Mateo lo detuvieron. A todos se los llevaron al Ministerio Público.

Otra jornada recordada dentro del movimiento fue el 27 de enero de 2006: ese día detuvieron a varios de los que acaudillaban la protesta, entre ellos al doctor Mateo Martínez, e igualmente les pegaron:

Todo eso empezó [recuerda este último] porque había gente rascando tierra para sacar una toma de agua, allá por la [calle] Soledad. Una comisión fuimos a ver qué pasaba, pero el delegado en turno llamó a los policías, éstos llegaron y se fueron sobre nosotros. Nos llevaron a la Procuraduría. Pero pronto corrió la voz que habían agarrado a personas mayores, a mujeres, y la gente se empezó a juntar y juntar... a las nueve de la noche ya había unas mil 500 personas afuera de la Procuraduría... Y se cerró la carretera... Y cuando llegan los granaderos, se armó la grande...

Al final de dicha jornada, las autoridades se vieron obligadas a liberar a los manifestantes. Y justo cuando campeaba la represión al movimiento del agua, el gobierno municipal trabajaba sobre un nuevo ordenamiento para panteones.

Cuando escuchamos sobre este nuevo reglamento [explica Sandibel Olivares, actual miembro de la junta directiva de la Asociación de Ciudadanos Independientes de Tecámac en Defensa de Panteones A.C.], nos enteramos que el gobierno quería comprar todo el terreno donde está el panteón: pretendía hacerlo, de cierta forma, un panteón privado. Pensaban poner un incinerador y que tuviera todos los servicios de un panteón como hay algunos en el Distrito Federal. Y empezaron a marcar tumbas; y hubo

rumores de que iban a hacer exhumaciones. Por eso nos empezamos a organizar, para saber qué sucedía. Cuando pedimos información [al ayuntamiento] no se nos dio. Entonces, en una asamblea general nos pusimos de acuerdo y de ahí surgió la Asociación.

El 21 de septiembre de 2005 se reunieron en medio de los dos panteones los vecinos de Tecámac. Ese día se estableció un Consejo Provisional de Administración Popular, y se plantearon las razones de la conveniencia de integrar una asociación civil. Cuatro días después se celebró una asamblea en el teatro al aire libre, en el centro de Tecámac, de la cual se postularon para integrar este consejo provisional las personas que habrían de integrar posteriormente la asociación civil.

Lo de los panteones fue paralelo y vino a consolidar el movimiento del agua [explica el señor Isaías Becerril, miembro de la asociación de panteones y actual presidente del sistema de agua]. Desde la conformación de la primera asamblea nos preocupamos por la defensa de las tradiciones, de la cultura, de los intereses de la gente. Luego hubo otra asamblea en octubre en la que se planeó una celebración especial para la fiesta de muertos [la noche del primero de noviembre de 2005]. Fue una fiesta muy especial porque la organizaron los chamacos, porque nosotros no nos llevábamos muy bien con el párroco de entonces.

Sólo hasta cuando vi, en la fiesta de muertos de noviembre de 2007, la organización festiva de la así llamada “Asociación de Ciudadanos Independientes en Defensa de los Panteones A. C.”, entendí con claridad que la lucha por las reivindicaciones del pueblo no se detenía en un reclamo jurídico y político, sino que se sustentaba en las manifestaciones culturales de los habitantes originarios. Nunca es tarde: ya habían pasado dos años y medio desde que se había armado el tropel en Tecámac.

Después de esta fiesta, y cuando ya había pasado la fase del movimiento popular, tuve la oportunidad de conocer con más calma y entrevistar a varios de aquellos personajes que sostuvieron las ideas en esta lucha en contra de altos poderes. Esto fue clave para ver más clara la relación, que yo buscaba, entre política y cultura.

La función de la Asociación es defender los panteones y que sigan perteneciendo al pueblo [me comentaba, en medio de las faenas del día de muertos, Artemio Sánchez, delegado del pueblo desde 2006 y también integrante de esta Asociación Civil]. Pero también fortalecer las tradiciones. Este evento lo realizamos en la noche, y ya es el tercer año consecutivo que lo llevamos a cabo.

La señora Flora Villegas, a quien todos conocen como la señora *Lulú*, lleva un precioso cuaderno de contabilidad donde ha anotado la memoria de todos los eventos ocurridos desde que empezaron las movilizaciones del panteón en 2005. Ella me lo enseñó como quien sabe que tiene en su poder una pieza importante en el proceso de

construcción de la memoria histórica de un pueblo. Gracias a éste se puede establecer con exactitud que el 8 de octubre de 2006 fue registrada el acta constitutiva de la A. C. También se puede hacer una relación de todos los gastos, de los registros ante varias secretarías de Estado, además del registro notarial. Para ella lo fundamental de este trabajo es animar la celebración de esta tradición para la unidad del pueblo “a través de un hecho espiritual tan propio de nosotros” como es la comunión con los difuntos —dice—. Lo originario es eso: lo que es propio de nosotros.

Cuando insinué que me interesaba leer con detenimiento el cuaderno, los demás miembros de la Asociación me dejaron en claro: “el documento de doña Lulú es un documento sagrado, y no debe salir de los aquí presentes”. Tristemente, para mucha gente del pueblo e igual para mí, esta guardiana de la memoria del pueblo falleció en marzo de 2008.

Históricamente, como habíamos dicho, el manejo del panteón se había dado por parte de las autoridades locales, llámense comisarios, jueces o delegados, como actualmente se les llama. El día que entrevisté a Sandibel estábamos en la casa del subdelegado, y por cierto estaban comentando el incremento de costos que acarrearía una administración privada en los panteones comunitarios. En ese momento llegó un señor, venía por un difunto y no tenía dinero para pagar el entierro. El delegado tuvo que ausentarse, mientras que su hijo explicaba: “la delegación tiene que apoyar a la gente que de por sí dispensa un gasto fuerte en servicios funerarios”. A aquella persona no se le pidió pagar el “no inconveniente”.

En un reglamento las cuotas son fijas y para todo el mundo [anota Sandibel]. Ese reglamento se refería sólo al panteón de aquí, pero nosotros hemos visto que esta lucha es extensiva a todos los panteones de todos los pueblos del municipio. Finalmente, a quienes llegan a vivir a los fraccionamientos no puede negárseles ese servicio. Pero ¿qué vamos a hacer cuando ya no quepan en el panteón? En el viejito ya no [caben más], ya está súper lleno, pero el nuevo ya se está llenando.

También en este caso la orden venía desde arriba. Poco antes de que empezara el año electoral, el gobierno de Toluca había circulado instrucciones destinadas a conocer con exactitud la cantidad y situación de los panteones de toda la entidad. En el proyecto de reglamento que querían establecer en Tecámac aparecía la figura de “concesionarios” para la administración de panteones. Éstas se otorgarían por un tiempo definido, no menor a tres años, y por ella tendrían que pagarle al ayuntamiento cierta cantidad. “Es un negocio redondo [concluye Olivares]. Ganan todos: los administradores y el ayuntamiento. Pero finalmente eso se detuvo: aquí no pasó”.

La antítesis del reacomodo electoral

El *quid* electoral fue lo único que pudo señalar un derrotero diferente en toda esta historia, cuando ya se había llegado a una situación de tensión extrema entre mani-

festantes y gobierno saliente. En cierta manera fue un determinante del conflicto. Mateo Martínez fue el primero que planteó la posibilidad de buscar una salida electoral al conflicto. Pero cuando llegó a proponerse como pre candidato del PRD para las elecciones municipales, fue “barrido”. En el interior del movimiento de resistencia civil empezó a abrirse una división, pues no todos estaban con la apuesta política que hacía Martínez.

No es que no quisiéramos que ganara Mateo [explica Maruri]. Pero nosotros sabíamos que él no era, que no iba a llegar. Hay personas que sí se volcaron con Mateo: mi hermana, ella y Arturo, sí se fueron con Mateo. Él era reconocido aquí en el pueblo como líder, pero arrastre en el municipio no tenía, ni partido. Luego que él se propuso como perredista, y el PRD que me lo desecha...

En las internas del PRD perdió, se dice, con fraude: “ahí se veía claramente la mano de Aarón...”, dice Sandra.

Mateo quedó afuera, y después ya andaba buscando dónde se acomodaba [continúa Maruri]. Y se acomodó con el Convergencia. Ahí fue donde yo ya caí de él. No, pues no puede ser. Si no quedo aquí es *a huevo* acá. Ya no era creíble. Nada más andaba diciendo, soy o soy. De ahí ya pierde las elecciones, pierde la presidencia y pierde todo. Y ahí sí vienen las elecciones para delegado. Pero nosotros todavía seguíamos junto con él en el movimiento...

En este punto hay que destacar un acontecimiento clave. En febrero de 2006, un mes antes de las elecciones municipales, se pretendía hacer una asamblea pública entre manifestantes y candidatos, en la presidencia. Durante el día se pasaron las horas sin que se llegara a destrabar el conflicto. Los manifestantes exigían la devolución incondicional de los pozos. Pero en la madrugada el candidato a presidente municipal por el PRI y diputado local, Óscar González, se declaró “secuestrado” por la gente. Era la autoridad de más alto rango presente. La gente del movimiento no contaba con que en ese mismo momento, estaban ingresando por la iglesia hacia la explanada unos 500 granaderos dispuestos a “recuperar” el palacio municipal. En medio de esta situación, cuando era inminente el tropel, el candidato del PAN, Octavio Germán exhortó a las autoridades para que detuvieran a los granaderos, que ya entraban al choque contra la gente. Logró que la gente se replegara, e hizo su promesa de campaña que él regresaría los pozos si era elegido alcalde.

Mucha gente de Tecámac apoyó al PAN para la presidencia municipal porque sabían de antemano que, si ganaba el PRI, una persona iba a controlar todo. Mateo se lanzó para la presidencia por Convergencia, pero cuando pidió el apoyo de la gente, muchos pensaron que en lugar de ganar podía restarle fuerza al PAN y que le iba a dejar el camino libre a Aarón. La gente calculó que el PAN era el único que lo podía vencer.

Hasta aquí, el balance de las primeras elecciones después del movimiento del agua en Tecámac fue bastante positivo para muchos: finalmente derrotaron a Aarón.

Aunque esto no es completamente cierto, pues si bien su candidato perdió la presidencia, él volvió a ocupar una curul como diputado local en el congreso de Toluca. Meses después se elegirían autoridades en las 24 delegaciones municipales, por lo que el proceso electoral en Tecámac viviría un episodio más.

Toda la estructura de la delegación (Copaci y Delegados) surgió de la planilla azul: conformada por personas que estaban dentro del movimiento del agua, pero que se presentaron como alternativa al proyecto de Mateo. Los actuales delegados (2006-2009) tuvieron que luchar no sólo contra la maquinaria del priismo en Tecámac: los incondicionales de Aarón, en la planilla morada. Además, compitieron contra la planilla café, compuesta por personas que habían estado con Mateo en su campaña.

Dentro de la planilla azul hubo un proceso para ver cómo iban a quedar; no fue nada más al dedazo [dice Maruri]. Se hacían juntas aquí, en casa del otro delegado, y la gente proponía: “que tal fuera representante”, y así se fueron nombrando los candidatos para los diferentes cargos, titulares y suplentes. Todos los que participaban en esas reuniones [también estaban los taxistas establecidos] estábamos conscientes de que quien entrara tenía que apoyar el proyecto del agua y de los panteones. A la planilla, por ser azul, se la identificó con el PAN, o se la satanizó en ese sentido. No sólo porque estábamos en contra del candidato de Aarón, sino porque algunas personas que estaban en el movimiento venían con el PAN.

Posesionado Octavio Germán se logró que el organismo regresara los pozos. Sin embargo, por cuenta de un alargado juicio no se ha podido impedir que el organismo espurio siga cobrando cuotas entre los habitantes de Tecámac.

Por otra parte, el sistema cambió de mesa directiva en 2007. Como presidente quedó un personaje salido del movimiento, pero diferente e independiente de los que venían manejándolo desde décadas atrás. Se les regresaron los pozos, pero con un adeudo de 500 mil pesos de energía eléctrica. “Entonces la gente dice: no, yo pago hasta que se arregle, ¿para qué le voy a pagar a aquellos?”, cuenta Isaías Martínez, el nuevo presidente de la junta directiva. “Empresas grandes, como la Pepsi-Cola, debe 60 mil pesos, las plazas del señor Aarón Urbina (la Premier y la Pabellón), deben agua”. Su única opción para no morir por desgaste consiste en un plan de concientización de pago. Después de ganar en los tribunales y en las urnas, siguen enfrentando a un espurio amparado...

La obstinación del organismo espurio ha sido tal, que cuando asumieron los nuevos delegados, no pudieron disponer de sus oficinas en el edificio delegacional. Solamente hasta que los delegados le propusieron al presidente derribar las oficinas viejas y construir unas nuevas, “dignas para el pueblo, sólo así pudimos chisparlos de ahí”, dice el segundo delegado.

Por otra parte, la asociación civil del panteón ha recibido el apoyo del gobierno municipal, mientras que dentro de sus objetivos como asociación civil, han seguido en la administración y cuidado de los panteones, pero

también permanecen alertados sobre su defensa y la posibilidad de un nuevo proyecto reglamentario, concluye Artemio Sánchez.

La presidencia no ha podido hacer gran cosa para impedir la dilación en materia de justicia. Rápido han pasado los tres años de gobierno panista de Octavio Germán, y Aarón Urbina espera, desde el congreso de Toluca, y los demás caciques priístas, Eduardo Bernal, Gaspar Ávila, Rogelio Alarcón, todos ex presidentes, también esperan una oportunidad para ocupar la candidatura del PRI en las elecciones de 2009.

REFLEXIÓN FINAL

Tratar de entender la formación del Estado a través de todo lo narrado quiere decir que hay una atención fundamental en los movimientos y coyunturas en donde confluyen (y se enfrentan) intereses comunitarios, corporativos, personales, colectivos, jerarquías, relaciones de poder, política, gobierno y transnacionales.

En la medida en que desde diferentes niveles de gobierno se trata de tomar el control en lugares estratégicos de la vida comunitaria (a través de la municipalización, por ejemplo), se provoca una reacción de la comunidad, que tiene la capacidad de re-articular sus vínculos colectivos en torno a dichos intereses. Pero no todo es el ardor de la reacción comunitaria, sino que todo tiende a enfriarse nuevamente, siguiendo la lógica electoral del aparato de gobierno. No bien termina de darse un movimiento que aglutina los intereses de un pueblo, cuando

arranca otra recomposición de todos los fragmentos colectivos de la vida comunitaria.

Por último, considero que hacer visibles los problemas actuales de los “pueblos originarios” sirve para entender con mayores elementos de juicio las diferentes posibilidades de construcción de una ciudad plural. Introducir en el debate académico sobre la ciudad, de modo explícito, los conflictos y las dinámicas comunitarias, debe llevarnos a integrar argumentos y nociones sin los cuales no se puede realizar cabalmente un proyecto de ciudad incluyente.

NOTAS

¹ Agradezco todos los comentarios y críticas durante el Taller temático México-Alemania: “Poder, espacio y cultura en las ciudades. Reflexiones cruzadas a propósito de la ciudad de México”, celebrado en la Universidad Libre de Berlín en julio de 2008.

² Para hacer este cálculo contamos con los bandos municipales de los municipios del Estado de México, información del Programa de Apoyo a los Pueblos Originarios del Gobierno del Distrito Federal y diversos materiales etnográficos del seminario de Etnografía de la Cuenca de México.

BIBLIOGRAFÍA

CORREA, Hernán (2007), “Ajusco: agua y poder desde una perspectiva histórica”, en A. Medina (coord.), *La memoria*

- negada de la ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: UNAM / UACM, pp. 167-207.
- GLEDHILL, John (2000), *Power and its Disguises: Anthropological Perspectives on Politics*, 2ª ed., revisada y aumentada. Londres: Pluto Press.
- LOCKHART, James (1992), *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de los indios del centro de México, del siglo XVI al XVIII*. México: FCE.
- MEDINA, Andrés (2007), “Los pueblos originarios del sur del Distrito Federal: una primera mirada etnográfica”, en A. Medina (coord.), *La memoria negada de la ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: UNAM / UACM, pp. 29-124.
- NUIJTEN, Monique (2003), *Power, Community and the State. The Political Anthropology of Organization in Mexico*. London: Pluto Press.
- PANSTERS, Wil G. (1997), “Theorizing politic culture in Modern Mexico”, en W. Pansters (ed.), *Citizens of the Pyramid: Essays on Mexican Political Culture*. Amsterdam: Thela (Latin American Series).
- ROMERO, Teresa (2007), “En defensa de la muerte. Panteones y pueblos originarios de la ciudad de México”. Conferencia presentada en el Seminario Permanente de Etnografía de la Cuenca de México, IIA-UNAM, 27 de septiembre.
- WARD, Peter M. (2004), *México megaciudad: desarrollo y política. 1970-2002*. México: Miguel Ángel Porrúa / El Colegio Mexiquense.
- WOLF, Eric (1990), “Distinguished Lecture: Facing Power-Old Insights, New Questions”, en *American Anthropologist*, New Series, vol. 92, núm. 3, pp. 586-596.

_____ (2001), *Figurar el poder: ideologías de dominación y crisis*. México: Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social.

EL ESPACIO URBANO Y SU RELACIÓN
CON LA FORMACIÓN DE IDENTIDADES
EN EL CONTEXTO DE LA CIUDAD MULTICULTURAL:
EL CASO DE LAS “TRABAJADORAS DEL SERVICIO
DOMÉSTICO” EN LA CIUDAD DE MÉXICO

IVO NÁJERA

INTRODUCCIÓN

ESTE TRABAJO PRESENTA UNA INTERPRETACIÓN sobre los procesos de formación de identidad y su relación con el espacio urbano. El caso empírico tomado es el de la construcción y reconstrucción de identidad de las trabajadoras domésticas en la Ciudad de México. El tema central y la finalidad son explorar la relación entre identidad y espacio urbano, los cuales son entendidos dentro de un cruce cambiante de articulaciones culturales múltiples, es decir, en el marco de una ciudad multicultural.¹ Una ciudad multicultural supone la existencia de muchos grupos sociales con referentes culturales distintos como lo afirma García Canclini (1997: 76) para el caso de las grandes ciudades latinoamericanas. Pero estos grupos culturales se forman a través de procesos de

identificación y de diferenciación. Es decir, si se quiere entender qué es una ciudad multicultural, qué elementos la componen, cómo son sus relaciones, a qué conflictos conllevan, etcétera, es necesario entender cómo funcionan los procesos de identificación, los cuales suponen a su vez procesos de diferenciación.²

Las trabajadoras domésticas (comúnmente conocidas en México como *sirvientas* o *chachas*) representan un caso interesante para procesos de identificación en relación con el espacio urbano puesto que se trata en su mayoría de migrantes³ y por esta característica se puede entender en qué medida funciona el *movimiento centrípeto* de la ciudad del que habla García Canclini (1998: 25), a través del cual la ciudad homogeniza formas culturales diversas, venidas de otros lugares y las mezcla con otras para producir nuevas. Esto no significa que procesos de formación de identidad sólo tengan que ver con migrantes, pero en este artículo se parte de la suposición de que la migración es una fuente importante de transformación de identidad, tanto para los migrantes como para los habitantes nacidos en la Ciudad de México, puesto que la migración conlleva a un encuentro directo entre *otredades* como se explicará en el primer apartado.

Hay otras características que hacen a las trabajadoras domésticas un grupo muy importante para el entendimiento de una ciudad multicultural: a lo largo de la historia de México, como señala Goldsmith (1998: 90):

Entre 1930 y 1970 la población absoluta de trabajadoras domésticas en el Distrito Federal creció enormemente: de 51 237 a 171 822, lo cual

refleja, entre otros factores, la demanda generada por los crecientes sectores medios, y por las mujeres que ingresaban al mercado laboral y contrataban servicio doméstico para sustituirlas, por lo menos en parte, en la realización de algunas tareas del hogar.

La misma autora menciona que en la actualidad el número ha disminuido, sobre todo de las que trabajan *de planta*, es decir, de forma fija en una sola casa, pero el número de aquellas que trabajan *de entrada por salida* ha aumentado, esto significa personas que viven en su propia casa y tienen sus clientes distribuidos en otras casas. De cualquier forma su presencia ha sido siempre constante y numerosa y ha contribuido por lo tanto a moldear la imagen de la ciudad, así como ésta ha contribuido a la reconstrucción de la identidad de las trabajadoras domésticas.

En qué medida la identidad es transformada con el contacto urbano, así como qué elementos intervienen en la reconstrucción de identidad serán las preguntas que se buscará responder a lo largo de este artículo. En el segundo apartado se describe el método empleado, el cual se basa en entrevistas y observación directa. Las entrevistas fueron analizadas de forma hermenéutica de acuerdo con una versión constructivista de la *Grounded Theory* de Charmaz (2000) en una primera etapa y en una segunda etapa se combinaron estos resultados con la *Teoría de la Identidad Social* de Richard Jenkins (2004). La teoría de Jenkins ha sido escogida porque comprende tanto identidad colectiva como individual, se basa también

en ideas del constructivismo social, las cuales permiten comprender la identidad como un proceso observable en contextos específicos, como el de la entrevista. Un resumen del análisis y los resultados será expuesto en el apartado tercero.

MARCO TEÓRICO

Hablar de una ciudad multicultural nos lleva a varios problemas de definición como ¿qué se puede entender por ciudad? ¿Qué significa multiculturalidad? Y concretamente para los fines de este trabajo, ¿qué es la identidad? Comenzaré primero por explorar los posibles significados de multiculturalidad.

Multiculturalidad, multiculturalismo, cultura

Multiculturalidad, multiculturalismo, sociedad multicultural, etcétera, son términos utilizados muchas veces como sinónimos y otras veces marcan la diferencia entre un *hecho social* y un concepto normativo (Lucas, 1997: 55). Por otro lado, Kymlicka (1998: 25) distingue entre *multiculturalidad* y *multiculturalismo*, en el sentido de que *multiculturalidad* designa una realidad, la existencia en un espacio determinado de distintas culturas, mientras que por *multiculturalismo* ha de entenderse la relación política (de poderes) existente entre esas culturas. En este sentido se abordará en el presente trabajo una dimensión descriptiva y no normativa tanto de la multi-

culturalidad como del multiculturalismo. Es decir que lo importante aquí es desarrollar una interpretación que describa una parte de esa realidad cultural y de sus relaciones de poder, dejando fuera el aspecto normativo que se refiere a cómo debería ser esa realidad.

Pero multiculturalidad nos lleva al concepto de *cultura*, el cual es necesario precisar. La discusión acerca de la definición de cultura es muy amplia, *cultura* representa un concepto que no es posible definir con claridad (Groh, 1997) y que ha llevado a discusiones y definiciones muy diversas (Kroeber y Kluckhohn, 1952).⁴ Uno de los problemas actuales del entendimiento de cultura, como señala Eßbach, consiste en que se ha convertido en la fórmula que todo lo explica: “Kultur ist zur Zauberformel unserer Gegenwart geworden” [“Cultura se ha vuelto la fórmula mágica de nuestros tiempos”] (Hofmann *et al.*, 2004: 7).

Como se señaló en la introducción, la identidad es el tema central de este trabajo y no tanto cultura. La identidad es entendida aquí como una parte fundamental de la formación de grupos con referentes culturales. La intención no es ofrecer una nueva definición ni de cultura, ni de identidad, pero cultura será vista aquí como una construcción discursiva, esto significa que una cultura puede entenderse como un discurso que permite a los individuos entender el mundo y la vida bajo ciertos parámetros. En este sentido cultura es un sistema de significados (Parekh, 2000) que producen una cierta interpretación de la vida social y su entorno. Esta interpretación se expresa a través de un discurso, que es el encadenamiento de palabras y significados (Lyotard,

1999) producidos, reproducidos y transformados mediante el contacto social. La cultura entendida aquí tiene que ver con la versión de cultura como construcción sazónada con elementos posmodernos (Pieterse, 1997) que permiten ver a una cultura como algo abierto, fluente, en constante cambio que depende de la forma en la que se le representa y, por lo tanto, depende del discurso, del encadenamiento de palabras y significados que pretenden explicarla. Es importante señalar que la cultura no puede reducirse a procesos de identidad, así como la identidad no puede reducirse a elementos culturales. Es decir, desde una perspectiva rizomática,⁵ posmoderna, habría que entender en el caso de la identidad que la cultura es una parte importante en el proceso de identificación de un individuo, como lo es también el sexo, la edad, la familia, la profesión, etcétera, elementos que a su vez conforman una pluralidad cuya percepción cambia también con el contexto espacial y temporal.

Identidad

La identidad es el concepto básico de este trabajo. Etimológicamente identidad significa “lo mismo”, “lo idéntico” (del latín *identitas*), *sameness*, como lo señala Sökefeld (1999: 417). Pero este concepto ha tenido un cambio paradigmático en las últimas décadas (Sökefeld, 1999: 418). Este cambio se puede explicar a través de la transformación que ha sufrido la noción de “sujeto” (Hall, 1994): se ha pasado del “sujeto de la Ilustración” al “sujeto sociológico” y de éste al “sujeto” posmoderno. Según

el primer concepto, el “sujeto” es una unidad indivisible y autónoma, es decir, un individuo, caracterizado por un centro o esencia que es independiente del entorno social y que por lo tanto nunca cambia ni se altera. Este centro es la “identidad” del individuo (Hall, 1994: 181). Por su parte, el “sujeto sociológico” entiende al individuo siempre en relación con su entorno social, el “sujeto” no es más autónomo, no puede existir de forma independiente de lo social; es decir, el “sujeto” o “individuo” se construye socialmente, a través de su interacción con el entorno social. Sin embargo, explica Hall, si bien este “nuevo” sujeto no vive independiente del entorno social, en su concepción sigue vigente la idea de un núcleo o una esencia, que aún cuando esta esencia es modificable, sigue siendo imaginada como una unidad (Hall, 1994: 182-185). Finalmente el “sujeto posmoderno” retoma la idea de que el “sujeto” es producido a través de la interacción social, es construido socialmente, sin embargo, rompe con la idea de que en el fondo de este “sujeto” exista un centro o unidad que represente su “identidad”. Para el “sujeto posmoderno” no existen los individuos, como unidades, sino sólo los dividuos, es decir “sujetos” fragmentados, divisibles, constituidos por diferentes elementos que cambian constantemente (Hall, 194: 184-185).

En este trabajo se utiliza la teoría de la identidad social desarrollada por Jenkins (2004). Su teoría está fuertemente influenciada por el Interaccionismo Simbólico, corriente que Hall sitúa dentro de la noción del “sujeto sociológico” (1994: 182). Sin embargo no es posible encasillar la teoría de Jenkins completamente bajo el rubro “sujeto sociológico”, puesto que si bien tiene caracterís-

ticas de este paradigma, también tiene elementos pos-modernos como se verá a continuación. Es importante señalar que se ha tomado la teoría de Jenkins como parámetro general, como una orientación en el proceso hermenéutico de interpretación del material empírico. No es el objetivo de este trabajo criticar su teoría, ni proponer una nueva, sino, como se señaló en la introducción, analizar la relación e influencia del espacio urbano sobre la reconstrucción de identidades. Para este objetivo la teoría de Jenkins resultó muy útil, puesto que sus conceptos permiten entender la identidad como una construcción social, cambiante y fluida que comprende tanto procesos grupales como individuales.

Identidad en la teoría de Jenkins

Para Jenkins (2004) la identidad es un proceso más que una realidad, en el cual los individuos son activos y contestatarios. La identidad es entonces un proceso siempre abierto, en constante cambio. Este proceso tiene que ver con el entendimiento de quiénes somos y quiénes son los otros:

Identity is our understanding of who we are and of who other people are, and, reciprocally, other people's understanding of themselves and of others (which includes us). The outcome of agreement and disagreement, at least in principle always negotiable, identity is not fixed. (Jenkins, 2004: 5)

La parte central de su teoría se basa en la idea de la dialéctica interna-externa. De acuerdo con esta idea existen en el mundo individuos socialmente contruidos, es decir, dotados con sistemas de significados a través del contacto con su entorno social. La identidad de estos individuos se construye a través de su diferenciación con *los otros*:

Individual identity —embodied in selfhood— is not a meaningful proposition in isolation from the human world of other people. Individuals are unique and variable, but selfhood is thoroughly socially constructed: in the processes of primary and subsequent socialization, and in the ongoing interaction during which individuals define and redefine themselves and others throughout their lives. This view derives from American pragmatism, via the seminal contributions of Cooley (1962, 1964) and Mead (1934). From their work, an understanding emerges of selfhood as an ongoing and, in practice simultaneous, synthesis of (internal) self-definition and the (external) definitions of oneself offered by others. (Jenkins, 2004: 18)

Los individuos se relacionan con estos “otros” y con el mundo, primeramente, por medio de su cuerpo. El cuerpo es la proyección pública de la persona (*personhood*) y al mismo tiempo encierra al “yo” (*selfhood*),⁶ que es la parte privada, suma de pensamientos y sensaciones que no son vistos por los significantes otros. Aquí cabe pre-

guntarse hasta qué punto esta dialéctica interna-externa impide el entendimiento de espacios intermedios (véase Bhabha, 2000). Es decir, siguiendo la lógica rizomática referida arriba, todo binarismo (y la dialéctica interna-externa de Jenkins es un binarismo) implica una reducción de la realidad y una visión estática, fija en las dos raíces que la forman, en lugar de proyectar una imagen dinámica y plural. Para Jenkins la identidad es un proceso abierto y cambiante, sin embargo explica este proceso mediante una dialéctica fija. A mi entender, Jenkins piensa esta dialéctica como un marco que encierra una pluralidad de elementos. Las identidades cambian, esto es, los significados que se asignan a una persona o grupo cambian en referencia a características culturales, históricas, de edad, de progreso, etcétera, pero el marco de la relación yo-otros, nosotros-ellos, se mantiene. Sería importante pensar y analizar si existen espacios entre yo-otros, si probablemente existe algo que no sea un espacio interno sino un híbrido entre lo interno y lo externo. Para Jenkins el espacio interno-externo sólo se puede separar analíticamente, en la “realidad” se encuentran interconectados. ¿Hasta qué punto sería necesario crear conceptos analíticos no duales sino más plurales, para poder interpretar mejor los fenómenos de la identidad? Esta es una cuestión que rebasa los límites de este artículo, la pregunta queda abierta y aquí me limito a utilizar la dialéctica de Jenkins con sus virtudes y limitaciones.

Por otro lado la asociación de espacios públicos y privados con sus partes distintas del proceso de identidad (*personhood* / *selfhood*) resalta la importancia del “espacio” para la construcción de la identidad. El pro-

ceso de identidad como lo muestra Jenkins tiene necesariamente que ver con el espacio y con el tiempo, es imposible pensar la identidad como relación social, intercambio y construcción de significados sin el contexto de un lugar y un tiempo en el que éstos se llevan a cabo (2004: 25-26).

El problema es cómo definir tanto espacio como tiempo. Jenkins dice con toda razón que la identidad es siempre desde un punto de vista, *localizada* en un punto, una persona, un cuerpo, un discurso, etcétera.⁷ Esta localización o personificación de la identidad está inevitablemente relacionada con el tiempo. Yo soy (o creo ser o pretendo ser) una persona en un momento determinado. El “yo” de la universidad no es el mismo “yo” con la familia o en un bar, así como el “yo” de 15 años no es el mismo que el “yo” de 50. Tanto el contexto espacial como temporal están interrelacionados con el proceso dialéctico interno-externo de la identidad. El problema es cómo entender tiempo y espacio. Sin pretender ofrecer una respuesta (la discusión sobre tiempo y espacio es tan vieja como la humanidad misma), tiempo y espacio serán entendidos aquí también como significados contruidos y negociados socialmente. El “yo” de 15 años es visto de forma distinta al “yo” de 50 por una persona específica de acuerdo con lo que esa persona espera de una persona de 15 y de 50 años. Existen códigos de comportamiento, estructuras recursivas (Giddens, 1997), comportamientos habitativos (Bourdieu, 1982) que se construyen, reconstruyen y reproducen socialmente y que definen de alguna forma lo que es el tiempo y el espacio: las normas que regulan el comportamiento

en un trabajo, no son las mismas que en una fiesta, y el comportamiento de un niño, como ya se ha dicho, se espera distinto al de un adulto. La forma de percibir tanto el tiempo como el espacio repercuten directamente en la forma de representarnos (*personhood*), lo cual a su vez repercute en la forma de vernos a nosotros mismos (*selfhood*). Así, tiempo y espacio son entendidos aquí como significados atribuidos socialmente en íntima relación con la identidad, que no es otra cosa que el proceso de creación de significados sobre quién soy y quiénes son los otros.

Sin embargo un posible problema de la teoría de Jenkins es la idea de continuidad. Como él mismo lo menciona (2004: 7), esta idea se opone a perspectivas posmodernas y en este sentido entiende Jenkins que en el proceso dialéctico de la identidad existe una continuidad en el tiempo y en el espacio, que permite a los individuos producir cierto sentido de orden, sin el cual no es posible sobrevivir: “Continuity posits a meaningful past and a possible future, and particularly with respect to identification, is part of the sense of order and predictability upon which the human world depends” (2004: 25-26). La postura contraria, posmoderna, sería la que nos dice que no existe tal continuidad, que el tiempo y el espacio, así como la identidad están constituidos por rupturas, por fragmentos (Thompson, 2004). Para Jenkins la continuidad significa un constante diálogo con “otros”, lo cual permite a los sujetos ordenar su mundo, su pasado, su presente y abrir una perspectiva para el futuro. Sin esta continuidad, la identidad no es posible, puesto que los individuos no tienen la posibilidad de or-

denar su mundo, su tiempo y su espacio. Es por lo tanto imposible producir esa articulación de elementos, ese punto en el que discursivamente el “sujeto” se posiciona diciendo “esto soy yo”. Aquí resulta necesario diferenciar que una cosa es que Jenkins piense que existe un diálogo constante entre un “yo” y una “otredad” y otra cosa es que el resultado de este diálogo pueda ser únicamente el de una percepción lineal del tiempo y también del espacio. En este diálogo, dependiendo de la influencia cultural y de la forma en la que esos diálogos se llevaron a cabo, los individuos pueden crear un sentido de linealidad, de causa-efecto, “en mi pasado hice A y B y por eso ahora soy C y si continuo así en el futuro seré D. Pero también es posible que el resultado de ese diálogo lleve a los sujetos a ver su vida como una constante ruptura (“en el pasado fui C, ahora soy F y mañana no sé”). Es decir, finalmente depende de la perspectiva y la socialización que experimenta cada sujeto, no se puede generalizar el resultado del diálogo entre el espacio interno y externo, sino el resultado ha de entenderse primeramente como algo abierto y plural. Resumiendo, tanto la identidad como el tiempo y el espacio son formas de representarse y de representar al mundo. Estas representaciones pueden hacerse como líneas, órdenes, relaciones causales, o como fragmentos, diseminaciones, rupturas, etcétera. En todo caso lo central en esta discusión es que la identidad es un proceso que depende de un diálogo con una otredad significativa. Esta constante en los procesos se puede organizar mediante la metáfora de un espacio exterior y uno interior, público y privado, *personhood* y *selfhood* y puede también ser representada como

una continuidad o una ruptura. De esta forma, Jenkins coincide en este punto con la postura posmoderna, en el sentido de que tanto *personhood* como *selfhood*, al ser dos partes interrelacionadas de un proceso de identidad que está en constante cambio, son en sí mismos también plurales (no existe un solo *selfhood* ni un solo *personhood*), fragmentos de procesos interrelacionados que no terminan, que fluyen en un tiempo y un espacio igualmente cambiante y plural. Siguiendo la clasificación de Hall podemos entender la teoría de Jenkins como “sociológica” en el sentido de que se basa en el interaccionismo simbólico y en la idea de espacio privado y público, pero también es posmoderna en el sentido de que la relación entre estos dos espacios no es vista como un equilibrio con la sociedad sino como un constante diálogo y negociación, como procesos que cambian constantemente dependiendo de los significados que queremos proyectar en un lugar y tiempo determinado, de la interpretación de esos significados por parte de los otros y de la interpretación de las señales emitidas también por esos otros. Así la teoría de Jenkins funciona como un puente entre las corrientes sociológicas y posmodernas explicadas por Hall (1994), puesto que tiene elementos de ambas, produciendo una unidad teórica lo suficientemente coherente para ser tomada en cuenta. Desde luego existen elementos criticables como los expuestos aquí y como otros que no se tomaron en consideración por no ser relevantes para los objetivos de este trabajo. La discusión acerca de la fragmentación de la identidad o su división en una parte externa y un núcleo interno sigue abierta y recuerda un poco al proverbio que dice “nunca be-

berás dos veces la misma agua del río”. La identidad es entendida por Jenkins como algo que fluye, en este sentido es siempre distinta, aunque el río (los procesos de construcción de identidad) sea aparentemente siempre el mismo: diálogo con “otros” y representación.

Ciudad

Ciudad como concepto puede ser definida de distintas formas, sin embargo se le relaciona siempre de forma lógica con el concepto de *espacio*. *Ciudad* y *espacio* son términos precisados por Lefebvre, para quien un espacio es siempre una construcción social, un depositario de significados, de prácticas e imaginarios, así lo concibe Dorer (2003: 20):

En primera línea entiende Lefebvre el espacio como un espacio urbano-social que se estructura a través de tres principales formas de espacio, las cuales están directamente unidas a la sociedad occidental capitalista y sus formas de producción. Este modelo estructural de la sociedad comprende: La vida cotidiana [...]; el espacio de las representaciones [...]; finalmente el espacio imaginario. Esta triada consiste, hablando en términos fenomenológicos, en percibir, pensar y vivir los espacios.⁸

De esta forma será entendido tanto espacio urbano como espacio rural, como la adscripción de significados a un

lugar donde se llevan a cabo relaciones sociales, los cuales son producidos mediante el contacto con la sociedad por procesos de percepción, pensamiento y experiencia.⁹ El espacio urbano puede ser entendido como la combinación de tres estructuras en el sentido de Lefebvre: el de la vida cotidiana, el de las representaciones y el espacio imaginario. Estas tres estructuras son socialmente construidas y constantemente reconstruidas a través de la interacción y la construcción de nuevos significados. Es importante indicar que estos tres espacios (vida cotidiana, representaciones y espacio imaginario) están también interrelacionados con procesos de producción de identidad, en el sentido de que la vida cotidiana tiene que ver con las relaciones entre personas, esto es, tiene que ver con la adscripción de significados a *otros*, mediante la cual se define también un *nosotros*. El espacio de las representaciones incluye también este proceso de identidad, puesto que representar algo o a alguien trae consigo también una diferencia entre dos o más formas identitarias. Por su parte el espacio imaginario está en relación con un espacio real, en un tiempo presente, esto quiere decir que este espacio real, por ejemplo el del momento en el que se realizaron las entrevistas, está formado por personas reales, presentes en ese momento, quienes hacen referencia a otras personas y otros espacios imaginados durante la entrevista, reconstruidos por la memoria. Sin embargo, esta forma de recordar está influida por la presencia de la persona real, esto es la forma de producir un imaginario tiene que ver con el contexto presente desde el cual se le imagina, así como con la relación con las personas presentes al momento de la construcción del

imaginario. En resumen, el espacio urbano en sus tres variantes (vida cotidiana, representación e imaginario) forman parte de un proceso de construcción de significados que está íntimamente relacionado a los procesos de construcción de identidad.

Poder

En la construcción de la identidad es importante el papel que juegan las relaciones sociales, como ya se describió, las cuales implican relaciones de poder. Es decir, si bien es importante la dialéctica de la identidad explicada arriba, es igualmente fundamental entender la función del poder que se interrelaciona con esta dialéctica. Al analizar los casos empíricos fue necesario precisar qué se entiende por poder, pues en las relaciones sociales de las entrevistadas, las jerarquías que influyen en estas relaciones, así como las estrategias para contrarrestar o eliminar dichas jerarquías, revelaron que el “poder” juega efectivamente un papel central en la (re)construcción de la identidad, como ya lo había señalado Hall (1994). Sin embargo definir el poder abre nuevos problemas teóricos.¹⁰ En este trabajo el poder será entendido de dos formas distintas de acuerdo con Haagard (2002: 308): poder como consenso o como conflicto. Este autor ha analizado diferentes teorías sobre el poder antes de desarrollar la suya propia, la cual está sobre todo influenciada por la concepción de poder de Giddens (1997) y de Foucault (1992). El poder ya sea como consenso o como conflicto debe entenderse siempre como una forma de

relación social. Como consenso implica la aceptación de ciertas formas y jerarquías en las relaciones entre personas, que pueden llevar a la formación de una estructura. Una estructura en el sentido de Giddens es una conexión de reglas y recursos que se reproducen con el tiempo en un contexto específico (Giddens, 1997: 432). El poder como consenso (estructura) predetermina hasta cierto punto la interacción de las personas. Así se tiene por ejemplo que la división entre jefes y trabajadores en una institución predetermina la forma en la que cada uno, de acuerdo con su rol, interactúa con el otro.¹¹ El poder como conflicto describe las relaciones que se dan entre los fines y las voluntades de algunas personas que intentan sobreponerse a las de otras (Haugaard, 2002: 305). El poder como conflicto de voluntades y fines está inscrito dentro de las estructuras de poder. Por ejemplo en un trabajo pueden tener dos personas una idea distinta sobre un proyecto. Hay aquí un conflicto entre dos voluntades que intentan dominarse entre sí. Sin embargo este conflicto se da dentro de una estructura de poder entre jefes y trabajadores que no necesariamente se ve afectada por los conflictos de voluntades. El poder como conflicto puede darse también al nivel de las estructuras, lo cual implica una transformación de las relaciones sociales mucho más profunda (Haugaard, 2002: 305). En resumen, el poder puede ser un consenso o un conflicto en dos niveles: estructural o de voluntades dentro de una estructura. En la obra de Haugaard consenso parece ser un sinónimo de estructura. Si se sigue esta idea entonces se pueden encontrar consensos generales (estructuras más amplias) dentro de los cuales se dan otros conflic-

tos u otros consensos de menor alcance (estructuras menos amplias: estructuras dentro de estructuras), como lo muestra el modelo sobre poder como interacción social.

MÉTODO

El método empleado fue el de la entrevista y la observación directa. A través de la entrevista se creó un contexto en el que las entrevistadas se vieron confrontadas con una otredad “real”, es decir, con el entrevistador que estaba físicamente presente para que a raíz de este encuentro, influenciado y dirigido por las preguntas mismas de la entrevista, las trabajadoras domésticas se refirieran a *otredades imaginarias*. Llamo *otredades imaginarias* a las referencias que las entrevistadas han hecho hacia personas que no se encontraban físicamente presentes en la entrevista y cuya mención y descripción requiere un ejercicio tanto imaginativo como de memoria, que son entendidos aquí también como constructos igualmente influenciados por el contexto de la entrevista y por la presencia del entrevistador. Estas otras personas (*otredades imaginarias*) fueron sobre todo personas de la familia de su pueblo originario y de su nueva familia en la Ciudad de México, los patrones y compañeras de trabajo, vecinos de su lugar de origen y sus nuevos vecinos. Marcar una diferencia analítica entre una *otredad real* y una *imaginaria* tiene por objeto resaltar la importancia de la presencia y de la ausencia de las *otredades* en relación con la forma en que son percibidas. Esto significa que la presencia del entrevistador como *otredad real* determi-

na el discurso sobre la *otredad imaginaria*, ausente en el momento de la entrevista. La forma en la que las trabajadoras han percibido al entrevistador ha determinado la forma en la que ellas han expresado sus relaciones con las *otredades* no presentes (imaginadas).

En total se realizaron siete entrevistas con trabajadoras domésticas. Todas las entrevistadas fueron mujeres y tienen ya varios años viviendo en la Ciudad de México, es decir, todas ellas nacieron y pasaron por lo menos su niñez, o parte de ella, en algún lugar fuera del DF. La edad de las entrevistadas varía entre 27 y 55 años. Cuatro de las entrevistas fueron realizadas en Iztapalapa y las otras tres en distintos lugares: una en la colonia Nativitas, otra en la colonia Portales y la tercera en la colonia Guerrero de la Delegación Coyoacán.

Las entrevistas se enfocaron en la descripción de la forma de vivir y de relacionarse con otras personas (familia, vecinos, colegas del trabajo, profesores, etcétera) tanto en su pueblo de origen como en la Ciudad de México, antes y después de la migración. Lo importante era saber si estas relaciones con las personas de su lugar de origen se habían transformado después de haber migrado a la ciudad, cuáles eran las imágenes que tenían ellas antes de migrar y en qué sentido se vieron transformadas cuando se establecieron en el DF. Otras preguntas iban encaminadas a saber de qué forma las personas usan la Ciudad de México, sobre todo en el tiempo libre, si existe la idea de la Ciudad de México como un lugar que no se reduce al ámbito laboral. También se abordaron los temas de lo *chilango* y lo *mexicano*, conceptos que con frecuencia son asociados con la Ciudad de México y sus

habitantes, así como con qué significados era dotado *lo indígena*. De esta forma se crearon tres familias de códigos que comprenden las relaciones entre las personas y su pueblo, la ciudad y otros elementos no espaciales, como lo muestra la tabla de las páginas siguientes.

Los códigos de esta tabla son el resultado de diferentes fases. En una primera fase se desarrollaron 75 códigos, de forma libre (*free coding*), lo que significa que casi línea por línea intentó asociarse con algún tema, algún significado que pudiera dar una primera vista general de los temas y elementos que hay en las entrevistas, desde luego enfocados a lo que tiene que ver con la ciudad y la identidad como un primer filtro en la interpretación y búsqueda de códigos. Después se compararon los códigos (*axial coding*) de distintas formas: 1) diversos códigos en una entrevista; 2) el mismo código en distintas entrevistas. Como resultado se redujeron los códigos a 56, agrupados en las tres familias mostradas en la tabla. La familia de códigos más grande es la que tiene que ver con la ciudad, puesto que la mayor parte de las preguntas tuvieron que ver con ella. La ciudad siempre se tomó en referencia con la vida en el pueblo; de la relación entre ambas, salieron también temas que las personas no asocian con un espacio determinado como es el caso del sexo, lo indígena, ser madre, etcétera.

<i>Yo-ciudad</i>	<i>Yo-pueblo</i>	<i>Yo-meta lugar</i>
• ciudad • ciudad (asociaciones no espaciales) • ciudad-discriminación • ciudad imaginada (+) • ciudad (imaginada-grande) • ciudad (imaginada-otras pers-rapidez) • ciudad (intranquilidad) • ciudad (libertad -) • ciudad (medios, tv) • ciudad (organización) • ciudad (personas-diferencia económica) • ciudad (personas-colegas) • ciudad (personas-familia) • ciudad (personas-patrón) • ciudad (personas-vecinos) • ciudad (personas)	• lo indígena (por adoctrinamiento-organización) • lo indígena (comunidad-fuera DF) • lo indígena (forma de pensar) • lo mexicano (orígenes/tribu) • lo mexicano (por el pueblo y el dialecto) • pueblo • pueblo (situación económica +) • pueblo (personas-diferencia económica) • pueblo (personas-familia) • pueblo (personas-profes) • pueblo (personas-vecinos) • pueblo (pesonas-diferentes niveles estudio) • pueblo (por la lengua) • pueblo (por medios-tv) • pueblo (suyo = casa propia) • pueblo (violencia)	• edad • lo indígena (forma de pensar) • lo mexicano (por la comida) • lo mexicano (solidario) • mamá • autoidentificación (no estudios) • autoidentificación (pobreza)

- ciudad (por discriminación-indígena)
- ciudad (por la lengua)
- ciudad (rapidez)
- ciudad (situación económica +)
- ciudad (situación económica/neutral)
- ciudad (trabajo)
- ciudad (violencia)
- lo chilango (por arrogancia)
- lo chilango (por la lengua)
- lo chilango = hombres = vulgar
- lo chilango = lo mexicano = DF
- lo mexicano = vivir DF
- ciudad por lo chilango
- ciudad (comida -)
- ciudad (diferentes niveles estudio)
- ciudad (distancias cortas/comida)
- ciudad (tiempo libre)

Código: Yo-ciudad (33), yo-pueblo (16), yo-meta-lugar (7).

Cinco de las entrevistas fueron realizadas en las casas de las entrevistadas y dos de ellas en su lugar de trabajo. Dentro de las limitantes se puede mencionar también que por lo menos en dos de ellas (Martha y Eva) el ambiente de la entrevista estuvo claramente marcado por la identificación del entrevistador con la figura del patrón, si bien no directamente, sí se identificó al entrevistador con algún familiar o conocido del patrón, lo cual determinó el curso de la entrevista. En estos dos casos las entrevistas, a diferencia de las demás, se realizaron en su lugar de trabajo.

Los 56 códigos han permitido hacer una primera interpretación empírica sobre las entrevistas, que fue ampliada en una segunda etapa con elementos de la teoría de identidad de Jenkins. De estos códigos se han tomado para ambos análisis (empírico y empírico-teórico) sobre todo los de la familia “yo-ciudad”, los demás sólo han sido utilizados como referencia a algún otro código de esta familia.

El análisis de las entrevistas se hizo de acuerdo con el método hermenéutico de *Grounded Theory* en su versión constructivista desarrollada por Kathy Charmaz (2000). De acuerdo con esta forma de análisis, se entienden las siete entrevistas no como ventanas a la realidad, sino como construcciones realizadas en el contexto de la entrevista, construcciones hechas por el entrevistador y las entrevistadas. Esto significa que las entrevistas son desde luego una co-autoría, pero el análisis y la interpretación con todos sus defectos es una labor propia. La versión aquí desarrollada requiere aún la mirada crítica de las propias entrevistadas.

CONSTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN
DE IDENTIDAD EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Las preguntas centrales de este trabajo han sido: ¿qué elementos intervienen en la construcción y reconstrucción de identidad de las trabajadoras domésticas emigradas a la Ciudad de México? y ¿en qué forma influye la Ciudad de México en los procesos de construcción de identidad? En un primer análisis desarrollado hermenéuticamente a través de la codificación de las entrevistas se encontró una estructura en la vida de las entrevistadas en cuanto a su experiencia de migrar y vivir en la Ciudad de México.

Imagen de la ciudad antes de la migración

En esta primera etapa las entrevistadas tienen una idea muy positiva de la ciudad a la cual identifican con la posibilidad de una nueva vida. Ésta consiste sobre todo en poder trabajar y mejorar su situación económica. La ciudad es conocida primeramente a través de las narraciones televisivas y de los vecinos o familiares que ya habían emigrado a la ciudad. En general a la ciudad se le asocia en esta primera etapa con un lugar grande, bonito y lleno de posibilidades. Las referencias a su pueblo en las entrevistas están marcadas con palabras como “ahí de” o “allá de”, las cuales son aquí interpretadas como un distanciamiento de su lugar de origen, posiblemente por un sentimiento de venir de un lugar jerárquicamente inferior a la Ciudad de México:

IVO. Ana Roque, bueno, mucho gusto señora. Y usted viene, o sea usted ¿no es del Distrito Federal?

ANA. No

IVO. ¿De dónde viene usted?

ANA. Ahí de Pachuca, Hidalgo, adelantito.

IVO. Ok. De adelante de Pachuca.

ANA. Sí, de Xochilpa.

*

IVO. Muy bien, señora, y usted viene de algún otro lado, o sea, ¿fuera del Distrito Federal?

EVA 2. De Veracruz, yo.

IVO. De Veracruz. Y ¿de qué parte?

Eva 2. De Veracruz de... de allá de Tecolutla, Veracruz.

*

IVO. Margarita y Juana, ok. Y ¿de dónde vienen ustedes?

MARGARITA. Yo, nosotros nacimos en el estado de Veracruz.

IVO. ¡Ajá!, ok. Y ¿en qué parte en Veracruz?

MARGARITA. Pues ahí en donde nosotros vivimos se llama Maximiliano.

No es lo mismo contestar la pregunta sobre el lugar de origen con “de” que con “ahí de / allá de”, según la interpretación aquí elaborada. La respuesta con la preposición “de”, independientemente de la entonación, no tiene un significado ni positivo ni negativo. Pero “ahí de / allá de” puede implicar, como ya se mencionó, un distanciamiento de su lugar de origen por la vergüenza de decir que son originarias de un lugar considera-

do como inferior. En el caso de Ana, dice primero “de ahí de Pachuca, Hidalgo”, una ciudad capital. Después, muy bajo, dice el nombre de su pueblo. Otra forma de mencionar un lugar es la que se puede ver en la entrevista con Martha:

IVO. [...] o le gustaría por ejemplo ir a vivir a Tampico o a otro lugar.

MARTHA. No, mire, ya pasé la experiencia también de irme a Estados Unidos, estuve entre ocho y nueve años allá, viviendo allá.

IVO. Ah. Ok, bastante tiempo y ¿dónde?

MARTHA. ¿Mande?

IVO. ¿Dónde?

MARTHA. En los meros Ángeles California.

La palabra *mero*, a diferencia de *ahí de* o *allá de* o simplemente de la preposición *de*, no conlleva un distanciamiento, ni tampoco una cierta pena o forma de restarle importancia al lugar. *Mero* refuerza la importancia del lugar, se refiere a él con cierto orgullo y con cierto gusto. En este sentido tenemos que ver con varios pueblos mexicanos a los que se les refiere con *ahí de* o *allá de*, una ciudad capital (Pachuca), referida con *de* y una ciudad capital estadounidense referida con *mero*. Esta situación puede relacionarse con la Teoría Mundo de Wallerstein (1974 y 1980), donde los pueblos implican periferias y las ciudades capitales, sobre todo Los Ángeles, centros. Esto por varias razones encontradas en las entrevistas mismas: el pueblo es asociado con una vida vieja, carente de posibilidades de superación, pobre y educativa-

mente muy limitada. La excepción la hace Lorenza, para quien la vida en su pueblo es mejor, comparada con la ciudad, porque ahí no hay tanta discriminación. Sin embargo aún en su caso, las mujeres han visto, en esta primera etapa, a la ciudad como un centro, es decir, como un mejor lugar sobre todo económica y educativamente. Pero esto no implica un absolutismo del centro ni de la periferia, es decir, en el centro, en la ciudad misma, existen también centros y periferias. En Iztapalapa, donde vive la mayoría de las personas entrevistadas, se le asocia con *gente no tan preparada* (Eva y Martha), *violencia* (Ana), en comparación con otras colonias y delegaciones. Para Margarita, el hecho de vivir en una colonia cerca de la Central de Abastos significa vivir en una situación privilegiada por la rapidez y la facilidad con la que puede conseguir alimento, ropa, etcétera, todo lo que necesita para vivir. Es decir, centro y periferia son términos muy relativos, dependen del punto de comparación y de la experiencia individual. Esto no quiere decir que no existan significados jerárquicos asociados a ciertos lugares. Para las mujeres está muy claro que la Ciudad de México es un lugar mejor para vivir, tanto en la primera etapa como en la segunda. La excepción es Lorenza, quien mediante el contacto con una organización de protección para *empleadas del hogar* desarrolló un discurso de orgullo indígena gracias al cual mira con ojos críticos la vida en la ciudad. Sin embargo, ella tuvo que ir al centro para comprobar que la vida ahí no es lo mejor para ella, sin el contacto con ese centro Lorenza no hubiera desarrollado esta nueva identidad de orgullo indígena. Así, aún en este caso, la ciudad implica la apertura a un conocimiento

que en su pueblo no se tenía. Esto mismo lleva a la idea de *La ciudad letrada* de Rama (1984: 588):

Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena e interpreta, aunque sólo para aquellos espíritus afines capaces de leer como significaciones los que no son nada más que significantes sensibles para los demás, y, merced a esa lectura, reconstruir el orden. Hay un laberinto de las calles que sólo la aventura personal puede penetrar y un laberinto de signos que sólo la inteligencia razonante puede descifrar, encontrando su orden.

Pero a diferencia de lo pensado por Rama, la Ciudad de México si bien se puede entender como un despliegue de discursos y significados, estos discursos y significados no sólo pueden ser producidos y entendidos por el poder de los letrados, es decir por el grupo de intelectuales y/o gente perteneciente a la burocracia administrativa. Las trabajadoras domésticas no pertenecen al grupo de intelectuales por razones obvias: sus niveles de estudio son mínimos, cuando no nulos, algunas de ellas son analfabetas, ocupan dentro de la estructura social de la ciudad las posiciones más bajas, incluso comparadas con otras posiciones bajas en cuanto ingresos y que tampoco son pertenecientes a la clase intelectual *strictu sensu* como lo son algunas vendedoras y secretarias:

MARTHA. Bueno, pues todas las que están de vendedoras, este, pues se ve como que tienen dinero, ¿no? Porque, pues, igual nosotros comemos huevos y frijoles, a lo mejor ellas comen otras cosas, pero, y siempre así entre ellas mismas no respetan la comida, se pierde y qué es lo que pasa, no pues las de limpieza o los polis. Entonces, pus igual tú te sientes mal que te digan, oye ¿por qué te estás tomando mi café?

IVO. Ok. Ok.

MARTHA. Entonces eso.

IVO. O sea, ¿hay como ciertas diferencias?

MARTHA. [diferencias]

IVO. Entre las vendedoras pueden tomar su café, no importa, pero con ustedes como que ya no.

MARTHA. Ajá, ajá, o sea, ¿como que nos hacen a un lado?

En México es común que personas que trabajan en una empresa compren comida para la pausa y lo que no se comen lo regalan a los policías o a las personas encargadas de la limpieza, como bien lo señala Martha. Si bien esto es posiblemente interpretado por los trabajadores como un regalo para los policías y personal del aseo, para Martha significa desprecio, puesto que le ofrecen lo que sobra y no comparten con ella otro tipo de cosas como el café o toda una comida como se comparte entre trabajadores de la misma posición. Ahora bien, como ya se mencionó, ninguna de estas personas, vendedoras, trabajadoras incluso gente con mayores recursos como gerentes pueden interpretar todos los discursos y los símbolos producidos en la ciudad, como tampoco lo pueden los “intelectuales”. Todos ellos, al igual que los

policías y las personas del aseo crean sus propios significados, no sólo en el ámbito laboral, también en relación con la ciudad, éstos son discursos pertenecientes a la ciudad, que surgen en ella a través de la interacción social y que, según mi entender, también forman parte de la Ciudad Letrada. Las trabajadoras domésticas producen sus propios significados sobre la ciudad, que sólo “la inteligencia razonante” como lo llama Rama puede descifrar cuando se trata de entender, cómo *los de abajo* construyen sus significaciones y ordenan su mundo. La Ciudad Letrada en este sentido si bien implica una ciudad con discursos y símbolos múltiples, no significa de ningún modo que estos símbolos y significados sean contruidos únicamente por la clase dominante.

De esta forma las entrevistadas reconstruyen su identidad desde esta primera etapa a través del contacto con su realidad y con el contacto con una ciudad imaginada como la localización de una mejor vida. De acuerdo con Jenkins (2004: 25-26), tanto el tiempo como el espacio son fundamentales para la construcción de identidad. La ciudad es igualmente una construcción que se produce en esta etapa por medio del contacto entre dos zonas: la real, la vida en su pueblo y la imaginaria, la vida en la ciudad. Estos dos lugares tienen que ver también con dos tiempos distintos: el presente que es miserable y el futuro que es mejor. La ciudad influye en esta etapa al proceso de construcción de identidad a través de las imágenes romantizadas de las telenovelas y de las narraciones de los vecinos, como ya se había mencionado.

Otros elementos importantes que influyen en el proceso identitario en esta etapa es la edad y la estructura

jerárquica de las relaciones familiares en el pueblo de origen. Todas las entrevistadas emigraron cuando eran todavía niñas o muy jóvenes. Las estructuras familiares en sus lugares de origen son muy jerarquizadas como lo muestra el siguiente pasaje:

IVO. ¿Por qué querías venir aquí, Eva?

EVA. Una, porque allá no hay trabajo. Y entonces como, este, de chiquitas nos quedamos huérfanas, pues mi mamá nos ponía a trabajar en el campo, entonces el campo como que no me gustaba, yo decía no, andar en el campo toda la vida, pues no porque a los cinco años mi mamá nos mandaba chiquititas a afilar piedra a este, a dar tierras, entonces allá nos prestaba mi mamá con los rancheros, o con los dueños de las hectáreas y pues íbamos a trabajar, pero nos pagaban, ¿qué?, 20 centavos.

IVO. ¿Tú conocías ya a personas que habían estado en la ciudad, o sea antes de que tú vinieras?

EVA. Mi hermana.

IVO. Ah, ¿tu hermana ya había estado aquí?

EVA. Sí, también chiquita, mi hermana.

IVO. Y eso, ¿antes de que tú vinieras?

EVA. También mi hermana se vino chiquita, sí, a escondidas de mi mamá, se desapareció un tiempo, mi mamá ya no la quería ver, ésta también pero ella se vino porque, como ella decía, yo no quería sufrir, no quería comer tortillas así como las comíamos, ella quería, pues, superarse más y digamos ya a vivir aquí en la ciudad, a eso se vino ella.

En este caso los padres de Eva determinan por completo su vida, no se piensa tanto en el futuro individual de los niños sino en la situación inmediata en la que los padres necesitan dinero, por ello rentan a los hijos con rancheros o, como en el caso de Fidelina, los padres deben trabajar y por ello los hijos más grandes deben hacer toda la labor de la casa como cocinar, cuidar a los más pequeños, etcétera. En esta forma pareciera que los padres ven en sus hijos la posibilidad de mejorar económicamente, son un medio para sus propios fines y no como fines en sí mismos. Este razonamiento se puede entender dadas las condiciones tan precarias en las que se vive en el campo de México. Lo importante aquí es la estructura de poder entre padres e hijos, que determina sus relaciones y que lleva a las mujeres a tomar ciertas decisiones: Eva decide engañar a su mamá e irse con su hermana a México a buscar mejor suerte. Esta estructura jerárquica de poder que precede a la decisión de emigrar es un elemento de gran importancia para la construcción de identidad en esta primera etapa, pues las mujeres se ven a sí mismas como emprendedoras, como sujetos que por primera vez toman las riendas de su destino y buscan con sus propias decisiones mejorar su vida y la de sus familiares. Así se tiene una supra-estructura de poder formada por las relaciones padres-hijos dentro de la cual aparece un conflicto observable a través de las decisiones tomadas por las migrantes. Hasta qué punto estos conflictos afectaron esa estructura, no es muy claro. De cualquier forma esta constelación de fuerzas lleva a las mujeres a mirarse a sí mismas y a la ciudad de una forma específica, como ya se señaló.

Los primeros años en la ciudad

En esta segunda etapa las mujeres dejan la estructura jerárquica de la vida familiar en su pueblo, para entrar a una nueva estructura jerárquica en el ambiente laboral. La diferencia entre las dos estructuras radica en el hecho de que la posición alta de esta jerarquía no la ocupa un familiar sino un extraño que no sólo encarna una jerarquía de poder, sino también una autoridad en sentido económico, educativo y de *status*. En el campo las mujeres y sus familiares comparten los mismos códigos de comportamiento, la misma lengua, la misma postura corporal, la misma mímica. En el nuevo lugar todo esto es extraño para las mujeres (aunque algunas mujeres hablan español como lengua materna) y poco a poco van entendiendo que su forma de ser distintas no es neutral, sino que significa estar en el punto más bajo de una estructura poder. Si en el pueblo las mujeres estaban también en una posición muy baja, en la jerarquizada relación familiar, era sobre todo debido al hecho de que su papel era el de hijas y no el de madre, el de mujeres jóvenes y no adultas. En la ciudad hay una serie de elementos nuevos que refuerzan el distanciamiento con la posición alta: educación, lengua, vestido, postura, mímica, comportamiento, etcétera. Estos elementos “nuevos” se manifiestan principalmente en su relación con el patrón, pero también con algunos espacios sociales dentro de la ciudad como restaurantes, parques, etcétera:

LORENZA. Yo lamentaba ser indígena, lamentaba ser empleada del hogar y muchas veces, este, me metí mucho

en las [tele]novelas y veía todas, ahora sí que desde las dos de la tarde estaba yo con las [tele]novelas y me imaginaba así la historia, ¿no? Desde la, muchas veces las empleadas se casaban con el hijo del patrón y que no sé qué, que en la vida real no pasa, ¿verdad? Pero eso lo, lo, lo pasan, lo siguen haciendo en las [tele]novelas, entonces, este, un mundo donde, donde, ahora sí que nos veían raro porque, por decir, los domingos que salíamos, o que salíamos todas las empleadas del hogar, porque era el día de nuestro descanso, pues se, a nosotras, como me decía una persona, ahí en Caritas, así no sé si vivía en México, que las mujeres indígenas siempre se vestían de colores, porque se identificaban mucho con la naturaleza, este, pues la naturaleza da todo lo que puede, todo tipo de colores y, este, entonces así nosotras, así nos vestimos y, y es cierto, ¿no? Yo me ponía mis zapatos blancos, a lo mejor calcetines rojos, el suéter verde, la falda azul, era lo más bonito para mí, o sea era lo más bonito los colores. Entonces, este, si nos veían entrar así en tiendas grandes o en restaurantes elegantes se nos quedaban viendo raro, no, este, no nos daban como mucho, mucho espacio para que pudiéramos entrar en esos lugares. Medio nos atendían, se nos quedaban viendo raro, como que, como si nos fuéramos a robar algo, ¿no? Entonces, este, todo eso muchas veces los indígenas no lo sabemos manejar, no sabemos cómo pensarlos, porque uno está acostumbrado a que en la comunidad todo mundo te saluda, todo mundo te respeta, ¿no? Y en las ciudades pues todo el mundo se nos quedaba viendo raro los domingos, pues peor era mi trauma, ¿no? O sea de

que, por qué, o sea por qué yo había nacido en una comunidad indígena y por qué no en la ciudad, por qué yo había nacido pobre y por qué había, todo eso, ¿no? Entonces eso era lo que, lo que más, me costó mucho trabajo, ¿no? Llegué en un momento en una depresión, este, en donde empecé a comer muy feo, empecé a engordar, entonces empecé a descuidarme como persona y llegó un momento en donde yo ya no quería salir los domingos a pasear, era quedarme encerrada todos los domingos. Entonces fueron, fueron choques totalmente, o sea muy, muy feo.

Aunque Lorenza representa un caso especial por el discurso de orgullo indígena que ha desarrollado,¹² permite ver muchos de los elementos que refuerzan esta nueva jerarquización como el vestido, comportamiento, lengua, etcétera. Lorenza considera estos elementos como indígenas, no está muy claro en los demás casos el significado de lo indígena; como sea, estos elementos son utilizados para posicionar a las mujeres en un rango muy inferior en las relaciones laborales, así como en las relaciones esporádicas que se llevan a cabo en ciertas zonas de la ciudad, en restaurantes, parques, etcétera. Estos elementos determinan un cambio en el proceso de reconstrucción de su identidad así como el proceso de reasignación de significados a la ciudad. La ciudad deja de ser lentamente un lugar idílico donde los sueños se hacen realidad. La ciudad significa en esta segunda etapa un lugar donde las personas se encuentran encima de ellas y la distancia entre ellos parece ser infinita. Aún en los mencionados casos de patrones / matronas pro-

tectores, es decir, de jefes que protegían a las entrevistadas motivándolas para estudiar, tratando de ayudarlas a aprender la lengua y códigos de comportamiento, etcétera, al jefe se le ve como un padre o como una madre (ambas figuras están en su imaginario siempre encima de ellas, como se vio en la primera etapa), en quien si bien pueden encontrar cierto refugio, jamás podrán establecer una relación como entre dos jefes. Ya sea por beneficencia o lástima, o por discriminación y desprecio, las relaciones laborales (que son las principales en esta etapa) son sumamente jerárquicas, como se puede ver en las entrevistas. En este sentido puede hablarse también de una supra-estructura de poder, dentro de la cual hay conflictos, malos entendidos, pero que no afectan la diferenciación entre patrón-empleada. Las empleadas mismas aceptan y reconocen estas diferencias con lo cual se reproduce constantemente esta estructura de poder.¹³

Situación actual (octubre de 2007)

Si la migración implicó la desilusión de comprender que la vida en la ciudad es más difícil de lo que pensaron, sobre todo porque llegan a ella a ocupar la posición más baja en una jerarquía con distancias enormes entre las posiciones, después de algunos años aprenden también a desarrollar una forma que les permite responder a esta estructura básicamente a través del matrimonio y del giro en el trabajo, esto es, dejan de ser empleadas domésticas *de planta* para convertirse en trabajadoras de

entrada por salida. Esta es la etapa en la que se realizaron las entrevistas.

Es importante señalar al respecto de las estrategias para contrarrestar los efectos de las jerarquías de poder, que las empleadas en esta etapa piensan en muchos casos que la relación con algunos de sus patrones es ideal, en el sentido de que se entienden muy bien con ellos, son respetuosos, amables, etcétera (como en el caso de Eva, Fidelina y Martha). La desigualdad de las posiciones y la explotación (en el sentido de que trabajan para un salario muy bajo, sin derecho a pensión, servicios médicos, seguro de salud, etcétera) pareciera ser algo *normal*, un hecho al que hay que resignarse o ignorar.¹⁴

Aquí aparecen nuevas figuras, *otredades* que influyen en su construcción de identidad. Las más importantes son los esposos, la familia de los esposos y en general la nueva familia. En segundo término están los vecinos con quienes si bien no todas tienen mucho contacto (otras sí, como Margarita, Eva, Eva 2 y Fidelina), son personas con las que cotidianamente intercambian señales y significados. Las mujeres viven en zonas humildes como Xochimilco y la mayoría en Iztapalapa. Muchos de los vecinos tienen un negocio propio que es una ampliación de su propia casa.

En este periodo, las estructuras jerárquicas persisten, sobre todo en el plano laboral, pero las mujeres están convencidas de que la Ciudad de México, si bien no es el lugar ideal, es una mejor opción para poder vivir y trabajar:

IVO. Sí, claro, y si te pudieras ir tal vez a otra ciudad dentro de México, ¿te irías, o te quedarías aquí, por ejemplo, no sé, a Chilpancingo, o...?

EVA. No, no.

IVO. No, ¿prefieres el DF?

EVA. Sí, ahorita sí, no te digo no siendo de acá, pus a otro lado menos, bueno donde no haiga tanta maldá, hijo.

IVO. ¿En Chilpancingo hay mucha?

EVA. Pus ahorita en Guerrero también.

IVO. Mucho, ¿no? ¿Y si tuvieras la posibilidad de irte, no sé, por ejemplo a un lugar más tranquilo como Querétaro o algo así?

EVA. A la mejor

IVO. ¿Sí? ¿O sea, te interesa más vivir en un lugar tranquilo?

EVA. Sí.

IVO. Y la Ciudad de México ¿te parece tranquila?

EVA. Pues no.

IVO. No, para nada. Ok. Y en general ¿la Ciudad de México te gusta, Eva?

EVA. Pus para trabajar sí porque de aquí comes y aquí te mantienes y te vas a un pueblo pues no. ¿En qué voy a trabajar yo? Vamos a poner, no puedo.

Para Ana y Lorenza es importante también vivir en un lugar más tranquilo. Ana y Lorenza son las únicas entrevistadas de las cinco que están convencidas de querer vivir en otro lugar fuera de la ciudad. Las demás piensan que la ciudad es intranquila, o cara, o estresante, pero siguen pensando que es el lugar donde pueden tener una vida mejor. Para Eva 2 así como para Ana y Margarita es problemático también el hecho de tener que comprar constantemente cosas para comer, a diferencia de su pueblo, donde podían alimentarse directamente del

campo. Para Eva 2 y Margarita es especialmente preocupante el hecho de no tener una casa propia. La carencia de un espacio en la ciudad, que sea realmente de ellas, que no necesitan rentar, es una característica importante en esta etapa. Las mujeres, si bien ya se han establecido y han formado una nueva familia, carecen aún de una casa propia, la casa de los padres en el pueblo es vista como el último refugio, a donde pueden ir si todo sale mal, aunque no es el escenario que desean sino más bien el poder refugiarse en su propia casa. La ciudad es vista aquí como la posibilidad de vivir mejor, a diferencia de la primera etapa no se piensa ahora en la ciudad como un lugar ideal, pero se le considera resignadamente como lo mejor dentro de lo peor. La ciudad en esta etapa adquiere otros significados, implica cierta estabilidad que se busca a través de un lugar propio donde puedan refugiarse tanto de la violencia de la ciudad como de la inestabilidad económica. Como lo menciona Eva, en Iztapalapa la mayoría de sus vecinos vive en sus casas y ha hecho de ellas sus propios negocios. Margarita dice:

IVO. Y usted, ¿se siente como chilanga?

MARGARITA. Mmm, la verdad, no.

IVO. ¿No?

MARGARITA. No.

IVO. ¿por qué no?

MARGARITA. Pues no sé, siento que no que, siento que soy más de mi pueblo que de aquí, por lo mismo, no tiene una casa propia y aunque así que tuviera uno pus siempre piensa en el origen de uno.

Margarita se identifica más con su pueblo al momento de la entrevista por varias razones: 1) en su pueblo tiene una casa propia (la de sus padres), 2) ella piensa en su origen y 3) el tema se habló en la entrevista a través de *lo chilango*. *Lo chilango* fue siempre asociado a personas que nacen en la ciudad, en muchos casos se le asocia con lo vulgar (Martha), con cierta forma de hablar (Eva), etcétera, en general las mujeres no se sienten como *chilangas*, pero ello no significa que no se identifiquen con su vida en la ciudad. *Lo chilango* tiene en el sentido común una connotación muy negativa, misma que les lleva a las mujeres a decir inmediatamente “no”, cuando se les pregunta si ellas son *chilangas*. Sin embargo, como ya se mostró, a excepción de Lorenza y Ana, todas las demás se imaginan su futuro y una mejor vida sólo en la ciudad.

El origen de las mujeres tiene significados muy diversos también. Para todas tiene una relación de afecto, puesto que parte de su familia vive ahí. Para Lorenza y Ana significa también paz, tranquilidad y una vida sin discriminación. Pero para las demás significa también el regreso a una pobreza mayor.

La ciudad en esta etapa, como ya se ha dicho, no es el paraíso pero sí la mejor opción, la cual mejoraría considerablemente no tanto por medio de una disminución de las jerarquías (sin duda no estarían en contra de ello) sino sobre todo mediante la posesión de un espacio propio. Esta idea se puede corroborar cuando se observa lo expresado sobre el tiempo libre. Las siete entrevistadas pasan su tiempo libre en casa (rentada o propia como en el caso de Martha), porque es ahí donde pueden refu-

giarse, establecer relaciones sociales donde su posición no es la última en la escala jerárquica y donde a través de las telenovelas pueden imaginarse una vida romántica al identificarse con las protagonistas. Las mujeres no sueñan más con ser doctoras, arquitectas o jefas de alguna oficina, quieren un espacio propio, donde puedan hacer su vida como ellas lo dictan sin depender de los padres o de los patrones y donde, en algún momento dado, puedan abrir un nuevo negocio del cual serían desde luego sus propias jefas. Esta situación es una realidad en el caso de Ana y resulta interesante observar que Ana es ahora su propia jefa, tiene su propio espacio y sin embargo es la única (junto con Lorenza) que está convencida de no querer vivir en la ciudad. Ana ha dejado de ver a la ciudad como un mejor lugar. Ella tiene lo que las otras no: un negocio y casa propia. Las demás entrevistadas desean todavía esta situación, probablemente cuando la tengan, darán a la ciudad nuevos significados y cambiará de esa forma su identidad nuevamente, su forma de verse y de ver a los demás.

Así se puede entender en esta tercera etapa que los significados asignados a la ciudad son diversos (violencia, intranquilidad, etcétera) pero aún persiste la idea de que es la mejor opción para vivir. Se desea tener un espacio propio, para poder entrar a un contexto en el que ellas tienen otra posición en la estructura jerárquica de sus relaciones sociales. De esta forma pueden construir una infra-estructura de poder, donde ellas gocen de mayor autoridad. Las relaciones laborales siguen siendo importantes como antes, pero éstas han cambiado gracias a que las mujeres encontraron la forma de reducir en

cierto grado las distancias jerárquicas. Esto lo han conseguido al cambiar su trabajo de *planta* por de *entrada por salida*, así como al dejar de trabajar y volverse amas de casa. En este sentido sigue existiendo una supra-estructura de poder en donde los patrones (en el caso de continuar trabajando) tienen la posición dominante aún. Pero su capacidad de contestación y su margen de acción dentro de esta estructura ha cambiado notablemente. La supra-estructura de poder, si bien existe aún, presenta ahora la posibilidad de mayores conflictos que atentan contra su estabilidad. Las mujeres no son ahora tan dependientes como antes. La posibilidad de escoger entre trabajar con una persona u otra, o no trabajar, les hace pensar que su vida en la ciudad es definitivamente mejor que en su pueblo. Si en la primera etapa se ven a ellas mismas como emprendedoras y a la ciudad como el lugar ideal, en la segunda esa imagen de la ciudad se cae del altar y se vuelve un espejo que refleja la miseria de su situación. Las mujeres se sienten lógicamente mal y desarrollan sentimientos de vergüenza sobre su origen y su forma de ser. En la tercera etapa, tenemos una situación nuevamente diferente. La ciudad es un lugar no ideal, pero sí el mejor, se han desarrollado formas para contrarrestar un poco las estructuras laborales jerárquicas, se han establecido sentimientos de resignación hacia su condición inferior o bien se ha desarrollado un orgullo hacia su origen, lengua y costumbres. La necesidad de un lugar propio se hace presente y constituye probablemente el factor principal para ordenar la vida en relación al futuro.

CONCLUSIÓN

En este artículo analicé la Ciudad de México y las culturas e identidades que en ella se reconstruyen como la producción de significados formados a través de la relación entre individuos y grupos en tiempos y espacios determinados. Si se quiere conocer una ciudad es necesario tomar en cuenta la simbología y los significados que son contruidos y reconstruidos, narrados y multiplicados por la compleja gama de relaciones sociales. La cultura (otra construcción simbólica) nos dota de ciertos parámetros para interpretar los significados y símbolos de las relaciones sociales, transformándose constantemente en contacto con otros parámetros, con otros espacios y otros tiempos. La identidad es un elemento central en la definición de una cultura, así como también en el proceso mismo de construcción y reconstrucción de significados sobre lo espacial. La identidad, sin embargo, debe entenderse como algo fluyente, en constante cambio, y que es inseparable de procesos de diferenciación.

Traté de relacionar la construcción de identidad con el espacio urbano como una forma de acercarse al entendimiento de lo que es una ciudad multicultural, en el caso de la Ciudad de México y de las trabajadoras domésticas. Esta construcción de identidad tiene que ver con numerosos elementos que cambian en el contacto con distintos tipos de *otredades*. En el caso de las trabajadoras domésticas la constante más relevante en el proceso de construcción de identidad es el poder, entendido aquí como una jerarquía de significados sociales, económicos y culturales que se traducen en dominio,

influencia o control en un sentido conflictivo (de disenso) o aceptado (de consenso). El poder como consenso fija estructuras jerárquicas (supra-estructuras) que sirven de marco para la creación de nuevos conflictos o de nuevos consensos (infra-estructura). Estas posibles facetas del poder influyen en la forma de interpretar a la ciudad y a sus habitantes, así como influye en la forma de verse a sí mismos. Existen muchos otros elementos relevantes en la construcción de identidad en relación con la ciudad como el sexo, la edad, el orgullo indígena, la violencia, el trabajo, etcétera. Sin embargo, en todos estos elementos está siempre presente la referencia a una jerarquía desde la etapa antes de la migración, como en las etapas posteriores. Esta jerarquía si bien ha estado siempre presente, no ha significado un poder absoluto, es decir, incontestable. Para minimizar los efectos de dicha jerarquía las trabajadoras domésticas han recurrido a diversos tipos de estrategias como la ruptura con las relaciones laborales mediante la construcción de nuevas relaciones (familiares, vecinales), o bien a través del cambio en el trabajo doméstico, donde pasan de ser empleadas *de planta* a *empleadas de entrada por salida*. Si bien este cambio en muchos casos no implica una mejora en esta estructura jerárquica, las entrevistadas tienen con ello la posibilidad de construir nuevas jerarquías, nuevas supra-estructuras en nuevos espacios, donde ellas ocupan posiciones más privilegiadas, como en la familia. De esta forma la Ciudad de México tiene distintos significados para las trabajadoras dependiendo del lugar donde se encuentren, ya sea el trabajo, su casa, la casa de un patrón, etcétera. En todos estos lugares se

construye y reproduce una jerarquía, en la que, como ya se mencionó, las mujeres ocupan distintas posiciones. Como resultado de este trabajo se puede afirmar que si se quiere entender lo que es una ciudad multicultural, resulta fundamental entender las relaciones jerárquicas de poder que se encuentran en los distintos espacios que conforman una ciudad. Entender las formas de representar, producir y reproducir jerarquías de poder implica ampliar nuestro entendimiento sobre la forma de producir e interpretar significados tanto sobre una ciudad, como sobre las culturas y las identidades que en ella se forman.

NOTAS

¹ La referencia a la multiculturalidad servirá aquí como contexto para una primera aproximación al tema de la identidad y de la ciudad. Tanto la forma de percibir la ciudad, así como la (re)construcción de identidades se encuentran influenciadas por el constante movimiento de diversos referentes culturales. Puesto que lo multicultural funciona en este trabajo como marco general, no serán considerados los debates sobre el institucionalismo multicultural (Nederveen Pieterse, 2007) ni sobre temas de justicia social, ciudadanía y reconocimiento en relación con el pluralismo cultural, como el que se ha desarrollado entre diversas corrientes de la teoría política que han sido comúnmente clasificadas (Bienfait, 2006; Willet, 2008; Olivé, 1999) como liberalismo (por ejemplo Kymlicka, 1996; Raz, 1994) y comunitarismo (véase Walzer, 1983; Taylor, 1993).

² Véase la interpretación de Saussure hecha por Lyotard en Haber (1994: 11) y Lyotard (1999).

³ Tres de cada cuatro nacieron y crecieron fuera de la ciudad, véase Goldsmith (1998: 92).

⁴ Estos dos autores encontraron en 1952 al rededor de 350 definiciones de cultura. En la actualidad las más conocidas son: a) primordialistas: la cultura se basa en rasgos originarios que pueden ser objetivamente analizados (Geertz, 1963: 105-158); b) cultura como socialización: considera la cultura como algo aprendido socialmente y reproducido sólo en sociedad (E. B. Taylor, en Helmbrecht *et al.*, 2002: 18; y Sorokim, 1962: 98); c) cultura como construcción: la cultura es una ficción temporal que cambia de acuerdo con el contexto, el espacio y el tiempo. (Clifford, en Breinig *et al.*, 2002: 20).

⁵ Cfr. Deleuze y Guattari (1977). Una perspectiva rizomática implica ver la “realidad” como algo plural, como un tubérculo que conjunta muchas raíces. La idea básica es que un fenómeno como la cultura está formado por muchos elementos, los cuales a su vez pueden ser subdivididos. El fenómeno en cuestión (por ejemplo *cultura*) es la condensación o el punto de encuentro de estas líneas, lo cual se transforma de acuerdo con el contexto y el tiempo, donde las líneas se mueven en otras direcciones formando nuevas conexiones. Esto lleva a entender la “realidad” como algo plural en constante movimiento.

⁶ El espacio interno, sin embargo, no ha de entenderse como una unidad invariable, sino como algo que está en constante diálogo con el mundo social y por lo tanto en constante negociación y cambio.

⁷ Sin embargo, aunque Jenkins no es muy claro en este aspecto, este punto, persona, cuerpo o discurso, del que él habla no debe entenderse como un centro o una unidad, sino como una articulación temporal en el sentido de Laclau y Mouffe (1991) o como la toma de posición de un sujeto dentro de una maraña de discursos (Hall, 1994: 30) que es válido sólo para un contexto específico, pero que no ha de ser pensado como algo inmutable.

⁸ Traducción mía.

⁹ Esta triada, como la llama Doderer, es entendida aquí como socialmente construida, pero individualmente reconstruida y transformada, en un proceso que implica siempre individuos en interacción social.

¹⁰ *El poder* es otro concepto más cuya definición no puede estar exenta de crítica. Su complejidad se muestra en las múltiples formas en las que se le ha concebido, por ejemplo como sinónimo de *dominio, fuerza, influencia, represión, control*, etcétera. Para Trias, el poder es lo mismo que *capacidad* o *virtud* (1993: 22). Para Foucault es una *fuerza*, o mejor dicho, una *relación de fuerzas* (1992: 158-159). Otros más lo conciben como *influencia* (véase a Tawney y a Russell citados en Lasswell y Kaplan, 1969: 75). También ha sido interpretado como un medio para obtener ciertos fines (véase la versión de Parsons explicada por Michael Mann, 1991: 20). Pero también hay quienes piensan que el poder es un fin en sí mismo (Moore, 1958: 15).

¹¹ Esta división puede formar una estructura si es aceptada y reproducida por el tiempo. Las estructuras, sin embargo, no deben entenderse como algo fijado para la eternidad. Ellas son transformadas también con la interacción, con el paso del tiempo y el contexto. Así un jefe en la fiesta de sus trabajadores posiblemente tiene una relación distinta con ellos, puesto que aquí las estructuras del trabajo o no existen o pierden fuerza.

¹² Lorenza tuvo contacto con un grupo de ayuda y asesoría para mujeres indígenas emigradas a la Ciudad México. Según cuenta la entrevistada, esta asociación ayuda a las mujeres para conocer sus derechos laborales. También les enseñan a lavar, planchar, cocinar, etcétera, para hacerlas más competentes como trabajadoras domésticas. Aquí se abre una pregunta más que por falta de tiempo y espacio no podrá ser abordada: la influencia institucional en la construcción de la identidad. Este aspecto resulta especialmente importante en el caso de las ciudades. Si se consideran, por ejemplo, como una primera aproximación al tema solamente las instituciones estatales se puede ver que en México tanto la presencia como la posible influencia de dichas instituciones se concentra sobre todo en las ciudades. De especial importancia pueden ser las instituciones educativas. Gutiérrez Chong (2001) ha hecho un análisis de la influencia de los libros de texto sobre la construcción de la nacionalidad en el especial caso de su recepción por parte de grupos indígenas. Sin embargo su estudio se basa desde luego en

personas que han tenido acceso a estas instituciones, que aprendieron a leer y escribir y por tanto pueden interpretar estos textos. En el caso de las entrevistadas de este trabajo, hay problemas de analfabetismo parcial o total en cuatro de los siete casos. Considero que si bien las instituciones y/u organizaciones (estatales o no) son un factor importante en la transformación de la identidad, ya sea por el contacto o por la exclusión de ellas. Hasta qué punto esta influencia es considerable, es decir de relevancia como la influencia familiar o laboral, es una pregunta que queda abierta y resulta bastante compleja, puesto que habría que diferenciar los tipos de instituciones que pueden influir, así como los diversos discursos que se producen en ellos. (Agradezco a Alejandro Cerda por sus enriquecedores comentarios a este respecto).

¹³ Esto no significa que esta estructura sea absoluta. Las empleadas han encontrado formas de romper esta estructura como se verá en la etapa 3.

¹⁴ Lo mismo fue encontrado por Anna Lúcia Florisbela dos Santos (2001: 94), en Brasil. Parece que existe una tendencia en el sentido de reforzar la desigualdad mediante el desarrollo de un sentimiento de “normalidad”, de resignamiento o de destino, a pesar de encontrar estructuras que contestan a las jerarquías de poder. Pero la desigualdad se mantiene e incluso se fortalece por pensar que es “normal”.

BIBLIOGRAFÍA

- BHABHA, Homi K. (2000), *Die Verortung der Kultur*. Tübingen: Stauffenburg Verlag.
- BIENFAIT, Agathe (2006), *Im Gehäuse der Zugehörigkeit: eine kritische Bestandsaufnahme des Mainstreams Multikulturalismus*. Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.

- BOURDIEU, Pierre (1982), *Die feinen Unterschiede. Kritik der gesellschaftlichen Urteilskraft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- BREINIG, Helmbrecht, Jürgen GEBHARDT y Klaus LÖSCH (editores) (2002), *Multiculturalism in Contemporary Societies: Perspectives on Difference and Transdifference*. Nürnberg: Universitätsbund Erlangen-Nürnberg.
- CHARMAZ, Kathy (2000), "Grounded theory. Objectivist and constructivist methods", en N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (editors), *Handbook of Qualitative research*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI (1977), *Rhizome*. Berlin: Merve Verlag.
- DODERER, Yvonne P. (2003), *Urbane Praktiken: Strategien und Raumproduktionen feministischer Frauenöffentlichkeit*. Münster: Monsenstein und Vannerdat.
- FLORISBELA DOS SANTOS, Anna Lúcia (2001), *Der Städtische Informelle Sektor in Brasilien. Das Fallbeispiel Rio de Janeiro*. Oldenburg: Bibliotheks- und Informationssystem der Universität Oldenburg.
- FOUCAULT, Michel (1992), *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1997), *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- _____ (1998), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*. México: Grijalbo.
- GEERTZ, Clifford (editor) (1963), *Old Societies and New States*. New York: Free Press of Glencoe.
- GIDDENS, Anthony (1997), *Die Konstitution der Gesellschaft*. Frankfurt: Campus Verlag.
- GOLDSMITH, Mary (1998), "De sirvientas a trabajadoras. La cara cambiante del servicio doméstico en la ciudad de México", en *Debate Feminista*, año 9, volumen 17, abril.

- GROH, Arnold (1997), *Kulturelle Verlust: Mechanismen und Interventionsmöglichkeiten*. Bielefeld: Universitätsdisertation.
- GUTIÉRREZ CHONG (2001), *Natividad, Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*. México: Plaza y Valdés.
- HABER, Honi Fern (1994), *Beyond postmodern politics: Lyotard, Rorty and Foucault*. New York: Routledge.
- HALL, Stuart (1992), "The Question of Cultural Identity", en Hall, Held y McGrew (editors), *Modernity and its Futures*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- HAUGAARD, Mark (editor) (2002), *Power: A reader*. Manchester: Manchester University Press.
- HOFMANN, Martin Ludwig, Tobias KORTA y Sibylle NIEKISCH (editores) (2004), *Culture Club. Klassiker der Kulturtheorie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- JENKINS, Richard (2004), *Social Identity*. London: Routledge.
- KROEBER, Alfred y Cleyde KLUCKHOHN (1952), *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. Cambridge: Harvard University Press.
- KYMLICKA, Will (1996), *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- (1998), *Finding our way. Rethinking ethnocultural relations in Canada*. Toronto: Oxford University Press Canada.
- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (1991), *Hegemonie und radikale Demokratie: zur Dekonstruktion des Marxismus*. Wien: Passagen Verlag.
- LASSWELL, Harold y Abraham KAPLAN (1969), *Power and Society*. Yale: Yale University Press.
- LUCAS, Xavier de (1997), "La sociedad multicultural, democracia y derechos", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 42, núm. 167, enero-marzo, pp. 51-84.

- LYOTARD, Jean-Francois (1999), *Das Postmoderne Wissen*. Wien: Passagen Verlag.
- MANN, Michael (1991), *Las fuentes del poder social*, I. Madrid: Alianza.
- MOORE, B. Jr. (1958), *Political Power and Social Theory*. Cambridge-Massachusetts: Harvard University Press.
- NEDERVEEN PIETERSE, Jan (1997), "Multiculturalism and Museums. Discourse about Others in the Age of Globalization", en *Theory, Culture and Society*. London: Sage, vol. 14.4, pp. 123-146.
- _____ (2007), *Ethnicities and global multicultural: Pants for an Octopus*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers.
- OLIVÉ, León (1999), *Multiculturalismo y pluralismo*. Barcelona: Paidós.
- PAREKH, Bhikhu (2000), *Rethinking Multiculturalism. Cultural Diversity and Political Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- RAMA, Ángel (1984), *La ciudad letrada*. Hanover, N. H.: Ediciones del Norte.
- RAZ, Joseph (1994), *Ethics in the Public Domain: Essays in the Morality of Law and Politics*. Oxford: Clarendon Press.
- SÖKEFELD, Martin (1999), "Debating Self, Identity, and Culture in Anthropology", en *Current Anthropology*, vol. 40, núm. 4, agosto-octubre, pp. 417-447.
- SOROKIM, Pitrim A. (1962), *Sociedad, cultura y personalidad. Su estructura y su dinámica*. Madrid: Aguilar.
- TAYLOR, Charles (1993), *Multikulturalism und die Politik der Anerkennung*. Frankfurt am Main: Fischer.
- THOMPSON, Willie (2004), *Postmodernity and History*. Palgrave: Macmillan.
- TRÍAS, Eugenio (1993), *Meditación sobre el poder*. Barcelona: Anagrama.

- WALLERSTEIN, Immanuel (1974), *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York: Academic Press.
- (1980), *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy*. New York: Academic Press.
- WALZER, Michael (1983), *Spheres of Justice: A Defence of Pluralism and Equality*. New York: Basic Books.
- WILLET, Cynthia (ed.) (1998), *Theorizing Multiculturalism. A Guide to the Current Debate*. Oxford: Blackwell Publishers.

MEMORIA, ESPACIO PÚBLICO, PRODUCCIÓN DE SENTIDO

CONSTRUCTING SUCCESSFUL IMAGES OF FAILURE: URBAN IMAGINEERING IN BERLIN AFTER 1989

ALEXA FÄRBER

“BERLIN. We can do everything. But nothin’ right” (zitty, 20/2007). With this phrase, innocently written in elegant white letters into a light blue sky above the impressive architecture of the new main rail station of Berlin, the city magazine “zitty” commented ironically on the unexpected damage to the building caused by “bad weather” just a few months after its opening. This slogan and picture formed part of a series of five similarly ironic slogans that the magazine published as their entry to the competition for a new image campaign that Berlin Mayor Klaus Wowereit had initiated shortly after his re-election for a second four-year term in 2006.¹ In May 2007 Berlin city government, the Senate, decided that the city was in need of a new brand identity. Together with business development and marketing office “Berlin Partner” a “BerlinBoard” was set up, consisting of 12 international, national and locally renowned advisers.



In the post-unification era this official call for a new image campaign for Berlin has to be understood as yet another step within a series of attempts to establish and implement a new image of “Berlin after”: *after* the National Socialist dictatorship; *after* World War II; *after* being cut into two parts by the Wall and turning West Berlin into a political, social and cultural island differing from East and West Germany equally and finally *after* the socialist regime of the GDR—which also means *after* a subsidised local economy in West Berlin and a run-down planned economy in East Berlin. “City of change”—the heading of the image campaign competition—echoes this intrinsic theme of “before and after”.

The construction of an image “post-...” implicates rupture with what has been dominating the city and its society before; it refers to the “scraping off” of what has

been before, as it is suggested by the widely acknowledged metaphor of the “palimpsest” (see Midgley, 2007). In the case of Berlin both, rupture and deletion, are closely linked to the topos of failure. I would argue that they even might be rationalised by the topos of failure. Failure counts as a prime topos of urban imagineering in Berlin because it implies plausibility for urban (self-) representation. Failure shows, for example, to be a particularly plausible figure used to rationalise the tension created between thriving economic development in the sector of cultural production within an overall situation of economic stagnation that is so characteristic for Berlin *as a whole*: Every year Berlin continuously takes one of the bottom places in the Länder-ranking of the Federal Republic.

Failure has become a recurrent topic for a wide range of actors who participate in what I will define in a first step as “urban imagineering” with respect to the image and imaginary of the city. Thus, the aim of this article is to show how, within urban imagineering of Berlin, failure turns out to be particularly plausible to connect to the imaginary of the city. Four case studies of initiatives and practices of public and private actors demonstrate different forms of relating to the topic of failure by inscribing their own action into an “urban imagineering” of Berlin.

The first case study is one of many examples of cultural production from Eastern Europe, and Russia in particular, that highlights the affinity of the (successful) staging of bohemian lifestyle cultures in Berlin to the topic of failure. Although referring to the same transnation-

al relations and exchange, the second case study about political and economic initiatives trying to sell Berlin as an economically viable “East-West-Turntable” (*Ost-West-Drehscheibe*) shows to be equally plausible within the city but less performative. A more successful official initiative is analysed in the third case study: Within the context of the first “Creative Industries Report” different storylines have been developed that effectively connect to the imaginary of Berlin in rhetorically weaving failure into official images. Putting forward an entrepreneurial mood as necessary for economic success, in this context risk becomes closely linked to failure and the final example of entrepreneurs in cultural production demonstrates how this is managed on an individual level.²

These case studies show that by contributing to urban imagineering social actors can shape their participation in urban space and society—even if, like in the case of Berlin, this asks for inscribing one’s own enterprise into an urban imagineering of a successfully unsuccessful city. Thus the claim by city magazine “zitty” ironically but perfectly relates to the topic of failure because it makes visible the “imperfectability” (Klein, 2005) of Berlin and therefore its specific character.

IMAGE, IMAGINARY, URBAN IMAGINEERING

Representing and “selling the city” with the help of representations or images is not exclusive to post-industrial cities,³ but it has gained vital importance within the last 30 years: For within the context of the competition for

economic resources the image has become a central object of urban policy. It serves to position the city within a regional, national and global network of cities. This describes a method that highlights the symbolic meaning of single characteristics of a city (their geographic location, certain buildings, historic events or even a certain atmosphere), thereby declaring them the cultural essence, the image of the city. These characteristics, turned into images, act as media of the competition between cities and, in this sense, need to be compatible with general urban standards. These include, on the one hand, recognisable spatial formats such as shopping centres and concomitant practices and products of consumption, as well as opportunities of access to the city space such as transport infrastructure or methods of payment. On the other hand, these images need to embody the specific character of each respective city, precisely the “cultural character” that distinguishes Paris from London, New York or Tokyo. Uniformity and uniqueness are merging in these images and are capitalised on within the urban economy of symbols (see Zukin, 1996).

Here, the conceptual differentiation between the image and the imaginary of the city is crucial.

Arjun Appadurai distinguishes between *images* as mechanically produced images (pictures) and the *imaginary* as product of social practices (Appadurai, 1998: 49). Both have not only gained in relevance through the spread of contemporary technologies. The imaginary is, furthermore, a performative part of cultural globalisation.⁴ While, according to Appadurai, the imaginary is to be understood as a transversal medium, in Rolf Lindner's

definition it acts—in relation to the city—in deepness. Lindner suggests that the different qualities of the imaginary of the city and the image may be outlined as follows: “The imaginary exists at a greater depth—it consists of deposits which produce a cumulative effect. The image is of second order, insofar as its content is consciously created... This does not mean, however, that images disseminated by campaigns and the like cannot become part of the imaginary, quite the reverse. But in this transformation their state is altered; they themselves take on a degree of duration and depth”. For doing so, the image has to “correspond to the imaginary, i. e. be culturally homologous” (Lindner, 2003: 12). This distinction implicates that the image is part of ideology, ideological strategies, that it is short term and thus superficial, whereby the imaginary is similar to an understanding of mentality or *longue durée*, its depth resonates and implicates more fully than the image to all kinds of urban atmospheres, practices and urban actors.

In this vein, Sharon Zukin, together with graduate students, examines the establishment and transformation of social imaginaries of cities or certain districts. Comparing Coney Island and Las Vegas they point out that “the social imaginary is invisible, but it produces real effects” (Zukin *et al.*, 1998: 629). The “urban imaginary” which they understand as “a set of meanings about cities that arise in a specific historical time and cultural space” are characterised by two “key elements”: “first, the relational—and often hierarchical—meanings places hold in the popular imagination, and second the connections between hierarchies of place meanings and hierarchies

of social class and race” (Zukin *et al.*, 1998: 629). These processes of everyday, not strategically developed representation or imagineering⁵ might be captured in the concept of “urban imagineering”. Quite often, by way of a sort of self-reflexive turn the notion of the urban itself becomes an issue and becomes represented. “Urban imagineering” then also denotes the interaction between medial representations of the city and urban reality, it means the productivity and performance of images of the city in relation to the city. Here, the city as experiential space (“urban reality”) and the representations of the urban (for instance their visualisations) must be seen as two varieties of the urban. In addition, urban imagineering captures those processes, practices and actors involved in the strategic implementation of an image that has been developed in the context of an image campaign and that will only be plausible and successful when it corresponds to the imaginary of the city.

Urban imagineering therefore points to different groups of actors with specific modes of participation.

Working on an image of the city sets generally different groups of actors in relation to each other: Business-people and tourists are the most important target groups of a city image strategically developed on the part of city marketing or city government agencies, respectively. Artists and immigrants form equally productive part of this urban imagineering by helping design the images, becoming object of the image or by feeling attracted or repulsed by them. Lastly, those actors who, for instance, engage in urban research reflect urban phenomena and thereby produce yet another form of knowledge and im-

ages of the city. All groups of actors mentioned here actively shape the character of a city as cultural construct and representation.⁶

For the discipline of Urban Anthropology the issue of “urban imagineering” opens up fields of research in which the profiles and practices of the local actors of these urban symbolic strategies and their globalising or local effects, respectively, move into the foreground. By far not every image strategy in form of a city marketing campaign proves to be successful or plausible either internally or externally. A research perspective focusing on actors can thus examine which groups of the population are participating in the image production and to whom single image strategies appear plausible.

A SUCCESSFUL IMAGE OF FAILURE: BERLIN AS CITY OF EAST EUROPEAN BOHEMIAN POP-CULTURE

Since 1989 a Russian and East European cultural scene has become an integral part of Berlin's everyday culture and pop culture. In terms of urban imagineering its visibility is based on relating its self-representation successfully to the imaginary of Berlin —integrating the topos of failure. The motor of this vibrant cultural scene in which East European and especially Russian “culture” is produced and consumed is the “Russendisko” (“Russian Disco”), since 1999 located in the East Berlin *Kaffee Burger*. Founded by the then DJs Wladimir Kaminer and Yuriy Gurzhy in 1998 it quickly made visible an existing East European club and bar scene that kept expanding throughout Ber-

lin Mitte. A truly creative milieu emerged attracting artists from Russia and Eastern Europe who organise readings, exhibitions, film screenings and theme parties in different locations. Almost from the beginning this scene has been identified with Wladimir Kaminer who, since then, has published several books, hosted his own radio show, wrote regular columns in city magazines and papers and is known throughout Germany and abroad (for example appearing at events organised by the Goethe Institute) as a representative of Berlin culture.⁷

Neither Kaminer's very popular books (bestsellers and translated into several languages) nor the scene as such are, as cultural anthropologist Tsypylma Darieva stresses in her work on "Russkij Berlin", drawing on ethnic boundaries or addressing them. Furthermore, they address those who take part in and search for consuming the culturally other/exotic scene: "Russian speakers take on the part of the 'mysterious Russians', under the auspices of the leader Kaminer, the 'Russian on duty'" (Darieva, 2004: 108). This exoticised bohemian cosmopolitan lifestyle easily connects to cultural institutions within Berlin such as the renowned East Berlin theater Volksbühne where the fifth anniversary of the *Russendisko* was celebrated. Here a special programme of Russian classics was intertwined with pop-cultural performances addressing political claims under the heading "What to do! Russians Week".⁸

Central to the topoi of urban imagineering and failure in this case is the celebration of dilettantism projected on a (n)ostalgic and ironic version of socialism: starting with the "ostaligic" furniture of *Kaffee Burger*,

the pop cultural relics from the Soviet Union and the self-ironic performance of the artists, excessively copying Soviet propaganda style (see Rutten, 2007: 117f). Highlighting the special attractiveness of Berlin to artists Georgy Litichevsky speaks of the “anti-bourgeois bourgeois” style of Berlin where “certainly here the problem of success, the hunt for success is not as acute as in other centres of the world”. The comparison to other cities makes him think of Berlin as the “world club of international losers” (Litichevsky, 2003: 20).

Apart from consumable exoticism and the permanent allusion to two political systems that have failed (the Soviet Union and the GDR) it is the reference to bohemian dilettantism, to risk —and ignoring that risk— of failure that turned out to make the Russian and East European pop-cultural scene such a resonating image of the city. This image is inscribed into the imaginary of Berlin on two levels: Firstly, it relates to the specific Russian history of Berlin, referring to the many immigrants who formed part of the cultural avant-garde of the 1920s. This, at the time, extreme “cultural closeness” provoked, as historian Karl Schlögel writes, that “Berlin taught the perception of Russian presence. Not a single meter appeared not to be marked” (Schlögel, 1998: 9 and 11). This closeness and co-presence has been re-articulated in the past fifteen years, most prominently through the ambitious exhibitions “Berlin-Moskau” (1995 and 2003) that represented this relational history and re-inscribed it into the imaginary of Berlin.⁹

Secondly, the East European pop-cultural scene picks up the enigmatic idea of Berlin as fertile ground for cre-

ativity *as such*. With its bohemian (nightlife) practices, its ironic and self-deprecating attitudes and its staged anti-bourgeois style this scene is deeply anchored in the imaginary of Berlin as the site of bohemian, alternative culture, of Berlin as a city where you need little (economic capital) to make a living.¹⁰ In contrast to the imaginary of Paris, historical Berlin was not embedded in high-cultural self awareness but close to the everyday, to the mundane, contributing to an image of a “grubby and infamous” city (Kiecol, 2001: 267). Among the historical references the famous 1920s feature as much as the East Berlin cultural scene of the 1960s and 1970s, plus the post-Punk era in West Berlin. Berlin was not only a space for experimentation par excellence for alternative, sub- and pop-cultural lifestyles and creative milieus, but this political and social island lent itself to be conventionalised as such.¹¹ Relating aesthetically to these historical roots renders the images and cultural products of this scene so successful. Echoed in the imaginary of Berlin, counter culture, subculture or popular culture—although as theoretical concepts they are very different—make sense of a cultural productivity which always and self-consciously risks failure. Berlin is the city of the “underground”, where joining the mainstream may count as failure.

Arising *from* and investing *in* this imaginary underground the culturalised East European scene becomes a visible part of the city. Thus, entrepreneurial Bohémiens, like Kaminer and friends, as much as other professionals in cultural production shape Berlin’s imaginary. Re-articulating Berlin as the city of bohemia, they make it

their enterprise.

BERLIN = EAST-WEST TURNTABLE?

FAILURE AS THE OTHER'S FAILURE

This visibility of the consumable part of the social topography of “Russianness” within Berlin also points to the invisibility of others: The majority of Russian immigrants lives in Marzahn, a typical socialist-era residential neighbourhood of East Berlin consisting of pre-fabricated high-rise blocks, one of the uncanny places within Berlin’s symbolic geography—in stark contrast to the cultural scene of Mitte and the well established and also stereotyped West Berlin Russian society (see Rada, 2002).¹² The local and national media painted yet another picture of migration from Eastern Europe: Referring to the image of Russian immigration Tsypylma Darieva points out that in the 1990s Russians were represented as “illegals and Mafiosi, Russians as foreign intruders, Russians as caste of tasteless nouveaux-riches” (Darieva, 2004: 92). This representation came to a climax in 1996-1997—shortly before the city marketing agency developed the image of the “East-West-Metropolis” (Darieva, 2004) which subsequently developed its own cultural logic within urban imagineering:

One of the recurring official cultural constructs of Berlin since the fall of the Wall in 1989 is the image of Berlin as a place between East and West, linking regions, cities and experiences. Actors in politics, economics and culture express this seemingly natural locational advantage in variations differing only slightly from one another and addressing the different target groups. In

doing so they talk about the East-West-Turntable, East-West-Metropolis or the East-West-Competence Centre. All these images share the hope to effect economic results.

The cultural logic of the East-West-Turntable image relies, first of all, on the interpretation and highlighting of the geographic location of Berlin. Its strategic position was closely associated with economic growth. This interconnection appeared plausible to a range of actors within official urban imagineering: Actors in city marketing, local politicians and other experts who would be consulted for specific issues. The fact that after 1989 political and cultural claims dominated the city's agenda and not its economic situation (see Farias, 2005) may be one reason that an image relating Berlin as East-West gateway to economic growth turned out to be, if not unsuccessful, then highly disputed.

A central role in establishing the East-West topos within the urban imagineering of Berlin has been played first of all by the city marketing agency Partner für Berlin (Gesellschaft für Stadtmarketing mbH, in the following PfB; today Berlin Partner) founded in 1994. Through this institutionalisation of city marketing with the mechanistic image of the East-West-Turntable, which has been applied mainly unsystematically, the image of Berlin as East-West-Metropolis has established itself in politically legitimated marketing campaigns. Since then, the East-West-Metropolis has been copiously reproduced, criticised and corrected and it inspires actors from entirely different fields to fill this image with meaning and turn it productive: In urban policy initiatives (e. g. city part-

nerships or party political debates), economic initiatives in the form of public-private partnership (as, for instance, the web portal Business Location Centre) or in the cultural programmes funded by the Federation such as the large-scale exhibitions “Berlin-Moscow / Moscow-Berlin” (1995, 2003) or the “Kulturjahr der Zehn” (Year of Culture of Ten, 2004-2005).¹³

While a group of experts talked about a lack of models in their 1995 study “Berlin – Zukunft aus eigener Kraft” (Berlin – Future Under Its Own Steam, see, amongst others, Kahlenborn, 1995: 13) the publication “Berlin: Die Stadt. In der Mitte des neuen Europa. Imagebroschüre. Das Neue Berlin” (Berlin: The City. In the Centre of the New Europe. Image brochure. The New Berlin) demonstrated the cultural logic of the East-West topos, i. e. the format and effect of this topos that the actors considered evident. Because of its plausibility the brochure simultaneously developed into a template for other representations. In that brochure, Berlin as East-West-Metropolis forms part of a long-term campaign launched by PfB in 1998 which designed five models under the heading of the “New Berlin”:¹⁴ Berlin as “Capital City”, “Creative City”, “Cultural Metropolis”, “Liveable City” and, in prominent place, Berlin as “East-West-Metropolis”:

In the future Europe Berlin will be in the centre, no longer at the margins. It possesses experiences of the West as well as of the East. Berlin will turn into the meeting place of East and West, the gateway and goal for both sides, the East-West-Metropolis. (Berlin. Die Stadt: 3)

The self-confidently delivered image is rhetorically rooted in the promise that Berlin has a locational advantage solely based on its geographic location which can be implemented in the form of a communication centre between East and West. A locational advantage that would manifest itself through investments, relocations of international business headquarters and thereby an economic upswing. The qualities of the East-West-Metropolis are consequently featured in the brochure under the headings “Banks”, “Decision Centre”, “Pull Effect”, “Export and Node”. Apart from these keywords aimed at economic actors the category “Only in Berlin” refers to the numerous “people with experiences in the new markets who, in addition, speak Russian” and in the same breath names large enterprises such as debis AG and Gazprom which were to be located in Berlin as Joint Venture (Berlin. Die Stadt: 6). The image of Berlin as East-West-Metropolis communicates in this campaign as one that foremost transfers the funds of large companies.

However, successes in exports of commodities and services and thereby in investments in Berlin cannot be convincingly proven for a long time—even when, according to Business Location Centre Berlin, “280 East-West cooperation institutions are active”.¹⁵ The circle of experts of the Enquête-Commission “Eine Zukunft für Berlin” (A Future for Berlin) does not only deplore this but names reasons, too:

This fact, well known since the fall of the Wall, has, contrary to all projections, thus far not led to Berlin turning into an East-West-Turntable.

The problem is that West German metropolitan areas have long since established much more large-scale corporate links to the East European countries. In addition, Berlin's economy shows a below average export-/import integration. (Zwischenbericht der Enquête Kommission, no year: 5)

These expert reports, on their part, have turned the East-West topos into a political issue, which has caused reactions on the part of political decision makers, or, more precisely, allowed the realisation of the promise of the "East-West-Metropolis" to become a party political game ball. In October 2003, in a review of the 1990s, the government of the *Land* (federal state) Berlin passed a position paper on the "Cooperation of the Land Berlin with Central and Eastern Europe" in which they, concerning the economic effects of the East-West topos, critically conclude that "the hopes developed during the 1990s that Berlin would develop into an 'East-West-Turntable' have to date been only partially realised" (see Berlin Landesregierung, 2003: 2).

Nevertheless —or perhaps therefore— the "Growth Initiative 2004-2014" (Wachstumsinitiative 2004-2014) founded by the Consortium of Business Associations in Berlin and Brandenburg, the Senate Administration for Economics, Labour and Women, the Berlin Chamber of Trade and Industry, the Berlin Chamber of Trade (Crafts) and the Association of the Construction Industry Berlin-Brandenburg in 2004 names the East-West competence as one of five core messages and guidelines that prom-

ise growth for Berlin's economy, highlighting the new geo-political situation of the EU: "Through the EU-enlargement on May 1st, 2004 the capital region has moved back into the geographical centre of Europe. The new markets in Central and Eastern Europe will contribute to improving the prospects of the business location Berlin" (Berlin 2004-2014, 2004a: 11). In a special brochure of this Central and East Europe section of the "Growth Initiative" it is confidently stated that: "Central and Eastern Europe is one of the special growth opportunities for Berlin" (Berlin 2004-2014, 2004b: 2).

The high mobilisation potential of this almost self-explanatory and therefore plausible image can initially be traced back to the consequences of the collapse of the GDR and the Eastern Bloc, which are immediately tangible in Berlin. In Berlin the transformation of the socialist system in East Europe and the Soviet Union was not only directly tangible, in addition, Berlin became one of the emblems and preferred fields of observation of post-socialist transformation.

Despite the impressive number of public and private actors involved in this realm of urban imagineering and despite the numerous plausible references to the East-West quality of Berlin in city marketing, politics and private economy, the image has only started to show positive effects since the geo-political situation has created new facts with the accession of Berlin's East European neighbours to the EU in 2004 and 2007, respectively.¹⁶ The fact that failure as a topic did not appear in the image of Berlin as a powerful economic centre might be self-evident. Still, failure did play a role in this official

realm of urban imagineering: Failure was articulated as the failing performativity of the image itself. It thus became the failure of others —the marketing company, the political opponents, the “other expert”. Also, as a public issue it motivated those involved to “try again” and to defend the idea, despite its failing several times. Thus, in this storyline of urban imagineering the topos failure did not promise to result in any economic capital. On the contrary, for a long time it symbolised lost capital: lost money, time and attention invested into image strategies that did not work out.

FAILURE AS OFFICIAL TRUMP CARD:
ACKNOWLEDGING A FLOURISHING CULTURAL ECONOMY

Despite the effort undertaken by a variety of public and private actors the image of Berlin as powerful engine and locus of economic exchange between East and West Europe did not prove to be plausible. Since 2004, however, other storylines aiming at projecting plausible images of Berlin as an economic space have become more persuasive. On the one hand, these try to rationalise the actual economic weakness that makes Berlin the “city of debtors”¹⁷ and places its GDP among the four lowest of German federal states (Länder) in 2006 (1.9 percent adjusted to price —see IHK/HWK, 2007: 16). In 2007 Berlin had one of the highest unemployment rates in the Federal Republic (15.9 percent). In 2006 it ranked top in personal debts with one in seven households unable to pay off debts which, at 15.2 percent, were 5 percent

above the national average.¹⁸ One year on, still ranking in this position, Schufa predicted no general progress for Berlin except for slight improvements in 2008.¹⁹

On the other hand, this economic weakness is accompanied by a stunning attractiveness of the city, expressed in the continuously growing tourism sector, witnessing a growth of 34 percent in overnight stays between 2004 and 2007 and a growth of 36.2 percent in flight passengers in the same period (see Berlin 2004-2014. Eine Wachstumsinitiative. Monitoring, 2008).

Thus, failure (economic weakness) has become part of representations of Berlin as formulated by political actors in two ways: Firstly, by juxtaposing failure and success and, secondly, through a causal rhetoric that makes failure the reason for success.

The ambivalence of economic crisis on the one hand and cultural attractiveness of Berlin on the other has become a recurrent topic for a wide range of actors within the city's political field. Since 1989, and particularly since the end of the 1990s, Berlin has been shaped by different performative practices (discursive, institutionally formative and daily practices of cultural production) that tried to differentiate between cultural production and economic wasteland. The actors involved rely on knowledge and knowledge practices that intertwine the specific character of space as urban wasteland with cultural production and an image of the city. Among the most prominent actors are the Mayor, the Senate Administration for Economics, Labour and Women (since 2006 Economics, Technology and Women, ETW), the Senate Administration for Science, Research and Culture (SRC,

in 2006 the department of Culture was transferred to the direct administration of the Mayor's Office), the Chamber of Commerce and Industry (CCI), Berlin Marketing Company (BMC) and individual representatives from the cultural industries sector, universities, research institutions and the media. Analysis of these actors' statements reveals that where the economic situation as a whole or its central sectors are concerned they tend to construct an ambivalence, inscribed in a rhetoric of juxtapositions. For instance, the shortfalls of the manufacturing industry are presented as follows: "Berlin industry has changed but it is very active"; "it has shrunk but it competes well with its products in the global market"; "there are fewer employees in the industrial sector, but on average, they have more qualifications and a higher income" (CCI press release, 7.6.2002).

The discursive re-evaluation and relocation of this tension through those public and private institutions that treat the economic situation and Berlin as a whole may only conclude that: "reality and potential are miles from one another in Berlin". This was, as Harald Wolf, Senator for the Economy stated at the CCI annual press conference in 2005, in a comment on the astonishing high number of enterprises created in 2004, "the basic dilemma in this location" (*Tagesspiegel*, 24/25.3.2005).²⁰ This dilemma leads to a paradoxical storyline that:

Mayor Klaus Wowereit shaped into the most plausible image of Berlin – with respect to the popularity it has gained since: During a visit to London, aimed to attract British investors to Ber-

lin, Wowereit described Berlin as a young and “unfinished city”, with very cheap sites for sale, and concluded that Berlin was “poor but sexy”. (*Tagesspiegel*, 4.12.2003)

Nevertheless, in the long run the rhetoric of juxtapositions could not account for the plausibility of the obvious parallelism of failure and success. From the perspective of the institutions involved, only the distinction of cultural economy as a measurable sector allowed for another version of this ambivalence. While a blanket concept of economic wasteland contradicted success within the cultural sphere, industrial wasteland could account for an inversion of this relationship. In their introduction to the first Creative Industries Report 2005, above-mentioned Senator Wolf and his colleague Thomas Flierl, Senator for Culture, wrote that the private cultural enterprises and the publicly-funded cultural sector together

contribute to the image that Berlin represents to its inhabitants and its millions of visitors – a young, creative city with a unique combination of creative industries, culture (*Hochkultur*) and history. The quality and diversity of its cultural programme and its creative industry contribute undoubtedly towards the excellent advantages of Berlin as a location. (*Kulturwirtschaft in Berlin*, 2005: 3)²¹

The report offered all actors involved the opportunity to distinguish between the cultural economy and the facts

and images of other economic sectors by “cutting it out”. This distinction allowed for the identification of actors, networks, mediator formats (retailers, fairs), media communication platforms, (public) galleries, museums and archives plus special events, all involved in shaping the realm of Berlin’s creative industries —and from then on officially labelled as such. Once the creative industries sector had been made visible in that way, the balance achieved meant that one could be much more optimistic.

Furthermore, with the help of this instrument one was able to give clear figures on the productivity of this newly identified economic sector. Thus, the report showed that in 2002, more than 18 000 (mainly) small and medium-sized enterprises in the cultural industries registered a turnover of 8 billion, 11 percent of the GDP, as much as the traditional trade (see *Kulturwirtschaft in Berlin*, 2005: 22). But even so, in Berlin more than anywhere, it was considered that the city competed because of its urban “surplus”, as Wolf writes in a comparative mode: “In contrast to established design metropolises, such as Paris, Milan or London, the inspiring nature of Berlin is based on an atmosphere of transformation, progress and constant change” (*Projekt Zukunft Berlin*, 2006: 1).²²

Obviously this rhetoric that identified Berlin’s “creative industries” with the primal atmosphere of the city were plausible enough to finally gaining the certification as UNESCO “City of Design” in 2006. Subsequent images such as “City of Founders” (*Gründerhauptstadt*) or “City of Freelancers” (*Stadt der Selbstständigen*) that could be based on facts and figures corresponded with the imagi-

nary of the city (see Berlin 2004-2014. Wachstumsinitiative. Monitoring, 2008: 5). They did so in relating to two semantic fields.

First, in terms of a cultural economy's distinctive field, another approach to space is evolving. If one analyses the common cultural logic that links Berlin's spatial characteristics with cultural production, the most prevalent topos is the vacancy topos that evolved during the 1990s (see Fezer/Wieder, 2004: 80), rearticulated in the debate of the shrinking cities (see Oswalt, 2004) that offered a semantic structure in which the ambivalence of economic stagnation and growing cultural production could be inscribed. As Berlin was seen as a shrinking city, its "empty space", i. e. its stagnating real estate market and low purchasing power, did enunciate the failure of those industries that were gone, but turned them rhetorically into the very condition for its attractiveness, especially for those involved in cultural industries.²³

Since failure became calculable within the space-related logic of Berlin's cultural economy the (successful) role models which appropriate this material and imaginary space of Berlin are —again— in their essence bohemian: While from an institutional perspective such as the Senate of Urban Development, those actors involved in exploring the vacant spaces are perceived and labelled as "urban pioneers" (Overmeyer, 2007), they inscribe themselves into a second semantic field: Within the above-mentioned "world club of international losers" (Litichevsky, 2003: 20), a wide range of self-labelled "losers" has evolved, from "universal dilettantes" (see Lange, 2005: 58) to "urban dossers" ("urbane Penner",

see Bunz, 2006), the digital bohemia, which may count as a more economically successful model (Friebe/Lobo 2006), to the undisciplined who “get things done without any self-discipline” (Passig/Lobo, 2008).

Thus, within the context of the first Creative Industries Report storylines have been developed that effectively connect to the imaginary of Berlin in rhetorically weaving failure into official images. In addition, the self-images of those involved in cultural production easily identify with this cultural logic of space and cultural production that addresses Berlin as attractive *because* of the spatial reminders (industrial wasteland) of a poor economy. Cultural productivity and failure become incorporated, they seem almost “natural”. The most specific pattern of the internal relationship between cultural production and industrial wasteland in Berlin is this self-reflexive inscription into the topos of economic failure. It relates to the imaginary of the city and thus is part of the cultural economy’s success.²⁴

ENTREPRENEURIAL MOOD? THE MANAGEMENT OF RISK OF FAILURE IN INDIVIDUAL ENTERPRISES

By identifying cultural industries as a growing part within Berlin’s economic wasteland a “high risk sector with extremely variable market chances” was created (German Commission for UNESCO, 2007: 25). How do entrepreneurs in the sector of cultural industries manage the possible risk of failure, if an entrepreneurial mood promises to be part of Berlin’s economic development?

May risk and the potential of failure be understood as resources on the level of individual entrepreneurs as Ingo Niermann does in his portraits of young entrepreneurs (Niermann, 2003)? Their evaluation of the failed enterprises shows how far failure has been incorporated as integral part of a contemporary economic “spirit”.²⁵

“We are booming. Meanwhile we have opened four shops!”, says the main tenant of the “department store”. Opened by today’s main tenant in 2004 together with seven partners from four different countries (Sweden, Russia, Lithuania and Germany) the department store is located in the Friedrichshain district of Berlin, in an old building that initially housed a department store for textiles and until the end of the 1990s the Volkssolidarität, the East German labour welfare organisation. It is based on the participation of individual entrepreneurs who manage their own shops (situated in different rooms throughout two stories of the building). As stated in their press release, the department store “offers international designs – made in Berlin” while the “cosy atmosphere provides a relaxed shopping tour through a new, small but nice highlight in Berlin’s fashion scene”. The store specialises in hand-made products, mainly fashion. The individual space is shop and studio at the same time which, according to the department store’s own presentation, is meant to add authenticity to the hand-made articles which is also echoed in the rather alternative style of clothes (patchwork, knitwear or felt), jewellery and children’s toys.

During the past four years I have regularly visited this place and, as one interview partner says, there are always new associates who use the rented space as stu-

dio, showroom and shop: “Some of them go bust. But the colleague at the end of the corridor is still there” (August, 2008).

This case, one of several stores for design products from Berlin points to a specific mode of managing failure within the structure of one’s own enterprise.²⁶

The business structure of this initiative relies on the government-subsidised self-employment scheme, the so-called *Ich-AG*, that enables individuals to set up in business whilst the Neighbourhood Management (*Quartiersmanagement*) supports the collective project.²⁷ It is only one designer whose name is on the contract for the lease of the building while she is subletting to the others. The contracts are renewed every year until the owners find investors for the building.²⁸ For those who do not want to rent an entire shop, it is possible to “rent a shelf” to display and sell products.

Being part of this enterprise involves low (financial) risk: One designer told me that ten percent of each entrepreneur’s income has to be invested in marketing the whole store and the renovation of the building etc.²⁹ Furthermore, each designer has to invest time in the communal space and take over the opening hours one day a week, selling the articles of the others at a commission rate of 10 percent. In essence, the concept relies strongly on the minimisation of risk — gained by shared space and joint responsibility for the store — which would not be possible if an individual ran a unit on their own. This is especially important since some of these entrepreneurs are selling or producing their articles for the first time.³⁰ Some are also selling their products on markets and in

other Berlin shops. Therefore, their shop/studio in the department store is part of a range of business strategies. These aspects point to the predominance of the economic space of cultural economy over participation within local community space. Thus, this specific department store could be an opportunity (“for beginners” or “re-starters”), which then opens up other possibilities without requiring a lot of financial resources and only limited commitment, such as time. It can be considered a business enterprise almost exclusively based on the model of individual self-employment, which leads to partial local engagement and resonates only slightly with an enthusiastic entrepreneurial mood which is ready to take any risk.

This case reflects temporary community practices that involve sharing not only space but also income and time. As such, the department store structure offers a partly protected space that might “cushion” potential failure and allows taking individual entrepreneurial risk – for the first time. In addition, on an individual level, the subsidised format of self-employment (*Ich-AG*) and the range of other activities (markets, other stores etc.) help to minimise the risk of failure. Given the relatively high fluctuation within the store, which may point to both, success *or* failure, risk is mainly individualised. This form of individualised risk-taking has today spread to more professional spheres than those which are traditionally associated with high individual risk, such as the creative sector (see, amongst others, McRobbie, 2002). While it is part of these professional cultures to manage possible success and possible failure in making sense of

self-fulfilment and self-exploitation at the same time, in formats such as the *Ich-AG* self-employment this mode of self-management is suggested to people who would have never thought of becoming entrepreneurs, people without the necessary resources to build up their own business, such as entrepreneurial knowledge, social competences and networks. At the end of the three-year programme of the business start-up allowance scheme these aspects turn out to be decisive for success or failure (for the biographical analysis of these fragile lives see Schultheis/Schulz, 2005, and Seifert/Götz/Huber, 2007).

The articulation of failure as a resource, as an image that might re-connect to the city and its imaginary and to its social life does then depend on the individual's self-awareness and their social belonging. On this personalised level, many might fail to turn failure into a capital.

BE BERLIN!?

Three imperatives within a red speech bubble, each closing with the sentence “be Berlin” — this is the structure of the new brand identity chosen from the competition for an image campaign in 2008. The ever changing slogans are partly based on the propositions of “ordinary citizens” and range from “be tradition, be future, be Berlin”, “be heart, be courage, be Berlin” to “be poor, be sexy, be Berlin” (see www.sei.berlin.de). “Everything has to be subordinated to the branding” as Mayor Klaus Wowereit projected in 2007, because “if we are not convinced by

Berlin, then we will not convince others” (Klaus Wowereit in *Berliner Zeitung*, 11.08.2007).



The review of earlier attempts at an official urban imagineering has shown that for constructing successful images to promote Berlin's new political, economic and cultural role failure has to be addressed as a topic. The notion of urban imagineering constitutes one sphere in which the cultural logic is expressed that allows constructing successful stories/images around failure.

Failure proved to be a particularly plausible figure to rationalise economic enterprise within an all-consuming atmosphere of economic stagnation. Thus the specific

imaginary of Berlin as the city of bohemian, alternative lifestyles and weak economic power offers a cultural reference where economic weakness and failure may be considered as a resource, as I have demonstrated with the case of the East European cultural scene. Those who “invest themselves” and their enterprise in the cultural economy sector of Berlin often do so as entrepreneurial bohemians who turn bohemian culture into an enterprise. Thereby relating successfully to an imaginary of Berlin as fertile ground for bohemian lifestyles. They would probably fail if they related to an image of powerful economic development that did not resonate with this imagery, such as the city marketing choice of the image of the “East-West-Turntable”.

The call for entrepreneurial practices has offered a topos to reflect economic risk and a positive image of Berlin at the same time. Who may plausibly relate potential failure to the imaginary of the city on an individual level is hard to tell. Only those who can address failure ironically seem to be able to echo the imaginary of the city and thus play an active part in urban imagineering. Nevertheless, in the new image campaign everybody is called upon to participate: “Come to the city, stay in the city”, Mayor Wowereit writes in a special edition of another city magazine, “tip” (tip extras 25, 2008: 3). He continues: “The best thing, of course, is if you yourself become part of this atmosphere of a new start and help move our city along. Be involved, be motivated, be berlin”. Jointly and individually — the image campaign “be Berlin!” resonates the individualised risk in the most ambivalent way.

NOTES

¹ The four other propositions by the city magazine were all ironically juxtaposing picture and slogan: “Berlin. City of Encounter”, “Berlin. Rank”, “Berlin. Everybody Gets Another Chance” and “Berlin. Some Call it a Party”. See zitty 20/2007, 16-25.

² My argument is based on discourse analysis of discussion papers on economic and employment policy by city government, materials of city marketing agencies and the local press. In addition, it refers to material collected during fieldwork between 2003 and 2006, at a range of political and cultural events concerning the East-West topos in Berlin. Furthermore, I will refer especially to those empirical studies of colleagues in European Ethnology and Urban Anthropology that rely on fieldwork and qualitative methods.

³ See Biskup/Schalenberg (2008) who show for the case of Berlin that representations of the city in all kinds of media (from literature to painting and porcelain) were understood as early as the early 18th century to be useful for political and entrepreneurial objectives within the city as well as attractors to the outside.

⁴ Following the first publication in 1983 of Benedict Anderson’s cultural-historic work on the construction of nations as “imagined communities” the potential of imaginations and meanings for group and identification processes has moved closer into the view of social and cultural sciences. Appadurai’s similarly influential work on the phenomenon of cultural transfer under the conditions of contemporary globalisation processes lead on from Anderson’s key notion (Anderson 1983).

⁵ Wolfgang Kaschuba, “Urbane Identität: Einheit der Widersprüche?” in Kristina Hasenpflug (Hg.), *Urbanität und Identität zeitgenössischer europäischer Städte* (Documentation of the conference, Nov. 11, 2003, ETH Zurich). Ludwigsburg 2005, 8-28, here 25.

⁶ These groups also contribute to the cultural role of *world cities*. See Hannerz (1993); King (1995).

⁷ For a detailed history of “Russendisko” see Ellen Rutten (2007). Rutten argues that the artistic genre of Russendisko (in the

various media, such as books, booklets or the website) is inspired as much by an ironic twist of Ostalgia as the ironic gestures of (Soviet) SozArt since the 1970s.

⁸ See the programme of the week of Russian events at the Volksbühne in April 2006 “Was tun! Russenwoche”. For the cultural status of the Volksbühne as a cornerstone for networks in aesthetic politics see Bogusz (2007).

⁹ For a detailed analysis of the different actors and aims involved in these highly official exhibitions and their effects in the city see Färber/Gdaniec (2006).

¹⁰ “Cheap and easy to get around”, the low living expenses and residential and commercial property prices count among the trump-cards of Berlin, also echoed in the international press (see *The Economist*, 19.07.2007). The Berlin newspaper *Tagesspiegel* quotes, as an example for the attractiveness of Berlin, Polish entrepreneurs who consider Berlin economically more attractive than Warsaw because qualified personnel is paid equal rates while rents are lower than in Warsaw (see *Tagesspiegel* 04.11.2007).

¹¹ See Lang (1998) and Lindner (1993).

¹² The majority of Polish immigrants is also remarkably invisible in the city as a whole. This is partly due to their commuting or seasonal work and, until joining the EU in 2004, due to their insecure situation regarding residence permits. See the portraits of Polish immigrants in Berlin in Cyrus (1995) and in Blask/Kaschuba (2003). In 2006 more than 4 500 enterprises were owned by Polish entrepreneurs (most of them small and medium sized businesses). In 2007 this number rose by another 1057 business registrations (see *Berliner Wirtschaft*, April, 2008).

¹³ Over the past years the institutional landscape has been restructured by new coalitions: Partner für Berlin Gesellschaft für Hauptstadtmarketing mbH merged with Wirtschaftsförderung Berlin International GmbH (WFBI, Berlin Business Development Corporation) and was renamed Berlin Partner GmbH in July 2005.

¹⁴ The BerlinStudie in 2000 calls, nevertheless, for a “multidimensional model” for Berlin (see *Der Regierende* 2000: 23f.).

¹⁵ See: www.blc.berlin.de/online.de/A/iv/pmseite0.jsp (accessed 17.11.2004).

¹⁶ In the monitoring of the “Growth Initiative” from 2005 and 2008 only positive conclusions are drawn from the steps undertaken by the initiative. See Berlin 2004-2014, 2006 und 2008.

¹⁷ See *Tageszeitung*, 25.11.2005; *Junge Welt*, 21.12.2006; *Berliner Zeitung*, 28.11.2007.

¹⁸ Since 2003 the credit check organisation SCHUFA publishes an annual report which includes an analysis of citizens’ credit-worthiness in specific places. Results from these types of report are of great interest to investors as they indicate the purchasing power of a city’s inhabitants. See 2006 SCHUFA report, *Berliner Zeitung*, 23.11.2006.

¹⁹ See *Berliner Zeitung*, 28.11.2007.

²⁰ In 2004, around 50 000 companies were registered. 85 percent were new and 50 percent of them were based on the self-employment model (*Ich-AG*) in the trade and service sectors. Between 1999 and 2002 the number of companies registered and deregistered was almost the same (see Statistisches Landesamt Berlin, 2005: 1).

²¹ As a result of the “Berlin Initiative for Creative Industries”, the “Creative Industries Report” began in July 2004 and relied on two former reports on culture and economy in Berlin from 1992 and 2002. The German Institute for Economic Research (DIW) conducted both studies. The CCI Berlin commissioned the latter. See DIW / Deutsches Institut für Wirtschaftsforschung (1992) and Frank/Geppert/Vesper (2002). A major problem for comparative analysis of these reports was their different definitions of the cultural industry sectors. This incongruence was considered also a problem by those actors who tried to compare the situation of cultural industries between different cities, *Länder* and states.

²² Jesko Fezer and Axel John Wieder argue that one of the central modes of negotiating official urban development *and* temporary strategies of use after the fall of the Wall had been built around the topos of Berlin as locus of permanent change and “in the making”. They show how in the early 1990s “space seemed to be freely avail-

able for a brief time” while today this practice is “officially adopted in the iconography” of Berlin (Fezer/Wieder, 2004: 74).

²³ Thus techno culture was one of the first successful cultural practices after the fall of the Wall because the city offered empty space, industrial wasteland for temporary use (see Vogt, 2005). The same holds true for young designers (fashion, art etc) who were attracted from all over the world, as the storyline and the empirical data of qualitative research assumes, because there was enough vacant space to build cheap studios for start-ups at a low risk (see Lange, 2005).

²⁴ Nevertheless, within this incorporation of failure there lies an interesting contradiction: the vacant space is primarily marked by the failure of others (old industries), not of new economies.

²⁵ Since the 1960s this entrepreneurial logic has spread from enterprises into all kinds of social realms (Boltanski/Chiapello, 2003).

²⁶ For a comparative analysis of three case studies of design department stores see Färber (2008).

²⁷ This particular business start up scheme will end in 2009.

²⁸ For the officialised format of “temporary use” (*Zwischennutzung*) where rents are below average or only running costs have to be paid, see Overmeyer *et al.* (2007).

²⁹ See also infobox. Stadtteilzeitung Boxhagener Platz, April, 2006, 2.

³⁰ One designer started a business only after he had heard about the concept of the store.

BIBLIOGRAPHY

APPADURAI, Arjun (1998), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- ANDERSON, Benedict (1983), *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. London: Verso.
- BISKUP, Thomas y Marc SCHALENBERG (2008) (eds.), *Selling Berlin. Imagebildung und Stadtmarketing von der preußischen Residenz bis zur Bundeshauptstadt*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- BLASK, Falk y Wolfgang KASCHUBA (2003) (eds.), *Europa an der Grenze. Ost Odra West Oder* (Berliner Blätter 30), 44-54.
- BOGUSZ, Tanja (2007), *Institution und Utopie. Ost-West-Transformationen an der Berliner Volksbühne*. Bielefeld: transcript.
- BUNZ, Mercedes (2006), "Meine Armut kotzt mich an", in *zitty*. 4, Berlin, 17-19.
- CYRUS, Norbert (1995), "Zwischenwelten. Polnische Arbeitsmigranten in Berlin", in Frank Sträter (eds.), *Los Angeles - Berlin. Stadt der Zukunft - Zukunft der Stadt*. Stuttgart: Context, 112-122.
- DER REGIERENDE BÜRGERMEISTER VON BERLIN SENATSKANZLEI (2000) (eds.), *Die BerlinStudie. Strategien für die Stadt. Berlin 2000*. Berlin: Regioverlag.
- FÄRBER, Alexa (2008), "Flourishing Cultural Production in Economic Wasteland: Three Ways of Making Sense of a Cultural Economy in Berlin at the Beginning of the Twent-first Century", in Martina Heßler y Clemens Zimmermann (eds.), *Creative Urbane Milieus. Historical Perspectives on Culture, Economy, and the City*. Frankfurt/M.: Campus, 409-428.
- FÄRBER, Alexa y Cordula GDANIEC (2006), "Von Ausstellungen, Begegnungen und Partnerschaften: Zur kulturellen Logik der Konstellation 'Berlin-Moskau'", in *Volkskunde in Sachsen* 18, 73-98.
- FARIAS, Ignacio (2005), "Zukunft zum Greifen nah. Bedingungen, Semantik und Verortung von Berliner Stadtmarke-

- ting", in Alexa Färber (eds.), *Hotel Berlin. Formen urbaner Mobilität und Verortung* (Berliner Blätter 37), 22-31.
- FEZER, Jesko y Axel John WIEDER (2004), "Space of Limited Opportunities – Urban Development Berlin after 1989", in *Komplex Berlin*. Katalog der 3. Berlin Biennale. Köln: Walther König Verlag, 73-82.
- FRIEBE, Holm y Sascha LOBO (2006), *Wir nennen es Arbeit. Die digitale Bohème oder: Intelligentes Leben jenseits der Festanstellung*. München: C. H. Beck Verlag.
- HANNERZ, Ulf (1993), "The Cultural Role of World Cities", in A. P. Cohen and K. Fukui (Eds.), *Humanising the City? Social Contexts of Urban Life at the Turn of the Millennium*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 67-84.
- KAHLENBORN, Walter et al. (1995), *Berlin – Zukunft aus eigener Kraft. Ein Leitbild für den Wirtschaftsstandort Berlin*. Berlin: FAB Verlag.
- KIECOL, Daniel (2001), *Selbstbild und Image zweier europäischer Metropolen. Paris und Berlin zwischen 1900 und 1930*. Frankfurt/M.: Peter Lang Verlag.
- KING, Anthony D. (1995), "Re-presenting world cities: cultural theory/social practice" en Paul L. Knox y Peter J. Taylor (eds.), *World cities in a world system*. Cambridge: Cambridge University Press, 215-231.
- KLEIN, Christian (2005), "Vom Glück des Scheiterns. Lebens- und Gesellschaftskonzepte in Kästners 'Fabian' und Regeners 'Herr Lehmann'", in Stefan Zahlmann y Sylka Scholz (eds.), *Scheitern und Biographie. Die andere Seite moderner Lebensgeschichten*. Gießen: Psychosozial-Verlag, 255-264.
- KULTURWIRTSCHAFT IN BERLIN (2005), *Entwicklung und Potenziale*. Hrsg. von Senatsverwaltung für Wirtschaft, Arbeit und

- Frauen in Berlin, Senatsverwaltung für Wissenschaft; Forschung und Kultur*. Berlin.
- MCROBBIE, Angela (2002), "Clubs to company: notes on the decline of political culture in speeded up creative worlds", in *Cultural Studies* 16, 4, S. 516-531.
- MIDGLEY, David (2008), "Berlin als Palimpsest", en Thomas Biskup y Marc Schalenberg (eds.), *Selling Berlin. Imagebildung und Stadtmarketing von der preußischen Residenz bis zur Bundeshauptstadt*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 345-356.
- LANG, Barbara (1998), *Mythos Kreuzberg: Ethnographie eines Stadtteils (1961-1995)*. Frankfurt/M.: Campus Verlag.
- LANGE, Bastian (2005), "Culturepreneurs in Berlin: Orts- und Raumproduzenten von Szenen", en Alexa Färber (ed.): *Hotel Berlin – Formen urbaner Mobilität und Verortung*. (Berliner Blätter 37), 53-64.
- LITICHEVSKY, Georgy (2003), "Berlin – Hauptstadt des dritten Jahrtausends", en Pawel Choroschilow *et al.* (eds.), *Berlin Moskau / Moskau Berlin 1950-2000. Chronik*. Berlin: Nicolai, 18-22.
- LINDNER, Rolf (2003), "Talking about the imaginary", in *Monopolis. Globalisierung & Stadtforschung*. sinn-haft 14/15, 10-13.
- _____ (1993), "Berlin – Zone in Transition", in *Anthropological Journal on European Culture* 2, 2, 99-111.
- NIERMANN, Ingo (2003), *Minusvisionen. Unternehmer ohne Geld. Protokolle*. Frankfurt/M: Suhrkamp.
- OSWALT, Philipp (2004), *Schrumpfende Städte. Band 1: Internationale Untersuchung*. Ostfildern-Ruit: Hatje Cantz.
- OVERMEYER, Klaus y BERLIN SENATSVERWALTUNG FÜR STADT-ENTWICKLUNG (2007) (eds.), *Urban pioneers. Berlin Stadtentwicklung durch Zwischennutzung*. Berlin: Jovis-Verlag.

- PASSIG, Kathrin y Sascha LOBO (2008), *Dinge geregelt kriegen – ohne einen Funken Selbstdisziplin*. Berlin: Rowohlt.
- PROJEKT ZUKUNFT BERLIN (2006). Berlin.
- RUTTEN, Ellen (2007), "Tanz um den roten Stern. Die Russendisko zwischen Ostalgie und SozArt", in *Osteuropa* 57, 5, 109-124.
- SCHLÖGEL, Karl (1998), *Berlin - Ostbahnhof Europas. Russen und Deutsche in ihrem Jahrhundert*. Berlin: Siedler.
- SCHULTHEIS, Franz y Kristina SCHULZ (2005) (eds.), *Gesellschaft mit begrenzter Haftung. Zumutungen und Leiden im deutschen Alltag*. Konstanz: UVK.
- SEIFERT, Manfred, Irene GÖTZ y Birgit HUBER (2007) (eds.), *Flexible Biografien. Horizonte und Brüche im Arbeitsleben der Gegenwart*. Frankfurt/M: Campus Verlag.
- STATISTISCHES LANDESAMT BERLIN (2005), *Berliner Statistik. Gewerbeanzeigen in Berlin*.
- VOGT, Sabine (2005), *Clubräume - Freiräume: musikalische Lebensentwürfe in den Jugendkulturen Berlins*. Kassel: Bärenreiter.
- ZUKIN, Sharon (1996), *The culture of cities*. Oxford: Blackwell.
- ZUKIN, Sharon *et al.* (1998), "From Coney Island to Las Vegas in the urban imaginary. Discursive Practices of growth and decline", in *Urban Affairs Review*, May, 627-654.

DOCUMENTS

- (2003) *Berlin Landesregierung*. Positionspapier zur Zusammenarbeit des Landes Berlin mit Mittel- und Osteuropa. Grundsätze und Schwerpunkte. <www.berlin.de/imperia/md/content/rbm-skzl/europareferat/95.pdf>

- (2004) *Berlin: Die Stadt. In der Mitte des neuen Europa. Imagebroschüre. Das Neue Berlin*. Ed. by Partner für Berlin Gesellschaft für Hauptstadtmarketing mbH.
- (2004a) *Berlin 2004-2014. Eine Wachstumsinitiative*. Ed. by Vereinigung der Unternehmensverbände in Berlin und Brandenburg e.V., Senatsverwaltung für Wirtschaft, Arbeit und Frauen, Industrie- und Handelskammer zu Berlin, Handwerkskammer Berlin, Bauindustrieverband Berlin-Brandenburg e. V. Berlin.
- (2004b) *Berlin 2004-2014. Eine Wachstumsinitiative. Mittel- und Osteuropa: Eine Wachstumschance für Berlin*. Ed. by Vereinigung der Unternehmensverbände in Berlin und Brandenburg e.V., Senatsverwaltung für Wirtschaft, Arbeit und Frauen, Industrie- und Handelskammer zu Berlin, Handwerkskammer Berlin, Bauindustrieverband Berlin-Brandenburg e. V. Berlin.
- (2006) *Berlin 2004-2014. Eine Wachstumsinitiative. Monitoring 2005*. Ed. by Vereinigung der Unternehmensverbände in Berlin und Brandenburg e.V., Senatsverwaltung für Wirtschaft, Arbeit und Frauen, Industrie- und Handelskammer zu Berlin, Handwerkskammer Berlin, Bauindustrieverband Berlin-Brandenburg e. V. Berlin.
- (2008) *Berlin 2004-2014. Eine Wachstumsinitiative. Monitoring 2008*. Ed. by Vereinigung der Unternehmensverbände in Berlin und Brandenburg e. V., Senatsverwaltung für Wirtschaft, Arbeit und Frauen, Industrie- und Handelskammer zu Berlin, Handwerkskammer Berlin, Bauindustrieverband Berlin-Brandenburg e. V. Berlin.
- (2008) *Berliner Wirtschaft*. Magazin der Industrie- und Handelskammer zu Berlin. April 2008.
- (2008) Zwischenbericht der Enquête-Kommission "Eine Zukunft für Berlin", Drucksache 15/3131.

LA CIUDAD Y LA CASA PROPIA

MA. TERESA MCKELLIGAN
ANA HELENA TREVIÑO

EL PRESENTE TRABAJO¹ TRATA DE CONTRIBUIR al conjunto de estudios desarrollados en la antropología y la sociología vinculados a la comprensión de la vivienda relacionada con elementos como *cultura urbana*, objeto que estructura y es estructurado por prácticas socio-familiares, estrategias, modos de vida y condiciones de habitabilidad. Nuestra aportación es de carácter metodológico desde la perspectiva cualitativa, resaltando el hecho de que estamos refiriéndonos a una relación entre una propuesta metodológica y su reflexión teórica, tratando de ampliar los trabajos que han sido elaborados desde estas perspectivas disciplinares y que según varios autores han sido poco difundidos.² En este sentido, en la primera parte del texto se presentan los supuestos teóricos en torno al espacio denominado *ciudad*. En un segundo momento se estudia la relación entre las representaciones sociales urbanas y la construcción social de los lugares, en particular la “casa propia”. Por último, se recupera

la propuesta metodológica denominada hologramas espaciales y se propone enfatizar algunas dimensiones, en particular el análisis del poder en estas construcciones, que se vuelve imprescindible para trabajar en el futuro.

LA COMPRENSIÓN DE ESE ESPACIO: LA CIUDAD

El estudio de la ciudad se ha abordado desde distintos enfoques, uno de ellos, posiblemente el más recurrido en las investigaciones durante mucho tiempo (Lezama, 2002; Gottdiener, 1990; Coraggio, 1992), es de tipo objetivista y/o materialista, es decir, la ciudad vista desde lo tangible. Esta mirada ha revelado dimensiones importantes sobre la ciudad: su construcción física (urbanismo), la distribución de la población (demografía), o la participación de diferentes grupos sociales y sus acciones (sociología urbana), las actividades económicas (economía urbana), entre otras. Si bien estas miradas son fundamentales para la comprensión de un objeto empírico complejo y multidimensional que denominamos ciudad, no podemos dejar de lado otros aspectos también constitutivos de este espacio y de su vida social, como son los vinculados a la subjetividad y la cultura, en particular, nos referimos a las representaciones y a los imaginarios sociales. En este sentido, nuestro objetivo es aproximarnos a la comprensión de la ciudad desde este último ángulo y hacer inteligibles tanto ciertos procesos sociales como algunos fenómenos urbanos.

Para ahondar en dicha reflexión sobre la ciudad, no podemos dejar de reconocer que el concepto de repre-

sentación de lo urbano, o como otros han denominado, imaginario urbano, es útil para abordar dimensiones de la cultura urbana que se encuentran vinculadas a la experiencia subjetiva de la ciudad. Este concepto permite reunir elementos icónicos, cognitivos y simbólicos del entorno espacial habitado. En otros términos, permite comprender una dimensión por medio de la cual los distintos habitantes de una ciudad representan, significan y dan sentido a sus diversas prácticas cotidianas en el acto de habitar en la ciudad.

Asimismo, es importante señalar que “epistemológicamente lo urbano debe de ser visto como una ruptura, como un nuevo momento donde los discursos sobre la ciudad serán una forma tentativa de formar un nuevo objeto” (Moses, 1991: 126). Lo urbano no es una delimitación territorial; es el espacio de representación de la ciudad que da cuenta de las nuevas formas del conocer y del intervenir en la vida social. Esta ruptura postula a la ciudad como problema y a lo urbano como nuevo espacio de poder que da origen a la construcción de un campo de dominación cuyas referencias son las propias representaciones sobre la ciudad.

De este modo, la perspectiva que queremos presentar se enmarcaría dentro de las propuestas denominadas constructivismo geográfico como un camino fértil para el estudio de la espacialidad, puesto que dichos análisis urbanos han construido puentes con el pensamiento constructivista re-definiendo conceptos como el de *lugar*, *espacio vivido* y *espacio de vida* (Hiernaux y Lindón, 2006).³

El concepto de *lugar* refiere a un espacio delimitado que para los sujetos representan seguridades y certezas,

es decir, lo conocido. A pesar de esta delimitación territorial, su frontera se extiende hasta donde lo hace el contenido simbólico y puede ampliarse a través de redes y relaciones de sentido dado que representa una acumulación de significados.

Por otro lado, el concepto de *espacio vivido* centra su atención en la representación del espacio, interrogándose por las formas en que el ser humano ve el espacio y, por su parte, *el espacio de vida* alude a las prácticas espaciales.

Lindón (2007) resume los ejes que recupera la geografía humana en este diálogo con el constructivismo de la siguiente manera:

- El espacio visto desde el sujeto que lo habita.
- El lugar conformado en una relación dialéctica entre espacio y sociedad. Es decir, el lugar es productor de lo social y al mismo tiempo es producto social.
- El lugar es dialéctica entre las formas espaciales y los sentidos de lugar. En este sentido, el lugar se despliega en lo material y en la forma de sentir, percibir y concebir los elementos materiales.
- Existen redes que articulan los lugares a partir de la experiencia de los habitantes.

Desde esta concepción, no es posible considerar el lugar como una realidad estable e inmutable: queda vinculado a la lógica del movimiento, a una tensión constante entre permanencias y cambios que a su vez pueden operar a distintas escalas temporales y espaciales. Asimismo, es central reconocer lo que representa un lugar llamado ciudad.

La “ciudad” —en tanto representación— será el espacio inventado por la cultura de la modernidad para radicar en ella la experiencia de lo moderno. Es así que, como buena hija de esta cultura, incorpora una promesa de crecimiento, aventura, transformación, poder y, al mismo tiempo, la amenaza de la destrucción de todo aquello que somos, sabemos y tenemos. Es una representación extraña: no todas incorporan como unidad la contradicción con intentos de resolverla. En consecuencia, vivir la “ciudad” es vivir en el “paraíso” que nos arroja a la continua desintegración, renovación, lucha, ambigüedad, angustia, orden y caos.

Consideramos relevante en este tipo de investigaciones hacer énfasis en el papel de la imagen que se construye, por un lado, desde la vida cotidiana en la ciudad vivida y, por el otro, desde la expectativa que esta representación contiene en sí misma. Es decir, es una representación que se construye en forma bipolar como imágenes contradictorias: ausencia *versus* presencia, posibilidad *versus* límite, carencia *versus* riqueza, entre otras.

De esta forma, la ciudad se convierte en una representación urbana que genera una serie de expectativas de vida que casi nunca son satisfechas. Entre lo que se espera de la ciudad y lo que ésta ofrece existe una distancia, percibida no sólo por las carencias sino también por la distribución desigual de los recursos y de los equipamientos urbanos entre ricos y pobres. Esta es la característica de la denominada segregación socio-espacial de las ciudades, de su exclusión social, que abre una distancia cada vez mayor entre sus grupos de población. En ejemplo de ello es la percepción que se tiene de la Ciudad de México:⁴

La vida cotidiana en la ciudad es vivida como dificultad y carencia. Los aspectos evaluados negativamente son aquellos en los que la ciudad no puede mirarse con plenitud: la inseguridad impide mirar el espacio público, ya que convoca rutinas de encapsulamiento y desconfianza de lo no conocido; el tráfico evoca los autos, las aglomeraciones vehiculares y la percepción está puesta en las vialidades saturadas y no en la ciudad que está alrededor de ellas; el medio ambiente plausiblemente refiere a lo gris del aire, a los efectos de respirar el color gris y a la ciudad casi invisible en esta atmósfera. (Aguilar, Nieto y Cinco, 2001: 168)

Paralelamente a las limitaciones y carencias, la representación de la ciudad se construye de manera imaginaria dotándola de posibilidades; de esta forma, emerge una opción permanente como valor de la vida urbana. Así, la ciudad se convierte en efecto de un deseo, de aquello que se “quiere” de un espacio idealizado. Es un lugar en el cual todo lo deseable está ahí y, por lo tanto, un tiempo sólo existente en el deseo. Así, la Ciudad de México es una ciudad ideal.

En este sentido, ¿qué tipo de representaciones se generan sobre la Ciudad de México? El caso de esta ciudad es problemático por ser una metrópoli donde existen tensiones y contradicciones entre el territorio de la ciudad y el del país, donde los actores estatales y sociales se encuentran entremezclados a nivel local y nacional, lo que complejiza entender los conflictos creados en tor-

no a la administración y el crecimiento de ésta. De este modo, la capital del país sigue teniendo una gran centralidad y es fundamental en cuanto a la captación de recursos económicos, localización de los grandes actores políticos nacionales y el tamaño de su población. Con ello, su centralidad, desde el punto de vista de la representación, alude al hecho de que es en ese lugar y en esa atmósfera donde existen posibilidades, opciones, oportunidades y alternativas, como un llamado permanente de la multitud a un futuro que aquí se “concentra”. En palabras de Carlos Monsiváis:

Desde los años veinte, el crecimiento vertiginoso de la ciudad no se debe a vocación caótica alguna, sino a la estrategia financiera y comercial que venera al capitalismo salvaje [...]. Los años pasan y las causas del éxodo son las mismas: el desastre de la reforma agraria, la monotonía sin salidas, el caciquismo, la miseria que devora raíces, el alcoholismo, las *vendettas* familiares, el hambre de oportunidades [...]. La capital es el sitio para los ambiciosos, los desesperados, los ansiosos de libertad para sus costumbres heterodoxas o sus experimentos artísticos o su hartazgo ante la falta de horizontes. En demasiadas zonas del país aún se vive una cultura represiva, la del tradicionalismo que espía al vecino y acecha en su propia recámara. En la capital, por lo menos, la vida de los vecinos es asunto suyo porque son incontables, cambian de domicilio con frecuencia, y ni caso tiene retener

sus facciones, ya no se diga su comportamiento.
(Monsiváis, 1999: 9)

Asimismo, cuando fijamos nuestra atención en las “maneras de hacer”, tendríamos que comenzar desde el movimiento peatonal ya que esta motricidad conforma sistemas que dan existencia efectiva a la ciudad. A partir de la movilidad se produce un proceso de apropiación y una realización espacial (Certeau, 1996). Considerada desde esta perspectiva, la ciudad como sistema espacial supone el acto en movimiento que no puede ser atrapado ni fijado. Paco Ignacio Taibo II logra con sus palabras dar cuenta de ello:

La ciudad no es un elemento inmóvil sino mutante: la mutación no se da de zona a zona, sino en diversos factores; hay varias coordenadas produciendo mutaciones. La misma esquina a lo largo del día son muchas esquinas de ciudades que se van traslapando, se amontonan, etcétera. En general, es como las cosas se juxtaponen. Esta coordenada de lo mutante, la idea de ciudad doble donde esta esquina es propiedad de vendedores de periódicos que toman durante dos horas diarias las banquetas para repartir y empa-car los periódicos, pero simultáneamente es propiedad de los dueños de las tiendas de discos en la calle y simultáneamente es propiedad de una mirada del judicial a ver si cae o no cae la banda en las cercanías y cuya presencia es una presencia de carácter fantasmal. Pero simultáneamente

también esta ciudad es la sociedad de estos cuatro periodistas borrachos que vienen a reposar esta idea sobre la ciudad yuxtapuesta. (Taibo II, 2003: 12)

REPRESENTACIONES SOCIALES Y LUGARES

Con este encuadre esbozado, nos orientamos específicamente a presentar en términos generales —ya que no es tema de este trabajo— las aproximaciones sobre los estudios de la subjetividad en el ámbito urbano. Dentro de este universo, es factible detectar dos grandes tipos de análisis: aquellos que se refieren a la ciudad vivida y aquellos otros que se centran en las representaciones de la ciudad.

Para el caso del primero se introducen cuestiones de la vida urbana. En esta perspectiva habría que recurrir a Henri Lefebvre, quien introdujo el tema de la vida cotidiana, el cual impactó de manera importante los estudios urbanos (Lezama, 2002). En sus trabajos, la atención se dirige hacia las prácticas y desde ellas se analiza la cultura de y en la ciudad.

En el caso de la segunda veta, son los estudios centrados en las representaciones, y alude a las formas en que los habitantes de la ciudad construyen dichas representaciones sobre ésta. Este tema en algunos casos se vincula a los llamados imaginarios sociales, donde se aborda la ciudad imaginada o creada.

La representación social —en términos generales— se mueve entre la percepción y los conceptos, lo que

permite la modificación de éstos últimos. A su vez, la comprensión posibilita no sólo abordar la forma en que se construye el conocimiento común, sino que también establece los medios de encontrarse con el problema de la práctica cotidiana. Los elementos constitutivos de las representaciones construyen una “explicación útil para la práctica”. Es este conocimiento lo que conforma que nos familiaricemos con lo extraño o lo desconocido y, más aún, definamos lo peligroso. En otros términos, nos permite establecer un orden, inclusive en momentos de crisis.

En este sentido, las representaciones sociales están constituidas por elementos informativo-cognitivos, ideológicos, normativos, por creencias, valores y actitudes, opiniones e imágenes que se organizan o estructuran para “hablar” sobre la realidad, generalmente relacionadas a la acción, la interacción y la reflexión. (Vergara, 2001: 39)

Nos interesa en particular esta segunda perspectiva, ya que las representaciones, los valores e imaginarios cualifican los espacios, es decir califican la ciudad y sus lugares. Las representaciones y los imaginarios se comparten por distintos grupos y al darle sentido al lugar lo dotan de características y valores. Esta cualificación puede producir la creación y/o modificación del espacio y así otorgan al lugar rasgos materiales particulares que a su vez son las marcas de dicha cualificación. Un ejemplo de este proceso es incorporar en la entrada de una vivienda una imagen que indique peligro (perro amenazante) que

puede hacer suponer la violación del espacio privado. Estos procesos son de orden intersubjetivo, es decir, el sentido ha sido definido socialmente con anterioridad y con relación a otros fenómenos ocurridos o en relación a una memoria del lugar. Así, el espacio es definido como un lugar que recupera y orienta el ámbito de las prácticas y se torna el eje de construcción de las representaciones y los imaginarios sociales.

Es en este terreno donde podemos encontrar dos temas relevantes; la idea del consumo y la casa propia como parte nuclear de este consumo.

A las clases medias se les ha asociado con el consumo, como un signo distintivo de ellas y a la vez como parte indiscutible de una cultura desarrollada por las sociedades urbanas capitalistas. Su origen se encuentra en la expansión de la producción capitalista de las mercancías, hecho que requirió construir nuevos mercados y “socializar” al público por medio de la publicidad y otros medios que transforman al consumidor. Una de las características de este proceso es la incorporación de significados “ajenos” a las mercancías; es decir, los objetos tendrán sentidos y signos que no son dependientes de su valor de uso. Como Mike Featherstone señala:

existe un problema de la “nueva” cultura, la cultura de la modernidad capitalista. ¿Ha de ser meramente una cultura de valor de cambio y del cálculo racional instrumental: algo que podría caracterizarse como una “no cultura” o una “pos-cultura”? Esta es una de las tendencias de la obra de la escuela de Francfort; pero hay otra. Ador-

no, por ejemplo, señala que cuando el predominio del valor del cambio ha logrado suprimir el recuerdo del valor de uso originario de los bienes, el valor queda en condición de adquirir un valor de uso sucedáneo o secundario. De ahí que las mercancías puedan recoger una amplia gama de asociaciones e ilusiones culturales. La publicidad, en particular, es capaz de explotar este fenómeno y asociar imágenes (de) romanticismo, exotismo, deseo, belleza, plenitud, comunidad, progreso científico. (Featherstone, 2000: 40)

Asimismo, existen los excesos de consumo como parte también de representaciones de posesiones materiales que denotan prestigio. De hecho, en las grandes ciudades se han creado lugares que producen una exhibición comercial, en los cuales se presenta una sobrecarga sensorial; una desorientación y licuefacción de signos e imágenes; una mezcla de códigos de la cultura de consumo y donde el arte y la realidad han intercambiado lugares en una “alucinación estética de lo real”. De esta forma se proponen sueños y deseos que satisfacen la imaginaria de la cultura consumista: sitios donde es posible todo consumo, placer y desorden, siempre y cuando exista un autocontrol.

Por su parte, la *casa* es una construcción compleja conformada por representaciones, imaginarios y, como diría Alicia Lindón (2005), mitos. En sí mismo es un lugar que permite recuperar la memoria de lo vivido, creando contrastes y analogías. Paralelamente el imaginario de protección y seguridad que ofrece esta represen-

tación permite que el habitante construya un imaginario o un horizonte de futuro, finalmente —como dice Lindón— en torno a ella se conforma un mito, en tanto que es una verdad fantástica con un gran valor emotivo, y en este sentido es un lugar de condensación de sentido y su propiedad es de gran valor social.

Ahora bien, las maneras en que los distintos grupos se relacionan con el espacio de la ciudad es diferenciada, esto es, no existe una sola representación de la *casa* ni tampoco de la *casa propia*. En términos muy generales, los procesos culturales parecen hacer emerger dos tipos de vínculos territoriales: por un lado la globalización genera una representación aparente en la cual se valoriza la movilidad y el desprendimiento del espacio; por el otro, se presenta un proceso contrario, es decir, las formas de revalorización del espacio incluso para definir una identidad se tornan centrales en diversos campos de la imaginación social.

Como ya señalábamos, el espacio se define por distintos modos de vinculación entre las prácticas y conformaciones subjetivas, que por momentos se presentan como contradictorios. Las reflexiones que presentamos a continuación recuperan por un lado los análisis elaborados por Hiernaux y Lindón (2006) y por otro, nuestra propia investigación en torno a las estrategias de vida de las clases medias en México (Treviño y McKelligan, 2007).

De este modo, iniciamos planteando que existen nuevos procesos de globalización que introducen formas innovadoras de relación con el territorio. Las llamadas nuevas burguesías desarrollan una serie de actividades que conllevan una gran cantidad de desplazamientos.

Gran parte de estos procesos se vinculan con la conformación de una identidad que podría ser denominada como: *soy innovador*.

En la conformación de identidades de los grupos sociales, uno de los rasgos por los cuales se diferencian estos grupos es la articulación entre sus representaciones, la valorización del espacio y las prácticas sobre este último. En el caso de esta nueva burguesía, se autodefine como *transnacional* y por ello tiene una alta valoración y apertura a las influencias culturales y económicas del “mundo exterior”. Ello no significa que no exista una búsqueda de concentración de la riqueza a nivel nacional, sin embargo, sobre estos bienes ha existido un proceso de resignificación. Este grupo ha sido denominado por Daniel Hiernaux como *Foot-loose*:

se construye a partir de su inserción prioritaria en el espacio global, es decir, a partir de una construcción identitaria que enfatiza la relevancia de la participación económica y cultural en el espacio global, espacio que se ha definido a partir de la comprensión espacio-temporal, de la movilización permanente de recursos, incluyendo el humano, y de la utilización del espacio como “localización” antes que como lugar. (Hiernaux, 2004: 76)

En este sentido, el espacio ocupado no toma en cuenta las características propias del lugar, aquellas que son portadoras de la identidad, y los espacios de esta forma quedan homogeneizados y desprovistos de historia.

A diferencia de esta burguesía, según Hiernaux la burguesía *glocal* revaloriza el lugar, y le da un nuevo sentido incorporándolo al capital cultural, y nosotros plantearíamos: lo incorpora también al capital económico. Este grupo utiliza la carga histórica e identidad que tienen muchos espacios y lo aprovecha con fines identitarios y también comerciales.

Se asiste así a la construcción de nuevas identidades sociales a partir del retorno al lugar, de su valorización como elemento de distinción, susceptible de ser aprovechado como una ventaja local en la competencia global. Tal vez ésta sea la razón por la cual, en diversas partes del mundo, se observa un creciente interés de las burguesías y algunas corporaciones en la preservación de la cultura material y la revaloración de espacios con calidad patrimonial, susceptibles de ser aprovechados como “distintivos culturales”. (Hiernaux, 2004: 78)

En el lado opuesto de la estructura social nos encontramos con los sectores pauperizados, los cuales frente a los procesos de globalización han quedado excluidos, viven en la periferia de la ciudad. Lo primero que habría que reconocer, es que los procesos de movilidad social no son específicos de la burguesía, estos grupos también se han caracterizado por la movilidad, es decir, han venido migrando en el territorio de nuestro país. Una de las aspiraciones de estos grupos, igual como de modo extensivo se encuentra en otros sectores sociales, es la

casa propia. El sentido que se le da está asociado con el tema de la certidumbre y de la protección. Los grupos populares viven en un continuo proceso de inseguridad, la casa propia representa un escudo frente a esos riesgos. Por otra parte es una compensación con lo perdido en otros ámbitos de la vida (trabajo, salud, educación, comunidad tradicional, etcétera) y se convierte así en un resarcimiento respecto a anteriores carencias.⁵

EL MITO DE LA CASA PROPIA

Anteriormente señalamos la relación existente entre consumo y clases medias en particular, como signos posibles de distinción de los grupos sociales de las sociedades capitalistas. Ahora bien, debemos agregar que, paralelo a la acción de una lógica del capital, es factible relacionar una “lógica de consumo” la cual refiere a formas sociales que tienen los bienes para demarcar relaciones sociales, es decir, las mercancías servirán para la satisfacción de un estatus, el cual depende de la exhibición y el mantenimiento de las diferencias. Esto es, la adquisición de un producto puede tener como finalidad ganar prestigio social, proveniente del alto valor de cambio de la mercancía consumida, tal y como puede ser la casa propia.

Es en este sentido como podemos hablar del aspecto doblemente simbólico de los bienes en las sociedades occidentales contemporáneas: el simbolismo no sólo se manifiesta en el diseño y en la imaginería de los procesos de producción y

comercialización; las asociaciones simbólicas de los bienes pueden utilizarse y renegociarse a fin de subrayar las diferencias en el estilo de vida que distinguen relaciones sociales. (Featherstone, 2000: 43)

Bourdieu (1998) por su parte, consideraba que en las sociedades donde existe un flujo siempre constante y cambiante de mercancías, es difícil reconocer el estatus y rango del portador, por ende cobra importancia el gusto y el juicio discriminatorio que permite su distinción, esto es, en palabras del sociólogo, la existencia de capital cultural y simbólico como elementos centrales que establecen definiciones sociales; tales como los estilos de vida permeados también por los lugares donde se habita la ciudad.

De esta forma, la lógica de consumo señalada está sujeta a una serie de construcciones simbólicas, las cuales permiten organizar el valor de la mercancía: se definen por la relación entre las características objetivas y los esquemas estéticos y éticos de los *habitus* que estructuran los sistemas de percepción y apreciación. Desde esta perspectiva, “la casa propia” no es ajena a este proceso, la sociedad de consumo ha intervenido en el espacio privado modelando conductas y aspiraciones. Por ello, ésta debe analizarse desde las representaciones dominantes junto con las variantes de la significación y función de la casa según los medios y los momentos.

Así, el mito de la casa propia es una idea que se arraigó en las sociedades urbanas contemporáneas y en general se ha asociado a la clase media. Es interesante

observar que se generan procesos de uniformidad en las personas que habitan un espacio como lo es la ciudad. En las sociedades urbanas actuales esto se ve en los objetos de consumo, que finalmente se asocian con estilos de vida que son prefabricados por una cultura. La propiedad es un elemento muy importante, el triunfo, en un primer nivel se define por el acceso a bienes, acopio de objetos y la casa, en particular, tiene una alta estimación y valorización social.

Para asociar tener casa propia con la conformación de los grupos medios, debemos iniciar reconociendo que existen en varios autores coincidencias en torno a la llamada clase media, esto es, hay una insuficiencia en su definición que lleva a una constante afirmación de sí misma con base en ciertos atributos esenciales: la posesión de educación formal, familia y prestigio ocupacional (Loaeza, 1999). A esto habría que añadir ciertas conductas sociales referidas a estilos de vida que vienen siendo prácticas culturales y sociales sobre las cuales también definen gustos, hábitos, actitudes, lenguajes, entre otros, que remiten a una “buena vida” porque se tiene una “buena conducta” (Blanco, 1990).

Asimismo, para la clase media, la idea de prestigio ha jugado un papel central en su definición como grupo social. A través de este enunciado, se resaltan dos características centrales: el trabajo no manual y el medio urbano. Se goza así de un estatus social superior al trabajo físico dentro de una variedad de categorías socio-profesionales, comprendidas en el sector servicios de la economía. La educación, asimismo, determina tanto su situación como su posición en la estructura social.⁶ El

peso de ésta última es una condición de estatus, la cual se vuelve mayor en donde imperan profundas diferencias socio-económicas; la educación se transforma así en un elemento que distingue a las clases sociales.

Una primera cuestión que rescata Portocarrero (1998) es la importancia que tiene la autoidentidad y la asignación de esta categoría hacia las otras personas. Así, cuando una persona dice “yo soy de clase media”, el término remite a ciertas creencias y valores, a una forma de entender la vida y ubicarse en la sociedad. En el segundo, cuando se trata de clasificar a los demás, el término se refiere a un conjunto de personas que tienen características comunes: un mismo nivel educativo, ingresos parecidos u ocupaciones similares. Aunque relacionados, estos significados son diferentes. En el primero se enfatiza la cultura y el orden simbólico en cuanto regímenes de ordenamiento de la vida impulsiva y de producción de identidades colectivas. En el segundo, el trabajo y la economía aparecen como los fundamentos de la diferenciación social. (Toche *et al.*, 2003: 6-7)

Es un hecho que la autodenominación de la clase media, como comentamos anteriormente, revela un espacio indefinido en torno a este sector en el sentido de que constantemente necesitan recrear sus condiciones de vida, sus formas de actuar y sus perspectivas sociales, es decir, requieren un reforzamiento constante al señalar que sus

actividades y aportes a la sociedad permiten refrendar la permanencia y la estabilidad del sistema que los contiene. Son ellos y no otros grupos sociales quienes generan y sostienen este sistema.⁷

Esto nos conduce a plantear sobre cuáles son las características de dicha clase, señalando que sus particularidades son, inicialmente, las siguientes:

- Primero, sus aspiraciones se fundan en el reconocimiento social y el acceso a diversos privilegios materiales y políticos así como en su educación formal.
- Segundo, el proceso de identificación de los sectores medios con el estilo de vida propio de su clase se asienta principalmente en la familia, concebida como un espacio de reproducción y normatividad, pero también como un lugar desde el que se producen las condiciones para la movilidad de sus miembros.
- Por último, el prestigio ocupacional se impone sobre cualquier otro criterio de estratificación como el más racional y justo ya que incorpora el principio democrático: selección social a partir de igualdad de oportunidades (Loaeza, 1999).

Considerarse de clase media supone así *una identificación con valores y normas que educan la vida impulsiva, que modelan los deseos y la sensibilidad de una manera peculiar y característica* (Featherstone, 2000). De esta manera, el autocontrol y la orientación hacia el futuro, hacia el desarrollo, son quizá las marcas más distintivas de la subjetividad de la clase media. Asimismo, la idea del desarrollo personal como una posibilidad emancipadora,

y hasta un deber, representaría la otra gran orientación constituyente de esta subjetividad.

Paralelo a la afirmación de valores identificatorios está también la búsqueda de separarse de los otros. Sin embargo, estas actitudes distan de ser simples e inequívocas. Lo minimizado bien puede ser sinónimo de nostalgia y hasta de envidia, como ocurre con la aparente distancia que guardan ante los sectores populares. Lo mismo sucede con los sectores altos en el que la crítica hacia el relajo de valores que frecuentemente les asignan a estos sectores casi no puede esconder el deseo de pertenecer a ellos. (Toche *et al.*, 2003: 7-8)

Para este grupo, el “estilo de vida” tiene un gran significado dado que remite a su posición en la estructura social, su tipo de consumo y de propiedad, ocupaciones y el vínculo con la formación educativa, todo esto es lo que constituirán sus “formas de vida”, es decir, la actividad de estos grupos admite que quienes la desempeñan tienen un nivel mayor de instrucción, lo cual incluye formas de expresión oral, buenos modales, vestimenta, entre otros. Todos estos elementos se observan en los patrones de consumo y en una representación del prestigio social. Asimismo, la casa propia contiene un uso social asociado a la tradición de sedentarismo y se vincula con la idea que exalta las relaciones sociales concebidas según un modelo de comunidad. La publicidad moviliza imágenes que hacen aparecer experiencias en torno a la “casa” las cuales

pueden ser comunes en tanto que son parte de una tradición cultural y forma parte de una historia personal.⁸

Dado que la conformación del prestigio y estilo de vida denotan una identidad colectiva basada en el trabajo no manual y el medio urbano (Tarres, 1990), se goza de un estatus social superior al trabajo físico dentro de una variedad de categorías socio-profesionales, comprendidas en el sector secundario (industria) y terciario (comercio, transporte y servicios) de la economía (Stern, 1990). Asimismo, los lugares habitacionales como fraccionamientos, condominios o ciertas colonias, expresan espacios de organización y vida colectiva entre semejantes. En segundo término, está la familia concebida como un espacio de reproducción y normatividad, pero también como un lugar desde el que se producen las condiciones para la movilidad de sus miembros (Loaeza, 1999).

De esta forma, las precisiones en relación a la clase media van más allá de distinciones laborales u ocupacionales; buscan identificarse con diversas estrategias sociales que comportan formas de actuar, de pensar y de expresarse en diversos ámbitos que los reconozca como diversos, pero al mismo tiempo como iguales (entre ellos). “Describirse como parte de la clase media es asumir que se es parte de una situación o de un ideal de estabilidad social y biográfica y que no necesariamente está en contradicción con la pertenencia a las otras identidades” (Nugent, 2003: 3-4).

La búsqueda constante de su autodefinición y del reconocimiento que entraña ser o pertenecer a la clase media, tiene entre sus fundamentos la situación económica, sin embargo, si la crisis permea estos grupos, expresada

en disminución de niveles de consumo, pérdida de movilidad social, abandono de actividades socio-culturales, entre otros, conducirá a establecer nuevas biografías que pueden emprender dos caminos: el primero, ligado a la sobrevivencia familiar y generando nuevas actividades con beneficio económico; el segundo, encaminar su pérdida adquisitiva hacia horizontes más amplios que incluyen la participación social, la movilización por la defensa de derechos, es decir, por la conservación de sus propios estilos de vida. Un ejemplo para ello son los movimientos clasemedieros en el Cono Sur del continente y, en el caso mexicano, El Barzón Metropolitano.

De este modo, frente al desprestigio social que puede representar la precariedad de sus ingresos, la pérdida de bienes muebles (como la casa) y el deterioro en la capacidad de ahorro, las formas de empleo inseguro y, sobre todo, evitar el descenso en la estructura social, es lo que genera actividades por cuenta propia así como el llamado “multichambismo”. Esto trajo consigo lo que Rivera (2005) llama “proyectos familiares de vida”, esto es, planes de vida en común con metas y prioridades en donde existen características que permite a esa familia generar solidaridad, reciprocidad y consenso para que de manera colectiva se pudieran lograr resultados producto del esfuerzo desarrollado.

De esta forma, mediante el funcionamiento de diversos proyectos en algunas familias, se busca privilegiar la generación de mayores ingresos, así como también el ahorro de los mismos. En otros casos, se busca mantener, a toda costa, el

nivel de vida o incluso allegarse y controlar determinados recursos que les permitieran acceder a mejores condiciones tanto de carácter laboral, como en el ámbito de la vivienda, el consumo y la alimentación. (Rivera, 2005: 18-19)⁹

De esta manera:

proclamarse de clase media —en la manera de pensarse a sí mismo, en las expectativas laborales, en el arreglo personal, en la forma de dirigirse a los otros [...] es una posibilidad muy atractiva pues significa [...] una reivindicación de derechos y de ciudadanía, la adquisición de un nuevo estatus social, es decir, el reconocimiento y el derecho a reivindicar cierto *confort* en el cual la posesión de una casa tiene un valor trascendental. (Toche *et al.*, 2003: 8)

En este sentido, observar y analizar “el mercado de la casa” permite trascender el espacio privado (hogar, vivienda) para incluir este posicionamiento en el espacio social, esto es, en territorios y lugares como la colonia, el barrio e inclusive —como ocurre con la Ciudad de México— las delegaciones. Desde esta perspectiva es posible analizar el espacio urbano fracturado por sectores; reconociendo que existirán algunos que quedarán excluidos o escasamente incorporados al espacio *modernidad-mundo* los cuales serán no rentables y, en contraparte, los pedazos urbanos modernos, globalizados e integrados.

Las nuevas tipologías del espacio residencial, apoyadas por los grandes equipamientos de consumo y espacios personalizados del “buen vivir”, se constituyen en espacio legítimo de nuevas clases medias, que con un estilo de vida mundializado, se muestra como contra-cara del expansivo proceso de pauperización social que incluye crecientemente a sectores medios. (Arizaga, 2006: 3)

HOLOGRAMAS ESPACIALES

Las propuestas metodológicas para abordar los fenómenos subjetivos vinculados al espacio pueden ser muy variadas. Al igual que otros tipos de fenómenos semejantes, *grosso modo* y de manera recurrente, se hace referencia a dos grandes líneas en torno a estos fenómenos: a) los caminos instituidos, esto es, se trata de aproximaciones de base estadística, en las cuales hay un reconocimiento de sus límites y posibilidades y se aborda el espacio urbano fuera de la experiencia espacial y b) nuevas propuestas que en términos generales se relacionan con metodologías cualitativas.

Lo que aquí presentamos se enmarca en la segunda perspectiva y busca recuperar la metodología cualitativa con la cual se ha venido abordando los estudios de imaginarios y representaciones espaciales e intenta enfatizar algunos aspectos que hasta el momento, creemos, no han sido lo suficientemente remarcados. Como todo camino nuevo, si bien tiene la riqueza de la nueva explo-

ración, sin lugar a dudas también tiene como debilidad lo incierto y lo inconcluso.

Sin embargo, el tipo de objeto cuando pretende incluir la experiencia, la representación y el simbolismo de los sujetos conducirá al investigador a intentar explorar sobre las metodologías y sus técnicas. Siguiendo a Abilio Vergara, quien a su vez reflexiona en torno a la propuesta de Castoriadis:

el imaginario tiene necesidad del símbolo para expresarse, para salir de su condición de virtualidad, “para existir”. Continuando en esta línea, señala que el simbolismo requiere la capacidad de imaginario, porque el símbolo “presupone la capacidad de ver una cosa que ella no es, de verla otra” en asociación complementaria con el imaginario que tiene la facultad de poner “una cosa y una relación que no existen” y por otro lado, no se han dado a la percepción (“imaginario último o radical”), y establece que es una raíz común la capacidad elemental e irreductible de evocar una imagen. (Vergara, 2001: 51)

Desde esta perspectiva se requieren instrumentos y metodologías que permitan observar y mirar estos vínculos, habría que preguntarse si los instrumentos cuantitativos tienen esta posibilidad. Frente a esta interrogante, existirá un sector importante de investigadores que responderá negativamente, esto los llevará a elaborar búsquedas dentro del campo de las metodologías cualitativas.

Uno de estos posibles caminos alternativos es el que Lindón y Hiernaux han denominado *hologramas espaciales*. Éste sería un escenario concreto —con demarcación de espacio y tiempo— y su singularidad consistirá en el hecho de que desde el relato, están presentes otros lugares que actúan como constituyentes de ese lugar. Esos otros lugares son traídos al escenario a través de las experiencias vividas en esos otros lugares por los sujetos que actúan allí.

Lindón (2007) pretende identificar estos hologramas en los relatos de vida de los habitantes de la ciudad. Estos relatos demarcarían escenarios que contienen inicio, desarrollo y fin (principio de clausura) y cada uno de estos escenarios se conectaría con otros por medio del hilo narrativo y de experiencias vividas.

En los hologramas espaciales, el narrador refiere a lugares y prácticas concretas que allí se despliegan, verdaderos escenarios espacio-temporales de la vida cotidiana. Por medio de las prácticas la persona se apropia del lugar para distintos fines, compartiéndolo e interactuando con otros que convergen en el lugar. Sin embargo, el holograma espacial no es un simple relato de prácticas y lugares, o un relato de simples escenarios en los que se despliegan las prácticas. Es un relato de prácticas, lugares y escenarios que contienen dentro de sí y de manera encapsulada, otros lugares, sentidos de los lugares, intencionalidades de los habitantes de esos lugares, simbolizaciones de los lugares y del quehacer que en ellos se concreta. (Lindón, 2007: 15)

Estos escenarios tendrán un potencial holográfico en la medida en que adquieran profundidad a través de la interpretación. De esta manera, da cuenta de dos aspectos: a) el sentido de ese lugar a través del reconocimiento de otros lugares, y b) la vivencia y la peculiaridad de ese lugar *construido*.

El holograma tiene como pretensión construir una imagen tridimensional, es decir, con mayor profundidad. La interpretación permite tener una imagen más profunda de los lugares. Es un relato que en principio se presenta como banal en la cual se dibujan narrativas de personas y lugares. Frente a ésta se propone un método abierto a la interpretación espacial en dos grandes planos: una localizada y otra en donde se despliega a una red de lugares interconectados a través de lo vivenciado.

A partir de la identificación del lugar, se requerirá elaborar un análisis que permita por un lado reconstruir la apariencia visible del escenario —formas espaciales, prácticas espacio temporales— y, por otro, para reconstruir el lugar tridimensionalmente habrá que incorporar los significados atribuidos al lugar. En otras palabras, la imagen adquiere profundidad (la tridimensionalidad) cuando las formas espaciales y los haceres (las prácticas) son reconocidos con sus significados, incluso rescatando los imaginarios urbanos en los cuales se inscriben esos significados. Para ello se debe descifrar y decodificar lo que está detrás de las palabras, es decir, los significados más profundos y su entretreído en tramas de sentido, de acuerdo con el planteamiento de Lindón (2007: 15).

Podemos reconocer que esta propuesta metodológica es muy novedosa, sin embargo, en la temática de la

“casa” es necesario incorporar una diversidad de ejes que no pueden ser captados desde sólo esta postura. Con nuestra perspectiva, la “casa propia” ocupa un lugar destacado; a diferencia de otros “lugares” además de ser un bien material duradero expuesto a la percepción de todos, esta propiedad revela el ser social de su propietario (gustos, sistemas de clasificación); es asimismo una inversión económica, la cual posiblemente sea la decisión más difícil de todo el ciclo de la vida doméstica, desde esta perspectiva la idea de patrimonio es fundamental en el sentido de que supone una forma de hacerse de un “recurso perdurable y sin grandes riesgos”. También la casa se vincula con la creación de un grupo social unido por los vínculos de alianza y parentesco. Es de hecho una apuesta, un proyecto colectivo en el cual se espera resistir a la disgregación y a la dispersión, “permite la defensa del coto de intimidad de la familia nuclear, tan importante para la clase media capitalina” (Zamorano, 2007: 177).

Para el análisis de este bien, es necesario como antes mencionamos tener en cuenta toda la herencia de mitologías colectivas y privadas. De hecho, en la retórica de la publicidad se muestra de manera clara la mitología sobre ella. La publicidad es eficaz porque explota las *disposiciones* pre-existentes, moviliza palabras o imágenes que la hacen resurgir. Los anuncios hacen re-aparecer las vivencias subjetivas, evocan las connotaciones privadas, inventan mitos colectivos y subjetivos, como son los mitos familiares.

Otro eje que atraviesa este objeto de estudio es algo que en términos generales se suele olvidar por elemen-

tal y obvio: la ciudad “se conforma por casas”. La diferenciación en su construcción y organización hace de *la ciudad* miles de ciudades. El juego entre un Estado que favorece y posibilita (política pública, condiciones financieras, créditos, etcétera) un mercado de vivienda y disposiciones individuales y sociales “hace” la ciudad. Así extendemos la ciudad hacia las periferias o invertimos en el centro y lo “re-valoramos”: también así cerramos los espacios y conformamos micro-ciudades.

Dada la gran carga de simbolismo y significación de este objeto de estudio, la importancia en la construcción de redes sociales que lo atraviesan, así como ser un espacio emblemático para “una inversión económica”, no podemos suponer que esté exento de fuerzas confrontadas y contradictorias, es decir, de relaciones de poder.

Utilizar los hologramas como estrategia de estudio de este tipo de fenómenos es suponer que las construcciones subjetivas están al margen de las relaciones sociales. El constructivismo tiene muchas variantes, sin embargo poseen como supuesto común la consideración del sujeto cognoscente como constructor de conocimiento: el conocimiento es resultado de la acción del sujeto sobre la realidad y está dado tanto por las propiedades del sujeto como de la misma realidad. En este sentido, dicho sujeto almacena este conocimiento por medio de esquemas y representaciones. Sin embargo, en todo este tipo de análisis ¿dónde queda la dimensión del poder? Esto es, ¿qué lugares ocupan las relaciones sociales y de poder entre quienes habitan, construyen y demarcan su ciudad?

Podemos concluir de manera preliminar que si bien el conocimiento de los sujetos es producto de su acción

sobre la realidad como lo plantea el construccionismo, también este conocimiento es fruto de las dinámicas sociales. Existen “lugares” en los cuales se concentran las distintas marcas de quehacer social, es decir, “la casa propia” específicamente en la ciudad permite comprender de manera privilegiada un cúmulo de interacciones sociales que quedan expresadas en “mitos”, “representación”, “deseos” e “imaginarios”. Desde este punto de vista queda pendiente construir propuestas metodológicas que intenten abordar esta dinámica especialmente conflictiva desde la producción de la relación social y del poder.

En este sentido, cabría interrogarse si todas las representaciones sociales son iguales, o por el contrario algunas de ellas expresan de manera más clara las relaciones de fuerza social. Podríamos aventurarnos a plantear que el “mito de la casa propia” reúne una serie de condiciones que la hacen singular: condensa una gran cantidad de conflictos, es una representación que es producto de contradicciones que emanan de una diversidad de intereses, juegos de la cultura y dinámicas micro-sociales (familia, pareja, etcétera). Nos quedan por delante las tareas de construir una argumentación que sostenga con mayor vehemencia este supuesto y una metodología que posibilite reconocer las bisagras de los distintos conflictos sociales y de poder condensados en algo que se denomina “el mito de la casa propia”.

NOTAS

¹ En artículos anteriores (Treviño Carrillo y McKelligan Sánchez, 2007 y 2009), se presentaron reflexiones y análisis producto de la investigación realizada sobre la organización de El Barzón Metropolitano. Una de las características de esta agrupación fue la pertenencia a la clase media así como la relevancia de la casa propia y su defensa para la participación en esta acción colectiva. Este hecho nos sorprendió por la gran cantidad de significaciones que tenía para este grupo la casa, es por ello que decidimos incursionar en esta temática.

² Véase Claudia Zamorano (2007).

³ Algunos autores que se asocian a la perspectiva constructivista son Schutz, Luckmann, Berger, Maturana y Bateson. Su estudio en relación con la espacialidad asume el constructivismo en tanto es el individuo quien construye su realidad articulando lo estructural, lo funcional y lo simbólico. Por ejemplo, el lenguaje, el hablar, estructura una de esas conformaciones. En general, véanse los trabajos de Lindón y Hiernaux.

⁴ Datos de una encuesta señalan lo siguiente: las personas que habitan en la ciudad son agresivas (45%); la ciudad es peligrosa (42%), cansada (20%), triste (10%); los personajes emblemáticos de la ciudad se concentran en el poder político, figuras públicas mediáticas y referencias históricas (Aguilar, Nieto y Cinco, 2001).

⁵ Sería necesario discutir las distintas representaciones que hay sobre el espacio en los grupos populares de la periferia de la ciudad. Lindón (2005) propone pensar que el espacio en la periferia es vivido por sus habitantes de dos maneras: a) no se vive un vínculo entre el sujeto y el espacio, el sujeto solo accede al espacio para conformarse como propietario y b) aunque tampoco se da un vínculo profundo entre espacio y sujeto, el espacio se vive como una localización que tiene ciertas ventajas relativas.

⁶ Pierre Bourdieu (1998) construyó las categorías apropiadas para el análisis de estos sectores medios; entre ellas, especialmente importantes son las que denominó *habitus*, clase de trayectoria y los campos de acción.

⁷ Una imagen cultural que ha sido utilizada en diversas sociedades como motor de acción, es la promesa de que la disciplina y los sacrificios requeridos por la exigencia de acumulación de procesos de producción llevarán, en algún momento, a vencer la escasez, una vez que estén satisfechos las necesidades y los placeres de los consumidores. En las clases medias, particularmente, hallamos la persistencia de la noción de trabajo duro y disciplinado. Ahora bien, el consumo es el auxiliar del trabajo el cual se presenta como una conducta ascética e introspectiva en los viejos o tradicionales valores de la vieja burguesía. A diferencia, la nueva fracción de clase media pone en duda estas virtudes y exhibe imágenes que sugieren placeres y deseos alternativos, en los cuales el consumo es significado de exceso y desorden. De hecho, “para controlar con eficacia el crecimiento y manejar el excedente, la única solución es destruir o dilapidar ese exceso en forma de juegos, religión, arte, guerras, muerte. Lo cual se efectúa mediante regalos, *potlacht*, torneos de consumo, carnavales y consumo ostentoso” (Featherstone, 2000: 52).

⁸ Entre 1920 y 1950 encontramos en nuestro país, junto con otros de Latinoamérica, un proceso de densificación urbana junto con la incorporación masiva de nuevos productos industriales y la emergencia de sectores medios, entre los cuales, el hogar aparece como fachada del estatus (Arizaga, 2006).

⁹ Las acciones desarrolladas van desde la preparación y venta de alimentos hechos en casa, la venta de artículos como ropa, calzado y cosméticos, rentar espacios para vivir en su casa, hasta el trabajo de horas extras, entre otros, marcando el regreso de las mujeres al circuito laboral y el crecimiento del trabajo por cuenta propia, lo que concluye que en los hogares medios la diversidad laboral es ya un proyecto constante y a largo plazo de la vida cotidiana de estas familias, representados en fuentes alternativas de trabajo y estilos de vida (Rivera, 2005: 18-19).

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Miguel Ángel, Raúl NIETO y Mónica CINCO (2001), “Ciudad de presencias: dimensiones evaluativas y sensoriales en las evocaciones de la ciudad de México”, en Abilio Vergara (coord.), *Imaginarios: horizontes plurales*. México: INAH, pp. 165-193.
- ARIZAGA, Cecilia (2006), “La construcción del gusto legítimo de la casa”, en *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, Chile.
- BAILLY, Antoine (1989), “Lo imaginario espacial y la geografía. En defensa de la geografía de las representaciones”, en *Anales de Geografía*, núm. 9. En línea: <<http://revistas.ucm.es/ghc/02119803/articulos>>
- BERMAN, Marshall (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.
- BOURDIEU, Pierre (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- _____ (2001), *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- CERTEAU, Michel de (1996), *La invención de lo cotidiano. Vol. 1: Artes de hacer*. México: UIA, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- CORAGGIO, José Luis (1992), “Pautas para una discusión sobre el futuro de la investigación urbana en América Latina”, en *Sociológica*, núm. 18, UAM, pp. 141-153.
- D’ANDREA, Luciano (1991), “Contribuciones teórico-metodológicas para el análisis de la relación: servicios urbanos, gestión local y medio ambiente”, en Martha Schteingart y D’Andrea Luciano (comps.), *Servicios urbanos, gestión local*

- y medio ambiente. México: El Colegio de México / CERFE, pp. 57-68.
- ECHAVARRÍA, Jorge (2002), "La vivienda. Los miedos de la ciudad", en *Corporación Región*, Medellín.
- FEATHERSTONE, Mike (2000), *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GÓMEZ, Alberto (1984), "Geografía social y geografía del paisaje", en *Geo Crítica*, núm. 49, Barcelona, pp. 5-34.
- GOTTDIENER, Mark y Joe R. FEAGIN (1990), "El cambio de paradigmas en la sociología urbana", en *Sociológica*, núm. 12, UAM.
- HIERNAUX, Daniel y Alicia LINDÓN (2004), "Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México", en *Anales de Geografía*, núm. 44, pp. 71-88.
- _____ (2006), *Tratado de geografía humana*. México: Anthropos / UAM.
- _____ (2007), "Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos", en *Eure* 33, Santiago.
- LEZAMA, José Luis (2002), *Teoría social, espacio y ciudad*. México.
- LINDÓN, Alicia (2005), "El mito de la casa propia y las formas de habitar", en *Scripta Nova IX*. En línea: <www.ub.es/geocrit/sn/sh-194-20>
- _____ (2007a), "El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas", en *Revista de Geografía Norte Grande* 37, Santiago, pp. 5-21.
- _____ (2007b), "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales", en *Eure* 33, Santiago, pp. 31-46.
- LOAEZA, Soledad (1999), *Clases medias y política en México. La querella escolar 1959-1963*. México: Colegio de México.

- MCKELLIGAN, Ma. Teresa y Ana Helena TREVIÑO (2007), *¿Cómo se origina la protesta en las clases medias? El caso de El Barzón Metropolitano*. Ponencia presentada en el XXVI Congreso ALAS en Guadalajara, Jalisco, agosto de 2007.
- MONSIVÁIS, Carlos (1999), “Apocalipsis y utopías”, en *La Jornada Semanal*, suplemento de *La Jornada*, 4 de abril, 1999, pp. 1-13.
- MOSES, R. (1991), “A invenção do urbano: a construção da ordem na cidade”, en Piquet Roselia e Torres Ana Clara (comps.), *Brasil território da desigualdade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, pp. 123-133.
- NUGENT, Guillermo (2003), “Clase media. De la mano invisible a la clase invisible”, en *Perú Hoy*, núm. 4, DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, Lima, pp. 1-9.
- PORTOCARRERO, Gonzalo (comp.) (1998), *Las clases medias*. Lima: Tempo.
- RIVERA, José Guadalupe (2005), “Familias de sectores medios urbanos: el desarrollo de nuevas estrategias familiares de trabajo”, en *Papeles de Población*, octubre-diciembre, núm. 46, UAEM, México, pp.161-187.
- SARMIENTO, Sergio (2004), “Vivir y morir en el DF”, en *Letras Libres*, año IV, núm. 44, México, pp. 28-32.
- TAIBO II, Paco Ignacio (2003), “La ciudad como personaje narrativo”. Conferencia dictada el 11 de septiembre en el Seminario Permanente del Centro de Estudios sobre la Ciudad, Universidad de la Ciudad de México, México, pp. 1-15.
- TOCHE, Eduardo, Jorge RODRÍGUEZ, Molvina ZEBALLOS (2003), “Las clases medias ¿van al paraíso?” en *Perú Hoy*, núm. 4, DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, Lima, pp. 1-24.

- TREVIÑO CARRILLO, Ana Helena y Ma. Teresa MCKELLIGAN SÁNCHEZ (2007), “Estrategias de vida de las clases medias en México”. Ponencia presentada en el Primer Encuentro de Sociología en la UAM, México, octubre.
- TREVIÑO, Ana Helena y Ma. Teresa MCKELLIGAN (2009), “De la autodenominación a la movilización: clases medias y acción política”, en *Revista Estudios latinoamericanos*, núm. 23, enero-junio, CELA / UNAM, pp. 125-145.
- TREVIÑO, Ana Helena, Ma Teresa MCKELLIGAN y Silvia BOLOS (2004), “Representación social de la Ciudad de México”, en *Andamios*, núm. 1, otoño-invierno, México: Universidad de la Ciudad de México, pp. 145-160.
- VERGARA, Abilio (coord.) (2001), *Imaginarios horizontes plurales*. México: Conaculta.
- ZAMORANO, Claudia (2007), “Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido?”, en *Sociológica*, año 22, núm. 65, septiembre-diciembre, UAM-A, pp. 159-187.

LA MEMORIA EN EL NUEVO DISCURSO HISTÓRICO

STEFAN RINKE

EL SIGNIFICADO DE LOS CONCEPTOS de la memoria y del olvido en los estudios culturales en Europa ha aumentado constantemente desde el final de los años 80. Como destaca Jan Assmann, uno de los fundadores de este tipo de investigación en Alemania, la memoria es un nuevo paradigma de los estudios culturales que puede vincular diferentes campos de investigación. Los fenómenos del recuerdo, la memoria y el olvido son objetos de una investigación necesariamente transdisciplinaria que rompen los límites sólidos de las disciplinas y que generan estrategias interdisciplinarias (Confino, 1997; Cavalli, 1991). La bibliografía para los términos “recuerdo”, “memoria”, “olvido” en las diferentes lenguas es casi incalculable. Además, con la aparición del internet, poseemos un medio que amplía las posibilidades de la memorización aparentemente al infinito. Con razón Pierre Nora (1990: 3) habló de una “era de la conmemoración”.

¿De dónde viene la nueva preocupación científica por la manera en que los individuos y los grupos colectivos tratan y trataron sus historias? Sin duda esta preocupación es un indicio de la ruptura trascendental de los acontecimientos globales en 1989 y 1990. Este cambio histórico provocó la necesidad de una nueva orientación y una búsqueda por sentido ante lo que algunos teóricos neoliberales llamaron el “fin de la historia” y ante la pérdida del sentido colectivo en la sociedad posmoderna con sus tendencias individualistas (Niethammer, 1985). La desconfianza en la validez de las certidumbres intelectuales y los metarrelatos que codificaban identidades ha ido legitimando la búsqueda de una memoria alternativa como praxis intelectual. Mientras en Latinoamérica el cambio es sin duda una reacción al fin de las dictaduras sangrientas de los 70 y 80 y al necesario trabajo de la memoria ante las diversas experiencias de violencia, en Alemania —como en muchos otros países— refleja el cambio generacional y el inminente fin de la memoria directa en relación con la catástrofe del siglo xx, el holocausto. En ambos casos se impone urgentemente la pregunta de como conservar un recuerdo “correcto”, o sea un recuerdo legítimo.

Muchos historiadores han reaccionado con ironía frente al “descubrimiento” realizado por los estudios culturales respecto de una pregunta y un tema que para su campo de investigación siempre ha sido fundamental. Algunos se delimitaron y se delimitan todavía de los nuevos enfoques como lo hicieron antes con la historia oral, porque la preocupación por la memoria individual les parece como una expedición a la tierra extraña de las

emociones individuales y del irracionalismo. Gran parte de la historiografía alemana considera por ejemplo que estas esferas son meramente especulativas y que por lo tanto deben ser confiadas a psicólogos y psicoanalistas. Entonces, y a pesar de la fuerte oposición, ¿cómo fue posible que la investigación sobre la memoria lograra ingresar e inscribirse en la historiografía? O puesto de otra manera: ¿por qué fuentes de la investigación histórica se nutren de la reflexión cultural sobre la memoria? Sostengo que la vuelta al tema de la memoria y el olvido en el nuevo discurso histórico se gestó hace ya varios años de la mano de la investigación de carácter constructivista de la historia y de la conciencia histórica. Más tarde, el interés de los estudios culturales tuvo un efecto fecundante para la historiografía. En lo siguiente me propongo analizar, en primer lugar, los rasgos fundamentales de los debates historiográficos y a continuación describir algunas influencias importantes de los estudios culturales en estos debates. Finalmente voy a presentar unos ejemplos de la investigación sobre la memoria en la historiografía alemana.

BASES HISTORIOGRÁFICAS DEL TEMA DE LA MEMORIA

En la segunda mitad del siglo XVIII la pluralidad de las historias individuales se delimitó al concepto abstracto de “la historia”, en su versión singular. Con eso se creó el fundamento de la profesionalización de la historiografía como ciencia humana. Resulta claro que en esta nueva disciplina el tema de la memoria no podría ju-

gar un papel importante. En su fase inicial, en el siglo XIX, la historiografía estaba marcada por el historicismo y se destacó por los postulados de racionalidad y objetividad. La memoria existía, por ejemplo, como en el caso de Johann Gustav Droysen, sólo como base primitiva de la conciencia histórica (Droysen, 1974: 332). Implícitamente se trató de una oposición insuperable del “saber”, reflejado por la historia científica, y la “memoria”, localizada en el individuo. Sólo al final del siglo XIX algunos historiadores y filósofos (Aby Warburg, William James, Sigmund Freud) se dieron cuenta de la importancia de la memoria como factor que admite relacionarse con la historia, con el fin de otorgarle a esta última un significado para la vida. El tratamiento del pasado se desarrolló como tema de una historiografía que reconoció que la vida individual y la experiencia de su dimensión histórica son fundamentos de cada reflexión histórica, profesional y personal (Patzel-Mattern, 2002: 181).

Este entendimiento se complementa en la teoría histórica con la investigación de la conciencia histórica como conocimiento de la condicionalidad temporal del hombre y sus instituciones en los niveles del pasado, del presente y del futuro, lo que implica también un conocimiento de la inestabilidad y de la relatividad de las experiencias del tiempo (Jeismann, 1997; Yates, 1969; Riekenberg, 1995). La conciencia histórica hace suyas estas conexiones mediando la historia para la conciencia actual y haciéndola inteligible, dotándola de sentido para la actualidad. El historiador Karl-Ernst Jeismann explica esta interacción: “La conciencia histórica presupone primero la comprensión de que la reconstrucción

de los pasados está ligado necesariamente a las posibilidades de entendimiento, los deseos de interpretación y las preguntas de la vida en una/la actualidad” (Jeismann, 1997: 42). Este trabajo de mediación se encuentra intrínsecamente orientado a las expectativas del futuro y es por eso que produce una interrelación entre “la experiencia de fondo (*Erfahrungsraum*: espacio de la experiencia) y el horizonte de la expectativa” (Koselleck, 1974). La conciencia histórica, entonces, es la categoría central si se trata del sentido y del significado del pasado para el individuo y los grupos (Rüsen, 2001a: 223-224; y 2001b: 5-6).

LOS IMPULSOS DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

La nueva historiografía que se interesa por las bases sociales y las prácticas de interpretación del pasado se funda en la investigación de la conciencia histórica por un lado, y en las nuevas teorías culturales, por otro.

Consecuentemente con el debilitamiento de los estados nacionales, la “nación” también se disuelve como objeto de estudio e investigación. La “historia social” moderna corrigió sin duda una serie de déficits de la historiografía de viejo cuño y promovió la diversificación de perspectivas de estudio de la historia, entre ellas la aproximación “desde abajo”, desde la vida cotidiana. Sin embargo creía, como la vieja historiografía, en la existencia de estructuras y datos “duros” que había que comprender para dar una versión “correcta” de los procesos estudiados. Desde hace algunos años se observa un cam-

bio de paradigma hacia el concepto de cultura y consecuentemente una apertura epistemológica a los estudios culturales y a la crítica de la cultura.

Las nuevas teorías culturales no subrayan solamente el carácter procesual de la cultura, sino también el carácter de construcción de la historia. En ese sentido resultan útiles las concepciones de cultura no como producto sino como proceso y como “producción de significaciones e identidades, proceso, acontecer relacional y práctica” (Conrad y Kessel, 1998: 14). Vista desde esta perspectiva, la historia no tiene significados fijos, sino que los sujetos que producen significación (también el discurso teórico) se ven obligados a “negociar” constantemente el sentido de la historia (Geertz, 1973 y 1987; Mergel, 1996; Conrad y Kessel, 1998). En el marco de la crítica al logocentrismo y de la deconstrucción, ya no hay en la historiografía un relato-guía “objetivo”, fijo, al que atenerse y en el que converjan y coincidan estas diversas interpretaciones, reconversiones y transformaciones (Clifford, 1988; Yúdice, 1992; Berkhofer, 1995). En la medida en que la “velocidad del flujo cultural” (Schiffauer, 1997: 101) aumenta, la historia deja de responder a la imagen de una direccionalidad ordenada, y es concebida más bien como un “reestructurar caleidoscópico” que como progreso o evolución con un sentido único (Schiffauer, 1997: 102).

Por eso la comprensión de la historia como construcción compleja se ha ido desplazando del centro del debate (Patzel-Mattern, 2002: 11). En este contexto se muestra la ambivalencia fundamental de la historia que representa y tiene que investigar, por un lado, el pasa-

do en sí, es decir el mundo externo, y, por otro, su significado para el individuo, o sea el mundo interno. La memoria puede establecer una conexión y un sentido común entre ambos mundos. Puede poner la historia a disposición de la actualidad ajustándola creativamente a las exigencias actuales. Esta nueva historiografía trata de mostrar las estructuras de la interpretación para entender los principios de construcción de los tiempos pasados y la pluralidad de las historias. La historia actúa sobre la actualidad y viceversa, por lo que queda de manifiesto que la historia no es una entidad cerrada a la que se pueda —por así decir— “recurrir”, sino que por el contrario constituye una entidad construida activamente por la memoria (Schmidt, 1991: 388). Es decir, que la memoria hace visible una estructura de lo pasado y coagula historia. Por ende se hace comprensible el trabajo de la memoria que establece la interconexión entre el pasado y la actualidad. Simultáneamente el entendimiento de la memoria como proceso genuinamente subjetivo —aunque posea dimensiones colectivas— muestra la existencia de una pluralidad de historias o bien de una pluralidad de narraciones diferentes y a veces conflictivas del pasado.

La pregunta por el funcionamiento de estas interacciones evocó el interés en la memoria como proceso fisiológico y psicológico. Nociones psicoanalistas como “represión” o “trabajo de luto” o sus deducciones “olvido” y “trabajo de la memoria” entraron en el discurso histórico (Cavallo, 1997: 460-461).

Efectivamente la memoria es de vital importancia para el ser humano, tanto a nivel individual como a nivel

colectivo. Ella acumula experiencias valiosas seleccionándolas del flujo del acontecer en relación a prioridades externas o internas en la vida de los individuos o de las comunidades que son, por eso mismo, rememorables. Al transformarse o desplazarse subjetiva u objetivamente las prioridades, determinados contenidos de la memoria resultan descartables, mientras que otros, nuevos, se vuelven necesarios. Dichas prioridades regulan el requerimiento de la memoria; el uso que hacemos de los recuerdos determina que sigan estando presentes. Por otra parte, el entorno en que funciona la memoria humana difiere hoy del que existía en el siglo XIX. Las nuevas tecnologías hacen posible una organización eficiente y más visual de la memoria (Kotre, 1998: 25). Nuevos estudios en el campo de la neurología han permitido comprobar además, a nivel científico, que los recuerdos, lejos de ser fijos o constantes, están sujetos a una continua reinterpretación y reconstrucción (Kotre, 1998: 53).

Pero los individuos integran grupos sociales y adquieren, seleccionan y convocan recuerdos en tanto miembros de un grupo social. Cada recuerdo, por más personal que sea, existe en relación con un conjunto de nociones compartidas con otros: personas, lugares, fechas, palabras; o sea con el conjunto de la vida material y moral de las sociedades de las que formamos parte (Halbwachs, 1968). Los grupos proveen a los individuos de marcos en los que los recuerdos se localizan; la memoria individual no existe aisladamente, sino en relación con la memoria colectiva. Pero además los grupos y las sociedades seleccionan del flujo del acontecer experiencias, saberes, habilidades y recuerdos que se transmiten

como memoria colectiva (Halbwachs, 1968) o memoria social (Halbwachs, 1925; Connerton, 1989). Los recuerdos, por lo menos los “recuerdos clave” construyen identidad a nivel individual (Kotre, 1998: 133) y también a nivel colectivo. Contribuyen a que el yo o el grupo se reconozca y se distinga del otro, y a construir continuidad y permanencia (Kotre, 1998: 204). Los recuerdos contribuyen a que determinadas huellas del pasado sigan estando presentes y los individuos y grupos saben así que son los que han llegado a ser.

El concepto de “olvido” es el complemento necesario de la memoria en los procesos neurológicos mnemónicos, en los cuales el borramiento o el olvido es justamente la condición de posibilidad de la generalización, la abstracción y la configuración de saber.

Por tanto, el olvido no es un proceso exclusivamente negativo y pasivo, sino un rendimiento activo de la memoria que deja huellas (Lowenthal, 1985). Como en la dimensión del recuerdo, las dimensiones individuales y colectivas se influyen entre sí. En la dimensión colectiva, la que más interesa a los historiadores, se puede distinguir entre un olvido intencional en el sentido de la represión y un olvido no intencional, por ejemplo de naturalidades (Weber y Thelen, 1997: 7; Burke, 1991: 297). Lo primero se evidencia especialmente cuando florecen los relatos alternativos de los perdedores y de las víctimas de la represión, como en el caso de América Latina en las décadas pasadas. Al contrario de las memorias hegemónicas que sirven para legitimar la actualidad, estas memorias alternativas tienen siempre un aspecto utópico y una orientación al futuro (Burke, 1991).

A consecuencia del cambio permanente de las memorias, son necesarias medidas estabilizadoras (Fried, 2001: 570-571). En este proceso de establecer puntos de anclaje, juegan un papel decisivo las imágenes y los símbolos porque animan al recuerdo de un individuo a completar asociativamente distintos tipos y a entenderlos como memoria individual. En el nivel del grupo hay que añadir el elemento de la comunicación. Halbwachs fue el primero en destacar que la sociogénesis de la memoria nace por la comunidad y al mismo tiempo hace nacer comunidades. Esto significa que a través de la comunicación social “se construyen series de asociaciones que se completan como tipos de pasados colectivos que llamamos ‘historia’” (Welzer, 2002: 192).

CONCIENCIA HISTÓRICA Y MEMORIA

Pero si la memoria construye estructuras de historia por medio de procesos de comunicación, si se acepta que el historiador constantemente se ve confrontado con la necesidad de reconstruir lo olvidado con el método crítico de la interpretación de sus fuentes (Fried, 2001: 563), se impone la conexión con la conciencia histórica; por eso la memoria se destaca como tema relevante de la historiografía. El historiador alemán Jörn Rüsen ha establecido esta conexión definiendo la conciencia histórica como “encarnación de las operaciones mentales por medio de las cuales las experiencias temporales de la actualidad son interpretadas en un recurso memorista a partir de la experiencia de los cambios temporales

del hombre y de su mundo en el pasado —con eso se abren perspectivas del futuro para la práctica de la vida actual” (Rüsen, 1997: 58)—. En su comentario sobre el significado de la narración, esta conexión resulta incluso más clara porque la conciencia histórica se constituye por medio de la narración histórica (Rüsen, 1994). Pero esta forma de narrar sólo se destaca como narración histórica “si se enlaza al medio de la memoria” (Rüsen, 1997: 58).

La memoria tiene una estructura narrativa, en la medida en que impulsa a relatar recuerdos (Kotre, 1998: 73) o en la medida en que constituye la materialización de historias que cuenta un grupo, una comunidad, para darle un sentido a su propio pasado (Jelin, 2002: 10). De esta manera la memoria crea la referencia a los hechos del pasado. Al mismo tiempo el pensamiento historiográfico también tiene una dimensión de memoria (Rüsen, 2001: 4).

Con la perspectiva del historiador, la diferencia fundamental entre la conciencia histórica y la memoria se sitúa, por un lado, en que las memorias resultan del nivel de experiencias de un individuo, mientras que la conciencia histórica refleja un pasado que puede encontrarse/darse temporalmente fuera de un lapso vital. Por el otro, la distancia temporal de la actualidad es importante. La “historia oral” ha descubierto que la memoria viva se puede comunicar oralmente, incluso en las sociedades modernas no se remonta a más de 80 años. Para el pasado anterior hay que recurrir a tradiciones escritas (o a imágenes). Se trata de experiencias de lo “histórico”, es decir de lo que la historiografía determina y objetiva como histórico. Si un hecho en el pasado supera el um-

bral del olvido generacional formará parte de la memoria cultural que acumula el saber colectivo del pasado de un grupo que puede alimentar su identidad y transmitirla de una generación a otra (Assmann, 2000; Assmann, 1988; Bering, 2001: 330).

La conciencia histórica y la memoria son parte de la tendencia fundamental de los hombres de trascender, no sólo su identidad sino los límites mismos de su nacimiento y su muerte. En este sentido la memoria y la conciencia histórica construyen productivamente, ya que también poseen una relación con la experiencia del pasado, por lo que no constituyen solamente construcciones ficticias e invenciones (Rüsen, 1997b: 25).

Así como las impresiones sensoriales dejan en el cerebro huellas mnemónicas, engramas (semon), que pueden ser factores potenciales de la memoria al ser activadas en determinadas situaciones y contextos y que representan experiencias o sucesos, también los sucesos históricos, el pasado, dejan huellas en la memoria colectiva que pasan a ser parte de la memoria y pueden ser activadas y convertirse en recuerdos. La memoria y la conciencia histórica como actividades tienden a concentrarse en determinados puntos de referencia, o nudos del pasado que siguen teniendo relevancia, que se consideran relevantes en el presente.

Estos puntos de anclaje sirven para estabilizar y estimular la memoria, como por ejemplo en el caso de repeticiones formales y rituales por medio de conmemoraciones en lugares y fechas de la memoria (Assmann, 1997: 33). Este tipo formal de la memoria es delimitado y complementado por la memoria individual y so-

cial como acción espontánea y no intencional (Brumlik, 1996). Recientemente la investigación de estos ritos de conmemoración ha diferenciado otros soportes. Autores como Peter Burke, Harald Welzer y Steve Stern mencionan la tradición oral, los documentos históricos convencionales (textos y restos físicos), las imágenes y los espacios geográficos y sociales como medios de la memoria (Burke, 1991: 292-293; Welzer, 2001: 16-18; Stern, 2000: 24).¹

Junto a la función de la memoria interesan en el discurso histórico los contenidos que se reflejan en la cultura de la memoria o bien en la memoria colectiva. Según Aleida Assmann (1997:36), la cultura de la memoria recurre a una memoria funcional, que se basa en su relación con un grupo, su selectividad, su compromiso con distintos valores y su orientación al futuro. Memorias históricas solamente pueden ser parte de la cultura de la memoria si tienen alguna relación con la actualidad de grupos o individuos. Entonces, el recuerdo cultural consiste en tradiciones, mitos e imágenes del pasado de un grupo, que crean identidades, pero que siempre son acompañados por proyectos alternativos. Según Assmann, en oposición a esto la memoria historiográfica tiene un recuerdo de depósito, como un archivo que contiene “lo que ha perdido su sentido vital” y que es puesto en nuevos contextos sólo por medio de una búsqueda crítica a través de una versión de la verdad histórica que el historiador puede ofrecer (Assmann 1997: 36). Ambos tipos de memoria se complementan por interacciones constantes en procesos en que la conciencia histórica funciona como intermediario.

ALGUNOS EJEMPLOS

Partiendo de estos fundamentos, la historiografía alemana incorporó desde los años 60 del siglo xx la problemática de la memoria como campo importante de investigación. Primero se dedicó a las formas ritualizadas de las conmemoraciones en un contexto de formación nacional, por ejemplo en monumentos y fiestas conmemorativas. Thomas Nipperdey mostró que la construcción de los monumentos nacionales tuvo una tendencia a sacralizar los contenidos nacionales y a contribuir en los procesos de autoafirmación de las naciones. Pero Nipperdey no trabajó los efectos de los monumentos sobre los destinatarios (Nipperdey, 1968 y 1990). Reinhard Koselleck, en cambio, analizó el lugar cultural del monumento y enfatizó la apropiación planificada de sus mensajes de parte de diferentes generaciones y grupos sociales que con el tiempo transforman el monumento en un símbolo de identidad colectiva (Koselleck, 1979). En este contexto el pasado gana un aspecto mítico y se convierte en elemento de un proceso mitologizante determinado por los poderosos.

Una configuración de identidad de este tipo en América Latina es la que a lo largo del siglo xix y buena parte del siglo xx practicaron sobre todo las elites políticas e intelectuales para consolidar la nación y el Estado nacional: concebían la nación como el marco colectivo en el que debían localizarse los recuerdos individuales.

Por otro lado los actores utilizaron desde los años 70 el enfoque de la “oral history” que trató de establecer una vía alternativa a la memoria colectiva estudiando ex-

plicitamente las capas bajas de la sociedad, pero sin reflexionar sobre el carácter constructivista de la memoria (Niethammer, 1985).

Como en muchos países europeos, en Alemania el gran proyecto de “lieux de mémoire” de Pierre Nora a comienzos de los años ochenta fue sumamente importante para estimular un nuevo interés en los estudios de la memoria. A diferencia de las investigaciones anteriores, el enfoque de Nora se constituyó como una extensión porque incluyó los lugares “inmateriales” (Nora, 1984). Pero para Nora el factor de la intencionalidad de la tradición se instituyó como el criterio decisivo para elegir y cano-nizar, entre las innumerables opciones, un determinado “lieu de mémoire” (Nora, 1990: 12-16; Große-Kracht, 1996: 27).

Su proyecto de descripción de aquellos “lugares” que encarnan la memoria de Francia es explícitamente un proyecto de historiografía nacional afirmativa de declarado carácter compensador en momentos en que incluso este país se ve debilitado a raíz de los procesos de globalización. En oposición a Nora, Étienne François y Hagen Schulze, quienes traducen el concepto de Nora al alemán como *Erinnerungsorte*, definen sus “lugares de la memoria” como puntos de cristalización de la memoria e identidad colectiva que son duraderos y por lo tanto abarcan diferentes generaciones. Estos lugares son parte de “procesos sociales, culturales y políticos cotidianos y se transforman en la medida en que se transforma su percepción, apropiación, uso y transmisión” (François y Schulze, 2001: 18). Lugares de la memoria son conceptos materiales e inmateriales que resultan específica-

mente importantes por su función simbólica. El lugar no es una realidad cerrada, sino un lugar en el espacio “que gana sentido sólo por sus conexiones a constelaciones que se transforman permanentemente” (François y Schulze, 2001: 17-18).

François y Schulze no pretenden contribuir con su historia de los lugares de la memoria de Alemania a una consolidación afirmativa de determinadas tradiciones nacionales, sino que se muestran claramente escépticos ante tal proyecto. Su objetivo no es ni presentar una retrospectiva nostálgica ni proponer una advertencia arrogante, sino estimular el análisis crítico de la memoria, para evitar el peligro de “caer pasivamente bajo su influencia” (Rousso, 1998: 12). Si bien tampoco pretenden presentar una selección elitista, es evidente que la selección que efectúan redundante en una cierta canonización de lugares de la memoria a partir de criterios que son, por lo menos, discutibles.

CONCLUSIÓN

Un problema fundamental de los estudios históricos sobre la memoria es su previsibilidad si se trata solamente de analizar la construcción, adaptación y contestación de las memorias según el lema “¿Quién quiere recordar a quién, qué y por qué?” (Confino, 1997: 1393). Estas preguntas resultan frecuentemente de enfoques reduccionistas y funcionalistas. Además la historiografía tiene otro problema fundamental cuando se abre a las demandas de una investigación interdisciplinaria: sólo puede

evaluar los documentos visibles e implícitamente intencionales que, como enseña la psicología, son problemáticos si se trata de experiencias traumáticas. Finalmente muchos estudios históricos enfatizan el lado conflictivo de la memoria. En el nivel colectivo surge la pregunta acerca de qué son las memorias consensuales que mantienen junto a un grupo y cómo interactúan las memorias conflictivas y consensuales entre sí.

En el nuevo discurso histórico, el análisis de la memoria es por lo menos parcialmente entendido como “acto de autodeterminación” de parte del hombre frente a su pasado (François y Schulze, 2001: 24). Lo que presupone que las incalculables y diferentes memorias sean aceptadas como formas legítimas de interpretar el pasado, como memorias individuales que tienen un significado más allá de la subjetividad. La investigación de la conciencia histórica como categoría de la interpretación del pasado en relación con la actualidad y el futuro puede servir como puente a la literatura memorialística de los estudios culturales. Para el historiador es sumamente interesante analizar cómo funciona la memoria y cómo influye el archivo histórico potencialmente ilimitado. Sin embargo las diferencias siguen vigentes: la memoria del individuo, o la memoria “apasionada”, no es idéntica a la memoria “fría” que es transformada al recuerdo colectivo. No obstante, ambas formas de memoria desempeñan una tarea social importante en un momento en el que las memorias son cada vez más fugaces.

NOTA

¹ Para las dimensiones espaciales de la memoria colectiva véase (Halbwachs, 1985: 127-163).

BIBLIOGRAFÍA

- ASSMANN, Aleida (1997), “Gedächtnis, Erinnerung”, en Klaus Bergmann *et al.* (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik*. Seelze-Velber: Kallmeyer, pp. 33-37.
- ASSMANN, Aleida y Ute FREVERT (1999), *Geschichtsvergessenheit – Geschichtsversessenheit: Vom Umgang mit deutschen Vergangenheiten nach 1945*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- ASSMANN, Jan (2000 [1992]), *Das kulturelle Gedächtnis: Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München: C. H. Beck.
- _____ (1988), “Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität”, en Assmann y Tonio Hölscher (eds.), *Kultur und Gedächtnis*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, pp. 9-19.
- BERING, Dietz (2001), “Kulturelles Gedächtnis”, en Nicolas Pethes y Jens Ruchatz (eds.), *Gedächtnis und Erinnerung: Ein interdisziplinäres Lexikon*. Reinbek: Rowohlt, pp. 329-332.
- BERKHOFER, Robert F. (1995), *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse*. Cambridge: Harvard University Press.
- BRUMLIK, Micha (1996), “Individuelle Erinnerung – kollektive Erinnerung: Psychosoziale Konstitutionsbedingungen des erinnernden Subjekts”, en Hanno Loewy y Bernhard Molt-

- mann (eds.), *Erlebnis – Gedächtnis – Sinn: Authentische und konstruierte Erinnerung*. Frankfurt a. M.: Campus Verlag, pp. 31-45.
- BURKE, Peter (1991), “Geschichte als soziales Gedächtnis”, en Aleida Assmann y Dietrich Harth (eds.), *Mnemosyne: Formen und Funktionen der kulturellen Erinnerung*. Frankfurt a. M.: S. Fischer, pp. 289-304.
- CAVALLI, Alessandro (1991), “Soziale Gedächtnisbildung in der Moderne”, en Aleida Assmann y Dietrich Harth (eds.), *Kultur als Lebenswelt und Monumen*. Frankfurt a. M.: S. Fischer, pp. 200-210.
- CAVALLO, Alessandro (1997b), “Gedächtnis und Identität: Wie das Gedächtnis nach katastrophalen Ereignissen rekonstruiert wird”, en Jörn Rüsen y Klaus E. Müller (eds.), *Historische Sinnbildung: Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien*. Reinbek: Rowohlt, pp. 455-470.
- CLIFFORD, James (1988), *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature, and Art*. Cambridge: Harvard University Press.
- CONFINO, Alon (1997), “Collective Memory and Cultural History: Problems of Method”, en *American Historical Review* 102, University of Chicago Press, pp. 1386-1403.
- CONRAD, Christoph y Martina KESSEL (eds.) (1998), *Kultur & Geschichte: Neue Einblicke in eine alte Beziehung*. Stuttgart: Reclam Verlag.
- CONNERTON, Paul (1989), *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DROYSEN, Johann Gustav (1974 [1937]), *Historik: Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

- FRANÇOIS, Etienne y Hagen SCHULZE (2001), "Einleitung", en François y Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, t. 1. München: C. H. Beck, pp. 9-24.
- FRIED, Johannes (2001), "Erinnern und Vergessen: Die Gegenwart stiftet die Einheit der Vergangenheit", en *Historische Zeitschrift* 273, Oldenbourg Wissenschaftsverlag, pp. 561-593.
- GEERTZ, Clifford (1973), *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- ____ (1987), *Dichte Beschreibung: Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- GROSSE-KRACHT, Klaus (1996), "Gedächtnis und Geschichte: Maurice Halbwachs – Pierre Nora", en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* 47, Friedrich Verlag, pp. 21-31.
- HALBWACHS, Maurice (1925), *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris: Les Presses Universitaires de France.
- ____ (1968), *La mémoire collective*, 2a. ed. rev. et augm. Paris: Les Presses Universitaires de France.
- ____ (1985), *Das kollektive Gedächtnis*. Frankfurt a. M.: S. Fischer.
- JEISMANN, Karl-Ernst (1997), "Geschichtsbewusstsein – Theorie", en Klaus Bergmann et al. (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik*. Seelze-Velber: Kallmeyer, pp. 42-44.
- JELIN, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid / Buenos Aires: Siglo XXI.
- KOSELLECK, Reinhart (1979), "Kriegerdenkmale als Identitätsstiftungen der Überlebenden", en Odo Marquard y Karlheinz Stierle (eds.), *Identität*. München: Fink, pp. 255-276.
- KOTRE, John (1998), *Der Strom der Erinnerung. Wie das Gedächtnis Lebensgeschichten schreibt*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- LOWENTHAL, David (1985), *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press.

- MERGEL, Thomas (1996), "Kulturgeschichte - die neue 'große Erzählung'?", Wolfgang Hardtwig y Hans-Ulrich Wehler (eds.), *Kulturgeschichte heute*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 41-77.
- NIETHAMMER, Lutz (ed.) (1985), *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis: Die Erfahrung der "Oral History"*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- NIPPERDEY, Thomas (1990), "Der Kölner Dom als Nationaldenkmal", en Nipperdey, Nachdenken über die deutsche Geschichte. München: Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 189-207.
- ____ (1968), "Nationalidee und Nationaldenkmal in Deutschland im 19. Jahrhundert", en *Historische Zeitschrift* 206, Oldenbourg Wissenschaftsverlag, pp. 529-585.
- NORA, Pierre (1984, 1986, 1992), *Les Lieux de Mémoire*, t. I: *La République*, t. II: *La Nation*, t. III: *Les France*. Paris: Gallimard.
- ____ (1990), *Zwischen Gedächtnis und Geschichte*. Berlin: Wagenbach.
- PATZEL-MATTERN, Katja (2002), *Geschichte im Zeichen der Erinnerung: Subjektivität und kulturwissenschaftliche Theoriebildung*. Stuttgart: Steiner.
- RIEKENBERG, Michael (1995), *Nationbildung: Sozialer Wandel und Geschichtsbewusstsein am Río de la Plata, 1810-1916*. Frankfurt a. M.: Vervuert.
- ROUSSO, Henry (1998), *La hantise du passé*. Paris: Textuel.
- RÜSEN, Jörn (1994), *Historische Orientierung: Über die Arbeit des Geschichtsbewusstseins, sich in der Zeit zurechtzufinden*. Köln: Böhlau.
- ____ (1997a), "Historisches Erzählen", en Klaus Bergmann et al. (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik*. Seelze-Velber: Kallmeyer, pp. 57-63.

- _____ (1997b), "Was heißt: Sinn der Geschichte?", Rüsen y Klaus E. Müller (eds.), *Historische Sinnbildung: Problemstellungen, Zeitkonzepte, Wahrnehmungshorizonte, Darstellungsstrategien*. Reinbek: Rowohlt, pp. 17-47.
- _____ (2001a), "Geschichtsbewusstsein", en Nicolas Pethes y Jens Ruchatz (eds.), *Gedächtnis und Erinnerung: Ein interdisziplinäres Lexikon*. Reinbek: Rowohlt, pp. 223-226.
- _____ (2001b), "Einleitung", en Rüsen, (ed.), *Geschichtsbewusstsein: Psychologische Grundlagen, Entwicklungskonzepte, empirische Befunde*. Köln: Böhlau, pp. 1-14.
- SCHIFFAUER, Werner (1997), *Fremde in der Stadt*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- SCHMIDT, Siegfried J. (1991), "Gedächtnis – Erzählen – Identität", en Aleida Assmann y Dietrich Harth (eds.), *Mnemosyne: Formen und Funktionen der kulturellen Erinnerung*. Frankfurt a. M.: S. Fischer, pp. 378-397.
- STERN, Steve J. (2000), "De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)", en Mario Garcés et al. (eds.), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago: LOM, pp. 11-33.
- WEBER, E. y G. C. THOLEN (1997), *Das Vergessen(e): Anamnesen des Undarstellbaren*. Wien: Turia und Kant.
- WELZER, Harald (2001), "Das soziale Gedächtnis", en Welzer (ed.), *Das soziale Gedächtnis: Geschichte, Erinnerung, Tradierung*. Hamburg: Hamburger, pp. 9-21.
- _____ (2002), *Das kommunikative Gedächtnis: Eine Theorie der Erinnerung*. München: C. H. Beck.
- YATES, Francis A. (1969), *The Art of Memory*. London: Penguin.
- YÚDICE, George et al. (eds.) (1992), *On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

MEMORIAS INCÓMODAS, ESPACIOS EXTRAÑADOS

TRAUMA, MOVILIZACIÓN Y GÉNERO EN LA CIUDAD DE MÉXICO Y EN BUENOS AIRES

ANNE HUFFSCHMID

La memoria es también —y tal vez sobre todo— desestructuración. La memoria viva, palpitante, escapa del archivo, rompe la sistematización y nos conecta invariablemente con lo incomprensible, con lo incómodo. Hay que recuperar una y otra vez la incomodidad de la memoria.

PILAR CALVEIRO¹

ENTRADA: LO TRAUMÁTICO Y LO URBANO

A Pilar Calveiro, politóloga de origen argentino que vive desde hace más de treinta años en la Ciudad de México, no le agrada la etiqueta de sobreviviente. No obstante, es un hecho innegable que logró sobrevivir su encarcelamiento como prisionera política “desaparecida” por la última dictadura argentina, y pasó buena parte de esta desaparición en la cárcel clandestina de la Escuela de Me-

cánica de la Armada (ESMA), hoy un lugar² emblemático en Buenos Aires, que fue declarado por el gobierno federal “Espacio para la Memoria”. Desde su exilio mexicano que más tarde se convirtió en residencia, publicó uno de los textos clave sobre el funcionamiento de las cárceles clandestinas argentinas (Calveiro, 1998), en el que nunca asume la primera persona sino que mantiene su relato en tercera persona, es decir, en calidad de experta y no de víctima de un Estado asesino. En las líneas que preceden este texto, Calveiro se refiere a una modalidad específica de la memoria, aquella que evoca la violencia vivida, memoria de la represión en el doble sentido de la palabra: alude a los hechos de violencia represiva ejercida por el Estado, pero también a los hechos reprimidos, “los huecos traumáticos” (Jelin, 2002: 96), lo no procesable, lo que se resiste a la narración y al relato fácil o lineal.

En este artículo se comparten algunas reflexiones desde un *work in progress*,³ sobre cómo contribuyen los lugares y las prácticas relacionadas con este tipo de memoria —experiencias recientes de violencia política: el 68 en México, los setenta en Argentina— a la semiosis urbana. Se pregunta cómo los lugares se convierten en espacios de la memoria (*Erinnerungsräume*, según Aleida Assmann, 1999): espacios urbanos “extrañados”,⁴ significados e intervenidos, al recordar y marcar hechos traumáticos del pasado. Me interesa poner de relieve algunos rasgos y algunas tensiones de estas escenificaciones y cómo irrumpen en los flujos y sentidos urbanos de la actualidad; ¿cuáles son los conflictos que emergen, por ejemplo, en relación con presencias y ausencias de lo femenino? El objeto de mi estudio, y de este artículo,

son las topografías de la memoria política en dos megaciudades latinoamericanas, una comparación —o más que una comparación, una suerte de diálogo o relación de sentido— entre Buenos Aires y la Ciudad de México, dos casos contrastantes de mega-urbanidad y configuración de memoria política.

¿Qué entendemos en contexto, exactamente como *trauma*? Diría que algo así como la memoria del exceso, de algo aterrador que le ocurrió a un cuerpo, a los cuerpos, en el más allá de nuestra imaginación: la tortura, la matanza, el asesinato masivo, el secuestro para siempre, la deshumanización. Y dicen los expertos en psicología que es justamente ahí, en el cuerpo, donde se inscribe y se encapsula lo que no se transmite, no se pacifica o procesa lo que se resiste al sentido, lo que queda “como bala de plomo que ya no se quita” (*nicht operierbare Bleikugel*) en palabras de la escritora judía Ruth Klüger (1992: 139), sobreviviente del Holocausto.

¿Se vale trasladar esta noción de trauma que denomina una zona tan íntima de un ser en particular, a un sujeto social, o a un espacio, a la ciudad? ¿Puede realmente haber dolor y duelo social, que se guarda, activa o conmemora colectivamente? Se vale dudar, considerando un justificado debate crítico por los usos del trauma como “narrativa cultural” (Bronfen, 1999). Y también en conciencia de las trampas de una metaforización anatomista: hablar del *cuerpo* o la *herida* de la nación o de la ciudad, como si fuera una totalidad (natural) y no una construcción cultural. Sin embargo, aún con estas reservas, me parece útil la noción de un trauma social, en el sentido de la no cicatrización, la inscripción más allá del procesamiento, *Verarbeitung*.

Lo sostengo por varias razones. Primero, la más obvia tal vez, porque en su variante de “herida abierta” alude al trauma social de la *impunidad* de los crímenes de Estado, que lleva en México, como veremos más adelante, un sello particular. Otra, porque la noción del cuerpo herido nos lleva a una reflexión sobre la *materialidad* de un recuerdo encapsulado y a la pregunta sobre dónde, cómo y en quiénes éste se materializa: puede ser la piedra, en tanto configuración material y tangible de lugares y espacios que constituyen las texturas urbanas (ruinas, huellas, memoriales, monumentos, vacíos), pero también en el cuerpo humano, en las personas que encarnan su propio dolor. Señala Aleida Asmann que encarnar el dolor equivaldría a conservarlo en el presente, y que esta inscripción traumática sería justamente lo contrario al acto de recordar: porque recordar implica tener y a la vez superar cierta distancia (temporal) con lo acontecido (Assmann, 1999: 247).

Finalmente, hablar de trauma nos permite señalar un vacío, una zona de máxima incertidumbre, una suerte de *fantasma*.⁵ A nivel individual, este equivaldría al recuerdo vivo de un ser cercano o también a la terrible figura del desaparecido, ni vivo ni muerto. A nivel social podríamos decir que los fantasmas de las dictaduras equivaldrían —aún más allá de la impunidad— a las culpas, los complejos, la complicidad, la impotencia y la indiferencia. Ahí reside su necesaria incomodidad, no sólo para el Estado, sino para la sociedad entera.

Al conectar la noción de lo traumático con la ciudad, quisiera sugerir que la voz que grita, el cuerpo que expone, la huella que señala en público que *algo terrible pasó*, aquí

mismo y no en otra parte, y que no está “resuelto”, que no hay consuelo ni reconciliación, que esa voz irrumpe, estorba y tiende a incomodar, al menos teóricamente, nuestra normalidad metropolitana: los fantasmas andan sueltos, son nuestros “otros” que se hacen presentes, la “otredad” de un pasado no deseado, no deseable, la que irrita y desafía cualquier anhelo de identidad y normalización.

Pero claro, no todo tratamiento del pasado, por más violento que haya sido, se enfrenta al trauma. Al contrario: en su gran mayoría, el museo, el memorial o el monumento pretenden justamente disolver y hacer desaparecer a los fantasmas, diluirlos en políticas, instituciones y pedagogías de conmemoración pública urbana. Aún así, estos espacios institucionales y pedagógicos distan de ser unívocos⁶ y obedecen inevitablemente a distintas funcionalidades sociales o “marcos” (Assmann, 1999: 268-269) de la memoria: el afán cuasi-terapéutico de reconciliación, el propósito de crear archivos para la historiografía, el de generar dispositivos de escucha y sensibilización social, el reconocimiento del crimen y la identificación jurídica de culpas y responsabilidades, la creación de espacios de contemplación y marcas de advertencia (“nunca más”) y *last but not at all least* la generación de capital político para las competencias actuales.

LA CIUDAD EN DE/CONSTRUCCIÓN (ALGUNOS CONCEPTOS)

Nuestro objeto de estudio nos exige un cruce entre al menos dos grandes campos de investigación: los estu-

dios urbanos, en tanto acercamientos cualitativos a fenómenos de *urbanidad*, con una gran influencia de la antropología urbana mexicana, y los estudios enfocados hacia *los poderes de la memoria*, muchos de ellos anclados en el Cono Sur, específicamente en la experiencia argentina.⁷ De entrada, cabría señalar una analogía entre nuestra conceptualización de *ciudad* y de *memoria* que de hecho ya representa una primera premisa de partida: tal y como la ciudad se encuentra en permanente construcción y reconfiguración, la memoria también la concebimos como construida y reconstruida desde el presente. De este modo, ambas son entidades para siempre inacabadas que se articulan en la arena de “lo público”, no como arena de consensuación y razonamiento sino como escenario de disputa y fragmentación (Braig y Huffschiid, 2009). Acercarnos a la ciudad desde la memoria y recurrir a distintas disciplinas y sus respectivas metodologías,⁸ nos permite explorarla en tres de las dimensiones donde ésta se re-produce simbólicamente: en el discurso, en el espacio y en la imagen. De acuerdo con aquellas teorías culturales que considero indispensables (y que apenas se nombran aquí), cada una de estas dimensiones no sólo refleja sino *construye* y *constituye* nuestra realidad social: según el teórico de la producción y productividad de la espacialidad urbana Henri Lefebvre (1994), el espacio es el producto y a la vez produce las dinámicas sociales.⁹ El discurso, concebido como conjunto de lo dicho y lo decible en público (Link, 1986 y 1989; Jäger, 1995 y 2001; Fairclough, 1989; Dijk, 1997; Hodge y Kress, 1988 y 1993), genera efectos de poder y de sentido social (Verón, 1996). Y la imagen, de acuer-

do con la antropología visual conceptualizada por Hans Belting (2007), constituye y sitúa nuestra experiencia y memoria de y en este mundo.¹⁰

Acerquémonos a una noción de *memoria* que nos ayuda a comprender las capas de sentido que constituyen la ciudad. Ésta se distingue claramente de una reconstrucción histórica de los hechos del pasado, guiada por los parámetros de facticidad y aspirando a un (meta) relato racional y objetivo,¹¹ y más bien se centra en cómo los actores recrean, escenifican y significan estos hechos desde el presente y desde su subjetividad.¹² Memoria puede ser concebida, para el entorno de la ciudad, en un doble sentido: como *práctica* (discursiva, arquitectónica, espacial) y como *territorio* construido y atravesado por una diversidad heterogénea de experiencias y relatos. La memoria urbana se articula entonces en marcaciones arquitectónicas (memoriales, monumentos, museos) y espaciales (marchas, protestas, intervenciones) de lo que “ya no está” pero lo que sigue asignando sentido a lo que “sí está”. Desde esta perspectiva, la ciudad equivaldría a una suerte de *archivo cultural*¹³ que se construye, y es accesible, desde las prácticas y experiencias sociales como también desde los *imaginarios*¹⁴ de sus habitantes y usuarios. Este archivo, sus usos, lecturas y puntos neurálgicos, también define cómo una ciudad se visualiza e identifica a sí misma.

Esta noción de memoria urbana se inspira en diversas fuentes teóricas. En primer lugar está el concepto de la memoria construida social y comunicativamente, elaborado por el sociólogo francés Maurice Halbwachs (1985) en los años treinta del siglo pasado, refiriéndose a distintos

“colectivos” o “comunidades” de memoria como pueden ser familias, pueblos o naciones. Su conceptualización de una “memoria social” es fundamental para comprenderla como un proceso constructivo interactivo y que forma la base para lo que mucho más tarde se llega a denominar como “memoria comunicativa” (Welzer, 2005). Ésta conecta los procesos cognitivos con los sociales, constata una analogía entre la memoria autobiográfica del individuo y la auto-conciencia de una sociedad, ambos compenetrándose en el “inconsciente comunicativo” (*scripts*, narrativas) y en la constante retroalimentación entre recuerdo y relato, memoria y narración.¹⁵

En lo que Jan y también Aleida Assmann (1992, 1999) han conceptualizado como “memoria cultural”, los hechos del pasado adquieren, por así decirlo, vida propia y entran en otros canales de transmisión, ya independientes de la interacción social directa: las políticas culturales de la memoria, los proyectos y pedagogías que se traducen en espacios y topografías de la memoria. Es importante subrayar que esta memoria cultural, aunque ciertamente aspira a una suerte de canonización simbólica del pasado, dista de ser un megarrelato homogéneo, si no es constituido inevitablemente por tensiones y conflictos. Esta pluralidad y conflictividad de la memoria como proceso social son el enfoque central de la socióloga argentina Elizabeth Jelin (2002), quien ha dirigido una serie de estudios en torno a las memorias de la represión en América Latina, entre ellos uno que abarca la cuestión de la territorialidad (Jelin y Langland, 2003). Jelin nos advierte que “el trabajo de la memoria” no sólo trata de revelar y sacar a la luz los hechos reprimidos, oponiéndolo genéricamente al olvido,

sino de constituirlos como tales en el acto y por la voluntad de recordar ciertas cosas (y no otras) de ciertos modos (y no otros). Ésta siempre se sitúa en una rivalidad de memorias: todos recuerdan, y olvidan, no sólo las víctimas, también los represores, testigos, sobrevivientes, otros actores. Además, no todas las víctimas recuerdan lo mismo y no lo dicen del mismo modo: hay una diversidad de voces que integran las narrativas del pasado, algunas con más y otras con menos autoridad o legitimidad otorgada para hablar.¹⁶ Y no todo puede ser narrado y nombrado, en códigos compatibles socialmente, se registran tensiones entre la necesidad de hacer público lo vivido y la recuperación de la privacidad, entre la veracidad del testimonio y la facticidad jurídica.

Para visualizar el anclaje urbano de las memorias violentas, Andreas Huyssen (2003) plantea la metáfora del *palimpsesto urbano*, que nos permite pensar precisamente esta conflictividad y rivalidad de las distintas capas que se sobre-escriben y se cubren constantemente, a través de ciertos procesos “químicos” (de química social, diríamos), lo que también quiere decir: coexisten, en distintos planos de visibilidad, no se eliminan del todo. Un ejemplo emblemático de un palimpsesto de la memoria es la misma ciudad de Berlín, cuyo paisaje y texto urbano se encuentra en constante “reescritura”: quedó triplemente marcada, por la guerra mundial, por un régimen genocida —marcada más por los bombardeos y la voluntad de “conmemorar” que por las propias huellas de la barbarie nazi, ya que las dictaduras no suelen inscribirse en las superficies de las urbes— y finalmente por su trayectoria de ciudad dividida, de 1961 a 1989. En 2009 celebra sus veinte años

de reunificada y aunque su más emblemática “herida” (el muro) se cerró y su “curación” se festejó de múltiples maneras, la “cicatrización” de su trauma más profundo —haber permitido el genocidio— sigue siendo un proceso palpable, inacabado. Podría decirse que debajo de las capas de una memoria pacificada —la que se hizo discurso y política pública— irrumpe lo que Marcel Proust denominó alguna vez como *mémoire involontaire*: lo que está latente, el fantasma, erupción en potencia, sin control.

¿Cómo relacionar, en otro orden, “lo urbano” con una subjetividad y experiencia de *género*, en torno a cómo se mueven, piensan y distinguen mujeres y hombres en la ciudad? Para empezar, es notable la poca inversión teórica en el tema. La figura que empieza a experimentar el espacio público de la ciudad, imaginado por los clásicos de la sociología de la modernidad (Joseph, 2002), es el *flâneur*, aquel transeúnte que deambula sin finalidad aparente por las calles, se pierde y se halla en el “afuera” de la ciudad. En los clásicos, el *flâneur* es pensado como masculino, no hay *flâneuse* pensable que no fuera la prostituta, como mujer pública, equivalente —pero no contraparte— del hombre público, justamente el ciudadano que ejerce su derecho al *flaneo*. Ello se debe a que la mujer no mira, es mirada (Massey, 1994: 234), no es usuaria de lo público sino “ella misma es parte de ese espacio público” (Delgado, 2007: 226). En resumen, es objeto y no sujeto del deseo urbano —o sólo en su vertiente pervertida y calculadora de la mujer vendida—. ¹⁷ Por otro lado, desde una conceptualización feminista de la urbe, la ciudad con todo y sus codificaciones genéricas fue imaginada como un espacio de posibles

transgresiones, potencialmente liberador para las mujeres (Wilson, 1991). Esto es porque, según Wilson, lo femenino ahí se desata, se mueve y se convierte en desafío político y cultural para lo que ella llama “la paranoia masculina” (Wilson, 1991: 7) y el orden público. Ello vale para el fenómeno de la prostitución callejera, novedad para los inicios de la modernidad urbana, y para el espacio público como escenario de la dramatización de aquellas luchas sociales donde son en primer lugar las mujeres que salen “a la calle”, desde las sufragistas hasta las madres de Plaza de Mayo. No obstante, la (poca) investigación urbana con enfoque de género se ha centrado en su gran mayoría en el espacio doméstico, la vivienda sobre todo, y sólo en muy contados casos en lo público.¹⁸ Uno de los pocos autores que se han ocupado de la relación entre la mujer y el “afuera” urbano, es el antropólogo Manuel Delgado (2007: 224-261) en su capítulo sobre “la mujer de la calle” y la extraña anomalía de su *estar ahí*, como “exceso de naturaleza o exceso de urbanidad” (227), a la vez que el autor reconoce “la calle como lugar bueno para pensar en femenino” (246).

MEMORIAS EN DISPUTA:

CIUDAD DE MÉXICO Y BUENOS AIRES

La memoria como configuración discursiva y urbana: algunos contrapuntos

Veamos de cerca las respectivas capitales de México y Argentina, cada una “traumatizada” a su manera. Buenos

Aires fue en los setenta la sede de la última dictadura militar de la Argentina, que dejó un saldo de muchos miles de asesinados, torturados y secuestrados. La Ciudad de México vivió, hace casi cinco siglos, la brutalidad de una conquista y su posterior colonización, una secuencia feroz de destrucción y reconstrucción, como también —ya en la segunda mitad del siglo pasado— las secuelas de un autoritarismo a ultranza, que culminó, entre otros crímenes de Estado, en la llamada matanza de Tlatelolco en 1968.

La capital argentina, en el siglo pasado, fue la central de una serie de regímenes militares, el más sangriento fue la junta que gobernó el país entre 1976 y 1983 y que asesinó a entre 15 y 30 mil hombres y mujeres, opositores y militantes políticos la mayoría de ellos. En el regreso a la democracia se abrió un breve espacio de debate público, impulsado por el espectacular juicio a los generales de la junta, en 1984 y 1985, pero luego abortado por un largo silencio institucional. Este debate se activó una década después, cuando nuevos actores entraron a escena: los hijos y las hijas de los secuestrados (véase más adelante). Desde la llegada del matrimonio Kirchner al poder, en 2003 —poco después de un colapso económico que desembocó en severa crisis nacional—, se abrió una serie de proyectos institucionales de la memoria, entre ellos el museo de la ESMA, y se retomaron los juicios congelados contra un número considerable de militares, algunos de ellos ya condenados. Podríamos suponer, simplificando al extremo, que la memoria hecha imaginario de la capital argentina se construye sobre figuras de ruptura y recomienzo.

En México, en contraste, el imaginario dominante parece ser el de la continuidad. En el plano político, esto

vale para el periodo desde la instalación de un régimen “posrevolucionario” hasta el 2000, año de la alternancia, y probablemente hasta el día de hoy. Los quiebres del autoritarismo hermético —como el movimiento del 68, los movimientos sociales a partir de 1985, el fraude electoral de 1988 o la movilización urbano-zapatista a partir de 1994— fueron cooptados o al menos neutralizados, la represión se invisibilizó. Ello aún después de la matanza de Tlatelolco en octubre de 1968, que ocurrió —al contrario de lo que sucedió en las cárceles clandestinas del Cono Sur— *en plena ciudad y en la vía pública*. La impunidad de este crimen de Estado fue y sigue siendo total, a diferencia de la Argentina, la memoria jurídica un vacío.¹⁹

También en cuanto a las capas más profundas de la memoria histórica, en relación con el pasado colonial y las respectivas construcciones identitarias, la mexicana se distingue notablemente, aunque en sentido inverso, de la argentina.

Pareciera como si Buenos Aires se concibiera en primer lugar como una metrópoli cuyos habitantes y fundadores “descendieron de los barcos”, según la célebre afirmación de Carlos Fuentes. Desde esa autoconcepción, habrían sido sobre todo los inmigrantes de Europa que inauguraron la nueva argentinidad “moderna” y “metropolitana”, instituyendo una suerte de hora cero. De este modo, se invisibiliza el hecho de que esta modernidad se funda sobre un primer genocidio: la *Campaña del Desierto* que asesinó, entre 1879 y 1885, a miles de originarios de las tierras supuestamente deshabitadas (ver, por ejemplo, Bayer, 2007). Es interesante notar que incluso en el discurso de los grupos de derechos huma-

nos, la figura del “genocidio” durante mucho tiempo se aplicaba casi exclusivamente al asesinato masivo de opositores en los años setenta. Sólo recientemente se observan giros discursivos que indican una cierta apertura de los registros discursivos de la memoria histórica, incluyendo a los “pueblos originarios” y la violencia genocida del siglo XIX.²⁰ Buenos Aires se identifica como ciudad “eternamente moderna”, construida prácticamente por los inmigrantes y no por colonizadores, aunque fuera sobre una base arquitectónica colonial. Pero la capital argentina es imaginada como *melting pot* de los europeos en América, donde la secuencia prehispánica-colonial no juega un papel identitario.

En cambio, para la capital mexicana, la Conquista no representa ningún vacío reprimido en la historiografía nacional sino que se institucionalizó discursivamente en el mito refundador del mestizaje y, después de la Revolución, en la llamada “raza cósmica” que integraba, por la sangre, a dos mundos antagónicos: conquistados y conquistadores. A los que se quedaban fuera de esta construcción, los indígenas sobrevivientes, se dedicaba un indigenismo que buscaba la asimilación del “indio” en el progreso nacional. Esta secuencia se traduce en un paisaje urbano impregnado por “multitemporalidad”, en palabras de Néstor García Canclini, la sobreposición y coexistencia espacial de ruinas y otras marcas de lo prehispánico con lo colonial, lo revolucionario, lo moderno y lo posnacional, que nos señala una autoconcepción como país híbrido y ciudad mestiza.²¹

Plaza de Mayo y Tlatelolco: dos plazas-lugares

A continuación nos acercaremos a dos espacialidades específicas, lugares constituyentes de memoria y de “identidades”, cada uno a su manera.

La Plaza de Mayo, situada en frente de la Casa Rosada, sede del gobierno federal, es una plaza de máxima centralidad, un “aleph urbano”, en palabras de Gabriel Lerman, “un lugar por donde todo pasa, por donde todo pasó: cada acto, cada irrupción popular, cada desfile” (Lerman, 2005: 15): desde la proclamación de la Independencia en el siglo XIX, la defensa del nuevo presidente Juan Domingo Perón en 1945, el escenario del bombardeo del mismo Perón diez años más tarde, la plaza del regreso del máximo líder argentino en 1973. Finalmente, a partir de 1977, empezó a convertirse en lugar de encuentro de un grupo de madres que empezaron ahí a protestar en contra de la desaparición de sus hijos. Durante los años noventa, en tiempos de la llamada videopolítica —equivalente, según Lerman, a una “política sin plaza”— la Plaza de Mayo llegó a perder esa centralidad pero la volvió a adquirir con el auge de las protestas sociales a finales de los noventa. En diciembre de 2001, en pleno colapso económico, se convierte nuevamente en uno de los escenarios de una espectacular revuelta ciudadana con su famoso lema “Que se vayan todos”.²²

En cierto sentido, podríamos decir que la Plaza de Mayo equivale al Zócalo de la Ciudad de México, con la gran diferencia de que aquí la plaza central que en términos socioespaciales y semióticos ocupa el centro

de la ciudad, se fusiona con un lugar emblemático de la memoria política. Pero también por el hecho de que a diferencia del Zócalo, que se empezó a vaciar en los años cincuenta, la Plaza de Mayo ni lejanamente representa un espacio vacío. Resulta revelador que la última dictadura militar había incluso mandado a remodelar (“embellecer”) la plaza, dejando más áreas verdes y por consecuencia menos espacio para la manifestación.²³ A partir de entonces siguió y sigue siendo un lugar de extrema polivalencia, usado y significado por prácticamente todos los actores políticos y sociales.

En cambio, la Plaza de las Tres Culturas, situada en la Unidad Habitacional Tlatelolco al norte del Centro Histórico de la Ciudad de México, es connotado, sin lugar a demasiada polivalencia, como la plaza de la sangre y la catástrofe.²⁴ Es la plaza donde se materializan los traumas de la capital mexicana que abarcan una serie de fatalidades en distintos planos temporales: hace ya casi quinientos años la plaza fue escenario de la gran y última derrota del último imperador azteca, la llamada Noche Triste, una suerte de sello final de la Conquista. Hoy, esta memoria se exhibe y se expone en una alfombra de ruinas distribuidas en el pasto, una suerte de “herida de piedra”, que pone de relieve y de algún modo congela esta memoria de la destrucción del mismo modo que el Templo Mayor, a un costado del Zócalo. Hace apenas un cuarto de siglo, el terremoto del 19 de septiembre de 1985 sacudió esta zona y derrumbó aquí un edificio entero, el Nuevo León, enterrando a cientos de muertos. Pero lo que más se asocia en el vocabulario urbano con decir “Tlatelolco” es, sin duda, la tarde del

2 de octubre de 1968, cuando fuerzas de seguridad masacraron a un número hasta hoy incierto de activistas y simpatizantes del movimiento estudiantil, en el seno de una ciudad que estaba a unos días de albergar los Juegos Olímpicos.

A diferencia de la Plaza de Mayo, se diría que la Plaza de las Tres Culturas es casi “anti-urbana”, no figura o queda muy al margen en los mapas mentales del *flâneur* metropolitano, nadie que no fuera vecino de la zona transita por ella. En su vida cotidiana su inmensa plancha está vacía, apenas hay niños probando la bicicleta a la vista de sus papás, jóvenes patinando, en las mañanas alguno que otro corredor jubilado, sólo en domingo algunas familias, o parejas, paseando. Pocos visitantes se paran, curiosos, en el único atractivo que ofrece la plaza, una estela de piedra erigida en plena plancha, dedicada a los “caídos” del 2 de octubre. Fue inaugurada aquí a iniciativa del Comité 68, en el 25 aniversario de la masacre. Lleva 20 nombres grabados en la piedra, más uno añadido a pluma suelta, y un fragmento del famoso poema de Rosario Castellanos, escrito desde el pasmo en los días posteriores a la masacre. Cada aniversario, el monolito se suele inundar de flores, arreglos y velitas, por un muy breve espacio se convierte en lugar habitado, de encuentro. Pero sigue siendo piedra a fin de cuentas, marca inamovible, palabra petrificada.

En el 40 aniversario, esta memoria petrificada se movilizó inesperadamente, en la instalación-performance de una joven artista de nombre Ximena Labra, quien mandó hacer tres réplicas, idénticas, incluidas las marcas de deterioro. Con ello, se dio una extraña multi-

plicación de esta marca-memoria que se inauguró en la Plaza de las Tres Culturas, justo el día de la ritual marcha conmemorativa. Según lo que relata la artista,²⁵ las estelas postizas fueron “apropiadas” inmediatamente, desde tempranas horas y sin ningún tipo de comunicación o acuerdo de por medio. Luego empezaron a “deambular” por distintas partes de la ciudad, el Zócalo entre ellos. Con ello el “efecto Tlatelolco”, el sentido de la herida de una masacre ocurrida en plena vía pública pero resguardada durante décadas en una plaza “marginal”, se desplaza y regresa al centro de la ciudad. Al mismo tiempo, las estelas multiplicadas podían ser leídas como un cuestionamiento de la petrificación de la memoria. Porque los clones deambulantes no transportaban sólo el sentido original sino también su posible transgresión, la posibilidad de ser apropiada para otros usos urbanos (“echar taco o echar novia”) y con ello la inevitable polivalencia de cualquier marca que se instala en la ciudad.²⁶

Propongo leer estos dos lugares de memoria no como prueba de autenticidad (“*aquí* pasó algo”) sino como signo (“*algo* pasó y se recuerda o señala *aquí* mismo”). Aunque ambas plazas tienen “cosas que contar”, en su calidad de “zona de contacto” como nombra Aleida Assmann (1999: 337) aquellos lugares de algún modo, aunque sea latente, conectados con los hechos tormentosos del pasado, ciertamente no hablan. Son un texto incompleto que requiere la narración y la lectura de quienes las usan, visitan y significan. Su “aura”, en todo caso, se genera en la movilización.

Practicando la memoria

Sugiero entonces pensar que no son en primer lugar las materialidades de plazas y las marcas materiales, sino las prácticas que modelan y configuran las topografías urbanas de la memoria. Veamonos de cerca tres de ellas, con sus respectivas implicaciones de sentido: la *ronda* de las madres, el *escrache* de hijos e hijas como también la *marcha* conmemorativa de Tlateloco.

Rondar

Las madres de los jóvenes desaparecidos por la junta militar son, sin lugar a dudas, los más conocidos actores de la memoria, al menos en América Latina. Empezaron a reunirse, en abril de 1977, poco más de un año después del golpe militar, en la plaza enfrente de la Casa Rosada, palacio de gobierno. Según la narrativa fundadora de Madres, la policía militar les habría prohibido reunirse en bola, “muévanse” se les dijo y así habían empezado a marchar en círculo. De este modo habría nacido lo que más tarde se iba a denominar como *la ronda*. Por increíble que parezca, esta misma ronda se camina hasta el día de hoy, cada jueves a las tres y media de la tarde. Es decir, desde hace más de tres décadas las madres de Plaza de Mayo hacen, caminan y *encarnan* distintas facetas y dimensiones de una memoria íntima y a la vez pública: la inicial desesperación y búsqueda, el dolor y la furia, la denuncia, la incorporación de nuevas causas y demandas, y hasta el día de

hoy, al menos para un grupo de ellas, la aún dolorosa ausencia.

Es justamente ahí, donde la historia de este grupo se complejiza. Porque no es un movimiento homogéneo, sino visiblemente dividido que marcha, ya desde hace más de veinte años, cada jueves en dos contingentes separados: uno grande, bajo las siglas de Asociación de Madres de Plaza de Mayo, fundada por Hebe de Bonafini, y otro pequeño, aquellas Madres que se autonombraron de Línea Fundadora. La historia de esta división es compleja (Gorini, 2008), pero incluso sin adentrarnos aquí en ella, los grupos se distinguen ya a primera vista. Las madres de la Asociación marchan hoy en día sin fotos y ninguna otra señalización individual de sus hijos secuestrados.²⁷ Proclaman “socializar la maternidad”, niegan el reconocimiento de la muerte segura de los ausentes, y con ello cualquier asomo de duelo, y rechazan en consecuencia exhumaciones o indemnizaciones. Para ellas, los hijos están y seguirán de algún modo vivos, porque habrán “renacido” en ellas, las madres que retomaron la estafeta de las causas políticas de los ausentes; en su marcha semanal dominan las consignas de la actualidad.

En cambio, Línea Fundadora es un grupo bastante más reducido, marcha cada jueves aún con las fotografías de los ausentes, con sus pañuelos que llevan aún los nombres, y con la manta original, un tanto deslavada. Entre ellas se encuentran algunas de las voces intelectuales del movimiento, acusadas no pocas veces de “burguesas” y traidoras del espíritu revolucionario de sus propios hijos.²⁸ Son acompañadas por *Abuelas*, quienes aún se encuentran en búsqueda de los nietos y las nietas

que habían nacido en cautiverio y fueron luego apropiados por la dictadura.²⁹

Pero independientemente de esta división, es evidente que el constante movimiento, en sentido literal y figurado, de *Madres* y *Abuelas* inauguró un campo de fuerza simbólica-discursiva, que logró incidir en el seno mismo de las políticas oficiales. Hay un consenso en la Argentina del presente que la actual reapertura de los juicios congelado contra los represores no se hubiera logrado sin la persistencia y tenacidad de Madres. No dejaron mayores huellas materiales en la plaza, más allá de un círculo de pañuelos pintados en el piso, pero sí en la práctica jurídica del país. En términos espaciales, podemos constatar que las Madres inauguraron un “lugar móvil” y con ello instalaron un nuevo formato urbano de protesta, *la ronda*, poderosa presencia de cuerpos en movimiento circular. Éste ya ha sido reapropiado y utilizado por otros actores, como organizaciones de inmigrantes, por ejemplo, o las madres de las víctimas del “gatillo fácil”, sinónimo porteño de la actual violencia policial.

En términos semióticos, Madres hacen memoria desde un novedoso lugar, el de la “ama de casa”, con considerables implicaciones estratégicas: como tales se exponen como apolíticas y en cierto sentido “intocables”,³⁰ a la vez que se les facilitó engancharse en la metáfora familística de un régimen conservador, denunciando justamente la destrucción de sus propias familias. Para algunos autores, entre ellos Raúl Zibechi (2003), con esta estrategia Madres personifican claramente el credo feminista de que “lo personal es político”, ya que logran politizar públicamente su dolor y su amor maternal. No obstante,

(me) parece ser una lectura al menos contradictoria ya que su legitimidad para hablar y exponerse *en público* se nutre justamente del más tradicional de los roles femeninos, la maternidad. Aunque se postula el traslado de una maternidad sufrida a una combativa, no hay *transfer* posible hacia otro tipo de identidad política: su poder semiótico radica exclusivamente en su vínculo genético, de sangre,³¹ con las víctimas.

Otros argumentan que Madres son el ejemplo emblemático de cómo las mujeres se apropian de un espacio público, subvirtiendo la conocida dicotomía entre lo público-masculino y lo privado-femenino. Diría que ahí también (me) caben las dudas, ya que la presencia material (territorial, corporal) no equivale necesariamente a una reescritura simbólica, el “estar ahí” no rompe automáticamente con las asignaturas pre-establecidas de género. Incluso, si se quiere, podría ser leída también al revés, como ha sugerido Sarah Radcliffe (1993: 113): que Madres, en su performance de “amas de casa” en cierto sentido hacen de la plaza política una plaza doméstica, significado por emblemas del hogar como es el pañuelo. No sugiero aquí ninguna lectura concluyente, pero sí quisiera subrayar que las lecturas semióticas distan de ser unívocas.

Las Madres mexicanas emergieron casi al mismo tiempo que las madres argentinas, el Comité Eureka se fundó en 1977, primero en la ciudad de Monterrey, donde reside su figura líder, Rosario Ibarra. La trayectoria de su fundadora es la misma de “ama de casa” politizada de golpe por la violencia sufrida en el seno de su familia, el secuestro de su hijo. Pero en contraste con la ritual

presencia de Madres en el centro de Buenos Aires, las *Doñas* mexicanas se hicieron visibles en relativamente pocas ocasiones en el espacio público. La irrupción más memorable fue una huelga de hambre, de 84 madres y cuatro hombres, en las puertas cerradas de la catedral, en agosto de 1978. Se demandó una amnistía para los presos políticos e información sobre los secuestrados. “Los encontraremos” rezaba, en letras rojas, la manta. Un día después se empezaron a liberar centenares de presos, pero se seguía negando la información sobre los desaparecidos. Resultaba difícil instalar lo que parecía inconcebible en el imaginario mexicano: que hubiera terrorismo de Estado en un país que acogía, de manera oficial, a los perseguidos por el terrorismo de Estado de otros países, Argentina entre ellos. Una curiosa sobreposición de estos contextos se dio en el 30 aniversario del golpe de Estado argentino, en marzo de 2006, cuando la embajada argentina en México celebró un gran homenaje al “gobierno de Luis Echeverría”, agradeciendo la recepción de cientos de exiliados argentinos.

Escrachar

A mediados de los noventa, en plena impunidad institucionalizada, en Argentina emergió un nuevo actor al cual también le unen lazos de sangre con los desaparecidos, pero desde un lugar radicalmente distinto: el del hijo, o la hija, aquellos niños y jóvenes que crecieron sin papá o mamá, y quienes a mediados de los noventa empezaban a entrar en mayoría de edad. En 1995 fundaron

una agrupación que nombraron H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia en contra del Olvido y el Silencio). A ellos y ellas les movió ya no la denuncia en sí del secuestro, sino más bien la búsqueda por las “identidades” políticas de los padres ausentes. Y si antes los organismos de derechos humanos, Madres entre ellos, habían construido y cultivado la memoria de la “víctima inocente”, ésta ahora pasó a una “memoria militante”. El recuerdo se politizó, con cierta tendencia a la heroicidad, y a la vez se empezó a movilizar otra noción de justicia: ante la inexistente justicia formal, debido a las leyes de amnistía decretadas en los noventa, H.I.J.O.S. empezó a promover una nueva práctica urbana de memoria y justicia simbólica,³² el llamado *escrache*, del verbo *escrachar* = revelar, sacar a la luz. El *escrache* consistía en marcar, señalar públicamente, a los cómplices colaboradores impunes de la dictadura *en sus domicilios*. Es una suerte de “denuncia espacial” que transgrede la frontera entre lo público y lo privado, visibilizando a la impunidad, a la vez que viola deliberadamente el derecho a la privacidad de los represores y sus cómplices. Igual que la ronda, el *escrache* equivale a un “lugar móvil” que incide en la espacialidad urbana.

Los movimientos de familiares —madres, abuelas e hijos, en primer lugar— representan modos de organización y expresión que hasta cierto punto se transnacionalizaron en América Latina. El caso más evidente es el de las organizaciones de hijos, que empezaron a actuar, hacia finales de los noventa, también en México:³³ primero como filial de la agrupación argentina fundada por hijos de exiliados, luego empezando a convocar a hijos

e hijas de desaparecidos mexicanos y centroamericanos.³⁴ Hoy en día es un pequeño grupo con algunas acciones en la vía pública de la capital mexicana,³⁵ como fue por ejemplo en 2004 un escrache en casa de Luis Echeverría, el renombramiento de calles, incluso de dos estaciones del metro, y, a partir de 2008, una guardia mensual ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Llama la atención que no son nunca actos de presencia masiva, acuden apenas los propios activistas y familiares, alguno que otro reportero de *La Jornada*.

Pareciera que a diferencia de las agrupaciones argentinas, para madres e hijos mexicanos no hay anclaje, ni público ni urbano, no se perciben cajas de resonancia. El terror del Estado, sobre todo relacionado con la llamada guerra sucia, no pasa por los imaginarios urbanopolíticos. Si H.I.J.O.S.-Argentina actúa “*en nombre*” de la sociedad ante genocidas y autoridades, la constelación en México es distinta: su nosotros se pronuncia desde la militancia, desde el activismo y la condición de familiar, pero no desde la sociedad. Más bien, se dirige *hacia la sociedad* en su conjunto. Además, sus acciones se sitúan en otro nivel de lo urbano-público, en lugares centrales y simbólicos (no los domicilios), el principal propósito es la visibilización y el reconocimiento de los hechos. La denuncia se queda, hasta cierto punto, en la abstracción: en una lista de “represores” se encuentran, en primer lugar, los de todos los ex-presidentes de la República de las últimas décadas. “No nos gusta retomar iniciativas de otros lados”, dice Citlali Hernández, una joven activista mexicana, cuando se le pregunta sobre el escrache. “Allá [en Argentina] saben quiénes son,

tienen un nombre, van y les gritan. Aquí no sabemos quiénes son los torturadores”.³⁶ No parece casual que en un país como México, donde la impunidad es experimentada desde hace décadas como una suerte de “destino”, una novedosa práctica como el escrache cae en un vacío social y cultural, incluso entre los propios actores.

Ante el no-reconocimiento oficial, tanto el Comité Eureka como H.I.J.O.S. niegan, con toda vehemencia, aceptar cualquier afirmación oficial que “declare” la muerte de los desaparecidos. A diferencia de aquellas madres argentinas³⁷ que insisten en la “presencia” pero más bien espiritual de sus hijos alguna vez secuestrados, aquí se insiste en la posible recuperación. Por más difícil que resulte comprender la esperanza de recuperar con vida a las personas después de décadas de supuesto encarcelamiento clandestino, ésta se ha convertido en una suerte de ancla de sentido: la no aceptación de la muerte declarada, como un cierre, insistir en el acta abierta. Declara una joven activista de treinta años, que aún no había nacido cuando secuestraron a su papá, ante la prensa mexicana que “todavía espero conocer a mi papá”.³⁸ Ya en entrevista personal,³⁹ la declaración pierde su literalidad y adquiere otro sentido: el papá como ausencia presente en la familia, “el complemento siempre faltante que me hace mover”, la paradoja de “extrañar a alguien que no conociste”. Por ello se organizó, en el aniversario de su secuestro, en junio de 2007, un recorrido titulado “30 años sin Rafael” que llevaba por los lugares de vida, no de muerte, del joven militante. Y sólo se aceptaría la muerte si ésta viniera como un acto de reconocimiento y justicia. Si las auto-

ridades insisten en un acta de defunción, se argumenta desde H.I.J.O.S. y Eureka, “que digan quién fue el responsable y que lo castiguen”.

La mirada cruzada y comparativa entre México y Argentina deja muy clara la compleja interdependencia entre *justicia* y *memoria cultural*, no como secuencia, sino como procesos paralelos y estrechamente entrelazados. En Argentina, la reapertura de los juicios a partir de 2005 y de los juicios orales desde 2009, éstos se convierten en otro tipo de “lugar”, donde se elabora otro tipo de memoria. En México, en cambio, la continua impunidad de algún modo sigue opacando, sobrecargando y, es de suponerse, obstaculizando los trabajos de la memoria.

Marchar

Sin embargo, en la Ciudad de México, la memoria urbana también se moviliza y pasa, inevitablemente, por la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. En el caso de los asesinados el 2 de octubre del 68, no hay quienes los reinvidique foto por foto, nombre por nombre.⁴⁰ Los muertos siguen siendo un enigma, no hay cifras ciertas, y no hay casi —con excepción de los de la estela— nombres. Igual que en la Argentina, aquí fueron desaparecidos los cuerpos, pero muertos y no vivos, y con ellos —a diferencia del Cono Sur— también sus nombres. Sin embargo, la masacre ocurrida aquella tarde enfrente del edificio Chihuahua, en la plancha de la plaza, se ha vuelto una referencia indeleble en la memoria política de la urbe. Porque esta masacre sí tiene

su lugar de los hechos, no ocurrió en la clandestinidad, relegada a la terrible imaginación, sino en una plaza pública, a vistas y oídos de todos, por más que al día siguiente la prensa escrita no haya reflejado nada de lo ocurrido.

Año por año la indignación se activa, se recrea y se actualiza cuando parte aquí la tradicional “marcha del 2 de octubre”. Aunque se observan ritos de duelo como los arreglos florales, las velas, o el copal y las limpias aztecas⁴¹ en honor a los “compañeros caídos”, no es en realidad una marcha que conmemora el duelo y la ausencia. No hay signos que evocan o nombran, en concreto, a los muertos, se intuye apenas un duelo latente, diluído, un estado de contemplación, que no se expone del todo, no habla, o habla “bajito”. En cambio, lo que se observa es más bien furia y espíritu de combate, un afán por evocar el 68 como un origen de lucha, y también como advertencia de la represión. Sucede entonces algo similar a como procesaron los hijos argentinos la memoria de sus papás desaparecidos: negarse a la pasividad del duelo, no conformarse a la denuncia de la impunidad, sino recuperar el “espíritu”, politizar el recuerdo y llevar las causas al presente. Los que marchan desde Tlatelolco, año con año, son los temas de la actualidad: las disputas por la educación pública, la represión de Atenco o solidaridad con Bolivia. “El 2 de octubre es una fecha estratégica, tiene para nosotros un valor porque nos permite poner ahí todas las cosas que son importantes, en el país y también fuera de él. Es muy amplio”, resume Citlali Hernández el sentido que tiene para su agrupación, el Comité Estudiantil Metropolitano (CEM).⁴²

Y hay un dato asombroso, desde una mirada impregnada por la experiencia alemana: la juventud. Desde que yo observo la marcha, la primera vez en 1993, los participantes parecen conservar la misma edad, siguen siendo jóvenes entre los trece y los veinte años, muchos de ellos de vestimenta y gestualidad rebelde. Sólo el pequeño grupo de veteranos que marcha bajo el emblema del Comité 68, se vuelve visiblemente más canoso. Pareciera como si en México la memoria de la revuelta estudiantil se convirtiese en un compromiso cuasi-generacional, como si hubiera cierta edad para “marchar el 68” y luego dejar de marchar: no hubo y no hay edades medianas.⁴³

Y hubo en 2008 una sorpresa reveladora que subvertía las expectativas mediáticas: se esperaba que la *gran marcha* iba a ser la convocada por el Comité 68, desde el Museo de Antropología a la plancha del Zócalo —una ruta histórica del mismo movimiento de 1968— y que sólo un pequeño grupo de estudiantes “radicalizados” iba a marchar la ruta clásica de Tlatelolco al Zócalo. Pero resultó exactamente al revés, la gran movilización fue la convocada por los jóvenes desde Tlatelolco, la convocatoria histórica del Comité resultó más débil, mucho menos concurrida. Una posible lectura es que la fuerza del *lugar* resultó inseparable del *sentido* de la marcha, por lo que ya no era posible trasladar —a diferencia de la estela multiplicada de la artista, piedra puesta en movimiento— su significado a otro lugar, por más justificada que pareciera en términos de la facticidad histórica. Quedó claro también, en el deslucido desenlace en el Zócalo, que la marcha en tanto desplazamiento espacial y corporal por la ciudad, era en sí el mensaje, ya no el mitin, ya

no esta última palabra que se perdía, literalmente, en la vasta plancha del Zócalo.

La marcha del 2 de octubre se lee entonces como un rito que se repite, un poderoso gesto espacial de cada año —y no cada jueves—, un espacio temporal que se abre y que luego se vuelve a cerrar. Lo que queda es la pregunta, abierta por ahora, por lo que deja esta espacialidad rebelde en la normalidad metropolitana, las rutinas urbanas, el día a día.

Lo que se repite también todos los años es la centralidad del icono de la bandera: reclamar una y otra vez para sí el capital simbólico de la patria, no dejarlo en manos de un nacionalismo autoritario y represor. En las marchas de 2007 y 2008 el estandarte tricolor fue portado durante horas, con máxima seriedad y absoluto silencio por una veterana del Comité 68, identificada como tal por su camiseta. Y al fotografiarla, con su impresionante estoicismo, me pregunté y, me sigo preguntando, si es casualidad que haya sido mujer. Y tiendo a pensar que no, sino que es otro indicio para una ya conocida división del trabajo discursivo-semiótico. Porque, en el gran relato del 68 mexicano, los que hablan, interpretan y asignan sentido a lo acontecido (ante la prensa, en las mesas y los libros) fueron y siguen siendo voces masculinas, en su gran mayoría. En la foto fija de este gran relato, formado durante décadas, las mujeres parecen más bien *encarnar* las causas justas: un valor abstracto, como es el de la patria, o, en el caso de las madres argentinas, la encarnación del dolor convertido en demanda. Pareciera que las mujeres son valuadas como portadoras y proveedoras indispensables de una

“materia prima” de la memoria —incluyendo la célebre recopilación testimonial de Elena Poniatowska— que como sus intérpretes en público, la escenifican, pero no la transforman en narrativa. Es decir, su indudable presencia visual-corporal (en la calle y las manifestaciones, en los documentos y las fotografías) no se traduce —al menos no automáticamente— en una narrativa propia, presencia discursiva.⁴⁴

SALIDA: CONVIVIR CON LOS FANTASMAS

Regresando al trauma y la ciudad (no sólo) de México, enfrentamos dilemas y desafíos: ¿Cuáles serían los modos de conmemorar, en el sentido también de “hacerle justicia”, lo íntimo en público, cómo evocar su “incomodidad”, de la que habla Pilar Calveiro, la presencia de los fantasmas, sin caer en la mistificación y los fatalismos? ¿Cómo conservar —pero no congelar— la irritación, asignarle un espacio a este saber del exceso, abrir un vacío y no llenarlo con pedagogías fáciles?

De salida, quisiera esbozar apenas algunas ideas que emergen desde la mirada cruzada, e incluso trasatlántica, sobre articulaciones urbanas de la memoria y sus respectivas tensiones. En el paisaje multitemporal de la Ciudad de México resalta un saber urbano de convivir con los fantasmas de otros tiempos, la memoria hecha piedra, y con ello, diría, un cierto saber de la precariedad y vulnerabilidad de la existencia humana. Apuntar a ello no implica una mistificación de la ruina en sí, ya que ésta no es, como advierte Assmann, “el soporte seguro para

conmemorar un pasado invisible sino se ha convertido en sí en objeto de la memoria [...] y de reconstrucción” (Assmann, 1999: 319), atravesada y configurada ya no sólo por la experiencia sino por los discursos y la imaginación. Hay una institucionalización de la memoria de la destrucción, la ruina de lo precolonial, que parece dificultar la emergencia de otras memorias, de terrores más recientes.

En Berlín, reconocida mundialmente como metrópoli de la memoria, se convive también con la ruina, pero más aún con el vacío, los espacios extraños y extrañados, como lo es por ejemplo el campo de estelas en pleno centro de la ciudad, inaugurado en 2005 como “Memorial a las víctimas de los judíos asesinados en Europa”, una marca espacial y un espacio ejemplar para anclar y a la vez dejar flotar el trauma en la ciudad. Al mismo tiempo, Berlín se identifica y presenta ante el mundo como “lugar en construcción” (*Baustelle*), con borramientos y nuevas escenificaciones del pasado, que la convierten en metrópoli olvidada de sí misma.

Y al mirar Buenos Aires, ciudad sin ruinas a la vista, donde por un lado se institucionalizan cada vez más los sitios y espacios dedicados a la memoria reciente y por el otro se empieza a ejercer otro tipo de memoria en los tribunales, sacamos por lo pronto la sencilla lección de que uno no puede llegar a ningún acuerdo con los fantasmas si no se reconocen, en carne y hueso, los muertos y sus asesinos.

Curar la herida, dejándola abierta. Es justo esa doble estrategia que asume Pilvar Calveiro que me parece ejemplar para proyectos o prácticas de memoria urbana: no

someterse a la lógica del terror, descifrar su racionalidad asesina, como lo hizo Calveiro en aquel texto sobre las cárceles clandestinas (1998), desde su saber de experta, no de sobreviviente. Pero al mismo tiempo insistir en un más allá “incomprensible” de este recuerdo del dolor. Y reconocer la necesidad de anclar esta grieta y este pasmo en el cuerpo de nuestras ciudades, que siempre fueron y siempre serán habitadas por todo tipo de fantasmas.

NOTAS

¹ Citado en el ensayo de Gustavo Ogarrio, “Pinochet: dictadura y amnesia”, en *La Jornada Semanal*, suplemento de *La Jornada*, México, 18 de febrero, 2007.

² *Lugar* se refiere aquí tanto a la noción de “lugar antropológico” (Vergara Figueroa, 2001a), en tanto lugar constituyente de sentido e “identidad”, como también más específicamente a *lieu de memoire*, según la conceptualización de Pierre Nora (1990), como articulación pública (material o inmaterial) de una memoria institucionalizada con fines y/o efectos identitarios.

³ El proyecto de investigación titulado “Memoria en la megaciudad”, financiado por la Fundación Fritz Thyssen, se está realizando en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität Berlin.

⁴ La filóloga Vittoria Borsò planteó, en su introducción del simposio “Migraciones culturales—Topografías trasatlánticas” (celebrado del 4 al 6 de febrero de 2009 en Düsseldorf), la noción de “espacios extrañados” por los movimientos migratorios, las idas y vueltas culturales; y yo añadiría que también por las memorias que subyacen, y se hacen presentes, en los espacios de la ciudad.

⁵ Hacer memoria, según Ruth Klüger, equivale a un acto de “evocación”, que *no representa nada*, porque no capta el terror, pero como acto de alquimia, según Klüger, bien puede desafiar “a los fantasmas” (Klüger, 1992: 79).

⁶ En la Ciudad de México, por ejemplo, acaban de surgir dos iniciativas museográficas de muy distintas características: el *Memorial del 68*, recorrido y reconstrucción multimediática del movimiento del 68, inaugurado en octubre de 2007 (www.tlatelolco.unam.mx/Recorrido/recorrido.html) y el proyecto del Museo de Memoria y Tolerancia, que conecta, semántica y museográficamente “genocidio” con “intolerancia” y cuyas salas no incluyen, al menos no en su colección de “atrocidades”, la propia experiencia mexicana <www.memoriaytolerancia.org>.

⁷ Es notable que México aún genera un extraño vacío en la vasta literatura en torno a la memoria política del continente; el más reciente ejemplo es un tomo titulado *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, donde entre 43 textos, aunque muchos fueron redactados por argentinos exiliados radicados en México, ni uno abarca la propia experiencia mexicana (Lorenzano y Buchenhorst, 2007).

⁸ Para un cruce entre análisis del discurso y etnografía espacial, ver Huffschmid y Wildner (2010).

⁹ Esta misma “lógica doble” caracteriza el enfoque sociosemiótico con el cual se identifica este trabajo y que concibe la ciudad como sistema (aunque no sólo) espacial de signos o de significados (Gottdiener y Lagopoulos, 1986) y se propone explorar cómo son *significados* los espacios urbanos (entornos construidos, imaginarios) a la vez que éstos se inscriben en sistemas de *significación*.

¹⁰ Es sobre todo en el campo de la fotografía donde se discute con más vehemencia la relación de la imagen con la realidad, “efecto de realidad” según el célebre ensayo de Roland Barthes (1997 [1980]), revisado y cuestionado por autores como Raúl Bécceyro (2003); véase también en cuanto a la capacidad testiga de la imagen, Burke (2001) y las revisiones críticas de Sontag (1991, 2003) en torno a lo que produce “mirar” las imágenes del dolor y terror.

¹¹ Una conceptualización de *memoria* en el contexto de una “nueva historiografía” se encuentra en el artículo de Rinke en este libro.

¹² Véase, para una crítica aguda de lo que considera un exceso de “subjetividad”, el ensayo de Sarlo (2005).

¹³ A este respecto cabe señalar el debate por una nueva conceptualización del *patrimonio*, entendida ya no sólo como cierta arquitectura digna de preservar en función de una noción hegemónica de “identidad nacional”, sino como capital simbólico en disputa, no necesariamente tangible, para construir pertenencias grupales, estrategias locales y políticas (ver, por ejemplo, Lacarrieu, 1998). Pero aquí, como se dijo, nos ocupamos exclusivamente de las memorias consideradas traumáticas.

¹⁴ Sin profundizar sobre el tema, quisiera dejar constancia que concibo los imaginarios urbanos como una suerte de *subjetividad urbana*, social y compartido, que se entreteje con las condiciones y prácticas materiales, sociales y políticas de la ciudad, o incluso —como veremos en los casos aquí revisados— con las prácticas jurídicas de una sociedad. Algunos de los autores y textos clave han sido García Canclini (1997 y 2005), Lindón (2007), Vergara Figueroa (2001a), Ángel Aguilar (2006) y, para un estudio empírico de corte más panorámico, el tomo de Silva (2003).

¹⁵ En su estudio sobre el carácter constructivista de la memoria, Welzer plantea, desde la psicología social pero retroalimentado por las ciencias neurológicas, como la huella de un determinado recuerdo (engrama = representación de una experiencia en el cerebro) está inscrito en un patrón espacial-temporal de conexiones neuronales. Recordar equivaldría entonces al acto de “activar de manera asociativa estos patrones” (Welzer, 2005: 21) y cada acto de recordar modifica estos patrones de conectividad. En este mecanismo se basa la concepción de la “estructura comunicativa” del cerebro y su construcción de la memoria, enmarcada y estructurada por los *scripts* sociales, tanto *a posteriori* (recordando) como también en la misma experiencia.

¹⁶ Jelin explora, por ejemplo, la diferenciación genérica tanto de la represión como del esfuerzo por recordar y el peso del “maternalismo” y “familismo” en la esfera pública (Jelin, 2008).

¹⁷ Para más detalle de este argumento ver Huffschiid (2008c).

¹⁸ Hay honrosas excepciones, como el estudio de Alejandra Massolo (1992) acerca de la participación femenina en los movimientos urbano populares o uno más reciente de Alicia Lindón (2006), quien se ocupa, en una zona periférica de la Ciudad de México, de las experiencias y prácticas territoriales de mujeres, sobre todo en relación con el “miedo”.

¹⁹ Las instancias jurídicas mexicanas no lograron ni una sola sentencia para los involucrados en los crímenes. El cierre definitivo se dio, al menos a nivel nacional, con la absolución del ex-presidente Luis Echeverría de todos los cargos que le fueron imputados por genocidio, en marzo de 2009. A partir de entonces el ex-mandatorio recuperó su plena libertad ciudadana.

²⁰ Ver, para un fino análisis de este “giro”, la lectura que propone Rufer de dos conmemoraciones contrastantes del Bicentenario en Argentina (Rufer, 2010b), así como de la “irrupción” del movimiento indígena argentino en las nuevas políticas de la memoria (Rufer, 2010a: 282-304).

²¹ Ello se sostiene a pesar de los esfuerzos del actual gobierno capitalino por construir nuevas superficies urbanas *lisas*, con atractivos dignos de una auténtica *global city* del entretenimiento. Porque incluso una construcción como la pista de hielo en la plancha del Zócalo, nueva atracción prenavideña estrenada en 2007, no deja de tener su propio sello de surrealismo multitemporal: introducir el patinaje donde no hay ninguna experiencia o tradición de nieve, hielo o invierno, además en pleno Centro Histórico.

²² Ver, para el significado de la espacialidad urbana para la movilización social en Buenos Aires, el artículo de Grimson (2005) y el tomo de Huffschiid (2007a).

²³ Ver para más detalles, el ensayo de Huffschiid (2007b).

²⁴ Ver el artículo de Massey (1999).

²⁵ Entrevista personal, 27 de febrero de 2009, en la Ciudad de México.

²⁶ Ello llevó a una disputa por la aparente “trivialización” de la memoria original, por parte de algunos miembros del Comité 68, según lo que comenta Labra; sin embargo, a la mayoría de los veteranos les habrá “gustado mucho” el desplazamiento marca.

²⁷ En esta lógica la Asociación se opuso también a la inscripción de los nombres en el memorial en el Parque de la Memoria, otro proyecto disputado en el espacio urbano de Buenos Aires (Valdez, 2003).

²⁸ Ante ello, resulta ciertamente irónico que hoy en día justamente el bloque más “radical” de Madres, bajo el liderazgo de Bonafini, se haya convertido en aliado prácticamente incondicional al oficialismo, el gobierno kirchnerista.

²⁹ En total, el número de hijos nacidos en cautiverio que fueron entregados a otras familias, muchas veces cercanas a las estructuras militares, y privados de sus orígenes, asciende a 500; más de cien ya fueron identificados y “recuperados” gracias a la labor de Abuelas <www.abuelas.org.ar>.

³⁰ Constatar esto no implica, en ningún momento, hacer caso omiso del hecho de que algunas de las fundadoras de Madres fueron secuestradas, torturadas y asesinadas por la dictadura.

³¹ Al respecto, Elizabeth Jelin ha advertido la “biologización” o incluso genetización de cierto discurso y legitimación de derechos humanos (Jelín en Huffschmid, 2007: 103-105).

³² Hubo y hay un debate por la importancia de esta justicia “simbólica”, o social, que para algunos grupos llega a tener más validez que la justicia formal; ver Colectivo Situaciones (2002).

³³ Ver para una comparación entre México y Argentina el artículo de Becker y Burkart (2008).

³⁴ Según las cifras del Comité Eureka, hasta el día de hoy se tiene un registro de 557 ciudadanos mexicanos desaparecidos <www.eureka.org.mx>. Actualmente hay dos agrupaciones: *H.I.J.O.S. México* (www.hijosmexico.org) y *Nacidos en la Tempestad* (nacidosenlatempestad.50webs.com). No profundizaré aquí sobre las —importantes— diferencias entre ellas, sólo señalar que las agrupaciones mexicanas se caracterizan por una historia similar de divisiones en torno a cuestiones ético-estratégicas: aceptar o no la muerte del desaparecido, aceptar o no la exhumación y la indemnización.

³⁵ Cabe señalar que, a diferencia de la Argentina, la capital no tiene aquí la misma centralidad, ya que la mayor parte de las desapariciones forzadas en México ocurrieron en los años setenta en zonas rurales.

³⁶ Entrevista personal, el 18 de noviembre de 2008, en la Ciudad de México.

³⁷ Esta es la postura de una de las dos agrupaciones, la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, liderada por Hebe de Bonafini.

³⁸ Fuente: *La Jornada*, 10 de junio de 2007.

³⁹ Entrevista personal, con un grupo de H.I.J.O.S. de México, el 15 de abril de 2009.

⁴⁰ Las pocas fotografías presentes en la marcha muestran más bien a los desaparecidos de la llamada guerra sucia en el sur del país.

⁴¹ Habría que explorar con más detalle la posible influencia de ciertas ritualizaciones de la muerte y del duelo en México, sin con ello caer, por supuesto, en esencialismos culturalistas.

⁴² Entrevista personal, realizada el 18 de noviembre de 2008, en el marco del VII Taller de Etnografía Urbana, organizado conjuntamente por la UAM y la UACM, como exploración etnográfica e interdisciplinaria de la marcha del 2 de octubre en el contexto del 40 aniversario del 68 mexicano.

⁴³ Estas observaciones, y su relación con la espacialidad de Tlatelolco y la memoria del 68 mexicano, se profundizarán en otro artículo, titulado “Un acercamiento a la extraña/da plaza de Tlatelolco”, para el tomo que se publicará como resultado del VII Taller de Etnografía Urbana (en preparación).

⁴⁴ Esta observación corresponde a los resultados de uno de los pocos estudios que se ocupan de las diferencias genéricas en los relatos del 68 (Cohen y Frazier, 2004); ahí se estudia cómo los líderes encarcelados, hombres casi todos ellos, se empiezan a construir *desde la cárcel* como las voces legítimas —y heroicas— del 68. En cambio, la experiencia de las brigadas, de la calle, donde hubo una importante participación femenina, se queda en el anonimato, no es nombrado ni recordado.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR DÍAZ, Miguel Ángel (2006), “Recorridos e Itinerarios urbanos: de la mirada a la práctica”, en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar Díaz (coords.) (2006), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México-Barcelona: UAM-I / Anthropos, pp. 131-143.
- ASSMANN, Aleida (1999), *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnis*. München: C. H. Beck.
- ASSMANN, Jan (1992), *Das kulturelle Gedächtnis: Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München: C. H. Beck.
- BARTHES, Roland (1987), *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- ____ (1997), *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Barcelona / Buenos Aires: Paidós.
- BAYER, Osvaldo (2007), “La larga paz argentina”, en <<http://de-humanos.wordpress.com/2007/11/26/la-larga-paz-argentina-osvaldo-bayer>> (Consulta: 15 de diciembre, 2008).
- BECKER, Anne y Olga BURKART (2008), “Hijos argenmex. Neue Formen und Diskurse der Erinnerung in Arentinien und Mexiko”, en Anne Huffschmid *et al.* (2008b), *erinnerung macht gegenwart*, Jahrbuch Lateinamerika Nr. 32, Münster, pp. 104-124.
- BECEYRO, Raúl (2003), *Ensayos sobre fotografía*. Barcelona: Paidós.
- BELTING, Hans (2007), *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz.
- BERGER, John (2006 [1990]), *El sentido de la vista*. Madrid: Alianza Forma.

- BERGER, John y Jean MOHR (1998), *Otra manera de contar*. Murcia: Mestizo.
- BRAIG, Marianne y Anne HUFFSCHMID (eds.) (2009), *Los poderes de lo público: conceptos, espacios y actores en América Latina*. Frankfurt a. M: Vervuert.
- BRONFEN, Elisabeth, Birgit R. ERDLE, Sigrid WEIGEL (eds.) (1999), *Trauma. Zwischen Psychoanalyse und kulturellem Deutungsmuster*. Wien: Böhlau.
- BÜHRMANN, Andrea, Rainer DIAZ-BONE, Encarnación GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Gavin KENDALL, Werner SCHNEIDER y Francisco J. TIRADO (2007), “De la teoría del discurso de Michel Foucault a la investigación empírica sobre el discurso” (editorial) y “El campo del análisis del discurso foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas”, en *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum Qualitative Research*, vol. 8, núm. 2. <www.qualitative-research.net/index.php/fqs/issue/view/7>.
- BURKE, Peter (2001), *Eyewitnessing: The Uses of images as historical evidence*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press.
- CALVEIRO, Pilar (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- _____ (2005), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- CARBÓ, Teresa (2001), “Regarding Reading: on a methodological approach”, en *Discourse & Society*. Londres: Thousand Oaks / CA-Nueva Dehli: SAGE Publications, pp. 59-89.
- _____ (2002), “Investigador y objeto: una extraña/da intimidad”, en *Análisis del discurso: teorías, métodos y áreas de estudio*. Iztapalapa, año 23, julio-diciembre.
- COHEN, Deborah, Lessie Jo FRAZIER (2004), “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculin-

- nidad heroica en la cárcel y las ‘mujeres’ en las calles”, en *Estudios Sociológicos*, XXII / 66, pp. 591-623.
- DELGADO, Manuel (2007), *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- DIJK, Teun van (coord.) (1997), *Discourse as Social Interaction*. Londres: SAGE Publications.
- ECHTERHOFF, Gerald, Martin SAAR (eds.) (2002), *Kontexte und Kulturen des Erinnerns: Maurice Halbwachs und das Paradigma des kollektiven Gedächtnisses*. Konstanz: UVK.
- FAIRCLOUGH, Norman (1989), *Language and Power*. London: Longman.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1997), *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Endeba.
- _____ (ed.) (2005), *La antropología urbana en México*. México: FCE.
- GORNI, ULISES (2008), *La otra en la historia de las madres de Plaza de Mayo (1983-1986)*. Buenos Aires: Norma.
- GOTTDIENER, Mark, Alexandros Ph. LAGAPOULOS (eds.) (1986), *The City and the Sign. An Introduction to Urban Semiotics*. New York: Columbia University.
- GRIMSON, Alejandro (2005), “Fronteras, neoliberalismo y protesta en Buenos Aires”, en Rossana Reguillo y Marcial Godoy Anativa (eds.), *Ciudades translocales. Espacio, flujo, representación*. México: ITESO/SSRC, pp. 273-253.
- JÄGER, Siegfried (2001), *Kritische Diskursanalyse. Eine Einführung*. Duisburg: Diss.
- _____ (1995), “Discourse and Knowledge”, en <www.diss-
diusburg.de/Internetbibliothek/Artikel>.
- JELIN, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- _____ (2008), “Subjektivität und öffentliche Sphäre, Geschlecht und die Bedeutung von ‘Familie’ in der Erinnerung

- an die Repression”, en Huffsichmid *et al.* (eds.) (2008): *erinnerung macht gegenwart*. Lateinamerika Jahrbuch 32, Münster: Westfälisches Dampfboot, pp. 18-35.
- JELIN, Elizabeth y Victoria LANGLAND (eds.) (2003), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- JOSEPH, Isaac (2002 [1984]), *El transeunte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- HALBWACHS, Maurice (1985), *Das Gedächtnis und seine sozialen Bedingungen*. Berlin: Suhrkamp.
- HODGE, Robert y Gunther KRESS (1988), *Social Semiotics*. Cambridge: Polity Press.
- _____ (1993 [1979]), *Language as Ideology*. Londres / Nueva York: Routledge & Kegan Paul.
- HUFFSCHMID, Anne y Kathrin WILDNER (2010), “Apuntes hacia una etnografía transdisciplinaria: Leer el espacio, situar el discurso”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López (eds.), *Apropiación política del espacio público. Una etnografía multidimensional de las campañas electorales en la Ciudad de México*. México: UAM (en prensa).
- HUFFSCHMID, Anne (2008a), “Memorias (a propósito) de Tlateloco: revuelta, represión y vida cotidiana. A cuarenta años del 68 mexicano”, en *Humboldt*, núm. 149. Munich: Goethe-Institut.
- _____ Michael KRÄMER, Karin GABBERT, Wolfgang GABBERT, Ulrich GOEDEKING, Annette Nana HEIDHUES, Thomas SCHMID, Christiane SCHULTE, Ruth STANLEY (eds.) (2008b), *Erinnerung macht gegenwart*. Lateinamerika Jahrbuch 32, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- HUFFSCHMID, Anne (2008c), “Paradoxien des Weiblichen im öffentlichen Raum. Überbelichtung, Unsichtbarkeit,

- Transgressionen”, en Anne Becker *et al.* (eds.), *Verhandlungssache Mexiko Stadt. Umkämpfte Räume, Stadtaneignungen, imaginarios urbanos*. Berlin: b_books, pp. 247-258.
- _____ (ed.) (2007a), *La crisis como laboratorio. Memoria y movilización en Buenos Aires y Berlín*. Buenos Aires: La Tribu.
- _____ (2007b), “Hacer(se) un lugar. Un flaneo entre el Zócalo, la Plaza de Mayo y Alexanderplatz”, en *Humboldt*, núm. 147. Munich: Goethe-Institut.
- HUYSEN, Andreas (2003), *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford: Stanford University Press.
- KLÜGER, Ruth (1992), *Weiter leben. Eine Jugend*. München: dtv.
- LAKOFF, George y Mark JOHNSON (1980), *Metaphors we Live by*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- LACARRIEU, Mónica (1998), “‘A Madonna... yo le hago un monumento’. Los múltiples y diversos usos de la historia en la Ciudad de México”, en *Alteridades*, 1998, 8 (16): 43-59.
- LEFEBVRE, Henri (1994), *The Production of Space*. Oxford: Blackwell Publishers.
- LERMAN, Gabriel D. (2005), *La plaza política: irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Colihue.
- LINDÓN, Alicia (ed.) (2007), “Imaginarios urbanos”, *dosier* de la revista *Eure*, vol. 33, núm. 99, Santiago de Chile. En línea: <www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_issuetoc&pid=0250-716120070002&lng=es&nrm=iso>.
- _____ (2006), “Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial”, en Miguel Ángel Aguilar *et al.* (eds.), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México: Anthropos / UAM, pp. 13-33.
- LINK, Jürgen, Ulla LINK-HEER (eds.) (1986), *Die Macht der Diskurse, kultuRRevolution, Zeitschrift für angewandte Diskurstheorie* 11. Bochum: Klartext.

- LINK, Jürgen (1989), "On Collective Symbolism in Political Discourse and its Share in Underlying Totalitarian Trends", en Rainer Schürmann (ed.), *The Public Realm. Essays on Discursive Types in Political Philosophy*. New York: State of New York Press, pp. 225-238.
- LORENZANO, Sandra y Horst BUCHENHORST (eds.) (2007), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*. Buenos Aires: Universidad del Claustro de Sor Juana / Editorial Gorla.
- MASSEY, Doreen (1994), *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (1999), "The Square of the Three Cultures", en Doreen Massey, John Allen, Steve Pile (eds.), *City Worlds*. London / New York: Routledge, pp. 100-113.
- MASSOLO, Alejandra (1992), *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- NORA, Pierre (1990), *Zwischen Geschichte und Gedächtnis*. Frankfurt a. M.: Fischer.
- RADCLIFFE, Sarah A. (1993), "Women's Place / El lugar de Mujeres: Latin America and the Politics of Gender Identity", en Michael Keith, Steve Pile (eds.), *Place and Politics of Identity*. London: Routledge, pp. 102-116.
- RAMÍREZ KURI, Patricia, Miguel Ángel AGUILAR DÍAZ (eds.) (2006), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México: Anthropos / UAM.
- REGUILLO, Rossana y Marcial GODOY ANATIVA (eds.), *Ciudades translocales. Espacio, flujo, representación*. México: ITESO / SSRC.
- RUFER, Mario (2010a), *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. México: El Colegio de México.

- _____ (2010b), “El Bicentenario como estampa: nación, afectación y alteridad” (manuscrito), ponencia presentada al Seminario “Espacio, Lugar, Memoria”, Instituto Tepoztlán para la Historia de las Américas, 22-29 de julio de 2010.
- SARLO, Beatriz (2005), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo XXI.
- SIGAL, Silvia y Eliseo VERÓN (1986), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- SILVA, Armando (ed.) (2003), *Urban Imaginaries from Latin America*. Ostfildern-Ruit: Hatje Cantz.
- SITUACIONES / Mesa de Escrache Popular (2002), *Genocida en el barrio*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano.
- SONTAG, Sontag (1991), *Sobre la fotografía*. Barcelona: Edhasa.
- _____ (2003), *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara.
- VALDEZ, Patricia (2003), “El Parque de la Memoria en Buenos Aires”, en Elizabeth Jelin y Victoria Langland (eds.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI, pp. 97-111.
- VERGARA FIGUEROA, César Abilio (ed.) (2001a), *Imaginario: horizontes plurales*. México: INAH.
- _____ (ed.) (2001b), “Introducción: El lugar antropológico”, en Miguel Ángel Aguilar et al. (eds.), *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 5-33.
- VERÓN, Eliseo (1987), *Construir el acontecimiento*. Buenos Aires: Gedisa.
- _____ (1996), *La semiosis social: Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa.
- WELZER, Harald (2005), *Das Kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung*. Munich: C. H. Beck.

ANNE HUFFSCHMID

WILSON, Elisabeth (1991), *The Sphinx in the City. Urban Life, the Control of Disorder and Women*. Berkeley / Los Angeles / Oxford: Virago Press.

ZIBECHI, Raúl (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Montevideo / La Plata / Buenos Aires: Nordan-Letra Libre.

FORMAS DE HABITAR EN LOS PUEBLOS DEL AJUSCO

LEVES LECTURAS SEMIÓTICAS DE IMÁGENES FOTOGRÁFICAS

TERESA CARBÓ

ESTA CIUDAD, ESTA CIUDAD

HABLAMOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO, una de las más gigantescas del planeta, urbe-ubre asombrosamente cautivadora para tantos de nosotros que aquí estamos y aquí seguimos. Ella es territorio de asiento y espacio de ocurrencia de incalculables situaciones, seres, personas, actividades, movimientos, recorridos, productos, encuentros, encontronazos, hallazgos y pérdidas.

En cuanto a su situación geográfica, es claro que vive en uno de los contextos ambientales más complejos y difíciles del mundo.

Las condiciones naturales de la cuenca la hacen proclive a los desastres. Desde un punto de vista hidrológico es endorreica (vierte hacia adentro), por lo que es inundable. Es también semicerrada, lo que dificulta la dispersión de contaminan-

tes. Es asimismo anticiclónica (vientos débiles), con marcadas inversiones térmicas, lo que obstaculiza aún más esos procesos de dispersión. Se encuentra a una altitud de dos mil 240 metros sobre el nivel del mar (con 23% menos de oxígeno), por lo que la combustión es menos eficiente; a una latitud de 19°, lo que implica una radiación solar intensa, y se asienta sobre un suelo que combina la desecación y relleno de una extensa zona lacustre con volcanismo activo. (*DFensor* VI(6), 2008:53)

Sociológica y demográficamente, México me parece a mí un caso destacado en el Síndrome de Ciudad Latinoamericana Enorme. La Zona Metropolitana, o área conurbada, o Área Metropolitana de la Cuenca de México, es inmensa, inverosímil casi de grande.¹ Se extiende sobre toda superficie imaginable: lomas o planicies de suelo lodoso, quebradas y bosques, antiguos cauces de agua y socavones mineros abandonados. Sube también por las laderas de los cerros y volcanes que circundan el valle, en una topografía sin igual. La población que pone/mos en acto tal incremento constante en el uso urbano del suelo, es inmensamente diversa e igual de numerosa, además de apretada en muchas ocasiones de la vida diaria.

Atravesada como está la sociedad mexicana por una asimetría de poder y recursos que es feroz, también la ciudad capital (no podría ser de otra manera) está lacerada urbanísticamente por vías automovilísticas de alta velocidad, ejes viales, tréboles de intersección, pasos elevados o hundidos, o semiparalelos por un tramo, en eleva-

ción: un paisaje de audaz ingeniería que no carece de su extraña belleza. Debajo de tanta vialidad, a la sombra y reparo de inesperados rincones que así lo permiten, incontables puestos semifijos de comida al paso, con el rico sazón de una señora que “se ayuda” en el gasto, vieja tradición urbana, según algunos testimonios visuales históricos (Fernández Tejedo, 1994: 77).² Fugaces panoramas desde los circuitos elevados en la noche urbana iluminada (anuncios, letreros, luces de neón) esconden la evidencia amarga de las incommensurables diferencias que exhibe también su tejido edilicio.

Cohabítamos en esta zona conurbada todos cuantos somos, por medio de distintas prácticas sociales de residencia, que van desde lo arcaico y tradicional de las sociedades nativas prehispánicas, hasta lo más moderno y masivo, multitudinario; también con enclaves de arquitectura ultramoderna, habitacional de muy alto nivel y comercio y finanzas transnacionales, que pudieran estar en cualquier otra parte del planeta. ¿Cruces y contigüidades sorprendentes? ¿Una trama inextricable? Hay eso y más en la ciudad; aunque hay también un invisible orden en el aparente caos, una emergencia cotidiana de vida e intercambios, que nutre la situación toda. Las disciplinas humanísticas se desbordan y confunden ante esa profusión de enigmas sociales, ante la variedad de modos concretos de vivir la ciudad, ante los testimonios de una vida también lenta en medio de esa frenética dinámica. Una vida social, colectiva, extensa (sonriente a veces inclusive), que se anima y se mueve y funciona todos los días, día tras día, en esta ciudad.

Se pone así aquí en movimiento, se materializa y ejercita, una vocación de inteligibilidad, de lectura de lo real, para una mejor aprehensión de lo simbólico. Es una curiosidad obstinada que expresa la necesidad de elaborar, con cierta tranquilidad y esmero, una mirada, un modo de ver, una manera de circular, una forma de vivir y un estilo de ser, tales que nos permitan responder con menos consumo de energía (y contrariedad) a los incontables estímulos con los que el diario vivir punza nuestra experiencia y percepción del mundo fenoménico. Es poner atención en la manera como lo visible nos asalta sin aviso, en ésta, una de las ciudades más grandes del mundo. Porque vivir en ella es posible, y escrutar e interpretar y entender, también. De hecho, es siempre aconsejable andar viendo dónde uno está.

Y de ese modo, en este caso, las fotografías: un modo de tratamiento de la extrañeza; testimonios fugaces, tomas incidentales con base en un uso sencillo y casi aficionado de la tecnología digital. Diría más: en esta necesidad de entender, que es vital, las fotografías sólo pueden ser cortes o interrupciones artificiales en el continuo indiferenciado pero poderoso del diario andar; hacen ver de otra manera lo que se ve todos los días; recrean un asombro que ha ido borrándose. Es posible que sean sólo una ilusión de orden, un asidero precario, pero sí permiten a la investigadora (que habita en ese territorio) ofrecer a la mirada de los otros un pequeño testimonio de algo que no ha de permanecer inexpresable. Sin embargo, los límites del sólo mirar (a diferencia de allí habitar) se manifiestan muy pronto. Ocurre que quien (se) hace las preguntas, sabe acerca del asunto mucho

más de lo que cree saber, de modo que, en el momento mismo de presentar una pequeña serie de fotos, se interpone el amplio volumen de información contextual que proporciona lugar de ocurrencia, sentidos y valores al registro visual. Será necesario un largo rodeo antes de llegar a las imágenes.

MIRANDO AL SUR: TLALPAN, EL AJUSCO

En el cuadro inmensamente complejo de la Ciudad de México, hablamos del sur, de la Delegación de Tlalpan, una de las 16 que componen la ciudad capital. Es la más extensa y la sexta en población, con una gran área montañosa volcánica escarpada, cubierta de bosques perennes de altura (cedros) y caducifolios (encinos, ailes, abedules, abetos). El 80% de su territorio es rural. Son vastísimas áreas de suelo agrícola forestal, de conservación (antigua propiedad de los pueblos prehispánicos en su mayor parte), que hoy se combina y mezcla con parque nacional, ejido, comunidades, barrios y colonias.

En la parte sur de la delegación se encuentran las sierras de Chichinautzin y del Ajusco, donde se yerguen quince montañas mayores (de más de tres mil metros), entre ellas, los dos picos más altos de la entidad, el cerro de la Cruz del Marqués (3930 m) y el cerro Pico del Águila (3880 m). El territorio y su topografía accidentada es bien conocido por el INEGI, la Sedena y los excursionistas y escaladores: el Pico del Águila permite el entrenamiento avanzado de alpinistas y valientes de las alturas. Aunque la zona del Ajusco y su trazo de cami-

nos y calles está registrada en las inolvidables *Guías Roji* como territorio urbano de toda urbanidad, es público y notorio que las cosas no son así. Su estatuto es incierto, como bien se aprecia en los neologismos que emplea alguna obra técnica experta, como “localidades en interfase entre lo urbano y lo rural” (Eibenschutz y Rébora, 2000: 179).

Tlalpan, el nombre, proviene del náhuatl, *tlalli pan* (aproximadamente “lugar sobre la tierra”) y alude a su condición de habitación no lacustre, ya que se encuentra al sur de lo que fuera el lago de Texcoco, y era la primera población en tierra firme que un viajero encontraba al salir de la ciudad por el sur. Durante la Colonia perteneció al Marquesado del Valle. El trazo del camino que atravesaba el lago para unirlo a la ciudad, hoy Calzada de Tlalpan, estaba ya dibujado a la llegada de los conquistadores, pero el virrey Antonio de Mendoza lo hizo construir entre 1535 y 1551.

Los pueblos del Ajusco participaban activamente, desde antes de la Conquista, en la estrecha red de interacción y comunicación tejida entre los principales pueblos de las zonas cercanas, uno de los tantos subsistemas que, en conjunto, virtualmente colmaban la Cuenca. Con la metrópoli, la comunicación fue principalmente acuática. La región y sus caminos eran la principal vía de comunicación con Cuernavaca y Cuautla, además del importante puerto de Acapulco, de ahí su importancia desde la época colonial.

Atestiguan un pasado remoto de poblamiento en el área, algunos sitios arqueológicos (casi totalmente derruidos), que en las lluvias torrenciales aún llegan a

arrojar por el lodo de las cañadas (cauces de agua de temporal) tepalcates (fragmentos de cerámica) con ornamentación lineal, pintada oscura sobre fondo rojo, y alguna que otra figurilla labrada en la dócil piedra volcánica de la región.

La Asunción Chimalcoyotl, San Pedro Mártir de Verona, San Andrés Totoltepec, San Miguel Xicalco, La Magdalena Petlascalco, San Miguel Ajusco, Santo Tomás Ajusco, San Miguel Topilejo son los ocho pueblos clásicos y más conocidos. Del periodo colonial son las respectivas iglesias patronales (y casi nada más al día de hoy), pequeñas, tempranas, en estilo tequitqui, y hermosa y sólida confección, un tanto ingenua. Ellas, con sus respectivas advocaciones y santos patronos, desempeñan numerosas funciones sociales, políticas, culturales y religiosas. Son un poderoso emblema identitario para cada uno de los pueblos, cuyo uso de los (comunes) recursos naturales y el trazo de sus recíprocos linderos exhiben históricas tensiones.

Los templos son el centro simbólico y ceremonial de antiguas tradiciones, festividades, desfiles, procesiones y actos rituales en general, en el curso de la vida de las familias y en el desarrollo del año agrícola y sus fases. Son visitadas en las fechas del santo por grupos de concheros y danzantes, muchos de ellos locales y otros muchos también de santos “amigos”, pueblos vecinos, cofradías compartidas (es ésta una ruta establecida de peregrinación al Cristo Moreno de Chalma) y otros sub-sistemas de afinidades e intercambios materiales y simbólicos que supo haber en este valle (de México). Al día de hoy, el Ajusco es un área aún agreste (en partes), urbana por

definición administrativa y política, rural por origen histórico, de conservación por decreto (obsoleto e inoperante) y, al parecer, también marginal según tendencia actual.

Sobre esa estructura de posesión territorial compleja, indefinida, jurídicamente confusa y superpuesta en linderos y marcos normativos, por medio de ventas de los comuneros a particulares de fuera del pueblo, por parte de algunos sectores de la sociedad local, la tierra está siendo fragmentada intensamente. Así se ha instalado y expandido un volumen grandísimo de nueva población, de muy escasos recursos una buena porción, y de medios-altos la otra. “Avecindados” todos, de muy distintos estilos socioculturales y territoriales. Algunos “originarios” se quejan de esta “invasión de avecindados”, olvidando que algunos sectores de ellos mismos venden en pos de recursos monetarios, comprensiblemente por lo demás.

La cita anexa proviene del informe de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, con respecto a los suelos de conservación de la ciudad capital. Sorprende un poquito la conjunción de un diagnóstico abarcador y severo, en un tono sin urgencias aparentes (*DFensor*, 2008: 53):

Las principales amenazas al suelo de conservación son: el crecimiento de los asentamientos humanos irregulares y, en general, el desarrollo inmobiliario en zonas de conservación y/o protegidas; la eliminación de la vegetación natural para establecer cultivos agrícolas; la tala clandes-

tina; la extracción del suelo fértil para comercialización como “tierra de monte”; la contaminación por desagües; los tiraderos de basura o cascajo, y las actividades recreativas desordenadas que provocan incendios forestales en áreas enormes cada año.

El proceso continúa, y aunque esta región no podría quizás caracterizarse como un suburbio de la ciudad (si el concepto pudiera definirse con precisión), sí es un área rural, semi-marginal (o de incipiente acelerada “marginalización”), poco conectada con los centros, remota en distancia y accesibilidad, desigual, con servicios urbanos escasos, precarios o nulos, en índice creciente de densificación habitacional y comercial, sobre un territorio accidentado, abrupto e irregular. Se mantiene activa la conversión de suelo rural, agrícola forestal, de imprescindible conservación, en suelo urbano no planificado ni atendido. Las escasas reservas territoriales y ecológicas que se conservan aún bajo gestión comunal están siendo ocupadas por la urbanización creciente.

Empuja a la venta, según una lógica comercial que, en justo derecho neoliberal, no puede reprocharse a quienes venden, la brecha incalculable que prevalece entre la renta de la tierra para habitación y urbanización, y el saldo monetario que se obtiene del cultivo a pequeña escala (zanahoria, calabaza, habas, cebada, maíz, frijol, alfalfa, avena), las actividades pecuarias y otras tradicionales en la región, por ejemplo, las culinarias para visitantes en tránsito o recreación (Eibenschutz y Rébora, 2000).

EN LOS ESTUDIOS URBANOS Y OTROS CAMPOS

Como objeto de investigación antropológica, social-política o histórica (y asimismo como experiencia), exhibe numerosos costados de interés el asunto complejo de esta zona, llena de contradicciones, asincronicidades, diferencias, malentendidos y conflictos, arreglos de poder y negociaciones.

En materia de estudios urbanos en la mega-ciudad, ofrece marcado interés (y hasta urgencia) el estudio de este tejido de comunidades y pueblos. Se trata de una auténtica red histórica asentada en la cuenca como un todo, enorme concentración de energía humana que no sólo se ha materializado en una herencia “edilicia” (iglesias, conventos, capillas) sino primordialmente en la herencia activa de un conjunto de prácticas culturales, sociales, agrícolas y más. A escala regional, son fidedignas las múltiples conexiones, intercambios, vinculaciones, tensiones, alianzas, dificultades y conflictos, que a lo largo del tiempo han acontecido en el territorio de la cuenca como sistema, con independencia de los linderos y límites establecidos en la actualidad por vía administrativa y/o política sobre este antiguo territorio, conflictivo y hondamente simbolizado.

Algunos desarrollos recientes de investigación básica en México (me) están proporcionando incrementada inteligibilidad sobre el área que observo, la de estos pueblos del Ajusco, que son parte de la ciudad capital no obstante su condición rural aún notoria en numerosos aspectos. Esa contradicción se explica bien por virtud del trabajo desarrollado en el Seminario de Etnografía de la

Cuenca de México (Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM) bajo la dirección de Andrés Medina. Su perspectiva, basada en sólida investigación etnográfica y etnohistórica, establece que estas localidades, anteriores a la Conquista española, integradas al vasto dominio de la Triple Alianza y a la hegemonía de México-Tenochtitlan, deben ser reconocidas como lo que son: “pueblos originarios”, que han estado siempre donde están, si se me permite esa tosca glosa, y sobre los cuales ha avanzado la creciente ciudad. Con esa idea rectora ese grupo de colegas está realizando un nuevo acercamiento etnográfico a la metrópoli que encuentro interesante en extremo.

En efecto, se olvida con excesiva frecuencia que lo que hoy es la Ciudad de México (y la ZMCM) y los estados cercanos al máximo centro geopolítico de poder, se asienta sobre “una red extensa y muy poco comprendida de pueblos, aparentemente desarticulada, que ocupa todas las riberas y las zonas montañosas de la cuenca” (Correa Ortiz, 2008). Estos pueblos, sigue el autor, “no están sólo circunscritos a una franja de comunidades agrarias al sur y al poniente del Distrito Federal [...] sino que se encuentran en los 57 municipios y delegaciones que componen la ZMCM”.

El Seminario de la UNAM se propone el estudio y mejor conocimiento de esos “pueblos originarios” de la Ciudad de México, una herencia, en efecto, negada (Medina, 2006). Los pueblos se conciben como un espacio complejo de construcción del poder en un nivel relacional, en el marco de una situación urbana. Para ello se asume que la realidad del Estado debe ser comprendida etnográficamente, un postulado que encuen-

tro plausible, bienvenido de hecho ante el cúmulo de interrogantes que se me han suscitado en torno a los pueblos del Ajusco, en la observación de sus prácticas edilicias tradicionales y modernas. Me resultó siempre (bastante) difícil ver esta zona como, *strictu sensu*, periferia urbana.³ Sin embargo, me era claro que no es tampoco ciudad central, ni es el caso de que estos núcleos de población (con asiento en tierras locales y añejas prácticas agrícolas) sean plenamente rurales. Como en tantos otros órdenes de la vida social, sólo una dimensión histórica de cierta profundidad logra dar cuenta del complejo presente.

Sin embargo, en el cuadro que describen los trabajos del Seminario de Etnografía de la Cuenca de México, queda pendiente un tratamiento sistemático de la presencia de los avecindados en la trama local de residencia y/o trabajo de los pueblos originarios, pues estos nuevos vecinos constituyen un sector social insoslayable en la situación contemporánea de tales localidades. Diríamos, coloquialmente, que los avecindados “llegaron para quedarse” y que, a pesar de lo fuerte y profundo de los lazos que vinculan a los originarios entre sí, con lo sagrado y ritual, y con la tierra de sus antepasados, una etnografía actual de esos pueblos ha de poder dar cuenta de cambios no menores (más bien, como quizás no los hubo en siglos) habidos hoy en su estructura demográfica y de propiedad de la tierra. Es verdadero, no obstante, que el enfoque de los pueblos originarios resuena conmigo muy plausiblemente en relación con numerosas experiencias vividas en el curso de avecindarse una, y que no se lograban bien entender o justipreciar.

La diferencia radical entre el estado actual de los pueblos originarios y la previa historia de preservación y defensa de su patrimonio agrario (y simbólico, y cultural, y político y ritual) reside en el hecho de que ciertas operaciones comerciales, abstractas en principio como venta o renta de extensiones diversas de tierra y trozos aislados de propiedades (inclusive excedentes en áreas alejadas de los centros), produce como resultado población nueva, conjuntos (in-distintos) de sujetos, personas, que conviven ahora con ellos, en su mismo espacio o territorio, día tras día, de noche y de día. Conforme se incrementaron las ventas, han sido más las vías de acceso para una íntima modificación de la pauta de residencia local, probablemente irreversible, al ritmo de una intensa fragmentación de la tierra (aún) disponible. Digo esto sólo para Santo Tomás y San Miguel Ajusco, porque no es posible, de ningún modo, generalizar. En todas las latitudes de lo que es hoy la inmensa ZMCM existen pueblos originarios en circunstancias variadas y peculiares.

Los cambios previsibles en la estructura y dinámica locales de vida vecinal, de gobierno y de ejercicio de ciudadanía (que han de acontecer) irán, confiamos, en pos de iguales oportunidades de acceso y goce de derechos sobre lo público para todos los residentes (vecinos) en todas sus escalas (también local, y especialmente así), con independencia del origen histórico particular de la tierra sobre la cual se asienta la vecindad. El tema es muy complicado y merece estudiarse con intensidad. A su modo, quisiera pensar que a él contribuye un trabajo mío, donde exploro un poquito el asunto del territorio (¿compartido?, ¿propio?, ¿apropiado?, ¿de quién?),

desde el punto de vista del emigrante, vecino “avecindado”; por añadidura, en torno al caso de un árbol talado (Carbó, 2009).

El gobierno del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en la ciudad (y en la Delegación de Tlalpan) han promovido, en estructura y con presupuesto, la emergencia organizada de los pueblos originarios; existe a escala de la ciudad una Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades (Sederec) que sostiene el Programa de Apoyo a los Pueblos Originarios (PAPO), de cuya actividad en Santo Tomás Ajusco acaba de resultar una excelente versión en español de la obra de Nicole Percheron (2008 [1983]), imprescindible para el caso del Ajusco, en esmerada edición íntegra para distribución gratuita.

En la reciente campaña interna del mismo partido, para la elección de candidatos a las inminentes elecciones federales de diputados y jefes delegacionales, resultó evidente, por folletería recibida, que es carta de honor en los mínimos perfiles biográficos que se consignan, esto es, que es título de legitimidad electoral, la participación en programas de barrios y el apoyo a los pueblos originarios.⁴ Los propios locales, originarios o no, están conscientes de que la coyuntura les favorece, hecho que ha sido observado a su vez por los investigadores de este tema.

Folletería oficial recibida en el zócalo central de la Delegación de Tlalpan (que no puedo traer aquí) muestra una intensificación inequívoca en la promoción turística de estos viejos pueblos de montaña por parte de la administración delegacional, pueblos que son aún atrac-

tivos, con viejas iglesias y numerosas áreas agrestes para ciclismo, excursionismo y escalada. Tal incremento en la atención gubernamental (utilitaria, declarativa) hacia esta grande zona con numerosas carencias no se ha visto correspondida por una equivalente obra pública, o por parecida atención a necesidades sociales de relativa urgencia de servicios urbanos aceptables (como drenaje y manejo de basura), por no hablar de recreación o alguna forma de básico cuidado institucional de la abundantísima juventud local.

LO QUE SE VE Y LO QUE SE ENFOCA

Estamos, por fin, de regreso en el asunto del ver, de las imágenes, fotográficas o no; en el espacio de la aprehensión visual y lo que ella puede enseñarnos acerca de los procesos territoriales, urbanos, sociales, políticos antes esbozados. Es un hecho que numerosas pequeñas señales son visibles aquí de todo eso que sucede, con poco que una se fije: el pasto que crece, barbas hacia arriba, por los postes del alumbrado público en una calle sin trazo definido, ni pavimento, ni banquetta ni número oficial; la basura incidental, suelta a los fuertes aires (Sabritas, Chicharrones, Chetos o Pizzerolas) que se medio esconde aunque también se hace ver en los arbustos espinosos al costado de caminos, calles o veredas; el tránsito vehicular en las horas pico (la salida de la escuela o los días de plaza), que es denso e impaciente; escombros, pedazos de azulejo o baldosas relleno de desniveles.

Hay más señales; hay muchas más. Por ejemplo, apretadas telarañas de cables de la luz, prendidos por medio de “diablitos” a los transformadores más cercanos; un furtivo camión de carga que en la mañana temprano recoge y transporta árboles talados de mediano tamaño. Los troncos realmente gigantescos bajan del “monte” (bosque) en tráilers enormes, a las horas oscuras de la madrugada, escoltados por grupos armados y supervisados con teléfonos satelitales; a esos nadie los ve, ni conviene hacerlo; “los de la tala” son raza gruesa, es cosa sabida. Se ven, por supuesto, los trascavos que nivelan las irregularidades de lomas y declives, preparando el terreno para “fincar”, una autoconstrucción ingeniosa y pronta. Los *graffiti* envejecen, o no, sobre numerosos muros, y los carteles que anuncian corridas de novillos y de toros se acumulan, capa tras capa, sobre los postes del teléfono y la luz. Aquí no hay dónde hacer anuncios públicos, ni dónde convivan los jóvenes. Ni cantinas hay; sólo vinerías con grupos melancólicos de hombres que beben en la calle. ¿Dónde más?

No pueden registrarse fotográficamente algunos atributos del entorno, como el olor a perro muerto y a aguas negras que sube desde las barrancas,⁵ antiguos cauces de agua de temporal que hoy muestran ocasionales flores gigantescas de espuma de detergente. Esas raras formaciones caóticas sí se pueden fotografiar, aunque la práctica no es muy bien vista aquí, ni resulta del todo aconsejable andar tomando fotos de lo que no es asunto de uno (a juicio de todos los demás). Las aguas, negras en efecto, corren viscosas sobre carcazas de autos abandonados, al tiempo que numerosos pequeños cedros brotan en las

laderas erosionadas de las barrancas (azolvadas); una exquisitez para las cabras y hasta para las ovejas más ágiles. Tampoco es buena idea fotografiar el anónimo cancel detrás del cual se vende gasolina, gasoil, petróleo, gasolina blanca, “lo que se le ofrezca señora, diario aquí, a sus órdenes”.

Son muchos los depósitos para la venta de materiales de construcción, tlapalerías, ferreterías, pinturerías, talleres mecánicos y hasta un Banco Azteca (desde febrero de 2008) a poca distancia de la iglesia patronal, sobre la calzada México-Ajusco, calle principal del pueblo más retirado, Santo Tomás. También se ven anuncios de herreros, albañiles o azulejeros; para la venta de terrenos (bardeados o no, con escrituras o no), u ofreciendo el traspaso de casas, en obra negra, con acabados (finos), sin ellos, hermosas, amplias o pequeñas, con jardín y cochera, o no. Es visible, desde hace poco tiempo, otro tipo de información que, impresa en caligrafía regular, industrialmente diseñada y producida, ofrece préstamos bancarios para la construcción. Y una verídica explosión de publicidad local (mantas, letreros en lata y hasta en cartón) del nuevo mercado del agua potable, con los números telefónicos (celulares, muchos) donde solicitar el servicio. ¡Agua! el agua de sierra, que brota de numerosos manantiales cerro arriba, entubados todos ellos al día de hoy, y para cuya recuperación natural los bosques fueron antaño firme garantía ecológica. “El agua está muy cara, señito; ya ve los magdalenos cómo son” (comuneros de Magdalena Petlacalco, quienes tienen —y ejercen— derechos virreinales sobre el agua de manantiales en el cerro) (Correa Ortiz, 2007; Morales Aguilar; 2004).

Esos temas, aproximadamente, son los que este trabajo se propone hacer ver; quizás, sin remedio, narrar. Las fotografías anexas provienen de varias series de imágenes de una misma línea de investigación, sobre temas como árboles de gran porte, fachadas, escaleras, *graffitti*, escenas cotidianas. Forman un breve conjunto que aspira a ser sólo una mostración primera de una situación real, compleja, dada; un caso, puede decirse.⁶

Acudo al uso de series, entonces, como la útil herramienta metodológica que encuentro que son. Practico en el trabajo sistemático sobre los discursos (verbales y visuales), la construcción del objeto de estudio con base en series de asuntos semejantes, parecidos o análogos. Constituyen, en lo básico, ejercicios de análisis, en la forma de juegos controlados con los puntos de vista, sus cambios, alternancias y desplazamientos. Son medios, recursos operacionales, para (intentar) aprehender el discurrir de los significados en lo real-social, para usar con discreción (en el sentido de prudente y también de asunto compuesto por unidades discontinuas) los datos de la semiosis social en nuestro espacio vital de comprensión.

Me interesa subrayar que el conjunto de fotografías no se concibe en un uso ilustrativo de una u otra argumentación académica, antropológica por ejemplo, o lingüística. Aspiro en este trabajo al logro, experimental al menos, de una pequeña presentación de caso o relato que, no obstante toda la información que ya he presentado, sea visualmente *self-standing*, con base sólo en las fotografías en sí. Sin embargo, “en sí” no es igual a “en aislamiento”, o en vacío histórico o semántico sobre los asuntos mostrados en las imágenes. Lo anterior no es

un juego de palabras; el “en sí” alude a un deseo (una sugerencia) de que las fotos sean miradas como (experimentadas como) un conjunto, y que éste sea aprehendido en tanto tal. La distinción es sutil, pero crítica, como dicen que lo fue en términos evolutivos el desarrollo de la membrana en la célula. El contexto histórico, material, de ocurrencia de ese conjunto no tiene por qué desconocerse.

Es así como los numerosos enigmas que suscita lo que se ve, la curiosidad multiforme que mencioné al principio de este texto, y ese deseo intenso de saber, conducen a la búsqueda y recopilación amplia de información cualitativa y estadística en distintos lugares y repositorios, un acopio casi omnívoro, del cual la lista bibliográfica incluida al final de este trabajo es una muestra, y proviene también de series más extensas de información.⁷

El acopio se interesa ciertamente en el tiempo y lugar del asunto, su historia y geografía, con información regional, contemporánea y pasada, y se mueve desde las páginas oficiales en el internet de las respectivas instancias y niveles gubernamentales, hasta la folletería asequible (política, turística o comercial), y las fotos de prensa, o de otros autores, como información útil sobre diferentes costados de un mismo hecho semiótico complejo. Incluimos prácticamente cuanto llega al proyecto de investigación desde distintos medios masivos acerca del tema, en un sentido amplio. Los datos que emanan de tales averiguaciones se combinan y entretajan en forma de red, a medida que las asociaciones y vínculos entre los distintos aspectos que componen el asunto alcanzan cierta densidad. Como puede apreciarse, no hay un úni-

co enfoque, y la metodología transita desde los modos de hacer del análisis del discurso verbal, a la observación participante y el registro fotográfico.

Por medio de las prácticas de trabajo esbozadas, el curso del análisis se dota a sí mismo de amplia información focalizada (flexible y distinta), al tiempo que también cultiva en el analista una actitud perceptual básica de alerta al medio circundante, a lo que se ve, hacia lo visible en sus incontables configuraciones. Se forma de ese modo y poco a poco un vínculo, un nuevo entendimiento, una posibilidad ampliada de comprensión entre un cierto estado de cosas y su respectivo observador. Los frutos de esa indagación dinámica alimentan la mirada, afinan la escucha, y contribuyen a colocar al analista en estado de resonancia fenomenológica. Eso, y no otra cosa, me atrevería a sostener, es la lectura semiótica: esa minuciosa y ávida información de la mirada, su puesta a punto, en la impregnación de un cierto saber, junto a la disposición a “afrontar”, dice Roland Barthes (1990: 200) a propósito de la fotografía, “el despertar de la intratable realidad”.

GRACIAS A LOS MAESTROS INSPIRADORES

Este apartado es sólo una mención, imprescindible antes de proseguir, y es la siguiente: lo que he logrado hasta ahora en asuntos visuales (y verbales) se lo debo completo a mis grandes maestros, autores de pensamiento fértil a quienes acudo desde hace muchos años. Roland Barthes, desde luego, hace amar todos los placeres de (la

complejidad de) la lengua y de los textos, mientras enseña a pensar lo discursivo, con base en “pequeños” asuntos, ensayos, incisivos e iluminadores. Roman Jakobson y Émile Benveniste son la base firme, los cimientos de la descripción estructural que practico en asuntos complejos de significación simbólica, autores clásicos que despiertan siempre nuevas y buenas ideas, conceptos y soluciones para un tratamiento fino y preciso de lo verbal y lo semiótico (que ambos reunían en una perspectiva amplia de los estudios del lenguaje como sistema de comunicación humana).

En el mundo de lo visual me ha sido esencial (me lo es) John Berger, un virtuoso de la mirada y el ver, maestro claro y convincente, pensador de sólidos fundamentos marxistas en la mejor tradición inglesa, histórico y materialista en sus acercamientos empíricos, siempre elocuente y modesto de metas, en un estilo diáfano de pensamiento y expresión. Susan Sontag es también una autora de respeto en este campo, cuya erudición y agudeza han contribuido muchísimo al desarrollo de una mirada crítica sobre la fotografía como asunto de civilización, casi diría. Hasta el final de su vida, con las fotos de su enfermedad hechas (públicas) por su compañera, Annie Liebowitz, Sontag interviene de maneras subrayadas en la escena cultural global. Berger le dedicó uno de sus ensayos: “Uses of photography” (1980).

Otra gran rama es la semiótica social a la que se ha mencionado antes como inspiradora de este trabajo, sin precisar más. Aludo a una importante visión funcional del lenguaje, con una sólida tradición en lengua inglesa: la obra de M. A. K. Halliday, y las numerosas modalida-

des de aplicación y estudio inspiradas por ella y de ella desprendidas. La lingüística sistémico-funcional es una poderosa teoría, en la cual el estudio de lo visual podía claramente seguirse de sus postulados generales sobre los modos y medios de la significación humana social. Con esa enseñanza y otros intereses, la semiótica social de Hodge y Kress (1988) tiende los puentes entre lo verbal y lo visual con aportes conceptuales esenciales y demostraciones virtuosas de análisis e interpretación de asuntos tan diversos como la paleta del vestuario de Diana Charles (*Lady Di*) en visita oficial a Australia, o el parteaguas de la minifalda, Londres, años sesenta. El papel pionero e iluminador de la obra de Hodge y Kress fue crucial. Con ese trabajo los autores abrieron todo un horizonte de investigación semiótica, allí incluido lo discursivo verbal, que es ampliamente aplicable a diferentes materiales, fecunda y rigurosa. Hoy en día encuentro desarrollos muy interesantes y prácticos en líneas semejantes a las que esa obra desarrolló persuasivamente en 1988. Me refiero al postulado de la multimodalidad y allí los trabajos de Kress y Leeuwen (2001) y Leeuwen (2005). Muy sutil y útil es Verschueren (1999), con inspiración en una tradición europea amplia.

Creo que si está uno dispuesto a ver lo que se ve, con ánimo atento, abierto y alerta, además de dispuesto al trabajo concienzudo, las curiosidades del mundo visible son tantas y tan intensas que ellas mismas van “haciendo camino (metodológico) al andar”; porque no se puede quedar una sin saber, sin nada entender. Por añadidura, todas las lecturas, inclusive sistemáticas y rigurosas, las que llamo lectura-como-análisis (Carbó, 2001), siguen

caminos diferentes. Es imposible establecer una ruta crítica universal, más allá de ciertos protocolos y prácticas de investigación que son de rigor en la pesquisa científica. En mi caso, la inspiración proviene de los modos de descomposición, corte y estudio de unidades que son propios de la descripción lingüística estructural, con alcance semiótico para el tratamiento de lo visual.

Para nuestra mayor alegría y tranquilidad de espíritu en cuanto al eclecticismo obvio de este trabajo, el maestro John Berger observa lo siguiente acerca de la lectura. Dice así:

Uno mira lo que le rodea (y uno está siempre rodeado de lo visible, inclusive en sueños) y lee lo que hay, según las circunstancias, de diferentes maneras. Conducir un coche implica un tipo de lectura; talar un árbol, otra; esperar a un amigo, otra. Cada actividad motiva su propia lectura. (Berger, 1997: 116)

La variedad de “textos fundacionales” (no “sagrados”, nótese) que intervienen en mi educación como analista se extiende asimismo a las maneras de escribir. Habrá sido perceptible ya que este texto no se ajusta del todo al (supuesto) formato canónico de un capítulo de libro científico. Ese desplazamiento no fue deliberado, pero no se buscó corregirlo una vez ocurrido, sino mejor aceptar la indeterminación de género de un producto textual que exhibe cambios de tono, relieves y rodeos. Ahora, que llegamos por fin a las imágenes que acompañan este texto, en número de 16, quisiera explorar un ejercicio más.

Me gustaría “jugar” a que esas imágenes están preparadas para aparecer en un reportaje de prensa gráfica; “hacer como” que los pies de foto las acompañan, al igual que en los medios impresos de comunicación lo hacen todo el tiempo sin que nos resulte ya ni siquiera notable. Sin embargo, los textos verbales que acompañan a las fotografías, dice Sontag (1977), son un guante fácil de poner o quitar, o de cambiar, puede pensarse, y con los cambios, son capaces de transformar profundamente la modulación significativa que se asocia a la secuencia dada como un todo. Admitida que fuera esta simulación, resultaría entonces que los siguientes enunciados son los pies de las 16 fotos que exhibimos aquí (los datos de lugar y fecha, que es otro asunto, se consiguen en la lista al final).

El aire gráfico que rodea a las frases y su alineación no estándar (a la derecha de la página) intentan destacar su condición inaprensible de relato (flotante), de secuencia dotada de sentido/s por virtud de su propio orden, tomada en sí. Esa presentación busca asimismo aproximarse a mostrar cómo, en una lectura distraída del periódico, esta versión (u otras) nos va siendo narrada sin que lo advirtamos casi. La última razón para incurrir en silencio precisamente acerca de las imágenes es probar la eficacia del método: averiguar si la información antes vertida sobre la zona y sus pueblos alimenta la mirada de otros, nuevos, observadores del paisaje urbano que despertó en primer lugar la extrañeza e inquietud que pusieron en movimiento este ejercicio. Aunque ¿acaso algo es lo mismo alguna vez?

LOS PIES DE FOTO DE ESTA HISTORIA (O DE OTRAS)

Son pueblos antiguos, anteriores a los conquistadores (1), se ubican en las laderas de la cadena montañosa del Ajusco (2), con dificultades y carencias que alguna vez fueron atendidas por el estado mexicano posrevolucionario (3), en densa e industriosa trama local de vida diaria (4), y una estética constructiva de antiguo saber y virtuosa realización (5).

Elegancia contemporánea y digno decoro edilicio (con cambios de uso en muros y superficies al exterior) (6), e inmuebles de adobe, contiguos al cemento/block, portando, ambos, inevitables inscripciones (7).

Estricta higiene matutina en pequeñísima instalación comercial (8), abundante tráfico vehicular, entre la casa y la labor (9), y *on the road* aún algunos viejos notables, los anuncios de actualidad se apegan a la quietud (10).

Cambios de criterios constructivos en los centros locales (11), porque se necesita siempre más espacio y más (12), y sólo la punta del *iceberg* de la tala se llega a ver (13).

Ponga la basura en su lugar (¿cuál?) (14), haga su labor por el entorno (15), aunque la fuga hacia delante no logra cesar (16).

PARA EL FUTURO

Esta constelación de fenómenos, en los que se imbrican procesos de transculturación, heterogeneidad, urbani-

zación y cambio, que fueron antes desconocidos en la región, exigen la elaboración de nuevos enfoques analíticos. Múltiples dimensiones de la globalizada ciudad capital se articulan aquí; no sólo en el asunto del suelo, que es crucial, sino también en materias de costumbres, convivencia y habitación, de representaciones y estereotipos sobre las conductas propias y ajenas, como materializaciones espaciales de complejos procesos sociales y urbanos. Por su parte, la lectura semiótica de la vida social (en su forma visible en este caso) tiene interesantes contribuciones cualitativas que ofrecer en el campo de las ciencias sociales como se practican hoy, estoy convencida.

Mi interés particular se orienta, sobre todo, a los modos de diseño y realización de la vivienda familiar, multifuncional, autoconstruida de preferencia, por parte de locales y avecindados (con dispares recursos monetarios), instancias de arquitectura vernácula tradicional y contemporánea sobre cuyos criterios estéticos y funcionales mucho podría estudiarse con provecho. Sin embargo, estoy consciente que hay muchos otros objetos valiosos de investigación en este campo de problemas, no sólo los que me obseden a mí, y que quisiera brevemente sugerir, como una invitación a otros colegas.

Por ejemplo, el mapeo de distinta índole de establecimientos (escuelas, centros de salud, tortillerías, farmacias, tiendas, bases de peseros y taxis, entre otros) y el análisis de las maneras de entenderlos que subtienden a su uso compartido; las redes de interacción social y cultural (o su ausencia en algunos casos, o en algunos

tramos de un conjetural diagrama completo del tejido social local), y la construcción simbólica de formas visibles de adhesión o exclusión identitaria ante el conjunto de los “originarios”; la reconstrucción analítica de los itinerarios y recorridos espaciales de los habitantes en prosecución de sus cotidianas prácticas habituales (hombres, mujeres, niños, muchachas, hombres jóvenes), en diferentes horarios y circunstancias; el establecimiento topográfico y el redibujo de la traza central de los diferentes pueblos y sus cambios en el tiempo; el seguimiento histórico de los registros catastrales de la zona, que se remontan a archivos y repositorios coloniales en muchos de los casos, con algunos elementos particularmente preciosos como el Lienzo del Ajusco y los Títulos Primordiales, celosamente custodiados al día de hoy por vecinos probos y reconocidos (Brito Guadarrama, 2006: Correa Ortiz, 2007). Ésas y otras líneas de estudio podrían iluminar de maneras interesantes y útiles ciertos costados, no sólo áreas geográficas, de la Ciudad de México cuya transformación profunda está en curso todos los días, cada día, ahora mismo.

FOTOGRAFÍAS

1. Cruz atrial de la iglesia de Santo Tomás Ajusco (2005)
2. Panorámica elevada, desde el camino al Panteón de La Magdalena Petlalcalco, a poca distancia del Arenal (2006).
3. Otrora tienda rural, Magdalena Petlalcalco (2006).

4. Sitio de taxis, San Miguel Ajusco, junto a la Secundaria (2005).
5. Vivienda familiar, Avenida México Ajusco, Santo Tomás Ajusco, a poca distancia de la iglesia patronal.
6. Construcción habitacional y comercial, Avenida México Ajusco, “La Curva”, San Miguel Ajusco (2007).
7. Construcción de diseño tradicional, Avenida México Ajusco, subida a Santo Tomás (2008).
8. Pequeño comercio, Avenida México Ajusco, San Miguel Ajusco (a poca distancia de la iglesia patronal) (2008).
9. Rumbo a las labores agrícolas, Magdalena Petlalcalco, Avenida México Ajusco, zona céntrica (2006).
10. Vida pública mural, Avenida México Ajusco, junto al ruedo de San Miguel Xicalco (2006).
11. Dos estilos constructivos, Avenida México Ajusco, San Miguel Ajusco, a pocas cuerdas de la iglesia patronal (2007).
12. Trascavo, Paraje “El Fresno”, Magdalena Petlalcalco (2006).
13. Leña temprana, Avenida México Ajusco entre Magdalena Petlalcalco y San Miguel Ajusco (2001).
14. Basura doméstica, San Miguel Ajusco (2005).
15. Huerto familiar de frutales, San Miguel Ajusco (2005).
16. Tlacuache muerto, vivienda, San Miguel Ajusco (2005).⁸

NOTAS

¹ El síndrome es sólo una débil invención, desde luego, aunque sí conviene destacar que, dependiendo del alcance asignado a la unidad de observación, hay variaciones en la nomenclatura del área metropolitana, ya sea que se analice la cuenca completa o no, o la ciudad capital y los municipios conurbados del Estado de México, o distintas secciones o proyecciones de estas diferentes unidades. Garza presenta en ordenada secuencia los planes y programas de ordenamiento urbano que desde 1940, infructuosamente en la mayoría de los casos, han buscado el llamado ordenamiento territorial. Sus conclusiones señalan la “inviabilidad del desarrollo económico sin un adecuado paradigma urbano” (Garza, 2003: 137).

² La lámina de la página referida muestra a una muy guapa “Vendedora de fritangas” (p. 77) en un contexto urbano. En ese libro son varias las imágenes de interés para este estudio, como el vendedor de tablas (p. 109) o la escena boscosa en la que “El Ejército insurgente oye misa en el Monte de las Cruces, antes de entrar a batalla” (p. 147). Del mismo modo, existe una fotografía de Hugo Brehme (1995: 75) en la que dos campesinos bajan del cerro con varias bestias cargadas de leña por un camino de terracería en el Desierto de los Leones, que se (me) figura una escena serrana que puede muy bien trasladarse a la zona del Ajusco, que desde tiempos prehispánicos (en forma de tributo) proveyó de leña y madera a las demandas metropolitanas.

³ Véanse, entre otros, Nieto Calleja (2000), que trata la zona del sur de la ciudad; pero también a Cruz Rodríguez y Duhau (2001), Durán Contreras y Esquivel Hernández (2004), Nivón Bolán (1998 y 2005), además de Nieto Calleja (1998) y Hiernaux y Lindón (2004), en la bibliografía anexa.

⁴ Uno de los candidatos a diputado suplente ha sido antes subdelegado en San Miguel Ajusco y otro, Coordinador del Programa Integral Barrio Adentro en Tlalpan (PRD, 2009). Por su parte, el perfil del pre-candidato a delegado fue parco en esta materia; sólo una promesa quizás relacionada con el campo: “apoyo a productores”, y el compromiso de impulsar “programas ciudadanos de mejoramiento barrial”.

⁵ Muy interesante el estudio de Aguilar y otros (2001) sobre las dimensiones sensoriales en las evocaciones de la Ciudad de México. Aguayo (2003) presenta también datos valiosos sobre este asunto.

⁶ Todas son tomas completas, sin recortes. Me disculpo por la presencia de dos fotos (números 3 y 5) fuera de foco (o “vibradas” decía un sobrino en ánimo técnico-burlón). Se han incluido en esta apretada selección por su interés intrínseco, acrecentado por el hecho de ser tomas históricas: la pequeña casa multicolor fue demolida, y en su lugar se yergue un moderno paralelepípedo de cemento y cristal, más ancho y bajo que alto, que tiene asimismo su gracia, aunque es otra cosa por entero. El emblema Conasupo de la tienda, que ya era asunto detenido en el tiempo cuando se tomó la foto, está ahora prácticamente invisible bajo sucesivas capas de *graffitti*; el camión azul se esfumó, y la vista actual de ese pequeño terreno descendente es como cualquier otra. Tal vez el temblor de lo evanescente alcanzó de veras a la cámara de moderna tecnología. Se hizo con esas fotos lo que se pudo, que fue poco. En cambio, la número 13 sí se benefició de las modernas tecnologías, porque en el fondo de la toma se logró hacer emerger la ciudad distante.

⁷ La inclusión de una bibliografía extensa en un simple artículo se concibe como una aportación a los lectores, en tanto reúne un buen número de contribuciones sobre el tema de los pueblos del Ajusco; es un pequeño foco experto sobre la región, allí incluidas también algunas referencias al dilema conceptual periferia–pueblos originarios, y una muy breve y recomendada selección de contribuciones expertas en semiótica y análisis de lo visual.

⁸ Para la oportuna y correcta presentación de estos textos visuales, el proyecto “Semiótica de la vida cotidiana en la Ciudad de México” (a mi cargo) ha contado con la invaluable colaboración de Iris Azucena Jiménez Reséndes, asistente de investigación por el SNI y veloz experta en todo tipo de asuntos. También con la ayuda de Oscar Armando Cruz González, becario en el Programa de Técnicas de Investigación en CIESAS, y la de Luis Fernando Castañeda Fuentes, pasante de etnología por la ENAH, en cumplimiento de su trabajo social, en CIESAS también. En el Laboratorio Audiovisual (LAV) del Centro, que dirige Ricardo Pérez Montfort

(con apoyo de Conacyt), he recibido estímulo y agudas miradas sobre el material. Además de ello, y en ese mismo equipo, Isaac García Venegas y Eric Moncada González han hecho virtuales milagros con mis inexpertos originales, explorando a mi demanda la moderna ilusión tecnológica (“aquí un poquito más de luz, allá menos reflejo, ¿se puede aligerar la bruma?, no se distingue el perro”), elenco de modernos recursos cuya sola existencia me deslumbra, además de haber mostrado su real utilidad. El asunto merece reflexionarse, creo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO AYALA, Adriana (2003), *Distintas miradas a un mismo lugar. Percepciones del centro de Tlalpan*. Tesis de maestría en Antropología Social. México: CIESAS-DF.
- ____ (2001), *Tlalpan: El espacio. Su vivencia y su imagen. Diferencias entre un pueblo, un barrio y una colonia*. Tesis de licenciatura en Etnología. México: ENAH.
- AGUAYO AYALA, Adriana y Mariana DELGADO (2001), “El centro de Tlalpan: entre la transformación y la conservación”, en Abilio Vergara Figueroa (ed.) (2001a), *Ciudad, habitar, imaginar. Etnografía del espacio urbano, dossier en Cuicuilco*, vol. 7, núm. 22, mayo-agosto, pp. 45-58.
- AGUILAR, Adrián Guillermo (2000), “Localización geográfica de la Cuenca de México”, en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 31-38.
- ____ (coord.) (2004), *Procesos metropolitanos y grandes ciudades (Dinámicas recientes en México y otros países)*. México: Miguel Ángel Porrúa / UNAM (Instituto de Geografía, Cen-

- tro de Investigaciones sobre la Ciudad, Centro Regional de Investigaciones Interdisciplinarias) / LIX Legislatura.
- AGUILAR DÍAZ, Miguel Ángel, Raúl NIETO y Mónica CINCO (2001), “Ciudad de presencias: dimensiones evaluativas y sensoriales en las evocaciones de la ciudad de México”, en Abilio Vergara Figueroa (coord.) (2001b), *Imaginarios: horizontes plurales*. México: Conaculta / INAH, pp. 165-193.
- ARTEAGA AGUIRRE, Catalina (2006), “Chavos banda en la Ciudad de México. Un estudio de caso exploratorio en la delegación Tlalpan”, en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar Díaz (coords.), *Pensar y habitar la ciudad. (Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo)*. México-Barcelona: UAM-I / Anthropos, pp. 87-104.
- ALVARADO GALLEGOS, Hugo Enrique (2002), *Centros comerciales en Tlalpan: formas de exclusión e inclusión*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. México: UAM-I.
- BARTHES, Roland (1990 [1980]), *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós.
- BERGER, John (1972), *Ways of Seeing*. Londres: Penguin Books / BBC.
- (1980 [1978]), “Uses of photography” en *About Looking*. Nueva York: Pantheon Books, pp. 48-63.
- (1997 [1982]), “Apariencias” e “Historias” en John Berger y Jean Mohr, *Otra manera de contar*. Murcia: Mestizo, pp. 83-129 y 279-289.
- (2002 [2001]), “Algunos pasos hacia una pequeña teoría de lo visible” [1995], en *La forma de un bolsillo*. México: ERA, pp. 10-19.
- BOURDIEU, Pierre (2003), “The Berber house” [1971], en Setha Low y D. Lawrence-Zúñiga (eds.), *The Anthropology of Space and Place (Locating Culture)*. Oxford: Blackwell, pp. 131-141.

- BREHME, Hugo (1995), *México: una nación persistente. Fotografías*. México: INBA / Museo Estudio Diego Rivera / Miguel Ángel Porrúa.
- BRITO GUADARRAMA, Baltazar (2006), *Lienzo de Ajusco: títulos primordiales*, México: GDF (Delegación de Tlalpan) / PAPO (Santo Tomás Ajusco) y Sedesol.
- CARBÓ, Teresa (2009), “Un árbol menos en esta calle. Desamparo público y ejercicio de la mirada en la Ciudad de México”, en Marianne Braig y Anne Huffschmid (eds.), *Los poderes de lo público*. Frankfurt M.: Vervuert, pp. 169-221.
- _____ (2007), “Escalones y escaleritas en pequeñas construcciones de los pueblos del Ajusco (Ciudad de México): Morfología y ensoñación”, en *Tópicos del Seminario*, núm. 17 (*Pasajes*), enero-junio, pp. 119-162 (3 fotografías color).
- _____ (2007), “Acercamientos semióticos a la vida cotidiana en la Ciudad de México (o análisis de discurso, lectura, mirada y cámara fotográfica deambulan por los pueblos del Ajusco)” (1 foto color, 4 b/n), en *Ichan Tecolotl. Órgano informativo del CIESAS*, núm. 207. México: CIESAS, noviembre, pp. 1-3.
- _____ (2001), “Regarding reading: On a methodological approach”, en *Discourse & Society* 12(1), pp. 59-89.
- CONDES ROVEGLIA, Valeria (2002), *La fuerza y el movimiento de un pueblo en la montaña: Identidad y ritual en San Miguel Ajusco*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social. México: ENAH.
- CONTRERAS BURGOS, Ana Eugenia (1998), *Identificaciones vecinales e imaginarios en el territorio: colonia Colinas del Ajusco, Tlalpan, DF*. Tesis de Maestría en Antropología Social. México: CIESAS.

- CORREA ORTIZ, Hernán (2003), *Representaciones comunitarias. Fiesta, mayordomía y danza en Ajusco*, DF. Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos. México: FFL-UNAM.
- ____ (2007), “Ajusco: agua y poder desde una perspectiva histórica”, en Andrés Medina (coord.) (2006), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: IIA-UNAM / CEC-UACM, pp. 167-207.
- ____ (2008), “Municipio, comunidad y colectividades. Los intersticios del poder en Tecámac, un pueblo originario en la Cuenca de México”. Ms., Taller LAI Berlín.
- CRUZ GARCÍA, Xochitl (2002), *Espacios públicos y jóvenes en los pueblos de Tlalpan*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. México: UAM-I.
- CRUZ RODRÍGUEZ, Leticia, y Emilio DUHAU (2001), “Los procesos de urbanización periférica y la relación entre vivienda y empleo en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM)”, en E. Duhau (coord.), *Espacios metropolitanos*, México: UAM-A / RNIU, pp. 123-153.
- DFENSOR. *Órgano Oficial de Difusión de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal*, (2008), núm. VI(6) [Dossier: “Derecho a un medio ambiente sano”], junio, Ciudad de México.
- DÍAZ SALAS, Marcelo (1970), “Testimonio de la fundación de Santo Tomás Ajusco”, en Tlalocan. *Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas en México*, 6(3), México, pp. 193-212.
- DUHAU, Emilio y Ángela GIGLIA (2008), *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI / UAM.
- EIBENSCHUTZ HARTMAN, Roberto y Alberto RÉBORA TOGNO (coords.) (2000), *El desarrollo urbano del Distrito Federal en el año 2000*. México: GDF (Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda).

- ESCALONA, David y Francisco BARAJAS (1986), *Plan de Tlalpan*. México: UNAM.
- FERNÁNDEZ TEJEDO, Isabel (1994), *Recuerdo de México (La tarjeta postal mexicana, 1882-1930)*. México: Banobras.
- GALINDO CÁCERES, Luis Jesús (1983), *Ensayo tipológico del movimiento urbano popular en Tlalpan, D.F.* México: CIESAS (Seminario de Movimientos Sociales).
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (coord.) (1998), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, 2 vols. México: UAM-I / Grijalbo.
- _____ (coord.) (2005), *La antropología urbana en México*. México: UAM-I / Conaculta / FCE.
- GARMA FRANCO, Francisco (1983), *Historia del ferrocarril de México a Tlalpan (Por Tacubaya, Mixcoac y San Ángel) [1853]*, Cuadernos del Ceniht (Delegación de Tlalpan), núm. 1, México.
- GARZA, Gustavo (2003), *La urbanización de México en el siglo XX*. México: El Colegio de México.
- _____ (coord.) (2000), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF.
- GRAJALES, Gabriela (2000), “Uso del suelo y conformación territorial”, en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 511-520.
- GUZMÁN RÍOS, Vicente (2005), “Tlalpan, ecos e imágenes de una plaza”, en Abilio Vergara Figueroa (ed.), “Antropología del espacio público: la plaza”, *dossier en Diario de Campo. Boletín de los Investigadores del Área de Antropología, INAH*, suplemento, núm. 34, pp. 64-81.
- HALLIDAY, M. A. K. (2001 [1978]), *El lenguaje como semiótica social (La interpretación social del lenguaje y el significado)*. México: FCE.

- HIERNAUX, Daniel y Alicia LINDÓN (2004), “Repensar la periferia: de la voz a las visiones exo- y ego-céntricas”, en Adrián Guillermo Aguilar (coord.), *Procesos metropolitanos y grandes ciudades (Dinámicas recientes en México y otros países)*. México: Miguel Ángel Porrúa / UNAM (Instituto de Geografía, Centro de Investigaciones sobre la Ciudad, Centro Regional de Investigaciones Interdisciplinarias) / LIX Legislatura, pp. 413-443.
- HODGE, Robert y Gunther KRESS (1988), *Social Semiotics*. Cambridge: Polity Press.
- HODGE, Robert, Gunther KRESS y Kam LOUIE (1998), *The Politics of Chinese Language and Culture (The art of reading dragons)*. Londres y Nueva York: Routledge.
- IBARRA, Valentín, “Delegación Tlalpan”, en Gustavo Garza (coord.) (2000), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 623-630.
- JUÁREZ DÍAZ, María Sabas (1998), *Crecimiento y reestructuración urbana en la delegación Tlalpan, DF, 1970-1997*. Tesis de maestría en Urbanismo, posgrado en Arquitectura. México: UNAM.
- KRESS, Gunther y Theo van LEEUWEN (2001), *Multimodal Discourse (The Modes and Media of Contemporary Communication)*. Nueva York: Hodder Arnold.
- LACY TAMAYO, Rodolfo, “La gestión ambiental”, en Gustavo Garza (coord.) (2000), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 505-508.
- LEEUEWEN, Theo van (2005), *Introducing Social Semiotics*. Londres: Routledge.
- LEZAMA, José Luis (2000), “La degradación del medio ambiente”, en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el*

- fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 443-446.
- LÓPEZ DÍAZ RIVERA, Cecilia (1978), *La intervención del Estado en la formación de un asentamiento proletario: el caso de la colonia Ajusco*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. México: Universidad Iberoamericana.
- LUGO MEDINA, María Luisa G. (1981), *La acción del Estado, el capital y la formación de las tierras ejidales en las delegaciones de Magdalena Contreras y Tlalpan: el caso de la colonia popular Miguel Hidalgo*. Tesis de licenciatura en Sociología. México: UIA.
- MANCILLA GONZÁLEZ, Mario (2004), *Memoria viva de los ocho pueblos de Tlalpan*. México: Praxis.
- MANJARREZ, Héctor (2002), “El bosque en la ciudad (kilómetros en el bosque de Tlalpan)”, en *Letras Libres*, año IV, núm. 44, México, agosto.
- MARCUS, George (1998), *Ethnography through Thick and Thin*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- MEDINA, Andrés (coord.) (2006), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: IIA-UNAM / CEC-UACM.
- ____ (2006), “Los pueblos originarios del sur del Distrito Federal: una primera mirada etnográfica”, en Andrés Medina (coord.), *La memoria negada de la Ciudad de México: sus pueblos originarios*. México: IIA-UNAM / CEC-UACM, pp. 29-124.
- MORALES AGUILAR, Ma. Berenice (2004), *Control estratégico de los recursos ambientales: los piperos de Magdalena Petlacalco y la distribución de agua potable en Tlalpan, Distrito Federal*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. México: ENAH.
- NIETO CALLEJA, Raúl (1998), “Experiencias y prácticas sociales en la periferia de la ciudad”, en Néstor García Canclini

- (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, 2 vols. México: UAM-I / Grijalbo, pp. 235-277.
- ____ (2000), "Multiculturalidad en la periferia urbana: la tensión entre lo público y lo privado", en *Nueva Antropología (Transnacionalidad, multiculturalidad y globalización)*, núm. 57, México, pp. 57-67.
- NIVÓN BOLÁN, Eduardo (1998), "De periferias y suburbios: territorio y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad", en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, 2 vols. México: UAM-I / Grijalbo, pp. 205-233.
- ____ (2005), "Hacia una antropología de las periferias urbanas", en Néstor García Canclini (coord.), *La antropología urbana en México*. México: UAM-I / Conaculta / FCE, pp. 140-67.
- ORTIZ MACEDO, Luis (2004), *Elogio y nostalgia de Tlalpan*. México: UNAM.
- PADILLA AGUILAR, Salvador (1999), *San Agustín Tlalpan: historias y tradiciones de un viejo pueblo*. México: Gobierno de la Ciudad de México.
- PRD (2009a), "Pre-campaña para la elección interna (15 de marzo) de candidatos a Diputados Federales en las elecciones nacionales de julio 2009". Perfil biográfico de 1. Héctor Hugo Hernández Rodríguez, precandidato a Diputado Federal por el Distrito 14, y Ángel Pasalagua Olivares, precandidato a Diputado Suplente por el mismo Distrito; y 2. Guillermo Sánchez Torres, precandidato a Diputado Federal por el Distrito 11, y Arturo Chávez López, precandidato a Diputado Suplente por el mismo Distrito. Mini-folletos de propaganda electoral (b/n y color), recibidos cerca de El Colegio de México, febrero de 2009.

- _____ (2009b), “Pre-campaña para la elección interna (15 de marzo) de candidatos a Diputados Federales en las elecciones de julio de 2009”. Perfil biográfico de Hipólito Bravo, precandidato a Jefe Delegacional de Tlalpan. Mini-folleto de propaganda recibido cerca de El Colegio de México, febrero de 2009.
- PASTOR, Blanca (1997), *Delegación Política Tlalpan*. México: DDF / Miguel Ángel Porrúa.
- PERCHERON, Nicole (2008 [1983]), *Problemas agrarios del Ajusco. Siete comunidades agrarias en la periferia de México (siglos XVI-XX)*. México: CEMCA / Embajada de Francia en México / PAPO en Santo Tomás Ajusco.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo (ed.) (2008), “Usan imágenes M. Berthely, T. Carbó, V. Novelo, M. Villarreal, y otros investigadores”, en *Senderos*, vol. 1. México: CIESAS (XXXV Aniversario), Laboratorio Audiovisual (LAV). DVD.
- PORTAL ARIOSA, María Ana (1997), *Ciudadanos desde el pueblo: identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, D.F.* México: Conaculta / Alianza.
- _____ (2001), “Del centro histórico de Tlalpan al centro comercial Cuicuilco: la construcción de la multicentralidad urbana”, en M. A. Aguilar Díaz, A. Sevilla y A. Vergara (coords.), *La ciudad desde sus lugares (Trece ventanas etnográficas para una metrópoli)*. México: UAM-I, Conaculta / Miguel Ángel Porrúa, pp. 239-269.
- _____ (2006), “Espacio, tiempo y memoria. Identidad barrial en la Ciudad de México: el caso del barrio La Fama, Tlalpan”, en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar Díaz (coords.), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México-Barcelona: UAM-I / Anthropos, pp. 69-85.

- RAMÍREZ KURI, Patricia y Miguel Ángel AGUILAR DÍAZ (coords.) (2006), *Pensar y habitar la ciudad. (Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo)*. México-Barcelona: UAM-I / Anthropos.
- RADKAU, Verena (1984), “La Fama” y la vida. *Una fábrica y sus obreras*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 108).
- REYES H., Alfonso (1981), *Ajusco. Mirador de México*. México: DDF / Comisión Coordinadora para el Desarrollo Agropecuario del DF.
- RICO MORFIN, Lissette (2005), *Entre la sierra y el periférico: El Parque Ejidal San Nicolás Totolapan*. Tesis de Maestría en Antropología Social. México: CIESAS-DF.
- RODRÍGUEZ BARRÓN, Daniel *et al.* (2000), “Tlalpan, la tierra firme en la historia y en el presente”, en *Revista Centro (Guía para Caminantes)*, núm. 39 [dedicado a “El encanto provinciano de Tlalpan” (en la portada, foto de la Capilla del Calvario)], México, pp. 24-61.
- RODRÍGUEZ LAZCANO, Catalina (1984), *Tlalpan*. México: DDF.
- RODRÍGUEZ SALDAÑA, Elsa (2008), *La marcha de protesta como un texto multimodal*. Tesis doctoral en Antropología Social. México: CIESAS-DF.
- ROSAS OLIVERA, Alejandra, Lourdes VILLAFUERTE GARCÍA y Mario CAMARENA OCAMPO (2007), “Del murmullo al tumulto. El rumor y la participación política en un barrio tlalpense”, en *Diario de Campo (Boletín de los Investigadores del Área de Antropología, INAH)*, núm. 43 (suplemento “Materia inestable: reflexiones sobre historia reciente, segunda parte”). México: pp. 208-215.
- RUIZ ABREU, Carlos E. (2000), *Catálogo de documentos de la municipalidad de Tlalpan*. México: Verdehalago / GDF.

- SABAS, María J. (1998), *Crecimiento y reestructuración urbana en la delegación de Tlalpan, DF, 1970-1997*. Tesis de maestría en Urbanismo. México: UNAM.
- SALGADO, Zenaida (1932), *Pequeña historia de la formación del pueblo de San Andrés Totoltepec*. México: El Fénix.
- SONTAG, Susan (1996 [1977]), *Sobre la fotografía*. Barcelona: Edhasa.
- _____ (2004 [2003]), *Ante el dolor de los demás*. México: Alfaguara.
- SUÁREZ PAREYÓN, Alejandro (2000), “La situación habitacional”, en Gustavo Garza (coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. México: El Colegio de México / GDF, pp. 390-397.
- TAMAYO, Sergio y Kathrin WILDNER (coords.) (2005), *Identidades urbanas*. México: UAM-A.
- VALLEJO CARPINTERO, Carlos y Alfonso VALLEJO (1997), “Las iglesias del Ajusco” en *México Desconocido*, año XXI, núm. 245, México, pp. 60-67.
- VÁZQUEZ BARÓN, Laura (1996), *Resistencia popular hacia el rescate de la identidad regional en el pueblo de San Andrés Totoltepec*. Tesis de licenciatura en Antropología Social. México: ENAH.
- VERGARA FIGUEROA, Abilio (ed.) (2001a), “Ciudad, habitar, imaginar. Etnografía del espacio urbano”, *dossier en Cuiquilco*, vol. 7, núm. 22, mayo-agosto.
- _____ (coord.) (2001b), *Imaginarios: horizontes plurales*. México: Conaculta / INAH.
- _____ (ed.) (2005), “Antropología del espacio público: la plaza”, *dossier en Diario de Campo. Boletín de los Investigadores del Área de Antropología*, INAH, suplemento, núm. 34.
- VERSCHUEREN, Jeff (1999), *Understanding Pragmatics*. Arnold. (Hay versión castellana en Gredos, 2002).

TERESA CARBÓ

WALKER, John A. y Sarah CHAPLIN (eds.) (1997), *Visual Culture: An Introduction*. Manchester-Nueva York: Manchester University Press.

ZAMBRANO GASPAS, Angelina (2004), *El comité vecinal y la participación ciudadana ante las políticas públicas, Tlalpan, Ciudad de México, 1999-2000*. Tesis de maestría en Estudios Políticos y Sociales. México: FCPS-UNAM.

PARTICIPACIÓN CIUDADANA
EN LA CIUDAD DE MÉXICO:
¿REGENERACIÓN DE ESFERA PÚBLICA?

JOSÉ JAVIER DE LA ROSA RODRÍGUEZ

INTRODUCCIÓN

EL CONCEPTO *PARTICIPACIÓN CIUDADANA* ha sido incluido en discursos y programas de gobierno, partidos políticos, instituciones internacionales y organizaciones de la sociedad civil. Esta referencia constante al tema se ha visto reforzada por la realización de investigaciones dentro del campo de la ciencia política, donde el foco de atención recae en definir nuevas formas de democracia abiertas a la participación de la ciudadanía en distintos niveles. La teoría de la *democracia asociativa* o de la *democracia deliberativa*, fundamentan una concepción de la democracia que incorpora la participación ciudadana como aspecto esencial; de igual forma, ubican el papel de la ciudadanía y organizaciones de la sociedad civil dentro del proceso político, a fin de suministrar a las democracias vigentes, mecanismos que permitan reforzar la legitimidad en la toma de decisiones respecto de

los asuntos públicos. Estas perspectivas argumentan que una mayor y más equitativa participación, permitiría fomentar en la ciudadanía un sentido de responsabilidad pública, incrementar actitudes de cooperación y generar una tendencia a la moderación, producto de las presiones contrarias provenientes de la interacción grupal. Ha llegado a considerarse, desde la visión del asociativismo voluntario, un prerequisite necesario para un gobierno efectivo y generador de “escuelas de democracia”. En otra serie de trabajos, se muestran diversas experiencias de mecanismos de participación ciudadana en gobiernos locales, a nivel internacional.

Desde 1997, el Gobierno de la Ciudad de México ha incorporado en sus políticas públicas y marco institucional, la participación ciudadana como orientación de gobierno. Los Programas Generales de Desarrollo y La Ley de Participación Ciudadana de la Ciudad de México, junto con la creación de mecanismos provenientes de la misma ley, como las Asambleas y Comités Ciudadanos, de instrumentos de democracia participativa como el plebiscito, el referéndum y la iniciativa popular, entre otras, dan muestra de esta intención.

Vale la pena preguntarse entonces: ¿han sido efectivos los instrumentos para promover la participación ciudadana en la Ciudad de México?, o en un sentido amplio, ¿los mecanismos dispuestos para promover la participación ciudadana en la Ciudad de México, fomentan la (re) creación de esferas públicas? Para responder esta pregunta, presento una serie de referentes teóricos y un análisis de las políticas de participación ciudadana implementadas por los gobiernos electos del Distrito Federal.

ESFERA PÚBLICA, ESPACIO PÚBLICO Y PARTICIPACIÓN
CIUDADANA EN LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Nora Rabotnikof (2004) expone que la reivindicación de lo público en América Latina, nace en el contexto de lo que debía ser la reforma democrática del Estado; lo público así construido, pasó de lo público no exclusivamente estatal a lo público a-estatal y anti-estatal, incluso se planteó que ese espacio o espacios públicos, diferenciados del Estado y del mercado, podrían en última instancia reemplazar a ambos y que, al menos en el caso de México, redefinir lo público supondría de manera prioritaria, redefinir el Estado democrático.

Jahir Rodríguez (2003) expone que, de acuerdo con Habermas, el concepto de esfera pública se refiere a un espacio que se encuentra fuera del Estado y en el cual los actores privados de la sociedad se reúnen e interactúan con el objetivo de debatir y convencerse entre sí mediante un discurso argumentativo racional, y sostiene que el surgimiento de la moderna esfera pública fue un fenómeno asociado al nacimiento de la sociedad burguesa democrática-liberal; además, apunta que la esfera pública es el espacio a través del cual se ponen de manifiesto las demandas de la sociedad con el objetivo explícito de influir o controlar al Estado.

Hanna Arendt (1993) expone que la esfera pública se refiere a procesos de comunicación societal abiertos, autónomos y políticamente relevantes, que la hace central para las políticas democráticas de diversos países ya que plantea la posibilidad de generar formas alternativas de la propia discusión dentro de la democracia.

Luciano Fedozzi (2000) plantea que la esfera pública ocupa una posición central en el proceso permanente de fundamentación de las decisiones políticas, de su validación y efectividad, pues se constituye en la arena en que se da, por un lado, la aglutinación de la voluntad colectiva y, en sentido opuesto, la justificación de las decisiones políticas.

El concepto de esfera pública de Arato y Cohen (1999) se refiere a un espacio en el que los individuos sin estatus oficial buscan persuadirse por medio de la argumentación racional y la crítica en torno a asuntos de interés general; es universalmente accesible, incluyente y a salvo de las deformaciones del poder económico, político y del estatus social, al incluir los principios de autonomía individual, igualdad de estatus, paridad de los participantes, problematización libre y abierta de asuntos antes no cuestionados, que se convierten en temas de preocupación social.

Amalia Signorelli (2004) sostiene que definir lo público en la ciudad significa discutir en primer lugar de espacios, y que nace con las reglas objetivadas y formalizadas, es decir las normas públicas; señala que en las ciudades occidentales contemporáneas, las relaciones entre sujetos sociales y lugares públicos en el marco de reglas formalizadas, son más observables. En este sentido, nos presenta una descripción respecto a la situación del espacio público urbano como la narración de una pérdida:

Jane Jacobs en su libro *The Death and Life of Great American Cities*, expone que las calles están en crisis, en las grandes ciudades america-

nas; son amenazadas por la falta de seguridad, el transporte privado, la zonificación y renovación urbanas, construyendo grandes edificios monofuncionales y de uso socialmente homogéneo, grandes espacios anónimos. (Signorelli, 2004: 108)

Para Jordi Borja (2004) el espacio público es una conquista democrática, y ha de garantizar la expresión de los colectivos sociales, la organización y acción de los sectores que se movilizan y la transformación de las relaciones y usos que se dan en los mismos espacios y que expresan la fuerza de los colectivos, tanto a escala de barrio como de centralidad urbana; sostiene que el espacio público es un mecanismo fundamental para la socialización de la vida urbana. Así, los espacios públicos pueden ser una respuesta eficaz a tres tipos de desafíos: urbanístico, sociocultural y político, por ello se requieren respuestas sobre ordenación de los elementos construidos, el establecimiento de trayectos físicos y simbólicos que den continuidad a las partes del territorio urbano. El reto político se expresa en la capacidad del espacio público para facilitar el acceso a la participación y la movilización social, pero también es el reconocimiento ciudadano, de la protección frente a la agresividad del entorno, incluyendo el institucional. Por ello, el abandono de los espacios públicos y la multiplicación de los miedos y la inseguridad ciudadana, se ha de romper no solamente mediante las políticas de seguridad o las políticas estructurales-sociales, económicas culturales, sino también con una política de espacios públicos ambiciosa que tenga en

cuenta la seguridad ciudadana, con elementos como la accesibilidad, el mantenimiento y la iluminación, y todo lo que facilite la integración urbana.

Como se puede advertir, los conceptos de esfera y espacio públicos han sido utilizados de manera indistinta por diversos autores, aludiendo básicamente a la idea de un área de argumentación ciudadana comunicada al ámbito estatal, para transmitir demandas sociales o bien para controlar las decisiones adoptadas por el poder instituido, pero también al espacio físico que posibilita el encuentro. Se requiere entonces delimitarlos para dotar de mayor claridad en su análisis: la esfera pública entendida como espacio autónomo de deliberación ciudadana, y en complemento, el espacio público como el área común de encuentro, espacio abierto, iluminado, espacio físico colectivo, accesible, seguro.

La esfera pública constituida por la ciudadanía para dialogar y encauzar demandas sociales requiere espacios públicos adecuados para el encuentro y, en complemento, a partir de la conformación de esfera pública, parte de las demandas sociales emanadas de ésta, puede ser la solicitud de espacios públicos. Esfera y espacios públicos apuntalan la vida democrática de una sociedad.

Un debate frecuente entre los teóricos de la democracia se refiere a la cantidad de participación ciudadana que se considera necesaria o deseable para su funcionamiento. Los que defienden la democracia participativa sugieren que el activismo y la deliberación de los ciudadanos son intrínsecamente valiosos por sí mismos. En sentido contrario, se argumenta que el papel esencial de la ciudadanía debe limitarse a la elección periódica de re-

presentantes parlamentarios, junto con el escrutinio permanente de las acciones gubernamentales (Norris, 1999).

Diversas perspectivas intentan comprender la democracia moderna en función de dos criterios en la toma de decisiones: i) la participación de los afectados y ii) la necesidad de proceder a una discusión previa. De la combinación de éstos (Requejo, 1998: 18), se obtienen los siguientes modelos posibles de democracia: a) la versión tecnocrática (ausencia de discusión y participación), b) la representativa (discusión parlamentaria sin participación), y la participativa o comunicativa (discusión y participación).

La preocupación por la participación ciudadana en la toma de decisiones ha estado asociada a niveles exigidos para mantener estable el sistema democrático. Eckstein (1966) entre otros, considera que la participación limitada y la apatía, hasta cierto grado, tienen una función positiva para la totalidad del sistema. Desde esta perspectiva, la democracia representativa ha establecido como fuente de legitimidad las urnas electorales, el principio de mayoría, la delegación del poder en representantes de la ciudadanía que toman a su nombre las decisiones. En consecuencia, ante el planteamiento de participar en la deliberación y las decisiones, una objeción que aparece es sobre la legitimidad: ¿con base en qué un grupo no elegido puede aspirar a intervenir en las decisiones públicas? Una respuesta es que la democracia participativa no se basa en la representación y delegación de poder, sino en la generación de consensos fundamentados en la reivindicación de los derechos ciudadanos (Canto, 2005).

Algo que las prácticas participativas arrojan como aprendizaje es que la generación de esferas públicas de deliberación no necesariamente pasa por los procesos electorales, por lo que podría distinguirse entre *representación* y *representatividad*. La primera tendría que ver con la delegación del poder presente en cada ciudadano, implica por tanto ponerse de acuerdo a través del voto mayoritario. La segunda se refiere a la expresión de una opinión de cada ciudadano, que se comunica la opinión atribuible a su grupo o clase (Canto, 2005).

Dentro de las críticas hechas al enfoque participativo, se pueden observar las relativas a que no muestra cómo organizar las instituciones y los procesos decisivos alternativos. La crítica más recurrente es que no hay acuerdo del tipo de decisiones a tomar con participación directa (Sartori, 1988; Requejo, 1998).

En el modelo de “democracia asociativa” (Cohen y Rogers, 1995) se intenta superar tales críticas a través de combinar estrategias pluralista y deliberativa. En éste, se presentan áreas que permiten la participación de grupos y asociaciones civiles en la toma de decisiones en temas como políticas ambiental y social, en el ámbito local. El gobierno debe asegurar que todas las opiniones estén representadas, a través de la inclusión de los diversos intereses manifiestos en los grupos.

En términos generales, actualmente una serie de trabajos exponen que los mecanismos de democracia representativa son combinados con los de democracia participativa. En este sentido, se puede observar en las producciones contemporáneas tres estrategias: 1) autores como Hirst (1994), argumentan que la ciudadanía

ejerce un mayor control sobre las decisiones públicas de las instancias gubernamentales a través del incremento en la interrelación entre grupos de interés e instituciones representativas; 2) la deliberativa, postula la conformación de espacios específicos donde la ciudadanía defina los intereses de la comunidad a través de la discusión pública (Barber, 1986; Cohen, 1988; Habermas, 1996; Elster, 1998); y, 3) la que sostiene la expansión de las formas democráticas del ámbito político al social, con la intención de evitar que las desigualdades sociales y económicas, se transfieran al ámbito político (Pateman, 1970; Bobbio, 1984).

La teoría de la democracia comunicativa o participativa (Elster, 1998; Habermas, 1996), reincorpora la deliberación pública por parte de la ciudadanía como aspecto esencial de la democracia moderna: “Este desarrollo representa una renovación más que una innovación. La idea de democracia deliberativa y su implementación en la práctica son tan antiguas como la democracia misma” (Elster, 1998: 13).

Desde hace ya varias décadas, la discusión en torno al discurso ético y la teoría de la acción comunicativa pusieron en el centro de la democracia el tema del diálogo y la argumentación, remontándose para ello a los orígenes del pensamiento liberal. A la vez, se puede definir la deliberación como: “un proceso de discusión y de reflexión del que pueda resultar una visión más precisa de los conflictos que subyacen a una determinada problemática y de cómo estos pueden ser aclarados” (Stewart, 2000: 78).

La participación en las decisiones —basada en la deliberación— se presenta en algunos autores, con una connotación de situación ideal:

una diferencia importante entre el voto agregado y el deliberativo está en que en el primero los individuos votan simplemente de acuerdo a sus intereses particulares [...] La negociación estratégica [...] a diferencia de la deliberación [...] las partes apelan a procedimientos de toma de decisiones para satisfacer de forma abierta e irrestricta sus intereses particulares, y para lograrlo se apoyan en los recursos de poder que traen a la mesa [...] Los procesos de deliberación [...] ofrecen una tercera oportunidad de promover la justicia y la equidad. Las decisiones en condiciones de equidad dependen de los acuerdos sobre las partes sobre lo que es justo, antes que de la presión de cada una de ellas para obtener su máximo beneficio individual. (Fung y Wright: 46-47, 58, 65)

En la perspectiva de que la participación deliberativa conlleva a una nueva reforma del Estado, generando instituciones que permitan la intervención de la ciudadanía en los asuntos públicos, algunos autores (Fung y Wright) han propuesto un modelo normativo de participación en las decisiones denominado Gobierno Participativo con Poder de Decisión (GPPD); son reformas participativas porque descansan en el compromiso y las capacidades que la gente tiene para tomar decisio-

nes a través de deliberaciones razonables. Los principios y las reformas institucionales del GPPD se basan en: a) concentración en problemas específicos y tangibles. *Orientación práctica*; b) participación activa de la gente afectada por esos problemas, y de los funcionarios cercanos a ello. *Participación desde la base*; y c) el desarrollo deliberativo de soluciones a esos problemas. *Generación de discusiones deliberativas*. La toma de decisiones participativa puede contrastarse con los tres métodos más conocidos de elección social, a saber; mando y control por parte de los expertos, voto agregado y negociación estratégica. En el primer abordaje, el poder está en las manos de los gerentes, burócratas u otros especialistas a quienes se les ha confiado velar por el interés general, con base en la convicción de que están capacitados, por el contrario, en los modelos de GPPD, los expertos y los burócratas interactúan en sus deliberaciones directamente con los ciudadanos.

El asunto de la democracia es si promueve el acceso de los más a las decisiones y si con ello contrarresta las tendencias de las elites a excluir. Al parecer los mecanismos de participación y deliberación podrán jugar más su papel incluyente en la medida en la que se mantenga la demanda social por participar y se renueven las manifestaciones del poder que fuerzan a las elites a abrir los espacios, estableciéndose así los equilibrios.

La perspectiva de mejoría en la toma de decisiones sobre los asuntos de interés público pasa por la inclusión de la ciudadanía activamente en lo individual y colectivo al proceso de las políticas públicas. En otros enfoques, por lo contrario, la participación aparece

como una característica inherente a la democracia representativa, toda vez que tiende a evitar el monopolio de las decisiones en las instituciones representativas y a captar la heterogeneidad de las demandas ciudadanas específicas.

Hasta aquí entonces tendríamos que la participación ciudadana sería un componente del “buen gobierno”, que efectivamente lo es, y un mecanismo de expresión del interés o proyecto de los distintos actores sociales, que también lo es, pero más allá de eso, la fundamentación de la legitimidad de la participación radica en la capacidad de todo ciudadano de reclamar sus derechos y del apego de las acciones de gobierno —no sólo de omisión, sino también de comisión— a la efectiva realización de sus derechos de ciudadanía. En consecuencia, el reclamo participativo no surge de un intento de competir con las instituciones de representación por las decisiones, sino en la demanda que éstas se apeguen a los derechos ciudadanos, de los cuales cada miembro del Estado¹ los posee de manera total e interdependiente (Canto, 2005).

De lo anterior se sigue que se pueden poner dos distintos énfasis en la participación ciudadana, uno que tiende a corregir el *pathos* de la democracia representativa, otro que tiende más bien a reivindicar los derechos de la ciudadanía a través de la generación de esferas públicas de deliberación; *grosso modo* podría enunciarse de la siguiente manera:

<i>Participación como correcciones del pathos de la democracia</i>	<i>Participación como realización de derechos ciudadanos</i>
Énfasis en acotar el poder del Estado	Énfasis en orientación de políticas
Énfasis en derechos civiles y políticos	Énfasis en derechos civiles, políticos, económicos y sociales
Énfasis en rendición de cuentas y en transparencia de la gestión pública	Énfasis en definición del problema y decisión en función de necesidades sociales.
Énfasis en participación individual	Énfasis en la participación colectiva

Fuente: Canto (2005).

Supuesta entonces la validez de reclamo participativo resulta necesario ubicarlo concretamente. Algo sobre lo que existe consenso es que la participación en donde mejor puede desplegar su creatividad es en el ámbito local, lo cual abre una perspectiva en la que la eficacia del gobierno depende cada vez más de su interacción con la sociedad, entendida como redes de actores diversos, mucho más allá de las jerarquías clásicas y de la sola interacción con el mercado. “Los gobiernos locales deberían de reforzar sus capacidades de conformación y liderazgo de redes. Y apostar por el fortalecimiento del resto de actores sociales en un espacio público altamente participativo” (Blanco y Gomá, 2001: 28).

La distinción entre política pública y acción pública está en el centro de estas transformaciones de la relación gobierno-sociedad. En las sociedades donde se ha

distendido tal relación, gracias al desempeño democrático de la ciudadanía y sus organizaciones, la política pública tiende a concebirse más como acción que involucra activamente a los actores sociales que como intervención gubernamental que promueve la participación ciudadana. Se ubican así dos enfoques en la elaboración de políticas públicas: la concepción “desde arriba” de las políticas públicas, que se asume como un programa de acción gubernamental en un sector de la sociedad o en un espacio geográfico, el cual se acompaña con ciertas preferencias valorativas de quién toma la decisión, respaldada en la determinación de ciertos montos de recursos, y logra imponerse como un acto. En resumen, se entiende la política pública como la acción por parte del gobierno dirigida a cumplir ciertos objetivos. En sentido contrario, la concepción “desde abajo” de las políticas públicas, se origina literalmente en la constelación de demandas sociales, y más propiamente en el centro del conflicto de intereses de los diversos actores. El gobierno actúa en función de las presiones de los grupos sociales en un juego de suma positiva y procesa las demandas en las políticas.

A partir de estas posibilidades teóricas de construcción de políticas públicas, se desprende un debate que puede comprenderse en la siguiente pregunta: ¿es la oferta participativa lo que conforma a las formas de organización social, o es la demanda de participar lo que conforma a las estructuras de gobierno? Interrogante asociada a la efectividad de los mecanismos de participación ciudadana, en tanto sean adecuados para promover ésta, a partir de la generación de espacios públicos don-

de la deliberación encuentre cauce para impactar en las decisiones públicas, o bien, tales mecanismos no fortalezcan la generación de espacios públicos donde la ciudadanía pueda deliberar entre sí y con el gobierno, para adoptar decisiones que impacten en las condiciones de vida de la comunidad.

Tal planteamiento requiere el análisis de casos específicos para abastecer de evidencias empíricas la reflexión teórica expuesta. En este sentido, la participación ciudadana en la Ciudad de México se muestra como un caso interesante al presentarse un proceso de democratización formal con promoción de mecanismos participativos, por parte de los gobiernos electos durante los últimos diez años. A continuación expongo el análisis de las políticas de participación ciudadana implementadas desde el Gobierno del Distrito Federal,² durante el periodo 1997-2007.

POLÍTICAS DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DEL GDF 1997-2007

En 1997 se avanzó al mismo tiempo en dos vías de democracia en la Ciudad de México: la directa, a través de la primera elección del Jefe de Gobierno y la Asamblea Legislativa del Distrito Federal,³ y la participativa, dada la oferta política del candidato ganador de esa elección, Cuauhtémoc Cárdenas, basada en la incorporación de la ciudadanía en los asuntos públicos; se modificó para ello, en 1998, la Ley de Participación Ciudadana de la Ciudad de México, marco normativo que pretendía ser

un aporte en la construcción de una cultura ciudadana participativa e incluyente.

Sin embargo, aún con dicha intención, se presentaron algunas limitaciones. Por ejemplo, los instrumentos de participación ciudadana como el plebiscito, referéndum, iniciativa popular, consulta vecinal, colaboración ciudadana,⁴ contenidos en dicha ley, no han sido utilizados por los ciudadanos o sus representantes vecinales, ya que difícilmente pueden servir para decidir el cambio de uso de suelo, asegurar la ejecución de una obra pública, determinar el presupuesto o participar en la realización del Plan de Desarrollo Urbano Delegacional; si bien tales instrumentos representan un avance en los alcances que se le reconoce a la participación ciudadana, esto no contribuye a que el ciudadano rebase la simple figura de peticionario-gestor que durante años se le ha conferido y que en esta nueva ley se le refrenda.

La figura de participación ciudadana que crearon legisladores y gobierno en la Ley de Participación Ciudadana de 1998, fue la de los comités vecinales, que proponía la discusión colectiva de la problemática urbana en cada colonia, barrio y unidad habitacional. Sánchez-Mejorada (2008) expone que con los comités vecinales, las definiciones sobre las necesidades de la colonia, la gestión de los servicios públicos pasarían obligatoriamente por la deliberación y decisión de un colectivo. Con ello se pretendía generar un proceso de democratización de la ciudad, de construcción de esferas públicas donde los vecinos debatieran en torno a su problemática, sus demandas y soluciones de la comunidad.

De acuerdo con la Ley de Participación Ciudadana, en cada una de las unidades territoriales se conformó un comité vecinal, que tenía dentro de sus atribuciones la “supervisión, evaluación, y gestión de las demandas ciudadanas en temas relativos a los servicios públicos, modificaciones al uso del suelo, aprovechamiento de la vía pública, implementación de programas de seguridad pública y verificación de giros mercantiles” de cada colonia, pueblo, barrio o unidad habitacional.

La integración de estos comités vecinales se realizó de manera proporcional, es decir, todas las planillas contendientes obtuvieron lugares, en función del número de votos obtenidos. Sin embargo, esta medida de inclusión política, se transformó en la falta de integración y coordinación, por no haber acuerdo entre los representantes vecinales, producto de su composición antagónica; representó entonces un problema para la operación y gestión cotidiana e incluso para la misma representación e interrelación con las autoridades, por lo que la mayor parte de los comités dejaron de operar o cada grupo operaba y gestionaba por su cuenta.

En el gobierno de López Obrador en la Ciudad de México (2000-2006) se identificó el problema de la falta de funcionamiento de los comités vecinales, por lo que determinaron promover la organización y participación vecinal a través de otras dos figuras previstas por la ley, las Asambleas y Comisiones de Trabajo, con las que se pretendió generar una nueva cultura de participación y activar la vida de los comités vecinales.

En el Programa de Desarrollo para el Distrito Federal (2000-2006) se planteó que la política social sería un eje

articulador de los objetivos y programas del Gobierno de la Ciudad de México. Para su implementación, se señala que los habitantes de cada unidad territorial (1352 en total, incluidos barrios, colonias, pueblos y unidades habitacionales de la Ciudad de México) definirán en asambleas vecinales democráticas las prioridades en materia social.

En ese sentido, Sánchez-Mejorada (2008) expone que las unidades territoriales se convirtieron en el espacio privilegiado para el desarrollo de la política social, a través del Programa Integrado Territorial para el Desarrollo Social (PIT), que en general operó de manera centralizada. El PIT estuvo conformado por trece subprogramas: adultos mayores, personas con discapacidad, consumidores de leche, niñas y niños en condiciones de pobreza y vulnerabilidad, ampliación y rehabilitación de viviendas, rescate de unidades habitacionales, desayunos escolares, microcréditos para autoempleo, becas de capacitación para el empleo, desarrollo rural, desayunos escolares, mejoramiento de escuelas, mercados públicos y prevención del delito. La mayor parte de éstos operaron a través de becas o créditos que el gobierno otorgaba directamente. La decisión de quién era la población beneficiaria, la realizó el gobierno central, en algunos casos con apoyo de las delegaciones, pero los comités vecinales no participaron en ésta, a excepción del primer ejercicio que se realizó en torno al programa de prevención del delito. En 2001, el Jefe de Gobierno del Distrito Federal, determinó que a cada unidad territorial se le otorgarían \$500 000.00 (quinientos mil pesos) para el programa de prevención del delito y serían los vecinos quienes de-

terminarían en qué se gastarían. A pesar de que uno de los principales problemas que tiene la población de la Ciudad de México es el de la inseguridad pública, a estas asambleas asistieron en promedio 53 personas.

Para definir el número de acciones de gobierno y el monto económico destinado a cada subprograma, se priorizaron las unidades territoriales de mediana, alta y muy alta marginación⁵ (853 en total), con lo que se pretendía destinar el gasto social a la población con mayores necesidades sociales.

Con objeto de informar al conjunto de la población sobre el Programa Integrado Territorial, los diversos subprogramas y los recursos que se destinarían a cada uno de ellos, se organizó una Asamblea por cada una de las unidades territoriales. A partir de éstas, se formarían comisiones de trabajo para apoyar la operación de los programas y empezar a establecer los términos de la evaluación y el seguimiento de los mismos. Las comisiones que se debieron haber integrado en cada unidad territorial son: la de conservación y mejoramiento de las unidades territoriales (imagen urbana), cultura y deporte, desarrollo económico, educación, salud y grupos prioritarios, prevención del delito y vivienda.

En 2001 se realizó la Primera Jornada de Planeación Participativa y Corresponsabilidad Ciudadana, durante la que se desarrolló una serie de talleres de capacitación, los cuales se dirigieron a los miembros de los comités vecinales y a las comisiones de trabajo, con la idea de fomentar un papel más activo en la definición de la política social. Con base en este ejercicio, el Gobierno del Distrito Federal estableció que cada año se realizarían

dos tipos de asambleas: al principio, denominadas de presentación del PIT, y al final, las de rendición de cuentas. A estas asambleas, convocadas desde la Dirección General de Participación Ciudadana, asistirían las instancias de gobierno responsables de los subprogramas del PIT, sin embargo, la presencia de éstas fue muy baja; quienes ofrecieron la información, fueron los promotores vecinales encargados de los distintos subprogramas. En complemento, cabe mencionar que sólo en el 15% de las asambleas, los vecinos, sea a través del comité vecinal o de las comisiones de trabajo vecinales, participaron en la convocatoria y realización de la asamblea, de manera activa.

Todo esto también da cuenta de una importante deficiencia del Programa, la falta de coordinación de las instituciones a nivel del territorio y la preocupación porque este sea realmente un programa integral. Todavía más preocupante es que no se convoque y asistan las organizaciones civiles y sociales que realizan algún trabajo en esa unidad territorial, pues sólo se reporta la asistencia de algunas que sólo han asistido al 2% de las asambleas y lo más serio es la participación pasiva de los asistentes, escuchan, toman nota y se van. En general la percepción de la población es que la asambleas estuvieron bien conducidas (90%), pero solamente en el 41% de las mismas se reconoce que hubo mucha participación. (Sánchez-Mejorada, 2008: 211)

Otro de los problemas que presentó esta política, es la centralización de los subprogramas: las autoridades y funcionarios delegacionales no intervinieron en éstos, por el contrario, los gobiernos delegacionales realizaron sus propios programas, de tal manera que cada ámbito de gobierno —el central y los de las demarcaciones territoriales—,⁶ tuvieron sus propias clientelas. Por otra parte a pesar de que en el discurso (de unos y otros) se estableció la necesidad de implementar programas integrales a nivel del territorio, no se consideraron las necesidades de la población de las unidades territoriales. Sin embargo, en las asambleas, a pesar de que no se incluyó un debate sobre las demandas de la ciudadanía para elaborar un programa de trabajo, los vecinos, en diversas ocasiones, lograron incluir su problemática en la agenda del gobierno.

En octubre de 2003, la Dirección General de Participación Ciudadana realizó un diagnóstico de los comités, obteniendo los siguientes datos: de 1 352 comités sólo respondieron 1 262, de estos 91 existían nominalmente; restaban entonces 1 171 comités operando con 4.5 miembros en promedio, sólo en el 1% de los comités se identificaron quince integrantes, en el 40% participaban hasta tres miembros, el 55% de los integrantes de los comités se decían simpatizantes o miembros del PRD, 28% del PRI y 7.5% del PAN. Sólo en la mitad de los comités, sus miembros fueron electos originalmente. El programa del PIT que funcionó mejor fue el de Recuperación de las Unidades Habitacionales, ya que en éste la población de cada unidad, a través de una comisión de administración y una de vigilancia, manejaba los recursos que les otor-

gó el gobierno. Para ser equitativos en la distribución del recurso monetario se decidió otorgar una determinada cantidad (que varió de acuerdo al presupuesto del que se disponía y las reglas de operación) por vivienda. Los vecinos, en asamblea condominal, decidían qué obra pública requerían (pintura, impermeabilización de edificios, instalación de luminarias en andadores, bardas, cisterna, reparación de bomba, etcétera), elegían al contratista que les realizaría la obra y le pagaban directamente, ya que se les otorgaba el cheque por la cantidad que les correspondía. A pesar del funcionamiento de este programa, cabe señalar que los condóminos participaban en un programa diseñado por el gobierno, sin que hubiesen sido incluidos en el diseño del mismo, ni tampoco le dieron seguimiento ni evaluaron.

A partir de estos aspectos críticos en el funcionamiento de los instrumentos y mecanismos dispuestos en la Ley de Participación Ciudadana de 1998, el Gobierno del Distrito Federal propuso algunas modificaciones a dicha ley.

En mayo de 2004 se aprobaron los cambios a la Ley de Participación Ciudadana. En dichas modificaciones se estableció que la Asamblea Ciudadana es el instrumento permanente de información, análisis, consulta, deliberación y decisión en los asuntos públicos de carácter social, colectivo o comunitario; así como para la revisión y seguimiento de los programas y políticas públicas a desarrollarse en cada Unidad Territorial (ver Anexo).

Cabe señalar que aunque no se hayan realizado las elecciones para renovar los Comités Ciudadanos, la Ley entró en vigor, la Dirección de Participación Ciudadana

continuó con la realización de asambleas y la integración de comisiones de trabajo. Con objeto de fortalecer la organización vecinal, en los años de 2004 a 2006, se generaron procesos de formación a núcleos vecinales a través de la realización de “Escuelas Ciudadanas” en las que se buscaba que las vecinas y los vecinos se apropiaran de la visión, el método y los instrumentos para la gestión de la ciudad; sin embargo, Sánchez-Mejorada (2008) señala que éstas se convirtieron en escuelas de formación de cuadros, cercanos al PRD.

Se pretendía entonces corregir los defectos localizados en la implementación de la ley de 1998, con el objetivo de:

generar la formación y el desarrollo de capacidades para fortalecer el protagonismo de la organización vecinal en la vida pública, en particular para avanzar en la apropiación de las asambleas ciudadanas con capacidad autónoma y autogestiva y ejercer, en la práctica, las nuevas atribuciones que en el marco jurídico se le asigna a la deliberación, decisión, vigilancia y evaluación a las acciones de gobierno.

Sin embargo, el periodo electoral de 2006 significó el aplazamiento para la realización de tales medidas, y posteriormente, con el cambio de administración de la ciudad, una reorientación de la política de participación ciudadana del GDF.

Una medida del Jefe de Gobierno actual del Distrito Federal (2006-2012) fue el cambio de Dirección Gene-

ral, a Subsecretaría de Participación Ciudadana, dentro de la Secretaría de Desarrollo Social, con lo que se le asigna un mayor rango dentro de la administración pública local.

Se mantiene en esta subsecretaría la promoción de la política social del GDF, a través de las “reuniones informativas” (el nombre se adopta porque no se puede convocar a Asambleas Ciudadanas dado que las elecciones para comités aún no se realizan). La parte innovadora de la estrategia de participación ciudadana de la actual administración se sitúa en los programas de Mejoramiento Barrial y Módulos de Seguridad Pública y Participación Ciudadana; ambos programas se plantean como objetivos la promoción de la participación ciudadana y la recuperación de espacios públicos.

Así, la Secretaría de Desarrollo Social, en coordinación con las Secretarías de Obras y Servicios, de Desarrollo Urbano y Vivienda, y el Programa de Mejoramiento de Vivienda del Instituto de Vivienda del Distrito Federal, puso en marcha el Programa Comunitario de Mejoramiento Barrial, el cual se plantea como objetivo:

Desarrollar un proceso integral, sostenido y participativo de mejoramiento de los espacios públicos de los pueblos, barrios y colonias que integran el Distrito Federal, particularmente de aquellos que tengan altos grados de conflictividad social y/o degradación urbana o estén clasificados como de media, alta y muy alta marginación. (Subsecretaría de Participación Ciudadana)

En este caso, la idea de *mejoramiento de los espacios públicos* se refiere a infraestructura para la cultura, el deporte, actividades recreativas, que la ciudadanía de la unidad territorial decide acondicionar adecuadamente para el uso de la comunidad.

Por su parte, el Programa de Módulos de Seguridad Pública y Participación Ciudadana también pretende la recuperación de espacios públicos en dos sentidos: i) por una parte (igual que en el de Mejoramiento Barrial, pero con otro fin, en este caso el de generar condiciones para el abatimiento de la inseguridad pública), la recuperación de parques, andadores, escaleras de unidades habitacionales, que habían sido ocupados por grupos de delincuencia común, sobre todo a partir de acciones de iluminación de tales espacios o de uso lúdico, deportivo o cultural, por ejemplo la realización de torneos; el otro sentido de espacio público en este programa, lo constituyen los propios Módulos de Seguridad Pública y Participación Ciudadana. Se trata de espacios físicos, locales donde la Secretaría de Seguridad Pública y la Subsecretaría de Participación Ciudadana, ambas instancias del Gobierno del Distrito Federal, intentan, por una parte, generar relaciones de colaboración por parte de la ciudadanía de la unidad territorial con la policía para incrementar los niveles de seguridad pública, y en complemento, impulsar la participación ciudadana a través de actividades recreativas, culturales y deportivas, que se realizan en los propios módulos. El módulo se constituye entonces en el espacio público donde convergen ciudadanía y gobierno.

Con base en algunas entrevistas aplicadas a promotores vecinales de participación ciudadana,⁷ hay una se-

rie de puntos críticos localizados en la implementación de la política gubernamental en participación ciudadana, como la baja asistencia de los vecinos de la unidad territorial a estos módulos, y quienes lo hacen, se interesan específicamente por las actividades culturales, deportivas, recreativas, que en voz de los promotores, son un medio para que la ciudadanía vaya al módulo, pero la finalidad es que la ciudadanía participe en los asuntos públicos, que genere esfera pública, con su vecindad, empezando por el tema de seguridad pública; también la falta de respuesta por parte de las instancias de gobierno ante los problemas que expone la población de alguna unidad territorial, ha sido un elemento fundamental para la baja participación ciudadana que se percibe actualmente en el uso de los instrumentos y mecanismos de participación ciudadana, dispuestos por el propio Gobierno del Distrito Federal. Las relaciones clientelares en el uso de los programas sociales, ya sea desde el gobierno central o de los de las demarcaciones territoriales, son otro factor presente en la baja participación ciudadana, en relación con los mecanismos formales dispuestos en la Ciudad de México.

COMENTARIOS FINALES

La participación ciudadana como práctica consustancial a la generación de esferas públicas, a través de la deliberación por parte de la población en torno a su problemática, parece no haber encontrado en las políticas diseñadas e implementadas por el Gobierno del Distrito Federal, instrumentos y mecanismos adecuados que

conduzcan las demandas sociales hacia la construcción de decisiones públicas, y en complemento, la oferta gubernamental en esta materia, no ha sido eficiente para canalizar la participación de la ciudadanía de las mil 352 unidades territoriales que conforman el Distrito Federal. Las explicaciones ante ello, se pueden localizar, tanto en el ámbito social como en el gubernamental.

La política de participación ciudadana del gobierno de la Ciudad de México, ha encontrado prácticas políticas inerciales como el autoritarismo, clientelismo, corrupción, ineficacia, que, al mismo tiempo han sido incapaces de corregir, y en algunos casos, han sido reproducidas. Tales prácticas encuentran actitudes complementarias por parte de la ciudadanía, como el desinterés, apatía y desconfianza. Al respecto hay un sector del gobierno que tiene plena claridad de ello y se ha planteado como objetivo lograr una participación más activa, consciente y comprometida, sin embargo hay otro sector (más vinculado a los partidos políticos) que sigue desarrollando esas prácticas (Sánchez-Mejorada, 2008).

La mayor parte del esfuerzo de promoción de la participación ciudadana por parte del Gobierno del Distrito Federal, se ha concentrado en instituir legalmente instancias que actúen en función de la representación territorial: los comités vecinales y ciudadanos posteriormente, asambleas y comisiones. Ello ha significado formalizar la injerencia de vecinos y organizaciones en el gobierno y/o la gestión central y delegacional, reconociéndolos como sujetos de consulta o bien como responsables directos de la prestación de bienes y servicios públicos, pero no como espacios de decisión.

Lo anterior, a pesar de que el gobierno considera la asamblea vecinal “como un espacio privilegiado de convergencia social a través de la cual los ciudadanos se informan de las acciones de gobierno, realizan propuestas y establecen los términos para verificar y darle seguimiento al Programa de Desarrollo Social” (Dirección General de Participación Ciudadana, 2001).

A pesar de las reiteraciones por parte del Gobierno de la Ciudad de México, en torno a la importancia de la participación ciudadana en las políticas públicas, los resultados son pocos: la gente asiste y se informa por el interés de obtener alguna beca o recurso; no se ha logrado generar prácticas participativas por parte de la ciudadanía en los asuntos públicos.

Con la implementación de la actual estrategia de participación ciudadana por parte de la administración 2006-2012, del Gobierno del Distrito Federal, puede advertirse que la intención explícita de recuperar espacios públicos, ya sea a través del Programa de Mejoramiento Barrial, o desde los Módulos de Seguridad Pública y Participación Ciudadana, encuentran los límites relativos a las políticas de los gobiernos precedentes, en esta materia, junto con una orientación conceptual que comprende los espacios públicos como infraestructura urbana recuperada para el uso de la población, desvinculada de áreas de deliberación, de esferas públicas para la discusión de la problemática de la ciudadanía, la cual se constituye precisamente a través de ejercicios de diálogo y relación con sus conciudadanos y de éstos con las instancias de gobierno. Así, la recuperación de espacios públicos acompañados de dinámicas (re)generadoras de

esferas públicas, podrían posibilitar la consecución de participación ciudadana en la perspectiva de la consolidación democrática de la Ciudad de México.

NOTAS

¹ La discusión contemporánea —particularmente importante en un entorno de globalización— habla de los derechos que se deban de reconocer no sólo en tanto que ciudadanos de un Estado, sino como personas, de los cuales la comunidad internacional debiera ser su garante.

² El nombre oficial es Gobierno del Distrito Federal (entidad capital de la República Mexicana), aunque la propia administración local en ocasiones se denomina Gobierno de la Ciudad de México.

³ La Asamblea Legislativa es la diputación local de la Ciudad de México.

⁴ Sólo se cita los instrumentos de participación ciudadana que constituyen una innovación en la Ley de 1998, ya que la Audiencia Pública, Difusión Pública, Recorridos y Unidad de Quejas y Denuncias, son mecanismos que ya estaban contemplados en las anteriores leyes.

⁵ El índice de marginación es una medida-resumen que permite diferenciar entidades federativas y municipios según el impacto global de las carencias que padece la población, como resultado de la falta de acceso a la educación, la residencia en viviendas inadecuadas, la percepción de ingresos monetarios insuficientes y las relacionadas con la residencia en viviendas inadecuadas, la percepción de ingresos monetarios insuficientes y las relacionadas con la residencia en localidades pequeñas (Conapo, 2005).

⁶ Nombre legal de las anteriores delegaciones políticas, ahora demarcaciones territoriales.

⁷ Tales entrevistas se aplicaron en octubre de 2008 a cinco promotores de participación ciudadana de la Subsecretaría de Partici-

pación Ciudadana de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal, en el marco del Diplomado en Participación Ciudadana, organizado por el Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM.

BIBLIOGRAFÍA

- ARATO, Andrew y Jean COHEN, “Esfera pública y sociedad civil”, en *Metapolítica*, vol. 3, núm. 9, enero-marzo. México: Centro de Estudios de Política Comparada.
- ARENDT, Hanna (1993), *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- BARBER, Benjamin R. (1984), *Strong Democracy. Participatory Politics for a New Age*. California: California Press.
- BOBBIO, Norberto (1984), *El futuro de la democracia*. México: FCE.
- BORJA, Jordi (2004), “Espacio público y ciudadanía”, en Néstor García C., *Reabrir espacios públicos, políticas culturales y ciudadanía*. México: Plaza y Valdés / UAM.
- CANTO, Manuel (2005), *Las políticas públicas participativas. Las organizaciones de base y la construcción de espacios públicos de concertación local*. París: IAF.
- COHEN, Joshua y Joel ROGERS (1992), “Secondary Associations and Democratic Governance”, en *Politics and Society*. Massachusetts: MIT.
- COHEN, Joshua (1988), *Secondary Associations and Democratic Governance*. Londres-New York: Verso.
- CONAPO (2005), *Índice de marginación*. México: Consejo Nacional de Población.

- DGPC (2001), *Informe general de trabajo*. Gobierno del Distrito Federal / Secretaría de Desarrollo Social / Dirección General de Participación Ciudadana. México, agosto.
- ____ (2005), *Perfil de la Escuela Ciudadana*. Documento presentado en el Cierre General de la Escuela Ciudadana Nivel II. México, Museo de la Ciudad de México, 10 de diciembre.
- ECKSTEIN, Harry (1966), *A Theory of Stable Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ELSTER, Jon (1998), *Deliberative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FEDOZZI, Luciano (2000), “Participación, esfera pública y co-gestión. Una interpretación del presupuesto participativo basada en el caso de Porto Alegre”, en N. B. Fischer y J. Moll (orgs.), *Por uma nova esfera pública*. Petrópolis: Vozes / Buenos Aires: Flacso. Documento en línea: <www.urbarred.ungs.edu.ar/textos/IGLOM/PM_doc2.pdf>
- FUNG, A. y E. WRIGHT (2003), *Democracia en profundidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- HABERMAS, Jürgen (1996), “Tres modelos de democracia: sobre el concepto de una política deliberativa”, en *Ágora. Cuadernos de Estudios Sociales*, Buenos Aires, pp. 142-173.
- HIRST, Paul (1994), *Associative Democracy. New Forms of Economic and Social Governance*. Cambridge: Polity Press.
- LEY DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA, en *Gaceta Oficial del Distrito Federal*. México, 21 de diciembre de 1998, pp. 31-34; 17 de mayo de 2004, pp. 68-72; 21 de junio de 2005, pp. 25-29.
- MARRAMAO, Giacomo (1988), *Palabra clave “metapolítica”: más allá de los esquemas binarios acción/sistema y comuni-*

- cación/estrategia*, Palacios y Jarauta (editores). Barcelona: Anthropos.
- OLVERA, Alberto, “Apuntes sobre la esfera pública como concepto sociológico”, en *Metapolítica*, vol. 3, núm. 9, enero-marzo. México: Centro de Estudios de Política Comparada.
- PATEMAN, Carole (1970), *Participation and Democratic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RABOTNIKOF, Nora (2004), “Izquierda y derecha: visiones del mundo, opciones de gobierno e identidades políticas”, en Néstor García C., *Reabrir espacios públicos, políticas culturales y ciudadanía*. México: Plaza y Valdés / UAM.
- REQUEJO, Ferran (1998), *Democracia y estado de bienestar*. Barcelona: Ariel.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Jahir (2003), *El presupuesto participativo, defendiendo lo público y construyendo ciudadanía. La experiencia del departamento de Risaralda Colombia*. En línea: <www.eumed.net/libros/2007a/234/indice.htm>. Colombia.
- SÁNCHEZ-MEJORADA, Ma. Cristina (2010), “¿Construcción de ciudadanía? Reflexiones sobre la política de participación ciudadana en la Ciudad de México”, en Ana Treviño y Javier de la Rosa (coords.), *Ciudadanía, espacio público y ciudad*. México: UACM.
- SARTORI, Giovanni (1988), *Teoría de la democracia*. Madrid: Alianza.
- SIGNORELLI, Amalia (2004), “Redefinir lo público desde la ciudad”, en *Reabrir espacios públicos, políticas culturales y ciudadanía*. México: Plaza y Valdés / UAM.
- SPC, Gobierno del Distrito Federal, Subsecretaría de Participación Ciudadana. Página web: <www.dgpc.df.gob.mx/programas/programas.htm>

STEWART, John (2000), “De la innovación democrática a la democracia deliberativa”, en Joan Font (coord), *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: Ariel.

ANEXO

MODIFICACIONES REALIZADAS EN MAYO DE 2004 A LA LEY DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

En la Asamblea Ciudadana se: 1) emitirán opiniones y se evaluarán los programas, las políticas y los servicios públicos aplicados por las autoridades de su Demarcación Territorial y del Gobierno del Distrito Federal; 2) podrá decidir el uso de los recursos públicos destinados por el Gobierno del Distrito Federal y el órgano-político administrativo de la demarcación, correspondientes a programas específicos cuyas reglas de operación así lo establezcan, para lo cual deberán nombrar comités ciudadanos de administración y supervisión; 3) aprobarán diagnósticos y propuestas de desarrollo integral, los que podrán ser tomados en cuenta en la elaboración de los presupuestos correspondientes. Las resoluciones de la Asamblea Ciudadana serán de carácter obligatorio para el Comité Ciudadano, y para los vecinos de la Unidad Territorial que corresponda. Para supervisar el seguimiento de los acuerdos de la Asamblea Ciudadana y evaluar las actividades del Comité Ciudadano se nombrará una Comisión de Vigilancia. La Asamblea Ciudadana podrá ser convocada por: la mayoría calificada del Comité Ciudadano; el Jefe Delegacional correspondiente; el Jefe de Gobierno y el 0.5% de las y los ciudadanos residentes en la Unidad Territorial. Deberá aprobar o modificar el programa general del Comité Ciudadano, así como sus planes de trabajo específicos. Para fomentar y organizar

la participación libre, voluntaria y permanente de los habitantes, vecinos y ciudadanos, en la Asamblea se podrán conformar Comisiones de Apoyo Comunitario, encargadas de temas específicos y coordinadas por el Comité Ciudadano, a través del responsable del área de trabajo de que se trate. El nombramiento y remoción de los integrantes de las comisiones se realizará en una la Asamblea Ciudadana y anualmente deberán rendirle cuentas. Estas Comisiones podrán proponer los programas y proyectos de carácter comunitario y colectivo, así como participar activamente en su instrumentación y efectuar reuniones temáticas con las comisiones de otras Unidades Territoriales, a efecto de intercambiar experiencias y elaborar propuestas de trabajo.

También se establece que el Comité Ciudadano es el órgano de representación ciudadana de la Unidad Territorial y estará conformado por nueve integrantes. La representación será honorífica y el tiempo de duración de los integrantes del Comité será de tres años. El Comité Ciudadano tendrá las siguientes funciones: representar los intereses colectivos de las y los habitantes de la unidad territorial; conocer, integrar, analizar y promover las soluciones a las demandas o propuestas de los vecinos, instrumentar las decisiones de la Asamblea Ciudadana y elaborar programas o proyectos de desarrollo comunitario; dar seguimiento a los acuerdos; supervisar el desarrollo, ejecución de obras, servicios o actividades acordadas por la Asamblea Ciudadana; conocer, evaluar y emitir opinión sobre los programas y servicios públicos prestados por la Administración Pública del Distrito Federal y de las Coordinaciones Territoriales de Seguridad

Pública y Procuración de Justicia; promover la participación y organización democrática y el desarrollo de las actividades de las Comisiones de Apoyo Comunitario; Convocar y presidir las Asambleas Ciudadanas y realizar actividades de capacitación para fomentar y mejorar la participación, así como establecer acuerdos con otros comités ciudadanos para tratar temas de su demarcación.

Para evitar los problemas de integración y funcionamiento, se estableció que la Coordinación Interna del Comité recaería en la planilla con el mayor número de votos, y no tendría el carácter de representación del Comité Ciudadano. El Comité Ciudadano privilegiaría el consenso como método de decisión. Las reuniones del pleno del Comité Ciudadano se efectuarían por lo menos una vez cada quince días, y serían convocadas por la mayoría simple de sus integrantes o por la Coordinación Interna.

Se creó también una instancia de participación para resolver la crítica relativa a la falta de un espacio de deliberación amplia, más allá de cada unidad territorial. El Consejo Ciudadano, sería la instancia de coordinación de los Comités Ciudadanos con las autoridades de la demarcación territorial y con las autoridades del Gobierno del Distrito Federal. El Consejo Ciudadano se integraría con el coordinador interno de cada uno de los Comités Ciudadanos existentes en la Demarcación Territorial. Para el mejor funcionamiento y operación del Consejo Ciudadano, se conformarían equipos de trabajo por tema y/o territorio, considerando, al efecto, la división territorial de cada una de las delegaciones políticas. El Consejo Ciudadano podría: emitir opinión sobre pro-

gramas y políticas a aplicarse e Informar a las autoridades del Distrito Federal y de la Demarcación Territorial sobre los problemas que afecten a sus representados, y proponer soluciones y medidas para mejorar la prestación de los servicios públicos y privados, así como sugerir nuevos servicios; Informar permanentemente a cada uno de los Comités Ciudadanos sobre sus actividades y el cumplimiento de sus acuerdos.

GLOBALIDAD Y DINÁMICAS SOCIO-ESPACIALES

JUVENTUD(ES), IDENTIDAD(ES) Y CIUDAD(ES):
REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LAS SUBJETIVIDADES
JUVENILES Y LOS CONTEXTOS ESPACIO TEMPORALES
QUE SE CRUZAN EN LA CIUDAD DE MÉXICO

MARICELA PORTILLO

¿QUIÉNES SON LOS JÓVENES QUE HABITAN hoy la Ciudad de México? Sabemos que esta pregunta no admite ninguna respuesta fácil. Y por eso nos interesa señalar, por principio de cuentas, que la reflexión que aquí se presenta intenta escapar de cualquier tipo de descripción abarcadora y generalista respecto de la juventud, que está por demás decir, no estaríamos —ni pretendemos estar— en condiciones de realizar. No obstante, entendemos que esa interrogante comporta importantes desafíos que no queremos soslayar. La asumimos como una pregunta de carácter general que motiva la reflexión que aquí presentamos. Asumimos que hay un campo problemático que tiene una agenda de investigación que se nutre de este tipo de inquietudes y que, en ese sentido, la cuestión de las identidades juveniles y su transformación en un mundo cambiante, ocupa un lugar como tema recurrente de la antropología cultural, la sociología y la psicología

social desde hace tiempo. Nosotros nos ubicamos teóricamente, en cierta perspectiva sociocultural iberoamericana que viene trabajando desde hace varias décadas sobre la juventud. Asumimos que cualquier reflexión seria sobre este campo de estudio es necesariamente transdisciplinaria, al menos así lo entendemos nosotros, pero también hay que decir que nuestra formación en comunicación impregna nuestra mirada.

El interés central de este trabajo que aquí presentamos es la problematización de las subjetividades juveniles a partir de los contextos espacio temporales que definen las múltiples maneras en que se experimenta la juventud a inicios de siglo XXI en una megalópolis latinoamericana como la Ciudad de México. De qué manera, a partir de su tránsito y su apropiación de los espacios (físicos y virtuales), van definiendo los sujetos —jóvenes—, sus identidades. El paisaje urbano va siendo modificado por los sujetos que por él transitan. Vista de esta manera, la ciudad se construye a partir de los sujetos que la viven, se la apropian, se la inventan, reinventan y se la imaginan. Proponemos pensar la ciudad desde las subjetividades de los actores sociales que la habitan y la construyen. En ese sentido, pensamos la relación jóvenes-ciudad dialécticamente: los sujetos conforman sus identidades en relación con la ciudad que habitan y, a su vez, la ciudad es ese constructo que ocurre como resultado de las formas de apropiación que estos sujetos hacen del espacio, territorio y los lugares en que transitan.

Este trabajo está estructurado en tres momentos. En el primero desarrollamos la concepción de ciudad, en el segundo la discusión sobre las identidades juveniles en

América Latina y en el tercero desarrollaremos nuestra propuesta analítica y metodológica sobre las culturas juveniles, integrada por cuatro escalas que proponemos para mirar la pluralidad de formas en que se experimenta hoy la juventud en una ciudad como la nuestra, que forzosamente son muchas ciudades en una sola.

PENSAR LA CIUDAD

La pregunta que guía nuestra reflexión es: ¿cómo pensar la ciudad a partir de las subjetividades? El eje central de nuestro trabajo gira en torno a la construcción de las identidades juveniles y desde ahí nos cuestionamos por la ciudad, como espacio en el cual esas identidades se expresan. Asumimos con Reguillo (1996) que, desde los estudios de comunicación, el sujeto es un *sujeto histórico* capaz de intervenir en su realidad y no un mero actor ubicado en el circuito terminal del proceso comunicativo. Y es por eso que interesa cuestionar/interrogar al sujeto: para comprender los procesos socioculturales de la comunicación en los que éste interviene.

La ciudad ha sido pensada en los estudios de comunicación en América Latina desde la década de los ochenta. Ha sido tema recurrente desde entonces y hay una gran cantidad de trabajos que dan cuenta de ello. De manera significativa, destacan las aportaciones de Martín-Barbero, García Canclini, Armando Silva y Guillermo Orozco que, como Reguillo (1996: 80-82) sostiene, son autores clave que han nutrido el debate comunicacional al incorporar la discusión sobre lo urbano. Cabe destacar

también, en este mismo sentido, el trabajo de Cornejo (2007) que problematiza las apropiaciones de la ciudad a partir del análisis de las prácticas significantes (comerciales y simbólicas) que ocurren en los centros comerciales. Y los trabajos realizados en Argentina por las investigadoras Beatriz Sarlo (1994) y Alicia Entel (1996), en donde se incorpora la discusión sobre la ciudad a partir de la comunicación social.

Así pues, proponemos pensar la ciudad como “lugar del acontecimiento cultural y [...] escenario de un efecto imaginario” (Silva, 1997: 19). Esta forma de mirar el espacio urbano como lugar de constitución de lo simbólico en el que los sujetos se reconocen y participan activamente en la definición y redefinición de la cultura, nos permite pensar ese algo que, como diría Rossana Reguillo (1996), “nos es común a pesar de las diferencias”. Ese algo es la ciudad. La vivencia cotidiana de la Ciudad de México, caótica, problemática y contradictoria es campo fértil de observación. Ahí se recrean y negocian los múltiples imaginarios de sus habitantes. En muchas ocasiones, estos imaginarios además de recrearse y negociarse se confrontan. La confrontación es pieza clave de la vivencia en esta ciudad. La ciudad que se anhela, que se evoca, que se marca es, en realidad, muchas ciudades que se expresan a partir de los usos que los sujetos que la habitan hacen de ella. Y es ahí donde podemos observar las confrontaciones, cuando los imaginarios se materializan en prácticas concretas, en usos contrapuestos.

Armando Silva sostiene que “en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico: sus escrituras y repre-

sentaciones”. Si asumimos como válida esta afirmación, es porque hacemos nuestra la definición de este autor, cuando señala que:

Una ciudad, entonces, desde el punto de vista de la construcción imaginaria de lo que representa, debe responder, al menos, por unas condiciones físicas naturales y físicas construidas [...] la representación de una ciudad, pues, no es sólo una imagen urbana que se encuentra en cualquier esquina, sino el resultado de muchos puntos de vista ciudadanos. (Silva, 1997: 20-27)

Y añadiríamos nosotros que la representación de ciudad conlleva, a su vez, una representación determinada de los sujetos que la habitan.

La pregunta aquí sería, entonces: ¿cómo podemos, metodológicamente, abordar la construcción de las identidades juveniles, de acuerdo con esta perspectiva teórica de abordaje que estamos proponiendo? Una posibilidad es transitar/acompañar a los sujetos, a través de los diferentes espacios en los que se mueven en esta ciudad. Entonces, debemos pensar la articulación entre los espacios que conforman hoy las grandes ciudades. Nos interesa distinguir entre espacios físicos; a través de los cuales los sujetos se mueven y transitan en su vida cotidiana; y virtuales, espacios no físicos, a los cuales los sujetos acceden a través de su interacción con las nuevas tecnologías, mismas que les permiten entrar en contacto con otras realidades, construir o mantener redes afectivas, laborales o comerciales. Sabemos que las fronteras espaciales —entre

los mismos espacios físicos y por supuesto los virtuales—son cada vez más difusas. En la Ciudad de México, las fronteras de los espacios físicos son demasiado laxas y, a menudo, los sujetos que habitan estas grandes metrópolis caen en la trampa de experimentar el espacio privado como público o de naturalizar la privatización del espacio público, al cerrar las calles y los vecindarios con vallas y fortalezas, so pretexto de la inseguridad.

Otra trampa, presente en la experiencia de los sujetos en la ciudad, se relaciona con la irrupción de lo público en lo privado. Esta situación es particularmente peligrosa en el momento en el que también la privacidad empieza a vivirse como una nueva forma de participación pública.¹ Y acá nos referimos de manera más específica a las fronteras entre los espacios físicos y virtuales. La dinámica del hogar —espacio privado por excelencia— se ha modificado. La irrupción de las computadoras en casa (y todas las posibilidades que traen consigo) conjuntamente con los medios masivos de comunicación, permiten que la información llegue sin tener que salir. Esto quiere decir que, aunque permanezcamos en casa, no estamos necesariamente aislados, porque estar en casa ya no significa estar ausente. Es ésta una nueva forma de ver y estar en el mundo (Martín-Barbero, 1996).

Esta situación crea algunas situaciones en las que vale la pena que nos detengamos un poco. Más allá de la información que hoy circula por distintos canales y que provoca que los sujetos, aunque estén en casa solos, puedan sentirse acompañados por los mensajes mediáticos que reciben (radio, tv, prensa). Caso aparte es el de internet. Las posibilidades de transitar por espacios

no físicos a través de esta tecnología, *navegar* es el verbo con el que solemos referirnos a la acción de estar interactuando por medio de nuestras computadoras con acceso a la red, nos obliga a replantearnos la concepción misma de espacio.

Hemos dicho que estar en casa ya no puede significar estar ausente. Una persona que tenga acceso a internet en casa no está necesariamente aislada. Puede, en realidad, estar ocurriendo todo lo contrario. Interesa para la reflexión que estamos desarrollando incorporar esta noción de espacialidad, que cobra relevancia en relación con la construcción de las identidades juveniles, eje toral de nuestro trabajo. Nosotros trabajamos con la noción de espacios de comunicación, entendidos como “aquellas construcciones sociales que describen las condiciones para que puedan producirse intercambios entre las personas sin perjuicio de la distancia que las separa” (Kleinsteuber, 2002: 47). Dicho esto, los sujetos transitan en distintos espacios: físicos y no físicos. ¿Cuál es la relevancia de unos y otros en relación con la construcción de las identidades de los jóvenes que habitan hoy la Ciudad de México? Nos interesa entender de qué manera los sujetos incorporan esta experiencia de tránsito entre los espacios en su vida cotidiana.

LA TRANSFORMACIÓN DE LAS IDENTIDADES JUVENILES EN AMÉRICA LATINA

En la Ciudad de México, como en todo el país, hay una fuerte presencia de grupos indígenas.² Y nuestra ciudad

es profundamente clasista. El clasismo que se observa en nuestro país, a su vez, tiene un profundo componente racista. Los indígenas forman parte del paisaje urbano, están en todas las esquinas, en muchas banquetas, deambulan por nuestras calles, pero no se ven. Son cotidianamente invisibilizados. Se aparecen en el discurso oficial a través de determinadas políticas públicas, o como folklore en el discurso mediático de las industrias culturales del entretenimiento, están presentes por supuesto en el Museo de Antropología, son tema incómodo desde 1994 en que estallaron en el escenario nacional con el subcomandante Marcos a la cabeza, dieron la vuelta al mundo con Chiapas como emblema del asunto indígena mexicano e hicieron resonar en todos los rincones aquello de “por un mundo donde quepan muchos mundos”.

No obstante este conocido eslogan zapatista, en esta ciudad *parece que no caben muchas ciudades*. El clasismo con profundos tintes racistas pervive en nuestro país. Muestra de ello son dos acontecimientos recientes con los cuales emergen historias aterradoras de sujetos jóvenes que viven en esta ciudad, pero que son sistemáticamente ignorados e invisibilizados. Es, por un lado, el suceso de la Plaza de Armas en Querétaro (marzo-abril de 2008) y por otro, el caso del *News Divine* (junio de 2008). Ambos acontecimientos tienen un mismo tinte: el proceso de criminalización del sujeto joven perteneciente a sectores populares.

Esta situación se relaciona con la crisis de las instituciones sociales que funcionan como agentes normalizadores de la juventud, que ha dado como resultado un gran número de jóvenes que va quedando marginado del mundo

laboral y académico. Ubicados en una especie de *tierra de nadie*, estos jóvenes en la Ciudad de México cuentan cada vez con menos espacios para reunirse. Como hemos señalado en otro trabajo (Portillo y Corduneanu, 2009), esta situación explota sobre todo a partir de la década de los ochenta en el caso de las grandes ciudades en América Latina. Esto propició que los jóvenes de clases populares se asociaran al mundo de la delincuencia, estigmatizando algunas marcas (atuendo, cabellos, accesorios), territorios (la esquina de la calle y algunos barrios considerados “peligrosos”) y prácticas (en el caso de México, la aparición de las llamadas bandas callejeras y, de ahí, la sustantivación *chavo banda*), que englobaban el submundo marginal de las urbes. Así pues, en los ochenta, suele ser motivo de preocupación en la agenda de investigación de los científicos sociales y en la agenda mediática de los periodistas y los medios de comunicación, aquellos sectores sociales juveniles que protagonizan episodios de violencia callejera. En este sentido, Rossana Reguillo señala que el vínculo que se establece entre la violencia urbana y los sujetos jóvenes coadyuvó a configurar la cultura del miedo en el caso de las grandes urbes latinoamericanas. En la calle, los jóvenes de clases bajas, con poco acceso a la educación y sin trabajo estable, han sido estigmatizados y se han hecho visibles mediáticamente como protagonistas de los grandes relatos de violencia de nuestro tiempo (Reguillo, 2003).

Entonces, por un lado, aparecen estas imágenes de jóvenes criminalizados a través de determinadas políticas públicas y/o acciones de gobierno, difundidas por los medios masivos de comunicación. Y por otro lado, el

proceso de estigmatización de esos jóvenes, provenientes de ciertos sectores populares, provocado por la exacerbación de ciertas imágenes mediáticas, constituye uno de los ejes de análisis cuando hablamos de la construcción de las identidades juveniles en la Ciudad de México en nuestros días. No podemos soslayarlo, obviamente.

Encontramos que frente a determinados procesos de dominación global capitalista que nos llegan *por arriba*, las manifestaciones populares, locales y regionales desbordan *por abajo* un espacio estratégico de resistencia (Martín-Barbero, 1987). En Latinoamérica contamos con una larga historia de encuentros y desencuentros de lo nacional con la identidad. Cuando se privilegia la relación del Estado nacional con un sentido de pertenencia único, el discurso de los gobiernos de nuestras naciones parece percibir un solo modo de ser y, en ese sentido, legitimar una sola identidad. Contradicción tan grande, toda vez que nuestros países han sido conformados al subsumir una gran cantidad de culturas. Hablar de una sola identidad nacional es negar las culturas que nos conforman como nación. No podemos, pues, pensar la identidad en un solo sentido.

Es la ciudad, en un primer momento, el pretexto, como señala Entel (1996), para analizar estos procesos de conformación de las identidades juveniles. Somos conscientes de que este pretexto se convertirá en texto central de análisis cuando intentemos ver la ciudad a partir de las miradas de estos jóvenes que en ella viven. A continuación desarrollamos la categoría de culturas juveniles que nos permitirá pensar, a partir de la articulación entre los ejes temporales y espaciales, este asunto que venimos problematizando.

LAS CULTURAS JUVENILES: ARMANDO
UN ANDAMIAJE ANALÍTICO-METODOLÓGICO PARA MIRAR
LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES JUVENILES

Nos parece sugerente la forma en que el antropólogo catalán Carles Feixa, a partir de la metáfora del reloj, plantea la cuestión de las identidades juveniles en una relación dialéctica con los contextos espacio temporales en que las juventudes se experimentan. Por ello proponemos como marco analítico conceptual para abordar la problemática de las identidades juveniles, la categoría de culturas juveniles desarrollada desde la perspectiva sociocultural de Feixa, quien las define, de una manera amplia, como “experiencias sociales de los jóvenes (que) son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional” (Feixa, 1999: 84). En un sentido restringido, este autor señala que son *microsociedades juveniles*, con grados significativos de autonomía respecto de las instituciones adultas, que se dotan de espacios y tiempos específicos, y que se configuran históricamente en los países occidentales tras la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con grandes procesos de cambio social en el terreno económico, educativo, laboral e ideológico.

Su expresión más visible son un conjunto de estilos juveniles espectaculares, aunque sus efectos se dejan sentir en amplias capas de la juventud (Feixa, 1999: 105). Estas expresiones más visibles de las culturas juveniles a las que se refiere el autor, son las representaciones que sobre los jóvenes promueven con mucha intensidad los

medios de comunicación y las que dotan de color el espacio urbano cuando de jóvenes se habla. Son, puesto en términos del argot periodístico, esas tribus urbanas que están presentes hoy en casi todas las grandes ciudades del mundo. Jóvenes que tienen una particular forma de vestirse, de maquillarse, de usar y portar el cuerpo, el cual ostensiblemente se muestra y utiliza como elemento de pertenencia a un grupo. Los *piercings* y los tatuajes son también elementos llamativos con los que estos jóvenes se marcan. Al ser éste el elemento más visible, los estilos juveniles corren el riesgo de ser el elemento simplificador con que muchos definen a estos grupos. Lo que subyace a estas imágenes juveniles, nutridas de estilos vistosos y llamativos, debe leerse con mucho cuidado. ¿De qué elementos se componen?, ¿a qué procesos identitarios hacen referencia? Los contextos espacio-temporales definen las maneras de ser joven y viceversa. De esta manera, en cada época han existido distintas maneras de vivir la juventud. Actualmente los tiempos y los espacios se difuminan dando como resultado la aparición de unas culturas juveniles emergentes, producto de esta realidad social.

ESCALAS DE OBSERVACIÓN: LA HABITACIÓN,
LA CIUDAD, EL MUNDO GLOBALIZADO

Pensamos en tres escalas que permiten aproximarnos a la observación de distintas configuraciones socioculturales de la juventud en la Ciudad de México. La primera remite al espacio propio de los jóvenes al interior del hogar, su habitación. La segunda hace referencia a la ciu-

dad propiamente, al espacio que los jóvenes viven de esa ciudad, fuera del hogar. La tercera a los contextos espacio temporales. Y la cuarta, a lo que aquí denominamos culturas juveniles globales.

Primera escala: culturas de habitación

Las habitaciones de los jóvenes constituyen un microcosmos en el cual se refugian y marcan con distintos elementos para apropiárselo, dotando a ese espacio de imágenes y artefactos con los cuales se identifican. Comprenden un reducto de la cultura juvenil emergente (Feixa, 2005), pues en ese territorio acontece una cantidad de contactos reales y virtuales que los jóvenes establecen desde ese espacio íntimo que es su habitación. Lo que nos cuestionamos es, por un lado, de qué manera el acceso a la tecnología y/o el equipamiento tecnológico determina esas identidades juveniles. Y, por otro, de qué manera el acceso desigual a la tecnología configura distintas maneras de experimentar la juventud en un país con tantos contrastes, como es el nuestro. Para muestra, aquí van algunos datos (Portillo, 2008):

- La población de México se concentra en entornos urbanos, pues 63.3% vive en las grandes ciudades (México, Guadalajara y Monterrey).
- La población joven del país representa 26.3% de la población en México.
- En Iztapalapa, la localidad más poblada del DF, sólo 28.2% de las viviendas cuenta con una computadora.

- En 2006 sólo 48.3% de los hogares contaba con una línea telefónica.
- Para el mismo año, 20.5% de los hogares tiene computadora.
- Los usuarios, para ese mismo año, representaban 30.4% de la población.
- Los usuarios de internet aumentaron en México de 2001 a 2006. Pasaron de 7.9% a 19.9 por ciento.
- Por rango de edad, destaca el grupo de jóvenes de entre 12 y 17 años de edad que en México representan 29% del total de usuarios de internet para 2006.

Los contrastes en relación al acceso a la tecnología son brutales en México. En ese sentido, la brecha digital complejiza la construcción de las identidades juveniles porque, por un lado, existen jóvenes con pleno acceso a la tecnología, que están comenzando a crear estas *nuevas formas de estar juntos*, como diría Martín-Barbero (1996). Pero, por otro lado, está una gran cantidad de jóvenes para quienes internet es sólo una posibilidad no tan cercana ni central en términos de su vida cotidiana. Los jóvenes *clases medieras* con un equipamiento tecnológico que les permite acceder a internet desde su hogar, suelen poseer también un espacio físico en sus propias casas. Situación que no suele ocurrir con los jóvenes *desenchufados*, quienes, sin acceso a internet en sus casas, sin computadora y sin habitación propia, experimentan una realidad bastante diferente de los enchufados.

*Segunda escala: cartografías simbólicas
de la ciudad vivida por los jóvenes*

Proponemos la incursión etnográfica como método que nos permitirá recuperar este tránsito de los sujetos por su ciudad, con lo cual intentaremos elaborar una suerte de cartografía simbólica (Silva, 1997) que pueda ayudarnos a definir las ciudades que coexisten en esto que denominamos Distrito Federal.

La elaboración de croquis urbanos de la Ciudad de México permitirá, a partir de las narrativas de los jóvenes que hoy habitan esta ciudad, dar cuenta de la representación de los “límites evocativos o metafóricos, aquellos de un territorio que no admite puntos precisos de corte por su expresión de sentimientos colectivos o de profunda subjetividad social” (Silva, 1997: 50). Los croquis son la representación de los territorios dentro de la perspectiva sociocultural de Armando Silva, en la cual nos estamos basando. Los territorios, para este autor, son representaciones simbólicas que los sujetos hacen a partir de determinados usos y evocaciones del espacio que habitan.

Estamos asumiendo la comprensión del territorio en una escala *grupal*, que como diría Rossana Reguillo, es

el espacio próximo en el que un grupo habita, privilegiando las formas en que los actores usan y entienden ese territorio. En esa escala interesa la participación activa de los sujetos sociales en la construcción-apropiación del espacio, sujeta a múltiples mediaciones de carácter social, cultural y cognitivas. (Reguillo, 1996: 77)

Siguiendo a esta autora, proponemos pensar la ciudad ya no como “un mero horizonte espacial o como un imperativo territorial [... sino ...] pensarla como ese espacio pluridimensional en el que coexisten identidades y proyectos diferenciados” (Reguillo, 1996: 76).

Tercera escala: las culturas juveniles en la Ciudad de México: temporalidades y espacialidades que coexisten en la urbe

Los jóvenes habitan un mundo marcado por temporalidades y espacialidades complejas, que se han transformado y están transformando hoy en día las maneras de ser joven. Feixa (2001) propone recurrir a la metáfora del reloj para medir el acceso de los jóvenes a la vida adulta. Esta metáfora es útil para observar cómo se entretajan las dinámicas sociales e históricas en la conformación de unas identidades juveniles que caracterizan una época. A partir del esquema de Mead (1971), Feixa reflexiona sobre la medida de los tiempos en estos tres tipos de sociedades: culturas posfigurativas, que corresponden con las sociedades primitivas; las culturas cofigurativas, correspondientes a las civilizaciones estatales y las culturas prefigurativas que surgen a finales de los años sesenta. El reloj de cada una de estas culturas estaría expresando la conexión que se establece entre las condiciones sociales e imágenes culturales y se traduce en diferentes modalidades de tránsito. Correspondería a cada una un rito simbolizador de cada etapa: el rito de paso para la cultura posfigurativa, el rito de cuerda para

la configurativa y el rito de holosección para la cultura prefigurativa (Feixa, 2001: 10).

El reloj de arena, basado en una concepción natural de los tiempos, correspondería a un tipo de cultura posfigurativa en donde persiste una idea cíclica del tiempo. Ahí las condiciones sociales: edad, sexo, linaje, lugar de origen; marcan los ritos de paso. Estos definen el tránsito de la pubertad a la vida adulta a partir del trabajo, el matrimonio o la reproducción. Son tiempos cíclicos, que corresponden a espacios locales y que se caracterizan por la reproducción social (Feixa, 2001: 11-14). El reloj analógico, está basado en una concepción lineal del tiempo y corresponde a un tipo de cultura configurativa. Las condiciones sociales están relacionadas con la generación, el género, la clase y la etnicidad. Esta medida del tiempo está asociada al Estado-nación, en donde la familia continúa configurando las culturas parentales. Por otro lado, la cultura hegemónica se expresa, sobre todo, a partir de la escuela y del trabajo: los dos grandes estructuradores de la juventud, generadores de roles sociales y marcadores de los ritos de paso. Aquí prevalece la concepción mecánica de la juventud que se basa fundamentalmente en un mecanismo de inserción social (Feixa, 2001: 15-20). Finalmente, el reloj digital se ha impuesto desde el segundo tercio del siglo XX y tiene que ver con la emergencia de la sociedad informacional (Castells, 1996) o posmoderna (Lyotard, 2000) y una de sus principales transformaciones tiene que ver con la emergencia del espacio virtual. Es un contexto caracterizado por la diversificación entre los individuos, la indefinición en la apariencia de las generaciones (los jó-

venes que quieren ser adultos o los adultos que quieren permanecer siempre jóvenes), la destemporalización generacional que da como resultado los no sucesos y los no lugares, las clases sociales se “desclasas” (ya no es sólo el capital económico el que define a un grupo social, sino cada vez más el capital cultural como diría Bourdieu), la emergencia del espacio global o ciberespacio. Aquí las condiciones sociales dejan de ser estructuras, para ser redes más dúctiles, en donde persiste una concepción digital del tiempo (pendular, irregular, discontinuo) que se despliega en un espacio global (transnacional o ciberespacial). Emerge una visión “virtual de la edad” que se caracteriza por el nomadismo social que se representa en el tránsito y el intercambio constante de los roles y los estatus generacionales (Feixa, 2001: 20-26).

La metáfora del reloj de Feixa no pretende describir de manera lineal, ni siquiera prefigurar distintas etapas consecutivas en que pueden observarse las transformaciones en la juventud. Más bien propone la coexistencia de estas temporalidades en las culturas juveniles actuales. La pregunta aquí sería de qué manera se superponen. En qué momento los jóvenes echan a andar su reloj de arena, cuando los tiempos de la tradición y las culturas ancestrales se imponen; en qué otros echan a andar su reloj analógico, en qué espacios los ritos de paso siguen funcionando y en qué espacios también las instituciones siguen marcando los tiempos de ocio y los tiempos productivos; finalmente, en qué momento echan a andar su reloj digital, cuando las señales de que el futuro ha llegado se observan a partir sobre todo de la incorporación de

las nuevas tecnologías a su vida cotidiana, prefigurando esas culturas juveniles globales, jóvenes conectados e incorporados a una suerte de aldea global a la McLuhan, con acceso a una oferta cultural común y con redes afectivas construidas en lugares distantes, con la experiencia en tiempos y espacios trastocada.

Cuarta escala: culturas juveniles globales

¿Se pueden pensar las culturas juveniles globalmente? Según algunos autores, los jóvenes son, desde los años sesenta, de los primeros grupos sociales en globalizarse (Feixa, 2001) o que pueden ser pensados globalmente (Ortiz, 1997). Lo que estos autores plantean es que algunos elementos que definen a las culturas juveniles van a dejar de constituirse de acuerdo con patrones locales y van a comenzar a hacerlo con lenguajes globales, como la moda y la música. Indudablemente, en este proceso, las industrias culturales juegan un papel fundamental, ya que ponen a circular contenidos, imágenes, y, en general, una oferta cultural que puede ser consumida en el mundo entero gracias a las posibilidades tecnológicas que hoy existen.

Ahora bien, entendemos que una cosa es que esta oferta cultural global se instale en el *mainstream* y sea potencialmente accesible a todos los jóvenes y otra cosa es que este acceso sea efectivamente “real” para todos los jóvenes. Eso por un lado, por otro, la pregunta sería en torno al consumo simbólico diferenciado y al significado que los sujetos le otorguen a ese bien cultural.

Una de las características que suele definir a las sociedades contemporáneas es la tensión existente entre los fenómenos globales y locales, en donde ambos extremos se definen mutuamente. A este efecto global-local de mutua determinación, Robertson (2005) lo ha llamado *glocalization*. Este concepto suele ser útil para definir estas dos tensiones que poseen una raíz común y sólo pueden concebirse en relación. Se trata de entender, como dice Screberny-Mohammadi (1991), que existen tensiones entre la fuerza centrífuga de globalización (homogeneizar) y la fuerza centrípeta de lo local (heterogeneizar).

La primera se referiría, en el caso que ahora nos ocupa, a la oferta cultural que tiende a la homogeneización: formatos, letras, imágenes, contenidos televisivos que suelen repetirse incansablemente. Pero, por otro lado, la fuerza centrípeta se deja sentir en términos del consumo diferenciado, apropiaciones locales, manifestaciones culturales de ámbito regional o local también que permanecen, se transforman o se expresan en lo que García Canclini denomina culturas híbridas.

Las culturas juveniles globales están presentes en ciertos estilos de consumo, que se hacen visibles en la estética, la facha, en la moda, en la forma de portar/intervenir el cuerpo, ciertas afinidades musicales, que luego se traducen, a su vez, en prácticas sociales que comparthen ciertos grupos de jóvenes que conforman una parecida escena urbana en las grandes ciudades del mundo. Jóvenes que uno podría ver circulando por parecidos circuitos de ocio y entretenimiento, en la Ciudad de México, Buenos Aires, Madrid, Berlín o Barcelona.

PARA CERRAR...

¿Quiénes son los jóvenes de la Ciudad de México? Con esta pregunta abrimos este texto y con ella cerramos. Pensamos que cualquier respuesta a esta pregunta debe, necesariamente, tomar en cuenta los contextos espacio temporales en que los jóvenes se ven inmersos. La imbricación de tiempos que están en marcha en una ciudad como la nuestra, donde convergen tradición, presente en los rituales, las costumbres, el folclore y en cierto tipo de religiosidad; modernidad y posmodernidad que se deja sentir en ciertas zonas de la ciudad, en el acceso a la tecnología, en las plataformas digitales que amenazan con desplazar a las analógicas que aún no se han ido del todo, pero que han llegado ya, avisándonos que el futuro ha llegado. Los jóvenes, como diría Martín-Barbero, auténticos migrantes en el tiempo, habitan-do esta ciudad que son muchas, están construyendo sus identidades a partir del tránsito en distintos espacios físicos y virtuales. Van además construyendo, en este mismo tránsito, una ciudad que nos plantea siempre nuevas interrogantes. No hay otra forma de aprehender las juventudes sino a partir de las ciudades en que éstas transcurren. Como tampoco hay manera de entender la ciudad, sino a partir de los sujetos que la viven y las mentes que la imaginan.

NOTAS

¹ Hay severas críticas a este respecto. Ya los funcionalistas apuntan lo que denominan efecto narcotizante de los medios como una disfunción en la que “el exceso de informaciones puede llevar a un repliegue sobre lo privado, a la esfera de las propias experiencias y relaciones sobre la que se puede ejercer un control más adecuado [...] El ciudadano interesado e informado puede sentirse satisfecho por todo lo que sabe sin darse cuenta de que se abstiene de decidir y de actuar [...] Llega a confundir el conocer los problemas diarios con el hacer algo al respecto” (Wolf, 1985: 75).

² Los últimos censos registran hablantes de por lo menos 24 diferentes lenguas indígenas. Destacan por su número los nahuas, zapotecos, mixtecos, otomíes y mazahuas. Si bien la presencia indígena en la Ciudad de México fue de gran importancia desde la fundación de la ciudad colonial, con el paso del tiempo esta población se fue integrando al proceso de urbanización de la ciudad, aunque la organización de los antiguos pueblos y barrios indígenas logró sobrevivir. Sin embargo, durante el siglo xx, y sobre todo a partir de los años 40, se intensifica la migración de campesinos que llegan a la ciudad en busca de ingresos y un mejor nivel de vida. (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, en línea: <www.e-mexico.gob.mx>, consulta: 15 de julio, 2008).

BIBLIOGRAFÍA

- CASTELLS, Manuel (1996), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. 1. Madrid: Alianza.
- CORNEJO, Inés (2007), *El lugar de los encuentros. Comunicación y cultura en un centro comercial*. México: UIA.
- ENTEL, Alicia (1996), *La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana*. Buenos Aires: Paidós.

- FEIXA, Carles (1999), *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- _____ (2001), *Generación @: La joventut al segle XXI*, Aportacions 12, Generalitat de Catalunya, Departament de la Presidència, Secretaria General de Joventut, Barcelona.
- _____ (2005), “La habitación de los adolescentes”, en *Papeles del CEIC*, núm. 16, mayo, España.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- KLEINSTEUBER, Hans J. (2002), “El surgimiento del ciberespacio: la palabra y la realidad” en José Vidal Beneyto (dir.), *La ventana global*. Madrid: Taurus.
- LYOTARD, Jean-François (2000), *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1996), “De la ciudad mediada a la ciudad virtual, transformaciones radicales en marcha”, en *Telos*, núm. 44, España, diciembre-febrero.
- _____ (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- _____ (1995), “Secularización, desencanto y reencantamiento massmediático”, en *Diálogos*, núm. 41, Felafacs, Lima, Perú, marzo.
- MEAD, Margaret (1971), *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Laia.
- ORTIZ, Renato (1997), “La modernidad-mundo. Nuevos referentes para la construcción de las identidades colectivas”, en *Telos*, núm. 49, España, marzo-mayo.
- PORTILLO, Maricela (2008), “Informe México sobre industrias de contenido”, en Cossette Castro (coord.), *Industrias de contenido en Latinoamérica*. CEPAL.

- PORTILLO, Maricela e Isabela CORDUNEANU (2009), “Panorama de los estudios de juventud y comunicación”, en Aimee Vega (coord.), *La comunicación en México. Una agenda de investigación*. México: UNAM / CEIICH / UJAT / UABC / AMIC.
- REGUILLO, Rossana (1996), *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / UIA.
- (2003), *Violencias y después culturas en reconfiguración y ¿Guerreros o ciudadanos? Violencia(s) una cartografía de las interacciones urbanas* (mimeo), México.
- ROBERTSON, Roland (2005), “Glocalization: time-space and homogeneity-heterogeneity”, en Mike Featherstone, Scott Lash, Roland Robertson (eds.), *Global Modernities*. Londres: Sage Publications.
- SARLO, Beatriz (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- SREBERNY-MOAMMADED, Annabelle (1991), “The Global and the Local in International Communications”, en Curran y Gurevitch (eds.), *Mass Media and Society*. Londres: Edward Arnold London,
- SILVA, Armando (1997), *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Norma.
- WOLF, Mauro (1985), *La investigación de la comunicación de masas*. México: Paidós.

HIP-HOP CULTURE PERCEIVING AND CHANGING THE CITY

SUSANNE STEMMLER

TODAY, HIP-HOP IS ONE OF THE MOST successful youth cultures and part of the everyday life of millions of young people. The various forms of expression of Hip-Hop culture can be traced back to a specific urban situation: the transcultural and social processes in New York's African-American and Latino neighbourhoods in the late 70ies. Today Hip-Hop is no longer exclusively an expression of an Afro-American identity but part of a worldwide protest movement – one might call it a protest movement, but in a particular, more “virtual” sense. There is a global, urban Hip-Hop culture which gets its main impulses from the transatlantic exchange and transfer. It is part of the “Black Atlantic”, as a system of historic, cultural, linguistic and political interaction and communication that has its origins in the process of slavery (Gilroy, 2004: 13). In Europe, this has led to the development of specific forms during the last two decades which are connected by one aspect: Hip-Hop can be understood as an articulation of local conflicts and

can have an integrative function for ethnic minorities. It arises from migration and the coming together of different cultures, whose amalgamation enables new cultural codes. Hip-Hop culture negotiates urban conflicts and its specific articulations are acts of intervention in urban space.

I would like to argue, that because of its specific aesthetics Hip-Hop has become a form of protest against urban crisis, social fragmentation and racial or ethnical segregation. This is not the mainstream Hip-Hop that is shown at MTV, it is more an underground transnational network, rooted in the African-American experience but transformed into a global idiom. In order to show this, I will briefly introduce Hip-Hop culture and its different form of expression in a first step (1). Then, I will have a closer look at Hip-Hop cultures in the three very different urban settings of New York, Paris and Berlin (2). While New York celebrates the 35th anniversary of this culture with Hop-Hop-Honors week in 2009, the movement was taken up in Paris only during the late 80ies. In Paris' suburbs there is a diverse and political Hip-Hop movement contributing to the specific cultural codes of the *banlieue*. Hip-hop is introduced to Germany in the late 80ies, but had its important impact in Berlin's ethnic neighbourhoods in the early 90ies until today. My third point and conclusion will sum up Hip-Hop's most important aesthetic features that make it so participatory and encompassing (3).

WHAT IS HIP-HOP CULTURE?

Hip-Hop combines various elements of African-American popular culture which are connected with a specific place: the South Bronx. Hip-Hop used to be a verbal musical performance that has defined a community (Norfleet, 1997). From the beginnings until today, this culture is in constant change, to the extent that there is no static object called Hip-Hop: “One cannot say what hip hop culture is; one can only explain the process by which it changes” (Pihel, 1996: 252). One important aspect of this process is the transformation of New York City into a post-industrial city from the 60s onwards (Rose, 1994: 21). But there are plenty of different narratives of Hip-Hop’s origins: Historically Hip-Hop is considered a legacy from slavery, technically, a result of the Jamaican sound system and the innovations of DJing and Sampling (Rose, 1994: 51-52; Mitchell, 2001: 4), aesthetically, an invention by a group of lyricists called *The Last Poets*. The contribution of different races and ethnic communities in the US is highlighted with different emphasis, be it the Latino and especially the Puerto Rican immigrants in New York (Flores, 2000; Rivera, 2001, 2003) or the strong African-American community (Rose, 1994) or a mixture of both. These narrations all belong to a crossover of reality, oral history and autobiographical re-constructions. Its practice is often divided into four main aspects, rap, DJ-ing, dance and graffiti that are sometimes overlapping each other.

First of all, there is rap music, originally an expression that “prioritizes [...] voices from the margins of urban

America. Rap ('to rap' means 'to beat') music is a form of rhymed storytelling accompanied by highly rhythmic, electronically based music" (Rose, 1994: 2). Lyrics and rhythm are inseparable and take up Afro-American oral traditions but also Dadaist puns, nonsense-verses which deconstruct meaning and play with the poetical functions of language. Raps are told in competitive "battles" in ever-changing slang and refer to black cultural figures by using puns ("the dirty dozens") and quotes from songs or films which are part of the African-American contribution to US popular culture. In the beginning many women were involved, it is only later with increasing success and the development of a mainstream that rap music has turned out to be male dominated and often misogynistic. In the rituals of live performances, the rapper originally had the function of a mediator (Master of Ceremony, MC) between music and audience, who talked to encourage people to dance. His function became more and more important and developed into the independent role of a commentator or storyteller. Until today, most of the rappers consider themselves as MCs.

Secondly, the technical innovations of DJ-ing add rhythm and beats. Hip-Hop is characterized by "bricolage": the cut-and-paste principle which seems to be characteristic for contemporary cultures of globalization. This challenges the opposition of "quotation" and original in high culture by attacking the notion of originality itself, and problematizes the legal concept of "property". Other technical innovations of rap music are breakbeats, scratching and human beat-boxing. Sampling was created by DJs who recontextualized bits and pieces of mu-

sic in new combinations. *Public Enemy*, one of the most successful rap groups of the 80s and 90s, use Diana Ross' soul voice in "Yeah, Yeah", half a second of Bob Marley's "Don't give up the fight" as well as extracts of a speech by Martin Luther King for the beginning of their song "Party for your right to fight". "The coded familiarity of rhythms and hooks that rap samples from other black music especially funk and soul music, carries with it the power of black collective memory" (Kage, 2002: 52). But there are not only quotations of melody, rhythm or text. There also is "noise", that often consists of urban sound. The extra-musical sounds which are used, however, do not qualify as noise, because they may be interpreted as indices of place: gunshots, ambulance sirens or traffic noise are cited as signifiers of urban soundscapes. Rose characterizes these principles as part of a "syncretic process [that] is especially apparent in the relationship between orality and technology and its production of orally derived communal narratives via sampling equipment" (Rose, 1994: xv).

Thirdly, there is expression of the body: in addition to voice and gestures the fluent moves of Hip-Hop dance (breakdance, smurf etc.) are characterized by a unique body language. B-Boys und B-Girls were those men and women dancing during the breaks (=B) of the beats. Their freestyle dance overcomes horizontal boundaries. Dancers conquer space with *backspins*, *head spins* und *posings* (Gaunt, 1998: 277). The movements are often inspired by Capoeira-Dance or martial arts – and are sometimes considered to represent symbolic fights between gangs. By this, Hip-Hop produces real or virtual spaces in the

urban landscape, where peers are confronted with each other (Boucher, 2002: 71). Urban violence maybe 'compensated' by Hip-Hop, at least this insight is the motivation for street workers and even police to use this as pedagogical tool in so called "difficult" urban areas.

Finally, the visual aspects must be mentioned: with their different styles graffiti and tags are "iconic texts" which give new meaning and visibility to the "non-places" (Augé, 1992) of the city. Graffiti blur image and letters and undermine the power of representation and its hierarchies. They are often sprayed on already existing structures on the walls and by this, create an urban palimpsest. They connect with the history of a city. Therefore memorials and public spaces are privileged areas for graffiti artists.

Furthermore, Hip-Hop culture is generally marked by its strong presence in media (TV, radio, commercials) and fashion; the medialization of Hip-Hop itself is a driving force of its constant change. Rappers constantly fight for the control of their image. Hip-hop is all about visual and aural agency.

THE URBAN CONTEXT: BERLIN, NEW YORK, PARIS

Major differences separate the circumstances of an underprivileged urban America of the relatively wealthy, monocultural youth who formed the main body of German pop music consumers in 1983, when Hip-Hop arrived in Germany. These discontinuities are recognized by rappers in the early 90ies:

the Americans are not united by hip hop, but rather by the fact that they are black, and through this alone they manage to establish a community. [...] it is not about hip hop, it is about blackness. That is the identification point for them. Here, the identification point is hip hop. (Penay, 2001: 112)

In contrast to New York, where the ghetto kids via hip-hop try to achieve a breakthrough into the culture scene of white America, today youth from all social and ethnic groups belong to the Hip-Hop movement in Berlin (Henkel and Wollf, 1996: 53). Before giving a picture of the Berlin setting I briefly would like to mention the settings in New York and Paris. These metropolises are in constant exchange of global and local forms of Hip-Hop cultures. They are different yet interconnected with Berlin and help us to understand the specific situation in Berlin.

During the last four or five years, it has become increasingly popular in parts of the Bronx, of Brooklyn and East Harlem to listen to rap in Spanish or Spanglish and to Reggaetón, a genre of rap based on Puerto Rican Reggae and Jamaican Dancehall. Reggaetón is a colonial vernacular of already transnational communities in the Caribbean (that started with *La Familia*, *Wu Tang Latino* and *Daddy Yankee* among others). “Mexican, Puertorican, Cuban and other Spanish-speaking rappers [...] began developing bilingual raps and made lyrical bridges between Chicano and black styles” (Rose, 1994: 59). Hispanic rap contributes to the making of very spe-

cific “Nuyorican” soundscape (Stemmler, 2007a). The Puerto Rico immigrant’s experience prefigured the transnational quality of the Latin presence in New York. By this, the Caribbean diasporic communities are a source of creative cultural innovation (Flores, 2004: 283). They create linguistic and musical hybrids which renew the rap movement. Latin rappers or Reggaetón artists from the US East and West coast give concerts in Spain, sometimes performing together, and Puerto-Ricans relate to their “Afro-diasporic Caribbean latinidad” (Rivera, 2001: 255). The “latinization” of Rap in the US shows the transferability of this musical form that can be easily accessed all over the world as an “open source”. Today, performers of latin rap travel “back” to Spain, the former colonizer of the New World, and find a new audience. Since the census of 2000 Latinos – far from being a homogenous group – represent the largest “minority” in the US. Rap in Spanish very often is a protest against their discrimination on the job market, Latino Rappers in New York criticize the treatment of illegal immigrants at US-Mexican border. By taking up an African-American idiom of protest they connect – in an often very ambivalent way – to the situation of being “Black” in the US and establish new communities of resistance against “white corporate America”.

“It’s not the fall that kills, it’s the sudden stop” says the off-screen narrator in Mathieu Kassovitz’ *La Haine/Hate* (1995), a documentary style movie on a revolting Paris suburb. Last fall, ten years later, journalists in different international newspapers referred to this film to describe the riots in France’s multicultural suburbs. It

is in this *banlieue* where the majority of France's second generation Muslim immigrants live, often with a French passport but not considered as being French. The "decline" of the urban infrastructure in the *banlieue* is seen as a continuing process of change from planning in the 70ies and 80ies to the "hot neighborhoods" in the 90ies. "Banned" to the periphery (which is the literal translation of the term "ban-lieu") they represent the "fall" of urban politics. Indeed, people from the *banlieue* have hardly a chance to succeed in the French elitist and racist society that pretends to be "equal" with regards to the Republican tradition. They feel rejected by traditional French society, whose concept of French identity remains rooted in French Revolution. Beyond this, the media created an image of dangerous, jungle-like eternal ghetto that is perpetuated in the description of the "sudden stop", the outburst of violence among young people today. The allusions to "the Bronx burning" and the violent US-gangsta-rapper stereotypes (Sokol, 2007) in the media are striking and doubtful – they establish analogies that *La Haine* has already criticized. In a very paradox way, French commentators and politicians have labeled rap an incitement to violence (Stemmler, 2005: 2007b).

What is ignored is that the French *banlieue* represents as a multicultural urban arena, where space is appropriated by practices of everyday life that may be best described with Hip-Hop. With its embodied and ironic forms of expression this culture has become the "loud-speaker" of protest of a young multi-racial generation. Thanks to a 40% quota for French speaking music in the

radio stations rap has become a specific genre in France. Its rhymed storytelling has created a highly coded language that reflects violence within the society. A codified language (“verlan”) and the integration of Arabic vocabulary make rap hard to understand for outsiders. This adaptation of African-American art that has its origins in the South Bronx has become a model of “urbanity” for many North and West-African, French speaking cities where most of the people in the French suburbs come from. Rappers consider themselves in the tradition of the ideals of French Revolution (Hüser, 2004: 235). Graffiti is part of marking and reclaiming public space as well as street dance. Marking territories with *graffiti* and *tags* – often seen as the starting point for violence – which nobody in the “centre-ville” can understand makes young people visible within the city. Especially rap music can be seen as *the* youth culture that reflects everyday life not only in the *banlieue* but as well among students in the center – a rap song, “La Boulette – Génération Non Non”, by female Rapper Diams became the anthem of the latest student movement in Paris.

Berlin has a vibrant Hip Hop scene – it takes some time to discover it because the new forms and innovations take place in more in the underground than in the mainstream that is often represented by Bushido, the former *Aggro Berlin* label and Sido. Without all the places, the clubs, the temporary spaces within the city it would not exist. Without the studios, productions and labels there would not be the specific “sound of a city”. Berlin is not a segregated city like many US-Americans are. Hence *communities* are more closed and the term *inner city*, desig-

nating run down city *centers* very often has become a synonym for Hip-Hop in the U. S. The European city center is different and so is the notion of the “Ghetto”. It is less real but important in its imaginary dimension. Within the urban geography of today’s Berlin the ethnic neighborhoods are in the heart of the city. This is a major difference with the French setting – French Rappers are attached to their specific neighborhoods, their crew names often consist of the car code of a Parisian *banlieue*, for example “93”. In Paris Rap music is created in the periphery of the city, far away from the city center.

Interestingly enough, there are many immigrants or children of immigrants in Berlin that have appropriated an African American or Latino style from the U. S. as a country with a less intensive colonial history and a totally different history of immigration the situation in Berlin is very different from Paris or New York. Berlin’s Turkish young immigrant population was the first work on the new style (first in English, than in Turkish and German), in the late 80ies and beginning of the 90ies. In the history of Hip-Hop in Germany the crews were of mixed-ethnicity in the beginning – Afro-German, Italian-German, or German-Turkish (e. g. Cartel, Islamic Force). They adopted first Breakdance, than later rap music. Berlin is a specific case, because the important centers for Hip-Hop in Germany in the early days were in the Rhine area with its many U. S. military bases where the African American GIs brought their music to the clubs of Heidelberg, Mannheim and Stuttgart. In the beginning they were rapping in English, then later in German and Turkish.

Born and raised in Germany the young immigrants are situated between the legally formulated discourses of two nation states (Turkey and Germany) and at the same time their parent's nostalgic narratives of the homeland (Yildiz, 2005: 7). Their parents had a temporal status as "guestworker", according to the initial treaty with Turkey in 1961. Their families had strong ties to their home countries Turkey, Italy, Greece, Portugal. Turks represent the largest ethnic minority in Germany with more than 2.5 Millions and Berlin has a Turkish population of about 130 000 in addition to 30 000 Germans with Turkish background, living especially in the neighborhoods of Kreuzberg and Neukölln. With the fall of the wall in Germany and reunification the situation for Turkish youth changed completely: Suddenly Kreuzberg was no longer at the periphery but in the centre of the city, that became soon the "New Berlin", Germany's new capital. After the racist attacks in Solingen und Mölln in the beginning of the 90ies Turkish-German urban youth found themselves as left out of history – the debate about the re-united Germany does not shape the vision of an ethnically pluralistic society (Çil, 2007). There was a shift to a "nationalist" movement in rap (Loh and Güngör, 2002). The young Turkish second generation with its double experience of diaspora (from anatolia's rural areas to Istanbul, from Istanbul to Berlin) were the lost again. They identified with a culture that is not all rooted in the heritage of their parents. It is based on African-American cultural models they never experienced but that seem to fit as a means of expression. Feridun Zaimoglu, a Turkish

author living in Germany refers to his rap-style writing with “Kanak Attak”. By taking up the expression “Kanak” the German racist term for Turks he refers to the stereotype (as *Public Enemy* or *NWA* did a lot) and opens new meanings beyond the ambivalent feeling of attraction and rejection which underlies racism. Apart from language game, sampling is important for cultural “translations” of protest formulas: For example, in samples, Turkish-German rappers refer to Turkish heroes of the 70ies liberation music like *Bariş Manço* – which *Erci E* calls “the James Brown of Turkish rap” (Kaya, 2001: 198). By this, “traditional” elements of Anatolian culture were incorporated.

Today, Hip-Hop venues for underground live performances in Berlin are places where different ethnicities mix, as MC *David Devilist* from the community centre *Kreuzberger Musikalische Aktion* puts it. And this seems to be an exception in a city that until today is divided not only between East and West, but as well in terms of ethnicity: immigrants from former West-Berlin don’t go easily to venues in East Berlin, too often they are afraid of Neo-Nazi attacks (as Berlin based francophone Rappers *Al Hassan* from *Moabeat* says).

The linguistic situation in Berlin is also very different from New York or Paris – Turkish immigrants had first to learn German when they came. Today children of Turkish immigrants born in Germany speak better German than Turkish, and even speak a third language like Kurdish, Lingalo, French or English. Within urban space the Turkish language for example (we could also refer to Arabic or Kurdish) has a minority status. It is pos-

sible to create you own language without the German-speaking majority understanding it. Within Rap this can be compared with the *verlan*-tradition in the *banlieue* that creates a new urban youth language that no outsider understands. In recent times there a new immigrants coming to live and work in Berlin from Congo, Senegal, Brazil, Columbia or Angola that find themselves in a totally new linguistic situation. In their performances they bring in Portuguese like the Brazilian female MC Sol from or the Angolan rapper DiamondDog. This new generation performs with new stars of the Berlin underground scene like Turkish-German MC Chefket – winner and host of the monthly Freestyle contest “End of the week” that takes place monthly in Berlin, but also in Paris and New York. They are all familiar with bi- or multilingual rap and experiment with a new language when arriving in Berlin – the German language. Since Rap is based on the specific *flow* and puns these MCs transform and change German language in a very creative form with their lyrics that we might call “Multisprech” – “Multitalk”, like *Spanglish* or “Kanak Sprak”. Language mixing or code switching becomes crucial and takes up other urban arts like graffiti or tagging in a synaesthetic way. By this, differences with the majority society that often stay invisible can be made audible in urban space. This becomes is obvious in an Internet Forum, the Hip-Hop Magazin MZEE:¹

MC Ayem: “Hey folks, I have no idea in which language I should rap, in Turkish or German. I have to decide myself”.

Haka N: "İki dil de iyidir. Both languages. Turkish has quite the flow. German will be understood by more people".

KatastrophaL. "In both languages! Always like you feel! peace".

HIP-HOP AS A TRANSLOCAL URBAN NETWORK

In the U. S. Jazz has been a field for experimentation beyond the boundaries of ethnic, nation or social prejudices, as Ueli Bernays (2002) has pointed out in the *Neue Zürcher Zeitung*. I would like to conclude that this is true for Hip-Hop today that functions beyond ethnic boundaries and formulates the conditions of life or an oppositional position within the mainstream urban surrounding. Johannes Erdmann, a Berlin based underground MC who performs as Joedas $E = Mc^2$ puts it quite well: "If people of different class perform together, it is less a question of ethnicity than of an attitude". Rap music represents a process of "bastardisation", that occurs in the urban zones of cultural contact (Pratt, 1991) that is so well expressed on the Sampler *Barcelona zona bastarda* (2002). It turns the position of a minority into something positive and by this subverts the norms of a society that is expressed in the norms of urban space. In order not to be too idealistic it has to be pointed out that on the practical and performative level this inclusiveness may turn into new exclusions within e.g. in regard to women or homosexuals. Especially for a young generation of men and women urban space is

a contested space that has to be negotiated. The South Bronx based artist Wanda Raimundi Ortiz formulates: “Hip Hop [...] is a zone, means a special multilayered space where music, dance and visual arts meet”.² The depiction of Hip-Hop as a zone points out the spatial dimension of a practice of resistance: Hip-Hop creates new spaces in the city.

Hip-Hop might be considered as a temporary form of connectivity with a community, a translocal network that exists between New York and Latin American Cities as well between Berlin and Istanbul or Paris and its former colonies. “Home” seems to be the habitual practice of mobility itself, a symbolic habitat, a performative way of life. Hip-Hop culture offers an experience of being connected with a global culture on the very local level. Why? – because of its participatory aesthetics. Hip-Hop is not an organized protest movement. It is more a virtual community, more a “cry” in the city than an argument – if you think of graffiti (Milon, 1999) –, a longing for visibility and audibility in a majority society. It is a Sampling, tagging and signifying are Hip-Hop’s paradigmatic impulses, and may be called a *lingua franca* of 21st century (Tate, 2005: 4). According to Arthur Jafa, the aesthetics of Hip-Hop is characterized by “flow, layering and ruptures in line” (Rose, 1994: 38, 21-61). This might be a linking element between its different forms of expression. Scratch consists of sound, repetition and rupture. This opening for new meanings is a crucial tool for defining an abstract space beyond ethnicity or nation. It creates a sense of belonging that is figured in the metaphor of the “cipher” (Tate, 2005: 4), which refers

to the circle rappers do form while freestyling. By rapping, writing and breaking the artist creates “home”. It is not the territorialized connotation of “home”, it is more like a temporary or virtual home of shared experiences that can be very abstract and distant (Augé, 1992: 108). “Home” seems to be a way of life, an attitude. These strategies of belonging are relations to the abstract concept of a global all-encompassing community. At the same time, they are deeply rooted in the local contexts of a specific place that might be (as in this case) the urban environments of New York, Paris or New York with its specific history and culture, its class and gender hierarchies. This is why Androutsopoulos speaks of Hip-Hop as a global culture and its local practices. The relation of sound to a specific place and the simultaneous opening towards a wider, yet abstract concept is characteristic for the participatory aesthetics or what the New York based Puerto Rican critic Raquel Rivera calls the “inclusiveness of hip hop” (Rivera, 2001: 239). It offers a flexible pattern for the incorporation of jazz, funk, soul, salsa, as well as Arabic music. The examples of Latin Rap or Reggaetón in New York but also the aforementioned examples French-Maghreb and West-African or Turkish-German rap show how the notion of “African-American aesthetics” is being changed by cultural shifts (Black Belt, 2004: 15). These appropriations with their multiple negotiations of a diasporic experience demonstrate that, within a span of over 30 years, Hip-Hop has shown its ability to move from an essentialist position, i. e. a declaration of identity, to a more open-ended and poly-cultural, ever-changing combination of styles and attitudes that might

be called a dynamic and critical constructivism. It is a transitional place of belonging and connectedness with an urban transnational community that is called “Hip-Hop nation”.

NOTES

¹ In: www.mzee.com/forum/ (accessed 23.2.2003); translation by the author.

² Museo del Barrio, New York, 5.11.2005.

BIBLIOGRAPHY

- ANDROUTSOPOULOS, Jannis (ed.) (2003), *HipHop. Globale Kultur – Lokale Praxis*. Bielefeld: transcript.
- AUGÉ, Marc (1992), *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Paris: Seuil.
- BERNAYS, Ueli (2002), “Whenever, Wherever, Whatever. Transkulturelle Freiheiten – von Jazz bis Global Pop”, en *Neue Zürcher Zeitung* 49, 28. Februar, 2002, 34.
- BLACK BELT (2004), *Catalogue of the Exhibition*. October 15 – January 4. New York: The Studio Museum of Harlem.
- BOUCHER, Manuel (2002), *Rap and the combinational logics of rogues. Black, Blanc, Beur: Rap music and Hip-Hop Culture in the Francophone World*. Ed. Alain-Philippe Durand. Lanham, Maryland/Oxford: The Scarecrow Press, 68-75.

- ÇIL, Nevim (2007), *Topographie des Außenseiters. Türkische Generationen und der deutsch-deutsche Wiedervereinigungsprozess*. Berlin: Schiler-Verlag.
- FLORES, Juan (2000), *From Bomba to Hip-Hop. Puerto Rican Culture and Latino Identity*. New York: Columbia UP.
- _____ (2004), "Créolité in the 'Hood: Diaspora as Source and Challenge". *Puerto Rican Music and Dance: Rican Structuring Roots/Routes*, Part II. Ed. Juan Flores, Wilson A. Valentin-Escobar (= Centro. Journal of the Center for Puerto Rican Studies XVI/2). New York: Center for Puerto Rican Studies, 282-293.
- GAUNT, Kyra D. (1998), *Dancin' in the street to a black girl's beat: Music, gender and the ins and outs of double dutch. Generations of youth: Youth cultures and history in twentieth century America*. Ed. Joe Austin and Michael Nevin Willard. New York: New York UP, 273-292.
- GILROY, Paul (2004), *Der Black Atlantic. Der Black Atlantic*. Ed. Haus der Kulturen der Welt, Tina Campt, Paul Gilroy. Berlin: Vice Versa, 12-31.
- HENKEL, Oliva and Wolff KARSTEN (1996), *'Berlin Underground' Techno und Hip-Hop zwischen Mythos und Ausverkauf*. Berlin: FAB Verlag.
- HÜSER, Dietmar (2004), *RAPublikanische Synthese, Eine französische Zeitgeschichte populärer Musik und politischer Kultur*. Köln/Weimar/Wien: Böhlau.
- KAGE, Jan (2002), *American Rap. Explicit lyrics. US Hip hop und Identität*. Mainz: Ventil.
- KAYA, Ayhan (2001), *Sicher in Kreuzberg. Constructing Diasporas: Turkish Hip-Hop Youth in Berlin*. Bielefeld: Transcript.
- LOH, Hannes and Murat GÜNGÖR (2002), *Fear of a Kanak planet. Hip-hop zwischen Weltkultur und Nazi-Rap*. Höfen: Koch/Hannibal.

- MILON, André (1999), "Le graff mural – peau ou cicatrice de la ville", en *L'Étranger dans la ville*. Paris: PUF, 108-125.
- MITCHELL, Tony (Esd.) (2001), *Global Noise: Rap and hip hop outside the USA*. Middletown/Ct.: Wesleyan UP.
- NORFLEET, Dawn Michelle (1997), *Hip-Hop Culture in New York City*. New York: Columbia University Dissertation.
- PENNAY, Mark (2001), "Rap in Germany: The Birth of a Genre", in *Global Noise: Rap and Hip-Hop Outside the USA*. Ed. Tony Marshall. Middletown, CT: Wesleyan University Press, 111-123.
- PIHEL, Eric (1996), "A Furified Freestyle: Homer and Hip-Hop", in *Oral Tradition* 11/2, 249-269.
- PRATT, Mary Louise (1991), "Arts of the contact zone", in *Profession* 91, New York (1991): 33-40.
- RIVERA, Raquel (2001), "Hip-Hop, Puertoricans and Ethnoracial Identities in New York" in *Mambo Montage. The Latinization of New York*. Ed. Augustín Laó-Montes, Arlene Dávila. New York: Columbia UP, 235-261.
- _____ (2003), *New York Ricans from the Hip Hop-Zone*. New York: Basingstoke.
- ROSE, Tricia (1994), "A style nobody can deal with. Politics, style and the postindustrial city", in *Microphone Fiends: Youth Music and Youth Culture*. Ed. Andrew Ross, Tricia Rose. New York: Routledge, 71-88.
- SOKOL, Monika (2007), "Keepin' it Gangsta, keepin' it real: Ursprung, Funktionalität und Ausgliederung eines kontroversen Subgenre-Komplexes im internationalen hip hop", in *Hip-Hop und Rap in romanischen Sprachwelten. Stationen einer globalen Musikkultur*, Ed. Susanne Stemmler, Timo Skrandies. Frankfurt/M.: Peter Lang, 43-59.
- STEMMLER, Susanne (2005), "Rap de Maghrébin. Ein hybrides Genre frankophoner Hip-Hop-Kultur", in *Transkulturalität*

und Hybridität. *L'espace francophone als Grenzerfahrung des Sprechens und Schreibens*, Ed. Jürgen Erfurt. Frankfurt/M. u. a.: Peter Lang, 141-158.

_____ (2007a), "Nuyoricans in the House - Latino Rap in New York", in *Grenzgänge. Beiträge zu einer modernen Romanistik Heft 25, Themenschwerpunkt Jugendsprache und Jugendkultur in der Romania*. Ed. by Gabriele Budach and Martin Petrus, 5-18.

_____ (2007b), "ZONARISK – Paris is (not) burning. Rap-Musik als hybride frankophone banlieue-Kultur", in *Sound and the City. Populäre Kultur im urbanen Kontext*, Ed. Dietrich Helms/Thomas Phleps. Bielefeld: transcript, 97-111.

TATE, Greg (2005), "Cord Diva Mic check one", *Scratch. Catalogue of the Exhibition. Artists in Residence 2004-2005*. New York: The Studio Museum in Harlem, 4-5.

VARIOUS ARTISTS (2002), *Barcelona Zona Bastarda*. Organic Records.

BARCELONA-BERLÍN-MÉXICO

UN TRÁNSITO POR EL MOVIMIENTO OKUPA, LA AUTONOMÍA Y LAS REDES DE ACTIVISTAS

GUIOMAR ROVIRA SANCHO

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES CONSTRUYEN horizontes de sentido que trascienden el ámbito de lo local, se contagian, se extienden y crean vínculos, mapas de tránsitos y conexiones que adquieren visibilidad en prácticas cotidianas contrahegemónicas y en las expresiones de algunas culturas juveniles que se transmiten a través del rock.

En el ámbito de la protesta y de la acción política, se forman comunidades de convicción y de sentido¹ que no están limitadas a un contexto geográfico y que comparten un discurso y unos modos de hacer.

Es el caso del movimiento de *okupación*² de edificios para la vivienda y el ocio de finales de siglo xx en las ciudades europeas, que irrumpe con la efervescencia del punk rock y de los movimientos autónomos, y que aprovecha las facilidades tecnológicas del transporte y la comunicación para generar redes de activistas. Como parte de una “familia de movimientos sociales de la izquierda

libertaria”, según la categorización de Della Porta y Rucht (1995), que incluyen entre otros al movimiento ecologista o al antimilitarista, los activistas que componen el movimiento “okupa”, los autónomos y muchos punks politizados se sintieron interpelados por la rebelión zapatista de 1994, a pesar de surgir de un contexto radicalmente distinto.

Mi idea entonces es explorar las conexiones y entendimientos entre las luchas sociales de la Barcelona de finales de los ochenta y principios de los noventa y las de Berlín. Y compararlas con los universos de resistencias y los movimientos sociales de México, para encontrar puntos de confluencia más allá de los contenedores que son los Estados, sin dejar de lado la radical diferencia entre los procesos de Europa y los de América Latina. Me tomo cierta licencia interpretativa para considerar mi experiencia biográfica que me ha llevado a estos tres lugares como hilo conductor para una breve exploración, no sin advertir el riesgo de caer en lo anecdótico.

EL LUGAR Y EL ESPACIO DE LA OKUPACIÓN

La pertenencia a comunidades de convicciones políticas puede ser simultánea y dispersa geográficamente, pero a la vez apela a un eje diacrónico, busca en el pasado y en la historia local la fundación de los sentidos para las luchas del presente. En su práctica cotidiana, son creación de espacio y trazan territorios de la experiencia en el mismo proceso de tejer vínculos.

Cuando se trata sobre todo de procesos de resistencia, movimientos y luchas sociales, podemos ver que algunas personas en la época actual viven perteneciendo a estas comunidades de sentido, vinculadas a un tiempo y a unos intereses comunes, construyendo en sus localidades espacios de con-vivencia e invocando diversas memorias y narrativas. La singularidad local de las formas de vida cotidianas implementadas por los okupa en cada casa y en cada ciudad, como formas inmanentes de escapar a la normalidad del estado capitalista, no es óbice para compartir sentidos más allá de los ámbitos geográficos concretos y configurar contra discursos de nivel más extendido. Tal como señalan Berger y Luckmann:

A causa de la modernización ha resultado más difícil, si no absolutamente imposible, imponer de un modo monopólico sistemas localizados de sentido y valores a sociedades completas. Al mismo tiempo, la modernización ha dado cabida a la formación de comunidades de convicción que trascienden el espacio (por ejemplo, mediante ideologías globales), y a partir de estas reservas de sentido podrían derivarse los sentidos compartidos de comunidades más pequeñas. (Berger y Luckmann, 1996: 23)

Doreen Massey obliga a pensar el lugar y el espacio como la profunda imbricación entre lo local y lo global, indiscernibles uno de otro:

Si el espacio se conceptualiza como resultado de prácticas y relaciones sociales y si los lugares son nudos de relaciones entrelazadas dentro de esta geometría geográfica de poder social (si se toma en serio que lo local y lo global se constituyen mutuamente), entonces de eso se desprende: i) que los lugares locales no son puramente ni productos ni víctimas de la globalización; ii) sino que cada lugar es una mezcla distinta —un entretreído de relaciones sociales dentro de algunas de las cuales el lugar puede tener una posición subordinada mientras que en otras relaciones tiene una posición más o menos dominante y poderosa. (Massey, 1994: 16)

El lugar entendido como localidad es un nodo, una condensación vivida de las prácticas y las relaciones multideterminadas del espacio. En el caso del movimiento okupa, se trata de crear “lugares” alternativos, es decir, al margen de la lógica del binomio subordinación/dominación, poniendo énfasis en que el espacio siempre ha estado marcado por una dimensión histórica y por relaciones de poder, tal como señala Henri Lefebvre:

El espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene apariencia de neutralidad e indiferencia frente a sus contenidos, y por eso parece ser puramente formal y el epítome de abstracción racional, es precisamente porque ya ha sido ocupado y usado, y ya ha sido

el foco de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido formado y modelado por elementos históricos y naturales; pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literariamente lleno de ideologías. (Lefebvre, 1976: 31)

Lefebvre considera que las resistencias políticas se dan en los espacios de representación, que muestran formas de conocimiento local y no formal, dinámicas simbólicas contra hegemónicas articuladas en la vida cotidiana, a las que llama “sitios de resistencia” y donde aparecen contra-discursos (Foucault, 2002) que cuestionan el *status quo*. Las distintas experiencias de ocupación de casas como formas alternativas de uso de la ciudad pueden corresponder a esta idea: romper con las reglas del mercado y la propiedad, vivir en comunidad lo cotidiano, limitar en lo posible las relaciones jerárquicas.

Gilles Deleuze, influenciado por la biología y la botánica, crea el término “territorio” para referirse al espacio que ocupa o por el que transita un cuerpo vivo, es decir, la potencia de ese cuerpo para afectar y dejarse afectar. Para Deleuze y Guattari (1997) el *status quo* o lo instituido en términos espaciales corresponde a “lo estriado”, la objetivización fotográfica, el “calco”, mientras que a la transformación creativa corresponde “el espacio liso”, la “desterritorialización”, el “mapa” de líneas no estáticas, los trazos y vectores de movimiento. El espacio de la norma, de lo definido y compartimentado por fronteras, límites y vallas, se enfrenta a la

“máquina de guerra” de la acción política que borra los confinamientos y crea un “cuerpo sin órganos” donde otra cosa es posible.

Explorar las multiplicidades de la experiencia y borrar los territorios de lo establecido, ha sido lo que una generación de activistas europeos de fines del siglo xx ha intentado al ocupar casas y extraerlas de la lógica del mercado, al buscar generar modos de darse de lo colectivo en lo cotidiano que se vinculan con otras experiencias similares en otras localidades.

En los noventa, Barcelona vivió la expansión del movimiento de okupación de casas, una forma de lucha que busca articular la vida diaria y la política en las nuevas generaciones vinculadas a la tradición anarquista de la ciudad y también al catalanismo. El punk y el denominado rock radical constituyeron el *sound track* de un fenómeno, el de los okupas, que había iniciado en Ámsterdam una década antes y que tenía en ese momento en Berlín una fase de renovado vigor tras la caída del muro y la expansión de los autónomos al lado este de la ciudad. Barcelona, la “Rosa de Foc” del anarquismo, y Berlín, la ciudad emblemática de la cortina de hierro, con sus barrios alternativos como Kreuzberg, comparían una tradición de larga duración que tiene que ver con el ala antiautoritaria de la primera Internacional, el comunismo libertario y el anarquismo.

En México, la tradición de los movimientos sociales urbanos es singularmente distinta a la europea, no nada más por ser un país poscolonial, sino porque la matriz de la izquierda marxista-leninista y sus organizaciones de lucha proletaria mantienen todavía vigor, además de la

instauración por parte del partido en el poder durante 70, el PRI, de formas corporativas y de cooptación de los movimientos populares. En la Ciudad de México, las movilizaciones suelen ser impugnadoras, pero no marginales ni contraculturales, acuden al centro y son mayoritarias. Las nutridas capas bajas de la ciudad son las que, sin procesos liminales de construcción de identidades juveniles, dotadas de una vigorosa cultura popular extendida, toman predios y ocupan terrenos para construir la vida cotidiana y la supervivencia. Las marchas y movilizaciones sociales en la ciudad irrumpen de forma cada vez mayor a lo largo de las últimas décadas en el centro simbólico del país, el Zócalo, de forma masiva, multigeneracional. Se trata de un proceso de recuperación del espacio central, la Plaza de la Constitución, que el priismo había utilizado para mostrar su poder e implantación masiva. Sin más rasgos de identidad que ser mayoría, los pobres aparecen constantemente y se hacen presentes en el corazón de la ciudad, son el centro, y no solamente los intersticios.

Curiosamente, desde los pueblos indígenas mexicanos fue de donde surgió una interpelación a los grupos autónomos berlineses y a los libertarios catalanes. El alzamiento en la Selva Lacandona, a pesar de surgir de una matriz cultural diferente a la tradición libertaria europea, con toda la imbricada complejidad histórica de las resistencias y las rebeliones de los pueblos indígenas, interpeló a estos colectivos y movimientos autónomos distantes que ven en el acontecimiento de Chiapas un llamado a la reactivación de sus propósitos, a tejer redes, solidaridad internacionalista y a plantear la necesidad de “desterrir-

torializar” las luchas, prender el tendido eléctrico de las resistencias y luchar contra el neoliberalismo desde un plano global.³

JÓVENES EUROPEOS DE FINALES DEL SIGLO XX:
¿NÓMADAS URBANOS?

Durante las últimas décadas del siglo xx, los jóvenes europeos iniciaron una etapa de gran movilidad entre ciudades. No sólo los programas universitarios (como el *Erasmus*) promovían la circulación dentro de una recién estrenada Unión Europea, sino que también las culturas juveniles permitieron compartir códigos y transitar por el espacio de los movimientos sociales. Así aparecen lo que podríamos llamar un tipo de nómadas urbanos que viven de ciudad en ciudad alrededor de las experiencias militantes de izquierda radical y de prácticas culturales generacionales. Evidentemente, se trata de una clase globalizada, como diría Zygmunt Bauman (1999), distinta de los “vagabundos” o los emigrantes, como los tantos españoles que se fueron a Alemania en los sesenta, empujados por la pobreza, o los migrantes africanos que encuentran hoy en las fronteras de Europa una estigmatización de clase y de etnia.

Tampoco podemos calificar a estos jóvenes activistas como aquellos “turistas” para quienes, según Bauman, las fronteras no resultan un problema y menos con pasaporte europeo. Se trata de otro tipo de vagabundeo y a la vez de otro tipo de turismo, un flujo intermedio que puede caer en una cosa o la otra...

Este sector que transita, por supuesto muy minoritario, tiene a su favor cierto nivel educativo e incluso económico que lo aleja de los migrantes por necesidad. Pero a la vez, su búsqueda de experiencias está cercana a un afán de aventura en función de una expectativa, que puede compararse con los migrantes —no solamente factores económicos empujan a la gente a buscarse la vida en otros parajes— y tiene menos que ver con la actitud circunstancial, aséptica y de paso, de los turistas que visitan ámbitos estáticos y marcados para tal fin. Se trata de gente que no va a los museos ni a retratarse frente a los monumentos ni las atracciones que indican las guías oficiales de los “lugares” que *hay que visitar*; sino que se mete a los barrios, a los rincones más insospechados, va a explorar zonas, organizaciones y experiencias; son aves de paso, pero no tanto como el que está de vacaciones, su paso se deja atrapar, se detiene, puede convertirse en estancia que se prolongue por meses, por años. Puede quedarse a vivir en una ciudad que sólo fue a explorar, meses en Berlín, con cierta sensación de definitividad, de tiempo elástico, que no se mide por el fin de los periodos vacacionales ni la reincorporación laboral.

Ahí está el caso de unos alemanes que llegaron a Barcelona, algunos quedaron atrapados varios años, otros todavía están allí y han seguido el proceso de los grupos de acogida, de las casas okupa de Barcelona han pasado al movimiento denominado “neorrural”: jóvenes urbanos de subculturas como el punk y la okupación que deciden retirarse de las urbes e iniciar una vida en el campo, muchas veces en los pueblos abandonados que ellos recuperan, restauran y convierten en pequeñas co-

munas en los Pirineos. O aquellos que se fueron a la selva Lacandona y permanecieron durante meses en las comunidades rebeldes como observadores civiles por la paz. Y también hay quienes se quedaron atrapados en una colonia popular del DF, trajeron su historia propia y la fundieron con la local para fundar proyectos comunitarios, como el colectivo Black Pato, de Xochimilco.

Viajeros jóvenes con boleto sólo de ida, cuando todavía el boleto de ida era más barato que el de ida y vuelta. Viajeros en *auto stop*, colados en trenes, trepados a la suerte y el destino, confiados en que en todas partes encontrarán gente que comparte con ellos una visión crítica del mundo o un gusto contracultural, gente que participa en movimientos, con quienes compartir la propia experiencia y aprender la ajena.

Se trata de un grupo generacional que migra no por estudios ni por trabajo, tampoco por necesidades económicas ni por un exilio obligado, no por persecución ni por hambre. Sino la de los jóvenes activistas de movimientos sociales o colectivos que dejan su ciudad buscando otras ciudades, reconociendo un espacio común y propio en el hecho urbano y en las redes transnacionales que se tejen alrededor de la protesta, la política antisistémica, así como en las prácticas de la vida cotidiana.

El movimiento okupa europeo, sus casas compartidas para vivir en colectivo, sus centros sociales para el encuentro fomentaron la generación de redes entre grupos y personas con inquietudes similares, una comunidad de sentido y convicción, que encuentra entonces dónde congregarse y adónde llegar en cada ciudad: al centro social okupado autogestionado más próximo.

Eso facilitó los contactos y los tránsitos justo antes de la era de internet, que irrumpe principalmente a partir de 1994 y se extiende entre los activistas, coincidiendo con el zapatismo de Chiapas, que se convertirá en un polo de atracción de la red, un nodo de especial influencia.

CONTRACULTURAS

El movimiento okupa se manifestó a finales de los ochenta y principios de los noventa alrededor de ciertos estilos juveniles afines al punk, al *hard core* y, en la península Ibérica, con la ola del “rock radical vasco”.

La capacidad impugnadora de la imagen o el *sound-track* de un movimiento social adquieren importancia sobre todo a partir de la emergencia de las culturas juveniles,⁴ a partir de las transformaciones que sufre la política después de 1968 y, en cierta manera, el fracaso del modelo europeo de posguerra. El desafío a lo establecido pasa a expresarse en “el nivel profundamente superficial de las apariencias”, los jóvenes dejan de recurrir a las grandes ideologías discursivas y generan estilos para denunciar la sociedad poscapitalista con la creación de “la comunidad signo”, según Dick Hebdige (2004: 33).

El punk nace como una subcultura urbana en Inglaterra a finales de los setenta con bandas como los *Sex Pistols* y se radicaliza políticamente con *The Clash*, surge en los garajes y en el *boom* de la ocupación de casas deshabitadas por parte de jóvenes en Londres en 1974.⁵ Hebdige, al analizar este fenómeno ya en 1979, afirmaba:

Ninguna subcultura ha tratado con mayor ahínco de separarse del paisaje supuestamente inquestionable de las formas normalizadas como la de los punks; nadie como ellos ha buscado atraer sobre sí la desaprobación más vehementemente. (Hebdige, 2004: 35)

El punk se convierte en una corriente iconoclasta y expresionista que se extiende por Europa y el mundo como un “estilo” contracultural, a la vez con una deliberada voluntad impugnadora de los valores hegemónicos. De acuerdo con Carles Feixa (1998: 97), un estilo juvenil es “un conjunto más o menos coherente de elementos materiales e inmateriales que los jóvenes consideran representativos de su identidad como grupo”, que proporciona visibilidad a una colectividad y que tiende a ser espectacular. No se trata de una moda o la consecuencia inducida de campañas comerciales, sino que se genera a través de la creación, apropiación y resignificación de elementos culturales por parte de sus integrantes. Como “bricolage” y como “homología”, un estilo recicla y construye sentidos alternos, a través de la música, el lenguaje gestual y la creación de códigos, una propuesta estética que va desde la indumentaria a los cabellos o los tatuajes o los implementos, una serie de actividades focales y de producciones culturales, que en el caso del punk adquiere vigor a través de la contra información, los *fanzines*, las radios, el performance y la ocupación de casas.

Se trata entonces de una “comunidad de convicción y de sentido” que tiene que ver con la forma generacional que adopta a fines del siglo XX una tradición política an-

tiautoritaria de largo aliento que denuncia el sistema capitalista. Los jóvenes okupa comparten formas de pensar y actuar políticamente, realizan una serie de actividades, producciones culturales y desarrollan códigos propios. Además, apelan a una memoria, construyen sus propias referencias e invocan determinadas experiencias del pasado. El punk que se extiende en Europa en los ochenta y principios de los noventa adquiere ingredientes de movimiento cultural. Sus referencias en muchos casos son las que podemos ver en la gráfica y los lemas del movimiento okupa, que recurre al espíritu del 68 en las calles igual que

al pensamiento de Marx, el anarquismo de la Primera Internacional, “malditos” como Rosa Luxemburgo, la revolución española o las experiencias de rebeldía contra el bolchevismo en la resistencia de Kronstadt... Es aquella parte de la historia que, en ciertos casos, había sido relegada y marginada como subpolítica por parte del mismo capitalismo y, en gran medida, por los estalinistas y socialdemócratas. (Rocha, 2006: 367)

Servando Rocha establece este hilo contracultural en el tiempo:

En la figura del romántico, el modernista, el bohemio, el dadaísta, el surrealista, el punk [...] confluye la visión de un mundo que merece ser exprimido aún a costa de sucumbir y morir aplastado bajo su terrible peso. Esa vivencia

debía ser apasionadamente vivida por medio de una poesía de guerra. (Rocha, 2006: 52)

El movimiento okupa europeo surge entonces de “la fusión político-cultural” con el punk, señala Georgy Katsiaficas:

Las cazadoras de cuero negras, las banderas rojas y negras, apuntaban menos a un anarquismo ideológico que a un estilo de vestir y comportarse; símbolos de una forma de vida que consideraba una virtud el desprecio a las instituciones tradicionales y sus protectores norteamericanos, así como el desdén hacia los gobierno “socialistas” de Europa del Este. El negro se volvió el color del vacío político, de la falta de ligazón con los partidos, gobiernos y estados. (Katsiaficas, 2006: 100)

ASALTO A LA VIDA COTIDIANA: EL MOVIMIENTO OKUPA

El movimiento okupa (con “k” de punk) tuvo su matriz impresionante en Holanda, donde entre 1968 y 1981 se ocuparon en Ámsterdam más de diez mil casas y en el resto del país unas 15 mil. La falta de viviendas y los planes de reordenación urbana llevaron a que miles de jóvenes sin vivienda y sin posibilidad de comprar o rentar se organizaran para tomar edificios y solares abandonados. Muchos de estos okupas (*kraakers* o *squaters*) estaban organizados en redes de resistencia, montaron

comedores populares, centros de información e incluso radios libres. Por supuesto, esta iniciativa se expandió por Europa como por contagio. A su vez, los holandeses empezaron a autodenominarse autónomos, recurriendo a la experiencia de la autonomía operaria italiana de los setenta y al desarrollo de los autónomos alemanes.

Los okupa pueden ser clasificados como parte de los Movimientos Sociales Urbanos, según la categorización de Castells (1974); sin embargo, se caracterizan por ser principalmente jóvenes, sobre todo en comparación con otros movimientos urbanos más tradicionales como el asociacionismo vecinal. La okupación es parte y contribuye a las actividades focales de los denominados Nuevos Movimientos Sociales (con causas como el ecologismo, el feminismo, el antimilitarismo, la liberación lésbico-gay, el antirracismo, el internacionalismo). En este sentido, no puede entenderse la okupación sino como una práctica radical donde confluyen activistas de muy diversas causas dentro del universo contracultural. A la vez, las casas okupadas sirven como infraestructura de todo el universo alternativo, que pueden reunirse y organizar sus eventos allí. Ramón Adell y Miguel Martínez dicen del movimiento okupa: “Sus prácticas de intervención urbana, sus formas de vida alternativa y su cuestionamiento de la propiedad privada le confieren un carácter de *novísimo* movimiento contestatario e, incluso, antisistémico” (Adell Argiles y Martínez López, 2004: 23).

El florecimiento de la okupación tiene que ver con la necesidad de vivienda asequible por parte de los jóvenes y como denuncia de la especulación inmobiliaria y los

planes urbanísticos del capital que afectaron a las principales ciudades de Europa. En Barcelona, por ejemplo, el movimiento okupa adquiere renovado vigor justamente contra los planes de remodelación urbana para los Juegos Olímpicos de 1992.

Los espacios de la okupación pronto dieron lugar a una red de “espacios liberados”: los Centros Sociales Okupados Autogestionados (CSOA) que sirven para infinidad de propósitos y causas, se ofrecen para reuniones de activistas y proyectos colectivos, desde cooperativas como alternativa laboral, hasta espacios donde realizar conciertos, teatro y performance, organizar torneos de dominó o practicar gimnasia. Durante las marchas anti-globalización, las casas okupadas se convierten en parte de la infraestructura del movimiento altermundista, igual ha ocurrido con los numerosos encuentros de *hackers* que se han realizado en esos espacios. La cultura del reciclaje y la condena al consumismo es parte del espíritu okupa, que busca mostrar una vida alternativa, autogestionada y antiautoritaria, a pesar de estar en el mismo corazón del sistema, en las ciudades que el capitalismo transforma en escaparates.

Este movimiento transforma la idea del espacio “estriado”, como diría Deleuze, como propiedad privada y la somete a una lógica “desterritorializante” y creativa: la del imperativo existencial. Los okupas tienden a enfatizar una “política prefigurativa”, es decir, “una acción revolucionaria (que) construye en el mismo instante en que se pone en práctica el mundo al que aspira” (Roca Martínez, 2008: 12). Este concepto está relacionado con la idea anarquista de “acción directa” y de “la construc-

ción de un nuevo mundo en la cáscara del viejo”, lema clásico de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Es decir, la posibilidad de experimentar la revolución aquí y ahora, el mundo nuevo posible. Se opone en este sentido a las ideologías que exigen el sacrificio del presente en función de un futuro prometido, utópico, que se experimentará solamente *a posteriori*, después de realizar la revolución.

Ser capaces de crear espacios para la vida, a veces con la toma de varios edificios en un barrio, con la apertura de nuevos centros sociales que se conectan unos con otros más allá de las fronteras, permite experimentar el presente en el vínculo con los otros, dejando al margen el individualismo del dinero, intentando generar relaciones horizontales. Cada casa ocupada, ya sea que funcione como espacio común de vivienda o como centro social, tiene total autonomía en la toma de sus decisiones respecto al resto del movimiento y opera bajo el principio asambleario. A la vez, ser okupa implica una lucha constante y un enfrentamiento, incluso una lógica de guerra: hay que saber defender los espacios, pelearlos, enfrentar los desalojos, coordinar la respuesta y la solidaridad entre las casas, construir las defensas como fortalezas medievales con colchones, clavos, trampas, salidas secretas, cubetas de aceite de coche que se vuelcan al jalar la cuerda, justo cuando los policías se aproximan.

La okupación se extiende por Europa y construye redes de contactos y experiencias, intenta no dejarse atrapar por la lógica del sistema, que reprime y desaloja pero también implementa estrategias como la legalización de algunas casas, la regularización de propiedades o el es-

tablecimiento de rentas baratas. Los videos de los desalojos policiales y la defensa de las casas okupadas son espectaculares batallas campales con *soundtrack* de música punk. Cada nueva okupación tenía que aprender de las anteriores, pensar su seguridad, su defensa. “¿Un desalojo? ¡Otra okupación!”, es el lema. No dejarse, expulsados de aquí, resurgir allá, moverse, como un rizo-ma sin cabeza que se extiende.

En Barcelona, la okupación inició en el barrio de Sants, con Cros 10 (que ya no existe) y en Gracia con la Casa de la Muntanya,⁶ una vieja caserna de la Guardia Civil que fue ocupada en 1989 y que tras una larga historia de resistencia, permanece hasta nuestros días. En los años noventa, la okupación se extendió de forma prodigiosa por toda la ciudad, aunque con especial incidencia en el barrio de Gracia. Un reportaje del periódico *El País* en 1997 presentaba al movimiento de la siguiente manera:

Son piratas urbanos. Anarquistas de fin de siglo que usurpan casas ajenas para denunciar la especulación y conseguir un techo gratis bajo el que vivir. Apenas 2 000 jóvenes en toda España que se proclaman herederos del movimiento libertario de principios de siglo y hacen la revolución por su cuenta. Así viven y actúan los “enemigos públicos número uno”. (Rodríguez, 1997)

Los Centros Sociales Okupados Autogestionados son entonces sedes donde realizar charlas, debates y asambleas de los colectivos de diversos movimientos

antirracistas, artísticos, feministas, de comunicación alternativa como las radios libres, para hacer fiestas o para ir a comer a bajo costo; de esta manera, los okupa amplían sus redes de simpatizantes y colaboradores. Las actividades lúdicas y de ocio tienen una relevancia especial:

Los conciertos, en particular, y los grupos de música surgidos en el circuito de CSOA, son también el principal nexo del movimiento con amplios sectores de la juventud de los barrios obreros de las ciudades y con un mundo artístico y contracultural que verá también en esos espacios, lugares donde expresarse en libertad. (Martínez López, 2001: 7)

En un desplegado de la Asamblea de Okupas de Barcelona, órgano donde se coordinaban las casas tomadas de toda la ciudad, se exponían ciertos principios definitorios de este movimiento:

Potenciando la competitividad y la incomunicación nos relegan al papel de meros espectadores de nuestras vidas, neutralizando la posible reacción solidaria de los que estamos abajo, para que todo siga igual o peor. Por eso, es vital la recuperación de espacios donde poder divertirnos, hablar y pensar lo que queramos, saber e informar de las luchas de otros lugares y conocer mejor la realidad de aquí mismo. [...] El enfrentamiento con la justicia del Estado es constante, así como

una represión policial mucho más contundente de lo que nos hacen creer y que va más allá del desalojo: fichas policiales, palizas y compañeros en la cárcel gracias a juicios-montajes. [...] Todos coincidimos en una forma de funcionamiento más o menos asamblearia, porque entendemos que la autogestión va más allá de la autonomía frente la Administración. Autogestionar un centro social significa que la toma de decisiones y el trabajo que conlleva es asumida colectivamente, desde lo que se pretende hacer, cómo se va a hacer, conseguir la pasta si es necesaria... [...] En los CSA se desarrolla todo tipo de actividades: talleres de aprendizaje gratuitos, debates, contra-información, teatro y proyecciones; así también como locales de reunión para colectivos que pasan ampliamente del afán integrador del Sistema. Pero si por algo se nos conoce más es por las fiestorras que montamos, fiestas solidarias en las que el dinero que se consigue se manda a presos, o sirve para financiar movimientos de lucha como la insumisión, o para la autogestión del propio centro. Fiestas que son tan necesarias como el debate o la acción directa, pues no entendemos la lucha como un sacrificio, o una entrega en aras de la victoria final, sino como la revolución más divertida que podamos imaginar y conquistar con el día a día. (Assamblea, 1997)

LOS AUTÓNOMOS ALEMANES

El movimiento alternativo alemán se gestó a fines de los setenta y ochenta alrededor de la lucha contra la energía nuclear, el feminismo y la okupación de casas. Se crearon espacios autogestionados, librerías, bares, escuelas, centros ecológicos, tiendas, cooperativas laborales, e incluso un diario de circulación nacional, *Die Tageszeitung* (Fernández Durán, 1985). En Berlín aparece en los ochenta

un movimiento que hace énfasis en la praxis, en la positividad del mundo que se quiere construir, en la revolución continua y multidimensional, en la autonomía de cada movimiento, en la transformación desde ya de la vida cotidiana, en el enfrentamiento radical con el sistema en diferentes frentes, en la afirmación de la subjetividad, en la conquista continua de espacios de libertad, democracia de base y creatividad, en el pensar, vivir, experimentar y combatir de otra forma, [...] es el origen de lo que se llegará a conocer más tarde como Movimiento Alternativo, cuya cuna, indudablemente, fue Berlín. (Fernández Durán y Rivas, 2005)

El auge en Europa de los nuevos movimientos sociales (feministas, jóvenes y ecologistas) reveló un cambio social y un nuevo desafío ante la nueva configuración del poder. Es entonces cuando aparecen los movimientos autónomos, dice Katsiaficas, como movimientos antisistémicos a partir de la completa penetración de la so-

ciudad civil por las relaciones sociales capitalistas y las estructuras jerárquicas, que incorporaron a muchos de los antiguos movimientos sociales al sistema, como los sindicatos y los partidos políticos. La institucionalización de las iniciativas ciudadanas de izquierda o del partido de los Verdes (*Die Grünen*) en Alemania lleva a una radicalización de quienes se oponían a participar en el sistema, aunque sin recurrir a la opción armada de la RAF (*Rote Armee Fraktion*, Fracción del Ejército Rojo). Esa es la génesis de lo que se conoce como los autónomos alemanes.

Un relato de la filosofía de este movimiento que practica la okupación como parte de su actividad política lo hace *Vogi*, periodista y activista que estuvo participando en estos círculos durante muchos años, con el siguiente testimonio:

En vez de buscar aliados en la izquierda reformista o en el “pueblo alemán”, el movimiento autónomo se concentró más en organizar su lucha. En Berlín había unas 150 casas okupadas por estudiantes, artistas, activistas, gente que vivía como quería y con la idea de hacer la revolución al mismo tiempo que querían cambiar su vida. Tuvieron sus casas okupadas, experimentaron las relaciones libres entre hombres y mujeres, no fueron a trabajar, fueron a organizarse para saquear los supermercados, robar cosas de los ricos para distribuirlos entre ellos y, gracias a ello, aprovechar el tiempo para organizar casas okupadas, las manifestaciones y la lucha. La

idea era: nos organizamos en asambleas, tomamos nuestro espacio, vivimos como queremos vivir, nos organizamos para defendernos contra el capitalismo y para atacarlo. Esa era la idea, aunque ahora me parece muy absurdo que se pueda uno aislar de las estructuras del capitalismo. Eso lo puedes pensar sobre todo en un país donde existe un Estado de bienestar, cuando eres joven y haces cada noche pan y fiesta. Pero el gran problema de los autónomos es que les fue muy difícil integrar gente de la vida proletaria, empleados, otra gente en estas luchas. Hoy diría que era un movimiento de la juventud, y ya que la forma de organizarse no cabía en la vida de la mayoría de la gente explotada, así no tuvo chance de extenderse en otros sectores. (Citado en *Mefistófeles Libertario*, 2006)

Las formas de vida desarrolladas por los autónomos tienen que ver con una etapa concreta del Estado asistencialista alemán: la existencia de pensiones y apoyos a estudiantes así como el seguro de desempleo y todo el aparato de la *Sozialhilfe*.⁷ De acuerdo al grupo FelS (*Für eine linke Strömung*, Para una Corriente de Izquierda) que participó del activismo en estas décadas, los autónomos son “un movimiento juvenil fuertemente caracterizado por un sentido sub-cultural, que se colocaba fuera de las reglas de la sociedad”. Una crítica reciente de FelS es que el modelo político de izquierda radical de los autónomos entró en crisis a finales de siglo:

Si de hecho todavía en los años ochenta el programa de automarginación de los autónomos podía representar un modelo triunfante, en grado de atraer con la etiqueta de “diferente de todo”, a aquellos que no querían o no podían reconocerse en el *mainstream social*, hoy, en una sociedad que de un lado se basa conscientemente en la exclusión y del otro neutraliza hábilmente las contradicciones, es un modelo sin futuro para una política de izquierdas. (Fels, 2002)

Para Katsiaficas, la invisibilidad de los movimientos autónomos se configura en parte por la incapacidad de los teóricos sociales para comprenderlos. “Ni siquiera las críticas a las conceptualizaciones al ‘obrerismo’ de Negri y al feminismo de Benhabib, lograron formular una crítica universal a la sociedad como la que articulan los movimientos autónomos” (Katsiaficas, 2007).

UNA EXPERIENCIA DE TRÁNSITO

Como hemos mencionado, Berlín se convirtió en una de las ciudades paradigmáticas del movimiento autónomo y okupa europeo. Tras la caída del Muro en noviembre de 1989, en esta ciudad se produjo una nueva oleada de okupaciones y el movimiento autónomo adquirió en esos espacios nuevos bríos. Berlín occidental había sido hasta entonces como una isla, a donde acudían muchos estudiantes y jóvenes de la República Federal Alemana (RFA) que no querían hacer el servicio militar (los ha-

bitantes de Berlín occidental contaban con una serie de prerrogativas por estar dentro del territorio de la Alemania oriental, la República Democrática Alemana, RDA). Una ciudad limítrofe, frontera. Sin capitalidad, pero capital en la producción política y artística, en los movimientos sociales y las luchas antisistémicas. Berlín era un polo de atracción para la contracultura y los grupos autónomos europeos, que ya no iba a Londres a buscar la indumentaria de los punks y que había sepultado a París como una ciudad cara y aburrida. En Berlín bullía el activismo y se juntaba gente de todos lados del mundo, también de la Europa del Este tras la caída de los regímenes comunistas.

En 1992, llegué a vivir a una casa okupada de la Adalbertstrasse, en Kreuzberg, a un paso de lo que fue el Muro, con la ilusión de integrarme a la comunidad doméstica. Pero ese espacio era un desastre. Después de intentar ganarme la simpatía de los coloridos (por sus cabelleras) habitantes de esa casa, lavando los trastes que se acumulaban en la cocina con capas de moho, hongos e insectos asquerosos, llené el refrigerador con el esfuerzo generoso de mi disminuido bolsillo. A la mañana siguiente, cuando quise desayunar no quedaba ni una migaja de pan ni un resto del queso que llevarme a la boca. Y nadie dijo nada. ¿Eran eso los autónomos? Por supuesto que no. Me di cuenta de que en esa casa no existía vida común sino el más terrible de los egoísmos silentes, los desórdenes como forma de vida. Lo supuestamente alternativo se me mostraba como lo perfectamente integrado en la lógica del individualismo y de la ganancia personal. Muy punks en el *look*, pero

muy poco “auténticos”, el estilo sólo como mascarada, como *fake*, como espectáculo, sin profundidad. Huí de allí tras un par de meses de sobrevivir en el mísero rincón donde me habían dejado instalar, sin horno de carbón ni calefacción alguna, donde pasé los más intensos fríos nórdicos que recuerde mi alma de la tierra media, la Mediterránea.

En esos momentos, yo llevaba una serie de videos sobre el movimiento contra la planeación urbana en Barcelona ante las Olimpiadas de 1992. A su vez, Berlín luchaba contra la capitalidad (se decidía en ese entonces si el centro del Estado alemán se trasladaba de Bonn a Berlín) y era una ciudad que estrenaba todavía la libertad de tránsito entre sus partes. La herida del Muro permanecía abierta y a pesar de poder ir de la parte oriental a la occidental y viceversa, la contigüidad geográfica no correspondía a la distancia entre estos dos mundos urbanos radicalmente distintos. El Este era todavía gris, sin escaparates, sin las grandes marcas ni sus luces posicionadas a las orillas del Spree. Las fábricas abandonadas, los edificios viejos sin reparar desde la guerra, abundaban en el paisaje de la vieja ciudad comunista. Los colores, los escaparates y los anuncios estaban en el Oeste.

En esta coyuntura, jóvenes alemanes de los dos bandos reencontrados emprendieron una nueva ola de okupaciones, precisamente del lado Este de la ciudad, antes de que los planes urbanísticos entraran a remodelar la ciudad y regular la situación anómala de la propiedad del suelo. El barrio de Friedrichshain, cercano a Kreuzberg, fue rápidamente asaltado por los autónomos.⁸ Otra zona del Este, Prenzlauer Berg, acogió múltiples proyectos artísticos en

la efervescente vida contracultural de esos años. Cabe señalar que una década después Prenzlauer Berg se convertiría en una de las zonas máspreciadas de la ciudad.

En mi caso, ante la imposibilidad de aguantar en la Adalbertstrasse, me acerqué a una casa okupada, organizada y combativa del Este. Aterricé un jueves por la tarde, día de asamblea general, en la Grünberger Strasse 73, en Friedrichshein. Veinte personajes variopintos, los habitantes de la casa, me sonrieron y me animaron a sentarme en la inmensa mesa del comedor que habían armado con tableros de madera emparejados y clavados entre sí, conformando una superficie ovoide de varios metros cuadrados, en medio de la inmensa cocina, con grandes ventanales, que correspondía a dos estancias de la casa convertidas en una sola al tirar el muro divisorio.

Todo estaba limpio. Varios termos de café y de té, además de tazas y leche, estaban a disposición de todos. Había una serie de temas ordenados para la discusión. Entre ellos, mi posible incorporación a la casa, pues una habitación había quedado vacía. Recuerdo que los 20 alemanes que me acogieron, me preguntaron varias cosas, de dónde venía, qué hacía. Se aceptó mi incorporación por dos cosas que tuvieron más peso que nada: ser mujer y ser extranjera. Es decir, mi género y mi etnicidad pesaron más que mi activismo.

La vida en la *Grüni* fue maravillosa. La organización era infalible. Todos poníamos dinero para la despensa común. Siempre había cosas ricas para desayunar. Los primeros en levantarse iban a comprar pan fresco para todos, pagando de la caja colectiva. Cada noche cenábamos todos juntos y nos tocaba a todos por turnos ser

cocineros una tarde a la semana. La variedad de la comida era total. Siempre había que hacer algo para los vegetarianos o dos menús distintos. Cada jueves discutíamos todos juntos en asamblea los temas relativos a la limpieza y la vida común y también nos poníamos de acuerdo respecto a nuestra participación en las marchas y las diversas luchas que tenían lugar en la ciudad. Los temas predominantes en ese entonces eran la lucha contra el auge neonazi y los atentados racistas contra los inmigrantes. Íbamos a las manifestaciones en bloque, agarrados de los brazos, como autónomos, en grupo de afinidad, cubriéndonos y responsabilizándonos unos de los otros. Comentábamos los resultados. Cada mañana teníamos tres periódicos en la inmensa mesa del comedor, estábamos suscritos también a varias revistas. Igual como me acogieron a mí, a la casa llegaban refugiados políticos, principalmente recuerdo a mi gran amigo kurdo del PKK, quien sufrió un *shock* cultural, primero al pensar que había llegado al paraíso de la promiscuidad, y después al ver que para él no iba a ser tan fácil acostarse con las mujeres de la casa.

La parte de atrás de nuestro edificio, típica construcción de principios de siglo XX con un patio interior, estaba habitado sólo por mujeres, era una casa de mujeres, a la que no podían entrar los hombres. Recuerdo muchas veces la cara de indignación de alguno de nuestros compañeros cuando no podía ir a recoger los calzones que se le habían caído de la ventana al patio, porque tenía que entrar al territorio de ellas. Íbamos alguna de nosotras. El territorio estaba marcado por el género y se consideraba una experiencia militante a respetar que las

mujeres tuvieran su lugar sin intrusión alguna del sexo dominante.

La experiencia política de una vida comunitaria ordenada fue muy interesante. Por un lado, frente a los *squats* de Barcelona, me daba cuenta de la metódica organización de los *squats* alemanes, su conciencia política, su seriedad y coherencia. Por otro lado, también percibía que a pesar de vivir todos juntos en un mismo edificio con un mismo baño y una misma cocina, en Berlín la soledad se apoderaba del espíritu de cada uno de nosotros. La individualidad y la conciencia de sí del *ethos* alemán no tenían nada que ver con cierto hedonismo y tendencia al caos propio de las culturas latinas. Creo poder resumir: mientras en Alemania todo iba en serio, en Barcelona todo iba más en broma. Una misma cultura política antiautoritaria, una misma propuesta ideológica anticapitalista, una misma comunidad de convicción y de sentido, se daba con todas sus variantes locales. Además, la rigidez consciente de la militancia autónoma en Berlín era heredera de una memoria traumática: se trataba de una generación que se horrorizaba del pasado de su pueblo y de todo símbolo de nacionalismo alemán. En cambio, en Barcelona, todos nos sentíamos libres de culpa con el franquismo, éramos “los hijos de los obreros que nunca pudieron matar, hijos de los que perdieron la guerra civil”, tal como cantaba el grupo punk La Polla Records, un himno para todos nosotros.

Esa seriedad triste y consciente de los alemanes se combinaba con la creatividad más absoluta: nunca en la vida he experimentado fiestas más delirantes, espacios inmensos okupados y adecuados sólo para una noche

de alucine y éxtasis, edificios enteros acondicionados y decorados para inenarrables noches de desvarío, música, droga, luces de colores, paisajes surreales a lo Mad Max, jardines de chatarra como plantas, como árboles a los que trepar, escenarios imposibles donde el cuerpo y lo lúdico encontraban su ilimitadas posibilidades. La ciencia ficción hecha realidad, la imaginación más desbordada hecha presentación, indumentaria, espacio, ciudad.

Recuerdo en especial el Tacheles, las fiestas de la Köpi, las citas en lugares de los que ahora no tengo memoria, las noches en el X-B Liebig, las sillas hechas con engranajes de camión, las tuercas y las mesas, los sillones de un carro, o el árbol de tubos de hierro del que colgarse y donde aposentarse en un nido, la iluminación, el trance en que nos sumía la música, los distintos espacios en una sola noche, la noche berlinesa, la mejor de principios de los noventa en Europa.

Mis amigos de Barcelona llegaban a Berlín, atraídos por toda la magia incombustible y creativa de esta ciudad isla, ciudad liberada, de la que aprender, gozar y volver. Un mundo alternativo vinculado por redes. Facilitado por todas las estratagemas posibles para viajar de un lugar a otro, desde recurrir a las agencias de viajes compartidos donde colaborar con la gasolina con un desconocido hasta en casos más precarios económicamente el *auto stop*, o colarse en el tren, o conseguir boletos porque existía toda una red de grupos especializados en facilitar las cosas. Un intercambio de experiencias y materiales: videos, películas, libros, revistas, carteles, discos arriba y abajo, con los viajeros.

No ocupábamos el centro. En Berlín el movimiento autónomo tejía sus islas en diversos barrios y ahí era territorio liberado, al margen. No viví en Berlín las grandes batallas campales cuando la policía intentaba recuperar esos espacios para la ciudad capital y del capital. Al revés, recuerdo la batalla perdida contra la capitalidad de Berlín tras la reunificación del Muro. Sabíamos que si Berlín iba a ser la capital, sería más difícil sostener las casas, las islas de libertad, los márgenes. En Berlín los autónomos nos manifestábamos contra el horror del auge de la violencia racista y neonazi que en los noventa resurgía.

Los desalojos del movimiento los viví más en Barcelona y me sorprendí de lo bien organizada que estaba la red de las casas ante momentos de alarma, previo esto a la existencia de los teléfonos móviles. Gracias a un sistema de comunicación propio, los okupas se reunían en pocas horas ante las casas amenazadas de desalojo y el movimiento se plegaba todo a una, a la defensa de los espacios de la ciudad.

CHIAPAS Y LA INTERPELACIÓN A LOS MOVIMIENTOS AUTÓNOMOS EUROPEOS

La conexión política entre las experiencias okupas europeas se estableció con los zapatistas de Chiapas, es decir, en los márgenes del país y en los límites del “progreso”, frente a una experiencia radicalmente distinta, para nada urbana, pero que, al fin y al cabo, fue interpretada como cercana para estos colectivos. Los indígenas del Ejército

Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) con su “¡Ya basta!” del primero de enero de 1994 despertaron la simpatía de estos movimientos sociales europeos. Podemos observar que desde principios de enero de 1994, un grupo de manifestantes ocupó pacíficamente el Consulado Mexicano en Berlín,⁹ ciudad donde en 1996 se realizaría el Encuentro Europeo por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, de inspiración zapatista. Las casas okupadas sirvieron como infraestructura para los debates y para acoger a los activistas provenientes de otros países del continente. En Barcelona, en los espacios del movimiento libertario, se generó el Colectivo de Solidaridad con la Rebelión Zapatista. En las principales ciudades de Europa, los grupos autónomos se afanaron en difundir y movilizarse para amparar la insurrección de Chiapas, así se generó una intensa red activista (Rovira, 2009).

Uno de los ejes de esta sintonía fue la interpelación que el EZLN hizo a luchar contra el neoliberalismo en el mundo, al levantarse en armas el día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. El antineoliberalismo estaba ya en la agenda de los movimientos europeos: en 1988 las protestas contra las instituciones de Bretton Woods habían llevado a decenas de miles de manifestantes a Berlín contra la Asamblea General del Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Pero además, los zapatistas dijeron que no querían tomar el poder, que su lucha era para que “el que mande, lo haga obedeciendo”, que las mujeres participaban en condición de igualdad y que la causa era de la diversidad y por el reconocimiento de la diferencia. Así apelaron a los “marcos maestros” (*master frames*) de

esta “comunidad de convicción y de sentido”, recuperando los conceptos planteados por Berger y Luckmann. La red de vínculos que lograron tejer estos activistas de todo el mundo en defensa del levantamiento zapatista fue un ensayo del uso de internet para la protesta, así como el primer germen del movimiento antiglobalización que, bajo el lema “Otro mundo es posible”, irrumpió el 30 de noviembre de 1999 en Seattle, contra la reunión de la Organización Mundial del Comercio.

MÉXICO, DISTRITO FEDERAL:

OCUPAR PARA VIVIENDA DE LOS POBRES

Las últimas noches antes de venir a México volvía a dormir en la casa okupa de la calle San Marc de Barcelona. A diferencia de Berlín, las casas de la capital catalana eran chicas. La nuestra era una torre donde vivíamos siete personas. Mi habitación estaba en la planta baja pero era como un sótano, lleno de humedad. No contábamos con agua corriente, y cada día íbamos con un carrito y un bidón de 50 litros a la fuente del mercado a llenarlo. La ducha era siempre al aire libre, en el terrado de nuestra casa, ante los ojos de los vecinos de las casas y departamentos aledaños. De vez en cuando llegaban otros okupas de Europa, con derecho de picaporte al decir de qué casa venían, de dónde.

De esa casa salimos las únicas dos mujeres, Maribel y yo, hacia México, no sin dejar un poco acongojados a nuestros compañeros de hogar. México rompería nuestros esquemas. Nada era en el fondo similar a nuestro

mundo alternativo de allá. Fuimos al Chopo, primer lugar que nos habían recomendado, y vimos que las contraculturas juveniles se manifestaban de una forma singular. Caímos a dormir en casa de una compañera anarquista, quien cuidaba a Ricardo Mestre, un refugiado de la guerra civil española de la CNT, que había creado la Biblioteca Social Reconstruir con sus propios medios y su labor de hormiga.

Poco a poco nos dimos cuenta de que aquí las tomas de casas y de terrenos son masivas, no lo hacen necesariamente jóvenes sino familias enteras de desposeídos, organizaciones como la Pancho Villa. Nada era igual, otro mundo. No es una comunidad cultural diferenciada o alternativa, ni por sus rasgos de identidad, la vestimenta, la música o la condición generacional.

En México encontramos otro tipo de ocupación de tierras y de viviendas, diferente al mencionado hasta ahora como parte del movimiento alternativo o autónomo. La ocupación debido a la pobreza es la forma de darse más antigua de la práctica de tomar espacios, tierras y casas. Implica la participación de personas sin recursos económicos que realizan ocupaciones debido a una situación extrema de privación de vivienda (Pruijt, 2004: 37). Este tipo de ocupación se ha dado siempre aunque muchas veces ha utilizado la estrategia de no hacerse pública para lograr pasar inadvertida. En Inglaterra, en los años sesenta, la clase obrera empleó este método para obtener donde vivir. Lo mismo ocurrió en Ámsterdam en los setenta. En este sentido, Adell señala: “El movimiento okupa (como tal y con ‘k’) nace originariamente como denuncia del alto precio de la vivienda (venta y alquiler)

y su infrautilización social. De hecho, la ocupación de viviendas (no política, y por tanto “invisible”) ya existía desde mucho atrás y en los setenta era un fenómeno común” (Adell Argiles y Martínez López, 2004: 92).

En México, con la llegada de migrantes a la ciudad, la toma de tierras y la organización política para obtener un lugar donde vivir ha sido una práctica masiva y clave para entender el desarrollo de la mancha urbana de la capital del país.

A diferencia de la ocupación alternativa y contracultural de la que hemos hablado antes, en este caso la pobreza es el motor de la acción, así como la participación de grupos familiares completos, y no necesariamente dotados de un componente contracultural en la gestión de los nuevos espacios.

Podemos apreciar entonces que el hecho de ocupar no es exclusivo de los grupos de la izquierda libertaria que se reivindica alrededor de esta práctica, sino que es parte de las formas o repertorios de lucha a lo largo de la historia. Dicen Adell y Martínez:

La ocupación de viviendas, como fenómeno urbano paralelo al proceso acelerado de urbanización y crecimiento de las ciudades (y más recientemente a la escasez del suelo y a la llamada burbuja inmobiliaria), supone una vuelta de tuerca a las tradicionales ocupaciones colectivizadoras de fábricas y fincas del repertorio de acción de los movimientos obrero y campesino. (Adell Argiles y Martínez López, 2004: 22)

México Distrito Federal. Una ciudad de gente buscando dónde vivir, dónde trabajar, luchando por salir adelante. Y son esas clases pauperizadas quienes empujadas por la necesidad toman tierras y construyen casas, son los llamados “paracaidistas”, los que integran las organizaciones del Movimiento Urbano Popular. El crecimiento de la ciudad escapa a cualquier plan urbanístico, las hordas de desarraigados con sus familias completas e integrantes de todas las edades, desde abuelitos hasta bebés, ocupan tierras, construyen casas, hacen crecer la ciudad a marchas forzadas y con ella el comercio y el trabajo informal. Con el tiempo, sus propiedades son regularizadas y las organizaciones pueden entonces hacerse cargo del terreno, en caso de mala suerte, los paracaidistas son desalojados y sus viviendas precarias derruidas.

La búsqueda imperiosa de espacios para la supervivencia, así como la creación de ámbitos fuera del control del dinero para la vivencia cotidiana, forman parte del imperativo existencial de todo colectivo humano. El desarraigo —que hoy es tragedia de los desposeídos y condición de los jóvenes sin empleo en el capitalismo tardío— provoca movimientos y acciones colectivas que vienen a recordarnos que antes que nada somos terrícolas. Habitamos el planeta, necesitamos un pedacito de tierra, una habitación donde descansar, un espacio donde amar, jugar y vivir. De ninguna manera, la virtualidad de las interacciones mediadas ni el consumo como apaciguamiento simbólico van a poder sustituir la experiencia inmediata del despliegue de los cuerpos que, unidos, okupan espacios. Los significados que de esas acciones emergen logran encontrar sus propias re-

sonancias en las redes y tejidos de la comunicación a larga distancia, donde se extiende la reflexión y la aplicación de distintas formas de dignificar y de reivindicar la necesidad humana de hogar y de encuentro.

NOTAS

¹ De acuerdo con Peter Berger y Thomas Luckmann, una comunidad de sentido y convicción no está limitada a un área en particular: “Se es católico al pertenecer a una comunidad religiosa católica y al participar en otras instituciones católicas, aun si nuestros vecinos son protestantes. Estas subculturas, que por lo general son comunidades de convicción voluntarias, ya no ofrecen la seguridad de las antiguas comunidades de vida y sentido que estaban insertas en órdenes societales de valores y sentido. No obstante, por medio de diversas formas de comunicación y de relaciones sociales, ellas pueden librar al individuo de crisis de sentido inmanejables” (Berger y Luckmann, 1996: 19).

² Usamos “okupación” y movimiento “okupa” —denominación que se dan los mismos actores en español— para referirnos a lo que en inglés se llama *squatting* (*Besetzung* en alemán) y para circunscribir esta práctica a la ocupación ilegal de edificios vacíos en un contexto urbano y distinguirlo de la ocupación como parte del repertorio de la protesta de diversos movimientos sociales a lo largo y ancho de la historia.

³ El movimiento antiglobalización o altermundista hizo su primera aparición pública el 30 de noviembre de 1999 en Seattle, en Estados Unidos, con una movilización de más de 50 mil personas de las más variadas organizaciones contra la Organización Mundial del Comercio. A partir de entonces, la impugnación del neoliberalismo y las instituciones económicas internacionales serían el objetivo de grupos y movimientos de todo el mundo. A partir de la guerra contra Irak, en 2003, la fuerza de este movimiento global decayó.

⁴ Según Carles Feixa, las culturas juveniles son “la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de la vida institucional” (Feixa, 1998: 84).

⁵ Joe Strummer, líder de *The Clash*, vivía en los *squats* ingleses en 1974.

⁶ Ver la historia y las múltiples actividades que se han realizado en este paradigmático espacio del movimiento okupa de Barcelona en: <www.nodo50.org/kasadelamuntanya>.

⁷ Tal como señala Vogt: “No luchamos como los partidos comunistas, que siempre prometieron de una manera religiosa que después de la revolución proletaria íbamos a mejorar todo e íbamos a estar bien, ahorita estamos en la lucha. Además, como existía un Estado de bienestar, se podía sacar mucho dinero. Nosotros aprovechamos esto: trabajamos tres meses, vivimos en comunidades de mucha gente con pocos gastos, algunos sacaron dinero del Estado, de la oficina del desempleo y así se podía vivir bien. Entonces tuvimos mucho espacio para hacer lo que queríamos y que nos parecía importante para organizar la revolución” (citado en *Mefistófeles Libertario*, 2006).

⁸ Sobre este tema, ver Sabaté Muriel (2008).

⁹ “Okupan 40 personas las oficinas del Consulado Mexicano en Berlín”, reportó el diario *La Jornada*, México, del 12 de enero de 1994: “La manifestación se prolongó dos horas [...] Los manifestantes, pertenecientes a un autodenominado grupo de solidaridad con la insurrección, pidieron al cónsul Luis Cabrera Cuarón que las autoridades mexicanas eviten los enfrentamientos armados y los bombardeos a las poblaciones civiles”.

BIBLIOGRAFÍA

- ADELL ARGILÉS, Ramón y Miguel MARTÍNEZ LÓPEZ (coords.) (2004), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata.
- ASSEMBLEA D'OKUPES DE BARNA (1997), "Liberación de espacios como centros sociales autogestionados", en *La Llettra A*, núm. 49, Barcelona.
- BAUMAN, Zygmunt (1999), *La globalización, consecuencias humanas*. México: FCE.
- BERGER, Peter y Thomas LUCKMANN (1993), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1996), "Modernidad, pluralismo y crisis de sentido", en *Estudios Públicos*, núm. 63, Santiago de Chile, invierno, pp. 1-54.
- CASTELLS, Manuel (1974), *Movimientos sociales urbanos*. México: Siglo XXI.
- DELEUZE, Gilles y Felix GUATTARI (1997), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- DELLA PORTA, Donatella y Dieter RUCHT (1995), "Left-Libertarian Movements in Context: A Comparison of Italy and West Germany, 1965-1990", en Craig Jenkins & Bert Klendermans (eds), *The Politics of Social Protest*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 229-272.
- FEIXA, Carlos (1998), *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- FELS (Für eine linke Strömung) (2003), "Después de los autónomos. Nuevos horizontes de la izquierda radical alemana", en *Contrapoder*, núm. 7, primavera. Revista electrónica, disponible en: <www.sindominio.net/contrapoder/article.php3?id_article=16> (Consulta: 12 de mayo, 2008).

- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (1985), *El movimiento alternativo en la RFA. El caso de Berlín*. Madrid: La Idea.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón y Luis M. RIVAS (2005), “El movimiento alternativo de Berlín”, en *Berlín-Sur. Noticias del este y del otro lado del mundo*. Berlín, febrero. En línea: <www.berlinsur.org/pages/ensayo/alternativo.htm> (Consulta: 10 de mayo, 2008).
- FOUCAULT, Michel (2002), *Defender la sociedad*. México: FCE.
- HEBDIGE, Dick (2004), *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona: Paidós.
- KATSIAFICAS, Georgy (2006), *The Subversion of Politics: European Autonomous Social Movements and the Decolonization of Everyday Life*. USA: AK Press.
- ____ (2007), “El significado de la autonomía”, en *Caosmosis*, noviembre. Revista electrónica: <<http://caosmosis.acracia.net/?p=782>> (Consulta: mayo, 2008).
- LEFEBVRE, Henri (1976), “Reflections on the politics of space”, en *Antipode*, vol. 8, núm. 2, mayo, pp. 30-37.
- LINDÓN, Alicia (2001), “La modernidad y la subjetividad social: una aproximación a la vida metropolitana”, en Miguel Ángel Aguilar D. y Mario Bassols R. (coords.), *La dimensión múltiple de las ciudades*. México: UAM-I, pp. 23-59.
- MASSEY, Dooren (1994), *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Miguel (2001), “Para entender el poder transversal del movimiento okupa: autogestión, contracultura y colectivización urbana”. Ponencia presentada en el *VII Congreso Español de Sociología*, Salamanca.
- ____ (2004), “Del urbanismo a la autogestión: una historia posible del movimiento de okupación en España”, en Adell Argilés y Martínez López (coords.), *¿Dónde están las*

- llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata, pp. 61-88.
- MEFISTÓFELES LIBERTARIO (2006), “Conversaciones sobre la autonomía: entrevista con Vogt”, en *666ismocritico*, Dossier Autonomía, México, 1 de mayo. Disponible en <<http://666ismocritico.wordpress.com/2007/07/04/conversaciones-sobre-la-autonomia>> (Consulta: 3 de abril, 2008).
- OSLENDER, Ulrich (2009), “Especializando resistencia: perspectivas de ‘espacio’ y ‘lugar’ en las investigaciones de movimientos sociales”. Colombia: Biblioteca Luis Ángel Arango, <www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/osle/3.htm> (Consulta: 10 enero, 2009).
- PRUIJT, Hans (2004), “Okupar en Europa”, en Adell Argilés y Martínez López (coords), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: La Catarata, pp. 35-60.
- ROCA MARTÍNEZ, Beltrán (2008), “Acción directa y sindicalismo: una etnografía de combate”, en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, núm. 17. Universidad Complutense de Madrid, enero-junio, 2008. Disponible en <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/181/18101721.pdf>> (Consulta: 12 de mayo, 2008).
- ROCHA, Servando (2006), *Historia de un incendio. Arte y revolución en los tiempos salvajes. De la Comuna de París al advenimiento del punk*. Madrid: La Felguera.
- RODRÍGUEZ, Jesús (1997), “Okupas. Guerra al sistema”, en *El País Semanal*, núm. 1068, España, 16 de marzo, 1997.
- ROVIRA, Guiomar (2009), *Zapatistas sin fronteras. La red transnacional de solidaridad con Chiapas y el altermundismo*. México: ERA.

SABATÉ MURIEL, Irene (2008), “El trabajo de habitar: rehabilitación autogestionada y habitación comunitaria en Berlín”, en *Archivos da Memoria*, núm. 3, Centro de Estudos de Etnología Portuguesa, pp. 58-91.

TARROW, Sidney (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y política*. Madrid: Alianza.

DINÁMICAS SOCIO-ESPACIALES Y UMBRALES AMBIENTALES DE LA METRÓPOLI MEXICANA

IVÁN AZUARA MONTER

INTRODUCCIÓN

Los procesos económicos mundiales producen grandes transformaciones espaciales que se expresan en la re-configuración y expansión urbana, y en la pérdida irreversible de extensiones importantes de ecosistemas naturales, con impactos ambientales de magnitud y permanencia en el tiempo, muy significativos (Harvey, 2010; Azuara, 2010). El problema del modelo de urbanización tiene que ver con una distorsión en la percepción del espacio-tiempo generada por el deseo de la acumulación de capital a corto plazo y las relaciones de poder que este proceso detona.

El *espacio metropolitano* es el resultado de la tensión entre procesos económicos de largo plazo a gran escala, que se gestan a nivel global, y las dinámicas sociales locales de urbanización que se traducen en las contingentes y siempre cambiantes estrategias de apropiación y defensa del territorio.

Los fenómenos globales no son nuevos y las diferentes colonizaciones y arreglos geopolíticos mundiales impactan ambiental y culturalmente los territorios, lo que va cambiando es el discurso civilizatorio que justifica el dominio y la transformación de cada territorio (Wallerstein, 1974; Wolf, 1987; Azuara, *en prensa*).¹ Hay que recordar que en el caso de las ciudades latinoamericanas, estamos hablando de asentamientos humanos que han sido colonias de imperios europeos, nunca perfectamente emancipadas y siempre en transición de una forma de dominación a otra.

La dinámica de los centros y periferias ha estado presente en Europa desde el medioevo, y el primer proceso de mundialización marcó el “desarrollo” de sus ciudades.

La ciudad medieval, frágil organización que levanta sus murallas para resguardarse del bandidaje y al mismo tiempo intenta bajarlas para huir de la peste. Centros de poder que controlan las rutas de comercio, vulnerables por el control ejercido sobre ellas por el tránsito de mercancías y bienes de consumo [...]. La ciudad inquieta, amenaza, pero protege. No tardarán en salir las ordenanzas, las proscripciones y prescripciones, así como la histórica resistencia de los no favorecidos por estas ordenanzas urbanas. (Reguillo, 1992: 143-144)

Sin embargo, dichas ordenanzas fueron mucho más violentas en los altepetls y señoríos americanos (pueblos originales diversos bajo gobierno azteca colonizados por

España). La documentación que hace Losada (2007) sobre el escarmiento que hace el encomendero al pueblo de Tecomitl, Malacaltepe (Milpa Alta), por haber ahorcado al cobrador de impuestos de la Ciudad de México, nos habla de la inauguración del asesinato masivo como escarmiento e imposición de ordenanza urbana, que por supuesto culminaría con etnocidios, pérdidas culturales muy significativas, borrando cualquier posibilidad de reconstrucción cultural, especialmente en las regiones olmecas, mayas y zoques. Las muertes masivas indígenas fueron superiores a las ejecutadas por los nazis contra el pueblo judío en la Europa del siglo XX, lo que constituye órdenes de magnitud escalofriantes si pensamos que los campos de concentración y de exterminio estaban perfectamente planificados en una industria de exterminio. Lo que se debatía de este lado era si los indios tenían alma o no. Algunos por esa razón preferían traer a sus esclavos negros. La segregación territorial entre Chiapa de Criollos (Ciudad Real) y la Chiapa de indios (las dos Chiapas), se puede testimoniar escuchando los rezos mayas y t'sotziles en el templo de Chamula.

La prevalencia de estas ordenanzas y reglas no escritas se prolongó por 184 años después de la Independencia mexicana. En San Cristóbal de las Casas, Chiapas (Ciudad Real de Guatemala durante la Colonia española), todavía a finales del siglo XX, la población indígena no tenía derecho a pisar las estrechas banquetas de piedra laja. Sólo los coletos (criollos autosegregados orgullosos de su rancia dinastía) tenían derecho a hacerlo. Llevamos 15 años de percatarnos de la vigencia de la exclusión social colonial (y de las leyes de indias), de hacer

público y consciente el profundo racismo hacia los indios en “sociedades urbanas” que imponen su dinámica a las pequeñas ciudades mexicanas.

La traza urbana de las ciudades en México se inició con dos características, la primera fue borrar todo vestigio cultural arquitectónico que pudiese convocar culto u organización india,² y la segunda consistió en segregar del centro de las nuevas ciudades a toda la población de indios. A diferencia de Europa, la segregación social y espacial en México fue tajante.

A partir de esta segregación social se instaló el esquema-centro periferia y el crecimiento urbano por contornos. La diferencia es que mediaba el lago. Las móviles y expansivas fronteras de la Ciudad de México se han reconfigurado así, de acuerdo con las formas de poder (monárquico, imperial, dictatorial y pseudo-democrático) así como de la vocación económica en turno, al ritmo que el paso histórico del “desarrollo” va dictando.³

Estamos hablando de al menos tres planos: el primero que corresponde a las divisiones políticas del territorio para controlarlo o para administrarlo y distribuir, atribuciones y competencias. El segundo es el plano material del espacio construido y que se puede visualizar en diferentes épocas como una expansiva mancha urbana. Y finalmente el tercer plano, es el plano negado desde siempre por la *maquinaria urbano-económica*: la Naturaleza, en este caso la dinámica natural regional.

Trataré de describir, entonces, primeramente cuál era el ambiente natural de la cuenca del Anáhuac y de México antes del primer ciclo de dominio europeo sobre América. Después cuáles fueron los procesos que deto-

nan la concentración poblacional y la expansión del espacio construido, y finalmente, qué formas de gobierno y relaciones de poder han acompañado estos procesos.

A lo largo de la historia de las ciudades, el discurso civilizatorio dominante y las relaciones de poder que el “orden mundial” establece, producen huellas espaciales que, por un lado, dan forma y contenido a las grandes metrópolis del mundo (dominando, jerarquizando o polarizando a sus habitantes) y, por otro lado, trastocan los espacios naturales que alimentan su desarrollo y expansión material. La localización de los hitos productivos fundamentales para la creación y acumulación de la riqueza, las dinámicas laborales y residenciales que alrededor de éstos se van estableciendo, el acceso y la movilidad (en su sentido más amplio) en la ciudad producen patrones de diferenciación social, integración y jerarquización “sectorial”, segregación y exclusión social (Azuara, 2010; Pérez-Negrete, 2010; Ramírez, 2010).

Los *modos de producir* en la ciudad, la escala de sus operaciones comerciales y las formas de consumo de recursos naturales, generan patrones socio-espaciales, que son constitutivos de la morfología y dinámica de la ciudad, pero también de la transformación radical de los paisajes y del territorio que la sostiene. Un análisis a profundidad de las dinámicas socio-espaciales y sus umbrales ambientales, requiere un periodo de tiempo considerable, y de límites físicos espaciales claros, aún en el entendido de que los sistemas complejos son abiertos y con fronteras difusas, según Rolando García (2006).

La Cuenca de México, Cuenca del Valle de México o Cuenca del Anáhuac es la unidad natural más adecuada

para analizar el lugar donde se asienta la gran metrópoli mexicana o Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), o también Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), por dos razones principales.

La primera de ellas es que constituye un nivel de unidad geomorfológica relativamente estable, lo que permite evaluar los cambios en las unidades de paisaje y la topografía a través del tiempo, en periodos muy largos. La reducción de las masas forestales, el aumento de la superficie pavimentada y la reducción de los espejos de agua se puede cuantificar. Por ello, la escasez de agua en 2009 en el asiento de un sistema de lagos de una cuenca endorreica,⁴ es realmente alarmante, ya que refleja la magnitud de los impactos ambientales en las unidades de paisaje y en el ciclo hidrológico de la cuenca, pero también la demanda cotidiana de una de las mayores concentraciones de población en el mundo. La escasez de agua en la Ciudad de México es producto, en gran medida, de una larga cadena de desaciertos en políticas públicas, obra pública y decisiones gubernamentales que tienen su origen en las ordenanzas de la Colonia.

La segunda razón es que el crecimiento urbano, producto de la primacía del sector inmobiliario y de la política de desarrollo urbano sobre las formas productivas del denominado sector primario de la economía (agricultura, ganadería, pesca y forestal), y principalmente sobre formas productivas autóctonas (como la producción hortícola en el sistema de chinampas, patrimonio de la humanidad según la UNESCO), ya se ha desbordado, y no sólo sobre sitios patrimoniales, sino que ha rebasado fronteras físicas como las barrancas, límites políticos

estatales, e incluso los parteaguas naturales de la misma Cuenca de México o Cuenca de Anáhuac. Obviamente jamás se desarrolló e instrumentó programa alguno para el manejo de esta Cuenca, ni por ser centro de origen de diversas especies, ni por el manejo y conservación de los grandes volúmenes de agua del sistema de lagos.

La gran metrópoli mexicana es clasificada hoy, por estudiosos de las ciudades, como megaciudad latinoamericana, ciudad global, ciudad neoliberal, así como diversas categorías analíticas que destacan tanto su proceso expansivo, su jerarquía financiera en el mundo, su segregación social, su carácter fragmentado y diverso (Sassen, 1991; Pérez-Negrete, 2008; Harvey, 2010; Duahu y Giglia, 2009; Caprón y González, 2006). La Ciudad de México es la segunda ciudad más grande del planeta. Constituye, asimismo, un sistema complejo de difícil abordaje, que demanda límites (o al menos un recorte temporal claro) y una regionalización natural que permita comprender la magnitud de su conflictividad.

El objetivo aquí planteado es analizar los principales metaprocesos sociales constitutivos de la formación y reconfiguración urbana de la Ciudad de México, la tendencia de sus estructuras, así como los umbrales físico-ambientales que le habían otorgado, hasta hoy, viabilidad al conglomerado urbano para soportar a la población que lo habita o se mueve dentro de él.

El concepto de metaproceso que se emplea aquí es el propuesto por Rolando García (2006: 55) para el estudio de los sistemas complejos. Los metaprocesos son procesos de orden superior que determinan procesos básicos. Implica, según entiendo, el involucramiento de flujos

inter-sistémicos abiertos en niveles de organización superiores, en escalas referenciales múltiples de espacio-tiempo. Los efectos de los metaprocesos se manifiestan en el nivel regional.

Se trata entonces de observar a la difusa sociedad en el expansivo espacio metropolitano y su relación con los sistemas naturales. Asimismo, se trata de documentar los impactos ambientales visibles, que genera el modelo de urbanización dominante a través del tiempo. Para ello analizo en primera instancia la formación histórica de redes de poblados locales, su entorno regional, sus entramados y movilidades. En segunda instancia analizo su conurbación y la expansión sobre estas primeras estructuras físico-ambientales (ecosistemas y paisajes) y sociales: formas de dominio, organización del poder, procesos económicos, jerarquías sectoriales y procesos de exclusión social.

La metodología pretende un primer trazo arqueológico y la visualización del espacio ocupado por los primeros poblados, la caracterización del entorno natural y la conformación de las estructuras tempranas. Se utiliza para ello el análisis de imágenes apoyado en el registro cartográfico histórico de la ciudad en la cuenca, que se está compilando en una base de datos espaciales y que permitirá más adelante un análisis comparativo multi-temporal cuantitativo. Por esta razón y por lo pronto es imprescindible que el lector tenga las imágenes a la vista mientras sigue el texto.

Los escenarios y visualizaciones que se analizan pretenden dar cuenta, por un lado, de cómo los procesos de dominio económico en la escala global a lo largo de

la historia producen estructuras económicas de desigualdad social (que prevalecen hasta hoy) en las zonas metropolitanas, al tiempo que detonan procesos de expansión territorial del conglomerado urbano, con el consecuente agotamiento de recursos naturales estratégicos y la reducción generalizada de la calidad de vida de la mayoría de la población, por sinergias negativas no previstas.

Los procesos civilizatorios se acompañan siempre de un discurso dominante, el de hoy es la globalización, que promueve un crecimiento económico lineal y ascendente, desconociendo y negando los umbrales ecológicos y termodinámicos en los procesos de apropiación y transformación de la naturaleza. La racionalidad económica considera como externalidades del sistema, el agotamiento de recursos, la destrucción de ecosistemas, los residuos industriales y la emisión de diversos tipos de contaminantes, así como sus efectos sobre poblaciones vulnerables. La gran cantidad de recipientes deteriorados de PET, que flota después del estiaje en las barrancas de la cuenca, es una externalidad de las poderosas industrias Vivendi y Coca-cola.

La desregulación ambiental que los gobiernos han instrumentado para “facilitar” la inversión de capitales ha trastocado regiones naturales, ciclos biogeoquímicos y ciclos biológicos diversos, e incluso procesos evolutivos. En la bahía de la ciudad de Acapulco, por ejemplo, a menos de cinco millas flota una franja de varios kilómetros de PET. No obstante, los economistas neoclásicos, por supuesto, no se han dado por enterados de que todos los bienes y servicios de consumo, y todas las ma-

terias primas vienen de los ecosistemas, y que todos los residuos industriales sólidos y líquidos (externalidades) regresan a ellos. Así es como se internalizan los costos ambientales del progreso,⁵ así es como se meten en la cuenta pública de los estados, negando los pasivos ambientales de industrias como la petrolera y la petroquímica. Así se transforma al individuo, a la cultura y a la naturaleza en una sola cosa: el capital.

No se pretende explicar la ciudad con una *gran teoría*, como la que ha desarrollado la escuela culturalista europea, la escuela ecológica de Chicago, ni la escuela francesa con sus interesantes e influyentes exponentes,⁶ e incluso la visión neomarxista a la crítica del neoliberalismo de la escuela de la ciudad de Nueva York, o del sistema-mundo de Wallerstein. No, de lo que se trata es de visualizar la dinámica de las grandes transformaciones materiales en la región y cómo ciertas prácticas ciudadanas de actores diversos producen socialmente la ciudad a través del tiempo.

Al analizar a vuelo de pájaro los grandes procesos constitutivos de la formación y reconfiguración del espacio metropolitano, se explica cómo se expresa la influencia de procesos económicos de gran escala, sobre procesos regionales y locales de urbanización y movilidad dentro de la región, pero sobre todo se trata de visualizar la velocidad de la pérdida irreversible de espacios naturales, de las estructuras básicas que los mantienen y de formas de organización de la población que vive directamente del manejo de sus recursos.

LOS PLANOS DEL ORDEN

La región de la Cuenca

La Cuenca de México es el primer plano de actuación de la actividad humana que desembocará en la actual maquinaria urbana económica. Para ello disponemos de su visualización topográfica⁷ desarrollada en un sistema de información geográfica a través de un modelo digital de terreno (figura 1).

FIGURA 1. La Cuenca de México



MDT basado en la interpolación hipsográfica.

Las formaciones orográficas más elevadas que observamos en el extremo derecho (Este) de la imagen, son la Sierra Nevada conformada por el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl (en orden de Sur a Norte), el conjunto de volcanes que se desplazan por la parte inferior de la imagen (Sur) conforman la Sierra Chichinantzin, digamos del Popocatepetl hacia el Nevado de Toluca (de Este a Oeste). No obstante, la Chichinantzin inicia en el Ajusco, que es el volcán que se ubica a la derecha (Este) del Nevado de Toluca, ligeramente hacia arriba (Norte). La

Sierra que sube por la imagen, digamos del Nevado de Toluca hacia arriba (Norte, ligeramente a la izquierda) es La Sierra de Las Cruces. El Centro oscuro entre la Sierra de las Cruces y la Sierra Nevada es el gran lago de México.

Si iniciamos una caminata por la orilla del extremo derecho del lago (Este) en la parte inferior (y que nace en las faldas de la Sierra Nevada) estaríamos iniciando el recorrido por Chalco. Si nos dirigimos rápidamente en la trajinera, en línea recta, llegamos a Xochimilco, donde a través de un canal llegaremos en unos minutos a Tlalpan, y en una hora bordeando la orilla a Tacuba, para de ahí embarcarse nuevamente a México, el lugar que le da nombre a la nación. Estamos hablando que en el siglo XIX se anunció:

La Inauguración de Vapores México-Chalco, BANQUETE en obsequio del Sr. Presidente de la República y sus Secretarios de Estado ofrecido por la empresa... Chalco, Marzo 9 de 1890. (León Portilla *et al.*, 1975: 157)⁸

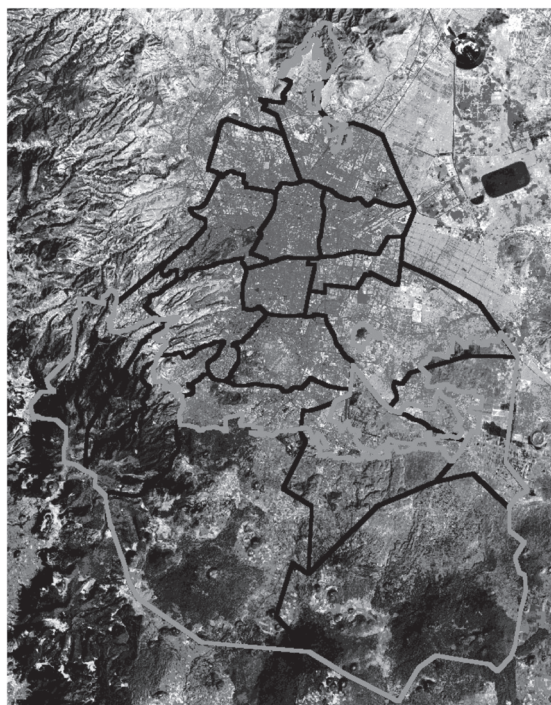
Siguiendo la orilla del lago hacia el norte, partiendo del antiguo islote México, ya conectado por calzadas y puentes, nos dirigimos al extremo más norteño del lago (centro norte de la imagen), Tlanepantla de Guadalupe. A la derecha del lado izquierdo del lago, se encuentra precisamente la mítica Sierra de Guadalupe y el mítico volcán del Tepeyac. A comienzos del siglo XVI, todavía colindaban con el lago norte Tacubaya, Tacuba y Tlanepantla (Mosser *et al.*, 1975: 52).

Existe en los archivos filmicos de los hermanos Lumier, a finales del siglo XIX, el registro de un recorrido en trajinera desde la zona de chinampas de Xochimilco, hasta los mercados de Jamaica, la Merced y el Centro de la Ciudad de México. Los grabados de Nevel de 1840 documentan el ambiente y la efervescencia que se generaba alrededor de los embarcaderos, centros de intercambio comercial por excelencia. El Paseo de la Viga parece Reforma con un gran canal, surcado por trajine-ras y buques de gran calado, el embarcadero de Iztacalco para Santa Anita. Ciudades como la capital alemana mantenían y fortalecían sus embarcaderos y embarcaciones entre Postdamer y Berlín, por ejemplo. La inestabilidad política en México provocó en ese momento la invasión de Estados Unidos en 1847.

Probablemente ya nos agotó el recorrido. Sin embargo, no quisiera dejar de localizar a la Sierra Santa Catarina, conjunto de volcanes que nace cerca de las faldas del Iztaccíhuatl (extremo derecho de la imagen), y que precisamente divide el lago en dos porciones. En el extremo izquierdo de esta Sierra está el volcán Yehualique, en la orilla del lago se estableció Tezonco. Una pintura de su templo muestra la orilla del lago. Los volcanes de esta Sierra desaparecieron parcialmente en el siglo XX, por el aprovechamiento de materiales pétreos (tezontle, grava y arena) que se hacía de ellos para la construcción de la megaciudad (Figura 2). En la imagen de la Figura 1 se alcanza a visualizar parte de su topografía original, junto a la formación más cercana al antiguo México, el cerro de la Estrella. El demencial desagüe del Lago de México fue iniciado por los españoles con fines militares,

para mantener el control sobre los aguerridos navegantes de la Cuenca del Anáhuac.⁹ No obstante, también fue un proyecto interesante para los *gringos* invasores.¹⁰

FIGURA 2. Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM)



Landsat TM 1999. Falso color, infrarrojo cercano y 2 bandas espectrales visibles.

Según los estudiosos de la evolución, los peludos mamuts de al menos dos géneros diferentes descendían de estas nevadas sierras a alimentarse y a beber o refrescar-

se en las ciénagas de Xochimilco, Tlalpan, Chalco, Texcoco, Xaltocan y Zumpango. Los zoólogos consideran que la Cuenca de México es el punto de contacto más norteño de las faunas de la región neotropical, con las faunas de la región neártica, de acuerdo con la regionalización biogeográfica de Alfred Russel Wallace, coautor de Darwin, y la teoría de la deriva continental de Lyell (1832), ambas regiones estuvieron en masas continentales diferentes por 70 millones de años. Los botánicos consideran que la zona de transición entre las floras de ambas regiones biogeográficas se localiza más al sur (Conabio, 2000).

En cualquiera de los dos casos la Cuenca de México es mega-diversa ya que concentra en 9 600 km² el 2% de toda biodiversidad mundial (Azuara *et al.*, 2000 y 2002). En el Anexo I documento los sitios más ricos en fauna superior.

La fauna mayor de mamíferos, además de especies importantes de aves, reptiles, anfibios y peces, atrajo la presencia de cazadores nómadas, que se establecieron paulatinamente, tanto en la periferia del sistema de lagos, como en las boscosas montañas que lo irrigaban. El registro fósil humano más antiguo en la Cuenca de México se localiza en Tlapacoya y data de hace 22 mil años (Mosser *et al.*, 1975). Aproximadamente cinco mil años antes de que las primeras manifestaciones artísticas fueran trazadas en las cuevas de Altamira, en el Viejo Mundo.

Las entidades federativas que tienen jurisdicción en la Cuenca de México son las siguientes:

Estado	Km ²	Municipio/Delegaciones	%
Estado de México	4800	49	50
Hidalgo	2 540	19	26
Distrito Federal	1 320	16	14
Tlaxcala	840	9	8
Puebla	100	2	2

La cuenca está irrigada, en su mayor parte, por ríos de carácter torrencial, con avenidas de corta duración cuyos causes permanecen secos durante el estiaje. Los ríos de la cuenca que tienen escurrimientos perennes son Magdalena, Mixcóatl, Tacubaya, Hondo, Tlanepantla, Cuahutitlan, Tepotzotlan, San Juan Teotihuacan y la Compañía. Para 1976 la Comisión Hidrológica de la Cuenca del Valle de México de la Secretaría de Recursos Hidráulicos reportaba un total de 60 escurrimientos superficiales, en once zonas hidrológicas con un total de 400 591 000 m³/s. Esa misma comisión en 1962 midió los volúmenes de 274 manantiales con un total de 6 193 l/s (DDF, 1975).

El diagnóstico desarrollado en 1997 por el DDF, el Gobierno del Estado de México y la Semarnat, en el Programa Metropolitano de Recursos Naturales, consigna que debido al crecimiento poblacional y a la expansión de la mancha urbana se ha alterado el *balance hidrológico*, afectando el abastecimiento de agua por sobre-explotación de los mantos acuíferos. Del agua disponible por precipitación en la Cuenca de México, 80% se evapora, 11.3% se infiltra al subsuelo y 8% escurre superficialmente. De lo que escurre se aprovechan 3 m³/s y el resto

se desaloja a través del sistema de drenaje. Se estima que cada año se recargan 220 millones de metros cúbicos. La descarga de agua pluvial que se va al drenaje profundo es superior a la recarga del acuífero, debido a la velocidad de infiltración. Por otro lado, los volúmenes de extracción son superiores a los de recarga. Trece años después este balance negativo ha llegado a su límite.

METRÓPOLI

Ciudad de México, ciudad de contrastes por excelencia, es, para quien la estudia, un sistema complejo, pero para quien la vive es un objeto de deseo ambivalente y controvertido, que sobrepone, conjunta y organiza las innumerables percepciones de sus actores sociales. Desde hace casi siete siglos ha sido la Gran Ciudad (*Ahue Altepetl* en lengua náhuatl) México Tenochtitlan, concentró desde entonces el poder político y económico de la antigua nación mesoamericana. Hoy, además, constituye, para el imaginario colectivo nacional, el espacio más dinámico y moderno del país. En consecuencia, es el polo mayor de atracción de contingentes importantes de diversos grupos sociales del interior de la República Mexicana, que se acercaron a la gran metrópoli con la expectativa de incorporarse a la *vida urbana*, que con frecuencia resulta un espejismo que se desvanece como el humo de los escapes de los millones de vehículos que la surcan.

Llegar a la Ciudad de México, para muchos, forma parte de la utopía que busca el progreso, “la modernidad” tan difundida, y que constituye la negación de la

vida rural y el acceso a nuevas oportunidades de vida y de trabajo.¹¹ Para otros, los que han vivido en los viejos pueblos de la periferia ahora asimilados a la mancha urbana, la Ciudad de México es un gigante que amenaza, que devora sus formas de organización comunitaria y agraria, y que, no obstante, les permite conjugar las tradiciones agrícolas ancestrales y su identidad, con el acceso bastante limitado, a los mercados laborales de la gran metrópoli.¹² Para otros más, la ciudad es un espacio de reproducción social al que se aferran para asegurar los mecanismos mínimos de subsistencia callejera, y ahí permanecer en el estanco de la nula movilidad social.

En la medida en que la Ciudad de México ha concentrado el dinamismo económico, político, cultural y social del país, los distintos escenarios que conforman el espacio metropolitano nos invitan a reflexionar sobre el mundo de contrastes que aparece ante nuestros ojos: la pobreza extrema que coexiste con las mayores concentraciones de riqueza registradas en el mundo, donde el imaginado lugar de la primacía económica mundial lo ocupa el *Chapo* Guzmán (el capo mayor de las narcomafias) y el magnate Carlos Slim; contrasta, asimismo, la ciudad aglomerada y contaminada, con las ancestrales chinampas todavía en uso productivo; la ciudad de las marchas y las protestas sociales que se gestan en todo el país, pero que se manifiestan en la forma de apropiación temporal de sus calles y espacios públicos; los enclaves globales de consorcios transnacionales,¹³ con modernas y vanguardistas arquitecturas, conformando pequeñas ciudades amuralladas dentro de la metrópoli, que se erigen firmemente frente al crimen y la insegu-

ridad pública, que amenaza fuertemente a esos sectores minoritarios que incrementan su plusvalía hora tras hora, también a través del crimen.

La re-configuración de esta gran urbe ha estado profundamente impactada por distintos procesos sociales y económicos, pero sobre todo por la facilitación gubernamental hacia “inversionistas” de sectores minoritarios que acumulan grandes capitales, instrumentando diferentes formas de despojo de sectores menos favorecido.¹⁴ En particular sobre los terrenos de propiedad social (ejidos y comunidades agrarias), el gobierno federal a finales de la década de los sesenta construyó mecanismos de expropiación de la propiedad social y de la pequeña propiedad, por causa de utilidad pública en todo el país. Muchos de estos terrenos quedaron en manos del sector inmobiliario¹⁵ y otro tanto en manos del sector energético paraestatal (Comisión Federal de Electricidad y Petróleos Mexicanos), y otros más para proyectos de infraestructura de comunicación y transporte, que en conjunto soportan el modelo de urbanización vigente y gran parte de la dinámica entrópica de la gran metrópoli.¹⁶ El problema de fondo es que el abandono gubernamental total del campo y las expropiaciones sobre la propiedad social y las reformas de 1992 al artículo 27 constitucional, han constituido una estrategia de disposición, sin freno alguno, de recursos naturales estratégicos propiedad de las comunidades de la nación.

El ritmo de crecimiento de la ciudad, en la Cuenca de México, se incrementó de manera exponencial durante la segunda mitad del siglo pasado, después de la Segunda Guerra Mundial, en el periodo poscardenista. De

acuerdo con Legorreta (1995), la Ciudad de México en 1990 era la ciudad más poblada del mundo, 16 millones de habitantes ocupaban un área urbana de 1 300 km². La concentración metropolitana más grande en ese año era la ciudad de Los Ángeles con 3 970 km², seguida de Nueva York con 2 430 km², incluyendo en la conurbación Nueva Jersey, Manhattan, Stanford y New Haven. La característica peculiar de la Ciudad de México no es su extensión sino su elevada tasa de crecimiento y su densidad. Mientras Los Ángeles crece a una tasa inferior a 1.5% con densidades promedio de 40 habitantes por hectárea; la Ciudad de México triplica esta tasa con 4.5% con una densidad de 150 habitantes por hectárea. Entre 1950 y 1980 se registraron tasas de crecimiento poblacional en la zona conurbada del Estado de México, que van de 7.27 a 11.8%. De acuerdo con Duhau y Giglia (2009), la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en 1950 cubría un área de 26 275 ha, con una población de 2 982 075 habitantes y una densidad de 113 hab/ha. En 1960 el área era de 41 690 ha, con una población de 5 155 327 y una densidad de 123 hab/ha. En 1970 el área era de 72 246 ha, la población de 8 656 851 y la densidad descendió a 119 hab/ha. Para 1980 la extensión era de 89 112 ha, la población 13 734 556, presentando el dato histórico más alto de densidad: 154 hab/ha.

Dos acontecimientos impactan significativamente la estructura poblacional y la demografía de la ciudad. El primero de ellos producto de la negligencia institucional de Pemex, de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, y del área de auditorías ambientales y riesgo del IMP, fue el accidente de San Juan Ixhuatepec el 19 de

septiembre de 1984, el otro fue el terremoto de 1985. Sin una estadística precisa de las defunciones, la extensión de la ciudad para 1990 era de 129 503 ha, con una población de 15 160 655 y con un significativo y explicable descenso de 117 habitantes por hectárea.¹⁷ La cifra de densidad de Legorreta antes del accidente de Pemex y del terremoto era de 150 habitantes por hectárea, el golpe entre defunciones, desapariciones y migraciones fue de 33 habitantes por hectárea, concentrándose la baja en la ciudad central.

Durante 1983 y 1984 realicé intensos recorridos en las zonas chinamperas hortícolas y de producción de flor. Me embarcaba en Atlapulco (San Gregorio)¹⁸ y ocasionalmente en Caltongo o Xochimilco. Fui testigo en 1985 del enorme depósito de los cascajos del terremoto, que el gobierno de Miguel de la Madrid hizo en la zona de chinampas y en las ciénegas patrimonio de la expansiva humanidad. Con los cascajos se le volvió a ganar terreno a los lagos de Xochimilco, Tlahuac y Chalco. Para el año 2000 la extensión urbana era de 140 ha con una población de 17 682 183 de habitantes y una densidad similar a la de 1970. Un dato sorprendente es que el nivel de despoblamiento del área central fue ascendiendo gradualmente, mientras el centro se llenaba de automóviles y de actividad comercial, tanto establecida como ambulante. Simultáneamente, la ciudad expandía su materialidad constructiva hacia la periferia de la ciudad central.

En la Figura 2 se muestra una imagen del satélite Landsat TM (1999). En la parte media y superior podemos observar las 140 hectáreas de extensión construida. Al sur se hallan las masas forestales de la Sierra Chichi-

nantzin. Destacan pequeños polígonos claros que son los pueblos de Milpa Alta que no han permitido la tala de sus bosques (por el sector forestal) y que han resistido frente a las fuerzas de la industria inmobiliaria. Obsérvese del lado derecho superior un pequeño polígono rectangular negro. Eso es lo que quedó del Lago de Texcoco, después de que un aguerrido grupo de biólogos y arquitectos propusieron su rescate.

El canal de Cuernavaca y los lagos de Xochimilco no se alcanzan a observar en este nivel de resolución. El lector puede buscarlos en Google Earth en la parte norte del polígono correspondiente a la delegación Xochimilco. En la imagen se alcanza a observar otro pequeño polígono negro relicto del lago, en la parte media de Tlahuac, que por cierto ya se ha conurbado con Chalco. Imagine el lector el nivel de transformación en el paisaje de la cuenca ocurrido durante el siglo xx. Observe por ejemplo cómo las cañadas y algunas cumbres de la Sierra de las Cruces prácticamente están cubiertas por urbanizaciones de diversa índole. Se ha perdido el hábitat de especies vegetales y animales únicas en el planeta (Anexo I).

La tendencia expansiva de la ciudad sucede entre 1950 y 1980, periodo en el que se dio la mayor industrialización. Además el crecimiento urbano se produce a lo largo de las vías de comunicación entre dos polos importantes, por ejemplo México-Tacuba, México-Guadalupe, México-Tlalpan (calzada de Tlalpan), México-Coyoacán y la México-Xochimilco.

Tanto la guerra de México contra Estados Unidos, como la Segunda Guerra Mundial, trastocaron la fisonomía del paisaje y su forma policéntrica de relacionarse

a través del lago y los canales. La primera porque frenó el desarrollo, la tecnología de vapor y la dinámica efervescente de los embarcaderos como el de Roldán, así como las formas naturales de comercialización de nuestros pueblos; la segunda porque impulsó la tecnología de la combustión de hidrocarburos y la petrolización de la economía mundial. Acelerando las velocidades expansivas y acumulativas de capital. La movilidad terrestre asume el dominio del territorio y de la obra pública sobre la movilidad acuática. Se confina la trajinera al espacio simbólico del folclore, quebrando de una vez y para siempre el modo de producción, organización y comercialización de las estructuras económicas tempranas de las nobles y productivas tierras mexicanas. Aparecen los intermediarios del transporte, el sobrecosto del combustible en los alimentos, la bodega y los bodegueros, el acaparamiento y la terrible figura del *coyote*, que atosiga al productor chinampero, como en su momento lo hizo el feudal con ciervos y peones, y que se va reproduciendo por toda la estructura social.

Después de la Segunda Guerra, en 1945 la Ciudad de México entraba de lleno a la modernidad del capitalismo, con una agresiva reconfiguración urbana en torno a la movilidad que la industria automotriz detonaba para la expansión y acumulación de capital.

En consecuencia, son tres los grandes problemas de las metrópolis comunes a las mega-ciudades latinoamericanas y que explican los meta-procesos constitutivos y expansivos de la metrópoli.

El primer problema es la transición de un *modo de producción* a otro, que originó la conformación de gran-

des ciudades en el proceso de organización de la fuerza de trabajo y la generación de plusvalía. Esta transición al capitalismo fue muy diferente en las ciudades coloniales americanas de los procesos que se dieron en Europa (Palerm, 1987; Wallerstein, 1974). Este metaproceso desembocó en la actual geografía de ciudades globales, y la elevada concentración del capital mundial y de poder político en ciudades neoliberales. Se trata ahora de formas de acumulación de capital en la era postindustrial que generan, además de las altas concentraciones poblacionales, fenómenos de segregación socioespacial, la continuidad del centralismo y crisis económicas cíclicas acompañadas de una fuerte reducción de fuentes de empleo. La generación de plusvalía es la principal causa de los cambios en el uso del suelo, transformaciones en el paisaje e impactos ambientales irreversibles, la exclusión social y la inseguridad.

El segundo problema tiene que ver con la tensión que se genera entre el lugar de residencia y el trabajo. Antes de la etapa postindustrial¹⁹ existía una lógica de localización fabril, de la manufactura, el comercio y el lugar de residencia. Los programas generales de desarrollo urbano, tanto del Distrito Federal como del Estado de México, definieron claramente zonas industriales y diferentes tipos de zonas habitacionales, cada uno de ellos con equipamientos urbanos específicos. Hoy el fenómeno es mucho más complejo y no puede comprenderse sin considerar las transiciones sectoriales de la población y su relación con el territorio, la conformación e incremento del sector terciario, los enclaves globales como estrategias del gran capital y las lógicas transnacionales

en la conformación espacial de las ciudades. Y en medio de todo esto las estrategias de sobrevivencia del ochenta por ciento de la población urbana.

El tercer problema es la intensa *saturación vehicular* en las principales vías rápidas y avenidas de la ciudad. La falta de fluidez cotidiana resulta en una combustión constante de cerca de cuatro millones de vehículos automotores públicos y privados en la Ciudad de México, durante 17 horas del día. Este problema detona una larga cadena de efectos que van desde afecciones psicológicas e impactos a la salud de la población por la contaminación atmosférica, alteraciones de los ciclos naturales que afectan regionalmente a los ecosistemas y a la agricultura peri-urbana, y por supuesto impactos globales por las emisiones de CO₂ que contribuyen al calentamiento del planeta.²⁰

Lo grave en nuestro caso, es que la metrópoli se encuentra, orográficamente hablando, en una cuenca atmosférica, lo que impide la dispersión de los gases contaminantes provocando mayores afecciones locales que globales. El ciclo del fenómeno del tráfico está articulado a los mecanismos de expansión urbana, a través de la obra pública que incrementa la superficie de rodamiento como parte de las estrategias expansivas transnacionales de las industrias automotriz y petrolera.²¹

LA MAQUINARIA URBANO-ECONÓMICA GLOBAL

El proceso histórico por el que el país se ha vinculado al sistema mundial ha marcado las estructuras in-

ternas nacionales y, dentro de éstas, la capital ha vivido intensamente fuertes transformaciones. La expansión de diversas áreas en la periferia móvil de la zona metropolitana ha sido el resultado tanto de migraciones internas (por despoblamiento del centro de la ciudad y migraciones de diferentes estados mexicanos), como de los procesos de reestructuración económica que ha vivido el país y la localización de los “hitos” productivos vinculados a los flujos globales de capital, como es el caso del enclave global Santa Fe (al poniente de la Ciudad de México); conformándose así una desigual repartición de satisfactores básicos para la población, y a su vez una distribución desigual de la sociedad en el espacio (Taylor, 2010; Pérez-Negrete, 2010).

Uno de los aspectos centrales del análisis es cómo la re-configuración del espacio metropolitano está estrechamente relacionada con los procesos de acumulación de capital global. Harvey (2010) nos ilustra cómo los procesos de urbanización han representado una solución temporal al proceso de sobreacumulación de capital en la lógica de los imperios.

Partiendo de la reconfiguración urbana de París, diseñada e instrumentada por Haussmann, por encargo de Napoleón Bonaparte, cuyo objetivo fue ayudar a resolver la crisis de sobreacumulación de capital y el problema del desempleo, como primer vehículo de estabilización social, se analiza la construcción de los instrumentos financieros que permiten la ejecución de estos megaproyectos urbanos. Al abordar el análisis de la proyección urbanística de Nueva York, después de la crisis de sobreacumulación de capitales en Esta-

dos Unidos, producto de la Segunda Guerra Mundial, Harvey nos explica detalladamente la conformación de una nueva oligarquía financiera, así como las tendencias económicas mundiales y el repunte económico de China.

Es muy importante esclarecer cómo el Estado interviene en la conformación e instrumentación de mecanismos financieros que permiten el despojo patrimonial de sectores de bajos recursos. El ejemplo que ilustra esta intervención estatal son los créditos de vivienda que el gobierno de Inglaterra otorgó durante la década de los ochenta, los cuales terminaron despojando de su propiedad a los deudores y beneficiando exclusivamente al sector inmobiliario y financiero (Harvey, 2006).

Algo similar ocurrió en México, a principios de los noventa, dirigido hacia la amplia franja de clase media. Desde 2006, con la venta de la cartera vencida del Infonavit, se evidencia una clara alianza entre el gobierno federal, el sector financiero y el sector inmobiliario para poner en marcha instrumentos de acumulación por despojo similares a los aplicados por el gobierno inglés.

No obstante, que el impacto de las oligarquías financieras y los gobiernos facilitadores siguen patrones similares en el mundo, en términos de expansión y reconfiguración urbana, como salida a la sobreacumulación de capitales, existen diferencias sociales, históricas y culturales que enmarcan una dinámica socioespacial diferente en la formación de megaciudades latinoamericanas (Azua, 2010; Pérez-Negrete, 2006).

Partimos de la idea de que la Ciudad de México es una metrópoli conformada por varios núcleos produc-

tivos interdependientes, de forma tal que se ha registrado una pérdida de primacía del centro original sin todavía llegar a conformar una ciudad policéntrica (Terrazas, 2000; Suárez y Delgado, 2007); fomentado con ello fuertes “desequilibrios entre empleo y vivienda y de áreas compactadas y conectadas entre sí” (Suárez y Delgado, 2007: 28). Sin embargo, también existen evidencias de efectos positivos de cambio en las tendencias de despoblamiento de áreas centrales de la ciudad por aplicación de políticas públicas de re-densificación a través de programas de vivienda dirigidos. Lo que reduce el desequilibrio (González, 2007), ya que según los mismos datos de Suárez y Delgado (2007), la zona central sigue concentrando la mayor oferta de empleo.

Teresa Caldeira (2000: 213-215) describe un proceso evolutivo que explica cómo se ha reconfigurado el territorio de São Paulo, que a nuestro juicio bien puede explicar el proceso expansivo y de diferenciación e integración socio-espacial de otras megaciudades latinoamericanas como la Ciudad de México: un primer periodo que va desde fines del siglo XIX hasta los años cuarenta del siglo XX, el de “la ciudad condensada”, en donde diferentes grupos sociales estaban aglutinados en una pequeña área que correspondía al espacio que circunscribía a la ciudad y las diferencias intergrupales se hacían evidentes por el tipo y material de las viviendas.

Se puede decir que en esta etapa, pobres y ricos vivían en espacios contiguos. Una segunda etapa comprendida entre 1940 y 1980 en la que se consolidó el modelo de la ciudad industrial estuvo marcada por patrones espaciales dominados por el modelo centro/periferia. Aquí se

produjo un fenómeno: de las zonas rurales migraron personas para encontrar trabajo en la industria urbana. Los trabajadores y la gente que no fue absorbida por la industria se estableció en las zonas periféricas de la ciudad con servicios precarios; y las clases medias y altas se concentraron en la parte central, donde pudieron gozar de buen equipamiento urbano. En este periodo los grupos sociales estaban separados por grandes distancias físicas.

La tercera etapa, que nos contextualiza en el tiempo en que desarrollamos este trabajo, da cuenta que debido al incremento de la inseguridad y la violencia urbana, las clases medias y altas buscan establecerse en nuevas zonas ubicadas en las periferias metropolitanas. Los modelos de urbanizaciones cerradas que los mecanismos del mercado promueven, generalmente colindan con espacios marginales o rurales que poco a poco se han ido integrando a la mancha urbana. Esta dinámica supone para Caldeira que aún cuando las distintas clases sociales puedan estar más cerca unas de otras, se encuentran separadas por muros y tecnologías de seguridad que favorecen su cada vez menor interacción en los espacios públicos, los cuales son utilizados por los pobres y marginados de la ciudad. Las condiciones adversas que se viven en las megaciudades como el crimen, la violencia y la inseguridad, también han contribuido a modificar los patrones espaciales. Las clases medias y altas se desplazan a zonas distantes del centro urbano, y al experimentar nuevas formas de residencia cambia también la manera en que los vínculos con otros sectores de la sociedad se realizan, relocalizándose tanto las zonas de atracción laboral como los lugares de empleo.

El proceso que documenta Caldeira coincide con los patrones de ocupación poblacional y expansión para la Ciudad de México que muestran los análisis de Aguilar (2002), en un modelo en cuatro etapas. La primera atrae una concentración económica y social al centro urbano, registrando un alto crecimiento demográfico. La segunda representa el inicio del proceso de sub-urbanización, el crecimiento demográfico central disminuye, y la población se desplaza hacia la periferia registrando un alto crecimiento. En la tercera fase el centro urbano presenta un crecimiento negativo.

Es en este contexto de policentralidad, con fuertes desequilibrios en la distribución espacial, donde transcurren las actividades cotidianas de la ciudad. En la medida en que en los múltiples contornos de la ciudad se localizan los hitos productivos de la acumulación de capital, la localización de los mercados de empleo en relación con la localización de las zonas residenciales ha propiciado una reconfiguración del espacio metropolitano marcado por movilidades crecientes y poco eficientes.

Las encuestas de origen-destino que se han efectuado en la Ciudad de México nos hablan de grandes flujos de población atravesando la ciudad para moverse a sus lugares de trabajo. La cantidad de viajes en transporte público o en automóvil particular que se realizan al día, la demanda de automóviles nuevos que puedan circular todos los días y la constante inversión en obra pública para el mejoramiento de vialidades constituyen en sí mismos un motor económico. Lo que consumimos son ofertas poco diversificadas de movilidad. En 2001 el parque vehicular de la zona metropolitana se estimaba

en 4.5 millones con tasa de incremento anual de cerca de 500 mil vehículos. El 1.3% lo integran camiones de pasajeros, mientras que 85% lo integran automóviles particulares. Se estima que diariamente se realizan en la zona metropolitana 35 millones de viajes por persona, lo que equivale a que cada habitante realiza 1.8 viajes al día (Fernández *et al.*, 2006).

Toda la movilidad y su infraestructura está basada principalmente en hidrocarburos, a diferencia de las ciudades europeas que mantuvieron su movilidad a través de trenes urbanos y suburbanos con las mismas infraestructuras del ferrocarril. Aquí a finales de los años cincuenta encarcelaron a los líderes sindicales de Ferrocarriles Nacionales y las siguientes décadas privatizaron la paraestatal para dismantelar la infraestructura y priorizar la movilidad automotriz.

Los largos desplazamientos al lugar de trabajo generan un mayor consumo de hidrocarburos, que tiene impactos socioambientales diversos, y que a su vez reducen significativamente la productividad y el rendimiento laboral por el tiempo perdido en diferentes traslados, con la consecuente afectación económica del trabajador, que sin embargo continua cotidianamente con sus largas travesías para la obtención del sustento.

Blanca Ramírez (2010) demuestra a través del análisis de los sectores económicos en la ciudad, que la economía en la era postindustrial sigue soportándose en el sector secundario (sector inmobiliario e industria de la construcción, principalmente) y no precisamente en el sector de los servicios que caracterizan a las ciudades globales en la era de la información (Sassen, 1991; Castells,

1998). El discurso de la globalización esconde la instrumentación acumulativa del neoliberalismo. El proceso es por naturaleza especulativo, ubicado en el sector inmobiliario y se basa fundamentalmente en la competencia por los lugares.

Con las series de tiempo de 1950 a 2000, tanto de número de habitantes como de extensión del área del espacio construido (mancha urbana) y con apoyo de una orto-foto y una imagen Landsat TM, se estimó que la tasa de expansión urbana hasta el año 2000 era de 742 m² de construcción por hora, con una tasa de deforestación máxima de 500 ha por año y mínima de 300 ha por año. La tasa de expansión rebasa las tasas de crecimiento poblacional, lo que habla de un fuerte proceso de especulación inmobiliaria.

En suma la movilidad por combustión interna, la ampliación constante de vialidades, los despojos de tierra (expropiaciones) y la especulación inmobiliaria son las principales variables que incrementan la velocidad de expansión de la economía y de la materialidad física urbana. En consecuencia, la acumulación de plusvalía es el motor que incrementa la velocidad de la expansión urbana.

IMPACTOS SOCIO-AMBIENTALES Y SINERGIAS NEGATIVAS

Cuando convergen los grandes problemas, que en cierto sentido también son constitutivos del espacio urbano, se generan sinergias negativas que los agudizan hasta llegar a situaciones críticas.

La expansión material del capital y el crecimiento poblacional transformaron las unidades de paisaje y los ecosistemas de la ciudad lacustre, llevándola al límite de la disponibilidad de agua. La pobreza extrema y el desempleo se agudizan por los problemas de accesibilidad y movilidad, que ha producido la urbanización expansiva, fragmentada y desordenada. Sin embargo, parte de la fragmentación y aislamiento ha sido generada por una construcción social del miedo que opera en el plano simbólico de las significaciones estructurantes; pero no por ello deja de manifestarse en el cierre físico de calles y el incremento de fraccionamientos cerrados (Giglia, 2002; Caprón y González, 2006), que dificultan el acceso, complican la movilidad e incrementan el tránsito vehicular.

El proceso expansivo urbano y el cambio de uso de suelo ha reducido la posibilidad de permanencia del sector productivo agropecuario en la periferia urbana, sin impactar las masas forestales y afectar la recarga de acuíferos. Pero también ha erosionado las formas de organización comunitaria a través del ejercicio faccioso del poder público. Los procesos especulativos de un sector inmobiliario (que vende la ilusión de la seguridad, favorecido por los gobiernos) avanzan ya, agresivamente, sobre la corona de ciudades.

La inseguridad se ha ido construyendo socialmente con el fomento a la jerarquización, a la sectorización, a la exclusión y a la polarización social, anteponiendo sobre cualquier tipo de valor (incluso sobre la libertad y la vida humana) la acumulación de capital y de poder. Los valores del individualismo del modelo unilineal de “desarrollo” se imponen a través de una cultura mediática que

no sólo fomenta consumos específicos, sino que distorsiona el deseo construyendo meta-realidades estructurantes que inducen miedos y actitudes no deseadas, con tal de obtener por un lado seguridad y por el otro riqueza de manera súbita y generalmente ilegal. El resultado es la descomposición del tejido social desde su base y una crisis moral que se manifiesta en todos los espacios de la vida pública y privada.

A finales del siglo pasado nos preocupaba la creciente militarización del estado mexicano de Chiapas y la injusticia social para los pueblos indios. Hoy el ejército mexicano inunda las calles de las principales ciudades de los estados que conforman la República Mexicana, justificando su presencia y sus acciones a través del combate a los narcotraficantes. Las cifras de muertes violentas y la cantidad de armas de alto calibre que se consumen hoy en México, superan las cifras de algunas guerras en oriente medio.

Lo que observamos y vivimos cotidianamente en la Ciudad de México es la esquizofrenia del modo de producción, que concibió la vida urbana como una forma ilimitada y lineal de producción y consumo de bienes y servicios. El problema no radica exclusivamente en los procesos de sobre-acumulación y concentración de capital, y la injusta distribución de la riqueza, que induce inseguridad y violencia, en sectores sociales específicos; el verdadero problema radica en que la base natural de la producción de bienes y servicios (los ecosistemas, agro-sistemas y la biosfera misma), se está agotando a velocidades alarmantes, sin que las tendencias mundiales de urbanización y acumulación de capital detengan su

marcha. En la Ciudad de México, por sus condiciones físicas, biogeográficas, ecológicas e histórico sociales, las tendencias son extremas.

Los umbrales ambientales han sido rebasados. La situación es crítica. No se puede soportar una población tan elevada en la cuenca, si no se revierten procesos y se restauran las áreas estratégicas que le otorgan viabilidad y funcionamiento a la metrópoli. Tenemos malas experiencias de vulnerabilidad frente a los desastres. Tenemos que caminar hacia atrás, ahí podemos encontrar nuestro futuro.

IMAGEN

Me quedo con la imagen de mi abuelo Enrique, nativo del barrio bravo y habitante de Iztapalapa. Escucho cómo se aleja el sonido del afilador mientras me desplazó sentado arriba de sus hombros, por un bosque de viejos ahuejotes y eucaliptos que se levantaban atrás de su casa, donde hoy hace la esquina Ermita y La Viga y se desplanta un Soriana. Llegábamos hasta la orilla del río Churubusco, según mi abuelo, donde hoy comienza Paseos de Taxqueña. Sentados en un tronco viejo de eucalipto, me decía convencido que él nunca se iba a subir a ningún coche, que prefería “andar” por la ciudad, y así lo hizo por largos años. Su mirada incrédula se perdía en el Canal Nacional, esperando algo que no volvería a ocurrir jamás: la llegada de la trajinera con verdura fresca y flores para alegrar la vida.

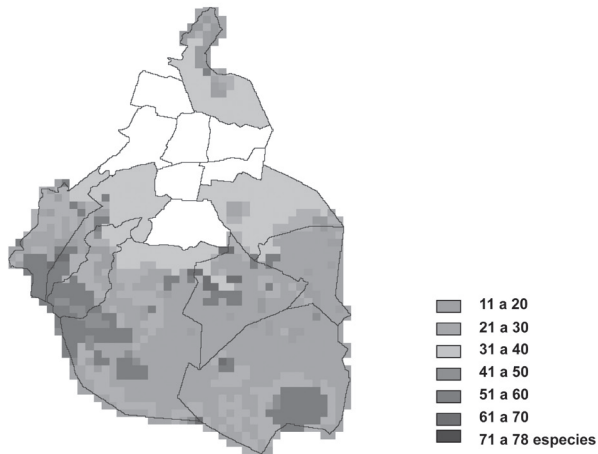
ANEXO I

El total de especies registradas en las sierras de jurisdicción del Gobierno del Distrito Federal, incluidas la Sierra de Guadalupe y la de Santa Catarina, se identificaron 275 especies de vertebrados: 188 especies de aves, 55 especies de mamíferos, 23 reptiles y nueve anfibios. De esas 175, 53 sólo existen en este lugar en el mundo, es decir que son endémicas, 19 son reptiles, 18 aves y nueve son mamíferos. Nueve especies de vertebrados están en extinción. A través del método desarrollado por Bojórquez y colaboradores (1995), el mapa que se muestra en este Anexo, identifica que los sitios más ricos en especies de vertebrados terrestres se encuentran en los parteaguas de la sierra Chichinantzin y el parteaguas de la sierra de las Cruces.

En 1984 registré con un grupo de biólogos, 22 venados y una huella de puma en el Parque Nacional Desierto de los Leones en las Cruces. Hoy el entubamiento de cauces y el ruido ha alejado a estas especies. Durante 2007 y 2009 realicé algunos recorridos al Tlaloc, al Cuautzin y al Chichinautzin. Lo único que registré fueron pequeños reptiles, liebres y aves menores. Es muy probable que las últimas águilas reales sean las que tiene en cautiverio el ejército mexicano y las que se encuentran en los zoológicos.

No se cuenta con el registro de especies de peces en la base de datos. Los planos y grabados del Paseo de Calzada de La Viga y el canal de Apatlaco ilustran el tránsito de buques de gran eslora y calado mayor. La pesquería se realizaba en trajinera. En la lámina LXXII del código florentino, a juzgar por el arte de pesca, y por los espe-

címenes que se muestran, los animales alcanzaban tallas cercanas al metro de longitud.



Modelación matemática espacial de baja resolución de la distribución de especies elaborada por el autor.

ANEXO II

El virrey Luis de Velasco II inició la obra del desagüe del lago, a solicitud del Ayuntamiento, en 1555 por las fuertes inundaciones que sufría la ciudad, los españoles no tenían la experiencia de qué significaban las inundaciones para los mexicanos. Las obras iniciales fueron la construcción de un albarradon en dirección al Tepeyac. Los debates entre el cabildo y el virrey giraban en torno

a si era suficiente tributar con trabajo, o bien si dar una libra de carne a los indios que trabajaran en la obra pública, era excesivo (León Portilla *et al.*, 1975: II: 81-85).

La cartografía que se desarrolló durante la etapa colonial muestra el centro histórico de la Ciudad de México todavía con los rasgos físicos de Tenochtitlan, un islote rodeado de lagos y ciénegas. Gurria-Lacroix (1975, II, núm. 2) en *Atlas de planos técnicos e históricos*, que forman parte de la memoria del drenaje profundo, documenta con precisión el límite del lago en 1519, y la secuencia de obras hidráulicas durante los siglos xv, xvi, xvii y xviii. Destacan los tajos abiertos construidos para desaguar el lago, los socavones, el dique de Mexicaltzinco que dividía las lagunas de México y Xochimilco, el dique de Cuitlahuac que dividía las lagunas de Xochimilco y Chalco, así como las grandes calzadas que se levantaban sobre el espejo de agua, Calzada de Guadalupe o Tepeyac, Calzada de Tacuba o Tlacopan y Calzada de San Antón o Iztapalapan. Lo sorprendente, además del cambio radical de paisaje, es que el proyecto de desagüe del lago de la gran cuenca, iniciado por los españoles con fines de control militar, con el tajo de Nochistonco, continúa discontinuamente después de la emancipación, por largo tiempo, concluyendo en los años setenta del siglo xx, con la obra del drenaje profundo, inaugurada ni más ni menos que por Luis Echeverría Álvarez.

NOTAS

¹ El discurso civilizatorio instalado después de la caída del muro de Berlín, como símbolo del fin del mundo bipolar y de la amenaza nuclear como imagen de la destrucción masiva en el mundo, es el de la globalización. No obstante, el primer ciclo de mundialización del capital de dio a través de las Colonias en América. Recordemos que pasaron sólo 38 años de emancipación del dominio español, cuando México perdió más del 50% del territorio nacional, quedando bajo el dominio norteamericano (el nuevo centro que arrebató a Inglaterra el dominio mercantil). La pérdida territorial incluyó ciudades coloniales y recursos estratégicos para nuestra milenaria nación.

² Es muy importante señalar que más que sincretismo se trató de tapar la cultura de los pueblos originales y borrar la memoria. El discurso del sincretismo al igual que el del mestizaje ocultan procesos de jerarquización social fundada en un profundo racismo. Para profundizar más puede revisarse a Gargallo (2005) y Losada (2007).

³ Prueba de ello es la existencia de pequeñas ciudades que se establecieron a partir de la actividad minera extractiva de oro y plata principalmente y que fueron totalmente abandonadas por la población una vez agotado el recurso (Real de 14, por ejemplo). San Luis Potosí, Hidalgo y Guerrero fundaron sus finanzas con esta actividad. La voraz industria forestal y conjuntamente con la industria del papel, se estableció en la Cuenca de México, en los afluentes de Tizapan San Ángel y en los manantiales de Peña Pobre. Lo mismo ha sucedido con el establecimiento de algunas ciudades en el sureste de México, alrededor de la extracción y refinamiento de petróleo (Poza Rica y Ciudad Pemex, por ejemplo).

⁴ Endorreico señala su carácter cerrado, lo que implica que todas las precipitaciones, todos los cauces perennes, como el río Magdalena y todas las corrientes de agua superficiales y gran parte de las infiltraciones escurren hacia el interior de ella formando un sistema de lagos y ciénagas.

⁵ Sobre la crisis civilizatoria y la muerte entrópica del planeta, las externalidades, la internalización de costos, los procesos de co-

sificación y la crisis de la racionalidad, puede consultarse la obra de Enrique Leff (1986, 1992, 2004)

⁶ Al respecto Sergio Tamayo (1994) ha realizado un interesante compendio y análisis de las diversas escuelas de estudios urbanos de los siglos XIX y XX.

⁷ La imagen fue procesada por José Ávila e Iván Azuara (2000), en una estación de trabajo con GRASS, liberado del USA ARMY. Acervo digital de la Comisión de Recursos Naturales del GDF.

⁸ Este tipo de embarcaciones se siguen utilizando en Venecia, y se les denomina vaporetos. Los vapores viajaban también por el sistema de canales a diferentes destinos. La decisión de privilegiar una forma de transporte sobre otra (terrestre sobre acuático), y una tecnología sobre otra (combustión interna con hidrocarburos sobre las máquinas de vapor), trastocó la fisonomía de ese hermoso paisaje, todavía sustentable.

⁹ En el Anexo III, describo la sucesión del proyecto de desagüe y las principales obras públicas.

¹⁰ Denominación mexicana para los estadounidenses o norteamericanos blancos.

¹¹ Lo que Moles (1974: 15) enmarca en las coordenadas del tránsito de lo natural a lo artificial; y del tránsito de lo público a lo privado. En términos de Bourdieu (1987) los esquemas de percepción-valoración y acción (*habitus*) se da un tránsito de un *habitus* rural a un *habitus* urbano en la migración del campo a la ciudad. Peter Taylor (2009) caracteriza a las grandes ciudades como principal destino de los flujos migratorios.

¹² Andrés Medina (2007) y Teresa Losada (2007) han descrito y caracterizado a los pueblos originarios de la cuenca de México, cuya presencia se resignifica después del levantamiento armado de Chiapas en 1994. Estos pueblos mantienen cierta tensión con los vecindados como formas de resistencia a la “integración” y especialmente por una preocupación por los procesos de expansión y conurbación, particularmente por la pérdida de recursos naturales. Emilio Duahu y Angela Giglia (2009) denominan estas formas características de organización y resistencia como “el espacio ancestral”.

¹³ Margarita Pérez-Negrete (2009a) hace un análisis de cómo se pone “marca” a las ciudades para venderlas. Guenola Caprón y Salomón González (2007), Giglia (2007), así como Emilio Duhau y Angela Giglia (2009) han estudiado el fenómeno de los fraccionamientos cerrados y el cierre de calles de espacios fraccionados o unidades habitacionales que no fueron concebidas de esa manera y que frente a la inseguridad, se han aislado generando nuevos problemas de accesibilidad y movilidad dentro de la ciudad.

¹⁴ Un referente importante para comprender los mecanismos de acumulación por despojo es el científico neoyorquino David Harvey (2006).

¹⁵ Es interesante contrastar esta situación desde una perspectiva distinta con la oposición gobernando la ciudad, fuera de esta lógica de adquisición de suelo urbano tradicional (Guadarrama, 2007).

¹⁶ Por ejemplo las termoeléctricas en diferentes partes del país, que funcionan con combustóleo, destina más del 50% de su producción energética nocturna a la Ciudad de México. Un conflicto social reciente lo constituye el proceso de expropiación de terrenos para la construcción de la presa la Parota en Guerrero. Otro más que fue acallado a través de la represión y violación de derechos humanos fue el caso de Atenco que se opuso al proceso expropiatorio para la construcción de un nuevo aeropuerto.

¹⁷ Me estoy refiriendo concretamente a muertes y a migración hacia ciudades mexicanas con menor riesgo. En 1986 se instituyó Protección Civil en la Ciudad de México y el Cenapred, que tampoco previno el impacto del desbordamiento del Río Grijalva en Tabasco y la instrumentación sería de la reducción de la vulnerabilidad al riesgo en ciudades costeras.

¹⁸ El embarcadero de San Gregorio Atlapulco tenía la peculiaridad que los lavaderos públicos formaban parte de la modesta estructura. Lo que permitía a las mujeres participar de la comercialización de hortalizas, flores y plantas de ornato de manera directa y sin intermediación.

¹⁹ Me refiero concretamente al momento en el que de acuerdo con las cifras oficiales se pasó de una economía basada en el sector secundario (manufactura e industrial) a un sector terciario (servicios).

²⁰ De acuerdo con los datos del Sistema de Monitoreo Atmosférico (Simat), el monóxido de carbono (CO) y el bióxido de azufre (SO₂) son los contaminantes que más han disminuido en la ciudad. El bióxido de nitrógeno (NO₂) mantiene una concentración similar con un rango de fluctuaciones más o menos constante desde 1990. La nata de contaminación sigue ahí. Al igual que los otros óxidos de nitrógeno (N₂O), presentan concentraciones altas a determinadas horas del día (Sheinbaum *et al.*, 2004: 90-99).

²¹ Sorprende que en la Agenda XXI para la Ciudad de México, no se tome ninguna medida con la industria automotriz. En Londres, durante la crisis ambiental provocada por la contaminación atmosférica se restringió el mercado automotriz y se establecieron peajes a los automovilistas que circulaban por el centro de la ciudad, con el objeto de estimular el uso del transporte público (HMSO, 1963). Por el contrario, el programa hoy no circula, establecido en la zona metropolitana hace un par de décadas, ha fomentado la compra de nuevos vehículos particulares, e incrementado el problema del tránsito vehicular. Para analizar las estrategias de expansión de la industria automotriz puede consultarse a Bueno (2006).

BIBLIOGRAFÍA

- AZUARA, Iván, Arturo RAMÍREZ y Eugenia GUTIÉRREZ (2000), "Política ambiental en el Distrito Federal", en *Coyuntura*, núm. 97: 19-25, México.
- AZUARA, Iván, Arturo RAMÍREZ y José ÁVILA (2002), "Ordenamiento ecológico del Distrito Federal", en *Ciencia y Desarrollo*, núm. 162: 58-65. México: Conacyt.
- AZUARA, Iván (2010), "La ciudad y las regiones: huellas en el espacio de un modo de producción dominante", en

- Miriam Alfie, Iván Azuara, Carmen Bueno, Margarita Pérez-Negrete y Sergio Tamayo (coords.), *Sistema mundial y nuevas geografías*. México: UAM / UIA, pp. 87-102.
- _____ (en prensa), “Construcción social, simbólica y natural del territorio de Mesoamérica”, en *Territorio y paisaje en América*. Madrid: Colegio Libre de Eméritos.
- BOJÓRQUEZ-TAPIA, L. A, I. AZUARA, E. EZCURRA y O. FLORES-VILLELA (1995), “Identifying Conservation Priorities in Mexico through Geographical Information Systems and Modelling”, en *Ecological Applications* 5(1): 215-231.
- BOURDIEU, Pierre (1987), “Estructuras, *habitus* y prácticas”, en Gilberto Giménez (comp.), *La teoría y el análisis de la cultura*. Guadalajara: SEP / U de G / Comecso.
- CASTELLS, M. (1998), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. I. México: Siglo XXI.
- CALDEIRA, Teresa (2000), *City of Walls: Crime, Segregation and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley.
- CAPRÓN, Guénola y Salomón GONZÁLEZ (2006), “Las escalas de la segregación y de la fragmentación urbana”, en TRACE 49, CEMCA, México, pp. 65-75.
- CONABIO (2000), *Estrategia nacional sobre biodiversidad de México*. México: Comisión Nacional para el Conocimiento y Usos de la Biodiversidad.
- DUHAU, Emilio y Ángela GIGLIA (2009), *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: UAM-I / Siglo XXI.
- GDF (2000), “Programa General de Ordenamiento Ecológico Territorial del Distrito Federal”, *Gaceta Oficial del DF*.
- _____ (2003), “Programa General de Desarrollo Urbano”, Seduvi.
- GIGLIA, Ángela (2002), “Privatización del espacio, autosegregación y participación ciudadana en la ciudad de México:

- el caso de las calles cerradas en la zona de Coapa (Tlalpan, Distrito Federal)”, en *Trace. Revista del Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americanos*.
- GARCÍA-BARRIOS, Raúl y Andrés BARREDA (2008), “Urbanización caótica en la corona de ciudades de la región central de México”. Expediente-UCCS (en prensa).
- GARCÍA, Rolando, *Sistemas complejos: conceptos, métodos y fundamentación de la investigación interdisciplinaria*. Madrid: Gedisa.
- GUADARRAMA, Marco A. (2007), “Política de gestión y dinámica de mercado en materia de suelo”, en Sergio Tamayo, *Los desafíos del Bando 2. Evaluación multidimensional de las políticas habitacionales en el Distrito Federal 2000-2006*. México: Seduvi / GDF / CAM / CEC-UACM, 291-330 pp.
- HARVEY, David (2006), “La acumulación por desposesión”, en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coords.), *Espacios globales*. México: UIA / Plaza y Valdés.
- ____ (2010), “La ciudad neoliberal”, en Miriam Alfie, Iván Azuara, Carmen Bueno, Margarita Pérez-Negrete y Sergio Tamayo (coords.), *Sistema mundial y nuevas geografías*. México: UAM / UIA, pp. 45-64.
- HIRTS, P. y G. THOMPSON (1996), *Globalization in Question: International Economy and the Possibilities of Governance*. Cambridge: Polity Press.
- HSMO (Her Majesty's Stationary Office) (1963), *Traffic in Towns. A study of long term problems of traffic in urban areas*. Report of the Steering Group and Working Group appointed by The Minister of Transport. London.
- LEFEBVRE, Henri (1969), *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- LEFF, Enrique (1988), *Ecología y capital*. México. Siglo XXI.

- _____ (2001), “Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental”, en *Nueva Sociedad*, núm. 175, pp. 28-42.
- _____ (2004), *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI.
- LEGORRETA, Jorge (1995), *Efectos ambientales de la expansión de la Ciudad de México*. México: Centro de Ecología y Desarrollo.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, José R. ROMERO, Josefina GARCÍA-QUINTANA, Jorge GURRÍA-LACROIX, Ernesto LEMOINE (1975), “El desagüe del Valle de México”, en *Memoria de las obras del drenaje profundo del Distrito Federal*, t. II. México: DDF.
- LYELL, C. (1832), *Principles of geology*, vols. I y II. Londres.
- PALERM, Ángel, *Historia, antropología y política*. México: FCE.
- PÉREZ-NEGRET, Margarita (2006), “México: ciudad global en la diversidad”, en *Espacios globales*. México: UIA / Plaza y Valdés.
- _____ (2008), *La Ciudad de México en la red mundial. Integración al sistema y procesos de diferenciación socio-espacial*. México: UIA.
- _____ (2009), “Santa Fe: a ‘global enclave’ in México city”, en *Journal of Place Management and Development*, vol. 2, núm. 1: 33-40.
- _____ (2010), *Santa Fe: ciudad espacio y globalización*. México: UIA (Lupus Inquisitor).
- REGUILLO, Rossana (1992), “La ciudad es el campo: una contradicción llena de sentido”, en *Comunicación y Sociedad*, núms: 14-15, enero-agosto: 143-157.
- RAMÍREZ, B. (2010), “De la ciudad global a la ciudad neoliberal”, en Miriam Alfie, Iván Azuara, Carmen Bueno, Margarita Pérez-Negrete y Sergio Tamayo (coords.), *Sistema mundial y nuevas geografías*. México: UAM / UIA, pp. 65-85.

- SASSEN, Saskia (1991), *The Global City*. New York / London / Tokyo / New Jersey: Princeton University Press.
- SHEINBAUM, Claudia *et al.* (2004), *Hacia la agenda XXI de la Ciudad de México*. México: Secretaría del Medio Ambiente del GDF.
- SUÁREZ, Manuel y Javier DELGADO (2007), “Estructura y eficiencia urbanas. Accesibilidad a empleos, localización residencial e ingreso en la ZMCM 1990-2000”, en *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. VI, núm. 23, pp. 693-724.
- TAMAYO, Sergio (1994), “Una revisión de las principales corrientes teóricas sobre el análisis urbano”, en *Anuario de espacios urbanos*. México: UAM-A.
- TAYLOR, Peter (2010), “La red mundial de ciudades y el planeta de los barrios pobres”, en Miriam Alfie, Iván Azuara, Carmen Bueno, Margarita Pérez-Negrete y Sergio Tamayo (coords.), *Sistema mundial y nuevas geografías*. México: UAM / UIA, pp. 147-173.
- TERRAZAS, Óscar (2000), “Las nociones de centro en la ciudad global”, en *Anuario de espacios urbanos*. México: UAM-A.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1974), *The Modern World-System: Capitalist, Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Nueva York.
- WOLF, Eric (1987), *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.

LAS CIUDADES DE MÉXICO Y BERLÍN
LUGARES ESTRATÉGICOS PARA LA GLOBALIZACIÓN:
LOS COMPLEJOS URBANO ARQUITECTÓNICOS
GLOBALES POTSDAMER PLATZ Y SANTA FE
COMO EXPERIENCIA URBANA

ROCÍO NAVARRETE

INTRODUCCIÓN

El proceso de globalización económica ha impactado a diversas ciudades en el entorno mundial. Entre ellas Berlín y México, en su desenvolvimiento en el complejo sistema económico capitalista global a través de los servicios especializados, han generado una serie de cambios en los ámbitos regional y local, lo que representa un gran reto.

La terciarización de las actividades económicas, específicamente de los servicios especializados en el ambiente mundial, ha producido la emergencia de nuevos proyectos urbanos que sirven de asentamiento a las nuevas necesidades de las fuerzas políticas y financieras internacionales y a los grupos sociales de poder local. Estos proyectos han modificado la concepción y los patrones del espacio urbano y arquitectónico, tanto público como

privado, con los que se identifican las características diferenciales de los elementos y las zonas que constituyen los complejos materializados.

Los nuevos Potsdamer Platz, en la ciudad de Berlín, y Santa Fe, en la ciudad de México, como Complejos Urbano Arquitectónicos Globales (CUAG), son elementos estructuradores económicos, sociales, culturales y urbanos en estas ciudades. Fueron concebidos dentro del proceso de globalización económica, política y cultural, y tomaron forma como con una nueva idea de ciudad, conformándose en una gran oportunidad espacial para los diversos actores sociales.

La manifestación física de lo global-local se experimenta de varias formas en la ciudad, y una de esas formas son los nuevos espacios metropolitanos que aquí se denominan los grandes CUAG, que surgen, en tanto formas emergentes particularmente novedosas de construcción, como un conjunto predominante de edificios de oficinas, dedicados a los servicios globales, asentados en un espacio urbano sin mayor pretensión que la influencia de lo físico y lo virtual y, en ciertas circunstancias, con alguna aportación urbana y arquitectónica.

Así, estos megaproyectos metropolitanos operan con las funciones comerciales, turísticas y de vivienda tipo residencial, formando zonas preferenciales junto con la generación de infraestructura y estructuras especiales para recibir a la vanguardia arquitectónica y tecnológica nacional e internacional. Asimismo, se construyen también guetos sociales para pobladores de altos ingresos que habitarán y trabajarán en esos lugares globales.

Este trabajo da cuenta de la ciudad como objeto, en

su manifestación socio-espacial y en la apropiación y uso de los nuevos espacios metropolitanos que la conforman: los Complejos Urbano Arquitectónicos Globales Potsdamer Platz (CUAG PDP) y Santa Fe (CUAG SF). Hago un acercamiento metodológico comparativo y el análisis socio-semiótico del espacio urbano, que comprende la configuración, la morfología y la apropiación, mediante la aplicación de métodos cualitativos como la observación directa y la entrevista abierta, para explicar la complejidad del espacio urbano de estos espacios metropolitanos.

En general, aquí se describe y analiza la experimentación de la ciudad (los CUAG PDP y SF), como una forma de la experiencia y la apropiación reinterpretada en una circulación de representaciones inducidas y fundadas en el espacio global y su integración al entorno y el espacio global como espacio de vivencia cotidiana.

El primer apartado, “Los CUAG PDP y SF y su integración al entorno urbano”, describe la integración y la justificación de la presencia de los CUAG en sus respectivas ciudades, desde los diferentes factores que los llevaron a ubicarlos en el lugar actual, las políticas y estrategias que los actores políticos utilizaron en su momento y las exigencias de los actores locales y las condiciones espaciales específicas.

En el segundo apartado, “Caminando y transitando por las calles y las plazas de los CUAG PDP y SF”, se describen las experiencias que promueven los CUAG como espacios urbanos diferenciales, a partir de las actividades cotidianas que posibilitan la construcción de un contexto sensitivo a una escala micro y del bosquejo del espa-

cio urbano arquitectónico materializado con la intención disfrazada del consumismo. Los recorridos en los complejos PDP y SF son diferentes por su dimensión y conformación física, así como por el ambiente construido, lo cual produce efectos similares y desiguales “de hacer ciudad”.

En el apartado último, “El espacio público de uso instrumental y lugar de apropiación”, se describe cómo los CUAG PDP y SF han surgido de las condiciones de las fuerzas políticas y financieras internacionales asentadas en ellos, y cómo han sido el resultado de la concepción de patrones del espacio urbano tanto público como privado con características diferentes en los elementos y zonas que los articulan. Ambos contienen los espacios urbanos globales donde existe la vivencia y el uso del espacio producido, determinado por la imposición de una cultura de consumo mezclada con la cultura local que produce el lugar de la globalización.

LOS CUAG PDP Y SF, Y SU INTEGRACIÓN AL ENTORNO URBANO

La integración y la justificación de la presencia de los CUAG de PDP y SF en sus respectivas ciudades, obedece a diferentes factores como el lugar que ocupan dentro del sistema económico informacional (Sassen, 1988; Castells, 2000), las políticas y estrategias que los actores políticos utilizaron en su momento, las exigencias de los actores locales y las condiciones espaciales específicas.

En el CUAG PDP se siguió paso a paso una planeación urbana que fue marcando su integración como nuevo espacio urbano en el centro de la ciudad. La integración de los propietarios de las tres secciones principales del proyecto evitó una lucha por el espacio que desviara los objetivos de su construcción. El Complejo conformó una unidad dentro de los proyectos y acciones urbanas de la *innercity* de Berlín, lo cual elevó el papel político, financiero, comercial y cultural de la nuevamente ciudad capital de Alemania. PDP en el entorno inmediato es compatible con el foro cultural formado por la National Gallery, la Stadt Bibliotheca y la Filarmony, además con la zona de embajadas, de nueva creación también, y como complemento de la Frederick Strasse donde también hay una concentración de corporativos y comercios importantes. Así, el centro corporativo-comercial-vivienda vinculado al foro cultural ha sido desarrollado por el gobierno berlinés como un gran polo de atracción económico y turístico que participe de la *innercity* en la mercantilización de la ciudad. Y la mezcla de usos convierte al CUAG PDP en un lugar dinámico y disfrutable, a casi todas las horas del día, por sus habitantes y sus visitantes. Aunque esta compatibilidad e integración a un proyecto del centro de la ciudad, como contexto de Potsdamer Platz, tanto como los puntos neurálgicos económicos de nueva creación, rompen con la arquitectura y el urbanismo de Berlín.

En contraste, la construcción del CUAG SF muestra, en perspectiva, que el contexto urbano que lo rodea también se ha transformado en un continuo urbano lleno de mezclas e incongruencias. Al nor-poniente del Complejo se hallan las áreas de alto poder adquisitivo como Vista

Hermosa, Bosques de las Lomas, Bosques de Chapultepec, Tecamachalco e Interlomas, unidas a él por un par de túneles contruidos especialmente para ello, con lo cual el CUAG SF queda integrado como complemento al entorno urbano compatible existente, al que ofrece servicios, bienes materiales y suelo urbano.

Al sur y sur oriente del Complejo, donde se localizan las poblaciones de Santa Fe, Santa Lucía, San Mateo Tlaltenango, San Bartolo Ameyalco, Contadero y Santa Rosa Xochiac, han sido impactadas por la intervención de los desarrolladores inmobiliarios que aprovechando su cercanía al Complejo han provocado una fuerte especulación de suelo para uso urbano, quedando con ello mezcladas zonas habitacionales de bajos y muy altos ingresos. Las características naturales del entorno hicieron de este lugar una zona privilegiada, por ello algunos pobladores oriundos vendieron sus terrenos ejidales y comunales, dando paso a una urbanización sin planeación adecuada que se fue construyendo por los caminos antiguos y las carreteras existentes (de oriente a poniente debido a que la topografía del terreno es muy accidentada). Así, entre calles angostas o caminos que llegan a las privadas habitacionales se van distribuyendo y conectando las viviendas nuevas y viejas junto a los cascos originarios de los pueblos. De esta manera, entre vivienda de tipo residencial y popular se encuentra enclavado el CUAG SF, en tanto se ha continuado con su construcción y desarrollo urbano, determinando el crecimiento de sus alrededores de forma anárquica.

Entre zonas pobres y ricas, se impone la presencia de este gran desarrollo inmobiliario de usos mixtos que

alberga a una población de muy alto poder adquisitivo, que dispone de toda la infraestructura y servicios necesarios. Además, se generaron altos contrastes de fragmentación urbana y segregación social al sur-orienté y al norte, donde se encuentran las colonias populares de Santa Lucía y Jalalpa (de nueva creación dentro de la zona del CUAG SF), algunos asentamientos irregulares y la colonia Carlos A. Madrazo, quedando físicamente excluidos por la misma topografía del lugar y las barreras físicas que las mismas construcciones imponen y que se encuentran en los límites de las lotificaciones.

CAMINANDO Y TRANSITANDO POR LAS CALLES Y LAS PLAZAS DE LOS CUAG PDP Y SF

Los recorridos a través de los CUAG PDP y SF son diferentes por su dimensión y conformación física, así como el ambiente construido. En PDP se recorre un conjunto urbano, mientras que en SF se recorre el espacio individualmente, parte por parte; mientras el primero se recorre a pie, el segundo se recorre en automóvil; mientras uno se camina el otro se circula. El recorrido por aire hace posible conocer ambos conjuntos, pero el recorrido por tierra en la totalidad del complejo solo es posible en PDP.

En PDP existe la separación de las circulaciones dejando una libre perspectiva en el nivel superior. En SF existe solo circulación superficial y en las laterales de las avenidas principales se encuentran automóviles estacionados en los horarios de oficina, porque aún cuando cada uno de los edificios cuenta con estacionamiento obligado por

el reglamento de construcciones del Distrito Federal, éste es de uso exclusivo y privado. En la horas de entrada y de la salida de la gente que labora en SF, así como a la hora de comida, la avenida Vasco de Quiroga y la lateral de la autopista se convierten en dos grandes estacionamientos donde los automóviles circulan a vuelta de rueda en las horas de inicio y fin de labores de las zonas comerciales y los corporativos, así las redes viales resultan insuficientes para la salida y entrada de los autos.

El transporte público que circula por las vialidades superficiales más importantes y en el subterráneo —como el tren y el metro y el mismo automóvil— funcionan como generadores de flujos que de acuerdo con su diseño no entorpecen las actividades que se generan en la superficie del complejo PDP. Los estacionamientos privados públicos son utilizados obligatoriamente, pues en la superficie el estacionamiento de los automóviles está prohibido.

Visitando Potsdamer Platz y Santa Fe

Potsdamer Platz y Santa Fe se ven, a lo lejos, como dos perspectivas recién salidas de la computadora, aun cuando existen partes sin terminar de edificar. El recorrido de las 15 hectáreas de PDP, por las calles y por sus plazas, es corto y sin mayor obstáculo para caminar y observar la arquitectura de sus edificios y sus escaparates. En cambio el recorrido físico y visual del CUAG SF hay que hacerlo en auto, es un largo recorrido a pie, no sólo por su tamaño (1 200 hectáreas), sino por el ambiente hostil

en el cual se han convertido sus pocos espacios públicos. En PDP se camina, mientras que en SF se transita. Y ambos son ahora una enorme burbuja de ambiente artificial donde no se tienen accesos públicos pero la seguridad privada de cada uno de los corporativos vigilan a la gente y los vehículos en tránsito.

Visitando Potsdamer Platz

Referirse a la Potsdamer Platz es referirse al pasado y al presente. La historia que marca la ocupación de esta gran extensión de tierra que a finales del siglo XVIII cobró sentido con la creación de la Leipziger Platz y la Potsdamer Tor, marca la entrada y salida de la ciudad rumbo a la ciudad de Potsdam, unidas por la Potsdamer Strasse. Zona que hasta finales del siglo XIX deja de ser la orilla de la ciudad para integrarse como parte de ella y una importante conexión entre el oriente y el occidente de Europa. Centro de tráfico reforzado por la circulación de autobuses de pasajeros, tranvías, metro y tren, y el Bahnhof Potsdamer. Los años veinte reflejaban una gran actividad alrededor de estas dos plazas creadas bajo conceptos distintos pero formando una unidad, la primera el espacio de los flujos y la segunda el lugar del paseo y la contemplación.

Los años treinta fueron testigos de la modernización con la construcción y renovación de algunos edificios y con la utilización de vidrio en abundancia en las fachadas y edificios de gran altura que no se tenían en Berlín. Un gran movimiento de cafés, restaurantes y al-

gunos centros nocturnos redondeaban este paisaje urbano caótico, ya que en esta plaza la PDP fue la primera en tener el primer semáforo en la ciudad y en Europa. Pero los días de este paisaje urbano lleno de vida y actividad estaban contados para convertirse en un gran cementerio de edificios durante la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces aparece un gran vacío que profundiza la herida y la nostalgia con la construcción del muro a principios de los sesenta, muro que durante aproximadamente 30 años los berlineses se acostumbraron a una zona árida.

El Berlín de hoy ya no es el de los veinte (centro de perfil alto de una construcción de nación agresiva desde las victorias militares prusianas), después de los sesenta se formó fundamentalmente por mucho extranjero, por académicos, estudiantes; pero un gran número de alemanes salió de la ciudad para instalarse en otra ciudad de Alemania occidental. Berlín es una ciudad que le pesa el pasado para poder ser representativa en el futuro. Fuera de las construcciones de la última década, Berlín tiene apariencia de la ciudad de antes de la Segunda Guerra Mundial. Una parte de los habitantes no desea que se borre la imagen del pasado pero el gobierno insiste en modificar la ciudad para dar una mejor imagen al exterior. Existe una discusión de controversia alrededor de la PDP: unos la tachan de artificialidad y otros la relacionan con Alemania, la forma y distribución de las calles tienen parecido a

una ciudad medieval. También se argumenta la diferencia en cuanto a tener un barrio compacto y no abierto como el urbanismo hecho en los sesenta con edificios monumentales, donde un edificio era el protagonista, y en este caso no hay edificio protagonista, se da un conjunto.¹

¿Quién se detendría a pensar que la ciudad debería ser pensada como una sola y que tendría que enfrentarse a la agresividad del exterior, fuera del muro? La respuesta pudo ser: convertirla en un modelo urbano representativo del cambio de siglo, bajo el proyecto Berlín 2000 y lanzar una convocatoria para transformar la ciudad, su centro y periferia. Evitar la especulación, evitar que la ciudad fuera vendida a los inversores como el caso de Potsdamer Platz, esto fue la bandera de dicho proyecto después de la caída del muro. Pero por otro lado, la segregación y fragmentación ya existía, la provocada por el muro y por la presencia de personas de diferentes nacionalidades. Finalmente, la especulación y la voracidad de los inversionistas se ha dado durante estos últimos años, la única diferencia es que las expectativas de desarrollo no se han cumplido y conforme el tiempo pasa se ven más lejanas.

Los berlineses pueden familiarizarse con estos nuevos espacios, que de alguna manera son tan ajenos a ellos. Lllaman rascacielos a los edificios de 24 pisos, *shopping center* le llaman a un centro comercial que en tamaño no es comparable a otros lugares de Europa y América, además de que estos centros comerciales han proliferado en otras partes de la ciudad más grandes que éste.

Arquitectos alemanes y extranjeros fueron los principales protagonistas y creadores de este lugar. La concepción y las ideas principales fueron aportes del extranjero, y en esta zona se impone una forma de espacios urbanos privados como las Arkaden y el Kultur Forum que no son más que una pequeña muestra de un *shopping center* norteamericano, aislados y cuidados del exterior agresivo (intemperie y pobreza), lo cual modifica la idea del espacio público.

Por otro lado, se trata también de dar un sentido social al lugar con la construcción de viviendas que en comparación con lo construido en oficinas y comercios es mínima, además estas viviendas son para la población media baja, media y alta. Entre las principales opiniones recogidas, la PDP representa un espacio que no es para los berlineses, que más bien es para los grandes corporativos y para los turistas. Muestra un lugar de consumo y no para la convivencia de los habitantes de esta ciudad. PDP es un espacio híbrido con intentos de todo, lugar financiero, lugar de consumo y lugar de ocio.

La primavera y la vivencia del espacio público y sus exteriores

Después de varios meses de un clima frío, el sol está resplandeciente en la ciudad, hay gran movilidad por las calles y en los lugares públicos abiertos. La gente sale a caminar por las calles y plazas. Inclusive hay una gran diferencia en la imagen de los jardines, parques, bosques y lagos, todo es color, todo es brillo. La ciudad tiene va-

rias caras durante el año de acuerdo con las estaciones y con las conmemoraciones y celebraciones.

Los alemanes manifiestan su gusto por asolearse y se tiran desnudos en el pasto. Las playas de los lagos se llenan de bañistas y los grandes parques se llenan de ciclistas o caminantes a lo largo de los canales y lagos. Los cines, teatros y museos son visitados en todas las épocas del año pero sus plazas se encuentran ocupadas durante esta temporada del año y lo mismo se asiste a un evento público, se conversa, se recorren y se disfrutan sentados en el piso. Dos zonas de mayor afluencia en la ciudad por el número de actividades que se desarrollan ahí y por su ubicación son la Kudam, la Alexander Platz y el Zoological Garden. En las tres se localizan centros comerciales importantes de la ciudad, además hay un gran número de comercios, cafés, restaurantes, cines, teatros, etcétera, que antes de la caída del muro funcionaban como centros de Berlín oriental y Berlín occidental.

En contraste, la PDP es frecuentada y usada mayormente por turistas. Los alemanes que viven en Berlín prefieren el espacio público tradicional que les ofrece la ciudad en sus distintos barrios, sobre todo aquellos que se encuentran en el oriente de la ciudad, su imagen urbana es natural y el consumo es de bajo costo. En cambio los espacios públicos de PDP les parecen artificiales y caros.

La ciudad ha crecido conservando su fisonomía tradicional. Las actuales construcciones no tienen nada que ver con el contexto de Berlín. He visitado la Potsdamer Platz una sola vez y no

me quedaron ganas de regresar, pienso que es un lugar construido para el mercado y los turistas pero no para la población de Berlín. Cuando menos no es un lugar para mí, a mí me gusta más mi barrio, PDP parece un lugar gringo, un *shopping center* que no tiene nada que ver con la arquitectura y tradición berlinesa donde crecí y donde vivo ahora. Estos lugares están llenos de cafés y de plazas donde puedo caminar y donde me siento a gusto. Creo que la transformación que ha sufrido la ciudad en estos últimos años fue demasiado rápida. La PDP es un lugar que no fue hecho para los berlineses, no me siento con el gusto de caminarla y recorrerla. Aún el Sony Center es agradable, me agrada el Forum. Pero las arcadas son un concepto gringo.²

Los alemanes están acostumbrados a recorrer las calles y los lugares públicos con la intención de salir a caminar o a pasear disfrutando su recorrido, por lo general lo hacen una vez que están muy arreglados, aún cuando en Berlín se ha perdido un poco esta costumbre, en ciudades como Hamburgo o Munich la gente sí lo hace. Los lugares naturales como los lagos, parques y plazas son preferidos, ya que no hay, aparentemente, alguna limitante o segregación, donde la gente practica cualquier actividad que según parece no afecta a nadie.

Después de la Berlinaler en la PDP, llevada a cabo en el teatro Marlene Dietrich (anteriormente el evento se realizaba en el Palace Zoo), siguen llegando los turistas, se encuentra lleno el lugar, principalmente las Arkaden,

las calles y las plazas. La gente se dedica a pasear por las calles o se entretienen viendo las grandes jardineras construidas durante la semana pasada. Los lugares donde se vende comida siempre están llenos pero también los demás espacios públicos. Es importante hacer notar que el mayor consumo es el de comida y las demás actividades se dedican al esparcimiento, la gente hoy decide pasear y disfrutar las calles y las plazas de PDP:

Los alemanes viven la ciudad y la aman por eso es que la recorren y la caminan, conciben de manera distinta lo privado y lo público, a diferencia de esto las ciudades latinoamericanas son concebidas como un enorme castigo, el caos total, el latinoamericano vive en el *stress* por eso es que no disfruta la ciudad y no se da tiempo para conocerla.³

Los ambientes artificiales de la Arkaden y el Forum revisten el nuevo escenario que recibe a sus visitantes. El mobiliario está colocado de tal manera que la gente siempre tendrá de frente los comercios, que los incitarán al consumo; por ejemplo las bancas de las Arkaden están colocadas a lo largo de la calle con vista a los escaparates de los comercios, en los pasillos del segundo piso uno debe atravesar forzosamente por las mesas de los restaurantes para poder recorrerlo a lo largo, las Arkaden tienen entradas en cada una de las calles que lo atraviesan y el ambiente simulado da una impresión de calidez de acuerdo a la época del año, siempre confortable y atractivo.

En las calles y plazas del Sony Center y Chrysler-Benz se ha ido colocando el mobiliario urbano en los últimos once meses, como áreas de juegos para los niños y mobiliario urbano como las casetas telefónicas y estacionamiento de bicicletas. En la calle Bellevue las obras de construcción empiezan a desaparecer y empieza a parecer ya terminada; en el predio ubicado al norte comienzan las nuevas construcciones. Al igual que en otros lados de la ciudad los colores de PDP se renuevan y las aceras de las calles están cubiertas por las mesas de los restaurantes, la vida en las calles se recupera y la orilla del lago artificial ubicado al norte de PDP se llena de gente. Es inevitable pero este lugar recibe una gran cantidad de turistas y los vehículos que los transportan se estacionan en las calles pequeñas. En los últimos meses se ha incrementado el tráfico de vehículos en la Calle Potsdamer donde (y es el único lugar) la gente que la circula no respeta las reglas del tránsito y se atraviesan por donde pueden, principalmente a la salida de cada una de las calles del Bloque de la Chrysler-Benz. La calle Ebert igualmente ha sido abierta y alimenta la concentración de vehículos en la zona.

El nuevo Sony Center en la Potsdamer Platz es una construcción de la nueva era del entretenimiento. Rox Miller pone perfectamente en su artículo: Diseñando para el Corte Urbano: Jhan conscientemente crea una arquitectura que es una excitante mezcla contemporánea del espacio público y privado. El Sony Center en la Potsdamer Platz es un forum de cultura del nuevo mi-

lenio, en el cual las empresas de entretenimiento serán vistas como un cambio real para establecer arte como música clásica o arte representativo. (Nishen, 1998)

Al fondo se observa la Potsdamer Strasse y sobre esta calle se ve un enorme vacío por la diferencia de alturas entre las torres nuevas y el Kultur Forum y la Stadt Bibliothek, construidas en los sesenta por Sharum. Al norte de Potsdamer Platz se encuentra la zona de las embajadas, al nor-orienté se encuentran edificios de gobierno nacionales, a dos cuadras grandes se encuentra el Reichstag y las nuevas oficinas del senado, al sur-orienté y sur existen viviendas. Tres cuadras al orienté está Fiedrich Strasse, la calle más importante de la ciudad porque tiene los centros comerciales más importantes y exclusivos en la ciudad, así como edificios de oficinas.

¿Qué tipo de experiencia de ciudad se hace en la PDP? La respuesta de María Ocón es elocuente:

La discusión sobre la ciudad que se generó al inicio de la década de los noventa en Berlín, era el de dirigirla hacia un tipo de ciudad europea rechazando el tipo de ciudad norteamericana, donde el tipo de arquitectura se encontrara en un punto medio y no se dirigiera hacia las características de arquitectura posmoderna o global como la de Rem Koolhaas o Daniel Libeskind o por otro lado hacia la arquitectura o urbanismo clásico moderno. En esto también se toman algunas ideas y conceptos de Aldo Rossi el cual

ha influenciado desde hace varios años en el urbanismo y arquitectura de la ciudad, los elementos base son la calle, el bloque, la parcela y la plaza, la unidad en la diversidad en la formación de manzanas. Esta idea de ciudad no debe llegar a ser una copia de la ciudad moderna clásica o de la ciudad global o del deconstructivismo. Debe ser un punto intermedio basado mucho en Aldo Rosi, Potsdamer no es ante los ojos de Berlín y fuera de Berlín arquitectura y urbanismo, es mercadotecnia. Sony y Benz han gastado gran cantidad de dinero en esta última para resaltar su presencia en esta ciudad. Una de las estrategias fue invitar a esas grandes “Star” [arquitectos] como parte de la gran escenificación que es PDP. La PDP es un gran escenario montado.⁴

*La vivencia del espacio urbano arquitectónico
al interior del espacio público en Santa Fe y su disfrute*

El CUAG SF fue diseñado para darle prioridad al uso del automóvil, primero por su tamaño de 1 200 hectáreas y segundo por las características del diseño del espacio público y el gran tamaño de las manzanas. Es difícil recorrerlo en un par de horas, además de que a lo largo de sus manzanas se hace tortuoso caminar. Las diferentes zonas que lo componen se caracterizan por imágenes y condiciones de usos variados.

El complejo es un espacio urbano arquitectónico excluyente donde la gente con alto y muy alto poder

adquisitivo puede acceder a vivir en una de sus zonas residenciales, no así aquella población flotante que trabaja en alguno de los corporativos, en algún centro comercial o en las zonas residenciales. La forma de llegar a Santa Fe es el transporte individual y para la gente que trabaja allí el transporte público es limitado y obsoleto. Convirtiendo con ello a las avenidas más importantes en arterias de circulación. Además, estas largas arterias son convertidas también en grandes estacionamientos por el uso limitado de los estacionamientos privados.

Las manzanas que conforman el complejo fueron pensadas para el asentamiento de corporativos con funciones financieras y de servicios, siendo los principales protagonistas del desarrollo. Grandes predios enrejados y con grandes extensiones de áreas verdes y edificios monumentales son elementos complementarios de esa imagen urbana, donde los corporativos se convierten en fortalezas infranqueables delimitando lo público y lo privado, el afuera y el adentro, lo permitido y lo prohibido. El acceso a ellos está estrictamente controlado y los transeúntes que tienen derecho a pasar es porque trabajan allí o porque realizarán alguna actividad al interior. Por lo tanto, su presencia debe estar plenamente justificada. La avenida Vasco de Quiroga es el eje principal que comunica a cada una de las zonas corporativas y comerciales, y la avenida Bernardo Quintana es el eje principal que comunica a la zona residencial.

De ser uno de los tiraderos de basura ubicados en la periferia de la ciudad de México hoy, a más de once años de que inició su transformación,

Santa Fe es la ciudad preferida de múltiples firmas corporativas que forman el corredor de la avenida. Un sector donde el poder adquisitivo no es un problema, ya que en Santa Fe las casas, los terrenos, los departamentos y las oficinas se cotizan en dólares. Las rentas van de dos mil hasta más de 15 mil dólares. Firmas inmobiliarias y fondos de pensiones extranjeros que proliferan ante la ausencia de un organismo que regule la actividad de los *brokers* —corredores— inmobiliarios, como en otros países donde se expide una licencia para desarrollar esta actividad. (Howard, 2007)

Los corporativos que se ubican en cada uno de estos predios pueden observarse a lo largo de la avenida Vasco de Quiroga que atraviesa de lado a lado, de nororiental a sur-poniente, Santa Fe. Es una amplia avenida de seis carriles con camellones diminutos y ajardinados, que no es agradable recorrerla a pie, pues la falta de árboles y la presencia de los policías que cuidan los corporativos hacen de ella un lugar poco atractivo y hostil, mostrando con ello que el diseño de la vialidad fue hecho para el automóvil, dejando de lado el diseño de elementos urbanos para el peatón.

Los predios de Peña Blanca y de Totolapa fueron los que primero se consideraron para la construcción del CUAG SF. Los protagonistas iniciales de la nueva centralidad en la periferia de la Ciudad de México fueron la Universidad Iberoamericana, diseñada por el arquitecto Francisco Serrano, el corporativo Televisa, diseñado por el arquitec-

to Ricardo Legorreta, y la Bimbo, diseñada por el arquitecto Gustavo Eichelmann Nava en la zona corporativa de Peña Blanca, y el Centro Comercial Santa Fe diseñado por el arquitecto Juan Sordo Madaleno en Totolapa. Después se les unieron a ellas el Centro de Ciudad de Santa Fe y por último Cruz Manca. En el Centro de Ciudad destaca el edificio de Calakmul, diseñado por el arquitecto Agustín Hernández. Algunas percepciones de arquitectos y especialistas sobre el Calakmul reflejan la diferencia de miradas y experiencias con respecto al urbanita común:

El corporativo Calakmul ha obtenido reconocimientos internacionales diversos: por la aplicación del vidrio, a los mejores precolados de concreto, el primer premio como edificio inteligente, y más. “Este corporativo da una imagen de un simbolismo fabuloso: el cuadrado es la tierra, y el círculo, el cielo. Son símbolos que han existido a través del tiempo y el espacio: desde la época de Zoroastro, en los países islámicos, entre los mayas, los chinos, los aztecas, etcétera (Oscós Flores, 2003)”. Es de los pocos edificios que no tienen reja por fuera, se incorpora a la calle, dice su autor. Y con ello confirma que la diferencia entre una obra arquitectónica y una construcción, es elevar la construcción al nivel del arte. (Reyes, 2001)

Al final de esta larga avenida se encuentra parte de la zona comercial. Los usos comerciales son encabezados principalmente por la plaza comercial Santa Fe que también fue

una de las primeras construcciones en el predio de Totolapa y que actualmente se encuentra funcionando.

La importancia que encierra este megacentro comercial se debe a que es el más grande del país, y que en su interior alberga tiendas departamentales como el Palacio de Hierro y Liverpool, mismos que son los propietarios. La Plaza Santa Fe es un desarrollo comercial al estilo del “*mall* norteamericano” (o *shopping center*), el cual está conformado por tiendas anclas y enormes pasillos llenos de pequeños comercios que los intercomunican, además de restaurantes y centros de entretenimiento para niños y adultos. Este edificio fue proyectado por Sordo Madaleno Asociados, empresa especializada en el diseño de plazas comerciales en México como Plaza Satélite, Plaza Universidad, Perisur, Moliere y Antara en México y Angelópolis en Puebla. En otros géneros, la firma diseñó el corporativo Cuervo, también en Santa Fe, en el Centro de Ciudad, cuya principal característica es el color óxido de su fachada y la torre de Avantel en Cruz Manca.

La Plaza Comercial Santa Fe está rodeada por un estacionamiento, cuya entrada y salida se realiza por la avenida Vasco de Quiroga. Una parte del estacionamiento tiene una sola planta y lo demás hasta tres niveles. Al norte del edificio se encuentran dos entradas que funcionan como plazas con un piso de adoquín tradicional. La Plaza Santa Fe está conformada por una gran nave, cuyos extremos albergan, entre otras tiendas importantes a Sears, Julio, Sara, Eduardos y Mango. Por otro lado, existen dos restaurantes cuya apariencia representa lo que no son: el Rainforest con aspecto de una selva y La Calle con el exterior de una calle del centro de la Ciudad de México.

Además, existe también un centro de entretenimiento especializado para niños llamado El Mundo de los Niños.

En el pasillo central y a todo lo largo del edificio se encuentran escaleras eléctricas que llevan a los pisos superiores donde se ubican pequeños locales comerciales. En las tres plantas existen también restaurantes. El giro del comercio que prevalece es la ropa, zapatos y restaurantes y, en menor medida, los centros de entretenimiento y joyerías.

A lo largo del pasillo conector en planta baja se encuentran pequeños locales móviles donde se venden dulces, artículos diversos y teléfonos celulares. En dos de los distribuidores circulares se encuentran módulos de venta de autos, máquinas digitales de información, y en el distribuidor central se localiza un módulo de información con varias bancas alrededor, ambientado con grandes plantas naturales. La iluminación al interior de los comercios, pasillos y distribuidores es totalmente artificial y los distribuidores tienen un gran domo colocado en el techo. Cada uno de estos distribuidores tiene libre su parte central y en los extremos del pasillo que los conecta se encuentran bancas de madera. Los pisos y paredes están cubiertos totalmente por mármol de diferentes tipos. La temperatura al interior es templada.

Las plazas comerciales son espacios privados de uso colectivo cuya función principal es el consumo material, de servicios especializados y de entretenimiento, así que cada una de las partes que las conforman están dirigidas a este objetivo, desde su organización hasta la disposición. Esta plaza está compuesta por comercios pequeños, tiendas departamentales, zonas circulares, pasillos y

plazas exteriores, todos ellos como lugares de consumo. Una de las puertas de la tienda Palacio de Hierro, en el extremo oriente de la plaza, comunica a la primera zona circular que funciona como distribuidor, en la cual se localiza personal de seguridad uniformado y civil. Por la forma de vestir y su arreglo las personas que visitan la plaza son de estatus alto y medio alto. En el pasillo y las zonas de convivencia y distribución también hay vendedores de carros, de celulares, de dulces y de regalos.

La gente en general usa los pasillos y las zonas de convivencia y distribución como lugares de paso, pocas son las que se toman un tiempo para sentarse y descansar un poco, prácticamente prefieren caminar por los pasillos y ver aparadores y entrar a las tiendas y probarse algo, o simplemente preguntar el precio de algo, entrar a tomar un café y charlar o comer algo en algún restaurante. A la hora de la comida, los restaurantes de comida rápida se encuentran llenos por los empleados del centro comercial y gente que trabaja en las oficinas.

Las plazas exteriores se encuentran casi vacías, no existe alguna banca donde sentarse pero podría decirse que son espacios cálidos y atractivos. Analizar el uso que la gente hace de los centros comerciales como lugares semi-públicos de reunión y encuentro, asociado a los distintos significados que tienen para los propios usuarios, permite acercarse al problema de la segregación socioespacial del entorno local en el que se inscriben. Ante la falsa vivencia de la homogeneidad y el desconocimiento de las barreras simbólicas, en la nueva espacialidad urbana los centros comerciales son espacios restringidos y en su interior obran procesos sutiles de

segregación y de exclusión. El centro comercial opera el espectáculo de las diferencias. El consumo es una forma de resaltar las diferencias sociales en las sociedades democráticas basadas en la primicia de la igualdad natural entre los hombres, como el *shopping center*, el consumo de los espacios exclusivos, el consumo de los lugares de diversión, etcétera.

Por la avenida Santa Lucía, en los límites del complejo al sur, se puede acceder a una de las zonas residenciales más exclusivas de la Ciudad de México, Bosques de Santa Fe, terreno que en un principio estaba fuera de los límites del ZEDEC Santa Fe, pero que por las negociaciones que hicieron sus propietarios con el gobierno del Distrito Federal se integró a Santa Fe. Aún cuando la mayor parte de vivienda se localiza en La Loma, este fraccionamiento resulta interesante por su concepto, diseño e inversión económica.⁵ El desarrollo de vivienda en Bosques de Santa Fe se asentó en los predios denominados Prados de la Montaña I y II, en la Cañada de Santa Fe, con características de construcción y diseño de punta, en donde los sitios importantes para darle el valor final, son de alta seguridad, de contacto con la naturaleza, tanto propia como inducida, de tipología campestre, y donde la venta de los predios urbanizados no se realiza a través de la comercialización común inducida por la mercadotecnia, sino más bien se hace por invitación directa a gente seleccionada, que contará con el servicio exclusivo de un club deportivo y un campo de golf de nueve hoyos.

La empresa constructora DINE urbaniza y vende los lotes, y los nuevos propietarios se organizan como co-

lonos por su cuenta para edificar de acuerdo con las normas y el reglamento establecido en el contrato de compra-venta de su lote o departamento en el desarrollo habitacional. Diseña, asimismo, la arquitectura del paisaje en aquellas zonas donde no existe prácticamente vegetación, con plantas de ornato y árboles maderables, así como el diseño general de los espacios interiores, calles peatonales, plazas, etcétera. La vivienda es unifamiliar (2000 m²), condominios horizontales de cuatro o cinco viviendas, edificios de departamentos de ocho a 18 pisos con un área de 700 m². Se piensa construir aproximadamente 1 675 viviendas. La alta densidad con edificios de altura fue autorizada a cambio de conservar la mayor extensión de bosque. El folleto de publicidad dice así:

Exclusivo fraccionamiento residencial situado en un valle de más de 100 hectáreas, al poniente de la ciudad de México. Su belleza natural, un club privado y la cercanía con las mejores zonas residenciales, comerciales y corporativas de la ciudad, ofrece a sus habitantes una calidad de vida privilegiada, dentro de un mar de privacidad y alta seguridad. Las obras DINE se distinguen por su alto estatus y visión comercial, que las hace únicas en su género (Bosques de Santa Fe 1998-2011).⁶

Por otro lado, por la avenida Bernardo Quintana se llega a la zona residencial de La Loma, lo que la convierte prácticamente en una entrada privada por el difícil

acceso a ella. Cada uno de los fraccionamientos está delimitado por bardas altas y un acceso severamente controlado, convirtiendo con ello esta avenida pública en privada. Este desarrollo, al igual que la mayoría de los de vivienda en Santa Fe, está considerado con un alto grado de seguridad para la gente que vive y vivirá ahí, pues de inicio se encuentra rodeado por una barda de no menos de cuatro metros de altura en promedio, que permite únicamente dos entradas al fraccionamiento, una para servicio y otra para propietarios y visitas.

Al interior de los fraccionamientos se encuentran las grandes zonas boscosas conformadas por las barrancas, que fueron rescatadas en su momento debido al gran deterioro de la zona. La imagen del medio natural rescatada, tanto de los bosques y las barrancas Becerra, Tlapizahuaya y Prados de la Montaña, ha quedado obstruida por estas edificaciones de las zonas residenciales. Las barrancas fueron saneadas y conservadas, pero su paisaje de ámbito natural lo pueden disfrutar únicamente aquellas personas que habitan estas zonas residenciales alrededor de las barrancas como La Loma y Bosques de Santa Fe. Sin embargo, la vida de estas barrancas se ve oscurecida por las descargas directas de aguas negras de las nuevas construcciones.

La imagen urbana de todo el complejo, determinada por un diseño urbano-arquitectónico defensivo y hermético, forma parte de la exclusión de determinadas zonas que se hace evidente desde la entrada a Santa Fe por sus principales avenidas, pues el acceso queda limitado para el que llega en transporte público o automóvil, sin mencionar que llegar a pie es casi imposible.

El pueblo de Santa Fe ha quedado excluido del CUAG y el exiguo paisaje boscoso sólo lo pueden disfrutar las personas que habitan las zonas residenciales. Con la construcción de este enclave se ha promovido la idea del mejoramiento de las condiciones del devastamiento y la contaminación que, por más de un siglo, ha sufrido la zona; pero el mejoramiento implicó la total exclusión de las zonas aledañas al complejo como el pueblo de Santa Fe, las colonias Santa Lucía, Carlos A. Madrazo y Jalalpa.

Los espacios públicos de SF son la Alameda Poniente, el Parque Prados de la Montaña, el parque del Centro de Ciudad y como vialidad importante la avenida Vasco de Quiroga. Como propiedad privada se considera el Centro Comercial SF, espacios exteriores en lotes privados como plazas y explanadas de acceso, áreas verdes que se comunican con la vía pública. El parque que se encuentra en el Centro de Ciudad juega un papel importante en la zona, pues, como ya se comentó, además de realizarse actividades de servicios también son importantes las actividades de convivencia social para los habitantes y los usuarios que asisten a los comercios y restaurantes. El parque se encuentra carente de vegetación y equipamiento mobiliario para el logro del objetivo propuesto. La avenida Vasco de Quiroga, además de ser una vialidad importante que comunica las zonas importantes de SF, tiene también un gran movimiento peatonal generado por las diversas oficinas y la Universidad Iberoamericana. Cuenta con seis carriles para los automóviles, al centro con un camellón y en las laterales hay aceras amplias y ciertos tramos arbolados.

La Alameda poniente, antes predio de La Esperanza, y el Parque Prados de la Montaña fueron pensados para el esparcimiento y convivencia pero actualmente no se encuentran funcionando. Ambos son rellenos sanitarios tratados para uso como áreas verdes, pero, por un lado, existen fallas técnicas con la eliminación de lixiviados (gases) y, por otro lado, el calentamiento del suelo no permite crecimiento de vegetación. Con su inutilización quedan enterrados los recuerdos de una posible cultura creada alrededor de la basura, pasado penoso de los tiraderos y las minas.

EL ESPACIO PÚBLICO DE USO INSTRUMENTAL Y LUGAR DE APROPIACIÓN

Los CUAG PDP y SF han surgido, como hemos visto, de la creación de las nuevas necesidades de las fuerzas políticas y financieras internacionales, y han sido el resultado de la concepción de patrones del espacio urbano tanto público como privado con características diferentes en los elementos y las zonas que los componen. Ambos son contenedores de los espacios urbanos globales donde existe la vivencia y uso del espacio producido, determinado por la imposición de una cultura del consumo mezclada con la cultura local que produce el lugar de la globalización. La producción de servicios y las nuevas posibilidades para el consumo al interior del CUAG, como parte del territorio, sumado a la globalización, a la cultura inducida por los medios de comunicación y a la masificación del consumo, vieron emerger,

en diferentes puntos, las condiciones que exigía la globalización.

La ciudad construida socialmente es la ciudad recorrida calle a calle, plaza a plaza, es la ciudad usada de función en función y respirada rincón a rincón, es la ciudad vivida e imaginada en cada mapa mental de los habitantes y usuarios, todo ello en “la ciudad que es apropiación y lugar”. Existe la práctica de vivir la ciudad desde abajo, la experiencia elemental del peatón, que —ciego frente a la complejidad urbana que permanece opaca a su mirada— experimenta la ciudad sin disponer, por otra parte, de instrumentos adecuados para su comprensión totalizadora (Amendola, 2000: 38-39).

Pero esa apropiación del lugar global al interior del CUAG se vive a través del uso del espacio urbano fuertemente determinado por las funciones y actividades económicas para las cuales fue construido. La vivencia del espacio urbano descrita por Jane Jacobs (1992), queda sin efecto en los nuevos espacios construidos como el CUAG, y la semejanza va más a la vivencia del espacio descrita por Walter Benjamin con la percepción y sentimiento que infunden los nuevos espacios construidos (Benjamin, 2005), pero también de acuerdo con la descripción de Berman en cuanto a la influencia que ejerce la construcción de nuevos elementos urbanos como las vías rápidas en ciudades como Nueva York (Berman, 1988).

El CUAG, entonces, integra en su interior la función y el poder económico que se organiza en el espacio de los flujos, de los que habla Castells, y su lógica de dominio estructural penetra y deforma sustancialmente el significado y la dinámica de las personas que usan y vi-

ven el complejo en cuanto a la vivencia de aquel espacio público como lugar de la globalización. Dicha lógica estructural conduce a dos lógicas espaciales que pretenden romper los canales de comunicación social. La primera es la lógica dominante del espacio virtual o de flujos interconectados y ahistóricos y, la segunda, es la lógica dominada del espacio material de los lugares dispersos y segmentados. Con lo cual, dichos espacios están cada vez menos relacionados entre sí y son menos capaces de comunicar códigos culturales propios. Por lo que la vida social es direccionada hacia una vida de mundos paralelos, cuyos tiempos no pueden coincidir porque están comprendidos en dimensiones diferentes, en un pretendido hiperespacio social, según Castells. El espacio público del CUAG queda fuera de esta red invisible de la lógica del espacio de los flujos, pero queda incluido el espacio privado.

Los elementos que conforman los complejos representan diferentes formas de poder y control, y el espacio público es un elemento primordial donde se ejercen. Así, el espacio público aparece como aquel lugar de la globalización controlado y ordenado donde circulan, conviven y sobreviven los excluidos del espacio de los flujos (los no conectados), cuyo fundamento de aislamiento y construcción de los enclaves como el CUAG, es el discurso de la seguridad y el estatus, como apariencia de un lugar habitable. Y esto conlleva, al interior de PDP y SF, una resistencia por parte de los habitantes y usuarios con la imposición del poder ejercido por las fuerzas económicas y los actores dominantes por el uso y apropiación del espacio público, alterando los sentidos y los

usos espaciales pero sin constituir discursos totalizantes que propagan un conjunto de prácticas completamente diferentes, sobre la premisa de valores distintos a los hegemónicos o dominantes.⁷

En la vida cotidiana, el uso y apropiación del espacio público queda extremadamente limitado como espacio de construcción de ciudadanía y encuentro social. Entonces, todo aquel que no tenga el poder adquisitivo para la oferta de productos y servicios que ofrece el CUAG tanto como los que no forman parte del proceso productivo de los corporativos, queda casi en su totalidad excluido y marginado.

Bajo esta tendencia de uniformidad arquitectónica, se ha ensombrecido la relación simbólica entre arquitectura y sociedad. La manifestación espacial de los intereses dominantes se efectúa por todas partes y en todas las culturas, y el desarraigo de la experiencia, la histórica y la cultura específica, trasfondo del significado, lleva a la generalización de una arquitectura ahistórica y acultural. En ese sentido, lo que la arquitectura posmoderna en realidad expresa, casi directamente, es la nueva ideología dominante: el fin de la historia y la supresión de los lugares en el espacio de los flujos, pues ya no pertenecemos a ningún lugar y a ninguna cultura (Castells, 2000).

En la sociedad, el dominio fundamental se basa en la capacidad organizativa de la elite dominante. Las cúpulas son cosmopolitas y la gente localista. Por ello, el espacio construido posee un papel preponderante que se expresa en dos formas: 1) Las elites conforman su propia sociedad constituyendo comunidades simbólicamente

aisladas. Detrás de la barrera material, del precio de la propiedad inmobiliaria, se definen como una subcultura ligada al espacio y conectada interpersonalmente; se organizan por una serie de jerarquías socio-espaciales simbólicas que reflejan el poder. La apropiación es la constitución de comunidades espaciales elitistas que tienden a aislarse de la sociedad en una secuencia de procesos de segregación jerárquicos. El poder adquisitivo equivale a la fragmentación socioespacial por el valor inmobiliario y la posibilidad de adquisición de bienes; 2) Las elites generan una tendencia de distinción cultural elitista para crear un estilo de vida e idear formas espaciales que unifican su entorno simbólico en todo el mundo. Suplen la historia de cada localidad con símbolos de una cultura internacional a lo largo de esa dimensión global cultural (Castells, 2000).

CONCLUSIÓN

Los procesos económicos traen implícitos nuevas condiciones sociales y la aparición de nuevos espacios urbanos donde las actividades económicas tienen lugar. No hay actividad económica sin un sustento territorial o urbano. Por lo tanto, la producción de la ciudad y los CUAG PDP y SF como parte de ella, se manifiesta en lo urbano arquitectónico plagado de formas, funciones, flujos, ubicaciones, imágenes, apropiaciones, aspiraciones y sueños de sus habitantes.

Los CUAG PDP y SF han sido constituidos como entes autosuficientes y a la vez artificiales, para cubrir las ne-

cesidades de una pequeña ciudad con trabajo, vivienda y equipamiento para la clase dominante. Los complejos son burbujas aisladas con bosques y lugares de “ensueño” separados de los sectores “lacas” de la sociedad. Núcleos de población que disfrutaban de los avances tecnológicos y de las mejores condiciones de la naturaleza, distinguiéndose por las formas herméticas de la arquitectura y el urbanismo de los complejos que responden a la adopción de patrones visuales de un estilo de vida difundido a través de la globalización económica y cultural, para garantizar la seguridad y la distinción social.

La idea y el concepto de los CUAG PDP y SF de los actores dominantes determinan fuertemente el ambiente construido, mismo que experimentan los habitantes y visitantes de los complejos bajo un sistema de signos a través de la apropiación y uso del espacio urbano arquitectónico público y privado.

Las políticas y estrategias que los actores políticos utilizaron en su momento y las exigencias de los actores locales y las condiciones espaciales específicas, crean el ambiente construido del espacio urbano arquitectónico de los CUAG. Dicho ambiente, bajo estas condiciones, genera una relación directa e indirecta con su entorno inmediato en mayor o menor medida. Puede quedar integrado o desintegrado al interior, y puede también quedar segregado y fragmentado.

Ello convierte a los CUAG PDP y SF en espacios generadores de segregación y fragmentación. Esto hace evidente que el hacer ciudad, en el sentido de la creación de espacios habitables para el ser humano, conlleva fuertes contradicciones en la materialización y usufructo

de los CUAG de PDP y SF. Ambos tienen como principal característica la exclusión-segregación social y el control-ordenación del espacio público y privado.

La experiencia del espacio público y privado de los complejos bajo la apropiación y uso que hacen sus habitantes y sus visitantes, se desarrolla por el caminar y transitar las calles y las plazas y recorrer física y visualmente los diferentes espacios arquitectónicos. Los CUAG PDP y SF son espacios urbanos a partir de las actividades cotidianas experimentadas, con lo que se construye un contexto sensitivo a una escala micro. Estos complejos trazan el espacio urbano arquitectónico materializado con la intención encubierta del consumismo. Sin embargo, los recorridos a través de los complejos PDP y SF son desiguales tanto por su dimensión y conformación física como por el ambiente construido, lo que produce resultados similares y diferentes “de hacer ciudad”.

Así, la apropiación de los nuevos espacios públicos es una conjugación de usos y de ocupación del espacio urbano directamente influenciado por las necesidades de la globalización económica, tecnológica y cultural y sus nuevas formas de consumo, en amalgama, al mismo tiempo, con las necesidades locales de los habitantes de la propia ciudad. Apropiación del espacio urbano conforme a cada ciudad y a cada lugar con características y formas encontradas y coincidentes.

La apropiación del espacio urbano de la ciudad encierra diferentes formas, en ambos casos de estudio, como espacios construidos. Cada uno de los espacios urbanos construidos ha sido apropiado y usado de acuerdo con la forma conveniente de cada uno de los diferentes

usuarios, cambiando en varias ocasiones y reafirmando en otras la función para la cual fueron creados.

El encuentro espacial en el ambiente construido, fundado en códigos estructurales diferentes, se produce como la secuencia de la materialidad de los espacios internos concebidos con limitadas posibilidades de uso y comportamiento, que condicionan los diseños urbano-arquitectónicos singulares de edificios y espacios públicos.

Este encuentro espacial, con sus códigos correspondientes, influye en la experiencia y la apropiación del CUAG como materialidad e intención disfrazada del consumo para la realización objetiva del capital global. Es la forma del ambiente ultraurbano, donde participan todos los individuos usando y consumiendo el espacio físico predominante. Homogenizan la conducta colectiva en un universo de significados de consumo que le dan sentido, en el cual se describen los diferentes actores que idean y usan el espacio urbano, tanto público como privado. Se convierte así en un lugar de apropiación (Tamayo y Wildner, 2002), en un espacio de consumo y en un espacio de flujos (Castells 2001) como espacios diferenciales.

NOTAS

¹ Entrevista con Max Welch Guerra, 29 de julio de 2001, doctor en Planeación Urbano Regional y profesor investigador en la Universidad Técnica de Berlín.

² Entrevista con Silvia Teschner, 20 de junio, 2001.

³ Entrevista con Max Welch Guerra, 29 de julio, 2001.

⁴ Entrevista con María Ocón Fernández, 20 de agosto, 2001. Ocón es una arquitecta española, escribe artículos para la revista *Arquitectura Viva*.

⁵ Entrevista y recorrido al desarrollo con el arquitecto Fernando Domínguez, 21 y 22 de enero de 2002, quien actualmente trabaja en la empresa DINE que elabora el nuevo desarrollo de vivienda en la urbanización en el proyecto Bosques de Santa Fe en la parte llamada Cañada de Santa Fe.

⁶ Folleto de internet, citado en <www.dine.com>.

⁷ Para mayor información sobre el poder y la resistencia en el espacio público revisar el artículo de Rodrigo Salcedo Hansen (2002).

BIBLIOGRAFÍA

AMENDOLA, Giandomenico (2000), *La ciudad posmoderna*. Madrid: Celeste.

BENJAMIN, Walter (2005), *El libro de los pasajes*, edición de Rolf Tiedemann. Madrid: Akal.

BERMAN, Marshall (1988), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

CASTELLS, Manuel (2001), "La ciudad de la nueva economía", en *Papeles de Población*, num. 27. Toluca: UAEM.

____ (2000), *Local y global, la gestión de las ciudades en la era de la información*. México: Taurus.

HOWARD, Georgina (2007), "El boom del negocio inmobiliario", en *Negocios*, 28 de marzo.

- JACOBS, Jane (1992), *Death and Life of Great American Cities*. New York: Vintage Books.
- NISHEN (1998), *Info Box: the Catalogue*. Berlín: NISHEN.
- OSCÓS FLORES, Godofredo, Conferencia del arq. Agustín Hernández Navarro, en el Aula Magna del edificio de Rectoría de la UAEM. Disponible en: <10/octubre/2003,www.todoarquitectura.com/crawler/foros/8464.htm>.
- REYES, Adriana (2001), “El Kalakmul” en *Construcción y Tecnología. Revista del Instituto Mexicano del Cemento y del Concreto*. México, mayo.
- SALCEDO, Rodrigo H. (2002), “El espacio público en el debate actual: una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno”, en *EURE*, vol. 28, núm. 84, septiembre.
- SASSEN, Saskia (1998), “Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos”, en *EURE*, vol. 24, núm. 71, marzo, pp. 5-25.
- TAMAYO FLORES-ALATORRE, Sergio y Kathrin WILDNER (2002), “Lugares de la globalización: una comprensión arquitectónica y etnográfica de la Ciudad de México”, en *Memoria*, núm. 156.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

IVÁN AZUARA MONTER

Biólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana, con maestría en Ecología y Ciencias Ambientales y doctorado en Biología (1993-1997) por la Facultad de Ciencias de la UNAM. Ha realizado cursos de especialización en Modelación Matemática, Sistemas de Información Geográfica y Percepción Remota, en la Universidad de Arizona (1993); Análisis de Políticas Públicas, en el Ministerio de Medio Ambiente, Transporte y Regiones, en Londres, Inglaterra (1999); y en Servicios Ambientales, en el Instituto Nacional de Biodiversidad de Costa Rica, en San José, Costa Rica (2003). Fue jefe de oficina en la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (1988). Fundador del laboratorio de teledetección y geografía en el Departamento de Ecología Aplicada del Instituto de Ecología de la UNAM (1989-1994). Consultor en ordenamiento territorial de la Organización de Estados Americanos (OEA). Secretario técnico de la Comisión de Ciencia y Tecnología del Senado de la República (1995-1997). Director ejecutivo de la Comisión de Recursos Naturales del Gobierno del Distrito Federal (1997-2000) y Gerente

Regional de la Comisión Nacional Forestal para la Frontera Sur (2001-2004) en Chiapas. Cuenta con diversas publicaciones en temas de planeación ambiental y urbana. Actualmente es el Coordinador del Centro de Estudios sobre la Ciudad, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Correo electrónico: ivan_azuara@hotmail.com

TERESA CARBÓ

Se formó inicialmente en la literatura. Después hizo un posgrado en sociología y desde la lejana ciudad de Córdoba (Argentina) se dedicó a la lingüística, con particular énfasis en el análisis del discurso. Trabaja en el CIESAS desde 1980, y ha publicado numerosos artículos y libros. Su tesis doctoral de lingüística en El Colegio de México fue un amplio estudio sobre el discurso parlamentario en México entre 1920 y 1950. Allí diseñó y aplicó un modelo integral y complejo para el análisis de los discursos verbales. Desde hace algunos años explora la visibilidad de este mundo (en palabras de ella) en fotografías históricas y contemporáneas, de otros autores y de ella misma. Su actual dedicación a los textos visuales se fundamenta en un enfoque semiótico de la lectura-como-análisis, que está en proceso de afinamiento conceptual. Correos electrónicos: teresacarbo@yahoo.com, tcarbo@ciesas.edu.mx

ALEJANDRO CERDA GARCÍA

Doctor en Sociología con especialidad en Antropología Social por la Universidad de París III y el CIESAS-México. Actualmente se desempeña como profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y es profesor invitado en el Centro de Estudios sobre la Ciudad de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Cuenta con publicaciones disponibles en línea en las revistas *Andamios* de la UACM, *Espacios Públicos* de la UAEM y en *Revista Argumentos*, *Revista Tramas* y *Revista Reencuentro* de la UAM. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra *Imaginando zapatismo. Multiculturalidad y autonomía indígena en Chiapas desde un Municipio Autónomo* (México: UAM-X / Miguel Ángel Porrúa, 2010) y *Promoción de la salud y poder. Reformulaciones a partir del cuerpo-territorio y la exigibilidad de derechos* (México: UAM-X, 2010). Ha colaborado en labores de investigación y docencia en la Universidad de Texas en Austin, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y el Instituto Nacional de Salud Pública. Sus líneas de investigación son: políticas de la multiculturalidad, movimientos indígenas, memoria, migración y derechos humanos. Correos electrónicos: acerda@correo.xoc.uam.mx, alcerda_2000@yahoo.com

HERNÁN CORREA ORTIZ

Colombiano de nacimiento y mexicano por naturalización. Formado en el campo de la investigación social en la Universidad Nacional Autónoma de México, a la cual ha estado vinculado desde 1997. Comunicador social-periodista por la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia; Maestro en Estudios Latinoamericanos (historia) por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente cursa un doctorado en estudios latinoamericanos por la UNAM (orientado al campo de Diversidad Cultural) con una tesis sobre las relaciones política-cultura en los pueblos urbanos de dos contextos metropolitanos de Latinoamérica: la cuenca de México y la sabana de Bogotá. Sus temas de interés son la diversidad étnica y cultural latinoamericana, la historia política de los pueblos originarios, el ámbito de las cosmovisiones indígenas, la existencia de los ciclos rituales y de las organizaciones comunitarias. Las perspectivas metodológicas que ha abordado son la historia local, particularmente en contextos urbanos como Bogotá y la ciudad de México, la etnografía y la etnohistoria, como herramientas fundamentales de la investigación participativa. Otros campos de interés: religiosidad popular en Latinoamérica, historia social urbana, etnografía del sistema de cargos, historia y antropología política. Actualmente enseña en la Academia de Estudios Sociales e Históricas, en el Plantel Cuauhtémoc de la UACM. Correo electrónico: elheco@yahoo.com

ALEXA FÄRBER

Titular de la cátedra de antropología urbana y etnografía, desde octubre de 2010, en la Universidad HafenCity de Hamburgo. Anteriormente, desempeñó el cargo de profesora (*Juniorprofessorin*) en el departamento de Etnología Europea de la Universidad Humboldt de Berlín, y fue profesora-docente en el departamento de Etnología Europa / Antropología de la Universidad de Kiel. En 2003, se doctoró en la Universidad Humboldt con una tesis sobre los trabajos de representación de la exposición universal Expo 2000 en la ciudad de Hanover; para este estudio, realizó trabajo de campo sobre la participación marroquí en esta exposición y publicó la monografía *Wissensmodus Weltausstellung: Ethnographie einer Repräsentationsarbeit* (2006). Obtuvo su grado de maestría en 1998, en la carrera de Estudios de Medio Oriente. Asimismo, desde 2003, realiza trabajo de campo en la ciudad de Berlín, enfocando sobre todo representaciones étnicas, *urban imagineering* y prácticas económicas; sobre estos temas editó el volumen *Stoffwechsel Berlin. Urbane Präsenzen und Repräsentationen* (2010); una parte de este trabajo ha sido desarrollado dentro del proyecto de investigación comparativa “Urban culture and ethnic representation. Berlin and Moscow as emerging world cities?”, financiado por el Deutsche Forschungsgemeinschaft. Sus actuales áreas de investigación y docencia abarcan antropología urbana (con un interés especial en la dimensión tangible de las ciudades), el Islam en el espacio urbano, los trabajos de representación y la antropología de las ciencias. Correo electrónico: faerber@volkskunde.uni-kiel.de

ANNE HUFFSCHMID

Doctora en ciencias culturales e investigadora asociada del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín. Sus áreas de investigación abarcan políticas y culturas discursivas, semiosis urbana, memoria y espacio público, visualidad y género. Después de su primera formación académica de economista y un largo desempeño como reportera, corresponsal, curadora y cineasta en la Ciudad de México, se doctoró en la facultad de ciencias culturales de la Universidad de Dortmund con una investigación sobre las estrategias y resonancias discursivas del EZLN: *Diskursguerilla: Wortergreifung und Widersinn. Die Zapatistas in der mexikanischen und internationalen Öffentlichkeit* [Guerrilla discursiva: Toma de la palabra y contra-sentido] (2004). Curadora del diálogo bimetropolitano *La crisis como laboratorio entre Berlín y Buenos Aires* y editora de los tomos correspondientes *Stadt als Labor* [La ciudad como laboratorio] (2006) y *La crisis como laboratorio* (2007). Su actual proyecto de investigación “Memoria en la megaciudad” (FU Berlín) plantea un análisis comparativo entre lugares, espacios y prácticas de memoria disputada en las grandes ciudades de América Latina. Desde 2006 colabora con diversas universidades mexicanas como profesora invitada, por ejemplo en los “Talleres de Etnografía Urbana” (UAM / UACM) y como coordinadora de encuentros académicos, entre ellos los coloquios internacionales “Espacio público y conflicto urbano” (UACM, México, 2009) y “Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudad en disputa” (IDES, Buenos Aires, 2010). Numerosas publicaciones como autora y editora, entre ellas sus más

recientes libros en castellano: *Los poderes de lo público: conceptos, espacios y actores en América Latina* (con Marianne Braig, 2009) y *El EZLN y sus intérpretes: resonancias zapatistas en la academia y la literatura* (con Kristine vanden Berghe y Robin Lefere, 2010). Es miembro fundadora de la asociación “metroZones. Center for urban Affairs” (Berlín). Correo electrónico: anne.huffschmid@fu-berlin.de.

STEPHAN LANZ

Investigador urbano y profesor en geografía social y estudios culturales en la Europa-Universität Viadrina (Frankfurt / Oder). Sus principales áreas de investigación abarcan política urbana, migración y desarrollo urbano, culturas y movimientos urbanos, con amplios trabajos de campo en ciudades como Berlín, Estambul y Río de Janeiro. Miembro fundador de la asociación “metroZones – Center for Urban Affairs”, con sede en Berlín, y coordinador académico de la investigación Global Prayers – Redemption and Liberation in the City, proyecto multidisciplinario realizado entre la Casa de las Culturas del Mundo, la Universidad Viadrina y metroZones. Sus libros de autor abarcan *Berlin aufgemischt: abendländisch – multikulturell – kosmopolitisch? Die politische Konstruktion einer Einwanderungsstadt* [Berlín revuelto: occidental, multicultural, cosmopolita? La construcción política de una ciudad de inmigrantes] (2007), *Metropolen* [Metrópolis] (con Jochen Becker, 2001) y *Stadt als Beute* [La ciudad como botín] (con Klaus Ronneberger y Walther Jahn, 1999). Desde 2003 coordina, junto con Jochen Becker,

la colección editorial metroZones, cuyos títulos abarcan, entre otros, los tomos *Funk the City* (Lanz et al., 2008), *Self Service City: Istanbul* (Lanz con Orhan Esen, 2005) y *City of COOP. Ersatzökonomien und städtische Bewegungen in Rio de Janeiro und Buenos Aires* [*City of COOP. Economías sustitutas y movimientos urbanos en Río de Janeiro y Buenos Aires*] (2004). Asimismo fue co-curador de producciones culturales como *ErsatzStadt* [*Ciudad sustituta*] en el teatro Volksbühne de Berlín (2002-2006) y de las exhibiciones *baustop.randstadt* (1998) y *learning from ** (2003) en la NGBK Berlin. Correos electrónicos: stephan.lanz@web.de, Lanz@euv-frankfurt-o.de

MA. TERESA MCKELLIGAN SÁNCHEZ

Candidata al doctorado por la Universidad Iberoamericana. Maestría en Sociología por la Universidad Iberoamericana. Formación en psicoanálisis por el Centro de Estudios Psicoanalíticos Mexicanos. Licenciatura en Sociología por la Universidad Iberoamericana. Especialista en las temáticas de representaciones sociales e imaginarios, clases medias y acciones colectivas. Ha participado en diversos proyectos de investigación sobre construcción y ejercicio de la ciudadanía de las mujeres en México y representaciones sociales de jóvenes en torno a la ciudad. Actualmente es profesora-investigadora y dirige el proyecto: “La ciudad y la casa propia: representaciones en torno a habitar la ciudad desde diversos sectores sociales” en el Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM. Últimas publicaciones: *Resistencias, clases y movimientos sociales en América Latina: elemen-*

tos para su discusión (con Ana Helena Treviño, México: Flacso, 2010, versión en CD); *El Barzón: una ciudadanía en construcción* (con Ana Helena Treviño y Silvia Bolos, México: UCM, 2004). Correo electrónico: mckelligan@prodigy.net.mx

ROCÍO NAVARRETE

Profesora-investigadora del IPN en la Escuela Superior en Ingeniería y Arquitectura Unidad Zacatenco en el área de Planeación Territorial y Estudios Urbanos Metropolitanos. Línea de investigación: ciudad y globalización y la sociosemiótica de la ciudad. Doctora en Diseño, con especialidad en Estudios Urbanos, por la Universidad Autónoma Metropolitana, México. Maestra en Urbanismo por la Universidad Autónoma de México. Ingeniera Arquitecta por el IPN. Correo electrónico: rocioisaac62@hotmail.com

KAROLINE NOACK

Es antropóloga e historiadora y desde 2009 profesora en el Departamento de Antropología Cultural de las Américas en la Universidad de Bonn. Estudió antropología e historia en la Universidad Humboldt y en las universidades de Rostock y Leipzig. Hizo su doctorado en la Universidad Libre de Berlín sobre la etnohistoria de la costa norte del Perú. Sus intereses de investigación están centrados en los procesos de transculturación y de migraciones desde la época colonial hasta el presente, en la historia de género, antropología visual (época colonial

al siglo XXI). Publicaciones recientes: *Koloniale Kunst aus Lateinamerika. Prozesse gegenseitiger Aneignung* (co-editora y coautora, Catálogo del Museo Etnológico de Berlín y del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín, 2006); “Transkulturalität und Geschlecht. Strategien und Handlungsmöglichkeiten von Frauen im kolonialen Lateinamerika”, in Karin Gludovatz y Anja Middelbeck-Varwick (eds.), *Gender im Blick. Geschlechterforschung in den Geschichts- und Kulturwissenschaften* (New York, Berlin etc.: Peter Lang, 2010, 23-41); Wiltrud Dresler, Fährmel Bernd y Karoline Noack (eds.), *Culturas en movimiento. Contribuciones a la transformación de identidades étnicas y culturales en América* (Berlín / México: Ibero-Amerikanisches Institut / UNAM, 2007); Stefanie Kron y Karoline Noack (eds.), *Qué género tiene el derecho? Ciudadanía, historia y globalización en América Latina*. (Berlín: Tranvía, 2008); “Millenarismus”, in Friedrich Jäger (ed.), *Enzyklopädie der Neuzeit* (Band 8, Stuttgart, 2008, Sp. 526-530); “Die ‘Werkstatt der populären Grafik in Mexiko’ – die Bauhaus reist nach Amerika”, in Sonja A. J. Neef (ed.), *An Bord der Bauhaus. Moderne und Migration* (Bielefeld, 2009, transcript, 91-113). Correos electrónicos: karoline_noack100@web.de, knoack@uni-bonn.de

MARICELA PORTILLO

Doctora en Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1. Es profesora-investigadora de la Academia de Comunicación y Cultura y colaboradora

del Centro de Estudios de la Ciudad de la UACM. Forma parte del Claustro de la Maestría en Comunicación de la Universidad Iberoamericana. Es miembro del comité ejecutivo de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) y coordinadora del Grupo de Trabajo en Estudios de Juventud y Comunicación de la misma asociación. Ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales y coeditó el libro colectivo *Las claves necesarias de una comunicación para la democracia* (2007). Sus líneas de investigación giran en torno a la comunicación política (construcción de opinión pública, espectacularización de la política y cultura política de los jóvenes) y las culturas juveniles (construcción mediática de la juventud). Correos electrónicos: maricelaportillo@hotmail.com, marportisan@yahoo.com.mx

STEFAN RINKE

Profesor de historia de América Latina en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín (desde 2005) y de 2007 a 2009 director de este Instituto. Vice-presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos. Profesor asistente en la Universidad Católica de Eichstätt (1999-2005). *Visiting professor* en Tufts University (1998-1999). *Habilitation* y doctorado en Historia por la Universidad Católica de Eichstätt. Principales líneas de investigación: culturas de la memoria; formación de Estados y gobernabilidad en América Latina, 1750-1850; Latinoamérica en los procesos de globalización, siglos XIX y XX; relaciones

culturales entre Alemania y América Latina. Principales publicaciones: *Revolutionen in Lateinamerika. Wege in die Unabhängigkeit 1760-1830* [Revoluciones en América Latina. Vías hacia la Independencia] (2010); *Geschichte Lateinamerikas* [Historia de América Latina] (2010); *Los sistemas políticos de las Américas* (2008); *Kleine Geschichte Chiles* [Breve historia de Chile] (2007); *Begegnungen mit dem Yankee: Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile, 1898-1990* [Encuentros con el yanqui: norteamericanización y cambio socio-cultural en Chile] (2004); *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1914-1931* (2002); *Der Letzte Freie Kontinent: Deutsche Lateinamerikapolitik, 1918-1933* [El último continente libre: Alemania y América Latina, 1918-1933] (1996); y numerosos artículos en historia cultural y relaciones internacionales de América Latina, historia de Chile e historia comparativa de América Latina-Estados Unidos en revistas latinoamericanas, europeas y norteamericanas. Miembro del consejo editorial de las revistas *Iberoamericana* (Madrid) e *Historia* (Santiago de Chile), y de la colección Historamericana. Correo electrónico: rinke@zedat.fu-berlin.de

ROXANA RODRÍGUEZ ORTIZ

Profesora e investigadora de la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas; profesora invitada del Centro de Estudios sobre la Ciudad, y coordinadora del Seminario Permanente de Estudios Fronterizos de la UACM. Doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro

del Sistema Nacional de Investigadores. Principales líneas de investigación: estudios fronterizos (principalmente la frontera México-Estados Unidos desde los ámbitos político, económico, cultural, identitario y literario); estudios de género (impacto de la actividad económica de la frontera en las relaciones de poder entre género); filosofía de la cultura (multicultural, intercultural, cosmopolita, diálogo complejo, reconocimiento del otro, entre otras posturas filosóficas, ya sea desde la perspectiva anglosajona o latinoamericana); filosofía del arte; literatura comparada; literatura de frontera; teoría crítica y teoría literaria. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales como *Andamios*, *Antíteses*, *Dissidences*, *Punto de Partida*, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, entre otras. También ha participado en libros colectivos como Mónica González (comp.), *Las muchas identidades. De nacionalidades migrantes, disidentes y géneros* (México: Quimera, 2004). Pueden consultarse algunas publicaciones en línea: <http://roxanarodriguezortiz.wordpress.com/>. Correo electrónico: roxrodri@gmail.com

JOSÉ JAVIER DE LA ROSA RODRÍGUEZ

Profesor-investigador adscrito al Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, por la Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, España. Maestro en Políticas Públicas y licenciado en Economía, por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco. Coautor del libro *Indicadores para la evaluación del cumplimiento de los derechos funda-*

mentales de las y los jóvenes. (México: Iniciativas para la Identidad y la Inclusión, 2005); y autor de los artículos: “L’alternance sans changement”, en *L’es droits économiques, sociaux et culturels* (París: Editions Karthala, 2003); “¿Quién elabora las políticas sociales en México”, en *Sociológica* (núm. 54, UAM-A, 2004); “Políticas de desarrollo en México”, en *Foro Universitario* (UNAM: 2006); coautor del capítulo “La participación ciudadana en los programas de vivienda”, en *Evaluación multidimensional de los programas de vivienda del Gobierno del Distrito Federal 2000-2006* (UACM / SEDUVI / CAM, 2007) y coordinador del libro *Ciudadanía, espacio público y ciudad* (UACM, 2009). Correos electrónicos: jelarosa@yahoo.com, jdela-rosauacm@yahoo.com.mx

GUIOMAR ROVIRA SANCHO

Profesora-investigadora de la UACM. Doctora en Ciencias Sociales, con especialidad en Comunicación y Política, por la UAM, México. Maestra en Comunicación y Política. Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona. Autora de los libros: *Mujeres de maíz* (México: ERA, 1997; editado en España por Virus; traducido al italiano por Ediciones Il Manifesto, Roma, 1997; al inglés por Latin American Buro, Londres, 1998; y al japonés en The English Agency of Japan, 2003) y *Zapata vive. La rebelión indígena de Chiapas contada por sus protagonistas* (Barcelona: Virus, 1994; traducido al francés por Reflex, París, 1995). Fue editora y compiladora de los tomos IV y V de *EZLN. Documentos y comunicados* (México: ERA, 2003). Autora

con Jesús Ramírez del “Glosario” en el libro de Manuel Vázquez Montalbán, *El señor de los espejos* (Madrid: Aguilar, 1999). Entre otros ensayos y compilaciones cabe destacar: “On love, marriage, children and war” en Tom Hayden (comp.), *The Zapatista Reader* (Estados Unidos: Nation Books, 2002). Correo electrónico: ondi-na_peraire@yahoo.com

SUSANNE STEMMLER

Head of the Department für Literature and Humanities at the House of World Cultures in Berlin. She is a Non-Resident Fellow of the Transatlantic Research Program Berlin-New York at the Center for Metropolitan Studies in Berlin where she conducted her post-doc project on Hip Hop as an urban culture from 2005 to 2007. Susanne studied German and French literature and was a lecturer in Media and Cultural Studies at Düsseldorf University from 1996 to 2005. She got her PhD in 2004 with a dissertation on *Topographies of the gaze. A Phenomenology of 19th century literary Orientalism in France* (2004). She has published on urban culture and is co-editor of *romania raps. Hip-hop cultures in France, Spain, Italy, Algeria, Cuba and Latin America* (2006) and *Metropolen im Maßstab. Stadtplan als Matrix des Erzählens in Literatur, Film und Kunst* (2008). She is also Co-editor of the Series *Urbane Welten. Texte zur kulturwissenschaftlichen Stadtforschung* (transcript). Her publications include: (2004) *Topografien des Blicks. Eine Phänomenologie literarischer Orientalismen des 19. Jahrhunderts in Frankreich*. Bielefeld: transcript. Edited

Books and Series: (2007) mit Timo Skrandies (Hg.): *Hip-Hop und Rap in romanischen Sprachwelten. Stationen einer globalen Musikkultur*. Frankfurt/Main u.a.: Peter Lang. (2008) mit Sven Arnold (Hg.): *New York – Berlin. Kulturen der Stadt*. Berlin: Wallstein. (2008 in Vorbereitung) mit Achim Hölter u. Volker Pantenburg (Hg.): *Metropolen im Maßstab. Erzählen mit dem Stadtplan*, Bielefeld: transcript. (ab Herbst 2008) Herausgeberin der Reihe *Urbane Welten. Texte zur kulturwissenschaftlichen Stadtforschung*, transcript Verlag (mit Laura Frahm). Articles: (2006c) mit Ignacio Farías: “Deconstructing Metropolis. A critical reflection of a concept”. *CMS Working Paper Series* No. 004-2006. Verfügbar unter www.metropolitanstudies.de. (2007a) “Rap-Musik und Hip-Hop-Kulturen in romanischen Sprachwelten: Einführung und Perspektiven der Forschung”. Im Druck in: Susanne Stemmler/Timo Skrandies (Hgg.): *Hip-Hop und Rap in romanischen Sprachwelten. Stationen einer globalen Musikkultur*, Frankfurt/M. u.a.: Peter Lang. 9-24. (2008c) “City, music, text – Jean Michel Basquiat’s New York City in the 80ies”. Ralf Schnell (Hg.). Im Dickicht der Städte II. *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik (LiLi)* Nr. 149. 90-104. (2008e) “Gehen in der Stadt als Autobiografie - Orhan Pamuks melancholisches Istanbul”. Achim Hölter/Volker Pantenburg/Susanne Stemmler (Hg.): *Metropolen im Maßstab. Erzählen mit dem Stadtplan*, Bielefeld: transcript.

SUSANNE STEMMLER

Directora del Departamento de Literatura, Sociedad y Ciencias en el Haus der Kulturen der Welt (Casa de las Culturas del Mundo) en Berlín. Estudió filología románica, filología alemana y traducción literaria en Dusseldorf y Montpellier. En 2004 se doctoró con el tema “Orientalismo literario en la literatura francesa del siglo XIX”. Impartió clases de filología romana y ciencias culturales y de comunicación en la Universidad Heinrich Heine en Dusseldorf desde 1997 a 2004. Fue Fellow Post-Doctorado de la Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG – Sociedad Científica Alemana) en el Center for Metropolitan Studies (CMS, Berlín / Nueva York) de 2005 a 2007. Su proyecto de investigación “Hip Hop en Nueva York, París y Berlín. La estética transcultural de una cultura urbana” la llevó tanto a la Columbia University y a la New York University como a París y a la ciudad de Ciudad. Es *affiliated scholar* del proyecto “Bronx African American History” en la Fordham University en Nueva York y *Non-Resident Fellow* en el CMS. Es miembro del jurado del Premio Internacional de Literatura – Haus der Kulturen der Welt. Publica artículos sobre temas como culturas urbanas, ciudad y literatura, migración, transculturalidad, entre otros, y es coeditora de *Hip-Hop und Rap in romanischen Sprachwelten. Stationen einer globalen Musikkultur* (2008), *New York–Berlin. Kulturen in der Stadt* (2009), *Metropolen im Maßstab. Stadtpläne als Matrix des Erzählen in Literatur, Film und Kunst* (2009), *1989 – Globale Geschichten* (2009), *Raum – Bewegung Passage. Postkoloniale frankophone Literaturen* (2009), *Beyond Multiculturalism? Fragen an die Ein-*

wanderungsgesellschaft (2010) y de la colección *Urbane Welten. Texte zur kulturwissenschaftlichen Stadtforschung* (transcript). Correo electrónico: Stemmler@hkw.de

ANA HELENA TREVIÑO CARRILLO

Doctora en Ciencias Sociales por el programa Flacso Brasil y la Universidad de Brasilia. Maestra en Ciencias Sociales por el programa Flacso-México. Licenciatura en Sociología por la Universidad Iberoamericana. Se ha especializado en temas relativos a clases medias, movimientos sociales y acciones colectivas en torno a las demandas urbanas, así como en temáticas vinculadas con la organización y la participación social del recurso agua en México. Ha participado en diversos proyectos relacionados con ciudadanía, espacios públicos, movimientos urbanos y en la actualidad es profesora-investigadora y dirige el proyecto “Clases y movimientos sociales para el siglo XXI” en el Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM. Entre sus últimas publicaciones está: *Resistencias, clases y movimientos sociales en América Latina: elementos para su discusión* (con Ma. Teresa McKelligan, México: Flacso, 2010, versión en CD); coordinó con Javier de la Rosa, *Ciudadanía, espacio público y ciudad* (México: UACM, 2009). Ha participado como ponente en diversos congresos de ALAS, ISA y LASA y ha sido dictaminadora de las revistas *Sociológica*, *Política y Cultura*, *Argumentos* y *Andamios*. Correo electrónico: helenatrevino@prodigy.net.mx

SINOPSIS

La urbanización de la población mundial, como característica relevante del inicio del siglo XXI, se acompaña del también creciente fenómeno del empobrecimiento urbano. Para 2008, más del 50% de la población mundial habita en las ciudades; sus crecientes zonas de pobreza se caracterizan por estar habitadas por una población de bajos ingresos que enfrenta el hacinamiento en la vivienda y la carencia de infraestructura y servicios básicos (Informe 2007 del Fondo de Población de Naciones Unidas).

La Ciudad de México representa hoy un ámbito tan privilegiado como complejo para la comprensión de los fenómenos urbanos. Su población de 8.6 millones de habitantes si se considera el Distrito Federal, o de 18 millones si se alude a los 59 municipios que conforman la Zona Metropolitana del Valle de México, cuenta con amplios antecedentes de acción gubernamental y de movilización social. Se trata de un espacio en el que se instalan múltiples instituciones públicas emanadas del periodo posrevolucionario, entre las que destacan las hospitalarias y educativas, y que vive un acelerado crecimiento

derivado de la migración de origen rural durante la década posterior a 1940.

Sede de la represión y matanza estudiantil de 1968, en la víspera de la realización de los Juegos Olímpicos, la Ciudad de México vivió en 1985 un devastador terremoto que puso a prueba la capacidad de acción gubernamental, involucrando a la ciudadanía en las labores de rescate. La Ciudad de México concretiza una vasta diversidad cultural al tiempo que plantea enormes retos de carácter medioambiental y de política pública.

El propósito de este libro es, teniendo como punto de partida la Ciudad de México, contribuir al avance en la comprensión de las ciudades y lo urbano a través del establecimiento de un diálogo con la producción académica sobre diversas ciudades de importancia contemporánea a fin de ubicar espacios coincidentes de problematización y elaboración teórica. Al concentrarse en Berlín, Buenos Aires, Estambul o Ensenada, los autores apuntan una serie de problemáticas o perspectivas que van desde la manera en cómo las ciudades expresan los procesos globales y son construidas a través de los flujos migratorios, hasta las formas en cómo elaboran su memoria, construyen sus espacios públicos y acunan a movimientos sociales.

Estas reflexiones han sido organizadas a partir de tres ámbitos analíticos que se complementan y por momentos se entrecruzan de manera tan irremediable como útil, y que dan origen a las tres grandes partes de esta publicación. El primero de ellos focaliza la ciudad como espacio multicultural que a su vez alberga y es influido por intensos procesos migratorios. De manera específica,

en los capítulos que se ubican en esta parte, se analiza la situación de los migrantes establecidos en las ciudades, los pueblos originarios, los espacios de convivencia y los espacios de frontera. Desde una perspectiva teórica se reflexiona sobre las distintas acepciones y los alcances del concepto de multiculturalidad, así como sobre la pertinencia del uso de la noción de pueblos originarios como categoría analítica.

El segundo ámbito analítico se centra en la reflexión de la ciudad como expresión de la topografía de la memoria y la manera en cómo ésta es construida en el espacio público. De manera particular, los autores de esta sección reflexionan teóricamente sobre las implicaciones de la memoria para las ciudades y la manera en cómo ésta se construye y expresa en el espacio urbano. Asimismo, se debate sobre las implicaciones de contar con una casa propia y sobre las formas de habitar el espacio urbano, al tiempo que se analiza el espacio público como un ámbito de participación y de expresión de movimientos sociales urbanos.

Finalmente, el tercero, enfatiza las dinámicas sociales y espaciales vinculadas a los actuales procesos de globalización. Los capítulos incluidos en esta parte reflexionan, por un lado, sobre el ámbito internacional como espacio de expresión cultural y de movimientos sociales mientras que por otro, se enfocan a las implicaciones de la planeación urbana y las dinámicas socioespaciales originadas en los procesos globales.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AI	Amnistía Internacional
BM	Banco Mundial
CAEM	Comisión de Aguas del Estado de México
CDHDF	Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
CDI	Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas
CEC-UACM	Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM
CELE-UNAM	Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la UNAM
CEMCA	Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
Cenihit	Centro de Investigaciones Históricas de Tlalpan
CIESAS	Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
CIESAS-DF	Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Distrito Federal
Conabio	Comisión Nacional para el Conocimiento y Usos de la Biodiversidad
Conaculta	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Conacyt	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Conapa	Comisión Nacional de Pueblos Andinos, Amazónicos y Afroperuanos

Conapo	Consejo Nacional de Población
Copaci	Consejo de Participación Ciudadana
CSOA	Centros Sociales Okupados Autogestionados
DF	Distrito Federal
DGPC	Dirección General de Participación Ciudadana
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
ESMA	Escuela Superior de Mecánica de la Armada
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FCE	Fondo de Cultura Económica
FCPS-UNAM	Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM
FelS	Für eine linke Strömung (Para una Corriente de Izquierda)
FFL-UNAM	Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM
FIDH	Federación Internacional de Derechos Humanos
Flacso	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FMI	Fondo Monetario Internacional
FPNU	Fondo de Población de Naciones Unidas
GDF	Gobierno del Distrito Federal
GODF	Gaceta Oficial del Distrito Federal
GTZ	Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (Cooperación Técnica Alemana)
HIJOS	Hijos por la Identidad y la Justicia en contra del Olvido y el Silencio
HRW	Human Rights Watch
IFAL	Instituto Francés de América Latina
IIA-UNAM	Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM
IMP	Instituto Mexicano del Petróleo
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
INDEPA	Instituto Nacional de Desarrollo de los Pueblos Andinos, Amazónicos, y Afroperuano
INEGI	Instituto Nacional de Estadística Geografía e Historia

Infonavit	Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores
INI	Instituto Nacional Indigenista
MIT	Massachusetts Institute of Technology
OEA	Organización de Estados Americanos
OIT	Organización Internacional del Trabajo
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OTIGLI	Organización de Traductores, Intérpretes y Gestores en Lenguas Indígenas
PAN	Partido Acción Nacional
PAPO	Programa de Apoyo a Pueblos Originarios
Pemex	Petróleos Mexicanos
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PUF	Presses Universitaires de France
PAPO	Programa de Apoyo a los Pueblos Originarios
RAF	Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo)
RDA	República Democrática Alemana
RFA	República Federal Alemana
RNIU	Red Nacional de Investigación Urbana
Sedena	Secretaría de la Defensa Nacional
Sederec	Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades
Sedesol	Secretaría de Desarrollo Social
Seduvi	Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda
SEP	Secretaría de Educación Pública
SNI	Sistema Nacional de Investigadores
TLC	Tratado de Libre Comercio
TLCAN	Tratado de Libre Comercio de América del Norte
UACM	Universidad Autónoma de la Ciudad de México
UAEM	Universidad Autónoma del Estado de México

UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UAM-A	Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco
UAM-I	Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa
U de G	Universidad de Guadalajara
UIA	Universidad Iberoamericana
ULB	Universidad Libre de Berlín
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
ZMCM	Zona Metropolitana de la Ciudad de México
ZMVM	Zona Metropolitana del Valle de México

Metrópolis desbordadas
Poder, culturas y memoria en el espacio urbano
se terminó de imprimir en enero de 2011,
en los talleres de la Universidad Autónoma
de la Ciudad de México,
ubicado en San Lorenzo 290,
Col. Del Valle, Ciudad de México,
con un tiraje de mil ejemplares.

